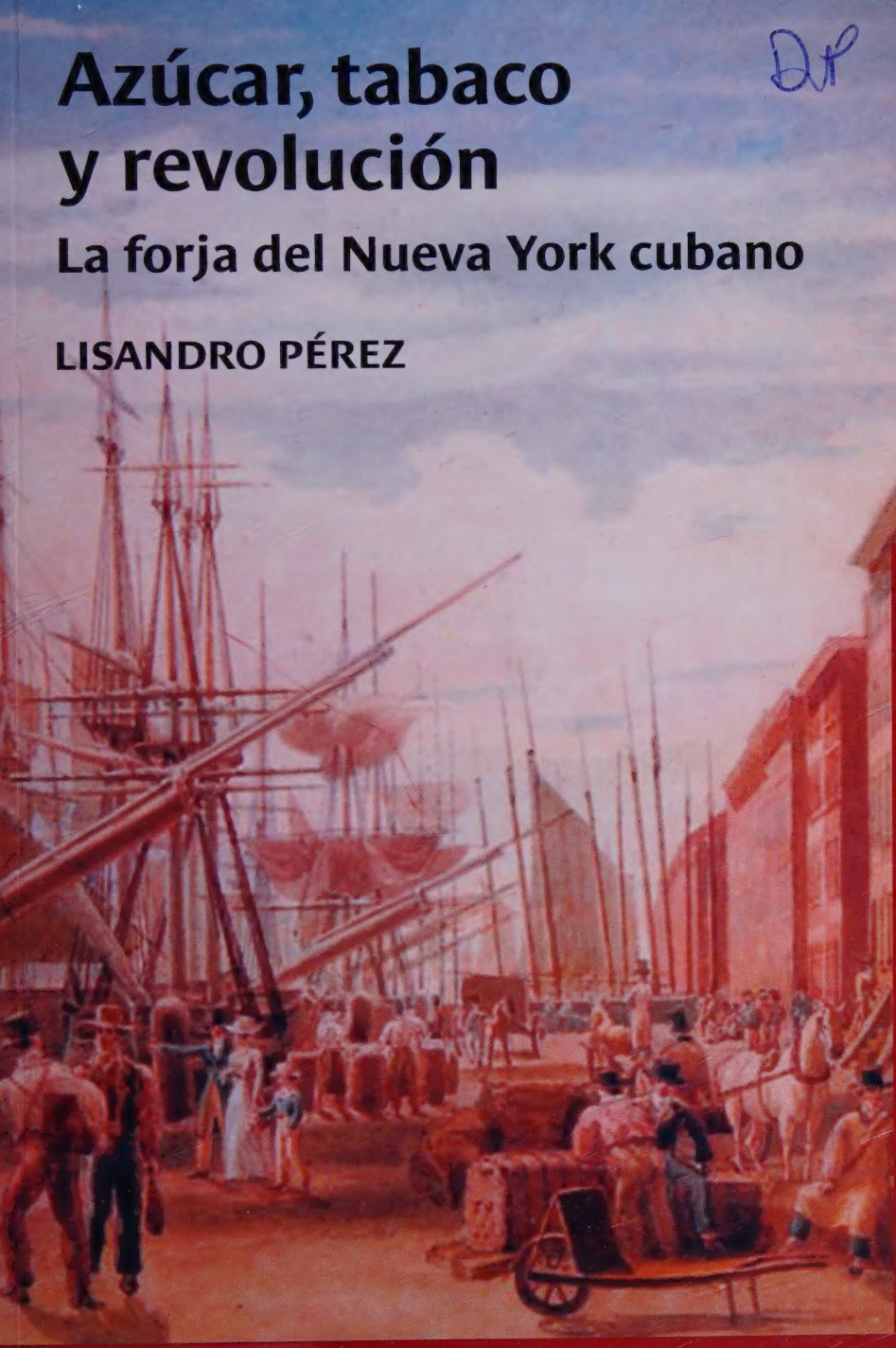
Azúcar, tabaco y revolución

La forja del Nueva York cubano

LISANDRO PÉREZ



PREMIO DE ESTUDIOS SOBRE LATINOS EN LOS ESTADOS UNIDOS
Mención

PREMIO CASA DE LAS AMÉRICAS
2019

A decir del jurado, este volumen «analiza a fondo y con un nivel de detalle fascinante y espectacular, la formación de la comunidad cubana en Nueva York en el siglo XIX. Pérez traza con gran destreza la enorme variedad de cubanos que se asentaron en dicha ciudad por diferentes motivos e intereses —negociantes, estudiantes, intelectuales, exiliados, anexionistas, revolucionarios—, y su desarrollo a través de guerras y profundos cambios en ambas sociedades. El texto pinta un extraordinario retrato de los personajes del período, no solo de Varela y Martí, sino de muchísimos otros que tejieron una compleja historia escasamente conocida, y representa una espléndida contribución, sobre todo, a la historia de los orígenes latinos de la ciudad de Nueva York».

Ilustración de cubierta:
William James Bennett, *View of South Street, from Maiden Lane, New York City*, ca. 1827.
Acuarela / papel, 24.4 x 34.6 cm
Colección Metropolitan Museum of Art

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/azucartabacoyrev0000pere

Azúcar, tabaco y revolución

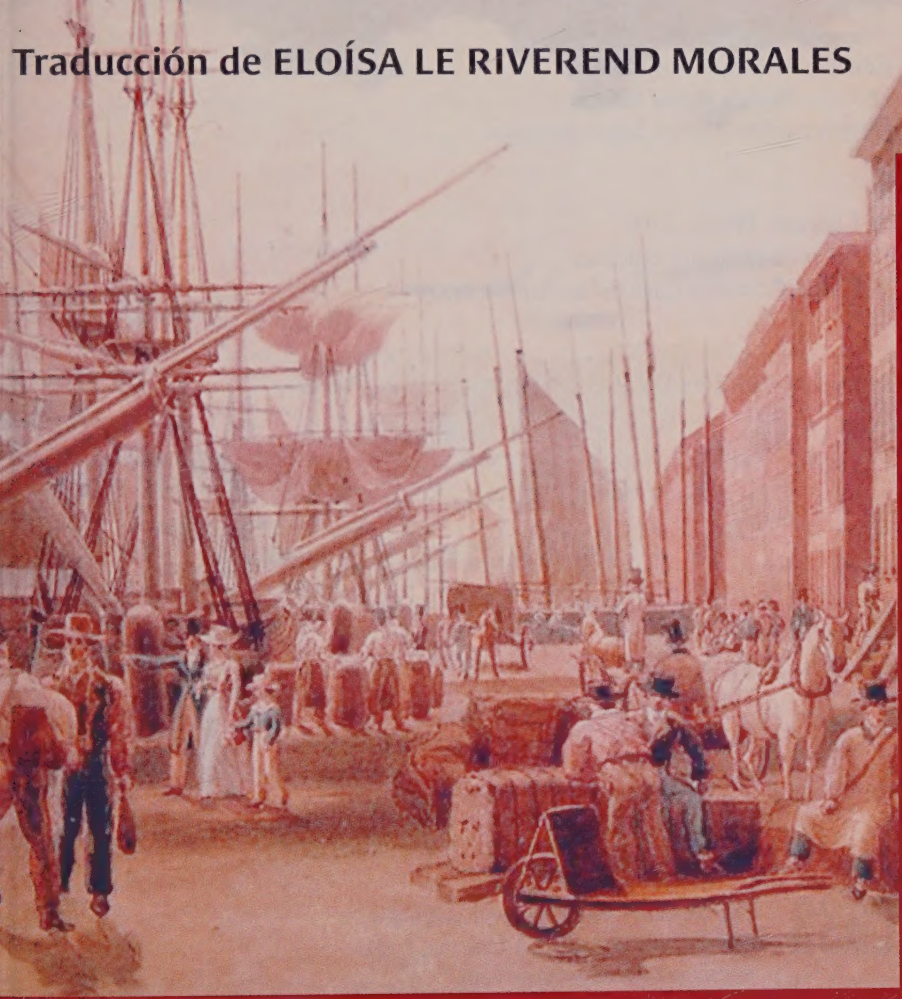
La forja del Nueva York cubano

Azúcar, tabaco y revolución

La forja del Nueva York cubano

LISANDRO PÉREZ

Traducción de ELOÍSA LE RIVEREND MORALES



PREMIO DE ESTUDIOS SOBRE LATINOS EN LOS ESTADOS UNIDOS
Mención

PREMIO CASA DE LAS AMÉRICAS
2019

Título original en inglés: *Sugar, Cigars, and Revolution. The Making of Cuban New York*

Edición: *Nisleidys Flores Carmona*
Diseño: *Ricardo Rafael Villares*
Diagramación: *Marlen López Martínez*

© Lisandro Pérez, 2019
© Sobre la presente edición:
Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019

ISBN 978-959-260-557-2

casa

Fondo Editorial Casa de las Américas
3ra. y G, El Vedado, La Habana, Cuba
www.casadelasamericas.com

A Liza

Agradecimientos

Este libro lleva mucho tiempo en preparación. La mayor parte de la investigación se realizó durante el año académico 2004-2005, cuando tuve el privilegio de recibir la beca Mel and Lois Tukman en el Dorothy and Lewis B. Cullman Center for Scholars and Writers en la New York Public Library (NYPL). El Centro Cullman en la NYPL es un espacio extraordinario para investigadores y escritores, y este libro no habría sido posible sin mi estancia allí. Estoy profundamente agradecido a su directora en ese momento, Jean Strouse, y su personal, Pamela Leo y Adriana Nova. Ese año el centro tenía un grupo excepcional de becarios, un colectivo de escritores talentosos que me llevaron a pensar críticamente sobre mi tema y, especialmente, a mejorarme como escritor. Fui extremadamente afortunado de poder estar en contacto diario con personas tan creativas. De ese grupo, quiero hacer mención especial a Hermione Lee, Nathan Englander y T. J. Stiles. Aprendí mucho sobre la historia de los Estados Unidos en el siglo xix con T. J.: su tema se superponía con el mío (en aquel momento estaba trabajando en lo que resultó ser una biografía muy elogiada de Cornelius Vanderbilt), y sus sugerencias y observaciones me fueron de inestimable valor.

Durante ese año en la New York Public Library recibí la asistencia útil y constante de su personal, en especial de Denise Hibay, en ese momento bibliógrafa de Latinoamérica; de Ruth Carr y Maira Liniaro de la Milstein Division of U. S. History, Local History, and Genealogía; y de William Stingone y el personal de la División de Manuscritos y Archivos.

Además de la beca en el Centro Cullman, este proyecto fue respaldado por una beca del National Endowment for the Humanities, una beca del Instituto Gilder Lehrman de Historia de los Estados Unidos y una licencia sabática de la Florida International University (FIU), por la cual me siento especialmente agradecido con el entonces vicerrector y ahora rector de la FIU, Mark Rosenberg.

Deseo agradecer el apoyo del personal de las siguientes bibliotecas y colecciones, además de la NYPL: el de Colecciones Especiales y Préstamos Interbibliotecarios de la biblioteca Green de la FIU, el de la biblioteca de la New York Historical Society, el de la División de Manuscritos de la Library of Congress y la Cuban Heritage Collection de la Biblioteca de la Universidad de Miami.

El ofrecimiento en 2010 del rector Jeremy Travis y de la vicerrectora Jane Bowers del John Jay College de la City University of New York para que me uniera al profesorado y presidiera el Departamento de Estudios de Latinoamérica y de Latinos hizo realidad mi sueño de siempre de vivir en Nueva York, y me dio la oportunidad de ampliar aún más mi conocimiento de la ciudad y de que mi vida se enriqueciera al trabajar en compañía de un conjunto increíble de colegas y estudiantes.

Estoy agradecido a los muchos colegas en los Estados Unidos y Cuba que me proporcionaron orientación, sugerencias, percepciones y, en muchos casos, muy necesario aliento: Uva de Aragón, Guillermo Grenier, Ana Cairo, Antonio Aja, Oscar Zanetti, Enrique López Mesa, Juan Martínez, Samuel Farber, Eusebio Leal, Mike Wallace, Gerald Markowitz, Rafael Hernández, Ramón Cernuda, Milagros Martínez, Miguel Barnet, Esther Allen, Rafael Rojas, María Cristina García e Ivan Schulman.

Quisiera agradecer muy especialmente a tres historiadores y amigos que leyeron un borrador preliminar del manuscrito y cuyos comentarios fueron inmensamente útiles (además de un lector anónimo). Uno es John Gutiérrez, mi colega del John Jay College, que no solo hizo agudos comentarios, sino que sugirió como enmarcar mi libro dentro de una narrativa más amplia de Nueva York. Otro lector fue Gerald Poyo, quien cuestionó algunas de mis suposiciones y conclusiones, lo que me hizo repensar varios pasajes del libro. Jerry generosamente compartió conmigo su vasto conocimiento de la historia cubanoame-

ricana. Emilio Cueto también leyó un borrador del manuscrito. Un coleccionista a nivel mundial de todo lo cubano, con un conocimiento enciclopédico de la historia y la cultura de la isla donde ambos nacimos, Emilio me salvó de unos cuantos desaciertos y me proporcionó detalles importantes. No siempre seguí los consejos de esos tres amigos, de modo que de más está decir que yo soy el único responsable de cualquier deficiencia del libro.

Mis editoras en la New York University (NYU) Press, Amy Klopfenstein y Clara Platter, han sido maravillosas y, quizás más importante, muy pacientes conmigo, más de lo que podía haber esperado. Amy fue especialmente útil para resolver los muchos problemas de formato que me desconcertaban y para conducir con éxito el manuscrito, y a mí, a través de cada paso del trayecto desde el primer borrador hasta el libro impreso. El manuscrito le debe mucho a su dedicación. También estoy agradecido a Dorothea Halliday, jefa de edición, quien manejó el proceso de producción. Deborah Gershenowitz, mi primera editora en NYU Press, acogió y estimuló el proyecto y revisó algunos de los primeros capítulos. Muy sinceras gracias también para mi estudiante asistente, Angela Reyes, que organizó muchas de mis fuentes y cuya ayuda con las ilustraciones me permitió navegar por el mundo de píxeles y DPI.

Mi gente nunca perdió la esperanza en que terminaría este libro, y lo aprecio mucho. Mis hijos Lisandro José y Julián, y mi nieta Gabriela son pilares en mi vida y estoy muy orgulloso de ellos. Mi agradecimiento a mi nuera Cynthia, cuyo carácter resiliente admiro, y a mi suegra Elsa, que siempre me hacía la temida pregunta: «¿Y el libro?». Su hija, Liza Carbajo, ha sido mi faro de luz desde que entró en mi vida hace veinticinco años. Ha compartido los momentos altos y bajos en la confección de este libro y en todo lo demás. Le debo más de lo que me es posible expresar aquí, y le dedico este libro.

Nota de agradecimiento, edición en español de Casa de las Américas

Aunque he desarrollado mi carrera académica en los Estados Unidos y escribo principalmente en inglés, consideraría incompleto este trabajo

de investigación si no se publicara una edición en español que pusiera este libro al alcance de los lectores en el país que nací, ya que es, fundamentalmente, un libro de historia de Cuba. Por eso tengo una gran deuda con todos los que hicieron posible esta edición en español. Agradezco a los tres miembros del jurado del Premio 2019 de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos de Casa de la Américas por otorgarle al libro Mención Honorífica. Jorge Fornet, director del Centro de Investigaciones Literarias, y Antonio Aja, director del Programa sobre Latinos en los Estados Unidos de esa institución abrigaron e impulsaron la idea de realizar una traducción al español. Caridad Tamayo Fernández, directora del Fondo Editorial Casa de las Américas y su equipo, especialmente Nisleidys Flores, se encargaron de coordinar y realizar todo el trabajo editorial con gran eficiencia y profesionalismo. Les estoy muy agradecidos. Quiero sobre todo agradecer el monumental trabajo que realizó la traductora, Eloísa Le Riverend. Mi texto original en inglés no era fácil de traducir, pero ella se entregó a la minuciosa labor con una evidente determinación para lograr capturar el sentido de mis palabras en el texto de esta edición. Fue un placer trabajar con ella para enfrentar y vencer los desafíos que lanzaban ambos idiomas. He adquirido un profundo respeto por el arte de la traducción.

Introducción

Historias de Nueva York

Crecí escuchando historias de Nueva York. En mi infancia cubana, Nueva York se convirtió en una ciudad de mitos y leyendas, el escenario de todas las cosas interesantes que le sucedieron a mi familia. En aquel entonces, yo no comprendía que vivía en un lugar y una época extraordinarios, la embriagadora Habana de los años cincuenta. Pero ese era mi mundo infantil cotidiano, el que siempre había conocido. Según decían todos, Nueva York, que nunca visité de niño, *ese sí* que tenía que ser un lugar verdaderamente extraordinario.

Mi historia familiar preferida de Nueva York es la que mi padre contaba sobre su primer paseo en la ciudad. Tenía trece años y había llegado desde La Habana el 1ro. de julio de 1933, en el barco *Morro Castle* con su padre, su hermana mayor y uno de sus hermanos menores.[1] Al día siguiente, un domingo, todos se encontraban en magníficos asientos en el Polo Grounds para ver un doble juego entre los

[1] El *Morro Castle* y su barco gemelo, *Oriente*, cuyas botaduras fueron en 1930, constituyeron los pilares de la rentable ruta Nueva York-La Habana de la Ward Line. El *Morro Castle* recorría 1 880 kilómetros hacia Cuba en menos de cincuenta y nueve horas. El 8 de septiembre de 1934, poco más de un año después de que trajo a mi padre y su familia a los Estados Unidos, el *Morro Castle* se quemó en la costa de Nueva Jersey cuando regresaba a Nueva York desde La Habana. Ciento treinta y cuatro personas murieron en uno de los más notables desastres marítimos. «Burned Ship Built with Federal Aid», *New York Times*, 9 de septiembre de 1934, p. 35; y T. Gallagher: *Fire at Sea: The Story of the Morro Castle*, p. 280.

Gigantes y los Cardenales de San Luis. La escena causó una gran impresión en mi padre: era el fin de semana del 4 de Julio y el estadio estaba engalanado con banderas rojas, blancas y azules, a plena capacidad, con un público de unos cincuenta mil espectadores animando a los Gigantes. Era exactamente como él esperaba que fueran los Estados Unidos. El primer juego duró dieciocho entradas, con la increíble proeza de Carl Hubbell de lanzar todo el juego perfectamente durante doce de las entradas, lo que permitió a los Cardenales solo seis hits y cero bases por bolas. Los Gigantes ganaron uno a cero. También ganaron el segundo juego con el mismo puntaje, pero mi padre no pudo verlo.[2] Mi abuelo se levantó al final del primer juego maratónico y declaró que había visto suficiente béisbol por un día. Todos se fueron a su hotel, el MacAlpin, cerca de Herald Square.

La historia principal es por qué se encontraba mi padre en Polo Grounds y en los Estados Unidos ese día del verano de 1933. Él y su hermano habían ido a Nueva York para inscribirse en una escuela secundaria privada en Long Island. Mi abuelo, de quien tomamos el nombre mi padre y yo, era un huérfano de la región central de Cuba que se había desempeñado muy bien económicamente al desarrollar un exitoso negocio de exportación de tabaco en rama. En 1933 ya tenía sesenta y dos años, se encontraba en el apogeo de su carrera empresarial como exportador cubano exclusivo de la General Cigar Company de Nueva York. Acababa de construir una amplia casa en el barrio más moderno de La Habana para su esposa y sus diez hijos, de los cuales mi padre era el mayor.

La conexión financiera de mi abuelo con Nueva York tendría implicaciones duraderas para mi familia, que iban mucho más allá de la prosperidad económica. Aunque una de sus hijas era monja, mi abuelo rechazaba la idea de educar a sus hijos en un colegio católico tradicional para varones en La Habana. Quizás porque él no sabía absolutamente nada de inglés, estaba decidido a que sus hijos aprendieran el idioma y las costumbres de las personas en Nueva York, con quienes había hecho negocios durante décadas. La ubicación de la escuela no podía ser otra que Nueva York, ya que mi abuelo confiaba en las conexiones

[2] J. Drebinger: «Giants Win Twice, 1st in 18 innings», *New York Times*, 3 de julio de 1933, p. 7.

del presidente de la General Cigar, Bernhard Meyer, el mismo que brindó el palco corporativo en Polo Grounds para el doble juego. Uno de los hijos de Meyer, Max, asistió a la Academia Woodmere en Long Island, y por eso Meyer hizo posible que mi padre y mi tío no solo se matricularan allí, sino también que fueran hospedados en la casa del director de la escuela, Mitchell Perry.

Y así fue como mi padre –y a la larga tres de sus hermanos– pasó cinco años estudiando en una escuela secundaria predominantemente judía, viviendo en un hogar protestante, aprendiendo un inglés impecable y acumulando un caudal de experiencias y anécdotas centradas en ese otro sitio que le dio forma a su vida. Por eso fue que crecí escuchando sobre los domingos en Polo Grounds o en el Yankee Stadium, sobre la belleza de Penn Station y la majestuosidad del Empire State Building, de los paseos de fin de semana en el ferrocarril de Long Island, y sobre la desgracia de tener que comer remolacha, coliflor y pastel de ruibarbo, pero también sobre los encantos de una escuela mixta y especialmente de una tal Peggy Cohen.

Años más tarde, cuando llegó el momento de planear su luna de miel, adónde más podría ir mi padre, que no fuera Nueva York, para presumirle de la ciudad que tan bien conocía a su esposa que no era Peggy Cohen, sino una muchacha de La Habana que nunca había estado en Nueva York, pero que también había crecido, como veremos, con sus propias historias de Manhattan. Y cuando llegó el momento de decidir una escuela para mí, no iba a ser una escuela católica para varones, sino una de las muchas escuelas mixtas estadounidenses que, en la década de 1950, habían proliferado en La Habana para servir a la enorme comunidad estadounidense, así como a los muchos padres cubanos, como los míos, que querían que sus hijos aprendieran inglés. Por tanto, no es difícil para mí ver cómo una asociación comercial entre Nueva York y La Habana, forjada a comienzos de siglo XX, tendría un efecto determinante en mi vida e incorporaría en mi conciencia una clara conexión personal con Nueva York.

Por parte de la familia de mi madre, mis vínculos ancestrales con esa ciudad precedieron bastante al siglo XX. Mi bisabuelo materno, Ernesto Fonts y Sterling, llegó en 1879 para asistir a una escuela en el valle del Hudson en Nueva York. Había quedado bajo la tutela de su tía Hilaria y su esposo, el prominente y adinerado Miguel Aldama,

quien fue a dicha ciudad en 1869 como exiliado de la guerra de independencia que había estallado en Cuba.

En los Estados Unidos, mi bisabuelo aprendió dos cosas que le fueron muy útiles más adelante en su vida: la contabilidad y, la más importante, el inglés. En 1895 se unió a la rebelión armada que comenzó ese año contra los españoles, finalmente al rango de coronel y sirvió como secretario del Tesoro del gobierno en armas. Después de la guerra, formó parte, como auditor adjunto, del «subgabinete» cubano de Leonard Wood, el gobernador militar estadounidense de Cuba, y luego como auditor principal de la nueva República en la isla. Su inglés resultó especialmente útil cuando en 1912 aceptó un puesto como administrador de dos ingenios azucareros de propiedad estadounidense, entre los más grandes de los colosales ingenios que surgieron en el este de Cuba mediante inversiones de empresas financieras con sede en Nueva York.

Después de una larga enfermedad, el coronel Ernesto Fonts murió en 1918 a la edad de cuarenta y ocho años, pero no sin antes aconsejar a su viuda María Luisa, que después de su muerte debía llevarse a sus dos revoltosos adolescentes (mi abuelo materno, Oscar, era el más joven) a Nueva York e inscribirlos en la Academia Militar de esa ciudad para que aprendieran inglés y adquirieran disciplina. Casi inmediatamente después de su muerte, María Luisa hizo exactamente eso. Con su pensión como viuda de veterano y a pesar de no saber una palabra en inglés, se instaló en un hotel residencial de Manhattan y mandó a mi abuelo y a su hermano a la escuela militar localizada a la orilla del río Hudson. No regresó a La Habana hasta que los muchachos terminaron la escuela secundaria, unos cinco años después.

Durante esos años, mi abuelo pasaba tantos fines de semana como podía con su madre en Manhattan, donde aprovechaban la vida cultural de la ciudad. Mientras que las historias de mi padre estaban llenas de cortos relatos sobre béisbol, las historias de mi abuelo Oscar favorecían la ópera y el teatro. Él me contó, por ejemplo, como fue al teatro Metropolitan Opera House para escuchar a Enrico Caruso cantar el papel de Radamés en *Aida*. Su espectáculo favorito, sin embargo, era uno que a su madre no le gustaba: las hazañas de Harry Houdini. Mi abuelo también contaría la historia de cómo conoció a mi abuela en

una fiesta en Manhattan justo antes de su regreso a Cuba. Vivía en La Habana, pero estaba visitando a unos primos que eran residentes en Nueva York desde hacía mucho tiempo.

Todas esas historias de mi infancia formaron parte de una tradición oral familiar que solo puedo describir como el acervo patrimonial de Nueva York y que sirvió para establecer mi conexión personal con la ciudad. Es una conexión que siempre he sentido. Varios años después de que mi familia se fuera de Cuba en 1960 y se estableciera en Miami, trabajé a tiempo completo en una hamburguesera un verano solo para poder ganar suficiente dinero extra y, por fin, hacer mi primer viaje a Nueva York. Era 1968, un año turbulento, tenía diecinueve años y estaba en la universidad; nunca olvidaré la mezcla de asombro y familiaridad que sentí durante las dos semanas que pasé explorando Manhattan por mi cuenta.

Alguna vez consideré que mi conexión con Nueva York era única, tal vez una combinación de suerte y el estatus socioeconómico de mi familia en Cuba. Pero después de unos cuarenta años de estudiar y escribir sobre Cuba, y especialmente sobre la presencia cubana en los Estados Unidos, me he convencido de que la experiencia de mi familia, lejos de ser aislada o idiosincrásica, fue un microcosmos de los vínculos en constante evolución entre Nueva York y La Habana; vínculos que surgieron a principios del siglo XIX y conformaron lo que era la nación cubana al momento de la Revolución Cubana de 1959.

Cuando se sintió obligado a salir de Cuba en 1869, Miguel Aldama, el tutor de mi bisabuelo, fue a Nueva York, una ciudad que había visitado antes muchas veces, y donde vendía su azúcar y mantenía considerables cuentas financieras. La ciudad ya era el centro más importante del movimiento separatista emigrado y el principal mercado para los productos cubanos, especialmente el azúcar. Con el comienzo de un nuevo siglo y la República de Cuba, esos vínculos bien establecidos en el siglo XIX se multiplicaron a medida que la relación entre la isla y los Estados Unidos se hacía cada vez más íntima en todas las áreas de la vida: política, económica, social y cultural. Mientras que los hilos políticos que conectaban a ambos países eran movidos desde Washington, los lazos económicos mucho más profundos, con todas sus consecuencias sociales y culturales, se centraban en Nueva York. Los bancos,

las empresas financieras y las corporaciones de Manhattan fueron en gran parte responsables de los vertiginosos niveles de inversión que fluyeron hacia Cuba, en especial en las décadas previas a la Depresión. A partir de la devastación del conflicto contra España que terminó en 1898, surgió una nueva élite en La Habana impulsada por el capital que las empresas estadounidenses comenzaron a canalizar hacia la isla a través de oportunidades de inversión creadas por la proximidad geográfica y, especialmente, por un clima político cuya estabilidad estaba eficazmente garantizada por el gobierno de los Estados Unidos.

Esa inyección masiva de capital dirigida desde Nueva York tuvo un efecto multiplicador en todas las áreas de la vida cubana, desde el desarrollo de la extraordinaria arquitectura e infraestructura de La Habana, hasta las artes, la música y los deportes, la cultura política y la estratificación social, e incluso hasta el mismo corazón de la identidad nacional cubana.[3]

La experiencia de mi familia fue parte de ese proceso más amplio. La educación de mi bisabuelo en Nueva York lo preparó para prestar servicio en ese nuevo mundo cubano del siglo XX. El inglés que sabía Ernesto y su conocimiento de la cultura y los negocios estadounidenses le permitieron formar parte de la administración de los Estados Unidos en la isla y más tarde trabajar como administrador de propiedades azucareras estadounidenses en el este de Cuba, conjuntamente con un amigo de sus días de guerra, Mario García Menocal, un graduado de ingeniería en Cornell, que se convertiría en el tercer presidente cubano. No es de extrañar que el último deseo de Ernesto fuera que sus hijos asistieran a la escuela en Nueva York, y perpetrar aún más la conexión cultural de la familia con la ciudad. Cuando su viuda tomó la osada decisión de llevarse sus hijos a Nueva York, tuvo muchos vecinos cubanos que le hacían compañía. El hotel residencial donde vivía, el Walton, en la esquina suroeste de Columbus Avenue y la 70th Street, era propiedad y lo manejaba la familia Quevedo de La Habana, que vivía en el hotel, junto con otras nueve familias cubanas, la mayoría con apellidos frecuentes entre la élite de la isla.[4]

[3] L. A. Pérez Jr.: *On Becoming Cuban*; y L. A. Pérez Jr.: *Cuba and the United States*.

[4] U. S. Bureau of the Census: *Fourteenth Census of the United States: 1920*, Population, New York City, Distrito de Enumeración no. 551.

La educación de mi padre en Nueva York también se debió a esa realidad de la Cuba del siglo XX. Las dotes empresariales de su padre en la industria tabacalera nunca le habrían rendido tan buenos dividendos sin el capital que los compradores estadounidenses llevaron a la isla, lo que le permitió ampliar su mercado considerablemente. A la larga, la General Cigar formaría una sociedad corporativa con él, e invirtió en mejorar y ampliar sus instalaciones de procesamiento y almacenamiento y en aumentar su nómina. Eso le facilitó construir esa espaciosa casa en el distrito de El Vedado en La Habana, una casa diseñada y edificada por una prominente empresa de ingeniería neoyorquina. Al enviar a sus hijos a estudiar en Nueva York, estaba siguiendo un patrón bien establecido entre las familias de La Habana de la época. Y no era inusual en absoluto llevar a la novia a una luna de miel en Manhattan, como lo hiciera mi padre, y también Fidel Castro.

Este libro se originó al darme cuenta de que la experiencia de mi familia formaba parte de una trama mucho más amplia e intrincada de conexiones entre Nueva York y La Habana. A inicios del siglo XIX, Nueva York comenzó a reemplazar a España como ese «otro lugar» en la consciencia cubana, ese lugar más allá de los estrechos límites de una isla que enciende la imaginación y se convierte en el destino principal, real o imaginario, para aquellos que buscan, por cualquier motivo, escapar o mitigar su insularidad. Se convirtió en el lugar de referencia del estilo, las ideas, el progreso, la cultura y el ascenso económico; en resumen, el lugar donde los horizontes podían expandirse más allá de las posibilidades disponibles en una isla tropical.

El proceso de construcción de la nación cubana, que comenzó relativamente temprano en el siglo XIX, se caracterizó por una orientación claramente modernista, progresista y secular. España, el opresor colonial, no podía ser el modelo para ese proceso. Un símbolo revelador de este hecho fue el triunfo a finales del siglo XIX del béisbol sobre las corridas de toros en la competencia por la programación de los estadios públicos de La Habana. El béisbol fue adoptado por los cubanos porque simbolizaba la modernidad estadounidense.[5]

[5] L. A. Pérez Jr.: *On Becoming Cuban*, p. 78; y R. González Echevarría: *The Pride of Havana: A History of Cuban Baseball*, pp. 80-81.

El papel de Nueva York en ese proceso tuvo una importancia crítica para entender la creación y el desarrollo de la nación cubana durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX. Para establecer dicho papel en el desarrollo de la cultura y la sociedad cubana es necesario detallar los vínculos a través de los cuales dicha ciudad ejerció esa influencia. La comunidad cubana en Nueva York no fue solamente el resultado, sino un contribuyente esencial al tejido de un denso y complejo entramado político, económico y cultural que convirtió a Nueva York en el principal lugar de referencia para el sentido de modernidad y nacionalidad de los cubanos. «La emigración», como escribió Louis A. Pérez Jr., «fue el crisol de la nación, ya que muchos elementos vitales de la nacionalidad cubana se forjaron y adquirieron forma definitiva en América del Norte».[6] Nueva York, en mi opinión, fue el «crisol» más importante de la emigración y la nacionalidad cubana en el siglo XIX y a principios del XX.

Comenzando tempranamente en el siglo XIX y durante más de un siglo después, casi todas las figuras intelectuales, artísticas, empresariales y políticas importantes para la construcción de la isla nación fueron a Nueva York, algunos para toda la vida, otros para estancias temporales. Y no era una ciudad cualquiera, era Nueva York. Desde la cultura democrática, la corrupción, los severos contrastes sociales y la justicia social, hasta el *jazz* y el béisbol, los cubanos neoyorquinos estuvieron expuestos a lo que esa ciudad ofrecía: una mirada a los nuevos patrones de la modernidad. Como ha argumentado Thomas Bender,

> Fue en Nueva York [...] que la cultura avanzada y el conocimiento enfrentaron por vez primera las condiciones urbanas modernas. Antes que sus homólogos en cualquiera de las grandes capitales europeas, los hombres y las mujeres cultos de Nueva York tuvieron que afrontar la ideología y la práctica de la democracia y una heterogeneidad social sin precedentes.[7]

[6] L. A Pérez Jr.: *On Becoming Cuban*, p. 43.

[7] T. Bender: *New York Intellect: A History of Intelectual Life in New York, from 1750 to the Beginnigs of Our Time*, p. 6.

La comunidad cubana de Nueva York surgió en un contexto más amplio de conexiones económicas y políticas entre Nueva York y La Habana en el siglo XIX. El volumen de tráfico marítimo entre las dos ciudades aumentó enormemente. Los cubanos viajaban a Nueva York no solo para planear una revolución contra España, sino también para ganarse la vida importando azúcar y tabaco de Cuba, fabricando o vendiendo tabacos, refinando azúcar o un sinnúmero de otras actividades, incluida la inversión inmobiliaria. La guerra separatista que comenzó en 1868 condujo al éxodo masivo de las élites, especialmente de la aristocracia terrateniente, cuyas vidas y propiedades estaban amenazadas por la represión española. Sus actividades políticas y económicas los mantuvieron en contacto con la patria, al mismo tiempo que se convirtieron en habituales en la escena social y económica de Nueva York. Sus bodas y bautizos fueron eventos fastuosos, incluso para los estándares de Nueva York. Llegaban diariamente pasajeros de la isla para visitar a sus parientes de esa ciudad y comprar lo último en productos elaborados y modas en las incomparables grandes tiendas minoristas de Manhattan. Los líderes insurrectos recaudaban dinero para equipar expediciones a la isla para luchar contra los españoles. Los boletos de la lotería de La Habana se vendían libremente en las calles de Manhattan y Brooklyn. Aquellos que en Cuba huían de la ley o de los acreedores era probable que aparecieran en Nueva York. Décadas antes de que los tabaqueros cubanos torcieran tabacos en Tampa, ejercían su oficio en el bajo Manhattan con hojas importadas desde Cuba.

Hacia el final del siglo XIX, la comunidad cubana de Nueva York se convirtió en el centro político e intelectual del movimiento independentista definitivo organizado por José Martí. Fue un momento y un lugar que definieron el futuro curso de la incipiente nación. Mientras la comunidad apoyaba abrumadoramente la lucha cubana por la independencia, logró sobrevivir más allá de esa lucha al entrar en el siglo XX y en otra fase de la historia de Cuba y de Nueva York.

El siglo XX trajo indisolublemente aparejados lazos comerciales, políticos y culturales entre los Estados Unidos y Cuba, y Nueva York siguió siendo, hasta 1960, la ciudad estadounidense más importante para los cubanos, y atrajo a aquellos que ayudaron a formar las instituciones culturales, económicas e intelectuales de la joven República.

Entre estos estaban incluidos escritores, académicos, intelectuales, hombres de negocios, artistas, figuras del deporte y, quizás, los más importantes, los músicos. La principal contribución de Cuba a la cultura universal se vio influida de manera indeleble por los centros de espectáculos y las compañías discográficas de Manhattan. El intenso tráfico de barcos entre Nueva York y La Habana pronto se complementó con el servicio aéreo, y se convirtió en una de las rutas aéreas más concurridas de América del Norte.[8]

La comunidad cubana de Nueva York poseía muchas características de lo que ahora llamamos una «comunidad transnacional». El término se puso de moda como una herramienta conceptual importante en el estudio de la inmigración contemporánea de los Estados Unidos para describir las redes de relaciones sociales, políticas y económicas que construyen los inmigrantes y que vinculan sus sociedades de origen y de destino. «A través de estas redes», escribió Alejandro Portes, «las personas pueden llevar una doble vida [...]. [Ellos] son a menudo bilingües, se mueven fácilmente entre diferentes culturas, frecuentemente mantienen hogares en los dos países y tienen intereses económicos y culturales que requieren su presencia en ambos».[9] Desafiando la noción de que los inmigrantes se «desarraigan» cuando emigran, el concepto de transnacionalismo reconoce las muchas maneras en que las comunidades migrantes permanecen conectadas, de forma continua y en evolución, con sus sitios de origen.[10]

Aunque este marco conceptual se ha aplicado casi exclusivamente a los inmigrantes contemporáneos, también se presta atención a la existencia de vínculos transnacionales entre los inmigrantes anteriores y sus países de origen. Nancy Foner ha estudiado cómo los judíos rusos y los italianos en Nueva York a fines del siglo XIX mantenían gran cantidad de vínculos con sus sociedades de origen.[11] Nina Glick Schiller

[8] L. A. Pérez Jr.: *Cuba and the United States*, p. 207.

[9] A. Portes: «Immigration Theory for a New Century: Some Problems and Opportunities», en C. Hirschman, P. Kasinitz, y J. DeWind: *The Handbook of International Migration*, p. 29.

[10] P. Levitt: «Migrants Participate across Borders: Toward an Understanding of Forms and Consequences», en N. Foner, R. G. Rumbaut y S. J. Gold (eds.): *Immigration Research for a New Century Multidisciplinary Perspectives*, pp. 460-461.

[11] N. Foner: *From Ellis Island* to *JFK*, pp. 169-176.

reconoció la importancia de las comunidades de inmigrantes de los Estados Unidos en la configuración y consolidación de los Estados-nación del siglo XIX. en Europa y Asia.[12] En un libro publicado con el título *Chinese American Transnationalism*, un grupo de estudiosos de la presencia china en los Estados Unidos examina los muchos vínculos entre los estadounidenses de origen chino y su tierra natal durante la Era de la Exclusión.[13]

Con este libro, busco corregir algunos de los desequilibrios en lo que sabemos sobre la historia de los cubanos en los Estados Unidos antes de la Revolución de 1959. Esencialmente, busco otorgar a Nueva York lo que se le debe, y ubicar la historia más conocida del activismo político dentro de su contexto social, cultural y económico más amplio y menos conocido. Existe una impresionante bibliografía sobre las comunidades de tabaqueros de Florida, especialmente de Tampa, y una bibliografía aún mayor sobre las actividades políticas de los emigrados cubanos, en especial sobre la vida y obra de José Martí, quien vivió en Nueva York los últimos quince años de su vida.[14]

[12] N. Glick Schiller: «Transmigrants and Nation-States: Something Old and Something New in the U. S. Immigrant Experience», en C. Hirschman, P. Kasinitz y J. DeWind: *The Handbook of International Migration*, pp. 99-106.

[13] S. Chan: *Chinese American Transnationalism.*

[14] Ver, por ejemplo, G. R. Mormino y G. E. Pozzetta: *The Immigrant World of Ybor City*; L. G. Westfall: «Don Vicente Martínez Ybor»; G. Castellanos G.: *Motivos de Cayo Hueso*; J. Rivero Muñiz: «Los cubanos en Tampa»; y S. D. Greenbaum: *More Than Black*. Sobre las actividades revolucionarias de los cubanos emigrados, las primeras y principales obras son las de G. E. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*; and «Evolution of Cuban Separatist Thought». Ver también J. J. E. Casasús: *La emigración cubana;* N. R. Mirabal: «De aquí, de allá»; N. R. Mirabal: «No Country but the One We Must Fight For»; F. Azcuy: *El Partido Revolucionario*; M. M. True: «Revolutionaries in Exile»; C. C. A. Preece: «Insurgent Guests»; F. Ojeda Reyes: *Peregrinos de la libertad*; R. Álvarez Estévez: *La emigración cubana*; A. Ferrer: *Insurgent Cuba*; y Y. Cordoví Núñez: *La emigración cubana*. La bibliografía sobre José Martí es muy extensa. Entre las obras más relevantes para su vida y actividades en Nueva York se encuentran las siguientes: C. Márquez Sterlin: *Martí, maestro y apóstol*; L. Toledo Sande: *Cesto de llamas*; A. J. López: *José Martí*; S. Rotker: *The American Chronicles of José Martí*; J. Martí: *Todo lo olvida Nueva York*; G. de Quesada y Miranda: *Martí, hombre*; M. Santos: *Martí a la*

Pero aparte del activismo político de Martí y sus seguidores a finales de siglo XIX, la historia del Nueva York cubano es mucho menos conocida, a pesar de su importancia. La comunidad cubana de Nueva York constituye el caso de una comunidad transnacional que desempeñó un papel determinante en la creación y posterior evolución de un Estado-nación. Si bien ese papel es más evidente en el ámbito político, tanto sus antecedentes como sus consecuencias son mucho más amplios, y se extendieron a lo cultural, lo social y lo económico. Para estudiar el Nueva York cubano como una comunidad transnacional, debemos ir más allá de las actividades políticas estudiadas frecuentemente y examinar la comunidad en general, algo que no se ha hecho de forma sistemática en el caso de Nueva York.[15]

Existe relativamente poca literatura que nos hable de los comerciantes, fabricantes, costureras, tabaqueros, artesanos, tenderos, obreros, artistas, escritores y músicos, cubanos blancos, afrocubanos, mujeres incondicionales, católicos, masones e incluso cubanos de origen chino que vivían en la ciudad aun antes de la llegada de Martí en 1880. También sabemos relativamente poco sobre cómo se originó el Nueva York cubano y cómo la ciudad sirvió de escenario para los primeros esfuerzos por liberar a Cuba del control español. Las conexiones transnacionales sociales, económicas, culturales, y sí políticas entre Cuba y Nueva York se forjaron décadas antes de que Martí se convirtiera en neoyorquino.

El enfoque de este libro, por lo tanto, se encuentra en lo que menos conocemos del Nueva York cubano: su ascenso y desarrollo antes de que se convirtiera en la década de 1890 en el escenario para el desarrollo

---

luz del sol; L. Guerra: *The Myth of José Martí*; L. Lomas: *Translating Empire*; G. de Zéndegui: *Ámbito de Martí*; J. M. Oviedo: *La niña de New York*; J. Mañach: *Martí el apóstol*; R. Rojas: *José Martí*; J. M. Hernández: «Martí y el liderato del movimiento separatista cubano», en U. de Aragón: *Repensando a Martí*; P. P. Rodríguez: *De las dos Américas*; A. Fountain: *José Martí and U. S. Writers*; O. Castañeda: *Martí, los tabaqueros y la revolución de 1895*.; G. J. García Galló: «Martí y los tabaqueros»; y B. R. Johnson: «Origin of the Partido Revolucionario Cubano in Tampa».

[15] Dos excepciones notables son: la monografía escrita por Enrique López Mesa sobre las actividades intelectuales y culturales de los emigrados neoyorquinos, *La comunidad cubana de Nueva York*; y el reciente libro de N. R. Mirabal: *Suspect Freedoms: The Racial and Sexual Politics of Cubanidad in New York, 1823-1957.*

del movimiento independentista definitivo. También busco entrelazar la historia política con las fuerzas sociales y económicas que continuamente moldearon la comunidad.

Este libro representa otro de los muchos estudios sobre cómo Nueva York se desarrolló como un destino de migración internacional y un centro global para el comercio, las comunicaciones y la difusión de los valores urbanos modernos. La historia del Nueva York cubano, por tanto, no es solamente una historia cubana. También es una historia de Nueva York. La importancia de su comercio con la isla, la industria del tabaco en la ciudad, y el cabildeo y el activismo político en nombre de la causa cubana les dio a los cubanos un nivel de visibilidad dentro del ajetreado panorama de Nueva York; sin embargo, la presencia de estos en la ciudad ha recibido poca atención en los trabajos históricos generales sobre dicha ciudad.[16] En parte, ello es debido a la ausencia, como ya se ha señalado, de estudios integrales de la comunidad. Los que han escrito la historia de Nueva York no han tenido fuentes secundarias disponibles sobre la historia de los cubanos neoyorquinos a las cuales recurrir. También existe la percepción de que, durante el siglo XIX, la historia étnica y de los inmigrantes de Nueva York es europea. Los latinoamericanos solo figuran en esa historia hacia mediados del siglo XX.[17] Desde un punto de vista demográfico, es justo y correcto, pero encubre el alcance total de la historia de Nueva York como una metrópolis global.

Si la historia del Nueva York cubano es una historia importante de Nueva York, entonces tiene aun mayor significado para la historia de la presencia latina en la ciudad. La población de origen latinoamericano pronto representaría casi un tercio de los habitantes de la ciudad, una proporción sin precedentes para cualquier grupo étnico, incluso

[16] Ver, por ejemplo, J. Trager: *The New York Chronology*; y E. G. Burrows y M. Wallace: *Gotham.*

[17] Ver, por ejemplo, F. M. Binder y D. M. Reimers: *All the Nations under Heaven: An Ethnic and Racial History of New York City.* Esta fuente, una historia de los grupos raciales y étnicos de Nueva York, menciona a los cubanos solo una vez, una referencia de pasada a la migración posterior a 1959 (p. 228). En una obra reciente de 734 páginas sobre la historia de los inmigrantes de Nueva York, los cubanos no aparecen ni siquiera una vez en el índice. T. Anbrinder: *City of Dreams The 400-Year Epic History of Immigrant New York.*

para una ciudad cimentada en la diversidad étnica. Los cubanos, sin embargo, ahora representan menos del dos por ciento de los latinos presentes. Otros ocho grupos de nacionalidad latina en la ciudad tienen cantidades mayores. Pero, como veremos, desde el momento en que los Estados-nación latinoamericanos estaban en su infancia, a comienzos del siglo XIX, hasta principios del siglo XX, los cubanos eran, con creces, el grupo más grande de latinoamericanos en Nueva York. Rastrear los orígenes del Nueva York cubano es, por tanto, descubrir los orígenes del Nueva York latino.

El libro está dividido en dos partes, que corresponden a los dos motores que con el tiempo fueron sucesivamente las fuerzas propulsoras del auge y el desarrollo del Nueva York cubano: el azúcar y la guerra. La primera es el azúcar, o más precisamente, el Cuba Trade, como se le conocía en Nueva York. Empiezo esta primera parte en mi punto de partida arbitrario para la historia del Nueva York cubano: el 15 de diciembre de 1823, día en que el padre Félix Varela y Morales llegó a un muelle de South Street a bordo de un barco de carga desde Gibraltar. Durante este primer período, surgió una comunidad cubana a partir del floreciente comercio entre los puertos de Nueva York y Cuba, comercio impulsado principalmente por el azúcar cubano. El Cuba Trade de Nueva York precedió a la independencia de los Estados Unidos, y hacia la primera mitad del siglo XIX constituía una parte significativa del panorama comercial general de este país. Fue este comercio el que llevó a la creación en Nueva York no solo de una comunidad de élites cubanas con intereses comerciales y mercantiles, sino también a la de una comunidad de artesanos cuyos medios de vida estaban conectados al puerto. Este primer período también vio el debut de Nueva York como escenario principal de las actividades de los separatistas cubanos, especialmente aquellos que favorecían la anexión de la isla a los Estados Unidos. Algunos, en especial los intelectuales, eran exiliados, imposibilitados de regresar a la isla, pero la mayoría de los cubanos, especialmente los comerciantes de azúcar, se movían de manera continua de un lado a otro, como adelantados ejemplos de verdaderos migrantes transnacionales. Termino esa primera parte del libro el día en que Carlos Manuel de Céspedes, en

su hacienda del oriente de Cuba, declaró el inicio de una guerra por la independencia que duraría diez años.

Justo cuando el Cuba Trade se reducía, la guerra que comenzó en 1868 impulsó el desarrollo continuado del Nueva York cubano. Ese es el tema de la segunda mitad del libro. Muchos de los miembros de las anteriores élites transnacionales se convirtieron en exiliados, y formaron parte de un éxodo que trajo a parte de las familias criollas más destacadas de Cuba a Nueva York huyendo de la represión y las incertidumbres que caracterizaron al conflicto entre cubanos y españoles. Ese éxodo hizo crecer rápidamente la población cubana de la ciudad, haciéndola mucho más numerosa que cualquiera de las otras nacionalidades latinoamericanas. La década de 1870 trajo consigo el mayor incremento demográfico de cubanos en Nueva York en el siglo XIX. Los esfuerzos de la élite emigrada por ayudar a los combatientes en Cuba se volvieron muy polémicos, con los exiliados irreconciliablemente divididos sobre las estrategias y las personalidades, mientras que la situación militar en la isla se tornaba desesperada.

A la larga, el deterioro de la economía cubana debido a la guerra empujó a muchos cubanos de orígenes sociales más humildes, especialmente a los tabaqueros, a emigrar a Nueva York. La guerra duró diez largos años, y aunque muchos cubanos neoyorquinos regresaron a la isla después de terminado el conflicto en 1878, la mayoría ya había echado raíces en el lecho rocoso de Manhattan y se quedó. La segunda parte del libro incluye una mirada al Nueva York cubano en la década de 1880, una comunidad heterogénea y experimentada de tabaqueros, artesanos y trabajadores, pero también de élites, muchas de las cuales habían invertido su riqueza en bienes raíces de Nueva York. También fue una comunidad marcada por la guerra, con una notable presencia de veteranos y viudas.

La segunda parte termina con la historia del hombre que, desde Nueva York, organizó la siguiente y definitiva guerra por la independencia de Cuba: José Martí. En el capítulo 8 inserto a Martí en la historia del Nueva York cubano con su llegada a la ciudad en 1880 y sus actividades posteriores durante esa década. Pero no llego a profundizar en la bien conocida historia de su activismo después de 1891, cuando, mediante la fundación de *Patria* y del Partido Revolucionario Cubano, se dedicó intensamente a organizar el movimiento independentista que lo inmortalizó en la historia cubana. Esa historia ya ha

sido ampliamente documentada y no podría hacerle justicia aquí en el ámbito de este libro. Me interesa más situar a Martí en su entorno neoyorquino y, especialmente, considerar lo que hizo en la ciudad como el último capítulo de la larga historia del Nueva York cubano en el siglo XIX. Esa perspectiva generó lo que, para mí, sería uno de los resultados más reveladores de mi investigación: el papel excepcional que José Martí desempeñó en toda la historia del activismo emigrado cubano en Nueva York. Personalmente, redescubrí a Martí a través de mi trabajo para este libro. Déjenme explicar.

De muchas maneras, este libro no iba a estar centrado en Martí. La historia de los cubanos en Nueva York ha estado tan dominada por la historia de Martí, el Partido Revolucionario Cubano, *Patria* y todas las bien conocidas actividades que rodearon al movimiento de independencia final, que sentí decididamente que era necesario contar la historia del desarrollo anterior del Nueva York cubano. Esto se reforzó cuando debía responder a las preguntas sobre mi tema de trabajo: «Estoy estudiando la historia del Nueva York cubano». La respuesta habitual era «Ah, claro, Martí». «En realidad, no», contestaba: Martí ciertamente no fue el primer cubano en vivir en Nueva York; de hecho, fue precedido por una comunidad más grande y muy interesante de cubanos cuyos orígenes dicen mucho sobre los primeros vínculos entre Cuba y los Estados Unidos, y sobre los inicios del Nueva York latino. Esa es la historia no contada que yo quería contar.

Pero mi intención de dejar a Martí fuera de esta historia también estaba arraigada en una reacción a lo que me habían enseñado como estudiante en Cuba, es decir, que el hombre era un semidiós. Estaba en preescolar cuando Cuba celebró el centenario de su nacimiento en 1953. En mi clase de artes manuales, tuvimos que recortar una foto de Martí, colocarla en un marco y decorar el marco. Cuando llegué a casa, sostuve la foto detrás de mi espalda y me acerqué a mi madre: «Tengo una foto de alguien aquí; adivina quién es». «¿Es la foto de una mujer o la foto de un hombre?», preguntó mi madre. Lo pensé por un momento. «No», respondí, «no es la foto de una mujer, ni de un hombre [...] es una foto de José Martí». Por lo que me habían enseñado, este Martí no podía haber sido un mortal; tal era la magnitud de su mito entre los cubanos. No recuerdo un momento de mi vida en el que no supiera recitar de memoria su poema «La rosa blanca», así como muchos de sus *Versos sencillos*, pero no recuerdo haberlos

memorizado conscientemente. Es como si hubiera nacido sabiendo cada palabra de esos poemas.

Durante mis años universitarios me interesé en el estudio de Cuba, lo que me condujo a reexaminar y cuestionar todas las preconcepciones de la historia de Cuba que había adquirido en mi infancia en la isla y especialmente durante mi juventud en Miami, donde viví después de salir de Cuba con mis padres. Miami es una comunidad de emigrados que han idealizado la patria perdida. Con la arrogancia intelectual típica de muchos estudiantes universitarios, me esforzaba por dejar a un lado lo que parecían mitos sobre la excepcionalidad de la isla y las proezas de sus veneradas figuras históricas, entre las que destaca Martí. Vi las biografías existentes de Martí como hagiografías y traté de tener una visión más crítica, o al menos más realista, de su vida y su trabajo. Por tanto, cuando comencé el proyecto del Nueva York cubano hace años, no tenía ninguna propensión a centrarlo en Martí. Percibí que aparte de la suya, había una historia mucho más grande y antigua y esa era la historia que quería contar. Además, como he mencionado previamente, se ha escrito bastante sobre sus actividades revolucionarias en la ciudad, dejando poca posibilidad para añadir algún nuevo conocimiento.

Me alegra haber tomado esa decisión y que el libro se centre en esa historia anterior, en gran medida no contada. Pero descubrí que en la historia del Nueva York cubano no se puede ignorar a Martí, a pesar de mis esfuerzos por hacerlo. Mi investigación sobre las décadas anteriores a la llegada de Martí me llevó a apreciar la tradición política y social en la que Martí trabajó y hasta dónde de manera creativa y drástica se separó de ella cuando elaboró su movimiento histórico por la independencia de Cuba. Cuando investigaba los patrones del activismo emigrado que lo antecedieron y siguieron, me percaté de que el trabajo y pensamiento políticos de Martí fueron verdaderamente extraordinarios y se destacan como singulares excepciones a esos patrones. Sin duda, el hombre no era un semidiós, pero combinaba un compromiso inquebrantable con una causa, por la cual estaba dispuesto, literalmente, a sacrificarlo todo, con un talento excepcional para la comunicación y la organización, y un elemento esencial adicional: aptitud para el análisis político y la previsión. En la busca de una Cuba mejor, él fue diferente a cualquier exiliado cubano que lo precediera

o lo sucediera. Reconozco plenamente que, como resultado, ahora he cerrado el círculo de Martí, al encontrarme cerca de la sensación de asombro que sentía por él cuando estaba en el jardín de infancia.

Como narro una historia, decidí que era más apropiado un epílogo que una conclusión. En lugar de querer hacer generalizaciones u observaciones abarcadoras, he optado por un epílogo para atar los cabos sueltos de la historia del Nueva York cubano en el siglo XIX. A medida que el siglo se acercaba a su fin, el colonialismo español terminó y la peor pesadilla de Martí se puso en marcha. He titulado el desenlace de la historia «Martí no debió de morir», por la popular canción del mismo título, porque es el tema que mejor ata los cabos sueltos, ya que los acontecimientos demostraron claramente la visión excepcional de Martí.

Al igual que cualquier libro de amplio alcance, este, sin duda, decepcionará a los lectores que hubieran deseado ver que este o aquel aspecto de la historia del Nueva York cubano recibiera un tratamiento más extenso. Estoy consciente de que al contar esta historia he tenido que ser selectivo y limitar la cobertura de algunas figuras y acontecimientos históricos que formaron parte de este período de la historia de Cuba y de Nueva York y que, ciertamente, merecen más atención. Por ejemplo, investigué las historias de más familias cubanas en Nueva York que las que finalmente incluí en el libro. De incluirlas todas, la narración habría deambulado por demasiados caminos, que hubieran interrumpido su flujo.

Que sea imposible en el libro captar la riqueza total de la historia del Nueva York cubano en el siglo XIX puede ser una de sus mayores contribuciones. Mi esperanza es que este relato amplio del desarrollo de esta importante, aunque olvidada comunidad, ofrezca una base sólida sobre la que se puedan basar la investigación y las obras futuras. En efecto, hay muchas más historias que contar sobre el Nueva York cubano, muchos más caminos de investigación que se derivan de este libro y que es necesario seguir. Hay algunos vacíos que se pueden llenar investigando colecciones que no utilicé, especialmente las de Cuba. Este volumen habrá cumplido un propósito importante si estimula a que se investigue más sobre el Nueva York cubano y los orígenes de la presencia latina en la ciudad.

Una de las razones por las que me atrajo este tema fue precisamente su novedad. Existe una enorme bibliografía académica sobre Cuba en casi todas las disciplinas de humanidades y ciencias sociales. Como alguien que ha estudiado la isla y su diáspora durante más de cuarenta años, me resultó estimulante involucrarme en un área de investigación en la que todos los días aprendí cosas nuevas, cosas que antes no sabía y que aparentemente nadie más sabía tampoco o, al menos, nadie había escrito sobre ellas. Como si pidieran que su historia se contara cuando empecé a buscarlos, los cubanos neoyorquinos comenzaron a aparecer por todas partes: en libros mohosos, microfichas, periódicos frágiles, inscripciones o placas conmemorativas, colecciones digitalizadas, archivos y manuscritos, procedimientos legales, registros de los cementerios, transacciones de bienes raíces, listas de pasajeros, planillas del censo, resultados de béisbol, anuncios, directorios. Encontré evidencia por doquier de que muchos cubanos caminaron por las calles de la ciudad en la que ahora vivo e hicieron cosas desde extraordinarias hasta banales, desde cómicas hasta trágicas y desde nobles hasta criminales. Y su presencia en la ciudad debe ser contada, ya que forma parte de las historias de Cuba y de Nueva York.

Parte I
Azúcar 1823-1868

1
El puerto

Cuba, aunque todavía pertenecía a España, se convirtió cada vez más en una dependencia económica de los Estados Unidos en general y de Nueva York en particular.

ROBERT GREENHALGH ALBION: *The Rise of New York Port*, p. 182.

EL INVIERNO DE 1823-1824 fue inclemente, y mantuvo las calles de Nueva York heladas y resbaladizas durante la mayor parte de la temporada. Es probable que nadie que caminara a lo largo de South Street en esos días fríos haya reparado en el frágil sacerdote con paso incierto de anciano, firmemente apoyado en el brazo de su acompañante más joven. Tampoco alguien hubiera vuelto la cabeza hacia los dos hombres, mientras charlaban con la inconfundible entonación del español habanero. Era un sonido familiar en el litoral de la ciudad.

El padre Félix Varela, sin embargo, no era un anciano. Acababa de cumplir treinta y cinco años. Pero nunca antes había caminado por calles heladas y hasta que se acostumbró se apoyaba en el brazo firme de su antiguo estudiante adolescente, Cristóbal Madan.[1] Aprender a caminar por las calles heladas y nevadas de una ciudad fría probablemente no era una habilidad que Varela pensaba que iba a necesitar durante mucho tiempo. Por fin es que se encontraba en Nueva York casi por accidente. Él era uno de los pocos pasajeros que el 15 de diciembre de 1823 desembarcaron en los muelles de South Street

[1] La descripción de Varela y Madan caminando por las calles del bajo Manhattan está tomada de la biografía de Varela escrita por José Ignacio Rodríguez en los Estados Unidos y publicada por primera vez en Nueva York en 1878, *Vida del presbítero don Félix Varela*, pp. 143-144. Es probable que la fuente de la descripción haya sido el propio Madan, ya que todavía vivía en Nueva York cuando se escribió la biografía y Rodríguez lo conocía bien.

desde el *Draper*, un barco de carga que zarpó de Gibraltar.[2] Varela había buscado refugio en la pequeña colonia inglesa del Mediterráneo para escapar de la ira del vengativo rey español. Reinstaurado en el trono por tropas francesas, Fernando VII inmediatamente revirtió las medidas progresistas que el parlamento español lo había obligado a adoptar, las cuales habían dado esperanzas a los cubanos liberales de que España concedería mayor autonomía a la isla y aboliría el comercio de esclavos. Desafiando a los cubanos propietarios de esclavos, Varela estaba en Madrid como uno de los tres diputados cubanos electos para argumentar a favor de esas reformas ante el parlamento.[3] Una vez que el rey Fernando recuperó el poder, el sacerdote cubano se convirtió, no obstante, en blanco especial de las represalias del monarca. El *Draper* resultó ser uno de los primeros barcos que Varela pudo abordar para salir de Gibraltar. Probablemente, consideró a Nueva York como un lugar de refugio temporal hasta que pudiera regresar a La Habana y retomar sus tareas de enseñanza de filosofía y derecho constitucional en el seminario de San Carlos.

Pero la corona española tenía buena memoria para sus enemigos. Al final, aprender a caminar por las calles heladas le resultó útil: Varela pasó los siguientes veintisiete inviernos en Manhattan. Nunca regresó a Cuba.

La llegada de Félix Varela a Nueva York en ese frío día de diciembre de 1823 puede considerarse como el comienzo de la presencia cubana en Nueva York o, para el caso, en los Estados Unidos. Fundador de dos iglesias y elocuente defensor de los derechos de los católicos y los irlandeses en una época en que se enfrentaban a serios desafíos de los «nativistas» y los «antipapistas», el sacerdote cubano desempeñó un papel esencial en el desarrollo de la arquidiócesis de Nueva York.

[2] *New York, 1820-1850 Passenger and Immigration Lists*. José Ignacio Rodríguez fue el primero en encontrar en la Aduana de Nueva York el registro de la llegada de Varela más de 125 años atrás, donde se cita la fecha del arribo, el nombre del capitán del barco y los nombres y las edades de dos pasajeros cubanos que acompañaron a Varela (treinta años de edad) en el viaje: Tomás Gener, de treinta y ocho, y Leonardo Santos Suárez, de veintiocho, ambos, como Varela, representantes de Cuba ante el parlamento español. J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 133.

[3] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 1, pp. 102-103.

Pero para comprender los orígenes de la comunidad cubana de la ciudad, uno debe retroceder más en el tiempo, antes de la llegada de Varela, tan atrás como el siglo XVIII. Como la mayoría de las historias cubanas, esta comienza con el azúcar. Como la mayoría de las historias de Nueva York, esta comienza en el puerto.

El padre Varela llegó a un puerto floreciente, y el comercio de Nueva York con su isla natal contribuía en gran medida al ajetreo en el litoral del bajo Manhattan. El mismo año en que llegó el sacerdote, en 1823, noventa y siete barcos de pasajeros habían llegado directamente desde siete puertos diferentes cubanos, más de la mitad de ellos desde La Habana.[4] Varios barcos se dedicaban al transporte regular de pasajeros desde y hacia la isla. Los bergantines *Packet* y *Abeona*, por ejemplo, hicieron cinco y cuatro viajes de ida y vuelta, respectivamente, desde La Habana a Nueva York ese año: mientras que la goleta *Blue Eyed Mary* realizó varios viajes hacia y desde Matanzas.[5] En esa década, de 1821 a 1830, llegaron a Nueva York más pasajeros desde puertos cubanos que la cantidad total de pasajeros desde todos los demás puertos de América Latina y España sumados.[6]

La base de este tráfico de pasajeros eran las relaciones comerciales, extensas y de larga duración, entre Nueva York y la isla colonia de España, lazos comerciales más antiguos que los propios Estados Unidos y que se remontan a una victoria militar británica en 1762. El 4 de enero de ese año, durante un largo y costoso conflicto con Francia, los ingleses declararon la guerra a España porque Madrid había tomado partido por Francia.[7] Las fuerzas del rey Jorge se dispusieron a dar un golpe fatal a los españoles al captular la ciudad que durante casi dos siglos había sido el centro del transporte marítimo de los españoles en el Nuevo Mundo.

La Habana en ese momento era la tercera ciudad más grande del hemisferio occidental, solo superada por Lima y Ciudad de México, y mucho más grande que Nueva York, a pesar de no tener recursos

4 B. W. Steuart (ed.): *Passenger Ships Arriving in New York Harbor*, vol. 1, *1820-1850*, pp. 11-14.

5 Ibíd., p. 304.

6 *New York, 1820-1850 Passenger and Immigration Lists.*

7 D. Syrett: *The Siege and Capture of Havana, 1762*, p. xiii.

minerales valiosos en sus alrededores.[8] Había adquirido su tamaño e importancia debido a su ubicación estratégica en el Caribe. Fue el principal puerto y astillero de España en las Américas, el lugar donde los barcos reales de la colonia provenientes de Veracruz y Cartagena, cargados con los tesoros de las colonias españolas en el continente, se reunían y eran aprovisionados para el viaje transatlántico convoyado hacia España. También era la primera parada para los barcos que transportaban mercancías, pasajeros y noticias desde la madre patria. Lima y la Ciudad de México estaban relativamente aisladas; por el contrario, la posición de La Habana en la encrucijada del imperio español le dio desde muy temprano fama como centro para todo tipo de negocios y comercio, legales y no tan legales. Como todas las principales ciudades portuarias, había adquirido un carácter que era a la vez cosmopolita y vulgar.[9] La ciudad era el centro del poder español en el Caribe, y los ingleses sabían que capturarla constituiría un serio revés para los españoles y los franceses, sin mencionar los posibles beneficios económicos de controlar un centro comercial movido. La Habana, como dijera un historiador, «era presumiblemente un rico botín».[10]

Debido a su importancia, La Habana era una ciudad amurallada y fuertemente fortificada. A pesar de esto, el 13 de agosto de 1762, el capitán general español de Cuba, Juan de Prado, entregó la ciudad a los ingleses después de que las tropas comandadas por Lord Albemarle, de la expedición naval dirigida por el almirante George Pocock, la sitiaran en una intrépida maniobra militar, que halló a los españoles desprevenidos.[11] Albemarle asumió el control de La Habana como si planeara quedarse para siempre. Pero después de solo once meses, los ingleses partieron de acuerdo con el tratado de paz firmado con Francia y España.

Esos once meses, sin embargo, marcaron el comienzo de una transformación en la historia cubana. Mientras que los residentes de La Habana leales a España detestaron la ocupación de los ingleses, los criollos, los descendientes cubanos de los españoles, se mostraron

[8] H. Thomas: *Cuba, or The Pursuit of Freedom,* p. 1.
[9] L. A. Pérez Jr.: *Cuba: Between Reform and Revolution*, pp. 36-37.
[10] D. Syrett: *The Siege and Capture of Havana*, p. xx.
[11] H. Thomas: *Cuba, or The Pursuit of Freedom*, pp. 6-10.

discretamente encantados de verlos llegar. Deseosa de ampliar sus horizontes económicos más allá de las limitaciones impuestas por la Corona española, la oligarquía criolla dio la bienvenida a los comerciantes ingleses, quienes, como observó Hugh Thomas, «cayeron de inmediato» sobre la isla.[12] Las consecuencias también fueron inmediatas. Bajo España, el tráfico hacia La Habana había estado dominado por barcos reales que transportaban el tesoro y las mercancías desde el continente, y solo unos quince barcos comerciales ingresaban al puerto cada año. Durante los once meses de la ocupación, sin embargo, más de setecientos buques mercantes entraron en La Habana, muchos de ellos provenientes de las colonias inglesas de Norteamérica.[13]

Las compuertas del comercio entre La Habana y el resto del mundo se abrieron de pronto, y a la Corona española se le hizo difícil cerrarlas después de reasumir el control de la ciudad. No fue por dejar de intentarlo. Las leyes y los decretos reales durante la década de 1780 buscaban retener el control económico de Madrid sobre las colonias, especialmente ante el creciente comercio con América del Norte. Una de esas medidas limitó el número de días que los buques extranjeros podían permanecer en puertos hispanoamericanos.[14] Pero las restricciones resultaron inútiles. Cuba estaba lejos de España y las cercanas colonias norteamericanas podían suministrar provisiones muy necesarias. Los intereses económicos de la colonia prevalecieron sobre la lealtad a España, incluso entre los funcionarios de la Corona en la isla. Los barcos de propiedad extranjera que transportaban esclavos, por ejemplo, fueron autorizados a atracar en puertos cubanos.[15]

Dos acontecimientos ocurridos en los años restantes del siglo XVIII ayudaron a intensificar las relaciones comerciales entre Cuba y América del Norte: la independencia de las trece colonias inglesas y el auge del azúcar en Cuba.

Aún sumidos en la Revolución Americana, la importancia del comercio con Cuba fue reconocida por el Congreso de la Confederación cuando en 1781 designó un agente «para residir en La Habana, encargarse de las preocupaciones ocasionales del Congreso, asesorar a

[12] Ibíd., p. 49.
[13] E. S. Santovenia: «Política colonial», p. 51.
[14] H. Bernstein: *Origins of Inter-American Interest, 1700-1812*, pp. 36-37.
[15] Ibíd., p. 36.

los comerciantes estadounidenses y encargarse de sus asuntos ante el gobierno español».[16] Cuando obtuvo la independencia de Gran Bretaña, el comercio con Cuba pudo desarrollarse sin las restricciones de los intereses y los conflictos europeos.[17] Las guerras napoleónicas, los bloqueos y cierres de puertos continentales, ocupaciones de colonias y otras acciones perjudiciales para el comercio hicieron a los Estados Unidos un socio comercial neutral para los comerciantes y hacendados cubanos.[18] Salir del imperio británico también significaba que los estadounidenses debían ampliar agresivamente sus mercados, ya que perdían el proteccionismo que los ingleses ofrecían a los productos de su colonias.[19]

Cada vez más aislada por las guerras europeas, incapaz de abastecer a sus colonias caribeñas de todo lo que necesitaban e incapaz de absorber toda la producción de la isla, España cedió en su esfuerzo por contener el comercio entre Cuba y los Estados Unidos. En 1797, la Corona española formalizó lo que hasta ese momento había sido una aprobación tácita del comercio entre Cuba y los Estados Unidos, mediante un decreto real que autorizaba el comercio con buques «neutrales».[20] Durante 1798, el año siguiente al decreto real, 431 barcos estadounidenses anclaron en La Habana, en comparación con solo 97 barcos españoles, e incluso algunos de esos navíos españoles tenían autorización para entrar en los Estados Unidos.[21] En 1801, 824 barcos estadounidenses entraron en puertos cubanos.[22] «El comercio cubano-estadounidense», observó Bernstein, «excedía el comercio de la Isla con España».[23] Cuba era una colonia española, pero a principios del siglo XIX, sus puertos, especialmente el de La Habana, estaban al servicio del comercio con la joven nación estadounidense.

[16] Journals of the Continental Congress, 20 (1781), p. 370, citado en H. Bernstein: *Origins of Inter-American Interest*, p. 35.

[17] R. T. Ely: *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, p. 56.

[18] N. Fernández de Pinedo Echevarría: *Las balanzas del comercio exterior de La Habana, 1803-1807*, p. 36.

[19] N. Fernández de Pinedo Echevarría: *Comercio exterior y fiscalidad: Cuba, 1794-1860*, p. 34.

[20] Ídem.

[21] H. Bernstein: *Origins of Inter-American Interest*, p. 37.

[22] M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, p. 42.

[23] H. Bernstein: *Origins of Inter-American Interest*, p. 37.

A finales del siglo XVIII, otro hecho sirvió para multiplicar el volumen del comercio entre Cuba y los Estados Unidos: el inicio del auge explosivo de la producción de azúcar en la isla. Lo que se conoce como la revolución azucarera de Cuba transformó su economía y su sociedad, y acercó más la colonia española a los Estados Unidos, sobre todo a Nueva York.

Más allá de los muros de La Habana, se extendía un vasto campo cuyo pleno potencial agrícola no se desarrolló durante siglos, mientras los españoles se enfocaban en los valiosos recursos minerales del continente y le asignaban a Cuba el papel de centro de transportación. Cuando los ingleses invadieron La Habana, casi trescientos años después de que Colón pisara tierra cubana, una cuarta parte de la población de toda la isla se agrupaba en torno a los muelles habaneros, frente a la bahía y separada del campo por muros.[24]

La incipiente oligarquía criolla de La Habana había sido responsable en gran medida del lento desarrollo de la industria azucarera en la región fuera de la ciudad. En el momento de la ocupación inglesa, había menos de cien ingenios azucareros en el área.[25] Cuba estaba lejos de tener una verdadera economía de plantación a la escala desarrollada en las vecinas colonias de las islas británicas y francesas. En términos de la cantidad de tierra y el número de esclavos, los ingenios cubanos eran relativamente pequeños, con una modesta producción y tecnología rudimentaria.[26] El propio molino de caña, o «trapiche», era un aparato primitivo con tres rodillos verticales en triángulo accionados por un animal.[27]

El azúcar se quedó a la zaga de muchos otros productos agrícolas de Cuba,[28] mientras que las grandes haciendas ganaderas en la región centro-oriental estaban produciendo carne curada, que los ingleses

[24] H. Thomas: *Cuba, or The Pursuit of Freedom*, p. 12.

[25] M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, p. 15.

[26] J. J. Le Riverend Brusone: «Desarrollo económico y social», p. 174.

[27] R. T. Ely: *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, p. 56.

[28] M. Moreno Fraginals: *El ingenio*, p. 15. La traducción al inglés, una obra de un solo volumen publicada en 1964 y citada en notas anteriores, es una traducción de la primera edición en español. Esta segunda edición en español es en tres volúmenes y es una revisión de la primera significativamente ampliada, razón por la cual ambos trabajos se citan en este capítulo.

y franceses compraban para alimentar a las grandes poblaciones de esclavos en sus colonias caribeñas. Los productores de tabaco ya se dedicaban a la producción de hojas de calidad, que se encontraban entre las primeras y más codiciadas exportaciones cubanas. Los estancieros se encontraban dispersos por toda la isla; eran mayormente agricultores de subsistencia, cuya contribución a las exportaciones de Cuba era insignificante.[29] Las fértiles tierras de la isla, por lo tanto, no se cultivaban intensivamente y la producción agrícola no era suficiente para hacer de la isla una verdadera colonia exportadora. Tenía un déficit comercial de peso, especialmente en su comercio con los Estados Unidos por la importación de bienes manufacturados, textiles y alimentos, especialmente harina. La explosión en la producción azucarera hacia finales del siglo XVIII cambió todo eso. Cuba ahora tenía algo que vender, y los Estados Unidos, especialmente Nueva York, estaba comprando.

Manuel Moreno Fraginals, en su obra seminal *The Sugarmill (El ingenio)*, publicada por primera vez en 1964, rastrea los orígenes de la revolución azucarera hasta el acceso repentino y directo al comercio británico de esclavos por parte de los hacendados cubanos.[30] Era el trasfondo siniestro de la apertura comercial causada por la ocupación de La Habana:

> Con la ocupación inglesa, el concepto de plantación de las colonias británicas de las Antillas quedó arraigado en nuestra isla [...]. Por primera vez la oligarquía criolla negoció directamente con el esclavista inglés. Anteriormente, los esclavos eran vendidos a través de los comerciantes españoles o intermediarios usureros y rapaces [...]. Bajo la dominación inglesa, el comerciante de Liverpool traía sus negros de sus depósitos en Jamaica para venderlos directamente en La Habana.[31]

La importación barata y masiva de esclavos fue el detonante del auge del azúcar. La mayor limitación para el crecimiento de los pe-

[29] J. J. Le Riverend Brusone: «Desarrollo económico y social», p. 177.
[30] M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, p. 15.
[31] Ibíd., pp. 15-16.

queños ingenios había sido la falta de mano de obra.[32] «El desarrollo del azúcar [argumentó Moreno Fraginals] dependía del comercio de esclavos».[33] Desde 1764 hasta 1790, se introdujeron en Cuba unos 33 500 esclavos, y eso fue solamente el inicio de una importación masiva de africanos.[34] En 1789, la Corona española, al reconocer la importancia de la esclavitud para el desarrollo de su colonia y al someterse a la presión de la oligarquía criolla, eliminó todas las barreras existentes al libre comercio de esclavos.[35]

A medida que aumentaban la disponibilidad y el suministro de esclavos, también aumentaba la necesidad de mayor superficie para cultivar la caña. Los hacendados criollos adquirieron grandes cantidades de tierra al sur y al este de La Habana, en la región de Matanzas. Expulsaron a los pequeños agricultores y cultivadores de tabaco a medida que desarrollaban propiedades azucareras que hicieron desaparecer los pequeños ingenios basados en el «trapiche».[36]

Cultivar más caña, a su vez, significaba aumentar la productividad del proceso de molienda. En las casas de azúcar de los ingenios, donde se molía la caña y se procesaba el guarapo, los hacendados se preciaban de utilizar las últimas innovaciones químicas y mecánicas. En los últimos años del siglo XVIII, dos adelantos mejoraron en gran medida la tecnología de producción de azúcar. Uno fue el descubrimiento, en Luisiana en 1795, del proceso para granular el azúcar. El otro fue la aplicación de la energía del vapor para accionar molinos de caña cada vez mayores y más eficientes. La expansión en la capacidad productiva creó una demanda aún mayor de esclavos. Era un círculo vicioso que se alimentaba a sí mismo. Lo que antes había sido un pequeño sistema de producción de azúcar con un régimen paternalista hacia los esclavos, ahora se convertía en un sistema de grandes plantaciones y fábricas, donde el esclavo se reducía a un mero factor de producción para ser explotado al máximo. El nuevo régimen azucarero de Cuba no solo molía caña, sino también esclavos.[37]

[32] J. J. Le Riverend Brusone: «Desarrollo económico y social».
[33] M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, p. 15.
[34] J. J. Le Riverend Brusone: «Desarrollo económico y social», p. 211.
[35] P. Tornero: «El suministro de mano de obra esclava en Cuba», p. 318.
[36] M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, pp. 20-25.
[37] M. Moreno Fraginals: *El ingenio*, vol. 1, pp. 213-214.

Muy al final del siglo XVIII, otro hecho dio un nuevo impulso a la revolución azucarera: la rebelión de esclavos en la vecina colonia francesa de Santo Domingo. La rebelión condujo a la creación de la primera nación independiente en América Latina y el Caribe, Haití, pero devastó su industria azucarera. Santo Domingo había sido el principal productor de azúcar del mundo, y la pérdida repentina y total de su capacidad de producción creó un gran vacío en el mercado mundial de azúcar y un fuerte aumento de los precios.[38] La prisa por entrar en el rentable mercado azucarero avivó aún más el ciclo de esclavos-tierra-tecnología. «La avaricia y la ambición ilimitada por hacerse rico», como escribió Moreno Fraginals, caracterizaron el «despertar explosivo» de lo que él llamó la «sacarocracia», la oligarquía criolla que se convertiría en la nueva élite de Cuba.[39]

Al iniciarse el siglo XIX, estaban presentes todos los factores para el auge de la producción azucarera en Cuba. En 1761, el año anterior a la ocupación británica, los noventa y ocho pequeños ingenios de la región de La Habana se combinaron para producir algo más de 4 300 toneladas de azúcar, con una capacidad de producción promedio de cuarenta y nueve toneladas por ingenio. En 1792, en el apogeo de la transformación azucarera, la producción total ya se había multiplicado a 13 800 toneladas. Pero hasta ese aumento fue insignificante comparado con lo que ocurriría durante la primera mitad del siglo XIX. Para 1860 la producción total alcanzó 515 741 toneladas. Casi tres cuartas partes de los 1 318 ingenios del país habían sido mecanizados o semimecanizados, con una producción promedio de 432 toneladas por ingenio. Los sesenta y cuatro ingenios totalmente mecanizados originaban aproximadamente el quince por ciento de la producción total, con un promedio por ingenio de 1 176 toneladas. «La nación», escribió Moreno Fraginals, «se convirtió en una ofrenda ante el altar del dios azúcar».[40]

[38] M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, pp. 27-28.

[39] Ibíd., p. 19.

[40] Ibíd., pp. 25, 41, 83-85. La mecanización, por supuesto, se refiere solo al procesamiento. La parte de la cosecha para los molinos se seguía haciendo manualmente con trabajo esclavo.

Es imposible exagerar el poderoso e indetenible impacto del azúcar en Cuba. Los sacarócratas multiplicaron su riqueza, gastaban ostentosamente, compraban títulos de nobleza y edificaban casas fabulosas en La Habana. La antigua ciudad portuaria española, que durante más de doscientos años había permanecido dentro de los límites de sus murallas protectoras, las atravesó transformándose de un centro de embarque en un verdadero centro mercantil, que exportaba los productos de un gran cultivo comercial en su periferia.

El impacto más evidente de la revolución azucarera en la sociedad cubana fue el demográfico. El censo de 1774 mostró que casi tres siglos después de que los españoles pusieran pie en Cuba, la población de la isla ascendía a solo 171 620. Un poco más del veinte por ciento eran esclavos. Pero hacia 1827, solo cincuenta y tres años después, la población total se triplicó con creces, hasta alcanzar 704 487, y los esclavos ahora representaban más del cuarenta por ciento de la población. Tan solo catorce años después, en 1841, la población superó la marca del millón y la proporción de esclavos siguió aumentando.[41]

El aumento exponencial de la población, la riqueza, la producción de azúcar y las exportaciones ocurrió en un momento, como ya hemos visto, cuando los Estados Unidos ya eran el principal socio comercial de Cuba. Los estadounidenses estuvieron presentes, por lo tanto, desde el principio de la nueva economía azucarera cubana en expansión. Los comerciantes estadounidenses abrieron de inmediato oficinas en La Habana y Matanzas, los dos puertos del norte de Cuba que utilizaba la región productora de azúcar. Extendieron créditos a los hacendados y se convirtieron en sus agentes, que enviaban los productos del azúcar a los Estados Unidos e importaban bienes desde ese país.[42] Había una demanda especial de maquinaria industrial en Cuba, ya que los hacendados continuamente renovaban y ampliaban la capacidad productiva de los ingenios. A medida que su población crecía

[41] F. W. Knight: *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*, p. 22. Sherry Johnson brinda la descripción más detallada de la explosión poblacional, pero argumenta que, al menos hasta 1809, el azúcar no fue la razón principal para el crecimiento demográfico: S. Johnson: *The Social Transformation of Eighteenth-Century Cuba*, pp. 52-59.

[42] L. A Pérez Jr.: *On Becoming Cuban*, p. 20.

aceleradamente y la economía cubana se acercaba al monocultivo, la necesidad de importar alimentos aumentó dramáticamente. También se solicitaban artículos de lujo que ayudaban a la sacarocracia a exhibir su nueva riqueza: las últimas modas, los carruajes, el mobiliario, etc. Los Estados Unidos constituyeron el proveedor más cercano y preferido de todos esos bienes, así como el mayor mercado para el azúcar cubano.

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, el comercio entre los Estados Unidos y Cuba estaba en su apogeo. Solamente en 1830, 936 buques estadounidenses entraron en puertos cubanos.[43] Para 1835, el comercio con Cuba alcanzó proporciones tales que se convirtió en un factor importante en el panorama comercial total de los Estados Unidos. Roland T. Ely, utilizando los informes anuales del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, llegó a la siguiente conclusión: «El valor combinado de las exportaciones e importaciones del comercio con Cuba se mantenía en tercer o cuarto lugar con respecto al comercio total de los Estados Unidos entre 1835 y 1865».[44]

Al principio, Nueva Orleáns, Boston, Filadelfia y Baltimore se disputaron con Nueva York el floreciente comercio con Cuba. Pero al final, Nueva York se quedó con la mayor parte del comercio con la isla, especialmente con el azúcar. Hacia 1860 el puerto de Nueva York recibía casi dos tercios de todo el azúcar que entraba a los Estados Unidos.[45] La clave de la superioridad de Nueva York era su capacidad para obtener una ganancia enorme mediante el ulterior procesamiento industrial del azúcar crudo.

Cuba exportaba azúcar moreno crudo, obtenido por un proceso a través del cual el sirope de caña se cristalizaba parcialmente y luego se vertía en recipientes con perforaciones en el fondo para permitir que la melaza, un subproducto, drenara lentamente. El residuo en el recipiente era azúcar moreno crudo. Según Robert Greenhalgh Albion, el azúcar que llegaba a Nueva York desde La Habana estaba en su forma «arcillada», es decir, se había formado en vasijas cónicas que, después

[43] H. Portell Vilá: *Historia de Cuba*, vol. 1, p. 281.

[44] R. T. Ely: «The Old Cuba Trade: Highlights and Case Studies of Cuban-American Interdependence during the Nineteenth Century», p. 458.

[45] R. G. Albion: *The Rise of New York Port*, p. 187.

del drenaje, se sellaban con arcilla húmeda y se embalaban en grandes cajas de madera. Al azúcar de Matanzas, por otra parte, le llamaban «muscovado» (mascabado). Esta se embalaba en unidades de media tonelada, y el residuo de jarabe cristalizado se vertía en grandes toneles o barriles.[46] Independientemente del envase, todo era azúcar moreno crudo que se podía vender solo a los consumidores más pobres. La verdadera ganancia se obtenía al venderlo como azúcar blanco refinado y envasado en un gran cono o barra.[47] El rentable proceso de refinación se realizaba en Nueva York, que, aun antes del Cuba Trade, se había establecido como el centro de refinación del país.

En 1689, Nueva York tuvo la primera refinería de azúcar de las colonias de América del Norte, y para 1855 había catorce plantas funcionando en la ciudad.[48] Desde 1845 a 1860 el puerto de Nueva York exportaba anualmente un promedio de 1,8 millones de libras de azúcar refino. Solamente en 1860 exportó 4,7 millones de libras.[49] Otras ciudades portuarias estadounidenses no tenían la capacidad de Nueva York para refinar azúcar cubano. España no tenía ninguna refinería, lo que explica su falta de interés en monopolizar la producción de azúcar crudo de su colonia.[50]

La supremacía de Nueva York se extendió a otro producto del azúcar, la melaza. La mayoría de la melaza importada provenía de Cuba, y Nueva York importaba más que cualquier otro puerto de los Estados Unidos.[51] Mientras que alguna melaza se vendía directamente a los consumidores del noreste, una buena parte de ella se convertía en ron. Nueva York estaba en segundo lugar por su producción de ron en los Estados Unidos, solamente detrás de Medford, Massachussets, lo que le proporcionó otra posibilidad más para aumentar las ganancias sobre el valor de las importaciones.[52]

[46] Ibíd., pp. 179, 183.
[47] Ibíd., p. 179.
[48] Ibíd., p. 180; y M. Kammen: *Colonial New York*, p. 169.
[49] *Statistics of the New York Sugar Market for Sixteen Years, 1845 to 1861*, s. p.
[50] M. Moreno Fraginals: *El ingenio*, p. 25.
[51] R. G. Albion: *The Rise of New York Port*, p. 184.
[52] Ibíd., p. 180. Ver también M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, p. 2.

Además del azúcar crudo, a Nueva York también le interesaban los tabacos cubanos, que se pusieron de moda entre los hombres de la ciudad. En 1860, 243 millones de tabacos entraron por el puerto de Nueva York, más de la mitad de toda la importación de tabaco de los Estados Unidos, y la mayoría de ellos procedía de La Habana.[53] Albion indica que hasta un millón de tabacos podían llegar de la capital cubana en una sola embarcación.[54] Nueva York también importaba hojas de tabaco cubano a medida que el número de fábricas de tabaco se multiplicaba en el bajo Manhattan, y los neoyorquinos, especialmente los inmigrantes alemanes, convertían las importaciones cubanas en un producto elaborado.

Las exportaciones de Nueva York a Cuba fueron, por supuesto, mucho más variadas que los productos que llegaban de los puertos cubanos. Como se señaló con anterioridad, el aumento de la población y la riqueza de la isla y su dramática transformación en una economía de monocultivo significó que la demanda de una amplia gama de productos que Nueva York podía suministrar aumentara bruscamente. Cuba tenía que importar casi todo. Los sacarócratas compraban maquinaria para sus ingenios, buen lino y ropa para ellos mismos, enseres para sus nuevas mansiones, carruajes en los que mostrarse alrededor de La Habana y grandes cantidades de alimentos, especialmente harina, para alimentar a sus esclavos.

Los actores clave en el comercio de Nueva York con Cuba fueron las casas mercantiles que se alineaban a lo largo del litoral de Manhattan (fig. 1.1). Estos establecimientos mercantiles, mezcla de oficina comercial, almacén, oficina de contabilidad, agencia de crédito, banco y gerencia de inversión, normalmente tenían empleados o representantes que operaban desde oficinas en La Habana y Matanzas. Las casas mercantiles mantenían las relaciones con los hacendados cubanos, les extendían créditos, ejercían como sus agentes de embarque y comisión, vendían su azúcar y adquirían productos en Nueva York en su nombre.

[53] R. G. Albion: *The Rise of New York Port*, p. 189.
[54] Ídem.

Figura 1.1. South Street desde Maiden Lane, muestra los muelles y la ubicación de las casas mercantiles. (Fuente: Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs, New York Public Library Digital Collections, <digitalcollections.nypl.org>).

Los sacarócratas cubanos llegaron a depender de los mercaderes de Nueva York. El crecimiento explosivo del azúcar se basó en la expansión y el aumento en la complejidad de la capacidad productiva del ingenio. Esto acrecentó los costos de producción sin que hubiera una infraestructura financiera en la isla para proporcionar el necesario apoyo mercantil. Por tanto, el crédito constituía un problema específico para los hacendados, ya que continuamente invertían en tierras, esclavos y tecnología. Moreno Fraginals estimó que la cantidad de inversión que fue necesaria para poner en marcha el formidable desarrollo del azúcar superó los quince millones de pesos, «la cantidad más alta para cualquier negocio de ese período en las Américas».[55] El comerciante de Nueva York se convirtió en agente y banquero del hacendado.

[55] M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, pp. 29-30.

Albion argumenta que los comerciantes de las calles South y Wall aplicaron al productor de azúcar cubano la misma fórmula que utilizaban para negociar con los productores de algodón en Georgia y Alabama. Los comerciantes adelantaban un crédito contra la siguiente cosecha, lo que permitía a los productores invertir en esclavos y en maquinaria hecha en Nueva York, pero que generalmente los mantenía en un estado de deuda permanente con los comerciantes.[56]

Independientemente de si la relación entre comerciante y productor era o no de explotación, una cuestión es innegable: las casas mercantiles y sus agentes forjaron vínculos entre Cuba y Nueva York que iban más allá del ámbito comercial, al establecer las bases de un profundo y extenso intercambio, no solo de bienes y dinero, sino también de personas y cultura.

Louis A. Pérez Jr. ha demostrado cómo los vínculos comerciales tuvieron un impacto en la creación de una considerable presencia estadounidense en Cuba a principios del siglo XIX.[57] La introducción de tecnología estadounidense en la isla, especialmente en los sectores de transporte, comunicación y producción, estuvo acompañada por un gran número de ingenieros y técnicos de igual procedencia. Cárdenas, un puerto en la región de Matanzas, fue conocido como la «ciudad de los americanos».[58] Para 1826, La Habana ya tenía un semanario comercial en inglés, el *Mercantile Weekly Report*.[59]

Pero el flujo de personas y cultura también se produjo en el otro sentido, y los cubanos comenzaron a llegar en mayor número a los Estados Unidos, en especial a Nueva York, donde la conexión comercial con Cuba era más fuerte. Encabezando ese flujo había muchachos y jóvenes de familias adineradas que buscaban una educación y una experiencia laboral, y las casas mercantiles tuvieron un papel directo en traerlos. En muchos casos, los comerciantes, a solicitud de sus clientes cubanos, hacían arreglos para que los hijos de comerciantes y hacendados se inscribieran en internados en el área de Nueva York. La casa mercantil también empleaba temporalmente a jóvenes cubanos en sus propias operaciones en Nueva York, un tipo de pasan-

[56] R. G. Albion: *The Rise of New York Port*, p. 182.
[57] L. A. Pérez Jr.: *On Becoming Cuban*, pp. 16-24.
[58] H. Portell Vilá: *Historia de Cuba*, vol. 1, p. 281.
[59] Ídem.

tía que les permitía aprender inglés y familiarizarse con las prácticas modernas de negocios.[60]

De todas las casas mercantiles de Nueva York, la que tuvo la más profunda y continua influencia sobre el Cuba Trade fue la Moses Taylor and Company. Establecida en 1832 y situada en 44 South Street, esta casa mercantil realizó negocios con Cuba durante más de cincuenta años. Muchos de los registros de la compañía han sobrevivido y constituyen una colección inmensa almacenada en la Rare Books and Manuscripts Division (División de Libros Raros y Manuscritos) de la Biblioteca Pública de Nueva York. Ellos brindan una fascinante perspectiva de cómo el comercio forjó los vínculos sociales, culturales, económicos y políticos que mantuvieron a Nueva York y Cuba unidas durante todo el siglo XIX.

Moses Taylor fue un neoyorquino de cuarta generación, nacido en Manhattan en 1806 en una familia de ascendencia inglesa. Su padre, Jacob, era ebanista antes de convertirse en uno de los asociados más confiables de John Jacob Astor en el negocio de bienes raíces. Más adelante en su vida, Jacob se desempeñó como concejal de la ciudad e inspector de la prisión estatal. Aunque era de una familia acomodada, el joven Moses no nació en cuna de oro y comenzó a abrirse paso en la vida como aprendiz de empleado en el negocio mercantil.[61] Cuando murió en 1882, su patrimonio se estimó de manera conservadora en $35 millones. La carrera empresarial de Moses Taylor fue representativa de la transición del mercantilismo capitalista al capitalismo industrial y financiero.[62] Aunque en sus últimos años se concentró más en la banca, y llegó a presidir el City Bank, su compañía nunca abandonó completamente el Cuba Trade, que había sido la base de su éxito financiero inicial.

La primera oportunidad de Taylor como empleado se le presentó cuando fue contratado por la casa mercantil G. G. and S. S. Howland, en ese momento la casa más importante de Nueva York especializada

[60] Ídem.

[61] D. Hodas: *The Business Career of Moses Taylor: Merchant, Finance Capitalist, and Industrialist*, pp. 2-3.

[62] R. T. Ely: *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, pp. 119-120.

en el comercio con América Latina. Cuando cumplió veintiséis años, Taylor estaba completamente familiarizado con el floreciente comercio con Cuba y, con la ayuda de Astor, estableció su propia casa mercantil.[63]

Taylor se especializó en la importación de azúcar cubano, como consignatario de los envíos realizados a su casa mercantil en South Street. Durante varios años, incluso, fue dueño de algunos de los barcos que hacían viajes regulares hacia y desde los puertos cubanos. Roland Ely estimó que hacia 1865 Moses Taylor and Company «había captado algo así como una quinta parte de todo el comercio de azúcar entre Cuba y los Estados Unidos».[64]

Pero a pesar de los ingentes esfuerzos de Taylor para mantenerse enfocado en las importaciones de azúcar, el Cuba Trade hacía que la especialización fuera muy difícil. Era un negocio sustentado en el desarrollo de relaciones con comerciantes y hacendados cubanos. En ausencia de instituciones mercantiles en la isla (los primeros bancos comerciales no aparecieron hasta la década de 1850), la clave para mantener esas relaciones con éxito era proveer al comerciante y al hacendado en Cuba con una amplia gama de servicios empresariales y personales. La Casa Taylor actuaba como representante de sus clientes cubanos para todo, desde la venta de azúcar en consignación hasta la adquisición y el envío de productos estadounidenses a la isla, servicios bancarios y de inversión, e incluso el manejo de asuntos personales de poca utilidad económica para la empresa, como facilitar la educación de los hijos en Nueva York y organizar vacaciones en los Estados Unidos. Ninguna otra casa mercantil neoyorquina tuvo tanto éxito como la de Taylor en el desarrollo de un conjunto tan amplio de relaciones con Cuba.

Parte de ese éxito se debió a la insistencia de Taylor en que la empresa no invirtiera en Cuba. A diferencia de otras casas mercantiles de Nueva York, Taylor and Company no compró ningún terreno o ingenio cubano, ni invirtió en ninguna empresa comercial allí. Por otra parte, el único servicio que se negó a proporcionarle a los hacendados fue el de adelantarles crédito sobre cosechas futuras.[65] Por consi-

[63] W. Barrett: *Old Merchants of New York City*, vol. 1, pp. 314-315.

[64] R. T. Ely: «The Old Cuba Trade: Highlights and Case Studies of Cuban-American Interdependence during the Nineteenth Century», p. 460.

[65] Ibíd., p. 462.

guiente, Taylor nunca compitió con ninguno de los comerciantes cubanos que ofrecían dicho crédito, ni se situó en una relación potencialmente competitiva o explotadora ante los hacendados. Esa es tal vez una razón por la cual sus clientes cubanos tenían una fe inquebrantable en la integridad de las operaciones de Moses Taylor and Company, algo que es palpable en la correspondencia en los archivos de la empresa. Los hacendados y los comerciantes cubanos confiaban a la empresa de South Street su azúcar, tabaco, dinero, inversiones, compras e incluso los viajes de compras de sus esposas a Nueva York y la educación de sus hijos en los Estados Unidos. Gran parte de la confianza en la empresa fue conquistada no solo por Taylor, sino también por dos asociados: Henry Augustus Coit y Percy R. Pyne, cuyas cualidades personales y contactos posibilitaron la introducción en el mercado cubano.

Taylor conocía a Coit desde los días cuando ambos trabajaban en la firma Howland. Coit era sobrino de los hermanos Howland y fue su representante en La Habana, donde se ocupaba principalmente de la más importante casa mercantil y de crédito en esa ciudad, los Drake Brothers. Cuando la firma Howland se reorganizó y eliminó a Coit como socio, Taylor le entregó una oficina y asistencia administrativa en 44 South Street. Fue una gran movida; Coit comenzó a canalizar negocios hacia la firma de Taylor.[66] Mientras que Taylor tenía un carácter brusco y formal, Coit era un hombre amistoso y sociable que había construido una sólida red de contactos durante los años que vivió en Cuba. Hablaba español y comprendía la importancia de las relaciones personales para hacer negocios allí. Taylor nunca aprendió español, ni se interesó por hacerlo, y, sorprendentemente, para alguien que dependía tanto del Cuba Trade, no visitó la isla ni una sola vez. Coit disfrutaba ir a La Habana y viajaba allí con frecuencia en nombre de Taylor, enviando a Nueva York cartas que detallaban nuevas posibilidades comerciales. También le sugería a Taylor ciertos gestos de buena voluntad hacia sus contactos cubanos, como enviar a un cliente un barril de manzanas como regalo, algo que a Taylor probablemente nunca se le hubiera ocurrido.[67] Coit también reclutaría compradores

[66] R. T. Ely: *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, pp. 119-120.

[67] R. T. Ely: «The Old Cuba Trade: Highlights and Case Studies of Cuban-American Interdependence during the Nineteenth Century», p. 460.

para los envíos de azúcar consignada a Taylor durante sus vacaciones de verano en Saratoga Springs, en aquel momento el lugar de recreo de moda en Nueva York.

Coit abandonó la empresa y el mundo de los negocios cuando se arruinó durante el Pánico de 1857. Taylor le quedó eternamente agradecido. Coit y su esposa, una personalidad de la alta sociedad de Boston, nunca tuvieron hijos, por lo que Taylor a uno de los suyos le puso el nombre Henry Augustus Coit Taylor.

Para reemplazar a Coit como el principal hombre clave en el Cuba Trade, Taylor había contratado a un joven como aprendiz de empleado, Percy R. Pyne, y lo había ido ascendiendo a través de los años a niveles administrativos de la casa mercantil. Pyne, un hombre emprendedor y excelente gerente con grandes habilidades sociales, aprendió español y se hizo cargo de las operaciones diarias de los negocios de la empresa con Cuba. Con el tiempo se convirtió en el yerno de Taylor, y le sucedió al frente de la firma cuando Taylor murió en 1882.

Moses Taylor and Company hizo negocios durante muchos años con los hombres más importantes entre los comerciantes y hacendado cubanos. Estos incluían a los Drake Brothers, considerados como los principales comerciantes y banqueros de La Habana y dueños de dos ingenios azucareros en Matanzas.[68] Otros apellidos prominentes entre los sacarócratas de Cuba que fueron clientes de Taylor son Iznaga, Baró, Moré y Ajuria.[69]

Sin embargo, el mayor cliente de Taylor fue Tomás Terry, quien mantuvo una estrecha relación comercial y personal con Taylor que comenzó en 1838 y se mantuvo durante el resto de la vida de este.[70] Terry construyó su fabulosa fortuna gracias a una variedad de operaciones financieras relacionadas con el azúcar, entre las que estaba incluido el comercio de esclavos. Él centró sus esfuerzos en la región del sur, que se desarrollaba rápidamente, alrededor de Cienfuegos, donde poseía varios ingenios. Sin embargo, él obtuvo la mayor parte de su dinero no produciendo azúcar, sino dándole créditos a otros

[68] W. Barrett: *Old Merchants of New York City*, vol. 1, pp. 314-315.

[69] Los registros de las transacciones financieras con estos y otros comerciantes y hacendados están en las cajas 77 y 78, Moses Taylor Papers, Biblioteca Pública de Nueva York.

[70] R. T. Ely: «The Old Cuba Trade: Highlights and Case Studies of Cuban-American Interdependence during the Nineteenth Century», pp. 476-477.

hacendados de la región (generalmente a tasas exorbitantes), y exportando productos del azúcar e importando maquinaria para los ingenios.[71] Moses Taylor and Company era su agente en Nueva York para todas las exportaciones e importaciones. Ely estimaba que hacia 1865 Terry le facturaba a Taylor alrededor de $1 millón al año en azúcar y melaza.[72] Hacia el final de su trayectoria, Terry aprendió de Taylor que podía ganar aún más dinero, con menos riesgo, mediante la inversión en el carbón de Pennsylvania y en bonos financieros de los Estados Unidos.[73] Taylor se ocuparía de todas esas inversiones a partir de una cuenta inmensa que Terry mantenía con él en 44 South Street. Terry es un ejemplo de un cliente cubano que dio el salto junto con Taylor del comercio al capitalismo industrial y financiero. Para Terry, al igual que para otros clientes cubanos de Taylor, Nueva York comenzó a sustituir los campos de caña de azúcar de Cuba como su principal foco de inversión, y una cantidad cada vez mayor de inversiones cubanas encontraban su camino hacia Manhattan.

Los objetos más fascinantes en los archivos de Moses Taylor no son los libros de contabilidad que detallan las grandes transacciones financieras, sino más bien los documentos y las cartas intranscendentes que ilustran cómo surgieron los vínculos sociales y culturales entre Nueva York y Cuba en el despertar de esta atareada actividad económica. Taylor, Coit, Pyne y sus asociados funcionaban como algo más que comerciantes de bienes e inversores de capital. Eran agentes en un intercambio transnacional mucho más amplio. Una parte de hacer negocios con Cuba era, en efecto, servir como agentes culturales.

Están las cartas, por ejemplo, de don Sebastián Peñalver y Sánchez, tercer marqués de la Casa Peñalver, dueño de El Narciso, una de las mayores propiedades azucareras de la isla.[74] El marqués simbolizaba lo que Moreno Fraginals llamó «el ingenio azucarero como aventura intelectual».[75] A pesar de depender de la agricultura y del trabajo esclavo, los sacarócratas no se veían a sí mismos como una clase feudal, sino como una burguesía ilustrada con una orientación cosmopolita,

[71] M. Moreno Fraginals: *El ingenio*, p. 143

[72] R. T. Ely: «The Old Cuba Trade: Highlights and Case Studies of Cuban-American Interdependence during the Nineteenth Century», p. 476.

[73] Ibíd., p. 477.

[74] F. W. Knight: *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*, p. 39.

[75] M. Moreno Fraginals: *The Sugarmill*, p. 30.

en sintonía con las últimas tendencias intelectuales y especialmente las últimas innovaciones científicas y tecnológicas que pudieran aplicarse a sus ingenios.

En la primera de dos cartas, escritas desde La Habana en inglés y fechadas el 10 de febrero de 1849, el marqués agradece a Taylor por las recientes ventas de su azúcar en Nueva York, bajo condiciones que Peñalver consideró muy favorables. Le pide a Taylor que comprara para él un molino de azúcar y un par de implementos agrícolas (unas gradas Gidder), que, él específica, se deben adquirir en A. B. Allen, en el 191 Water Street.[76] En otra carta a los pocos días, Peñalver agrega a su encargo algunas «menudencias» que Taylor también debe adquirir para él y enviarlas a La Habana lo antes posible, cargando todos los costos a su cuenta:

> 1 mapa del mundo
> 1 Lévy, *Histoire Général* (encuadernado en cuero)
> 2 *Études de Géographie* de Lévy
> 2 *Atlas* de Lévy, parte moderna y parte antigua
> 1 *Encyclopédie Universelle*, 22 volúmenes, última edición.
> 1 *Encyclopedia Britannica* 21 volúmenes cotizados en $160
> 1 ídem *Americana,* 14 volúmenes
> Las dos últimas enciclopedias en inglés deben ser de la última edición, y tener una impresión muy legible que no fatigue los ojos. Rogando disculpe la molestia, sigo siendo respetuosamente, su más obediente,
> Sebn. de Peñalver[77]

La aristocracia azucarera de Cuba puede haber tenido una orientación cosmopolita, pero en el siglo XIX, ese mundo no les llegaba de Madrid a bordo de un barco real, sino a través de una casa mercantil de Nueva York y a bordo de un buque mercante de los Estados Unidos.

[76] Carta de Sebn. de Peñalver a Moses Taylor and Company, 10 de febrero de 1849, caja 79, Moses Taylor Papers. Aunque Peñalver no firma con su nombre completo, es Sebastián Peñalver, identificado como el Tercer Marqués por Santa Cruz y Mallén en *Historia de familias cubanas,* vol. 4, pp. 271-272.

[77] Carta de Sebn. de Peñalver a Moses Taylor and Company, 10 de febrero de 1849, caja 79, Moses Taylor Papers.

En 1863, Tomás Terry hizo que uno de sus empleados le pidiera a Percy Pyne que gastara entre cuatro y cinco mil dólares de la cuenta de Terry para comprar un conjunto de aretes, broche y collar que él deseaba regalar a su hija para su boda. La selección de las piezas la dejó enteramente a juicio de Pyne.[78]

Otro cliente, José Alcázar, intercambió varias cartas con Moses Taylor and Company en 1868 solicitando que la firma efectuara un pedido de varios artículos que se utilizarían en el Teatro Tacón, el lugar más grande y elegante de La Habana en aquel momento para la puesta en escena de obras de teatro y de conciertos.[79] La orden incluía candelabros de pared, talonarios de entradas en blanco y un troquel para imprimir entradas, cincuenta cerraduras para guardarropas y alfombrado para los pasillos del teatro.[80]

Andar por Manhattan buscando candelabros, cerraduras de guardarropas, joyas y enciclopedias francesas no estaba, sin embargo, entre las tareas más molestas que el personal de 44 South Street tenía que realizar para los clientes cubanos. Mucho más engorroso debió ser atender el flujo constante de muchachos y jóvenes que fueron enviados por los clientes a estudiar y trabajar en los Estados Unidos bajo el cuidado de la casa mercantil. Ellos eran enviados generalmente a las escuelas de Nueva Jersey o al valle del Hudson, lejos de las corruptas influencias de la ciudad y donde pudieran aprender inglés con rapidez.

Los menores encargados a Taylor debían ser recibidos en el muelle, inscritos en un internado y llevados a este, y equipados con ropa de invierno y otras necesidades y provisiones. La firma Taylor estaba efectivamente *in loco parentis* de los menores enviados por sus clientes, y tenía que lidiar con cualquier problema que surgiera. Los hijos de Tomás Terry, por ejemplo, fueron incluso puestos bajo la tutela legal de Taylor durante los años que estuvieron estudiando en los Estados Unidos.[81]

[78] R. T. Ely: *Comerciantes cubanos del siglo XIX*, p. 142.

[79] E. Roig de Leuchsenring: *La Habana: Apuntes históricos*, pp. 64-65.

[80] Cartas de José Alcázar a Moses Taylor and Company, 1868, caja 77, Moses Taylor Papers.

[81] R. T. Ely: *Comerciantes cubanos del siglo XIX*, p. 142.

Como cabría esperar de niños privilegiados, de repente obligados a la austeridad de un internado, lejos de familiares y amigos y en una cultura desconocida, surgían problemas constantemente. El joven Enrique Céspedes había estado inscrito en el Instituto de Nitchy en West Bloomfield, Nueva Jersey, durante solo cuatro meses cuando en octubre de 1858 tuvo que ser retirado de la escuela por su comportamiento. El frustrado director de la escuela escribió a la oficina de Taylor, «Me temo que será algo difícil encontrar una escuela para él, donde sea feliz y pueda progresar al mismo tiempo. Él es muy apasionado y no tiene ningún amigo entre mis alumnos, y se irrita a la menor y más leve insinuación, ni siquiera reprimenda».[82]

Enrique era el hijo de un amigo de uno de los socios de la firma Torres, Reigadas y Compañía en Manzanillo, cuyo azúcar era consignado todos los años a Taylor. En la carta que Enrique traía consigo a bordo del *California* a Nueva York, le pedían a Taylor que lo inscribiera en una escuela donde pudiera aprender inglés, francés, contabilidad y «cualquier otra rama de instrucción que le interese aprender», recalcando que debía estar en un lugar donde no tuviera posibilidad de conversar en español con nadie para que pudiera aprender inglés rápidamente. Todos los gastos, incluida una mesada de cuatro dólares al mes, se debían cargar a la cuenta de la compañía de Manzanillo bajo la firma Taylor.[83]

Después de los problemas de Enrique en la escuela de Nueva Jersey, el personal de Taylor lo inscribió en una escuela del valle del Hudson. Constantemente enviaba cartas exigiendo más dinero para gastos. Lidiar con el joven Céspedes tiene que haber sido desesperante para el personal de 44 South Street, que indudablemente tenía actividades más productivas que requerían su atención. Cuando su padre solicitó que le compraran un reloj de oro como regalo, Enrique insistió en que le mandaran el pasaje para ir a la ciudad a escogerlo él mismo. Cuando la oficina se negó, le escribió cartas a Taylor insinuando que el venerable multimillonario dueño de la casa mercantil

[82] Carta de Aug. F. Nitchy a Moses Taylor and Company, 5 de octubre de 1858, caja 77, Moses Taylor Papers.

[83] Carta de Torres, Reigadas y Compañía a Moses Taylor and Company, de 31 de mayo de 1858 caja 77, Moses Taylor Papers.

se estaba embolsando su mesada. Después de unos dieciséis meses en esta segunda escuela, el director también le solicitó que se fuera en una carta dirigida a la compañía de Taylor: «Me siento obligado a llamar su atención sobre nuestro algo excéntrico joven amigo Enrique Céspedes [...]. Yo no puedo [...] retenerlo otro trimestre [...]. Cada día se vuelve menos susceptible a la bondad o al orden, y su carácter particularmente traicionero y dispuesto a todo tipo de subterfugios lo convierten en un interno peligroso».[84]

Al recibir una copia de la carta, y sin siquiera esperar una decisión del padre de Enrique, Torres y Reigadas le escribió a Taylor pidiendo que el joven fuera embarcado en el primer barco hacia La Habana con el fin de «liberarlo a Ud. a la mayor brevedad posible de las impertinencias que, muy a nuestro pesar, este joven les ha causado».[85]

El joven Céspedes probablemente no fue el más problemático de los cubanos encargados a Taylor. Esa distinción puede haber sido de Baltasar Velázquez, inscrito por Henry Coit en 1845 en el Poughkeepsie Collegiate School. La escuela era una de las favoritas de Coit para estudiantes cubanos internos. José Aróstegui, José de Lavalette, y los hermanos Francisco y J. Loynaz, entre otros, precedieron a Velázquez en dicho colegio y aparentemente fueron buenos estudiantes, ya que en sus archivos hay pocas quejas de ellos. A Velázquez aparentemente también le fue bien durante los cuatro años que asistió a Poughkeepsie, pero después de graduarse y salir de allí para emprender el viaje de regreso a Cuba, desapareció. El director de la escuela, Charles Bartlett, alarmado, le escribió una carta a Coit:

> Supe esta mañana [...] que el señor Velázquez no ha navegado hacia Cuba todavía. Me temo mucho que su apego a una joven dama, que se fue de este lugar para ir a la ciudad dos días después de la partida de él, es la razón de su permanencia en la ciudad [...]. La muchacha tiene edad suficiente para ser su madre. Ella es

[84] Carta de George Tregent a Moses Taylor and Company, 19 de marzo de 1860, caja 77, Moses Taylor Papers.

[85] Carta de Torres, Reigadas y Compañía a Moses Taylor and Company, 12 de abril de 1860, caja 77, Moses Taylor Papers.

> bastante bonita en ropa formal, y muy fascinante en sus modales [...]. Creo que es mejor que lo envíen a casa en el primer barco que salga.[86]

Los estudiantes mayores con frecuencia eran inscritos en el St. John's College, como se llamaba entonces Fordham. La disciplina jesuita aparentemente resolvía eficazmente muchos problemas de comportamiento. Martín Ruiz de Palacios, que fue confiado a Percy Pyne por un cliente de Sagua la Grande, fue inscrito en St. John's en 1858. En su intento de pasar algún tiempo de vacaciones en Manhattan, Ruiz aparentemente convenció a Pyne de mandarle ocho dólares, supuestamente para que él pudiera visitar a un amigo en la ciudad. El dinero llegó en una carta enviada por la firma Taylor al jefe de disciplina de la escuela, un jesuita que respondió lo siguiente:

> No debíamos tener la menor objeción a conceder al señorito Ruiz el permiso deseado; sin embargo, como no tiene la intención de visitar a ningún amigo, sino que prefiere irse de «jolgorio» con algunos otros chicos españoles de su misma edad, ya sea en el Hotel Metropolitan o en el St. Nicholas, pensamos que es mejor no acceder a su petición. Retuvimos ambos, la carta y el dinero, que no necesita para los gastos de la escuela. Se ha dado fe de que el joven Ruiz ocasionalmente ha pasado un día en la ciudad con otros estudiantes, pero siempre acompañado por uno de nuestros caballeros; por tanto, no puede quejarse de que no le hemos proporcionado ningún medio para su entretenimiento.[87]

El archivo de Ruiz también contiene un informe sobre su progreso académico, firmado por R. J. Tellier, S. J., presidente, con las siguientes anotaciones (en español): «no se ajusta regularmente a la prohibición de fumar» y «de vez en cuando usa expresiones indecorosas».[88]

[86] Carta de Charles Bartlett a Henry A. Coit, 25 de enero de 1849, caja 80, Moses Taylor Papers.

[87] Carta de L. Govín a Moses Taylor and Company, 27 de agosto de 1858, caja 80, Moses Taylor Papers.

[88] R. J. Tellier: «Reporte semanal, Martín Ruiz, en el St. John's College, 1859», sin fecha, caja 80, Moses Taylor Papers.

El personal de Taylor también situaría a jóvenes cubanos en pasantías no remuneradas en empresas que tenían alguna relación con el Cuba Trade. Ramón de Céspedes –sin conexión aparente con el infame Enrique– fue ubicado en el West Point Foundry en Cold Spring, Nueva York, en abril de 1855, después de estudiar ingeniería durante unos meses en una escuela en New Canaan, Connecticut.[89] Situada en el Hudson, a unas cuarenta millas de Manhattan, West Point Foundry era una de las fundiciones de hierro más grandes del país, producía artillería militar, máquinas de vapor, tuberías para sistemas de agua y el hierro fundido utilizado en las fachadas de muchos edificios de Manhattan.[90] Era el fabricante más importante de los molinos de azúcar que la empresa Taylor compraba para los clientes en Cuba. Por ejemplo, el molino de vapor del ingenio Esperanza de Tomás Terry fue adquirido en West Point por Taylor, en 1858.[91] Trabajar en la fundición le dio a un joven cubano como Ramón la oportunidad de aprender no solo sobre las operaciones comerciales, sino también sobre el diseño y la construcción de maquinaria tan imprescindible para la industria azucarera cubana.

De Céspedes informó a Pyne que había encontrado alojamiento y comida con una familia en Cold Spring por $4,50 a la semana.[92] A pesar de una asignación mensual de treinta dólares, De Céspedes acribillaba a Pyne con cartas pidiendo dinero adicional para gastos tales como botas y ropa de invierno, alegando que estaba «sin un centavo».[93] Regresó a Cuba en marzo de 1856.[94]

[89] Carta de Ramón de Céspedes a Percy R. Pyne, 13 de marzo de 1855, caja 77, Moses Taylor Papers.

[90] «*History of West Point Foundry*», <www.scenichudson.org>.

[91] Carta de la West Point Foundry a Moses Taylor and Company, 12 de diciembre de 1871, caja 80, Moses Taylor Papers. Esta carta de 1871 de la fundición respondía a una solicitud de Terry, a través de Taylor, para el reemplazo de dos segmentos de rueda cilíndrica para el ingenio, que, según anota la carta, fueron compradas trece años antes.

[92] Carta de Ramón de Céspedes a Percy R. Pyne, 25 de abril de 1855, caja 77, Moses Taylor Papers.

[93] Cartas de Ramón de Céspedes a Percy R. Pyne, de: 7 de agosto, 4 de octubre, y 9 de octubre, 1855, caja 77, Moses Taylor Papers.

[94] Carta de Ramón de Céspedes a Percy R. Pyne, 6 de marzo de 1856, caja 77, Moses Taylor Papers.

Asumir el riguroso papel de guarda de estos y otros muchos jóvenes cubanos en los Estados Unidos era obviamente una carga necesaria y que valía la pena para Moses Taylor y sus asociados. El archivo que la firma mantenía sobre los internados en la región de Nueva York, con folletos y cartas de los directores, era casi tan grande como el archivo que tenía sobre los que refinaban azúcar y los fabricantes de equipos azucareros. Era simplemente una parte importante de las operaciones de la empresa y una que reflejaba el interés de sus clientes cubanos en educar a sus hijos en la vida y las costumbres del país con el que realizaban la mayor parte de sus negocios. Fue un fenómeno no limitado a Moses Taylor and Company. En 1850, un neoyorquino estimó que casi dos mil jóvenes cubanos ya habían sido educados en escuelas de los Estados Unidos, y agregó que «sus ideas y costumbres al regresar a la isla son más estadounidenses que españolas».[95]

Los negocios de las casas mercantiles de South Street habían creado un puente entre el bajo Manhattan y Cuba. Sobre la base del Cuba Trade de Nueva York se articulaba una extensa red de contactos sociales que consolidó la conexión Nueva York-Cuba y comenzó el proceso por el cual Nueva York –y por extensión, los Estados Unidos– reemplazó a España como el «otro» lugar en la conciencia cubana. Esa sustitución, que ya había ocurrido en el ámbito comercial antes de finalizar el siglo XVII, se propagó rápidamente a las esferas sociales, culturales y políticas. Constituyó la base para el surgimiento en la isla de Manhattan de una comunidad que durante la mayor parte del siglo XIX siguió siendo la mayor concentración de latinoamericanos al este del río Mississippi.

[95] J. S. Thrasher: «Preliminary Essay», p. 425.

2
Exiliados, viajeros y anexionistas

Estoy aquí, mi querido marqués, en esta metrópoli de igualdad social y arrogancia comercial que llaman Nueva York.

María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo
en carta al marqués de Pastoret, *La Havane*, vol. 1, p. 85.

Cristóbal Madan y Madan era un adolescente cuando llegó a Nueva York desde Matanzas a bordo del bergantín *Emma* el 24 de junio de 1822.[1] El origen de su familia estaba en Waterfront, Irlanda, donde el apellido probablemente se escribía Madden. El abuelo de Cristóbal emigró a La Habana por vía de las Islas Canarias alrededor del período de la ocupación de la ciudad por los ingleses, el momento propicio para vincularse al inicio de la expansión azucarera. La familia vivía en La Habana, pero sus ingenios estaban en la región de Matanzas. Cristóbal recibió su nombre de su abuelo materno, que era a la vez el tío de su padre. El padre de Cristóbal, Joaquín, se había casado con una prima hermana, Josefa Nicasia Madan. Joaquín y Josefa tuvieron seis hijos, de los cuales Cristóbal era el más joven y el único varón. Después de la muerte de su esposa, Joaquín se casó con otra prima hermana, la hermana de Josefa. Ellos no tuvieron hijos.[2]

Al igual que muchos otros jóvenes de la sacarocracia cubana, el joven Cristóbal fue a Nueva York para aprender inglés, estudiar, y ganar experiencia en el mundo mercantil de la ciudad. Se hicieron arreglos para que entrara como pasante en la casa mercantil de Jonathan Goodhue, de Nueva Inglaterra, que se había trasladado a South Street desde Salem y que estaba comprometida, desde muchos años antes que Moses Taylor, en importar el azúcar de los ingenios de los Madan y otros productores cubanos.[3] Goodhue and Company estaba ubicada

1 *New York, 1820-1850 Passenger and Immigration Lists.*
2 F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 5, pp. 164-166.
3 R. G. Albion: *The Rise of New York Port*, p. 247.

en 44 South Street, la misma dirección donde más tarde Moses Taylor establecería su casa mercantil.[4]

En un día frío de diciembre de 1823, Madan, de dieciséis años, oyó a Goodhue, con voz alterada, llamarle al frente de la oficina. Allí, con un mísero abrigo salpicado de nieve, estaba el padre Félix Varela, conocido de Goodhue y antiguo profesor de Filosofía de Madan en La Habana. El sacerdote e intelectual cubano había ido directamente del muelle del *Draper* al único lugar en la ciudad donde conocía personas desde sus días en La Habana: una casa mercantil en South Street.[5] Madan pudo conseguir alojamiento para Varela en una casa de huéspedes en Broadway. Durante los días siguientes, llevó a su antiguo maestro a caminar cerca de los muelles, y lo apoyó hasta que se acostumbró a caminar por las calles heladas.

Solo dos meses antes de que Varela llegara a Nueva York, un puñado de cubanos, que vivían en la ciudad, decidieron reunirse con Simón Bolívar, el hombre que acababa de terminar con el colonialismo español en gran parte de América del Sur, para convencerlo de que enviara parte de su ejército a Cuba y liberara la isla. Los dirigía uno de los primeros exiliados en la ciudad, José Aniceto Iznaga, un joven de una rica familia terrateniente de origen vasco que se había establecido en Trinidad, en el sur de Cuba, a principios del siglo XVIII.[6] Conocido por su impetuosidad, el joven Iznaga se había enemistado con las autoridades de la isla por sus muchas provocaciones al gobierno colonial, y se vio obligado a mudarse a Nueva York en 1819.[7] Junto con su hermano Antonio y otros miembros de una embrionaria comunidad cubana de Nueva York, se reunían periódicamente en la casa de Bernardo Sánchez en Manhattan para urdir planes para arrebatarle Cuba a España.[8] El 23 de octubre de 1823, seis de ellos, incluidos Iznaga y un joven cubano que estudiaba en Nueva York, Gaspar Betancourt Cisneros,

[4] J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 144.

[5] A. Hernández Travieso relata los detalles de la llegada de Varela a Goodhue and Company, sin referencia, *El Padre Varela: Biografía del forjador de la conciencia cubana*, p. 292.

[6] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 3, pp. 226-232.

[7] E. Roldán Oliarte (ed.): *Cuba en la mano: Enciclopedia popular ilustrada*, p. 913; y J. J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 17.

[8] J. J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 18.

abandonaron la ciudad a bordo del *Midas* para la Guayra, en la costa noroeste de Sudamérica, para su encuentro con el famoso libertador. Iznaga pagó los gastos del viaje del grupo.[9]

No es necesario decir que no se obtuvo nada con la conspiración, pero marcó el inicio de Nueva York como el sitio principal de preparación de complots y campañas de los emigrados cubanos en su lucha contra el colonialismo español. Fue una lucha que perduraría el resto del siglo.

En el momento de su llegada a Nueva York, el padre Félix Varela (fig. 2.1) tenía establecida una reputación como educador, filósofo y defensor del separatismo cubano.[10] Durante los primeros dos años que vivió en los Estados Unidos, escribió extensamente sobre Cuba, defendiendo un cambio en el estatus político de la isla y la necesidad de abolir la esclavitud.

Los primeros escritos de Varela en los Estados Unidos circularon en una publicación seriada que él fundó titulada *El Habanero*. En la portada se describía como un «documento político, científico y literario escrito por F. Varela». Se publicaron siete números entre 1824 y 1826. Los tres primeros se imprimieron en Filadelfia, donde Varela vivió durante algunos meses en 1824, y los últimos cuatro en varias imprentas de Manhattan. Cada número tenía de veinticinco a treinta páginas en hojas que se plegaban a un tamaño que cupieran en sobres.[11] La idea era enviar a La Habana tantas copias de *El Habanero* como fuera posible.

Los audaces ensayos de Varela que reclamaban un nuevo orden social y político para Cuba llegaron a la isla y tuvieron un notable impacto. Pero con la reinstauración del rey Fernando al trono y la pérdida de gran parte del imperio español por los movimientos de independencia, la Corona no quería que los cubanos estuvieran pensando en el cambio. Al gobernador colonial de la isla, Francisco Vives, le dieron poderes extraordinarios de emergencia para hacer frente a cualquier manifestación de deslealtad a Su Majestad.

[9] Ídem.

[10] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia,* pp. 38-42.

[11] J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela,* p. 145.

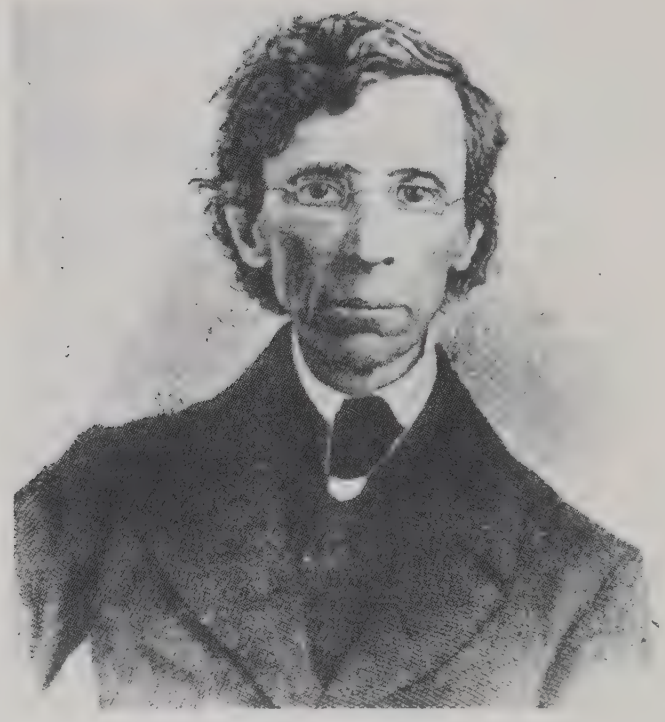


Figura 2.1. Félix Varela. (Fuente: «Félix Varela», *Juventud Rebelde*, 5 de junio de 2017, <www.juventudrebelde.cu>).

El gobernador Vives no solo prohibió *El Habanero*. Varela ya había sido sentenciado a muerte *in absentia* por su participación en la malograda y progresista legislatura española de 1822-1823.[12] Con la publicación de *El Habanero*, Vives decidió aplicar la sentencia. Envió un asesino a Nueva York en la primavera de 1825. Uno de los biógrafos de Varela lo identificó como «el tuerto Morejón» de la policía de La Habana y uno de los «matones» de Vives.[13] Los simpatizantes de Varela en La Habana alertaron a sus amigos en Nueva York, y el complot fue frustrado por la vigilancia de los feligreses irlandeses de Varela, que

[12] J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 63.

[13] A. Hernández Travieso: *El Padre Varela: Biografía del forjador de la conciencia cubana*, p. 329.

se habían hecho amigos del sacerdote y no sentían ninguna simpatía por los colonialistas. Al extranjero tuerto hispanohablante le era difícil, sin duda, pasar inadvertido en el barrio irlandés y regresó a La Habana, presumiblemente sin ganar los treinta mil pesos que Vives le prometió por el trabajo.[14] Aunque el intento de asesinato de Varela no se materializó, quedaba claro que no podía regresar a La Habana.

Ese mismo año, el presidente de México, Guadalupe Victoria, invitó a Varela a viajar a Veracruz a bordo de un buque de guerra mexicano que estaba por llegar a Nueva York. El presidente le ofreció la protección de su gobierno durante todo el tiempo que Varela quisiera vivir en México. El cura declinó la generosa invitación y prefirió quedarse en Nueva York. Era una decisión que decía mucho sobre el lugar que esta ciudad había llegado a ocupar en el panorama económico, político y cultural de Cuba. Sin duda Varela se hubiera sentido más cómodo yéndose de Nueva York durante esos primeros años en la ciudad, en los cuales no se adaptó bien al clima frío ni al idioma, que le resultaba difícil de aprender. «El sonido silbante del inglés», escribió en su momento, «resuena en mis oídos como moscas impertinentes, lo que dificulta escribir cómodamente en español».[15] Y, sin embargo, cuando le ofrecieron una oportunidad privilegiada para trasladarse a un país más cálido de habla hispana, eligió enfrentar el clima y el idioma de Nueva York. Esa elección iba a ser repetida en las décadas siguientes por los exiliados que deseaban permanecer cerca de su isla nativa y mantenerse activos en los asuntos de ella. En términos de distancia económica, política y sociopsicológica, el lugar más cercano a Cuba era Nueva York. Varela permanecería allí durante casi treinta años, conquistando el inglés hasta el punto de hablarlo casi sin acento.[16]

Tan pronto como Varela regresó a Nueva York desde Filadelfia, en 1824, aceptó una oferta del primer obispo residente de Nueva York, el irlandés John Connolly, para realizar trabajo pastoral en la

[14] A pesar de que tanto José Ignacio Rodríguez (*Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 147) como McCadden y McCadden (*Félix Varela, Torch Bearer from* Cuba, p. 59) hacen referencia al intento de asesinato, Hernández Travieso (*El Padre Varela: Biografía del forjador de la conciencia cubana*, p. 329) es el único biógrafo de Varela que ofrece detalles sobre este. Desafortunadamente, no aclara sus fuentes.

[15] Citado, sin referencia, por J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 144.

[16] J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 144.

diócesis. Fue asignado a la iglesia de San Pedro en la esquina de las calles Barclay y Church, y se mudó a una casa cercana en 140 Fulton Street.[17]

En ese momento había solamente dos iglesias católicas en Manhattan, además de la de San Pedro: la antigua Catedral de San Patricio, en las calles Mott y Prince, y Santa María, una pequeña iglesia cerca de Grand Street. Solo seis sacerdotes se encargaban de esas iglesias, que atendían a cerca de treinta y cinco mil feligreses.[18] Durante las siguientes décadas, la diócesis de Nueva York experimentó un crecimiento tremendo, impulsado principalmente por la inmigración irlandesa. El talentoso y dedicado sacerdote cubano emergió con rapidez como un actor fundamental en la conformación de ese crecimiento.

Las contribuciones de Varela a la diócesis de Nueva York fueron vitales en un momento en que la Iglesia Católica enfrentaba desafíos extraordinarios. En la década de 1830 hubo un resurgimiento feroz del anticatolicismo entre protestantes fundamentalistas. Los sermones y escritos de algunos de los «antipapistas» incluso alimentaron actos de vandalismo e incendio contra las iglesias católicas en Nueva York y Nueva Inglaterra. Varela recordaba un incidente en Boston, cuando su cena con el obispo de esa ciudad fue interrumpida por gritos y disparos en la calle. Los habitantes de Boston celebraban la absolución de casi todos los acusados de quemar un convento de las ursulinas en Charlestown en las afueras de la ciudad. La celebración se puso fea cuando se oyeron gritos pidiendo «las cabezas de los sacerdotes católicos».[19]

Varela fue testigo de otro incidente en el que unos quinientos feligreses de la vieja Catedral de San Patricio rodearon la iglesia en previsión de un ataque de una turba con la intención de quemar el edificio. Apenas se evitó el derramamiento de sangre cuando las autoridades municipales intervinieron.[20] Varela escribió que la tolerancia religiosa solo existe legalmente en los Estados Unidos, por otro lado «es una hipocresía abominable pretender tener tolerancia».[21]

[17] Ibíd., p. 143.

[18] J. R. Bayley: *A Brief Sketch of the Early History of the Catholic Church on the Island of New York,* pp. 109, 114.

[19] F. Varela: *Cartas a Elpidio,* vol. 2, *Superstición,* pp. 154-158.

[20] Ibíd., pp. 159-161.

[21] Ibíd., p. 157.

Pero el sacerdote cubano no se intimidó por el clima de intolerancia religiosa y violencia. Cualquier argumento que los anticatólicos de Nueva York pudieran acopiar contra él palidecía en comparación con lo que ya había sufrido. Varela había escapado por un pelo de las garras de las tropas de Fernando en España; el verdugo lo esperaba en La Habana y fue blanco de un asesino. «Estoy perfectamente curado del mal de espanto»,[22] escribió una vez. Recurrió a su formación como teólogo y filósofo, y a sus habilidades como ensayista, y asumió el papel de defensor de la Iglesia en las publicaciones católicas del área, en especial en *Truth Teller*. En 1830 fundó el *Protestant Abridger and Annotator*, principalmente para responder a los ataques realizados desde *The Protestant*, un periódico de la Iglesia Presbiteriana de Nueva York. También fundó el *Catholic Observer* y el *New York Weekly Register and Catholic Diary*.[23] Luchó contra la Sociedad de Escuelas Públicas, que canalizaba los fondos de la educación pública exclusivamente hacia las escuelas protestantes.

La valiente defensa de Varela de la Iglesia rápidamente lo convirtió en el líder intelectual en la pequeña pero creciente diócesis de Nueva York, y se convirtió en favorito del nuevo obispo, el francés Jean DuBois. Pero la contribución más perdurable de Varela a la diócesis de Nueva York fue la fundación de dos parroquias, lo que amplió enormemente el número de estas para acomodar la creciente afluencia de inmigrantes irlandeses. Todo comenzó cuando supo que una iglesia episcopal en 33 Ann Street estaba a la venta. Un grupo de jinetes que buscaban establecer una casa club de equitación hicieron una oferta generosa por la propiedad. Los líderes episcopales, sin embargo, estaban dispuestos a vender la Iglesia de Cristo por menos, si seguía siendo una casa de culto. Varela recaudó fondos de prominentes católicos en la ciudad, entre ellos varios españoles y cubanos ricos, y compró la Iglesia de Cristo por $19 000.[24]

La Iglesia de Cristo fue consagrada por el obispo DuBois el 15 de julio de 1827, y se convirtió en la cuarta parroquia católica de Manhattan, con Varela como su pastor.[25] Posteriormente, adquirió el edificio adyacente de 45 Ann Street, y abrió allí una escuela

[22] F. Varela: «Carta del editor de este papel a un amigo», p. 159.

[23] J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 78.

[24] Ibíd., p. 77.

[25] M. Cheung: *Transfiguration Church: A Church of Immigrants, 1827-1977*, p. 4.

diurna para niños y niñas que ofrecía instrucción no solo religiosa, sino también clases de gramática, artesanía, música, francés y español.[26] En ese edificio contiguo también estableció viviendas modestas para él y el pastor asistente, José Schneller, un austriaco, exjesuita descrito por una fuente como «irascible», que se unió con entusiasmo a Varela en su polémica intelectual contra los anticatólicos de la ciudad y que fue editor del *New York Weekly Register and Catholic Diary*.[27] Varela vivió en el número 45 de Ann Street desde 1829 hasta 1834.[28]

Un aspecto a destacar del establecimiento de la Iglesia de Cristo fue el modo en que Varela estructuró legalmente la propiedad y la administración de la parroquia. Un tema que dividía a los laicos católicos y la jerarquía de la Iglesia en ese momento era el control de las parroquias. A diferencia de la situación en la mayor parte del mundo, las congregaciones católicas de los Estados Unidos ejercían control sobre sus parroquias a través de los consejos de administración de una forma similar a las iglesias protestantes. Los obispos siempre estaban enfrentados por el control a un patrocinio laico.[29] Aunque enraizado en los ideales estadounidenses de democracia e independencia, el «problema de los patronatos» también tenía orígenes económicos. Las congregaciones católicas usualmente recaudaban el dinero para establecer parroquias, y luego buscaban mantener el control financiero a través de una corporación dirigida por un consejo laico. La única prerrogativa que tenían los obispos era el nombramiento de los sacerdotes, y con frecuencia incluso esa era cuestionada.[30]

Varela presenció en San Pedro el conflicto entre el obispo y el patronato de la parroquia. Acostumbrado a la fuerte estructura jerárquica del catolicismo español, el sacerdote cubano encontró extraño el modelo estadounidense, equivalente al rebaño dando órdenes al pastor. Indudablemente, no estaba listo para aplicar al ámbito religioso el espíritu de independencia tan evidente en sus escritos sobre el destino político de Cuba. Puesto que Varela recaudó el dinero para la

[26] J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 79.
[27] Ibíd., p. 78.
[28] J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 143.
[29] J. R. Bayley: *A Brief Sketch*, pp. 111-112.
[30] J. M. Navia: *An Apostle for the Immigrants*, pp. 85-89.

Iglesia de Cristo y realizó la compra, él puso la propiedad a nombre del obispo y estableció una Junta parroquial que eligió al sacerdote cubano como presidente. La organización que Varela estableció para el control diocesano de dicha iglesia se convirtió en el patrón para las parroquias establecidas en Manhattan en los años subsiguientes, lo cual le dio a los obispos una mayor autoridad sobre las congregaciones.[31]

La Iglesia de Cristo tuvo una historia corta. El domingo 27 de octubre de 1833, mientras el padre Schneller estaba ofreciendo la comunión, se escuchó un fuerte estruendo a la vez que una larga fisura se extendía por la pared interior de la iglesia.[32] Las excavaciones para un proyecto de construcción cerca de la iglesia habían socavado sus cimientos. Se llevaron a cabo servicios improvisados en 45 Ann Street y en un lugar alquilado por Varela en 208 William Street. Pero quedó claro inmediatamente que la vieja casa de culto episcopal tenía que ser abandonada. Dos incendios, uno en 1834 y otro, tal vez como parte del Gran Incendio del 16 de diciembre de 1835, finalmente destruyeron el edificio.

De la destrucción de la Iglesia de Cristo surgieron dos parroquias. Para sustituirla, la diócesis compró un terreno en la calle St. James, entre las calles Madison y Chatham, cerca de la zona de Five Points, y en ese lugar construyeron una imponente iglesia de estilo románico, una estructura que se mantiene en pie hasta el día de hoy. Fue nombrada oficialmente Iglesia de Cristo, pero se le conoció como St. James. Parte de los fondos para la nueva iglesia procedieron de la venta de la propiedad en Ann Street. La nueva iglesia debía servir a los feligreses de la antigua Iglesia de Cristo, pero muchos de ellos consideraban que la nueva ubicación de su parroquia era demasiado al norte y al este. Aunque debía ser transferido a St. James una vez que se terminara de construir, Varela quería quedarse con su congregación.

Uno de los partidarios más devotos de Varela, el suizo dueño de un restaurante, Giovanni Delmonico, vino al rescate. Solo unos años antes, en 1827, él y su hermano Pietro habían abierto un restaurante en 21-25 William Street. Con la ayuda de su sobrino Lorenzo,

[31] J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 77.

[32] M. Cheung: *Transfiguration Church: A Church of Immigrants, 1827-1977*, p. 6.

convirtieron a Delmonico en un referente culinario de Nueva York que sobrevivió hasta bien entrado el siglo XX.[33]

Cuenta la historia que un día, mientras Delmonico caminaba por Chambers Street, justo al este de Broadway, reparó en una subasta para vender el edificio de una iglesia, la Iglesia Presbiteriana Reformada Holandesa. Conociendo el dilema de Varela y su rebaño, hizo la puja ganadora, cincuenta y seis mil dólares, y dejó un depósito en efectivo. La acción impulsiva de Delmonico fue tanto una buena noticia como una mala noticia para Varela. Era un buen edificio y su ubicación era perfecta para mantener unida a su congregación de Ann Street. Pero el precio detenía a Varela. No obstante, finalmente, Delmonico y los otros benefactores generosos que formaron la nueva Junta parroquial consiguieron el pago inicial, obtuvieron una hipoteca y la compra del edificio continuó.[34] Aparentemente debido al monto de la hipoteca, Varela optó por no entregar la propiedad al obispo, en su lugar la puso a su propio nombre, y tomó de ese modo la responsabilidad financiera en sus propias manos.[35] Al parecer, se recaudaron fondos suficientes para que Varela pudiera comprar una casa modesta a la vuelta de la esquina, en 23 Reade Street, para que sirviera como rectoría y residencia. Vivió en esa casa durante el resto de sus años en Nueva York.[36]

Un grito de protesta se alzó en los círculos anticatólicos de la ciudad cuando se supo que la antigua iglesia reformada holandesa había caído en manos de los «papistas».[37] Ignorando el clamor, Varela la renombró Iglesia de la Transfiguración de Nuestro Señor. El 31 de marzo de 1836, meses antes de que se completara St. James, se inauguró la Iglesia de la Transfiguración con Varela como pastor.

[33] B. Kaplan Gubert: «Delmonico's», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*, p. 325.

[34] L. Thomas: *Delmonico's: A Century of Splendor*, p. 27. La iglesia estaba ubicada en Chambers, enfrente de donde ahora se encuentra el Tweed Courthouse.

[35] «Church Property: Archbishop Hughes to the Public», *New York Times*, 15 de mayo de 1855.

[36] La casa fue probablemente demolida en 1899, cuando se inició la construcción del ornamentado Hall of Records, ahora conocido como Surrogate's Court, un edificio municipal que ocupa la cuadra completa delimitada por las calles Chambers, Park Row, Reade y Elk. B. J. Barr: «Surrogate's Court», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*, p. 1144.

[37] M. Cheung: *Transfiguration Church: A Church of Immigrants, 1827-1977*, p. 6.

La prominencia de Varela iba en ascenso dentro del liderazgo de la Iglesia Católica en los Estados Unidos. Para 1829 ya era vicario general de la diócesis de Nueva York. Durante los dos años en que el obispo DuBois estuvo en Europa, Varela y el otro vicario general, John Power, su anterior colega en San Pedro, tuvieron la responsabilidad de administrar todos los asuntos de la diócesis.[38]

Cuando DuBois prolongó su estancia en Europa, se rumoraba en Nueva York que no tenía intención de volver y que estaba influyendo discretamente en el Vaticano para que Varela lo sustituyera.[39] Los rumores eran totalmente infundados, pero habían alarmado a los representantes de España en los Estados Unidos, que habían estado vigilando de cerca la creciente influencia de Varela dentro de la diócesis de Nueva York. Francisco Tacón, el ministro español en los Estados Unidos, envió una carta el 14 de marzo de 1830 a sus superiores en Madrid, acusando a Varela, un conocido enemigo de España, de estar conspirando con DuBois para asumir el obispado de Nueva York.[40] El ministro de Estado de España instruyó de inmediato a su embajador ante el Vaticano para que comunicara a la Santa Sede la preocupación de que a «este mal español y peor sacerdote», que ha mantenido «relaciones íntimas y criminales con [...] agitadores», no se le debe permitir que realice «sus ambiciosos designios».[41] La respuesta del cardenal Albani, secretario de Estado del Vaticano, fue que el obispado de Nueva York no estaba vacante y, por tanto, no se estaba considerando a Varela, pero que, si fuera propuesto en el futuro para una designación, las preocupaciones del gobierno de Su Majestad «no serán olvidadas».[42] Los españoles reconocían a Varela como una voz precursora a favor de la independencia de Cuba y fueron implacables en su persecución.

Una razón por la cual los españoles siempre lo vigilaban era que, pese a la creciente carga de sus funciones pastorales y administrativas,

[38] J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 78.

[39] Ibíd., p. 80.

[40] El texto completo de esta carta y de todas las demás comunicaciones escritas con relación al rumor sobre el nombramiento de Varela como obispo se reproducen en J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, pp. 293-297. Rodríguez las encontró en los Archivos de Indias y en los documentos de la embajada española en Roma.

[41] J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 294.

[42] Ibíd., p. 297.

Varela continuaba escribiendo, para mantener así una presencia entre los pensadores más importantes de Cuba. Además de sus numerosas escaramuzas intelectuales con los detractores del catolicismo, escritas en inglés y divulgadas en publicaciones religiosas, escribió en español principalmente para sus compatriotas en la isla. Un ensayo o un análisis de Varela aparecía ocasionalmente en una de las revistas de Cuba. En Nueva York él actualizó e imprimió varias ediciones de su obra filosófica más importante, *Lecciones de Filosofía*, publicada por primera vez en La Habana en 1819. También tuvo tiempo de traducir al español el *Manual of Parliamentary Procedure* (Manual de procedimiento parlamentario) de Thomas Jefferson, y *Elements of Chemistry Applied to Agriculture* (Elementos de Química aplicados a la agricultura) de Humphrey Davy, libros que Varela consideraba importantes para el futuro político y económico de Cuba. Ambas traducciones se imprimieron en Nueva York en 1826.[43]

En 1835, la imprenta de William Newell, en 162 Nassau Street, produjo el primer volumen de una obra de Varela proyectada en tres volúmenes, *Cartas a Elpidio*, escrita en forma epistolar a un amigo ficticio. Con la intención de llamar la atención de sus compatriotas a lo que él consideraba los problemas más acuciantes que aquejaban a la sociedad. El primer volumen trata de las causas y los efectos negativos de la falta de piedad. El segundo volumen, sobre la distinción entre religión y superstición, y el daño causado por esta última, fue impreso en 1838 por G. P. Scott and Company ubicada en la esquina de las calles John y Gold. El tercer volumen previsto, sobre el fanatismo y su contribución al despotismo, nunca fue escrito, aparentemente porque Varela percibió que los dos primeros no habían sido bien recibidos en Cuba. Los dos volúmenes publicados, sin embargo, fueron reconocidos eventualmente como importantes aportes al pensamiento filosófico y teológico cubano.

Para la década de 1840, Varela había entrado en la rigurosa rutina de un sacerdote parroquial en una diócesis con una creciente población de inmigrantes necesitados. Se involucró en muchos proyectos

[43] La traducción del manual de Jefferson fue impresa por Henry Newton, Chatham no. 157, y la traducción de Davy, por John Gray and Company. J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, pp. 151, 153.

de caridad, entre ellos el Asylum for the Relief of the Half-Orphan (Asilo para el Socorro del Medio Huérfano), establecido como Asylum for the Relief of Children of Poor Widows (Asilo para el Socorro de los Niños de Viudas Pobres), ubicado en Greenwich Village y administrado por las Hermanas de la Caridad. Varela recaudó los fondos para su establecimiento y funcionamiento.[44] Con el tiempo se convirtió en el Asilo Católico Romano de huérfanos (Roman Catholic Orphan Asylum), y sus edificios se integraron posteriormente al Hospital St. Vincent.[45] Sus actos de caridad individuales fueron legendarios entre los católicos de Nueva York.

Parte de sus obligaciones como pastor de la Transfiguración era liquidar la hipoteca del edificio y a la vez cumplir con el aumento de los gastos de operación de la parroquia. Era una tarea abrumadora que se convirtió casi en una obsesión para él. En 1846, la deuda de la parroquia era de más de treinta y seis mil dólares.[46] Recaudó fondos y también pidió dinero prestado, eventualmente solicitó otra hipoteca sobre la propiedad y contribuyó con los fondos personales que le quedaban. En 1842 fue llevado ante la corte por un tal Thomas Gorley, quien presentó una demanda contra Varela y la Corporación de la Transfiguración, en la cual solicitaba el pago de un préstamo, que, supuestamente, había sido hecho cinco años antes, para la compra del edificio de la iglesia. Gorman pidió el pago de tres mil dólares más un interés del siete por ciento, calculado semestralmente. Tres años más tarde, el Tribunal de Apelaciones Comunes falló a favor de Varela, alegando que el demandante no había presentado pruebas de que la suma hubiera sido un préstamo y no un obsequio.[47]

La residencia de Varela en 23 Reade Street era el centro de operaciones de una de las parroquias más grandes de la diócesis. El censo de los Estados Unidos de 1840 lo encontró allí como jefe de un hogar formado por doce personas: seis hombres, cuatro mujeres y dos

[44] J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 193.

[45] J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 79.

[46] Ibíd., p. 119.

[47] Thomas Gorley contra Félix Varela, sentencia presentada en el Court of Common Pleas de Nueva York, 25 de febrero de 1846, Old Records Division, New York County Courts (Tribunales del Condado de Nueva York), número de referencia 1846 # 976.

niños.[48] Todos eran probablemente personal religioso de la parroquia o sirvientes con sus proles. Una de las características de la Iglesia de la Transfiguración fue tener un personal multinacional. El más notable de los sacerdotes asistentes de Varela fue Alessandro Mupietti, un monje cartujo italiano que también era conocido por su trabajo caritativo y se convirtió en ayudante de confianza y amigo del sacerdote cubano durante los últimos años de este en Nueva York.[49]

Eusebio Guiteras, un escritor cubano que vivía en Filadelfia, visitó a Varela en esa época, y años más tarde escribió una descripción de 23 Reade Street. Era una casa modesta de ladrillo de dos pisos con una «sala de estar pobremente amueblada» y una habitación en el segundo piso que servía de dormitorio y estudio para Varela, con «una cama sencilla, un escritorio con tapa de cobre y varios estantes de nogal llenos de libros».[50]

Al final, Varela desplazó toda su atención a su labor pastoral en Nueva York, abandonando virtualmente la situación de Cuba. Dejó de escribir ensayos en español para los lectores de la isla. Sus deberes sacerdotales probablemente lo abrumaban, pero le dieron un mayor sentido de propósito en la vida que el tratar de influir sobre el destino de la isla. Estaba convencido de que las *Cartas a Elpidio* no habían sido bien recibidas allí. Además, pudo haber sentido cierta inutilidad respecto a los cambios en el estatus político de Cuba. No solo la intención española era mantener un firme control sobre la isla, sino que muchos de sus compañeros cubanos estaban empezando a apoyar la anexión a los Estados Unidos como una alternativa al dominio español. Estos incluían a algunos de sus seguidores más cercanos de Nueva York, como Cristóbal Madan.[51] A pesar del afecto que Varela sentía por los Estados Unidos, no podía apoyar la anexión. Optó por retirarse de la escena en lugar de oponerse a sus amigos. Uno de esos amigos, Gaspar Betancourt Cisneros, lo visitó varias veces en 23 Reade Street en un esfuerzo infructuoso por involucrarlo en el creciente movimien-

[48] U. S. Bureau of the Census: *1840 United States Federal Census, New York City*, Sixth Ward.

[49] J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 101.

[50] A. Guiteras: *Un invierno en Nueva York*, pp. 143-144.

[51] A. Hernández Travieso: *El Padre Varela: Biografía del forjador de la conciencia cubana*, p. 444.

to anexionista. Sus frustradas palabras de despedida a Varela después de su última reunión en 1849 fueron: «incluso si Cuba ya no es suya, usted pertenece a Cuba y Cuba no renunciará su derecho a Varela».[52] Luego, Betancourt Cisneros le comentó a un amigo que Varela estaba «totalmente consagrado a su Iglesia y a sus irlandeses».[53]

A pesar de su distanciamiento de los asuntos de su tierra natal, el apego sentimental de Varela a Cuba se mantenía inquebrantable. Cuando se le preguntó por qué no se había convertido en ciudadano estadounidense, respondió: «Por mi afecto soy nativo de este país, aunque no soy ni seré nunca ciudadano, al haber tomado la firme decisión de no convertirme en ciudadano de ningún otro país, después de los acontecimientos que me han arrancado del mío. Nunca espero verlo de nuevo, pero creo que le debo un tributo de mi amor y respeto no uniéndome a ningún otro».[54]

Su régimen de trabajo agotador, los problemas financieros de la parroquia y todos esos inviernos en Nueva York a la larga hicieron mella en el frágil sacerdote. Le aparecieron problemas respiratorios y se le recomendó ir a climas más cálidos. A finales de la década de 1840, iba a pasar los inviernos en San Agustín, Florida, donde había vivido durante varios años de niño y tenía varios conocidos. Su partida de Nueva York antes del invierno de 1849- 1850 fue la última. La diócesis de Nueva York no tenía instalaciones para cuidar a los sacerdotes enfermos. Acababa de cumplir sesenta y un años. En abril de 1850 cedió la propiedad de la Iglesia de la Transfiguración, que había estado a su nombre, al obispo John Hughes, quien había sucedido a DuBois años antes.[55]

Varela aceptó la hospitalidad del pastor de una iglesia en San Agustín, que dio al cura enfermo una pequeña habitación en la parte trasera de la escuela parroquial. Fue allí el día de Navidad de 1852 que recibió la visita de uno de sus exalumnos, Lorenzo de Allo, que quedó

[52] Ídem.

[53] Carta de Gaspar Betancourt Cisneros a José Antonio Saco, citada en J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 121.

[54] A. Hernández Travieso: *El Padre Varela: Biografía del forjador de la conciencia cubana*, p. 364.

[55] «Church Property: Archbishop Hughes to the Public», *New York Times*, 15 de mayo de 1855.

conmocionado al hallar a su venerado maestro con tan mala salud y en condiciones de vida tan austeras. A su regreso a Cuba, escribió una carta sobre la difícil situación de Varela que circuló entre los seguidores del sacerdote. Uno de ellos, Gonzalo Alfonso, organizó una reunión en su casa en La Habana para recaudar fondos y enviárselos.[56]

El dinero recolectado se envió a San Agustín con José María Casal, quien abordó un barco de vapor para Savannah el 23 de febrero de 1853. Debido a una tormenta, el barco no pudo atracar en Savannah y tuvo que continuar a Charleston. Cuando Casal finalmente llegó a San Agustín el 3 de marzo, se enteró del deceso del padre Varela, ocurrido unos días antes. Fue enterrado en San Agustín en una tumba que durante el resto del siglo XIX se convirtió en un sitio de peregrinaje para muchos cubanos que viajaban a los Estados Unidos. En Nueva York, el obispo Hughes celebró una misa de réquiem por Varela en la antigua catedral de San Patricio.[57] Dos meses más tarde, en mayo de 1853, la Parroquia de la Transfiguración se mudó de Chambers Street a otra antigua iglesia protestante, en las calles Mott y Park, donde ahora presta servicio a una congregación predominantemente china con una iglesia y una escuela.[58] En 1911, los restos de Varela fueron trasladados a La Habana y colocados en una urna de mármol sobre un pedestal en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

Debido a las muchas contribuciones de Varela a la diócesis de Nueva York, entre las cuales la fundación de dos parroquias que sobreviven hasta nuestros días, estuvo entre las más notables, se puede decir que ningún otro cubano neoyorquino dejó una marca tan indeleble en la ciudad como la del frágil sacerdote que llegó a Manhattan sin ninguna intención de quedarse.

[56] J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, pp. 226-228.

[57] J. McCadden y H. M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, p. 135.

[58] M. Cheung: *Transfiguration Church: A Church of Immigrants, 1827-1977*, p. 9. Placas de bronce en honor a Varela adornan la fachada de la iglesia. El 2 de octubre de 1997 se llevó a cabo una ceremonia, dirigida por John Cardinal O'Connor, en la Iglesia de la Transfiguración para celebrar la emisión por parte del servicio postal de los Estados Unidos de un sello de primera clase conmemorando a Varela.

La presencia del padre Varela en Nueva York funcionaba como un imán para otras figuras intelectuales y políticas cubanas que hicieron de la ciudad su hogar permanente o temporal lejos de la isla. El más destacado en hacerlo fue un joven abogado y filósofo que reemplazó a Varela en la facultad del Seminario de San Carlos en La Habana: José Antonio Saco. Saco llegó a Nueva York el 22 de mayo de 1824, a bordo del barco *Robert Fulton*.[59] Varela se había trasladado temporalmente a Filadelfia, así que Saco fue hasta allí. Como no había sido expulsado de Cuba, Saco no era un exiliado y decidió regresar a la isla después de unos meses en Filadelfia. Pero en el verano de 1828 regresó a los Estados Unidos, esta vez a Nueva York, donde Varela se había establecido. Saco estaba acompañado en ese segundo viaje por José de la Luz y Caballero. Ambos veinteañeros, habían sido alumnos de Varela.[60] Durante casi un año, hasta mayo de 1829, cuando De la Luz se fue a París, Nueva York acogió a las tres figuras intelectuales cubanas más importantes de la época: Varela, Saco y De la Luz.[61] Estos fueron los pilares intelectuales para el desarrollo de una identidad nacional cubana y un pensamiento social liberal a principios del siglo XIX. Saco sería posteriormente conocido como historiador y ensayistas, y uno de los primeros oponentes de la esclavitud y de la anexión a los Estados Unidos. También escribió trabajos sobre ingeniería y ciencias naturales. Su obra mejor conocida es una historia universal sobre la esclavitud. De la Luz se convirtió en un filósofo y educador, cuya escuela en La Habana formó a varias generaciones de la élite de Cuba.[62]

Saco permaneció en Nueva York durante tres años antes de regresar a La Habana. Durante ese tiempo, él y Varela editaron la que, posiblemente, fuera la primera publicación seriada editada por cubanos en Nueva York y en los Estados Unidos, *El Mensajero Semanal*, la cual se diferenciaba de la de Varela, *El Habanero*, en que se publicó con regularidad, por lo general todos los sábados. Setenta y seis números

[59] *New York, 1820-1850 Passenger and Immigration Lists*.

[60] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 42.

[61] E. López Mesa: *Algunos aspectos culturales de la comunidad cubana de New York durante el siglo XIX*, p. 16.

[62] S. Bueno: *Figuras cubanas del siglo XIX: selección*, pp. 9-23; y C. Vitier: *Ese sol del mundo moral*, pp. 20-41.

aparecieron entre el 18 de octubre de 1828 y el 29 de enero de 1831.[63] *El Mensajero* circuló en La Habana a pesar de que las autoridades españolas la veían con recelo a causa de su tendencia liberal y progresista. La publicación sirvió para reafirmar la posición de Nueva York en el mapa cultural e intelectual cubano.

Cristóbal Madan aparentemente se había convertido en la persona designada para recibir a los cubanos que llegaban a Nueva York. Una semana después de que el padre Varela se presentara en la casa mercantil de Jonathan Goodhue, un trío de cubanos también se dirigió a South Street en busca de Madan. Era el 22 de diciembre de 1823, y los tres jóvenes acababan de llegar a Nueva York desde Boston en la diligencia de Post Road. Eran de Matanzas, donde la familia de Madan era propietaria de plantaciones azucareras. De los tres, el más notable era un veinteañero aspirante a poeta llamado José María Heredia (fig. 2.2).

Como Varela, Heredia llegó a Nueva York después de apenas escapar de las garras del rey Fernando, quien había sido reinstaurado en el trono español. Heredia fue acusado de participar en una conspiración a favor de la independencia, y se emitió una orden para su arresto el 7 de noviembre de 1823.[64] Se escondió en la casa de amigos en las afueras de Matanzas.[65] Una semana después, disfrazado de marinero, y habiendo sobornado al capitán de la nave, abordó el bergantín *Galaxy* en la Bahía de Matanzas, con destino a Boston.[66]

Enviados por Madan, los tres hombres encontraron alojamiento en una pensión en 44 Broadway.[67] Desde el momento en que llegó a Manhattan, Heredia se vio atormentado por los mismos flagelos que afectaban a Varela: el clima y el idioma. En una carta a su familia en Matanzas, justificó con estas palabras sus planes de hacer un viaje al sur durante el invierno: «Puede que piensen que solo estoy siendo tonto, pero eso es porque no saben cómo es el invierno en esta tierra

[63] E. Torres-Cuevas: «José Antonio Saco», p. 27; y O. Portuondo Zúñiga: *José Antonio Saco*, p. 70.

[64] C. M. Trelles y Govín: *Matanzas en la independencia de Cuba*, p. 13.

[65] J. Garcerán de Vall: *Heredia y la libertad*, p. 126.

[66] L. Díaz: *Heredia: Primer romántico hispanoamericano,* p. 51.

[67] E. R. Moore: «José María Heredia in New York, 1824-1825», pp. 257-258.

[...]».[68] Tenía palabras duras para con el inglés, un idioma que le resultaba frustrante:

> Sin embargo, te aseguro que se me oprime el alma, y quisiera hasta morirme cuando me figure que mi esperanza consiste en vivir hasta la muerte entre esta gente, oyendo su horroroso lenguaje. [...] si la lengua es toda anomalías, y apenas comprendo cómo un pueblo tan grande se ha convencido en usar tan execrable jerigonza.[69]

Figura 2.2. José María Heredia. (Fuente: «Biografía de José María Heredia», *Pensar y escribir es como vivir* [blog] 23 de mayo de 2011, <www.letrasporlaweb.blogspot.com>).

[68] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en Nueva York, 8 de octubre de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, p. 185.

[69] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en New Haven, 17 de julio de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, p. 165.

Pero a pesar de las aflicciones que sufrió en Nueva York, Heredia llegó a la misma conclusión, y por las mismas razones que Varela cuando llegó a la ciudad. En la primera carta que Heredia escribe desde Nueva York, le dice a su madre: «Otro de los motivos que me inclinan a permanecer aquí es la continua comunicación que hay con La Habana, por donde puedo fácil y frecuentemente tener noticias de mi familia».[70] El comercio había convertido a Nueva York en el lugar más cercano a Cuba. Los lazos comerciales y la frecuencia del contacto sirvieron para atraer y mantener a una creciente comunidad de expatriados. En el caso de Heredia, por ejemplo, poco después de su llegada a la ciudad, recibía un estipendio mensual de cincuenta dólares de una cuenta en la casa mercantil de los hermanos Howland, quienes participaban activamente en el Cuba Trade y fueron los primeros empleadores de Moses Taylor.[71] La cuenta pertenecía al tío materno de Heredia en Matanzas, que apoyaba al aspirante a poeta desde que el padre de Heredia murió en 1820. Al principio, Heredia recibía toda su correspondencia desde Cuba a través de la firma Howland, pero posteriormente trasladó su dirección de correo para la casa mercantil de Goodhue, donde Cristóbal Madan se la recogía.[72]

Heredia, de visita en New Haven, escribió a Madan una carta breve y con un toque humorístico que muestra la conexión entre las casas mercantiles, la afluencia de cubanos a la ciudad y el papel singular de Madan en la casa mercantil de Goodhue. Dirigida a Madan como «Mi querido Cónsul», disculpándose le pide al joven empleado que realice algunas tareas de correspondencia para él e irónicamente le dice que en algún momento Madan puede verse obligado «a abandonar el trabajo laborioso y estéril que la República le ha encomendado, y que realiza para satisfacción de todos. No debe culpar a nadie sino a su propia generosidad, que le hace sufrir por la impertinencia de fugitivos y errantes».[73]

[70] Carta a María Mercedes Heredia Campuzano, escrita en Nueva York, 24 de diciembre de 1823, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, p. 90.

[71] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en Nueva York, 6 de marzo de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, p. 105.

[72] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en Nueva York, 2 de junio de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, p. 129.

[73] Carta a Cristóbal Madan, escrita en New Haven, escrita en 10 de julio de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, pp. 163-164.

Fugitivos de Cuba, como Varela y Heredia, acudían a Nueva York, y desde la casa mercantil de Goodhue, Madan fue su cónsul no oficial.

La asignación mensual de su tío permitió a Heredia mudarse a una pensión más cómoda en 88 Maiden Lane, que describió como una «posada de un francés».[74] Le escribió a su tío que pagaba $6,50 semanal de alojamiento y comida, más $2,00 por semana en el invierno para mantener la chimenea encendida. Había casas más baratas, escribió, por cuatro o cinco dólares, pero no servían rosbif (que él llamó «rust-beef») con papas en el almuerzo ni bacalao y todo el pan que se pueda comer en el desayuno. Valía la pena, aseguró a su benefactor, aunque afirmó que el gasto prácticamente agotaba toda su asignación.[75]

Heredia ganaba dinero extra dando clases privadas de español y francés, idiomas que muchos neoyorquinos deseaban aprender.[76] Los ingresos adicionales le permitían viajar con regularidad. Estaba especialmente encantado con New Haven, que visitó en el verano de 1824, y encontró que su puerto le recordaba a Matanzas.[77] Allí se dio cuenta de que sus problemas para aprender inglés se debían a la falta de práctica en Nueva York, donde continuamente hablaba en español en el círculo de expatriados. En un lugar como New Haven, se podía «adelantar así en el inglés, no hablando ni escuchando otra cosa».[78]

Pero un viaje marcaría su carrera literaria: su viaje a las cataratas del Niágara en junio de 1824. Para entonces, las cataratas se habían convertido en un importante destino de viaje para los estadounidenses. Escritores y artistas las plasmaron en sus escritos y pinturas, que por lo general presentaban la maravilla natural como símbolo de las promesas y las virtudes de la joven nación.[79] En Goat Island frente a la catarata de la Herradura, Heredia escribió «Niágara», la oda que

[74] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en Nueva York, 21 de febrero de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia,* p. 96.

[75] Ibíd., pp. 96-97.

[76] E. R. Moore: «José María Heredia in New York, 1824-1825», p. 272.

[77] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en New Haven, 17 de julio de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, p. 167.

[78] Carta a María Mercedes Heredia Campuzano, escrita en New Haven, 18 de julio de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia,* p. 169.

[79] W. Irwin: *The New Niagara*, p. xxi.

se convertiría en su poema más famoso.[80] «Sus estrofas», afirmó un analista de la obra de Heredia en el siglo XX, «llevan la marca del genio y de la juventud del poeta, así como el inequívoco mensaje de una era romántica, de moral sentimentalmente cristiana».[81] Las conmovedoras descripciones de los torrentes de agua evocan la libertad y el respeto por la naturaleza, dos elementos básicos en la poesía de Heredia que reflejan la influencia de Byron, su poeta favorito, quien había muerto menos de dos meses antes en Grecia.[82]

La oda apareció por primera vez como parte de una colección de poemas de Heredia bajo el título *Poesías*, publicada en Nueva York en junio de 1825 por Behr and Kahl, vendedores y editores de libros ubicados en 129 Broadway;[83] y fue impreso por Gray and Bunce, de 347 Pearl Street, la imprenta que ese mismo año imprimió los números 5 y 6 de *El Habanero* de Félix Varela.[84]

Casi en cuanto apareció, «Niágara» se convirtió en un clásico del romanticismo latinoamericano. Sus temas de libertad, la condición del exiliado y la añoranza de una patria políticamente empobrecida resonaron en un continente que se sacudía el colonialismo.[85] Durante décadas por venir, muchos intelectuales y escritores latinoamericanos se sintieron obligados a peregrinar cada vez que viajaban a Nueva York, a lo que se convirtió en la cascada de Heredia, para experimentar lo que había inspirado al poeta cubano.

El clima de Nueva York desgastó la decisión del poeta de quedarse en la ciudad. Félix Varela, con su estoicismo sacerdotal, había rechazado la oferta del presidente Victoria de México para trasladarse, bajo la protección de su gobierno, a la seguridad y el calor de ese país. Cuando Victoria hizo la misma oferta a Heredia, el poeta la aceptó.

[80] E. R. Moore: «José María Heredia in New York, 1824-1825», p. 268.

[81] Ibíd., p. 269.

[82] R. Esténger: *Heredia, la incomprensión de sí mismo,* p. 193.

[83] «Cronología», en A. Cairo Ballester: *Heredia entre cubanos y españoles*, p. 246; y E. R. Moore: «José María Heredia in New York, 1824-1825», p. 279.

[84] J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, p. 145; y E. R. Moore: «José María Heredia in New York, 1824-1825», p. 279.

[85] Para un análisis del contenido y la importancia de «Niágara» ver K. Silva Gruesz: *Ambassadors of Culture: The Transamerican Origins of Latino Writing*, pp. 39-48.

Probablemente decidió ir a México por razones de salud. En Nueva York ya había contraído tuberculosis, lo que desmentía los radiantes informes sobre su salud que enviaba en sus cartas a su madre.[86]

El 22 de agosto de 1825, Heredia abordó la goleta *Chasseur*, con destino a Alvarado, México.[87] Aunque vivió en Nueva York menos de dos años, Heredia dejó una huella en el panorama literario de la ciudad incluso después de su partida. Que fuera capaz de hacerlo, a pesar de escribir en español, es un testimonio no solo de su talento, sino también del surgimiento del cosmopolitismo y la receptividad a las artes en la ciudad. Fue el momento en que Nueva York comenzó a consumar su destino como la capital cultural de la nación, que, actuaba como un imán para escritores y artistas talentosos, creaba instituciones artísticas y literarias, y atraía el mecenazgo de la élite de comerciantes de la ciudad.[88] James Fenimore Cooper y Washington Irving se encontraban en la cúspide de sus carreras (*El último de los mohicanos* apareció en 1826). Desde su hogar en las montañas Catskill, el pintor nacido en Inglaterra, Thomas Cole, quien fundó la Escuela de Pintura Americana del Río Hudson, creaba paisajes con una veneración romántica, hasta religiosa, por la majestuosidad de la naturaleza, análoga al «Niágara» de Heredia, y que incluía al menos una pintura de las cataratas.[89] Años antes de inventar el telégrafo, Samuel

[86] L. Padura Fuentes: *José María Heredia*, p. 73.

[87] Ibíd., p. 75. En México, Heredia continuó cosechando elogios para su poesía, tuvo diferentes cargos oficiales en el gobierno, se casó con una mexicana, y tuvo seis hijos. En 1836, después de trece años de vivir fuera de Cuba y enfermo de tuberculosis, Heredia obtuvo permiso para visitar la isla y a su madre durante un período de trece meses. El permiso fue concedido por el capitán general español Miguel Tacón a cambio de que Heredia se retractara de sus anteriores sentimientos y actividades a favor de la independencia, una humillante acción por la cual él fue severamente criticado por muchos de sus compañeros. Regresó a México después de la visita, pero la tuberculosis avanzó, y en 1839, a la edad de treinta y cinco años, murió en la Ciudad de México.

[88] Para un análisis de este período en la historia cultural e intelectual de Nueva de York, ver el capítulo 4 de T. Bender: *New York Intellect*.

[89] T. A. Burgard: «*Hudson River School*», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York*, p. 572; y W. Irwin: *The New Niagara: Tourism, Technology, and the Landscape of Niagara Falls, 1776-1917*, p. xx.

Morse no solo pintaba, sino que también estaba muy comprometido con el Ateneo de Nueva York, una importante institución de la cultura cívica de la ciudad.[90]

En ese vibrante clima cultural e intelectual, las obras de un poeta romántico cubano, aunque escribía en español, no pasaron inadvertidas. Menos de dos semanas antes de que Heredia se fuera a México, el periódico *New-York American* publicó una reseña a dos columnas de *Poesías*. Lo extraordinario de la reseña era que estaba en español, que probablemente, como ha señalado Ernest Moore, constituyó «la primera reseña en español de un libro hispanoamericano publicada en los Estados Unidos».[91] Por otra parte, aunque la reseña no fue firmada, se le atribuye al padre Varela, quien elogió no solo la poesía de Heredia, sino también su «patriotismo».[92]

La publicación en español de la reseña de Varela sobre *Poesías* en el *New-York American* fue un hecho notable, pero aún más lo fue que una de las figuras intelectuales más influyentes de la ciudad se propusiera traducir y editar los poemas de Heredia. William Cullen Bryant, de Nueva Inglaterra, atraído por el ambiente intelectual de Nueva York, llegó a la ciudad el mismo año en que Heredia se marchó.[93] Es probable que nunca se hayan conocido.[94] Pero el joven Bryant era uno de esos neoyorquinos con suficiente conocimiento del español como para percibir y valorar la reseña de Varela sobre la obra de Heredia. La veneración romántica de la naturaleza era un tema que resonaba con la obra de Bryant. En 1827, Bryant publicó una traducción del poema de Heredia «En una tempestad» *(«The Hurricane»)* y colaboró en la traducción y edición del «Niágara». Esta última apareció en la *United States Review and Literary Gazette* de Bryant.[95]

[90] T. Bender: *New York Intellect...*, p. 124; y J. Trager: *The New York Chronology*, p. 64.

[91] E. R. Moore: «José María Heredia in New York, 1824-1825», p. 280.

[92] Ibíd., pp. 280, 291; y A. Cairo Ballester: *Heredia entre cubanos y españoles*, p. 70. Tanto Moore como Cairo Ballester reproducen la crítica completa en sus obras.

[93] Ver T. Bender: *New York Intellect*, pp. 119-120, para un análisis de la importancia de la llegada de Bryant a Nueva York y su impacto en la vida intelectual de la ciudad.

[94] J. Garcerán de Vall: *Heredia y la libertad*, pp. 143-144.

[95] E. R. Moore: «José María Heredia in New York, 1824-1825», pp. 281-283. Moore aborda la polémica de larga duración sobre el verdadero papel de Bryant en la traducción de «Niágara».

A pesar de su corta residencia en la ciudad, Heredia nos dejó muchos atisbos de su particular mirada sobre los eventos y lugares de Nueva York. En sus cartas a la casa de su madre y de su tío, escribió con gran detalle lo que veía a su alrededor, a veces con una combinación de asombro y humor infantil, y otras veces con perplejidad o molestia. Hizo una crónica de sus viajes en el *Hudson*, las características y los servicios de los barcos de vapor, y la magnífica vista de Manhattan desde el río.[96] No lo impresionaron los parques y jardines de la ciudad, a excepción de los Jardines de Vauxhall (los llamó «Vaushall»), donde, escribió, a uno le cobran diez centavos para entrar para poder «zafarse de ociosos», pero una vez adentro se puede obtener vino o helado gratis. En los días en que hay fuegos artificiales, observó, elevan el precio a cuarenta centavos.[97]

Cuando su madre le pide consejo sobre si su tío Domingo debería poner su dinero en un banco en los Estados Unidos, Heredia responde que no hay un lugar más seguro para ahorrar o invertir en el mundo, mucho más seguro que tenerlo enterrado varios pies bajo tierra en Cuba.[98] Era una conclusión a la que llegarían muchos cubanos, a juzgar por el creciente número que abría cuentas en las casas mercantiles y los bancos en Nueva York.

La historia más interesante de Heredia en Nueva York es su descripción de un mitin que presenció en City Hall Park en apoyo a DeWitt Clinton, quien había sido despedido por la legislatura del Estado de su cargo como comisionado sin sueldo en la Junta del Canal del Erie.[99] Heredia describe cómo, a pesar de algunas escaramuzas e intercambios acalorados entre los manifestantes y sus detractores, el evento se realizó, los partidarios de Clinton dieron su opinión, y luego todos se fueron a casa en calma y sin mayores consecuencias. Se sorprendió de que no hubiera violencia seria a pesar del clima altamente cargado del mitin, en una sociedad en la que «ahorcan infaliblemente al

[96] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en Albany, 7 de junio de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, pp. 133-137.

[97] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en Nueva York, 2, junio, 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, p. 131.

[98] Carta a María Mercedes Heredia Campuzano, escrita en Nueva York, 5 de junio de 1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia,* p. 161.

[99] Para los antecedentes de este incidente, ver E. G. Burrows y M. Wallace: *Gotham,* p. 513.

que echa mano de un cuchillo de punta para embestir a otro [...]. Así es que en todas partes son redondos los cuchillos de mesa para evitar disgustos».[100]

Las observaciones de Heredia sobre Nueva York estuvieron entre los primeros textos de lo que sería, hacia fines del siglo XIX, una gran cantidad de literatura escrita por cubanos sobre el espectáculo en desarrollo de la democracia y la modernidad que presenciaban a través de su residencia o viajes en los Estados Unidos, especialmente en Nueva York. Instigada por el floreciente comercio y los viajes entre Manhattan y Cuba, esa literatura era a la vez una consecuencia del creciente espacio que Nueva York ocupaba en la consciencia cubana y una contribución a aquel. Luisa Campuzano, una crítica literaria contemporánea, lo expresaba de la siguiente manera:

> Con la configuración, cada vez más precisa, en el imaginario social cubano de los Estados Unidos como una opción alternativa a España como posible modelo para la futura nacionalidad y como espacio privilegiado en el que la modernidad se desarrollaba vertiginosamente, comenzó a formarse en la década de 1830 un *corpus* de textos variado y prácticamente desconocido, escrito por viajeros cubanos, que llegaban a las ciudades a causa de la persecución y el destierro y que analizaron las instituciones de EE. UU., de manera favorable, así como desfavorable.[101]

Entre los viajeros cubanos que plasmaron observaciones sobre Nueva York, no precisamente favorables, se encontraba María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo (fig. 2.3). Hija del tercer conde de Jaruco, ella era miembro de una de las familias más antiguas y destacadas de la sacarocracia en Cuba. Santa Cruz, nacida en La Habana en 1789, se mudó con su familia a Madrid, donde permaneció con su madre después de la repentina muerte de su padre.[102] Su abuelo materno era el ministro de Guerra español y aliado de José Bonaparte, hermano de Napoleón y rey de España. Santa Cruz conoció y se

[100] Carta a Ignacio Heredia Campuzano, escrita en Nueva York, 23 de abril de1824, en Á. Augier: *Epistolario de José María Heredia*, pp. 119-122.

[101] L. Campuzano: «Dos viajeras cubanas en los Estados Unidos: La Condesa de Merlin y Gertrudis Gómez de Avellaneda», p. 146.

[102] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, pp. 345-346.

casó con uno de los ayudantes de campo de José, el general Antoine Christophe Merlin, un conde francés con un distinguido historial militar en el ejército de Napoleón.[103] Como Condesa Merlin, Santa Cruz se convirtió en una de las más celebradas *belle-dames* de la escena cultural de París, y organizaba en su salón reuniones y conciertos con los artistas y las figuras literarias más importantes de la época, como George Sand, Chopin y Balzac.[104]

Figura 2.3. María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, *Condesa Merlin*. (Fuente: «Presencia de la mujer en la música», <www.cadenahabana.icrt.cu>, 15 de febrero de 2014).

[103] A. Méndez Rodenas: *Gender and Nationalism in Colonial Cuba*, p. 22.
[104] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, p. 348.

Mujer educada y obstinada, expuesta a las tendencias intelectuales más importantes de Europa, la condesa escribió varias memorias, la mayoría de ellas relatos de viajes, que hoy se consideran crónicas perspicaces y coloridas de la época. Quizás el más conocido sea *La Havane*, un diario de viaje publicado en París, en 1844, como una serie de cartas escritas en 1840 durante su emotivo regreso a Cuba después de la muerte de su esposo.[105]

Las cartas 3 a 7 de *La Havane*, escritas en mayo de 1840, contienen descripciones y comentarios sobre Nueva York, donde tuvo que esperar durante varios días el barco que la llevaría a Cuba después del viaje trasatlántico desde Bristol. Esta fue la primera visita de Santa Cruz a los Estados Unidos, y sus observaciones ofrecen una visión de cómo alguien de su posición social dentro de la aristocracia terrateniente de Cuba, una clase social cada vez más vinculada a Nueva York, veía el espectáculo de la modernidad emergente y la vida urbana democrática.

Para la Condesa Merlin, no era una visión atractiva. Tuvo dificultades para encontrar alojamiento en la ciudad, y comentó que «esta ciudad es una verdadera colonia de hormigas; los hoteles están llenos. Aquí reina un movimiento general y perpetuo. Estas personas no viven, se apresuran».[106] Ella halló que la influencia de la arquitectura clásica en los edificios de Manhattan era «pretenciosa y grotesca».[107]

La condesa sí alabó los vestidos elegantes de las mujeres de Nueva York y el trabajo de las organizaciones filantrópicas en nombre de los necesitados. Pero tenía palabras duras para los valores estadounidenses y la práctica de la igualdad, que ella consideraba «una carga muy pesada». «Para satisfacer las exigencias de todos», escribió, «uno debe someterse a aflicciones insoportables».[108] Ella cuenta su viaje en tren

[105] M. de las M. de Santa Cruz y Montalvo: *La Havane*. Los tres volúmenes fueron publicados en 1844 por el mismo editor. Una traducción «suavizada», excluyendo muchas cartas, fue publicada en Madrid el mismo año que *Viaje a La Habana*. No apareció hasta 1981una traducción completa al español: Mercedes de Santa Cruz, Condesa de Merlin, *La Habana*, traducción de Amalia E. Bacardí (Madrid: Cronocolor, 1981).

[106] M. de las M. de Santa Cruz y Montalvo: *La Havane*, pp. 65-66.

[107] Ibíd., p. 75.

[108] Ibíd., p. 111.

a Filadelfia, donde tuvo que viajar en el mismo coche con «setenta u ochenta personas que mastican tabaco, escupen y huelen mal».[109] Al asistir a una actuación de la famosa bailarina de *ballet* vienesa Fanny Elssler, ella se lamentó de que no había áreas exclusivas para sentarse en el salón, lo que obligaba a sentarse entre extraños. Y lo que es peor, escribe, a la salida de la función tuvo que competir en la calle con la multitud desordenada por un carruaje disponible sin poder utilizar un sirviente o darle a alguien una propina para que le buscara uno, ya que por supuesto «un americano no debe dedicarse a servir a otro».[110] En su primera mañana en Nueva York, le pidió al gerente del hotel que le asegurara un carruaje y un lacayo para que la siguiera por la ciudad, sobre lo que cuenta: «Se rio en mi cara y me dijo que en Nueva York eso no existe; que los carruajes están ahí para todos, y que los sirvientes nunca viajan en la parte trasera, ya que cada persona puede, con facilidad, bajar la ventanilla, estirar una mano, girar la perilla y servirse».[111]

Para la Condesa Merlin, el precio de la libertad colectiva era la esclavitud individual, especialmente de los ricos, que en los Estados Unidos están «siempre oprimidos por los pobres y sometidos a la envidia de las masas. De este modo, la libertad se sacrifica por la igualdad».[112] No le gustaba lo que veía en la cultura democrática e igualitaria de Nueva York, pero tenía la incómoda sensación de estar mirando el futuro: «¿Serán estas costumbres americanas las de los pueblos del futuro? ¿Son consecuencia inevitable de los principios democráticos?», dijo.[113]

Para otra escritora cubana y visitante en Nueva York, el futuro no parecía en absoluto sombrío. La poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda fue contemporánea y admiradora de Heredia. Escribió un conmovedor elogio al enterarse de su muerte.[114] No fue hasta que ella enviudó, veinticinco años después, que finalmente visitó Nueva York y realizó la

[109] Ibíd., p. 112.
[110] Ibíd., pp. 80-81.
[111] Ibíd., pp. 72-73.
[112] Ibíd., p. 112.
[113] Ibíd., p. 127.
[114] «Cronología», en A. Cairo Ballester (ed.): *Heredia entre cubanos y españoles*, p. 252.

peregrinación a las cataratas del Niágara. Cuando Gómez de Avellaneda visitó el Niágara en 1864, al menos otros tres intelectuales cubanos sobresalientes ya habían desandado los pasos de Heredia hacia las cataratas. José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte, otro de los antiguos alumnos de Varela, realizaron el viaje durante su estadía con su maestro en Manhattan en la década de 1820. En 1848, José Jacinto Milanés, el prominente poeta matancero, también se paró en la isla Goat, frente a las cataratas.[115]

En el Niágara, Gómez de Avellaneda compuso un nuevo homenaje a Heredia. Sin embargo, no fue simplemente una invocación a la naturaleza, sino más bien un poema que concluyó con un elogio por el espíritu progresista y el desarrollo industrial de los Estados Unidos, una «joven nación», escribió ella, «que asombra al mundo, que la ve como un gigante con instituciones establecidas por la mente liberal como un modelo para el Presente».[116] En el poema, Gómez de Avellaneda pasa de admirar la naturaleza a elogiar el imponente puente colgante ferroviario que atravesaba las cataratas: «puente aéreo, indescriptible, obra humana, que busca emular la obra de Dios, [...] símbolo valiente del progreso industrial».[117]

El elogio de Gómez de Avellaneda a la tecnología y al espíritu progresista de la nueva nación americana estaba influenciado por las impresiones sobre los Estados Unidos y las cataratas, escrito por un

[115] A. Cairo Ballester: «Estados Unidos y la construcción del pensamiento cubano en el siglo XIX»; y F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 2, p. 275.

[116] G. Gómez de Avellaneda: «A vista del Niágara», p. 352. Hice una traducción libre de esas líneas del poema, convirtiéndolas en prosa.

[117] Ídem, y L. Campuzano: «Dos viajeras cubanas...», pp. 149-150. A juzgar por su descripción, el puente que inspiró a Gómez de Avellaneda fue el Railway Suspension Bridge, diseñado por John Augustus Roebling. Cuando el puente se inauguró en 1855 fue aclamado como una maravilla de la ingeniería porque duplicó la longitud de todos los puentes colgantes ferroviarios anteriores. Gómez de Avellaneda percibió exactamente lo que pretendían los constructores, un puente, como señaló William Irwin: que «coronaría el paisaje con una magnífica respuesta humana a la naturaleza» [...] una extensión del progreso y la civilización sobre el amplio paisaje». W. Irwin: *The New Niagara*, p. 32. Años después, Roebling diseñaría el puente de Brooklyn, una estructura que también sería elogiada por otro escritor cubano en Nueva York, José Martí.

antiguo colega, Ramón de la Sagra.[118] Nacido en La Coruña, España, De la Sagra se mudó a Cuba en 1823 para aceptar un puesto como director de los Jardines Botánicos de La Habana. Un hombre con una amplia gama de intereses y capacidades intelectuales, De la Sagra fue un escritor prolífico, que produjo importantes trabajos científicos sobre la agricultura, la demografía, la economía, la historia, la geografía, la horticultura, la biología, e incluso el clima de Cuba. En 1835 pasó cinco meses viajando por todos los Estados Unidos. En su meticuloso diario del viaje, publicado un año más tarde en París, expresó repetidamente su admiración por la tecnología y el progreso material que observó. Él describió en detalle las redes de transporte, las fábricas, las empresas y las instituciones públicas que visitó, mencionó cifras sobre los costes de producción, las especificaciones técnicas, la mano de obra y las ganancias. También elogió el espíritu progresista y liberal de la nueva república, especialmente evidente en Nueva York, con sus calles abarrotadas con alumbrado de gas y atestadas de comercios.[119]

De la Sagra escribió extensamente en su diario sobre las cataratas del Niágara, donde pasó varios días. Describió sus emociones ante el espectáculo natural y ofreció detalles minuciosos sobre ellos. Incluso anotó su almuerzo y las conversaciones en el hotel con Daniel Thomas Egerton, el artista británico que estaba pintando varias escenas del Niágara.[120] Pero De la Sagra no hace ni una sola alusión a Heredia en su diario de viaje, a pesar de que estaba bien familiarizado con la oda del cubano. De la Sagra era liberal y progresista, un opositor a la esclavitud y un partidario del gobierno ilustrado, pero también era español y enemigo del separatismo cubano. El historiador Ramiro Guerra y Sánchez señaló que cuando de la Sagra llegó a Cuba se convirtió en paladín de la superioridad intelectual de los españoles, deliberadamente ignorando las contribuciones que los cubanos habían hecho al arte y al avance de la ciencia.[121] El creciente reconocimiento obtenido por intelectuales exiliados, como Varela y Heredia, era irritante para los leales como De la Sagra. Cuando Heredia fue elogiado por su poesía en una revista literaria publicada en Londres por escritores

[118] M. C. Albin: *Género, poesía y esfera pública*, p. 128.
[119] R. de la Sagra: *Cinco meses en los Estados-Unidos de la América del Norte*, p. 2.
[120] Ibíd., pp. 255-267.
[121] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, pp. 312-313.

españoles exiliados, De la Sagra se encolerizó.[122] En el verano de 1829, seis años antes de su viaje a los Estados Unidos, él usó una revista que había fundado en La Habana para lanzar un ataque mordaz a la calidad de los poemas de Heredia. Para criticar al poeta por «un pobre conocimiento y uso del idioma español» y «falta de atención a la revisión», De la Sagra lo etiqueta como «un tonto que se ha propuesto escribir versos con pocas ideas sobre las cuales escribir».[123]

Para entonces, Heredia ya estaba viviendo en México, pero algunos de los poemas que De la Sagra había criticado habían sido publicados en *El Mensajero Semanal*, la revista que Saco y Varela editaban en Nueva York. Saco, consciente de lo que estaba detrás de los ataques de De la Sagra y ya molesto por la arrogancia del español hacia los intelectuales cubanos, se alzó en defensa de Heredia en *El Mensajero Semanal*, y caracterizó los ataques de De la Sagra como cobardes y solapados.[124] De la Sagra, a su vez, respondió con ataques a Saco y otros «hombres siniestros de mala fe» que buscan con su defensa de Heredia aumentar la circulación de su periódico en La Habana. También hizo referencias tácitas al contexto político de la controversia.[125] Los ataques y contraataques continuaron hasta 1830, la mayoría en las páginas de *El Mensajero Semanal*, ya que Saco reimprimía la respuesta de De la Sagra desde La Habana antes de proceder a responderla,[126] e incluso publicó varios ensayos que cuestionan las credenciales de De la Sagra como científico y naturalista. Aunque Saco tuvo cuidado de no caer en la trampa de atacar a España, las autoridades coloniales de la isla se aliaron, como era de esperar, con De la Sagra. El gobernador Claudio Martínez de Pinillos, que era amigo de De la Sagra y había patrocinado su trabajo en Cuba, prohibió la entrada por la aduana de los escritos de Saco, incluyendo *El Mensajero*.[127] Este fue uno de los factores que llevó a la desaparición de la publicación en 1831.[128]

[122] J. A. Saco: *Obras*, vol. 1, p. 308.
[123] Citado en ibíd., p. 309.
[124] Ídem.
[125] R. de la Sagra: «Carta a los editores del *Mensajero* que se publica en Nueva York», en J. A. Saco: *Obras*, pp. 310-312.
[126] Los principales textos de la controversia se reproducen en J. A. Saco: *Obras*, pp. 307-413.
[127] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 313.
[128] O. Portuondo Zúñiga: *José Antonio Saco*, pp. 70-71.

La amarga controversia Saco-De la Sagra no era, obviamente, sobre Heredia, sino sobre lo que la vida y la poesía de Heredia representaban en términos políticos: la libertad y la independencia. El escritor contemporáneo Antonio Benítez Rojo argumentó que la controversia constituye la primera serie de textos de la historia cubana en la que la crítica literaria se convierte en parte del discurso de resistencia.[129] El conflicto recibió mucha atención en La Habana y en Nueva York, porque, como señaló el historiador Ramiro Guerra y Sánchez, se «entendió que la hostilidad encubierta entre los cubanos y los españoles se manifestaba en una nueva forma y en una nueva arena».[130] Como tal, la controversia fue uno de los más importantes debates intelectuales cubano-españoles del siglo XIX, ya que fue una chispa inicial en el emergente conflicto sobre el futuro de la isla. Al originarse por la oda al Niágara de Heredia y llevarse a cabo en un periódico cubano editado en Manhattan, también representó otro episodio neoyorquino en la incesante lucha de Cuba por obtener la condición de nación.

El padre Félix Varela no regresó a Nueva York después del invierno de 1849-1850, y prefirió quedarse en San Agustín durante los tres años restantes de su vida. Si hubiera regresado a 23 Reade Street en esa primavera de 1850, habría sido recibido por una noticia extraordinaria el sábado 11 de mayo, al ver el gran titular del *New York Sun* de esa mañana: «¡SALIDA DE LA EXPEDICIÓN CONTRA CUBA!». Él habría considerado aún más extraordinaria una historia que lo acompañaba que anunciaba que «la bandera de Cuba libre» ondearía esa mañana frente a las oficinas del *Sun* en Manhattan.[131] Varela habría estudiado con gran curiosidad el dibujo y la descripción de la bandera hechos por el *Sun*. El sacerdote enfermo, el más famoso precursor del separatismo cubano y la identidad nacional, nunca había visto esta ni ninguna otra pieza de tela identificada como bandera de Cuba.

Si Varela hubiera estado en Nueva York esa mañana, tal vez su exalumno, Cristóbal Madan, ahora de unos cuarenta y cinco años de

[129] A. Benítez Rojo: «Azúcar/poder/texto», p. 104.
[130] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba,* p. 313.
[131] «*The Flag of Free Cuba*», *New York Sun*, 11 de mayo de 1850, p. 2.

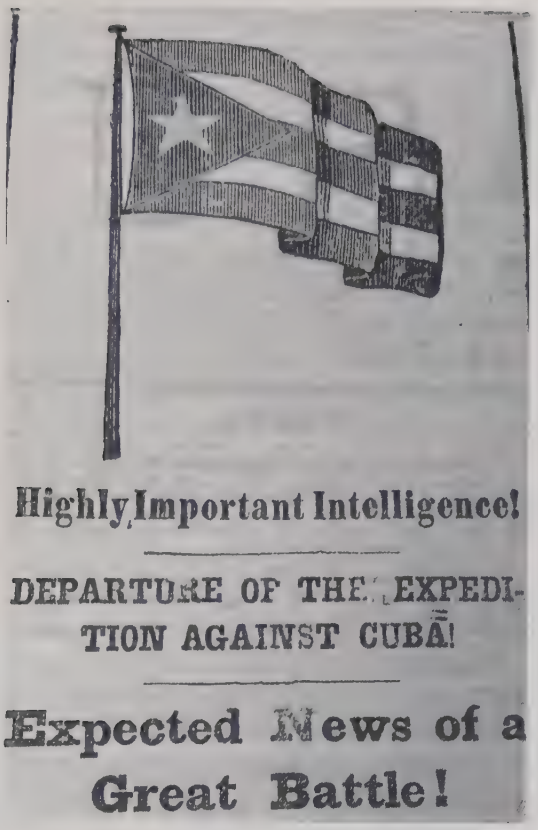
edad, hubiera pasado a recogerlo en el 23 de la calle Reade para que el sacerdote pudiera ser testigo de ese acontecimiento único: una bandera cubana ondeando en la brisa. Como lo había hecho casi treinta años antes, cuando era un adolescente que acompañaba a Varela en sus paseos por la helada South Street, Madan habría sostenido a su mentor enfermo mientras cruzaban la calle Chambers y el parque City Hall, pasando por Nassau hasta Ann Street, donde solía estar la antigua Iglesia de Cristo, en la esquina de Nassau y Fulton, la ubicación del *Sun*. Allí habrían visto no solo una bandera cubana, sino *la* bandera cubana, la que sería adoptada por el movimiento separatista y sigue siendo hasta hoy, a pesar de una turbulenta historia, la bandera de Cuba. Fue ese día, en Nueva York, que ondeó por primera vez en el mundo y según se informó fue diseñada y cosida en una casa de huéspedes de Manhattan (fig. 2.4).[132]

Varela no estuvo en Nueva York para ese hecho que marcó un hito, pero probablemente Madan sí.[133] Al mes siguiente, el 27 de junio, presentó su solicitud de nacionalidad estadounidense en el Tribunal de Manhattan. Exactamente un mes después, el 27 de julio, un empadronador asignado al Distrito Electoral Dieciocho por la Oficina del Censo de los Estados Unidos lo localizó viviendo en el área de Madison Square, que se estaba convirtiendo rápidamente en el vecindario preferido de los neoyorquinos ricos.[134] El empadronador registró su nombre como «Cristover Madden» e indicó que tenía cuarenta y cinco años, había nacido en Cuba y su ocupación era «caballero».

[132] Se ha aseverado que la bandera se enarboló por primera vez en Nueva Orleáns, pero, al parecer, no fue hasta el 26 de mayo que la bandera se mostró allí desde una ventana de las oficinas del *Daily Delta*. C. S. Urban: «A Local Study in "Manifest Destiny"», p. 44. Enrique López Mesa cita un trabajo de Cirilo Villaverde, que no he podido consultar, como fuente de las contradicciones en la ubicación de la pensión de Manhattan donde la bandera fue presumiblemente diseñada, y cosida, al identificar una ubicación en Warren Street y otra en Murray Street. E. López Mesa: *Algunos aspectos culturales*, p. 65. Juan Casasús indica que la bandera fue diseñada por López y sus colaboradores el año anterior en una reunión en la pensión de la señora Clara Levis, 39 Howard Street. J. J. E. Casasús: *La emigración cubana*, p. 41.

[133] *Soundex Index to Petitions for Naturalization*, U. S. District Court, New York, vol. 1, registro no. 217.

[134] J. Mendelsohn: «Madison Square», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York*, p. 711; y E. G. Burrows y M. Wallace: *Gotham*, p. 715.



Highly Important Intelligence!

DEPARTURE OF THE EXPEDITION AGAINST CUBA!

Expected News of a Great Battle!

Figura 2.4. La primera representación publicada de la bandera cubana, que apareció en el *New York Sun* el 11 de mayo de 1850, el día en que la bandera ondeó por primera vez en el mundo, afuera del edificio donde radicaba el periódico en las calles Nassau y Fulton. (Fuente: «The Flag of Free Cuba», *New York Sun*, 11 de mayo de 1850, p. 2).

Dirigía una gran casa familiar compuesta por su esposa, seis hijos y otras ocho personas que no eran miembros de la familia, presumiblemente sirvientes y sus hijos. Todos los sirvientes eran mujeres de entre catorce y treinta años, e incluían una mujer negra nacida en Cuba, dos mujeres inglesas y tres irlandesas (una de ellas, irónicamente, con el apellido ancestral de Madan, Madden). Todos los hijos

de Madan, hasta el más joven, un infante, fueron registrados como nacidos en Cuba.[135] Los cuatro mayores, dos varones y dos muchachas eran los hijos adolescentes de la fallecida primera esposa de Madan, María Casimira Gómez y Pastrana.[136] Los dos más jóvenes, una niña de cuatro años y el pequeño Julián, eran los hijos de su segunda esposa, Mary, registrada en el censo de 1850 como una neoyorquina oriunda de treinta años.[137]

El apellido de soltera de Mary era O'Sullivan, y era hermana de John L. O'Sullivan, un influyente demócrata de Nueva York, editor del *New York Morning News* y el mensual *Democratic Review*, y partidario acérrimo del expansionismo estadounidense.[138] En un editorial de 1845 en el *Democratic Review* sobre la anexión de Texas, O'Sullivan acuñó el término «destino manifiesto» para referirse al sentimiento expansionista que guiaría la subsiguiente adquisición de Oregón y más de la mitad del territorio de México.[139]

En 1847 O'Sullivan viajó a La Habana con el editor del *New York Sun*, Moses Yale Beach, con el propósito de reunirse en secreto con un grupo de cubanos prominentes que habían formado una organización clandestina llamada Club de La Habana.[140] Madan era uno de los miembros y, sin duda, preparó la reunión para su cuñado. Celebrada en el suntuoso Palacio de Aldama, la recién construida residencia del rico hacendado Domingo Aldama y su hijo Miguel, fue una reunión de espíritus afines. El Club había sido creado para promover la causa de la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Además de Madan y los Aldama, el Club incluía a otros cubanos adinerados como José Luis Alfonso y el conde de Pozos Dulces.[141]

De todos los movimientos que a lo largo del siglo XIX trataron de cambiar el estado colonial de Cuba, el anexionismo fue, sin dudas, el

[135] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census, New York City*, Eighteenth Ward, Second District.

[136] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 5, p. 166.

[137] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census, New York City*, Eighteenth Ward, Second District.

[138] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 21. Foner describe a O'Sullivan como «un neoyorquino que se proclama orgullosamente a favor de la esclavitud».

[139] J. W. Pratt: «The Origin of "Manifest Destiny"», pp. 797-798.

[140] H. Thomas: *Cuba, or the Pursuit of Freedom*, p. 211.

[141] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 439.

más conflictivo. Tuvo su apogeo en las décadas de 1840 y 1850; sus orígenes, así como las motivaciones de sus partidarios, eran variados y, a menudo, contradictorios. Una situación que condujo al ascenso del movimiento fue la firme negativa de España a relajar los controles coloniales y otorgar a los cubanos un papel en la determinación de los asuntos de la isla. Cuando en 1837, los representantes cubanos electos a la legislatura española fueron excluidos de participar en la asamblea, en violación de la constitución española, España estaba enviando un claro mensaje de que Cuba no era una provincia, sino una colonia.[142] De 1834 a 1848 Madrid envió a La Habana una sucesión de gobernadores autocráticos que sofocaron cualquier expresión de separatismo cubano, sin dejar lugar a dudas sobre la intención de España de mantener la isla bajo su control directo.

La intransigencia de España condujo a algunos cubanos progresistas a considerar la anexión a los Estados Unidos como una alternativa deseable frente al dominio español. Convertirse en un estado de los Estados Unidos parecía ser una vía pragmática y digna para Cuba, especialmente dada la relativa autonomía que disfrutaban los estados en el sistema federal estadounidense y el espíritu progresista de los Estados Unidos. Los que compartían este punto de vista, representaban, según el historiador Leví Marrero, una corriente «liberal» dentro del movimiento anexionista, porque veían la anexión como una manera asequible de liberar a Cuba de sus grilletes coloniales y encaminarse hacia la era moderna, «para compartir», como dijera el historiador Hugh Thomas, «la gran aventura de la empresa capitalista estadounidense».[143] Los anexionistas «liberales» incluían a algunos intelectuales y profesionales destacados, como el poeta Juan Clemente Zenea y el escritor Cirilo Villaverde.[144]

Pero para la mayoría de los historiadores, en la esencia del movimiento anexionista no había liberales ni progresistas, sino lo que Marrero amablemente llamó «anexionistas económicos».[145] El historiador Philip Foner fue mucho más franco al identificar lo que él llamó

[142] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 118; y H. Thomas: *Cuba, or the Pursuit of Freedom*, p. 209.

[143] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 154.

[144] G. E. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, p. 4.

[145] Ídem.

el motivo «sórdido» de la mayoría de los anexionistas: salvar la esclavitud.[146] Se necesitaba salvar la esclavitud porque constituía la base de la riqueza de los hacendados azucareros, y en la década de 1840 estaba bajo asedio, principalmente de los abolicionistas británicos. Los productores no tenían confianza en que el gobierno español, debilitado por un movimiento reformista liberal, resistiría mucho tiempo la agresiva campaña de los británicos contra la esclavitud.[147] Convertirse en un estado esclavista estadounidense parecía ofrecer la mejor garantía para la continuidad de la institución, ya que en ese momento los Estados Unidos se habían mostrado como un poderoso defensor de la esclavitud en su propia nación, y rechazado los esfuerzos británicos por terminarla inmediatamente.[148]

Pero las motivaciones de los anexionistas, así como su posición ante la esclavitud, eran mucho más complejas. A pesar de depender del trabajo esclavo, los hacendados como los Madan, los Aldama y los Alfonso reconocían el peligro a largo plazo para sus intereses de continuar con el comercio de esclavos. Habían sido estremecidos por una serie de rebeliones de esclavos que culminaron en una supuesta «conspiración» en 1844 que dio como resultado la ejecución de unos setenta y ocho esclavos y negros libres, el encarcelamiento de aproximadamente 1 300 (incluyendo seis blancos) y el exilio de casi quinientos.[149] Los hacendados también mantenían una vigilancia cautelosa sobre la demografía racial del auge del azúcar. El censo de 1841 mostró que entonces los blancos constituían una minoría en la isla, con una población de esclavos que ascendía a más del cuarenta y tres por ciento, más un quince por ciento adicional que se clasificaba como «libres de color».[150]

Los temores de una «africanización» de Cuba, así como la comprensión de que el régimen esclavista no podría mantenerse eternamente, llevó a los hacendados cubanos a una posición más equívoca, aunque no menos egoísta, sobre la esclavitud. Si bien se oponían con vehemencia a la abolición inmediata, favorecían la eliminación del comercio de escla-

[146] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, pp. 13-14.
[147] R. Cepero Bonilla: *Azúcar y abolición*, pp. 63-64.
[148] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 15.
[149] V. Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, p. 327.
[150] F. W. Knight: *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*, p. 22.

vos y una gradual transición al trabajo libre para «blanquear» a la población y detener lo que ellos consideraban el peligro de una creciente influencia africana. Esa estrategia, razonaban, sería mejor cumplida por la anexión.[151] No solo estaban los Estados Unidos en mejor posición para defender la continuidad de la esclavitud, sino que eran un modelo de cómo la esclavitud podría sobrevivir a la abolición de la trata de esclavos. En resumen, la anexión era lo que les ofrecía mayor seguridad.

Aunque los anexionistas estaban dispuestos a apoyar expediciones militares a Cuba para lograr sus objetivos, sus instintos como propietarios también los llevaron a seguir una alternativa menos destructiva: la compra de Cuba por el gobierno de los Estados Unidos. Ese era el propósito de la reunión clandestina que el Club de La Habana celebró en el Palacio de Aldama con O'Sullivan y Beach.

Ambos estadounidenses regresaron de La Habana comprometidos con la anexión de la isla. Como periodista, Beach optó por hacerla una causa pública, y el *Sun* se convirtió en el abanderado de la anexión de Cuba a los Estados Unidos. O'Sullivan, sin embargo, inmediatamente procedió a utilizar sus contactos en Washington para influir discretamente en favor de la compra de Cuba. Él fue persistente en sus esfuerzos; ya que era partidario tanto del expansionismo, como de la esclavitud, O'Sullivan defendió la causa de la anexión de Cuba como estado esclavista.[152] Estableció comunicación directa sobre el asunto con el presidente James Polk, el secretario de Estado James Buchanan y el senador Stephen Douglas, un defensor del expansionismo.[153] Los esfuerzos de O'Sullivan culminaron en una reunión con Polk y Douglas en la Casa Blanca el 10 de mayo de 1848, en la que O'Sullivan presentó los beneficios de anexarse a Cuba para los Estados Unidos. El presidente fue receptivo, pero no se comprometió con ningún curso de acción.

En Nueva York, el cuñado de O'Sullivan y otros partidarios del anexionismo promovían su causa públicamente. Además de Madan, la otra figura importante del anexionismo cubano en la ciudad fue Gaspar Betancourt Cisneros, el mismo hombre que hacía casi tres décadas se había unido a José Aniceto Iznaga en la misión de reunirse

[151] G. E. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, p. 7.
[152] R. D. Sampson: *John L. O'Sullivan*, p. 227.
[153] H. Thomas: *Cuba, or the Pursuit of Freedom*, pp. 211-212.

con Bolívar, y que, repetida e infructuosamente, visitó el 23 Reade Street para pedirle a Varela que se uniera a la causa anexionista. El sacerdote se negó porque estaba de acuerdo con su antiguo colaborador, José Antonio Saco, que en ese momento vivía en París, quien había escrito un ensayo oponiéndose al anexionismo en 1848, con el argumento de que Cuba sería absorbida por los Estados Unidos, destruida la cultura cubana y la identidad nacional.[154] Además, no era probable que Varela se hubiese unido a ningún movimiento concebido para preservar la esclavitud.

Betancourt Cisneros discutió con su amigo Saco, al tomar una posición pragmática hacia el movimiento: «el anexionismo es un cálculo, y de ningún modo un sentimiento».[155] Betancourt Cisneros tenía una larga historia de activismo en nombre del separatismo cubano. Recibió la mayor parte de su educación en los Estados Unidos y se mudó a Nueva York cuando las autoridades españolas lo desterraron y le confiscaron sus propiedades.[156] En 1847, junto con Madan y su antiguo amigo José Aniceto Iznaga, Betancourt Cisneros formó en Nueva York el Consejo de Cuba para apoyar en los Estados Unidos el trabajo del Club de La Habana.[157]

Uno de los esfuerzos más notables de los anexionistas en Nueva York fue el establecimiento de un periódico bilingüe a favor del anexionismo, *La Verdad*, que apareció cada dos semanas desde 1848 hasta 1853. Se imprimía en el *Sun* y la editora era una tal Cora Montgomery, el seudónimo de una pariente de Moses Yale Beach, la señora W. L. Cazneau, quien también era la dueña de la casa de huéspedes en Manhattan donde vivía Betancourt Cisneros.[158] *La Verdad* tenía objetivos bien definidos, señalados en uno de sus documentos fundacionales: (1) un futuro democrático para Cuba; (2) la necesidad de la anexión a los Estados Unidos; (3) lograr la anexión, preferiblemente, de manera pacífica mediante una «indemnización justa y generosa»,

[154] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, pp. 166-167.
[155] Citado en ibíd., p. 152.
[156] E. Roldán Oliarte (ed.): *Cuba en la mano: Enciclopedia popular ilustrada*, p. 821.
[157] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 443.
[158] H. Portell Vilá: *Historia de Cuba*, vol. 1, p. 368.

pero si ello no fuera posible, mediante el uso de la fuerza; (4) no abordar debates sobre cambios en el sistema de la esclavitud; y (5) eliminar el comercio de esclavos y fomentar la colonización blanca.[159]

La Verdad era, claramente, un periódico apoyado por anexionistas adinerados y producido por y para las élites y los intelectuales. Era la voz de un movimiento y no una empresa comercial, prácticamente no tenía anuncios y era distribuido gratuitamente a los lectores. Por lo general, *La Verdad* tenía cuatro páginas más un suplemento en inglés, todo ello atestado de largos espacios en letra pequeña a favor de la anexión. Los artículos usualmente no estaban firmados, tal vez fueron escritos por Madan, Cisneros Betancourt o el poeta Miguel Teurbe Tolón. La mayoría de los artículos realzaban las ventajas para los Estados Unidos de la anexión de Cuba, y presentaban información económica y geográfica sobre la isla. Otros artículos eran réplicas a los enemigos de la causa. En el número del 15 de diciembre de 1851, por ejemplo, toda la primera página estaba dedicada a un largo artículo en respuesta a una carta abierta enviada a los cubanos por la reina de España.[160] En 1852 varios números estuvieron dedicados principalmente a responder los argumentos de Saco contra la anexión.[161]

Mientras tanto, los esfuerzos de cabildeo de John O'Sullivan en Washington habían dado frutos. El presidente Polk ordenó a su embajador en Madrid que ofreciera al gobierno español cien millones de dólares por Cuba. El ministro español de Relaciones Exteriores rechazó la oferta y replicó que «antes de ver a la isla transferida a otro poder, su gobierno preferiría verla hundirse en el océano».[162]

El fracaso en comprar a Cuba desplazó el énfasis hacia la campaña para liberarla de España por la fuerza. En el centro de ese movimiento estaba un oficial del ejército español nacido en Venezuela y

[159] Estas cuestiones no aparecieron en el periódico en sí, sino en un documento interno encontrado y examinado en el Museo Nacional de Cuba por el historiador Herminio Portell Vilá y reproducido en el volumen 2 de su obra en tres volúmenes, *Narciso López y su época*, pp. 445-446.

[160] «Contestación de los cubanos a la carta autógrafa que la reina de España les dirigió con fecha 8 de octubre de 1851», *La Verdad*, 15 de diciembre de 1851, p. 1.

[161] Esas fueron las ediciones del 20 de enero, 10 y 20 de febrero y 30 de marzo de 1852.

[162] H. Thomas: *Cuba, or The Pursuit of Freedom*, p. 214.

estacionado en Cuba nombrado Narciso López, quien tenía conexiones en la isla con muchos anexionistas acaudalados. En mayo de 1848 los planes de López para dirigir una revuelta armada contra los españoles se vieron frustrados y tuvo que huir de la isla. Llegó a Nueva York en julio de ese mismo año con la intención de recaudar los fondos necesarios para organizar una campaña armada en la isla. Tal campaña, sin embargo, tendría que realizarse con mercenarios. Los anexionistas cubanos eran hombres de capital, no hombres de armas. El Club de La Habana prometió ochenta mil pesos si López podía organizar un ejército de mil quinientos hombres.[163] Con la ayuda de Cristóbal Madan, López tuvo la ventaja de una excelente reserva disponible para reclutamiento en los Estados Unidos: los veteranos de la Guerra Mexicana que acaba de concluir y que estaban ansiosos por continuar la aventura de cumplir el «destino manifiesto» de los Estados Unidos.[164] López les ofreció su paga regular del Ejército de los Estados Unidos y un bono de mil dólares y algunas tierras en Cuba después de obtener la victoria. Para conducir lo que era esencialmente un ejército de estadounidenses, López intentó reclutar a dos generales del sur, veteranos de la Guerra de México: Jefferson Davis y Robert E. Lee, pero ambos lo rechazaron.[165]

López terminó tomando él mismo el mando de la expedición, solo que nunca llegó a Cuba. Su área de Preparación, Round Island en Luisiana, fue bloqueada por la Marina de los Estados Unidos y los hombres que se habían reunido allí fueron dispersados. Además, dos buques expedicionarios cargados con municiones y suministros que estaban atracados en Manhattan y Staten Island fueron confiscados por orden del fiscal de los Estados Unidos en Nueva York.[166] Esas acciones federales preventivas en septiembre de 1849 habían sido ordenadas por Zachary Taylor, el nuevo presidente estadounidense, que, a pesar de ser un sureño propietario de esclavos, no tenía interés

[163] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 450.
[164] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 159.
[165] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 450.
[166] A. R. de la Cova: *Cuban Confederate Colonel: The life of Ambrosio José González*, pp. 25-26.

en involucrar a su país en un conflicto con España.[167] Consciente de que había planes en marcha para organizar en suelo estadounidense una expedición de nativos, emitió el 11 de agosto una orden ejecutiva que anunciaba que los ciudadanos de Estados Unidos que participaran en cualquier acción que violara sus leyes y los compromisos de los tratados se enfrentarían a graves cargos penales y perderían todo derecho a que su gobierno intercediera para protegerlos.[168]

López se mantuvo imperturbable. Comenzó a planificar su próxima expedición, pero descubrió que, a fines de 1849, el apoyo de muchos anexionistas cubanos a un conflicto armado había disminuido. Un factor fue la posición del presidente Taylor en contra de cualquiera participación estadounidense. Pero lo más importante era que los acontecimientos políticos en España hacían menos probable que se aboliera la esclavitud en sus colonias. Los movimientos domésticos progresistas habían sido sofocados y las relaciones con Gran Bretaña habían mejorado, con lo que virtualmente se eliminaron las presiones antiesclavistas sobre el gobierno de Madrid. Los hacendados cubanos podían sentirse más seguros de que su *modus vivendi* seguiría estando protegido bajo el dominio español. Como señaló el historiador Ramiro Guerra y Sánchez, el «espíritu conservador de los hacendados prevaleció una vez más, [...] llevando a la mayoría de ellos a dejar a un lado el arriesgado recurso de alcanzar la anexión por medios violentos».[169] Algunos, en el Club de La Habana incluso, empezaron a buscar soluciones para los problemas cubanos que no implicaran la separación de España.

En ese contexto, la insistencia de López en organizar otra expedición llevó a desavenencias entre los anexionistas de Nueva York. El plan de López de llevar una guerra a Cuba era apoyado por el escritor Cirilo Villaverde, quien había llegado recientemente a Nueva York después de escapar de una prisión cubana; Juan Manuel Macías, un joven neoyorquino de Matanzas, que seguiría siendo muchos años después habitual en la política de los emigrados en Nueva York, y José

[167] H. Thomas: *Cuba, or The Pursuit of Freedom*, p. 214.
[168] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 160.
[169] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 452.

Sánchez Iznaga, sobrino de José Aniceto Iznaga.[170] También se unió a López, Ambrosio José González, que había sido enviado a los Estados Unidos el año anterior por el Club de La Habana para promover la opción militar, y se había convertido en un apoyo leal para López.[171] González había sido educado en el Instituto Francés en Manhattan, donde estuvo inscrito desde 1828 hasta 1832.[172]

Opuestos a una nueva iniciativa militar por parte de López estaban los vinculados estrechamente con los intereses de los hacendados y el Club de La Habana: Madan, José Aniceto Iznaga, el poeta Miguel Teurbe Tolón y Betancourt Cisneros.[173] Ellos formaron una nueva organización, mientras el grupo de López formó la suya. Quizás fuera la primera vez, pero ciertamente no la última, en que los emigrados cubanos en Nueva York se dividieron en facciones rivales.

El grupo Madan se unió en una campaña a favor de la anexión dirigida a la opinión pública de los Estados Unidos. Además de la edición de *La Verdad*, colaboró con simpatizantes estadounidenses al publicar folletos y octavillas que realzaban la riqueza de recursos de Cuba y las ventajas que los Estados Unidos derivarían de su anexión. Un ejemplo fue el pequeño libro titulado *Cuba and the Cubans*, escrito por Richard Burleigh Kimball, publicado por George Putnam en la imprenta de Samuel Hueston en 139 Nassau Street.[174] Kimball, un escritor neoyorquino, ecléctico y prolífico de relatos de viajes y novelas triviales, había publicado previamente un diario de viaje cubano. En *Cuba and the Cubans* apoyaba la anexión, principalmente por razones económicas, y presentaba datos sobre el valor de las exportaciones e importaciones de Cuba, y concluía que: «[...] las ventajas que los Estados Unidos pueden obtener por la anexión de Cuba son incalculables. Si la anexión se estableciera plena y libremente, Cuba sería tan valiosa para esta confederación como el mismo Nueva York».[175]

[170] Ídem.

[171] G. de Quesada: *Páginas escogidas*, p. 219; y J. J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 409.

[172] A. R. de la Cova: *Cuban Confederate Colonel: The life of Ambrosio José González*, p. 3.

[173] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 452.

[174] R. B. Kimball: *Cuba and the Cubans*.

[175] Ibíd., p. 194.

La conexión de Kimball con Madan y su grupo quedó clara en el apéndice del libro, una respuesta de cuatro páginas a los argumentos antianexionistas de Saco, escrita por un tal León Fragua de Calvo, seudónimo utilizado por Cristóbal Madan.

Después de perder el respaldo de los cubanos más ricos de Nueva York, Narciso López abandonó la ciudad, acompañado por Ambrosio José González, y se fue a Washington, luego a Luisiana y a Mississippi, con la esperanza de obtener apoyo entre los sureños interesados en sumar a Cuba como estado esclavista. En esta tarea tuvo la ayuda de John O'Sullivan, que le organizó reuniones con los políticos del sur y los veteranos de la guerra mexicana. Pero Cristóbal Madan estaba utilizando sus propios contactos secretamente para socavar los esfuerzos de López. Cuando O'Sullivan se enteró, se sintió profundamente traicionado por su cuñado.[176]

López contó con la ayuda del gobernador John Quitman de Mississippi, un veterano de la guerra mexicana que casi renunció a la cámara estatal en Jackson para dirigir la campaña militar a Cuba. Mediante la emisión de bonos y otros esfuerzos para la recaudación de fondos entre los caballeros del sur con recursos y deseosos de invertir en la empresa potencialmente rentable de la anexión de Cuba, López logró juntar suficientes recursos y hombres para equipar no solo una, sino dos expediciones consecutivas.[177] La primera, en mayo de 1850, fue la anunciada por el *Sun*, el día que Moses Yale Beach enarboló la bandera cubana por primera vez afuera del edificio de su periódico. A pesar del optimismo del *Sun* sobre el éxito de la expedición, esta no logró desalojar a los españoles de Cuba.[178] López consiguió, de hecho, capturar la ciudad de Cárdenas, donde había desembarcado, pero finalmente tuvo que irse de Cuba cuando los españoles enviaron refuerzos a la ciudad.

[176] A. R. de la Cova: *Cuban Confederate Colonel*, p. 30.

[177] W. Fletcher Johnson: *The History of Cuba*, vol. 3, p. 66.

[178] Después de estar imprimiendo informes durante varios días que relataban el éxito abrumador de la expedición, el *Sun* tuvo que admitir el 30 de mayo que el relato de la llegada de López era incorrecto, pero expresó que «el movimiento cubano todavía no ha llegado a su fin». *New York Sun*, 30 de mayo de 1850, p. 2.

Tan pronto como regresó a Nueva Orléans, el infatigable López comenzó a planear su próxima campaña militar. Como parte de ese esfuerzo, John O'Sullivan compró en Nueva York un vapor, apenas apto para navegar, nombrado *Cleopatra*, que serviría de buque insignia de la nueva expedición. El plan era que dos barcos más pequeños salieran de Manhattan y South Amboy, Nueva Jersey, se reunieran con el *Cleopatra* en Sandy Hook, en el Lower New York Harbor, y continuaran hacia el sur. Debido a que esta expedición se estaba organizando principalmente en Nueva York, la mayoría de los hombres reclutados para ello eran exiliados europeos que vivían en la ciudad, especialmente veteranos alemanes y húngaros. O'Sullivan también reclutó para la campaña a un joven llamado Henry Burtnett, quien tenía una farmacia en la esquina de St. Mark's Place y Third Avenue. Burtnett se implicó en todos los aspectos de la operación, incluyendo reuniones clandestinas y sesiones de entrenamiento militar realizadas en el bajo Manhattan.[179]

Burtnett resultó ser un informante, que, en el momento crítico, alertó a las autoridades estadounidenses y españolas. El 24 de abril de 1851, los agentes federales confiscaron los barcos mientras aún estaban en el puerto, incluido el *Cleopatra*, que debía haber salido antes que los demás, pero se retrasó porque su tripulación estaba borracha, debido a una salida nocturna a la ciudad y exigieron que les pagaran para que la nave pudiera partir.[180]

Al día siguiente, el sucesor del presidente Taylor, Millard Fillmore, reafirmó la política de la Casa Blanca en contra de la participación estadounidense en conflictos extranjeros, al caracterizar las expediciones a Cuba como «aventuras de rapiña y saqueo», y al advertir a todos los individuos involucrados en ellas que sus acciones eran ilegales, serían juzgadas y el gobierno estadounidense no intervendría para protegerlos.[181]

[179] T. Chaffin: *Fatal Glory: Narciso López and the First Clandestine U. S. War against Cuba*, p. 184.

[180] Ibíd., p. 193.

[181] J. I. Rodríguez: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba á los Estados Unidos de América*, pp. 155-157.

Basado en la Ley de Neutralidad, un gran jurado federal de Nueva York acusó a O'Sullivan y varios de sus asociados. Un año más tarde, después de un juicio anulado, todos los cargos fueron retirados. El incidente dio al traste con los sueños de O'Sullivan de anexionarse a Cuba. Su biógrafo, Robert D. Sampson, señala que a pesar de este «roce con el desastre y casi descrédito», el bien conectado neoyorquino se recuperó de inmediato, para ocupar el estupendo cargo de vicepresidente de la Asociación Ferroviaria de Broadway.[182]

Desde Nueva Orleáns, López organizó una última expedición. A principios de agosto de 1851 partió a Cuba a bordo del barco *Pampero* con cerca de cuatrocientos hombres. La mayoría eran estadounidenses, con un regimiento de cubanos y algunos alemanes y húngaros.[183] Un regimiento de artillería de estadounidenses estaba comandado por el coronel William S. Crittenden de Kentucky, graduado de West Point y veterano de la guerra mexicana, que trabajaba en la aduana de Nueva Orleáns.[184] Después de una serie de errores e infortunios, la expedición llegó a la costa noroeste de Cuba, donde las fuerzas españolas finalmente capturaron a la mayoría, incluyendo a López. El gobernador español, agotada su paciencia con las expediciones de López y envalentonado por la declaración de Fillmore, ordenó la ejecución sumaria de López y cincuenta estadounidenses, incluido Crittenden.[185]

Las ejecuciones provocaron una ola de protestas callejeras en varias ciudades de los Estados Unidos.[186] En Nueva York, se llevó a cabo una manifestación grande y clamorosa en el City Hall Park. El *New York Herald* calculó la multitud en más de ocho mil.[187] En Nueva Orleáns, el consulado español fue saqueado y quemado.[188] A pesar de la indignación, y aunque Crittenden era sobrino del fiscal general de Fillmore, el presidente se mantuvo en su declaración original de

[182] R. D. Sampson: *John L. O' Sullivan*, p. 218.

[183] V. Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, p. 130; y W. Fletcher Johnson: *The History of Cuba*, vol. 3, pp. 93-95.

[184] T. Chaffin: *Fatal Glory*, p. 199.

[185] J. I. Rodríguez: *Estudio histórico...*, pp. 452-453.

[186] «Affairs of Cuba», *New York Herald*, 26 de agosto de 1851, p. 1.

[187] «Movements and Meetings in the United States», *New York Herald*, 27 de agosto de 1851, p. 1.

[188] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 458.

que no intervendría a favor de los expedicionarios. Un año después, el gobierno español perdonó a los 135 miembros de la expedición que habían sido encarcelados en Ceuta, una cárcel española en el norte de África. A cambio, los Estados Unidos indemnizaron a los españoles por las pérdidas en su legación de Nueva Orleáns.[189]

Ambrosio José González, el leal ayudante de López, había estado enfermo y no participó en esa última expedición fatal. Se instaló en Charleston, donde se casó, y entró a una destacada familia de colonos de Carolina. Más tarde, se unió al ejército confederado como coronel bajo el mando de un antiguo compañero de clase en el Instituto Francés en Manhattan, el general P. T. G. Beauregard.[190] Después de la guerra, sin dinero, se mudó a Nueva York y murió en 1893 en el Hogar para Incurables (ahora St. Barnabas Hospital) en el Bronx.[191] Está enterrado en el Cementerio de Woodlawn.

La muerte de Narciso López no terminó con el movimiento anexionista. Este continuó en Nueva York durante varios años después, a medida que más cubanos, perseguidos por la represión desatada por los españoles, llegaban a la ciudad. Pero comenzó a decaer alrededor de 1855 después de que muchos de sus defensores se dieron cuenta de que el gobierno de los Estados Unidos no estaba dispuesto a arriesgar sus relaciones con Europa por anexar a Cuba y que seguiría oponiéndose a la preparación de expediciones desde su propio territorio.[192] El movimiento ya no existía en la época de la guerra civil estadounidense.

Durante el resto del siglo, Nueva York fue el escenario de muchas otras actividades y movimientos de los emigrados revolucionarios, la mayoría de ellos procuraban nada menos que la soberanía e independencia total de Cuba. Esos revolucionarios nacionalistas, así como generaciones de historiadores cubanos, mirarían hacia los anexionistas con desprecio debido a su disposición a sacrificar la independencia en

[189] T. Chaffin: *Fatal Glory*, pp. 217-218. El Congreso no asignó realmente el dinero de la indemnización hasta marzo de 1853.

[190] A. R. de la Cova: *Cuban Confederate Colonel*, p. 3, y G. de Quesada: *Páginas escogidas*, p. 222.

[191] A. R. de la Cova: *Cuban Confederate Colonel*, p. 361; y G. de Quesada: *Páginas escogidas*, p. 223.

[192] G. E. Poyo: «*With All, and for the Good of All*», p. 15.

defensa de sus estrechos intereses económicos elitistas. No es una descripción injusta. Pero las actividades de los anexionistas en Nueva York marcaron el inicio de los esfuerzos organizados por parte de los cubanos en la ciudad para llevar a cabo cambios en su tierra natal.

El año anterior a la última e infortunada expedición de López, el gobernador de Cuba, Federico Roncali, conde Alcoy, estaba tratando de mantener una vigilancia atenta sobre los cubanos problemáticos. El nombre de Cristóbal Madan seguía apareciendo conectado con el movimiento anexionista pero el conde estaba confundido. Sabía que una familia Madan tenía propiedades en Matanzas, pero no lograba averiguar dónde vivía Cristóbal Madan. El 8 de marzo de 1850, Alcoy envió una carta a su subordinado, el brigadier general de la provincia de Matanzas, que solicitaba cualquier información que pudiera tener sobre los Madan. Preguntó específicamente si un tal don Cristóbal en los Estados Unidos estaba relacionado con los de Matanzas, «desde qué fecha ha estado ausente y por qué motivo», y cualquier información sobre la familia, «su ocupación, bienes y conducta».[193] La respuesta desde Matanzas proporcionó al conde una historia detallada de los Madan, que confirmaba que eran dueños de propiedades en esa provincia, pero que también habían establecido residencia en La Habana, su relación a través del matrimonio con los Alfonso de la capital, dando fe del «buen comportamiento de los Madan en la conducción de sus asuntos públicos y privados».[194] Con relación a Cristóbal, el funcionario de Matanzas afirmó desconocer su paradero, y agregó que, si reside en los Estados Unidos, debe ser porque «se casó en segundas nupcias con una viuda de ese país, o porque le conviene vivir donde adquirió su educación».[195]

No es sorprendente que las autoridades españolas en Cuba estuvieran confundidas sobre el paradero de Madan. La respuesta correcta a la indagación del conde era que en 1850 Cristóbal vivía entre Nueva York y La Habana, y pudiera probablemente encontrarse también

[193] C. M. Trelles y Govín: *Matanzas en la independencia de Cuba*, pp. 101-102.
[194] Ibíd., p. 102.
[195] Ídem.

ocasionalmente en el ingenio de su familia en Matanzas. Quizás fuera la discreción de Madan en Nueva York (que firmaba sus folletos políticos con seudónimos), o su posición principalmente como un rico hacendado y no un escritor, lo que le valió el privilegio de llevar una verdadera vida transnacional, dividiendo su tiempo entre Cuba y su hogar cerca de Madison Square. A diferencia de Varela, Heredia y otros que eran exiliados expulsados de Cuba, en 1850 Cristóbal Madan podía estar un día en Nueva York realizando negocios, promoviendo la causa y solicitando la ciudadanía estadounidense, y días más tarde, estar en La Habana asistiendo al nacimiento o bautismo de su hijo Julián, acompañando a su cuñado y otros anexionistas a una reunión en casa de los Aldama, o supervisando las operaciones en el ingenio de su familia en Matanzas.

Cristóbal Madan no era el único. Nueva York comenzó a recibir más y más cubanos capaces de vivir una vida transnacional, quienes aprovechaban el tráfico entre South Street y los puertos cubanos para cimentar lazos de negocio, profesionales, familiares y políticos en ambos lugares. A mediados del siglo XIX, Nueva York se convirtió en un sitio de confluencia para los cubanos, una zona de mucho tráfico para élites transnacionales, activistas políticos, intelectuales, exiliados y viajeros. Se había convertido en la comunidad más grande e importante de cubanos fuera de la isla.

Sin embargo, el movimiento anexionista fue una señal de lo que vendría a medida que el Nueva York cubano resultara afectado cada vez más por el conflicto emergente entre cubanos y españoles sobre el futuro de la isla, a medida que surgieran otros movimientos separatistas y España los enfrentara con mayor represión. Incluso Cristóbal Madan, que trató de mantener un perfil bajo, vio su vida transnacional interrumpida a raíz de la respuesta de España a la amenaza anexionista. Un año después de la debacle de la última expedición de López, el gobierno español sentenció *in absentia* a las principales figuras del movimiento anexionista en Nueva York, entre ellos Gaspar Betancourt Cisneros, Cirilo Villaverde, Juan Manuel Macías, Ambrosio José González y Madan. Cristóbal fue condenado a diez años de exilio supervisado en España. Joaquín Madan viajó desde Matanzas a La Habana para rogar a las autoridades que se levantara la senten-

cia contra su hijo para que pudiera regresar a Cuba. Sin embargo, según un historiador, el registro muestra que el 19 de marzo de 1852, Cristóbal Madan fue arrestado en La Habana y detenido en la fortaleza de La Cabaña. Sin tener en cuenta la ciudadanía estadounidense de Madan, el general José de la Concha, gobernador español, ratificó la sentencia el 5 de junio, y el hombre que una vez había sido el adolescente «cónsul cubano no oficial» en South Street, que había dado la bienvenida a Varela y Heredia a Manhattan, fue desterrado a España.[196]

[196] V. Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana,* vol. 2, p. 152; y H. Portell Vilá: *Historia de Cuba,* vol. 1, p. 455. Aunque Madan es una figura importante en el desarrollo del Nueva York cubano, yo no conozco ninguna biografía, ni siquiera una cronología de su vida. Tenemos noticias de él únicamente cuando su vida se cruza con sucesos importantes o figuras históricas. No está claro con exactitud cuán larga fue su permanencia en España en el exilio, pero posteriormente regresó a Nueva York.

3
Una comunidad emergente y un activismo creciente

En Cuba, hasta donde sé, es donde se puede encontrar el mayor número de cubanos; pero aparte de Cuba en ninguna otra parte hay más cubanos que en los muelles de Columbia *o* Marion *en días de navegación. Alguien dijo que pareciera que Nueva York es un barrio de La Habana, y no podría estar en desacuerdo.*

Simón Camacho: *Cosas de los Estados Unidos,* p. 205.

En la madrugada del lunes 17 de febrero de 1845, los caminantes por Barclay Street, entre Church y West Broadway, escucharon fuertes ruidos en el tejado de la casa de huéspedes en el número 58. Al mirar hacia arriba, vieron a un hombre vestido con pantalones bombachos, camisa y calcetines, sentado en la parte superior de la ventana de una buhardilla, agitando sus brazos como un loco y gritando incoherentemente. Aquellos que se quedaron merodeando para ver el espectáculo se horrorizaron cuando el hombre de repente se lanzó del techo de la estructura de tres pisos, a una distancia de sesenta pies, y aterrizó de cabeza en el bordecillo de la acera para morir instantáneamente.[1] La prensa de Nueva York se interesó en la tragedia cuando se supo que la víctima era Gonzalo Aldama, un miembro de una familia cubana muy adinerada, un joven, observó el *New York Herald*, «con brillantes perspectivas ante él».[2] Su suicidio fue difícil de entender. La explicación inicial que planteó el *Brooklyn Daily Eagle*, fue que Gonzalo sufría de demencia temporal, causada por un rayo que cayó muy cerca

[1] «Death by Jumping or Falling from a Roof», *New York Daily Tribune*, 18 de febrero de 1845, p. 2, y «Melancholy Suicide», *New York Evening Post*, 17 de febrero de 1845, p. 2.

[2] «City Intelligence», *New York Herald*, p. 2.

de él, en la noche del sábado.[3] En la casa de huéspedes se comportó de manera errática durante todo el domingo, hasta violentamente, mientras que otros huéspedes intentaban controlarlo. Incluso intentó cortarse la garganta con una navaja.[4]

Tras una investigación ulterior, el *New York Herald* llegó a la conclusión de que no había sido un rayo, sino un amor imposible lo que había golpeado fatalmente al joven Aldama.[5] Gonzalo se había enamorado en La Habana de una mujer hermosa, encantadora y educada, algo mayor que él, pero por debajo del estatus social de su familia. Su padre no aceptaba la idea de que Gonzalo se casara con la mujer y lo envió a Nueva York, aparentemente para estudiar medicina. Según todos los informes, Gonzalo llegó a la ciudad con la intención de olvidar a la mujer. Fue visto con frecuencia en el teatro, la ópera y los salones de baile. Pero ni siquiera los mejores entretenimientos de Manhattan lograron hacerlo olvidar. Escribió repetidamente a su padre, suplicándole el permiso para casarse con la mujer. Unos días antes de su suicidio, recibió la decisión irrevocable de su padre: Gonzalo no podría regresar a Cuba hasta que renunciara a sus intenciones románticas. El reportero del *Herald* concluyó que «el temperamento cálido, apasionado e impetuoso del español ya no podía sufrir más y, por lo tanto, resolvió poner fin a sus dificultades».[6]

El padre de Gonzalo era Domingo Aldama y Aréchaga, uno de los hombres cubanos más ricos.[7] Nacido en España en una familia de escasos recursos, emigró a Cuba decidido a tener éxito en el creciente negocio del comercio de la isla. Eventualmente logró suficiente éxito como para casarse con una de las hijas de su patrón, Gonzalo Alfonso, un aristócrata, comerciante y dueño de ingenio, que había trabado amistad con el joven inmigrante emprendedor y le introdujo en los niveles superiores de la sociedad cubana.[8] Domingo sacó el mayor partido de su nueva posición social y pronto amasó una fortuna en

[3] «Suicide», *Brooklyn Daily Eagle*, 18 de febrero de 1845, p. 2.
[4] «City Intelligence», *New York Herald*, p. 2.
[5] «Sane and Suicide: Romance in Real Life», *New York Herald*, 19 de febrero de 1845, p. 2.
[6] Ídem.
[7] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, p. 29.
[8] J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, p. 6.

el negocio en auge del azúcar y los esclavos. Muchas de sus primeras inversiones fueron en el comercio de esclavos, para apoyar expediciones a África para abastecer de trabajo a los ingenios azucareros de su suegro.[9] Con el tiempo, Domingo Aldama adquirió sus propios ingenios, así como una participación mayoritaria en los principales ferrocarriles y compañías de seguros de la isla.[10] Construyó una casa palaciega en La Habana, la primera residencia edificada fuera de los muros de la ciudad.[11] El Palacio de Aldama, tal como era llamado, sigue en pie y es considerado «el edificio más admirado del siglo XIX en La Habana».[12] Fue allí donde, dos años después del suicidio de Gonzalo, Domingo y su otro hijo, Miguel, acogieron la reunión entre los miembros del Club de La Habana y los estadounidenses John O'Sullivan y Moses Yale Beach.

Miguel fue nombrado heredero de la fortuna familiar. Había sido un buen estudiante, un hijo obediente y un gestor responsable, y se casó con una mujer de una destacada familia. Su hermano Gonzalo, por el contrario, era problemático y rebelde, y tenía la intención de casarse irreflexivamente. Así que Gonzalo fue expulsado, ni a España, donde nació Domingo, ni a Francia o Inglaterra, ni a México u otro país latinoamericano cercano. Fue enviado a Nueva York, donde los Aldama vendían su azúcar y compraban prácticamente todo lo que necesitaban para habilitar su nuevo palacio en La Habana.[13] Además, Gonzalo ya estaba familiarizado con Nueva York. En 1836, acompañado por su hermano Miguel y su primo Gonzalo Alfonso, todos adolescentes, visitó Manhattan, adonde llegó el 24 de mayo a bordo del *Norman* desde La Habana.[14]

9 A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, p. 24.

10 J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, p. 8.

11 A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, p. 25.

12 M. L. Lobo Montalvo: *Havana: History and Architecture of a Romantic City*, p. 133.

13 No encontré ninguna evidencia en los Moses Taylor Papers de que los Aldama llevaran a cabo negocios con la firma Taylor al iniciar su recompensa. Hacia 1868, sin embargo, Miguel Aldama tenía una cuenta con Moses Taylor, que utilizó en el verano de ese año para viajar a Saratoga y al Niágara. Carta de Miguel Aldama a Moses Taylor and Company, 26 de agosto de 1868, caja 305, Moses Taylor Papers.

14 *New York, 1820-1850 Passenger and Immigration Lists*. El primo que viajó con ellos, Gonzalo Alfonso, también tuvo una muerte prematura en París, dos años antes

La historia de Gonzalo Aldama se repitió a lo largo del siglo XIX: Nueva York como lugar de refugio, exilio, destierro o escape para los cubanos. El centro comercial en el Hudson se convirtió en ese mundo fuera de la isla donde los cubanos iban a adquirir una educación, una oportunidad y una riqueza, a comenzar una nueva vida u olvidar una antigua, para evadir la autoridad real, tramar una revolución, experimentar la libertad, comprar y vender. Muchas de esas historias, como la de Gonzalo, terminaron trágicamente. Otras estuvieron cargadas de heroísmo y sacrificio, y otras de oportunismo y mendacidad. Pero todas representaron los pilares de una comunidad neoyorquina que, a mediados del siglo XIX, atraía a un número creciente de cubanos a medida que la isla caía en las tumultuosas décadas que cerrarían el siglo y definirían la identidad y la nacionalidad cubanas.

Aunque a mediados del siglo XIX Nueva York se había convertido en un destino privilegiado para cubanos emigrantes y de paso, la población de cubanos residentes era todavía relativamente pequeña, aun en el apogeo del movimiento anexionista. En 1850, el año del primer censo decenal de los Estados Unidos que inquiría el lugar de nacimiento, había 231 personas nacidas en Cuba que vivían donde ahora hay cinco distritos, 207 de ellas en Manhattan.[15] La población nacida en España era ligeramente mayor: 307 en los cinco distritos.[16] En ese censo, los nacidos en España y los nacidos en Cuba eran, con creces, los dos grupos más grandes de hispanohablantes en la ciudad. El censo de 1850 fue el último en el que los nacidos en España superaron a los cubanos en número, estos últimos experimentaron un crecimiento mucho más rápido, al triplicar su número en el censo de 1860 y convertirse en el grupo hispanohablante más grande de la ciudad durante el resto del siglo.

---

que Gonzalo Aldama. F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 3, p. 13. Ese primo era nieto del suegro de Domingo de Aldama, Gonzalo Alfonso, e hijo del hombre (también nombrado Gonzalo) que recaudó el dinero y llegó demasiado tarde para ayudar al padre Varela en San Agustín.

[15] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census*. Todas las referencias al censo de 1850 en los Estados Unidos en este capítulo provienen de esta fuente.

[16] Ídem.

Sin embargo, la presencia de españoles en Nueva York se debió en gran parte a la conexión de la ciudad con Cuba. Como se indicó en el capítulo 1, en la década de 1820 llegaban más pasajeros a Nueva York desde los puertos cubanos que desde todos los puertos de América Latina y España juntos. Muchos de los españoles que vivían en la ciudad probablemente llegaron desde Cuba, quizás después de años de residencia en la isla. Además, dado que Cuba era una colonia y no había cubanos, *de jure*, la distinción entre españoles y cubanos durante este período temprano es confusa. Sin duda, muchos de los que indicaron al empadronador del censo de los Estados Unidos que nacieron en España bien podían haber nacido en Cuba, porque consideraban la isla como parte de España. La prensa en inglés en Nueva York se referían frecuentemente a las personas cubanas como españolas, designación que, en términos de ciudadanía, por supuesto, no era inexacta.

Algún tiempo después de que el padre Félix Varela llegara a Manhattan, Nueva York ya tenía un periódico semanal impreso totalmente en español, *El Mercurio de Nueva York*, que apareció por primera vez en 1828. A diferencia de la mayor parte de los innumerables periódicos en español de esa ciudad que aparecieron en las décadas posteriores (muchos de ellos empresas de corta duración), *El Mercurio* no tenía una agenda política evidente, ningún papel en el apoyo a los inmigrantes que intentaban liberar la patria. Era una empresa comercial de Lanuza, Mendía and Company, una imprenta, editorial y librería ubicada en 30 Exchange Place, en la esquina de William Street.[17] Publicado los sábados, cada número tenía cuatro páginas en letra pequeña muy apretada. Las tres primeras páginas tenían artículos largos, generalmente informes descriptivos sobre los acontecimientos y las tendencias políticas, económicas y sociales en Europa, en especial en España y América Latina. *El Mercurio* no contenía prácticamente ninguna noticia local o nacional de los Estados Unidos, a excepción de las anotaciones ocasionales sobre la tasa de criminalidad en la ciudad. La mayoría de los lectores del periódico (que pagaban seis dólares anuales por una subscripción) estaban involucrados evidentemente

[17] Todas las referencias hechas aquí al *Mercurio de Nueva York* proceden de lo que consulté en las colecciones de microfilmes en la Biblioteca Pública de Nueva York, las que contienen números salteados del periódico desde 1828 hasta 1833.

en el comercio exterior. Tenía una sección con estadísticas comerciales de Nueva York y de puertos en América Latina: datos de aduanas, tráfico de barcos y los precios de diversos artículos de exportación e importación.

Sin embargo, es la cuarta página de *El Mercurio* la que revela mucho sobre la temprana presencia de españoles y latinoamericanos en la ciudad. Estaba repleta de anuncios de empresas que abastecían principalmente a clientes de habla hispana. No solo muestra la importancia de esos clientes, sino también la amplia gama de establecimientos comerciales que para la década de 1820 ya se habían establecido en Nueva York por residentes de habla hispana.

Antonio Pastor, un barbero realmente de Sevilla, invitaba a los lectores de *El Mercurio* a su tienda en 55 Fulton Street, donde podían encontrar una excelente selección de «cuchillas de afeitar británicas, [...] todo tipo de pomadas francesas, aceites coloreados y jabones, colonia de lavanda, y el célebre jabón de almendras, todos de la mejor calidad y a precios razonables». Samuel Whitmarsh and Company, sastres y comerciantes en 116 Broadway, frente al City Hotel, ofrecía a los «Señores Españoles» una amplia selección de ropa para hombres, vestidores privados y la garantía de que los clientes podían recibir servicios en español. La «Señora Cornwell» alquilaba habitaciones en una casa de huéspedes en 9 Nassau Street. En una escuela que dirigían José J. Vilariño y Carlos Cordet, los estudiantes podían aprovechar un método para aprender simultáneamente español, francés e inglés, así como clases de latín, griego, dibujo y pintura, música, piano, violín, flauta, guitarra, baile, esgrima, todo por trescientos dólares por trimestre, e incluía alojamiento, comida y educación general. Sin embargo, se cobraba por separado el papel y los sobres de carta, la pluma y la tinta ($8), el uso del piano ($12) y un asiento en la iglesia ($10). Auguste Guigou anunciaba el establecimiento de una fábrica de pastas en Bloomingdale Road y la esquina de Tenth Avenue y 69 Street, que producía pastas al estilo de Génova y Nápoles, y dirigía a los compradores al establecimiento del Sr. Arnaud en 9 Warren Street. También en Warren Street en el número 22, el señor Bryan ofrecía a sus clientes su método «original y superior» de extracción dental y los reponía con dientes de porcelana. Byrne and Company

en Walker Street querían que los lectores de *El Mercurio* supieran que ellos producen, venden y reparan toda clase de carruajes.

Hay numerosos anuncios publicitarios de los editores del periódico, Lanuza y Mendía, que ofrecen libros a la venta en su tienda. Sin embargo, al parecer en 1829 Lanuza y Mendía venden el periódico a otro impresor, José Desnoues, en 23 Provost Street, que designó a Eugenio Bergonzio, de 7 Nassau Street, como su agente comercial responsable de las suscripciones y la publicidad. Con el cambio en la administración, el periódico se dirigió aún más al comerciante y al empresario de habla hispana. *El Mercurio* nombró agentes en Filadelfia y La Habana, que enviaban noticias comerciales y manejaban las suscripciones en esas ciudades.

A partir de 1829, los anuncios en la página 4 reflejaban un énfasis todavía mayor en los negocios y el comercio. En su anuncio, José Attinelli, de 46 Exchange Place, anunciaba al público en general, y en particular a los «caballeros españoles en tránsito», que realizaba cualquier y todos los servicios relacionados con cuestiones aduaneras, incluyendo la traducción inmediata de documentos en la mayoría de las lenguas modernas. La compañía J. W. Hallett se anuncia como una «Agencia americana en propiedades territoriales, en el no. 17 de Merchants Exchange, en Wall Street», y ofrecía a los inversionistas extranjeros casas y parcelas en la ciudad y en varios lugares de los Estados Unidos, con un catálogo completo en su oficina de las propiedades disponibles para inspección inmediata.

Eugenio Bergonzio, agente mercantil de *El Mercurio*, anuncia en el periódico que él puede realizar cualquier servicio o transacción que pueda requerir un extranjero, incluyendo

> los pasos a seguir a fin de obtener lo solicitado por los funcionarios públicos, la forma más fácil de obtener la ciudadanía estadounidense, transacciones aduaneras, [...] traducciones e intérpretes, [...] compra y venta a comisión [...] recogida de créditos y remesas de pagos [...] y proporciona el asesoramiento más satisfactorio.[18]

[18] *El Mercurio de Nueva York*, 15 de agosto de 1829, p. 4.

En 1829, *El Mercurio* también abordó más noticias de La Habana, y puso de relieve la importancia del Cuba Trade en relación con el volumen total del comercio con España y el aumento en el tráfico de buques con la isla.[19] Un número creciente de los anuncios ofrecía grandes lotes de tabacos habanos importados. En la edición del 15 de agosto, por ejemplo, el señor Attineli anunciaba que tenía veinticuatro mil tabacos de «calidad superior» para la venta que habían llegado de La Habana el 1ro. de agosto a bordo del bergantín *Mary Jane*.[20]

Cerca de veinte años después de que *El Mercurio* dejara de publicarse, el censo de los Estados Unidos de 1850 ofrecía un perfil de la población de origen cubano en la ciudad que mostraba la continuidad de lo que se veía reflejado en las páginas de ese periódico precursor: la importancia de las actividades de negocio y comerciales en la configuración de la presencia inicial de cubanos en Nueva York. De los sesenta y seis hombres nacidos en Cuba que reportaron una ocupación, doce eran «mercaderes», cinco tenían ocupaciones relacionadas con la marina (por ejemplo, capitán, marino, fabricante de velas), trece eran artesanos y casi una cuarta parte de los sesenta y seis estaba involucrada en la industria del tabaco, ya fuera como tabaqueros, minoristas o importadores. Solo una pareja informó estar empleada en un trabajo no calificado, y los profesionales eran solo un puñado (un ingeniero, un arquitecto, un químico y dos profesores).

El lugar de residencia dentro de Manhattan de las 207 personas de origen cubano que vivían allí en 1850 mostraba una concentración en las zonas que rodean al puerto o en los emergentes vecindarios residenciales de la élite, lo que subraya la importancia relativa de las actividades relacionadas con el puerto y la presencia de comerciantes prósperos entre los primeros cubanos de la ciudad. Más de la mitad de su población nacida en Cuba se concentraba en los Distritos Electorales Uno y Tres, en la punta del bajo Manhattan, adyacente a los muelles, y los Distritos Electorales Nueve, Quince y Dieciocho.

[19] *El Mercurio de Nueva York*, 16 de mayo de 1829, p. 3; 8 de agosto de 1829, p. 1; 31 de octubre de 1829, p. 1.

[20] *El Mercurio de Nueva York*, 8 de agosto de 1829, p. 4; 15 de agosto de 1829, p. 4.

Los tres últimos incluyen Greenwich Village y el área entre Madison Square Park y Union Square, considerado uno de los vecindarios más ricos de la época. A mediados del siglo XIX, según el curador del museo Jan Seidler Ramírez, Greenwich Village llegó a ser conocida como un área donde los residentes tenían buenos modales y eran en gran parte nativos, y a menudo la llamaban el «distrito electoral americano».[21] El área de Madison Square Park, donde vivía Cristóbal Madan en 1850, se estaba convirtiendo en un vecindario selecto para los neoyorquinos adinerados, como se señaló en el capítulo 2.[22] En contraste, muy pocos cubanos vivían en las áreas de bajos ingresos y de inmigrantes, especialmente en los Distritos Electorales Cuatro, Seis, Siete, Diez, Once y Trece, los distritos a lo largo del East River que abarcan lo que ahora se conoce como el Lower East Side, Chinatown, Five Points, Bowery y otras áreas donde, en la década de 1850, comenzaron a aparecer las primeras viviendas para inmigrantes en Manhattan y donde el promedio de las apreciaciones de bienes raíces se encontraba entre los más bajos de la ciudad (fig. 3.1).[23] Era el patrón de asentamiento urbano que uno esperaría de un grupo en el que predominaban las élites comerciales y los expertos artesanos, y la pauta que los cubanos, en general, seguirían durante el resto del siglo, según iban llegando muchos más desde Cuba a Manhattan.

La familia Malibrán, encabezada por Carlos, de treinta y dos años, un comerciante nacido en Cuba, vivía en el distrito electoral quince al este de Washington Square. Él y su esposa cubana Isabel, de treinta años, tenían cuatro hijos, de edades comprendidas entre los cuatro y los trece años, todos nacidos en Cuba. La familia tenía ingresos suficientes para tener cuatro sirvientes: dos irlandesas, una cubana y un cubano de mediana edad que era el mayordomo de la casa.[24]

[21] J. Seidler Ramírez: «Greenwich Village», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York*, p. 508.

[22] J. Mendelsohn: «Madison Square», p. 711; y E. G. Burrows y M. Wallace: *Gotham*, p. 715.

[23] G. Hodges: «Lower East Side», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York*, p. 696; y E. Homberger: *The Historical Atlas of New York City*, p. 81.

[24] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census, New York City*, Fifteenth Ward.

Figura 3.1. Mapa de la ciudad de Nueva York, *ca.* 1850, que mostraba los distritos electorales. (Fuente: Lionel Pincus y Princess Firyal Map Division, Biblioteca Pública de Nueva York Colecciones Digitales, <www.digi talcollections.nypl.org>).

Las familias Malibrán y Madan vivían en viviendas unifamiliares, una necesidad en el caso de familias grandes con sirvientes, pero un lujo poco frecuente para casi todas los demás, aun si tenían buena posición. En 1850, la mayoría de los cubanos en la ciudad vivían en casas de huéspedes u hoteles, especialmente si eran solteros o tenían familias pequeñas. Ese fue el caso de Gaspar Betancourt Cisneros, el destacado anexionista, quien era un miembro de una familia de hacendados adinerados de Camagüey, tenía cuarenta y ocho años en 1850 y aún no se había casado (finalmente lo haría siete años más tarde en La Habana y tendría un hijo a los cincuenta y seis años).[25] Vivía en una gran casa de huéspedes en el Sexto Distrito Electoral, justo al norte del Ayuntamiento, que era conducida por una familia originaria de Nueva York que, además de Betancourt Cisneros, alojaba familias e individuos de Alemania, Inglaterra, Ohio y Connecticut. Era una casa de lujo: todos los huéspedes eran trabajadores de «cuello blanco».[26]

Otras pensiones tenían casi exclusivamente huéspedes cubanos. En el Tercer Distrito Electoral, el señor y la señora Agramonte y sus cuatro hijos jóvenes, todos nacidos en Cuba, vivían en una gran casa de huéspedes donde residían, además, otros ocho cubanos, sin parentesco aparente con ellos, que incluían un impresor, un fotógrafo de daguerrotipos y un estudiante.[27] Una casa de huéspedes, aún mayor, quizás un hotel, también en el Tercer Distrito Electoral, tenía nueve residentes cubanos. Era un lugar bastante heterogéneo con respecto, tanto a la nacionalidad, como a la ocupación: neoyorquinos, italianos, irlandeses, canadienses, contadores, comerciantes, cocineros, un editor, empleados y diez actores nacidos en España (nueve hombres y una mujer).[28]

El censo de 1850 también reflejó la tendencia, señalada en el capítulo 1, de la clase de los cubanos terratenientes de enviar a sus hijos

[25] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas,* vol. 4, p. 93.

[26] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census, New York City*, Sixth Ward.

[27] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census, New York City*, Third Ward.

[28] Ídem.

para educarse en Nueva York. Un internado dirigido por un director francés en el Noveno Distrito Electoral tenía catorce muchachos cubanos en su dormitorio, con edades comprendidas entre los nueve y los veinte años, y la mayoría de ellos con apellidos destacados entre las familias más ricas de Cuba.[29] En el Decimoséptimo Distrito Electoral, tres adolescentes cubanos se inscribieron en otro internado con un director francés.[30] Tres muchachas adolescentes recibían su educación, tal vez como novicias, en el Convento del Sagrado Corazón ubicado en el remoto Decimosegundo Distrito Electoral.[31] En ese mismo barrio, las hermanas Angulo, de ocho y cuatro años, probablemente huérfanas, estaban al cuidado de las monjas en el Convento del Monte San Vicente.[32]

Otra cubana internada en una institución de la ciudad fue Josephine Goudelo, de veintiséis años. Ella fue una de las veintitrés mujeres que vivió en el Asilo de la Magdalena de Nueva York, la tristemente célebre institución católica irlandesa que pretendía ayudar a prostitutas y otras «mujeres perdidas» a llevar una nueva vida respetable, generalmente confinándolas de forma indefinida. En 1850 el asilo se había mudado a una nueva ubicación en 88 East Street en el Doceavo Distrito Electoral.[33]

En 1856, una imprenta de Nueva York publicó la primera guía completa de la ciudad escrita en español.[34] Su aparición tan precoz atestiguaba la creciente presencia española y latinoamericana en la ciudad, tanto permanente como temporal. Se ofrecían en su listado recomendacio-

[29] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census, New York City*, Ninth Ward.

[30] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census, New York City*, Seventeenth Ward.

[31] U. S. Bureau of the Census: *1850 United States Federal Census, New York City*, Twelfth Ward.

[32] Ídem.

[33] Ídem; y A. J. Erickson: «*Magdalen Societies*», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York*, p. 715.

[34] *Guía de Nueva York y los Estados Unidos para uso de españoles y sudamericanos donde se esplica cuanto puede interesar a un viajero.*

nes con respecto a tiendas minoristas, con un comentario sobre lo que el autor o los autores anónimos consideraban como una innovación de Nueva York: los exteriores de las tiendas de lujo diseñados para llamar la atención e incitar al cliente a que entrara en el establecimiento. La guía no se mostraba tan favorable con respecto a los edificios residenciales, que consideraba de construcción inferior en comparación con los de La Habana, México «y otros países habitados por españoles y sus descendientes».[35]

Otra guía en español que apareció solo siete años después, en 1863, era mucho más detallada.[36] Escrita por R. Álvarez e I. G. Grediaga, contenía, junto con las recomendaciones habituales sobre lugares de interés y compras, un directorio de negocios de propietarios «españoles». La mayor categoría de empresas fue ampliamente, como era de esperar, «los agentes comisionistas e importadores». La siguiente categoría más grande era la de las tabaquerías.[37]

Pero lo que hace a la guía de Alvárez y Grediaga notable es que los autores fueron honestos en sus observaciones y consejos prácticos para el visitante, lo que nos da una visión de cómo alguien de España o América Latina puede haber visto la vida y la cultura de Nueva York en ese momento. El capítulo 15, «Recomendaciones especiales para extranjeros», enumera varios «no hacer» que más de ciento cincuenta años después siguen siendo consejos válidos para el visitante de Nueva York:

> No camine solo por la noche en las calles desiertas, no confie en las personas que ofrecen sus servicios o saludan efusivamente en la calle, no se detenga a contemplar embobecido los lugares de interés en áreas de mucho tráfico, donde abundan los carteristas, sea cauteloso con los conductores de carruajes, no compre entradas de teatro en la calle, tenga cuidado con las «sirenas callejeras», cuídese de que las mercancías baratas (especialmente las joyas) no se las hagan pasar por caras, no vaya a lugares donde se ofrecen juegos de azar o los encantos del buen sexo.[38]

[35] Ibíd., p. 48.
[36] R. Álvarez y I. G. Grediaga: *Guía de Nueva York.*
[37] Ibíd., pp. 153-154.
[38] Ibíd., pp. 143-145.

Pero una recomendación es especialmente interesante en el sentido intercultural; al revelar, a nivel de calle, el choque literal entre el ritmo de la modernidad y las sensibilidades tradicionales del Viejo Mundo, como la cortesía y el honor:

> Nunca se enoje cuando alguien le empuje en la calle. Continúe su camino y hágale lo mismo a la siguiente persona que se encuentre. Los estadounidenses están siempre muy apurados, atendiendo a sus asuntos, y no tienen el cuidado de pedir perdón por lo que hacen, ni lo exigen cuando les hacen algo a ellos, un rasgo, por cierto, que es muy loable y digno de ser imitado, ya que uno puede así evitar molestias infinitas y tiempo perdido.[39]

Cuando se realizó el censo de 1860, la población nacida en Cuba se había triplicado llegando a más de seiscientos, lo que representaba casi la mitad de todos los latinoamericanos y españoles que vivían en la ciudad. Fue un crecimiento que trajo aparejado una mayor diversidad ocupacional, con más profesionales, artistas, maestros, pequeños empresarios y minoristas, e incluso obreros y sirvientes. La afluencia fue grande y lo suficientemente diversa como para necesitar la formación en Nueva York de una Sociedad de Beneficencia de Cuba «para ofrecer ayuda a los nacidos en Cuba que pudieran encontrarse en una situación de indigencia o en apuros [...]. Un gran número de nuestros compatriotas, [...] no conocedores del idioma inglés, [...] son incapaces de obtener una colocación o empleo, y ganarse su sustento».[40]

A pesar de la tendencia hacia una mayor heterogeneidad socioeconómica, el Nueva York cubano todavía era una población que procedía desproporcionadamente de los estratos altos de la isla, algo evidente no solo por el perfil ocupacional, sino también por sus patrones de asentamiento en Manhattan. En 1860 había proporcionalmente menos cubanos viviendo en el centro de la ciudad que en 1850, con muchos más en los modernos barrios de moda que atraían a los neoyorquinos ricos. Greenwich Village y el área de Madison Park continuaron siendo importantes lugares de residencia para los cubanos, además

[39] Ibíd., p. 144.

[40] Folleto manuscrito con fecha 8 de mayo de 1852, caja 79, Moses Taylor Papers.

de una zona promisoria, la parte norte del East Village. Los distritos electorales que comprendían esos barrios: Decimoquinto, Decimoséptimo y Decimoctavo, albergaban a más de la mitad de todos los cubanos que vivían en Manhattan. El patrón de 1850 también continuó en 1860 con respecto a las zonas de bajos ingresos, con muy pocos cubanos residiendo en Lower East Side, Bowery y Five Points.[41] En 1860 Brooklyn comenzó a surgir como un lugar de residencia para los cubanos, principalmente los artesanos hábiles y de cuello blanco de nivel medio, como maquinistas, empleados, tabaqueros, aprendices de artesanos y estudiantes que conformaban la mayor parte de los más de sesenta cubanos que se habían establecido por East River al otro lado de Manhattan.[42]

El aumento de 1850 a 1860, sin duda, refleja la creciente supremacía de Nueva York, en relación con otras ciudades de los Estados Unidos, especialmente Nueva Orleáns y Filadelfia, como destino elegido por los cubanos que llegaban a este país. Pero también hubo factores de «empuje» desde la isla. A raíz de las fallidas expediciones de López, la isla se convirtió repentinamente en un lugar mucho menos hospitalario para los cubanos que buscaban un cambio en el estatus político de la isla. A partir de 1852 el general José de la Concha, el gobernador español, desató una ola de represión a través de Cuba que no dio cuartel a los disidentes, sin tener en cuenta el estatus social o si se habían hecho ciudadanos de los Estados Unidos.[43] Cristóbal Madan fue uno de los que sufrió las consecuencias de la represión de Concha cuando fue capturado en La Habana, su sentencia pendiente fue ejecutada y fue desterrado a España (véase el capítulo 2). Otros cubanos importantes implicados en actividades anexionistas consideraron que era mejor buscar refugio fuera de la isla, y Nueva York era normalmente el destino preferido dados los ya bien establecidos vínculos con la ciudad.

En el censo de 1860, encontramos asentados en Nueva York a muchos de los cubanos que habían transitado anteriormente por la

[41] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census*. Todas las referencias al censo de 1860 en los Estados Unidos en este capítulo proceden de esta fuente.

[42] Ídem.

[43] J. J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria,* p. 58.

ciudad como estudiantes, residentes, viajeros de negocios o activistas políticos. El clima político en Cuba les convenció para echar raíces profundas en Manhattan, y se convirtieron en elementos habituales del desarrollo del Nueva York cubano, la mayoría de ellos se hicieron ciudadanos de los Estados Unidos, al mismo tiempo que todavía trabajaban por la separación de Cuba de España. Sin embargo, eso no les impidió regresar ocasionalmente a Cuba e intentar restablecer sus vidas transnacionales cuando el gobierno colonial español relajaba sus controles y autorizaba su retorno.

Quizás el mejor ejemplo sea Juan Manuel Macías. Nacido en Matanzas, dejó la ciudad a la edad de diecinueve años a bordo del *Flora*, que llegó a Nueva York el 6 de julio de 1846.[44] Con el tiempo devino uno de los colaboradores más cercanos de Narciso López y fue miembro de la primera expedición de este que ocupó brevemente la ciudad de Cárdenas, en 1850 (ver capítulo 2). Macías estuvo entre los condenados *in absentia* con Madan en 1852, pero no hay pruebas de que él, a diferencia de Madan, le haya dado al gobierno español la oportunidad de ejecutar la sentencia.[45] Ese mismo año, el 17 de marzo, se le concedió la ciudadanía estadounidense en el Common Pleas Court del condado de Nueva York.[46]

En 1857, Macías aprovechó una flexibilización de los controles políticos en la isla para solicitar una amnistía y permiso para regresar. Su solicitud fue aceptada, y viajó a Cuba en febrero de ese año para asumir el control de los bienes de su familia, que habían sido embargados por las autoridades. Durante toda su estancia en la isla estuvo bajo estrecha vigilancia por parte de la policía y de la división política, que informaban todos sus movimientos al gobernador. A fines de abril regresó a Nueva York.[47]

[44] F. Calcagno: *Diccionario biográfico cubano*, p. 398; y *New York, 1820-1850 Passenger and Immigration Lists.*

[45] V. Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, p. 152.

[46] *New York Petitions for Naturalization.*

[47] C. M. Trelles y Govín: *Matanzas en la independencia de Cuba*, pp. 99-101. Trelles presenta correspondencia oficial del gobierno de la colonia que documenta la amnistía concedida a Macías, así como partes de los detallados informes emitidos y recibidos por la sección política y la policía en relación con sus

En 1860 Macías vivía en 297 West 22nd Street, y tenía una oficina en el centro en 36 Beaver Street, donde realizaba negocios como comerciante.[48] Macías se había establecido en Manhattan, pero no iba a abandonar sus conexiones personales y de negocios en Cuba o renunciar a su activismo político. Él seguiría siendo un residente de la ciudad para el resto de su vida, viajando hacia y desde Cuba cada vez que podía, y probablemente mantenía otra casa, así como intereses comerciales en la isla, como había hecho Madan.

Durante las décadas de 1850 y de 1860, muchos de los cubanos de Nueva York estaban involucrados en el mismo acto de malabarismo del que Madan había sido pionero durante la década de 1840 y que Macías trataba de reproducir: mantener el equilibrio entre los negocios y la política separatista, y dividir su tiempo entre las residencias y los intereses comerciales de Cuba y Manhattan. Un buen ejemplo son los Mora, un gran clan con propiedades azucareras en Matanzas, que durante el resto del siglo serían una presencia constante y creciente entre los cubanos en la ciudad. A partir de la década de 1850, algunos Mora comenzaron a mudarse a Nueva York para manejar las ventas no solo de sus productos, sino también de otros hacendados cubanos, para lo cual establecieron negocios comisionistas de azúcar cerca de South Street. Debido a que no se ha publicado una genealogía de la familia, es difícil definir con exactitud cuál era el parentesco entre los núcleos de las diferentes familias con ese apellido que vivieron en Manhattan hasta bien entrado el siglo XX. Todos ellos, no obstante, estaban indudablemente emparentados. No solo compartían un origen común en la industria azucarera de Matanzas, sino que muchos de ellos también vivían en la misma calle en Manhattan y, al finalizar, terminaban en el mismo lugar: una gran parcela de la familia en el Cementerio Greenwood en Brooklyn.

De 1855 a 1858 tres miembros de la familia Mora estaban haciendo negocios en el bajo Manhattan como «comerciantes comisionistas» con asociaciones corporativas diferentes y cambiantes. Dos eran hermanos: José María Mora y Antonio Máximo Mora, y el otro era hijo

---

movimientos en la isla. Los documentos también indican que se le expidió un pasaporte para regresar a los Estados Unidos en abril.

[48] H. Wilson (comp.): *Trow's New York City Directory, 1861*, p. 593.

de José María, José Antonio. Estaban asociados con José F. Navarro, Pedro Bombalier y Frederico Fernández Lanz. En 1859 se les unieron otros tres Mora, que figuran en la lista de los socios que participaban en las ventas a comisión: Pedro, Mariano y Fausto.[49] Ese mismo año, Fausto se hizo ciudadano de los Estados Unidos para unirse a otros dos Mora que ya lo habían hecho.[50]

Aunque mantenían propiedades y otros intereses en Matanzas, los Mora rápidamente arraigaron en su nueva ciudad. Mientras que la mayoría de los cubanos neoyorquinos mantenían la liquidez de sus activos al depositar sus ganancias de la venta de azúcar en cuentas de inversión en casas mercantiles como la de Moses Taylor, los Mora inmediatamente invirtieron al menos parte de su capital en bienes raíces de Manhattan. Desde 1856, Antonio Máximo Mora era dueño de cinco propiedades en el lado sur de West 28th Street, entre las avenidas Novena y Décima. Las propiedades se detallan en una demanda presentada por los administradores de la iglesia presbiteriana escocesa contra Antonio Máximo por no pagar un préstamo de la iglesia y haber utilizado esas propiedades como aval.[51]

Los Mora también invirtieron fuertemente en numèrosas propiedades en y alrededor de East 13th Street, entre las avenidas Segunda y Cuarta, y era en esa área donde vivían varios miembros del clan. En la solicitud de Fausto Mora para obtener la ciudadanía estadounidense en 1859 su dirección aparecía como 139 East 13th Street, la misma que dio por un tal Máximo Mora en su solicitud de 1864. Cuando Antonio Máximo Mora se hizo ciudadano estadounidense en 1869, su dirección figuraba como 235 East 13th Street.[52] El censo de 1860 encontró un Manuel Mora, de cincuenta y seis años, viviendo con su esposa María, sus cuatro hijos y un sirviente inglés

[49] Circulares y avisos impresos de cambios corporativos y direcciones enviados a Moses Taylor and Company, caja 78, Moses Taylor Papers.

[50] *New York Petitions for Naturalization.*

[51] Los administradores de la Scotch Presbyterian Church (Iglesia Presbiteriana Escocesa), en la ciudad de Nueva York, contra Antonio M. Mora y otros, presentada en la Supreme Court, City and County de Nueva York, 15 de agosto de 1856, *Old Records División, New York County Courts*, números de referencia 1856 # S-11, 1856 # S-12, 1856 # S-13, 1856 # S-14 y 1856 # S-60.

[52] *New York Petitions for Naturalization.*

en 124 East 13th Street.[53] Su vecino de al lado, Orlando Moore, un corredor nacido en Nueva York con esposa, cuatro hijos y dos sirvientes, recibió en 1861 una orden del Common Pleas Court de Nueva York de pagar a la firma Mora Brothers $223,94 por alquiler adeudado en una propiedad en 120 East 13th Street.[54]

Esas dos cuadras de East 13th Street, entre las avenidas Segunda y Cuarta, estaban aparentemente llenas de familias cubanas en 1860. Puede haber sido porque los Mora compraron la mayor parte de las propiedades en esa calle y luego las alquilaron a sus compatriotas, o tal vez compraron en una zona donde ya vivían muchos cubanos.

Manuel Trujillo, un comerciante de cuarenta y cinco años, vivía al otro lado (norte) de Manuel Mora y Orlando Moore en 13th Street, en el número 125. No aparece ninguna mujer adulta relacionada en la casa, pero Manuel vivió allí con sus cuatro hijos y tres criados. A ambos lados de Trujillo había dos familias cubanas, encabezadas por comerciantes retirados. Una era la familia de Juan Bautista Ponce de León y Espinosa, un hombre que pertenecía a una de las familias más antiguas de Cuba. Anteriormente había sido jurista, había servido como secretario del Consejo Real y había sido nombrado Caballero en la prestigiosa Orden Española de Isabel la Católica.[55] Por razones que no están claras, se trasladó con su familia a Nueva York, y en 1860 a los sesenta y seis años, vivía en East 13th Street con su esposa, seis hijos, un yerno (médico, nacido en Nueva York), un nieto pequeño y tres sirvientes (dos cubanos y un irlandés). La familia al otro lado de Trujillo, cuyo apellido no es legible en la planilla del censo, tenía seis miembros, todos nacidos en Cuba, así como tres sirvientas, todas irlandesas. También había tres adultos cubanos no emparentados con ellos en la casa, tal vez inquilinos: un profesor anciano y su hijo, y

[53] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Seventeenth Ward, Ninth District; y H. Wilson: *Trow's New York City Directory, 1861*, p. 611.

[54] José M. Mora, Antonio M. Mora, José A. Mora y José F. Navarro, acusadores, demanda contra Orlando Moore, presentada en New York Court of Common Pleas, 15 de febrero de 1861, *Old Records Division, New York County Courts*, número de referencia 1861 #1085.

[55] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, p. 283.

Fernando Agüero, un farmacéutico de veintinueve años.[56] En las décadas siguientes, a medida que llegaban más miembros de la familia Mora a Nueva York, muchos de ellos irían a vivir en el vecindario cubano que ayudaron a crear alrededor de East 13th Street.

No todas las familias cubanas acaudaladas vivían en la 13th Street con los Mora. Mateo Rodríguez, de treinta años, cabeza de una gran casa familiar, vivía en las afueras de la ciudad en West 140th Street y avenida Doce. Además de su esposa Rufina, de veintinueve años, Mateo tenía cuatro hijos jóvenes, todos nacidos en Cuba, y dos criadas irlandesas, un sirviente negro de origen cubano y un cochero irlandés. Registró su ocupación como «caballero» e indicó que el valor de su patrimonio personal era de $600 000.[57] Francisco Yzquierdo, un comerciante, vivía en una casa unifamiliar en el West Village en 118 West 10th Street, con su esposa, seis hijos y dos sirvientes irlandeses.[58]

Una de las familias más interesante entre todas las cubanas y quizás más visible en Nueva York fue la Apezteguía, que en 1860 ocupó la casa ubicada en un lugar destacado en 1 Washington Square North. Una característica significativa de la casa es que la persona mayor de la familia, según lo registrado por el censo, tenía veintitrés años de edad, Amelia Apezteguía. Los restantes Apezteguía, cinco hombres y dos mujeres, tenían entre uno y veintiún años, todos nacidos en Cuba, incluso el bebé. Pero estos niños no vivían solos. Eran atendidos por seis sirvientes, casi todas mujeres irlandesas, además de un camarero, un cochero y un cocinero italiano.[59] Se desprende de sus nombres y edades que al menos tres de ellos, Adela, Inés y Julio, eran hijos de Felipe Martín Apezteguía, un inmigrante español de Cuba, y su segunda esposa, Josefa Mariana Tarafa, nacida en Cuba. Los otros

[56] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Seventeenth Ward, Ninth District; y H. Wilson: *Trow's New York City Directory, 1861*, p. 26.

[57] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Twelfth Ward, Third District; y H. Wilson: *Trow's New York City Directory, 1861*, p. 730.

[58] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Ninth Ward, First District; y H. Wilson: *Trow's New York City Directory, 1861*, p. 943.

[59] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Fifteenth Ward, Second District; y H. Wilson: *Trow's New York City Directory, 1861*, p. 37.

niños pueden haber sido sus sobrinos, ya que Martín tenía tres hermanos que emigraron a la isla con él desde su nativa Navarra. En la isla, los Apezteguía tenían suficiente riqueza y prestigio para que se les otorgara (o para haber comprado) el título de marqués.[60] Esta familia no aparece en ningún censo posterior de Nueva York. Es probable que este acomodo fuera una forma de educar a los muchachos en Nueva York, una especie de presuntuoso dormitorio privado con su propio personal de apoyo.

El hogar de los Apezteguía no fue el único que pudiera haberse establecido en Nueva York con el propósito de servir como un lugar para que los estudiantes vivieran mientras recibían una educación en la ciudad. También en la zona de Washington Square, por ejemplo, vivieron siete estudiantes cubanos, todos varones, de edades comprendidas entre diecisiete y veintidós años, probablemente alumnos en la Universidad en Nueva York. Vivían solos en una casa, pero tenían el apoyo de tres sirvientas, dos de ellas irlandesas y la otra nacida en Nueva York.[61] Al lado, había otros cuatro estudiantes cubanos en edad universitaria que vivían en una casa de huéspedes administrada por una pareja neoyorquina y que tenían estudiantes de otras naciones.[62]

El número de estudiantes cubanos internos en escuelas privadas continuó aumentando en la década de 1850. En un internado en el Vigésimo Primer Distrito Electoral, en West 30 y tantos, en 1860 casi todos los estudiantes internos allí eran muchachos y muchachas cubanos, dieciséis en total, con edades comprendidas entre los ocho y los dieciocho años.[63] En un gran internado francés en el Decimoctavo Distrito Electoral, estaban matriculadas nueve adolescentes cubanas.[64] Casi todos los internados privados o católicos de Manhattan tenían al menos un estudiante de Cuba.

[60] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 3, pp. 30-32.

[61] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Fifteenth Ward, Third District.

[62] Ídem.

[63] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Twenty-First Ward, Second District.

[64] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Twenty-First Ward, Third District.

Si los neoyorquinos a mediados del siglo XIX se habían creado una imagen estereotipada de los cubanos, lo más probable es que estuviera formada principalmente por familias de clase alta como las de los Apezteguía, los Mora, los Yzquierdo, los Madan y otras que vivían en casas confortables, incluso mansiones con sirvientes y carruajes. Era una imagen de opulencia e incluso nobleza asentada en lo que Cuba representaba para Nueva York: un floreciente comercio con una colonia española que producía mercancías agrícolas que alimentaban al gigantesco e imparable comercio de la ciudad. Para los neoyorquinos, el cubano típico era un hacendado o comerciante cuyas vastas propiedades y operaciones comerciales lo llevaron a Nueva York para hacer negocios, comprar, vacacionar, educar a sus hijos en las mejores escuelas, e incluso vivir acorde a un estilo que podría ser ostentoso, pero también tenía un aire de la nobleza del Viejo Mundo atribuible a las élites de una sociedad que todavía era una colonia europea. Los cubanos prósperos incluso hicieron sentir su presencia en Saratoga Springs, que en la década de 1850 se había convertido en el lugar de recreo más importante para los neoyorquinos adinerados. El elegante hotel de los Estados Unidos en Saratoga, «el centro turístico de moda más espléndido de la nación», ofrecía licores y apuestas a los hombres, mientras que las mujeres organizaban bailes con vestidos fastuosos.[65] En una historia sobre los bailes y otros entretenimientos en Saratoga, el *New York Tribune* señalaba la presencia de cubanos:

> Aquí, como en todas partes de Saratoga, uno se da cuenta del gran número de cubanos [...]. Estos cubanos, con su tez amarillo-marrón, sus ojos soñolientos y viejos, caras tristes, parecerían fuera de lugar en las fiestas, si el brillo de sus innumerables joyas y su ágil, balanceado y apasionado baile no contradijeran la promesa de su sombría presencia. En el baile hay dos hermanas, con túnicas de gasa amarilla, flores escarlatas en su pelo negro, y en sus diminutos pies, zapatillas de raso escarlata, más pequeñas que las de Cenicienta. Velozmente a galope por el largo pasillo, estas hermosas criaturas parecen la encarnación del trópico.[66]

[65] E. G. Burrows y M. Wallace: *Gotham*, pp. 720, 879.

[66] «Saratoga», *New York Tribune*, 11 de agosto de 1866, p. 8, 8. Le agradezco a T. J. Stiles por señalarme esta referencia.

El venezolano Simón Camacho visitó Saratoga, y en su crónica de la vida en Nueva York escribió acerca de que constantemente escuchaba la cadencia del español cubano en «el lugar más de moda de los Estados Unidos [...]. Todo Saratoga es hoy cubano».[67] Como se señaló en el capítulo 1, fue en Saratoga, mezclando negocios con placer, que Henry Coit, la mano derecha de Moses Taylor, conectó a los productores de azúcar con los compradores de Nueva York.

Si la presencia temporal o permanente en la ciudad de cubanos adinerados, y sus vacaciones en la Saratoga de moda no hubieran bastado para asociar a los cubanos con la opulencia en la mente de muchos neoyorquinos, entonces con seguridad un acontecimiento social único en 1859 sirvió para establecer ese estereotipo:

> El Sr. y Sra. Bartlett
> Solicitan el placer de su compañía en la ceremonia de matrimonio de su hija Frances Amelia, con Don Esteban Santa Cruz de Oviedo, El jueves 13 de octubre.[68]

El cronista del *New York Times* escribió: «Las nupcias, sin dudas, marcan una época en nuestra historia social».[69] Era 1859, y Nueva York todavía no había entrado en la Época Dorada, con su exceso de consumo público.[70] Los neoyorquinos no estaban seguros de cómo reaccionar ante una muestra tan desenfrenada de lujo y ostentación. Fue un suceso, comentó el *New York Daily Tribune*, «hacia el que todas las mentes se dirigieron expectantes durante meses [...]. La sociedad rara vez se ha conmovido más profundamente».[71] El *New York Times* fue más crítico y lo describió como «una ceremonia nupcial llevada a cabo con un suntuoso desprecio de las reglas convencionales» (fig. 3.2).[72]

[67] S. Camacho: *Cosas de los Estados Unidos*, p. 82.
[68] La invitación se reproduce en S. Camacho: *Cosas de los Estados Unidos,* p. 112.
[69] «The Marriage of the Season», *New York Times,* 14 de octubre de 1859, p. 4.
[70] J. K. Van Rensselaer: *The Social Ladder,* p. 169. La señora Rensselaer señala que antes de las décadas de 1860 y 1870, los asuntos sociales eran «sencillos».
[71] «The Oviedo Nuptials», *New York Daily Tribune,* 14 de octubre de 1859, p. 5.
[72] «The Marriage of the Season», *New York Times.*

Figura 3.2. Boda Santa Cruz de Oviedo-Bartlett, (Antigua) Catedral de San Patricio, 13 de octubre de 1859. (Fuente: Colección de Arte e Imágenes, Biblioteca Pública de Nueva York, Astor, Lenox and Tilden Foundations).

La boda fue vista por muchos como una burda demostración pública de lo que la riqueza ilimitada podía comprar, y los neoyorquinos siguieron en la prensa todos los detalles del cortejo y los preparativos con curiosidad indirecta y un dejo de resentimiento. Un extranjero muy rico estaba haciendo alarde de su capacidad para pagar no solo una boda indecentemente extravagante, sino también una joven y bella novia estadounidense, hija de un distinguido exoficial de la Marina de los Estados Unidos. El reportaje del *New York Times* sobre la ceremonia fue escrito casi en tono de burla, con alusiones a la historia de «Nerudín y la Hermosa Persa, a quien compró por un precio increíble y amó sin límite».[73] En efecto, los tonos de piel y las edades contrastantes estaban en el centro de las descripciones. del novio y la novia. «Su rubia palidez brillaba un poco más luminosamente al contraste con

[73] Ídem.

la tez más oscura de don Esteban. Alta y señorial, aunque joven, su apariencia indica dieciocho años».[74]

Don Esteban, continuó el *Daily Tribune*: «es unos centímetros menor que la dama, con tendencia oscura en cuanto a la tez, con una densa barba negra semicurvada y bigote en combinación».[75]

Harper's Weekly agregó un detalle importante, la edad de don Esteban: «Él tiene cincuenta y cinco años y es de estatura baja, algo más baja que la de su novia [...]. El profundo tinte castellano de su rostro delicadamente resalta la pureza rubia de la tez de ella».[76]

Nadie sabía con exactitud la dimensión de la riqueza del novio, pero cada nueva suposición parecía más alta que la anterior, y llegaba a los millones. *Harper's Weekly* escribió: «Don Esteban es el poseedor de algunas de las propiedades más valiosas de Cuba».[77] El *Daily Tribune* indicó que don Esteban «es un caballero cubano de grandes posesiones valoradas en muchos millones de dólares, tantos, que una aproximación crítica a la cifra exacta queda fuera de discusión».[78] El *New York Times* informó que era el dueño de «grandes haciendas de azúcar y café en Cuba y de un sinnúmero de negros».[79]

Los estimados de la riqueza de Santa Cruz de Oviedo no eran del todo exagerados. Era propietario de la plantación de azúcar La Santísima Trinidad en la región de Matanzas, con cerca de cincuenta y cuatro caballerías y una planta de procesamiento técnicamente avanzada con molinos de vapor. La propiedad tenía su propio acueducto y era considerada una de las haciendas más pintorescas de Cuba, con hermosos paisajes. Don Esteban no era el típico hacendado cubano ausente. Dirigía la hacienda él mismo, y atendía a cada detalle administrativo. También protegió sus inversiones. El modelo de la mayoría de los ingenios azucareros cubanos era tratar de exprimir sin piedad el trabajo de los esclavos hasta que morían, y compra más para reemplazarlos. Santa Cruz de Oviedo creía en reproducir los suyos. De los mil esclavos en su hacienda, alrededor de un tercio habían nacido en

[74] «The Oviedo Nuptials», *New York Daily Tribune.*
[75] Ídem.
[76] «A Very Golden Wedding», *Harper's Weekly*, 22 de octubre de 1859, p. 675.
[77] Ídem.
[78] «The Oviedo Nuptials», *New York Daily Tribune.*
[79] «The Marriage of the Season», *New York Times.*

Cuba. Había alrededor de treinta nacimientos al año entre los esclavos de Trinidad, la tasa de natalidad más alta entre todas las plantaciones de la isla. Él se ocupaba de darles una dieta relativamente buena: tres comidas al día de harina de maíz, frijoles, arroz, y frecuentes porciones de carne de res y cerdo. Aparentemente, fue una estrategia rentable: en un solo año, 1855, Trinidad produjo 1 667 toneladas métricas de azúcar, que fueron embarcadas a través del puerto de Matanzas.[80]

Sin embargo, había más en la historia de Santa Cruz de Oviedo que no apareció en los periódicos de Nueva York. A pesar de su edad y riqueza, el acaudalado dueño de haciendas nunca se había casado. Pero sí tenía descendientes, por lo menos veintiséis de ellos, todos hijos de varias de sus esclavas. Santa Cruz había elegido a lo largo de los años de cada nuevo grupo de esclavos que llegaba a su hacienda a cualquier mujer joven que despertara su fantasía. Las colocaba en la casa principal, para evitarles la vida habitual de un esclavo y, de hecho, creó un harén que le proporcionaba sexo, compañía e hijos. Aunque nunca reconoció a los niños como herederos, les proporcionó una educación privilegiada, e incluso envió a algunos de èllos a estudiar en Nueva York.[81]

Santa Cruz y Oviedo bien podía costear, para celebrar sus primeras nupcias (oficiales), una boda extravagante.[82] El vestido de novia costó cinco mil dólares, junto con cuatro vestidos alternativos de tres mil cada uno y un ajuar de unos setenta y cinco vestidos, todos regalados a la novia por don Esteban. Los vestidos fueron diseñados y confeccionados por el destacado diseñador de moda J. N. Genin a partir de la más fina seda y lino adquiridos en el Marble Palace de A. T. Stewart en Broadway. El collar, la pulsera, el broche y los pendientes usados por la novia estaban engalanados con perlas y diamantes, y fueron elaborados por Tiffany and Company como un pedido especial.

La prensa informó los detalles de cómo la pareja se conoció en enero de ese mismo año, cuando Santa Cruz de Oviedo, en un viaje de

[80] J. G. Cantero y E. Laplante: *Los ingenios de Cuba*, p. viii.

[81] M. Rojas: *El harén de Oviedo.*

[82] La descripción de los preparativos y la ceremonia presentada aquí procede de los relatos coincidentes anteriormente citados del *New York Times*, *New York Daily Tribune*, *Harper's Weekly*, y S. Camacho: *Cosas de los Estados Unidos.*

negocios a la ciudad, asistió a una reunión social en la casa de un amigo de la señorita Bartlett. Al parecer, se sintió atraído hacia ella cuando descubrió que no necesitaba que su traductor los presentara, ya que ella hablaba español con fluidez. Más adelante, cuando él enfermó y quedó confinado a su habitación en el Hotel St. Nicholas, ella ayudó a cuidarlo para que él recuperara la salud.

La ceremonia fue oficiada por el arzobispo John Hughes en la antigua catedral de San Patricio en las calles Mott y Prince. No hubo necesidad, como se había planeado originalmente, de una segunda ceremonia en la Iglesia Episcopal Grace. La novia cumplidamente se convirtió al catolicismo. Se enviaron dos invitaciones separadas a los invitados. Una era una elegante invitación azul, para los «íntimos», que debían ingresar a la sacristía por la entrada privada de Mulberry Street y ocupar los cómodos bancos reservados al frente. El resto de la lista de invitados, con invitaciones rojas, tuvieron que ingresar por la entrada pública de Mott y tomar los asientos que encontraron o quedarse de pie detrás de las balaustradas. Un total de dos mil invitaciones fueron enviadas, más de lo que la modesta iglesia podía acomodar. A las diez de la mañana se abrieron de golpe las puertas de la entrada de Mott Street y en solo unos minutos la iglesia se llenó completamente en medio de «bárbaras luchas y una carrera frenética».[83] La ceremonia no comenzaría hasta el mediodía.

Afuera, había alboroto en las estrechas calles que rodeaban la iglesia. El comisario de la policía se encargó personalmente de tratar de imponer orden en una multitud que el *New York Times*, en una hipérbole apropiada para la ocasión, estimaba en cien mil.[84] El tráfico de un día normal de entre semana fue desviado a Broadway con el fin de facilitar el flujo de carruajes hacia y desde la catedral. El cortejo nupcial propiamente dicho fue transportado en ocho carruajes.

La ceremonia duró menos de treinta minutos, lo cual resultó conveniente. El bullicio y la algarabía en la catedral, las «masas humanas susurrantes retorciéndose en movimiento sinuoso»,[85] la multitud empujándose para ver mejor y el desmayo ocasional de una dama, todo

[83] «The Oviedo Nuptials», *New York Daily Tribune.*
[84] «The Marriage of the Season», *New York Times.*
[85] «The Oviedo Nuptials», *New York Daily Tribune.*

ahogaba la voz del arzobispo, que pronunció un combativo sermón contra esos dos profanadores del matrimonio católico: Enrique VIII y Napoleón I. Tan pronto como la novia señaló el final volteándose hacia la multitud y besando a sus damas de honor, la multitud se apresuró en salir para echar un vistazo a la procesión de carruajes que se dirigían a la recepción en el hogar de la familia de la novia, 39 West 14th Street. La policía tuvo que lidiar entonces con la congestión y el desorden resultantes a lo largo de Broadway y la 14th Street. La familia tenía seguridad privada para mantener a la multitud alejada de su casa.

La atención pública no terminó con la ceremonia. Inmediatamente, comenzaron las recriminaciones sobre cómo una boda había sido convertida en semejante espectáculo público, algo que violaba la convención social de la época. La prensa de Nueva York fue criticada por un periódico de Filadelfia por convertir el suceso en algo sensacionalista, algo, argumentó el periódico, que no habría ocurrido en la refinada Filadelfia. El *New York Times* respondió que las propias partes alentaron la atención al anunciar el compromiso y al ser indiscretos acerca de los preparativos, incluso con envío de invitàciones a la prensa.[86] El padre de la novia, escribió una carta al *Times*, respondiendo que no era su familia ni el señor Santa Cruz de Oviedo los que habían hecho públicos los detalles de la boda y que los miembros de la prensa habían sido invitados como «caballeros», no como reporteros.[87]

No era la primera vez que el teniente Washington Bartlett tenía que escribir una carta en defensa de su familia. Cuando el *Daily Tribune* escribió acerca de cómo su hija había atendido a don Esteban mientras él estaba enfermo y confinado en el Hotel St. Nicholas, el teniente consideró el tono de la historia insinuante y escribió una carta al periódico para aclarar que la señorita Bartlett estaba debidamente acompañada cuando visitaba a su novio en el hotel.[88]

[86] «The Late Wedding», *New York Times*, 17de octubre de1859, p. 4.

[87] «The Oviedo Wedding and the Press–Letter from Liet. Bartlett», *New York Times*, 18 de octubre de 1859, p. 8.

[88] «The Bartlett-Oviedo Nuptials: A Correction», *New York Daily Tribune*, 17 de octubre de 1859, p. 7.

Una consecuencia de la boda fue reafirmar la imagen de los cubanos como prototipo del extranjero adinerado de la época. Camacho, el escritor venezolano que vivía en Nueva York, dedicó una crónica completa a la boda. La concluyó contando una conversación cerca de Gramercy Park con una señora que, al enterarse de que Camacho era latinoamericano y aclarando que su hermana era soltera, le preguntó: «¿Conoce Ud. algún cubano como el señor Oviedo?».[89]

Sin embargo, no todos los cubanos neoyorquinos eran hacendados fabulosamente ricos. Para 1860, como se señaló con anterioridad, ya era evidente cierta diversidad de clases dentro de la población de la ciudad nacida en Cuba. Muchas casas de huéspedes de Nueva York aceptaban un creciente número de cubanos que eran artistas, pequeños empresarios, profesionales, artesanos y obreros. Algunas tenían casi exclusivamente huéspedes cubanos. En otras, los cubanos representaban uno de los muchos grupos que compartían la vivienda con huéspedes de Europa y de todos los Estados Unidos. Los cubanos eran aceptados en estas casas multinacionales siempre que fueran blancos, por supuesto. En la Nueva York del siglo XIX, los barrios no siempre estaban segregados racialmente, pero las casas de huéspedes casi siempre lo estaban.

En el Decimoquinto Distrito Electoral, por ejemplo, vivían cuatro hombres blancos cubanos no emparentados, de unos veinte años, en una casa enorme con más de un centenar de huéspedes y catorce sirvientas irlandesas. Los huéspedes, todos blancos, algunos con familias, así como hombres y mujeres solteros, eran de Alemania, España, Irlanda, Puerto Rico, Inglaterra, Polonia y prácticamente de todos los estados del nordeste y del medio oeste.[90] En una casa más pequeña también en el Decimoquinto Distrito, Emily West, una mujer inglesa de cincuenta años, tenía ocho huéspedes cubanos, incluidas dos familias, además de huéspedes de Inglaterra, Alemania y Escocia.[91]

[89] S. Camacho: *Cosas de los Estados Unidos*, p. 116.

[90] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Fifteenth Ward, First District.

[91] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Fifteenth Ward, Third District.

Entre los doce huéspedes cubanos en una casa en el Decimoséptimo Distrito había un ingeniero y un empleado.[92]

Francis Bowman, una mujer de veinticuatro años de edad, nacida en Cuba, administraba una casa de huéspedes en el Octavo Distrito Electoral, lo que ahora es el Soho, con la ayuda de su hermana menor, Elizabeth, nacida en Nueva York, y tres sirvientes alemanes. Debe haber sido un lugar interesante. Tenía veinticuatro huéspedes, todos varones, blancos solteros, entre veinticinco, y cincuenta y cuatro años, y la mayoría ocupados en trabajos creativos. Casi todos eran cubanos, incluidos dos fotógrafos, un escultor, un florista y un fabricante de marcos para cuadros. El resto procedía de España, Portugal, Alemania, Francia y Nueva York, e incluían un sombrerero, un fabricante de cajas para reloj, un platero, un cortador de mármol, un fabricante de sillas y un joyero.[93]

Un joven médico cubano nombrado Augusto Arango, activo en la política revolucionaria de los emigrados, tenía tres huéspedes en su casa de Greenwich Village, donde vivía con su esposa y tres hijos. Los huéspedes de Arango eran hombres de negocios y profesionales de Irlanda, Alemania e Inglaterra (un corredor de bolsa, un importador y un «artista»). La casa de Arango estaba ubicada en 24 West 11th Street. La familia que vivía al lado también tenía huéspedes y estaba encabezada por Charles Scribner, quien indicó su ocupación como «impresor», y cuyos hijos John, Charles y Arthur también vivían allí, pero en 1860 todavía no tenían suficiente edad para entrar en el negocio familiar.

Si bien entre los cubanos en Nueva York la tendencia era que predominaran los comerciantes, profesionales, artesanos, artistas, empleados y estudiantes, había cubanos involucrados en una amplia gama de actividades y con acuerdos de vivienda muy diversos en toda la ciudad. Dos cubanos de Nueva York eran bodegueros, dos eran toneleros, uno carnicero y otro cervecero. Hubo diez cubanos en Manhattan que respondieron «caballero» a la pregunta sobre ocupación, pero

[92] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Seventeenth Ward, Ninth District.

[93] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Eighth Ward, Second District.

solo un cubano era «caballero» en Brooklyn. Cinco de las monjas y maestras de la gran Academia del Sagrado Corazón en Bloomingdale (Duodécimo Distrito Electoral) eran cubanas.[94] En esa misma parte de la ciudad, el Bloomingdale Lunatic Asylum (un manicomio) tenía tres reclusos cubanos en 1860.[95] Había tres hombres cubanos en Tombs, la prisión de la ciudad en el Sexto Distrito Electoral, y uno en la penitenciaría de la isla de Blackwell (ahora Roosevelt). Francisco Beauvais, de veintidós años, vivía en una «hospicio» en el condado de Queens. Luis Fernández era un joven médico que trabajaba en el Hospital Bellevue.[96] Un aprendiz de odontología de diecisiete años vivía con su maestro nacido en Luisiana y su familia en el Decimoquinto Distrito Electoral. En ese mismo distrito, Eugenia Fernández era una sirvienta de dieciséis años en el Astor Place Hotel. Además de Eugenia, doce mujeres cubanas indicaron un trabajo en 1860: seis maestras, dos costureras, una que hacía sombreros, una modista, una que hacía «jornadas de trabajo» y una panadera (esta última en Brooklyn). Anne (sin apellido), de diecinueve años, era la única mujer cubana en una casa con otras siete mujeres blancas menores de veintiocho años. La casa, en el Decimocuarto Distrito Electoral (que ahora es NoLita), tenía cuatro mujeres afroamericanas como sirvientas, y estaba encabezada por Madam Parker, una mujer de Virginia, blanca, de treinta y cinco años, que indicó que tenía una casa de huéspedes. No se registró ninguna ocupación para ninguno de los huéspedes de Madam Parker.

Hacia 1860, la fabricación de tabacos había comenzado a desarrollarse como una actividad importante entre los cubanos neoyorquinos. Veinticuatro cubanos en Manhattan y cinco en Brooklyn la declararon como su ocupación. Esos números son relativamente pequeños en comparación con lo que se registraría en las décadas posteriores a medida que Nueva York desarrollaba una industria tabacalera que utilizaba hojas, así como obreros, de Cuba. Aunque el tabaco

[94] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Twelfth Ward, Third District.

[95] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Twelfth Ward, Third District.

[96] U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Twenty-First Ward, Fifth District.

fabricado en la isla se había importado a Nueva York durante mucho tiempo, la importación de hojas de tabaco cubano para su fabricación en la ciudad fue un fenómeno que comenzó en gran parte en la década de 1850. No fue hasta esa década que las hojas de Clear Havana se hicieron populares en el mercado estadounidense, y aumentaron el consumo en los Estados Unidos.[97]

Las hojas Clear Havana no eran en realidad de La Habana. Ese era el término utilizado para referirse a las hojas de tabaco de color claro de la región de Vuelta Abajo, en el oeste de Cuba.[98] Los tabacos fabricados en los Estados Unidos a partir de dichas hojas llegaron a ser considerados los mejores y más caros que se podían fumar.[99]

En 1851, el *Tobacco Circular*, un boletín mensual de comercio publicado en Nueva York, comenzó a llevar un registro de la cantidad de tabaco en hoja importado desde Cuba a la ciudad. Dividió esas cifras en hojas de tabaco cubano y de Clear Havana. Las primeras eran por lo general de calidad inferior y se procesaban para su uso en una variedad de productos del tabaco, mientras que las hojas de Havana eran las utilizadas para manufacturar tabacos. Al principio de la década solamente se importaba una paca de Clear Havana por cada tres de tabaco cubano. Las cifras reales en 1851, por ejemplo, fueron 14 185 pacas de hojas cubanas y 5 229 de Havana. A partir de 1855, sin embargo, el número de pacas importadas de esta última hojas comenzó a sobrepasar las cubanas por casi dos a uno (22 920 Havana y 12 073 cubanas), lo que indica el auge de una industria tabacalera en Nueva York mediante la utilización de hojas cubanas.[100] Al igual que con el azúcar, este fue otro caso en el que Nueva York obtuvo buenas ganancias por la ulterior elaboración de un producto agrícola importado de la isla. Muchas de esas hojas del Havana fueron convertidas en tabacos por inmigrantes europeos, especialmente alemanes,[101] pero hacia 1860 comienza la entrada de artesanos cubanos en esa industria, así como de importadores y estanqueros cubanos.

[97] W. N. Baer: *The Economic Development of the Cigar Industry*, p. 44.
[98] L. G. Westfall: «Don Vicente Martínez Ybor», pp. vii-viii.
[99] P. A. Cooper: *Once a Cigar Maker*, p. 16.
[100] *Tobacco Circular*, 6 de enero de 1852, s. p., y 5 de enero de 1856, s. p., Arents Collection, Biblioteca Pública de Nueva York.
[101] D. Schneider: *Trade Unions and Community*, p. 54.

La mayoría de los tabaqueros de la isla vivían en casas de huéspedes, ya fueran hombres solteros o con sus familias, en áreas de la ciudad para clase trabajadora. Algunos juntaban sus recursos y compartían una vivienda. José Millián, un tabaquero de veintiocho años, su esposa y su pequeña hija compartieron su vivienda en el Décimo Distrito Electoral con otros dos tabaqueros cubanos, los hermanos Lara. Lo mismo sucedió con Miguel Delgado, un tabaquero de treinta y seis años. Él y su esposa vivían con la familia de otro tabaquero en el Decimoséptimo Distrito Electoral. Además de los tabaqueros, había diez cubanos en la ciudad que eran importadores de tabaco o estanqueros. José Xiqués fue uno de los primeros cubanos en tener una tienda de tabacos en Manhattan. Estaba ubicada en 372 Canal.[102] A los treinta y cinco años, Ramón Latorre, nacido en España, tenía un próspero negocio en 187 Pearl que importaba tabacos cubanos. En 1860, consideró sus activos en $20 000 y era propietario de una casa valorada en $12 000 en West 30 y tanto, donde vivía con su esposa irlandesa, Eleanor, sus tres hijos pequeños nacidos en Nueva York y dos sirvientes irlandeses.[103]

Aunque se comenzaba a ver mayor diversidad de clases entre los cubanos en Nueva York, ello no era cierto aún para la diversidad del color de la piel. De los más de seiscientos cubanos que vivían en la ciudad de Nueva York en 1860 en lo que ahora son los cinco condados, solo dieciséis fueron clasificados como «negro» o «mulato». Muchos de ellos tenían apellidos ingleses o franceses, lo que indicaba que, si bien habían nacido en Cuba, pudieron haber sido de origen antillano. Solo unos pocos eran tabaqueros, la actividad que, en años posteriores, daría cuenta de un número considerable de cubanos no blancos en Nueva York. Los afrocubanos que ya vivían en Nueva York en 1860 trabajaban, con pocas excepciones, en trabajos de baja paga y no calificados: portero, camarero, jornalero, sirviente, etc. Aparte del puñado de tabaqueros que no eran blancos, el otro cubano calificado como no blanco en el censo de 1860 fue un carpintero de barcos de cincuenta años, que vivía en el Octavo Distrito Electoral. La mayoría de los cubanos

[102] *Directory of Tobacco Men in the United States*, s. n.; y U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Fifth Ward, Second District.

[103] *Directory of Tobacco Men in the United States*, s. n.; y U. S. Bureau of the Census: *1860 United States Federal Census, New York City*, Twentieth Ward, Third District.

que no eran blancos le indicaron a la persona encargada del censo que no sabían leer ni escribir. Marie Ann Wales, por ejemplo, una «mulata» nacida en Cuba que vivía en el Veinteavo Distrito Electoral con su esposo, un sastre «mulato» nacido en Carolina del Sur, indicó que ni ella ni su esposo sabían leer y escribir. Pero Genora Simonson, una mujer cubana de veintitrés años que no era blanca y desempeñaba «tareas domésticas generales» en Staten Island, declaró que sí sabía leer y escribir.

Dado el pequeño número de afrocubanos en Nueva York en 1860, es probable que no representaran ningún desafío a la imagen que los neoyorquinos tenían en esa época de los cubanos como hacendados y comerciantes ricos y blancos, una imagen reforzada por la boda Santa Cruz de Oviedo-Bartlett. Sin embargo, el mismo año de la boda, en 1859, otro hecho en el que participó un cubano en Nueva York sirvió para que los neoyorquinos supieran que también había afrocubanos pobres viviendo en la ciudad. El caso de Félix Sánchez involucró una intersección entre raza y nacionalidad poco frecuente, y la prensa de Nueva York parecía confundida ante el concepto de un cubano negro en su ciudad.

Félix Sánchez fue uno de los tres cubanos que en el censo de 1860 se encontraba preso en Tombs, el nombre popular de la prisión de la ciudad en Centre Street. Cómo llegó allí es una historia de violencia doméstica, justicia, esclavitud e identidad racial y étnica en el Nueva York de antes de la Guerra Civil. Se inició en la madrugada del 6 de enero de 1859, cuando la policía de la Octava Comisaría llegó a una casa en la parte trasera de 154 Sullivan Street, justo al sur de Houston, y encontró la escena de un crimen sangriento.[104] Herman Carnon, «un hombre de color», fue encontrado apuñalado en el corazón con una espada. Su esposa e hija resultaron heridas en el ataque perpe-

[104] El relato del crimen fue tomado de los reportajes periodísticos con información coincidente: «Horrible Tragedy in Sullivan Street», *New York Herald*, 7 de enero de 1859, p. 1; «Another Horrible Murder», *New York Times*, 7 de enero de 1859, p. 1; y «Terrible Tragedy in Sullivan Street», *New York Daily Tribune*, 7 de enero de 1859, p. 7.

trado por el hombre que se había casado con la hija del señor Carmon solo unas pocas semanas antes. El presunto autor, Félix Sánchez, de veintiún años de edad, había vivido en la ciudad durante dos años, y realizaba una variedad de trabajos, incluido el de camarero de un hotel, así como también había desarrollado una reputación, según el *New York Times*, de «vindicativo agresivo y un espíritu maligno y vengativo».[365] A la víctima, «un hombre respetable y trabajador», sus amigos le aconsejaron que no permitiera que su hija Sarah Jane se casara con Sánchez, pero Carmon hizo caso omiso de las advertencias y la boda se celebró. Sánchez se mudó con la familia de su nueva esposa. Casi inmediatamente comenzó a ser consumido por los celos, convencido de que Sarah Jane, descrita por el *New York Daily Tribune* como una «vivaz chica de color», se estaba viendo infiel.[366] La mañana del asesinato, Sánchez se armó con una espada y enfurecido trató de matar a su esposa, pero fue Carmon quien terminó muerto cuando intervino para proteger a su hija. Sánchez huyó antes de que la policía llegara al lugar.

Las historias iniciales en el *New York Times*, el *New York Herald* y el *New York Daily Tribune* describían a Sánchez como un «joven español». El *Times* más tarde amplió esa descripción a «un joven español pequeño, de pelo negro, ojos oscuros y bien parecido».[367]

A pesar de una cacería por toda la ciudad, Sánchez no fue detenido. Fue visto por última vez en las cercanías de Fulton Street, cerca del muelle del ferry. La policía buscó en todas partes, incluyendo, según informó el *Times*, las «viviendas de la población española».[368] La historia del *Times* también da detalles sobre los antecedentes del fugitivo.[369] Sánchez había nacido en Trinidad, una ciudad en el centro sur de Cuba, hijo de un rico hacendado cubano y una de sus esclavas. El padre reconoció la paternidad y le dio a su hijo su propio apellido, así como su libertad. El padre de Sánchez se mudó a Nueva York y, finalmente, hizo que su hijo se reuniera con él allí, lo acomodó en una

[365] «Another Horrible Murder», *New York Times*.
[366] «Horrible Tragedy in Sullivan Street», *New York Herald*.
[367] «Another Horrible Murder», *New York Times*.
[368] «Another Horrible Murder», *New York Times*, 11 de enero de 1859, p. 1.
[369] Ídem.

casa de huéspedes y le aseguró un trabajo como aprendiz de sastre. Sánchez tenía un temperamento volátil y poca paciencia para el oficio, y finalmente lo abandonó y se alejó de su padre. Se casó con Sarah Jane el Día de Acción de Gracias, en 1858.

En mayo de 1859, cuatro meses después del asesinato, Félix Sánchez apareció en Nueva Orleáns. Había huido de Manhattan a Mobile con la ayuda de un amigo cubano que, una vez allí, lo traicionó y lo vendió como esclavo, creyendo que Sánchez se quedaría callado debido a la orden de arresto pendiente en su contra. Pero tan pronto como Sánchez llegó a Nueva Orleáns con grilletes para ser vendido, declaró a las autoridades que era un cubano libre y un neoyorquino, lo que llevó a establecer su identidad y rastrearlo hasta el crimen en Nueva York. Sánchez fue citado diciendo que «preferiría tener una vida corta en la horca, que una larga en la cosecha de algodón».[110]

El regreso de Sánchez a Nueva York bajo la custodia del sargento Lent de la Octava Comisaría fue ampliamente cubierto por la prensa de Nueva York. Teniendo en cuenta lo que sabían ahora sobre los antecedentes familiares del asesino y su esclavitud temporal en el sur, la etiqueta de «español moreno» ya no parecía apropiada, y los periódicos al unísono estuvieron de acuerdo en que Sánchez era un «mulato cubano».[111] El reportero del *Daily Tribune*, después de ver al prisionero llegar a Tombs, todavía no estaba claro sobre la raza de Sánchez, y señaló que «él es de constitución delgada y bastante bien parecido, muestra más de español que de negro».[112] El reportero del *New York Herald* se hizo eco de ese juicio cuando escribió durante el juicio que «el prisionero es un joven bien parecido y que muchos lo confundirían con un español».[113] La prensa de Nueva York y, probablemente, la mayoría de los neoyorquinos que siguieron esta historia evidentemente tenían alguna dificultad para categorizar extranjeros de ascendencia racial mixta, en especial cubanos, quienes, después de todo, se suponía que fueran «españoles» blancos.

[110] «City Intelligence: Felix Sanchez, the Murderer Brought to the City», *New York Times*, 30 de mayo de 1859, p. 8.

[111] Ídem; y «Return of Felix Sanchez, the Fugitive Murderer», *New York Daily Tribune*, 30 de mayo de 1859, p. 7.

[112] «Return of Felix Sanchez, the Fugitive Murderer», *New York Daily Tribune.*

[113] «The Sullivan Street Tragedy», *New York Herald*, 11 de junio de 1859, p. 1.

Menos de doce días después de su regreso a Nueva York, se estaba celebrando el juicio de Sánchez en el Court of General Sessions (Tribunal de Sesiones Generales) en Manhattan.[114] Solamente duró dos días y el veredicto, así como la sentencia, se dictaron de inmediato: culpable y condenado a muerte en la horca.[115] En subsiguientes noticias de los periódicos sobre el caso, la prensa dictó otro veredicto: ahora que era un asesino convicto, Sánchez era, sin duda, un «negro cubano».[116] Pero incluso un año después de su sentencia, el *Brooklyn Daily Eagle,* en un seguimiento de la historia, todavía lidiaba con la identidad de Sánchez: «es casi tan negro como un africano».[117]

Las apelaciones legales de Sánchez mantuvieron al verdugo alejado durante varios años, incluso a pesar de que él hacía la clemencia más difícil por ser un prisionero muy problemático en Tombs. Estuvo implicado en un intento de escape en 1860, agredió a un empleado de la prisión en 1861, y en 1862 atacó y casi mató a un compañero recluso.[118]

Ningún registro existente aclara por qué Félix Sánchez nunca fue ejecutado. Tal vez intervino la Guerra Civil o tal vez, dado su comportamiento en la cárcel, se decidió que, al contrario del testimonio pericial presentado en su juicio, estaba loco, después de todo. En diciembre de 1870 un empadronador del censo, asignado al Distrito Trece de Enumeración del Decimonoveno Distrito Electoral, encontró un «Félix Sánchez», un hombre nacido en Cuba de unos treinta años de edad, en el manicomio de Blackwell's Island. Cuando se le preguntó

[114] Ídem; «Trial of Felix Sanchez for the Murder of His Father-in-Law», *New York Times*, 11 de junio de 1859, p. 1; y «Trial of Felix Sanchez for Murder», *New York Daily Tribune,* 11 de junio de 1859, pp. 7-8.

[115] «The Sullivan Street Tragedy», *New York Herald.*

[116] «The Murderers in the Tombs», *New York Times*, 29 de junio de 1859, p. 8.

[117] «Persons Charged with Murder in the Tombs», *Brooklyn Daily Eagle*, 5 de octubre de 1860, p. 2.

[118] «A Desperate Plot Frustrated», *New York Times,* 31 de enero de 1860, p. 5; «New York City News», *Brooklyn Daily Eagle*, 31 de enero de 1860, p. 3; «The Attempted Escape of the Murderers», *New York Times,* 1ro. de febrero de 1860, p. 8; «Felonious Assault by Felix Sanchez», *New York Times*, 19 de noviembre de 1861, p. 5; y «Court of General Sessions», *New York Times,* 28 de enero de 1862, p. 6.

sobre su ocupación, el recluso respondió que muchos cubanos en Nueva York, incluido su padre blanco, habrían dicho: «comerciante». El empadronador del censo inscribió su raza como «de color».[119]

El crecimiento y la creciente heterogeneidad de la población cubana en Nueva York durante las décadas de 1850 y 1860 ayudaron a iniciar una nueva era en el desarrollo del activismo político emigrado. El movimiento anexionista no murió con el fracaso de la última expedición de López en 1851, pero no le quedaría mucho tiempo de vida. Después de 1855 el centro de gravedad del movimiento separatista en Nueva York, se alejó de los intereses económicos de la élite hacia un movimiento revolucionario de base más amplia y más autosuficiente que tenía por objetivo la soberanía de Cuba.[120] Con el aumento de comerciantes, tenderos, artesanos y profesionales entre los cubanos neoyorquinos, el movimiento separatista ya no estaba bajo el control exclusivo de hacendados con intereses económicos transnacionales y conexiones poderosas que favorecían la anexión. Además, las posibilidades de anexarse a Cuba a través de una venta o negociación se hicieron cada vez menos probables.

Los españoles se negaron rotundamente a vender a Cuba, con independencia del precio que los Estados Unidos ofrecieran. La compra de Cuba era el único medio por el cual los Estados Unidos estaban dispuestos a adquirirla en respuesta al interés sureño de anexar la isla. Sin importar la preocupación que había por la «africanización» de Cuba debido a la continuada trata de esclavos y los beneficios que los Estados Unidos pudieran acumular al anexarla, sus sucesivas administraciones no quisieron arriesgarse a entrar en conflicto con España por apoyar las expediciones armadas a la isla.

La elección de Franklin Pierce para la Casa Blanca en 1852 dio a los anexionistas una nueva esperanza, aunque solo efímera, de que los Estados Unidos intentarían una vez más la compra de Cuba. Pierce, un demócrata proexpansionista, dio todas las señales de que él

[119] U. S. Bureau of the Census: *1870 Federal Population Census, New York City*, Nineteenth Ward, Thirteenth District.

[120] G. E. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, p. 19.

tenía un gran interés en adquirir la isla. Su secretario de Estado era un expansionista comprometido, William L. Marcy, exsenador de los Estados Unidos y gobernador de Nueva York. Marcy nombró como embajador en Madrid al expatriado francés y senador de Luisiana, Pierre Soulé, un franco defensor de la anexión de la isla.[121] En agosto de 1853, cuando Soulé se detuvo en Nueva York en camino para ocupar su puesto en Madrid, muchos cubanos de la ciudad lo aclamaron como un héroe, desfilaron y pronunciaron discursos frente al Hotel Nueva York, en Broadway, donde se hospedaba el embajador.[122] Al año siguiente, Pierce autorizó a Soulé a ofrecerle a los españoles $130 millones por la compra de Cuba, más de lo que Polk había ofrecido en 1848.[123] En respuesta el canciller español negó públicamente cualquier posibilidad de vender a Cuba, considerando la decisión una cuestión de honor.[124] Eso esencialmente puso fin a los esfuerzos de los Estados Unidos por anexar a Cuba, sobre todo porque Pierce reafirmó la decisión política de larga data de los Estados Unidos de que la isla no sería adquirida mediante apoyo a medios violentos o extralegales.

Incluso antes de que el intento de Pierce de comprar la isla fuera frustrado por el orgullo español, muchos emigrantes prominentes de Nueva York, en su mayoría anexionistas, decidieron que no podían contar con los Estados Unidos y tenían que tomar en sus propias manos el asunto de expulsar a los españoles de Cuba. Era el comienzo de un período de activismo emigrado que se extendió aproximadamente entre 1852 y 1867, y se caracterizó por corrientes ideológicas cambiantes y diversas que solo tenían en común el deseo de los cubanos de ser libres para determinar el destino de la isla, cualquiera que fuera esa determinación.

A principios de la década de 1850, algunas élites continuaron apoyando la anexión como un resultado deseable. Pero la mayoría de los separatistas estaban dispuestos a desistir de la discusión sobre el

[121] W. Fletcher Johnson: *The History of Cuba*, vol. 3, pp. 136-137.

[122] «Additional City News», *New York Times*, 6 de agosto de 1853, p. 8.

[123] J. M. Pérez Cabrera: «From 1851 to 1867», en Ramiro Guerra y Sánchez *et al.* (eds.): *Break with the Mother Country*, vol. 4, de *A History of the Cuban Nation* (La Habana: Editorial de la Nación Cubana, 1958), capítulo 4, p. 124.

[124] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 204.

futuro de Cuba hasta después de que los españoles fueran obligados a irse. Esto unió a hombres de diversas posiciones ideológicas y económicas dispuestos a colaborar con el objetivo común de poner fin al dominio español sobre la isla.

La organización de expediciones clandestinas caracterizó gran parte del activismo emigrado en la década de 1850. Como vimos en el capítulo 2, esta fue una táctica insurgente iniciada por los anexionistas, especialmente López y O'Sullivan, pero que adquirió aún mayor urgencia en la década de 1850 en la medida en que disminuyeron las perspectivas de una compra por los Estados Unidos o una solución negociada de la cuestión cubana.

Muchos emigrados se identificaron con una expresión para las expediciones que en los Estados Unidos era en gran medida despectiva: *filibustering*. Rodrigo Lazo sostiene que, en el período anterior a la guerra, toda una cultura de filibusterismo invadió el activismo emigrado cubano y que se extendió más allá de las propias expediciones a la literatura y los periódicos.[125]

Lazo explica el origen del término y su aplicación en los Estados Unidos anteriores a la guerra: «Del holandés *vrijbuiter*, o «freebooter», modificado al francés *filibustier* o al español *filibustero*, se hizo común en el siglo XVII como epíteto para los piratas que saqueaban las Indias Occidentales españolas. Este sentido del filibustero como un aventurero criminal, uno que se apropia de objetos por la fuerza, inspiró el «filibuster» inglés».[126]

En la década de 1850, el término se aplicaba a los soldados de fortuna que, en gran medida, constituían las numerosas expediciones que partían de los Estados Unidos para capturar regiones de América Latina. Con frecuencia aparecen referencias a las expediciones de López como filibusterismo porque, sin dudas, incluían a muchos mercenarios europeos y americanos. Los periódicos de Nueva York que criticaban las expediciones, especialmente el *New York Times*, comenzaron a usar el término para referirse a todos los activistas cubanos, incluso a aquellos, por ejemplo, que se reunieron en Broadway para honrar al

[125] R. Lazo: *Writing to Cuba.*
[126] Ibíd., pp. 5-6.

ministro Soulé cuando estuvo en Nueva York.[127] Pero debido a que el término tenía una connotación romántica, vinculada a una historia de desafío de la autoridad española en el Caribe, los cubanos lo aceptaron. Un periódico fundado por cubanos en Nueva York en 1853 se llamó *El Filibustero*.[128]

Después de las expediciones de López, el primer esfuerzo concertado para poner en marcha un movimiento filibustero en Nueva York se organizó el 19 de octubre de 1852, en el Apollo Hall de Broadway.[129] La reunión fue citada por anexionistas que previamente habían estado divididos con respecto a su apoyo a López. Los miembros de la Junta recién elegidos eran un grupo bastante diverso de hombres, que incluía al eterno activista y anexionista Gaspar Betancourt Cisneros, Porfirio Valiente (que acababa de huir de Cuba luego de haber sido implicado en una conspiración), Ambrosio José González (el leal seguidor de López y futuro coronel confederado), Juan Manuel Macías (de quien se habló anteriormente en este capítulo), Cirilo Villaverde (el escritor), Miguel Teurbe Tolón (el poeta y colaborador de López en la creación de la bandera cubana) y el ubicuo John L. O'Sullivan.[130] Domingo de Goicouría fue elegido tesorero de la Junta. De todos esos hombres, Goicouría fue el activista más representativo de este período. Comenzó como un anexionista que contrataba a otros para que lucharan contra España, pero se convirtió en un partidario de la independencia dispuesto y deseoso de arriesgar su propia vida en el campo de batalla. Personificaba, *per se*, la evolución del movimiento separatista durante las décadas de 1850 y 1860. Goicouría era también un hombre con una historia enrevesada que encarnaba no solo los aspectos heroicos y nobles de este período, sino también su lado más oscuro.

Domingo de Goicouría y Cabrera nació en La Habana, hijo de inmigrantes españoles que habían adquirido varios títulos nobiliarios en su

[127] «Additional City News», *New York Times*, 6 de agosto de 1853, p. 8.
[128] R. Lazo: *Writing to Cuba*, p. 21.
[129] «Meeting of the Cuban Patriots», *New York Times*, 20 de octubre de 1852, p. 8.
[130] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 196.

región vasca de origen.[131] A diferencia de la mayor parte de los separatistas ricos, especialmente los anexionistas, el origen de Goicouría no residía en la sacarocracia criolla, sino en la clase comercial española de la capital. A pesar de que la familia era rica, Goicouría y sus hermanos, Gonzalo y Felipe, no se detuvieron con su riqueza heredada, demostraron ser comerciantes muy exitosos por sí mismos, que hacen negocios desde La Habana con agentes comisionistas en Nueva York. En 1858, por ejemplo, los hermanos Goicouría presentaron una demanda en el Tribunal Superior de Nueva York contra Emilio Sánchez y Dolz, un comerciante cubano en Manhattan, que alegaba que les había entregado comisiones de menos por un envío de 310 000 tabacos y una remesa de cueros. La corte ordenó a Sánchez y Dolz pagar a los hermanos $1 525,81.[132]

A diferencia de muchos otros emigrados separatistas, Goicouría no era un intelectual o un escritor, aunque sí recibió una educación privilegiada, pues asistió a escuelas de élite en La Habana, y en Bilbao y La Coruña en España. Temprano en su vida, también vivió durante un tiempo en Inglaterra y Filadelfia, donde estuvo expuesto a los ideales democráticos y desarrolló una vehemente intolerancia hacia la autocracia española.

A lo largo de su vida, Goicouría demostró una asombrosa habilidad para los negocios al resurgir varias veces de la ruina financiera mediante la creación de empresas lucrativas que le permitieron aportar cuantiosas sumas de dinero a la causa separatista cubana. Fue elegido tesorero de la Junta, en gran medida porque se esperaba que él cubriera con su dinero el costo de la expedición planeada. En Cuba él amasó una fortuna personal no solo participando en las empresas comerciales

[131] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 7, pp. 175-176. En la mayoría de las fuentes, la fecha de nacimiento de Goicouría aparece como 23 de junio de 1805, pero en Santa Cruz y Mallén, un respetado genealogista cubano que, evidentemente, examinó el certificado de nacimiento, indica en su genealogía de la familia Goicouría que Domingo nació cinco años después, el 23 de junio de 1810.

[132] Felipe Goicouria y Gonzalo Goicouria contra Emilio Sánchez y Dolz, presentado en Superior Court of New York, Ciudad de Nueva York, 21 de abril de 1858, *Old Records Division, New York County Courts*, número de referencia 1858 # 740.

de su familia, sino también al emprender su propio camino en una serie de negocios, que incluyeron un contrato para construir una línea de ferrocarril de La Habana a Cárdenas, criar caballos, cultivar café y construir la primera fábrica de clavos de la isla.[133]

Goicouría se opuso a la esclavitud y promovió activamente la migración libre de personas blancas a Cuba; personalmente contrató más de dos mil obreros en España para trabajar en la isla.[134] Goicouría Brothers, como negocio, también se mostró activo en la promoción de la importación de trabajadores desde Yucatán, en México, para trabajar en las plantaciones azucareras cubanas bajo acuerdos de servidumbre. Después de traer unos cuatrocientos yucatecos en 1855, el proyecto fue abandonado.[135]

Cuando no estaba en Cuba, o en España, Goicouría residía en Nueva York. No solo hizo negocios allí, sino que estaba casado con Carlota Mora, una hermana de José María y Antonio Máximo, de los que se habló anteriormente como hombres de negocio de Nueva York, que se encontraban entre los primeros del clan Mora en trasladarse a la ciudad. Goicouría educó a sus tres hijos en Manhattan y se convirtió en colaborador de *La Verdad*, el periódico anexionista.[136] Proporcionó la mayor parte de los fondos para una de las expediciones de López y estaba en La Habana cuando fracasó. Los españoles se enteraron de su participación, lo encarcelaron y lo deportaron a España. Regresó a Nueva York poco después, pero la experiencia lo convirtió en un revolucionario comprometido, y después aplicaría a sus actividades separatistas la misma inclinación a la aventura que había mostrado en asuntos de negocios. Esa disposición decidida con el tiempo lo pondría en conflicto con una Junta dominada por empresarios cautelosos, dueños de propiedades e intelectuales.

El historiador Ramiro Guerra y Sánchez, cuando escribió sobre la Junta de Nueva York de 1852, lamentó el «complejo de inferioridad que hizo que la mayoría de los cubanos desconfiaran de su propia

[133] J. L. Tamayo: *Centenario del sacrificio,* p. 6.

[134] *Conmemoración de Domingo de Goicouría en el trigésimo nono aniversario de su muerte*, pp. 20-22.

[135] M. Moreno Fraginals: *El ingenio*, p. 307.

[136] *Conmemoración de Domingo de Goicouría en el trigésimo nono aniversario de su muerte*, pp. 22, 26.

capacidad de acción y de tener fuerza suficiente para derrotar a España militarmente».[137] Esta tendencia, argumentó Guerra y Sánchez, combinada con el interés de los propietarios por evitar un largo conflicto y la evidente falta de experiencia militar de los cubanos, hizo que la Junta siguiera la vieja y desgastada estrategia anexionista del Club de La Habana: «Reclutar y organizar en los Estados Unidos un contingente militar considerable, ponerlo bajo las órdenes de un general experimentado y reconocido, desembarcar en la isla, y luego apoyar a la fuerza invasora con un levantamiento general en la isla».[138]

La Junta contrató a alguien que conocía para liderar el esfuerzo militar: el general John Quitman, exgobernador de Mississippi, el mismo que casi acepta una oferta similar de Narciso López unos pocos años antes. Goicouría no estaba convencido acerca de la elección, en gran medida por las credenciales de Quitman a favor de la esclavitud. Como él estaba poniendo parte del dinero, Goicouría insistió en ir a Natchez para reunirse con el general. La reunión convenció a Goicouría de que Quitman era, según un historiador, un «farsante».[139] Pero Goicouría cedió cuando la mayoría de la Junta decidió confiar en el sureño y darle el medio millón de dólares que habían recaudado.[140] Se esperaba que Quitman reclutara a unos cinco mil hombres para la expedición.

Después de más de un año, Quitman había avanzado poco en tener preparada la expedición. Goicouría se enfrentó a la mayoría en la Junta cuando exigió el despido de Quitman. La Junta decidió ser paciente con el general estadounidense. Al final, Goicouría tuvo razón en su juicio sobre Quitman. El general fue convocado a Washington por el secretario de Estado Marcy, quien expresó las fuertes objeciones de la administración a la expedición planeada, e instó a Quitman a abandonarla. Este lo hizo, y dejó a la Junta sin su expedición y sin su dinero.

Sin duda, expresando la opinión de muchos neoyorquinos, el *New York Times* mostró poca compasión hacia el colapso total de la empresa. El periódico llamó a Quitman «Teniente General de los Filibusteros»,

[137] R. Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, p. 496.
[138] Ídem.
[139] M. A. Carbonell: *Un héroe pintado por sí mismo*, p. 14.
[140] J. J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 58.

y reservó su crítica más dura para lo que veía como un intento de la Junta por presentarse como una víctima clamando por una aclaración sobre su dinero perdido:

> Deben hablar solamente de insensatez, su propia insensatez [...]. En esta ciudad había hombres cautelosos, algunos de ellos traficantes de esclavos, [...] que aportaron la mayor parte de los fondos invertidos, y perdieron en la empresa. La empresa era una de sangre americana. Jóvenes americanos que seguramente estaban condenados si la expedición hubiese salido, mientras que los irreflexivos organizadores del complot, que perdieron solamente dinero, sin el cual estarían mejor, seguirían su vida inalterados por la catástrofe [...]. No tienen ningún motivo racional para pedir compasión.[141]

En agosto de 1855 la Junta se rindió oficialmente, declarando el fin de su campaña mediante la emisión de una declaración que atribuía la culpa de su fracaso a las sucesivas administraciones estadounidenses que se comportaban como los «principales adversarios de los revolucionarios cubanos», a través de «la confiscación de nuestros medios de acción, espionaje constante, y al servir de informantes de nuestros movimientos».[142] Goicouría, no obstante, trató de desvincularse del fracaso de la Junta a través de un pronunciamiento, un largo «te lo dije», emitido en Nueva York, que reivindicaba sus acciones. Argumentó que la verdadera causa del desastre había sido la naturaleza conservadora de la Junta, que hizo que defendiera a Quitman: «Yo no estaba tan ciego como mis colegas, y tuve la suerte de reconocer a tiempo que habíamos cometido un error con el general Quitman».[143] La Junta concluyó, le negó la oportunidad de cumplir con «mi ardiente deseo de derramar mi sangre».[144]

La Junta estaba liquidada, pero no Goicouría. Si los cubanos en Nueva York no podían ser determinantes en la organización de una

[141] «Settling Up», *New York Times*, 4 de julio de 1855, p. 4.
[142] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 210.
[143] Domingo de Goicouría: *Al pueblo de Cuba*, p. 2.
[144] Ibíd., p. 14.

expedición, entonces él uniría fuerzas con un hombre de acción probado, alguien con antecedentes de filibusterismo exitoso. En 1856, el filibustero más célebre era un nativo de Tennessee y abogado de Nueva Orleáns de nombre William Walker, quien dirigió una expedición a Centroamérica para convertirse en el gobernante de Nicaragua. En enero de 1856, Goicouría llegó a un trato con Walker: Goicouría iba a organizar una expedición a la América Central y ayudar a que Walker asumiera el poder en Nicaragua. Una vez logrado esto, Walker ayudaría a Goicouría a expulsar a los españoles de Cuba.[145] El acuerdo satisfizo la necesidad de aventura y de participación militar de Goicouría, así como la posibilidad de renovar la lucha contra el colonialismo español en Cuba. Walker incluso halagó su ego, al darle el título de «general de brigada».[146] La colaboración con Walker, no obstante, fue una movida que incluso el biógrafo y admirador de Goicouría no encontró como justificar, y la consideró su error más grande.[147] Los historiadores nicaragüenses han sido implacables en su crítica al papel de Goicouría en poner a su nación bajo control extranjero.[148] De hecho, su alianza con Walker traicionaba los principios mismos de su lucha contra los españoles en Cuba.

Goicouría mantuvo su parte del trato con Walker. En mayo de 1856 llegó a Nicaragua con unos 250 hombres, y Walker lo envió a la región de Chontales, donde los rebeldes nicaragüenses habían tomado las armas para oponerse a la toma del país por parte de Walker.[149] Goicouría y sus hombres participaron en numerosas batallas; él fue herido en una escaramuza y fue responsable de la ejecución sumaria de varios líderes rebeldes. Un historiador nicaragüense escribió que Goicouría «implantó el terror en la región y como un tigre dejó una estela de sangre tras de sí».[150] Los nicaragüenses le dieron el sobrenombre de Barba Blanca. Aunque solo tenía cuarenta y seis años, su barba se

[145] R. E. May: *The Southern Dream of the Caribbean Empire, 1854-1861*, p. 102.

[146] H. Thomas: *Cuba, or The Pursuit of Freedom*, p. 227.

[147] *Conmemoración de Domingo de Goicouría en el trigésimo nono aniversario de su muerte*, p. 31.

[148] P. J. Chamorro: *El licenciado Jerónimo Pérez*, p. 93.

[149] V. Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, p. 84.

[150] Citado anónimamente por V. Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, vol. 3, p. 84.

había vuelto prematuramente gris, y había decidido no cortársela hasta que Cuba estuviera libre del control español. Ya le cubría el pecho.[151]

Después de instalarse como presidente de Nicaragua, Walker nombró a Goicouría emisario en Europa para obtener apoyo para el nuevo gobierno. Goicouría se detuvo en Nueva York en su camino hacia el continente para reunirse con el comodoro Cornelius Vanderbilt. Walker había anulado previamente el monopolio otorgado a Vanderbilt para operar un lucrativo sistema de transporte fluvial a través de Nicaragua que uniría a los estados del Atlántico y California, y en su lugar otorgó el contrato a dos de los rivales de Vanderbilt en el negocio naviero.[152] Vanderbilt había financiado la expedición de Goicouría a Nicaragua, y el cubano opinaba que Walker cometía un error al aliarse al poderoso magnate estadounidense.[153] Goicouría trató de hacer las paces con Vanderbilt, pero Walker repudió ese esfuerzo conciliatorio y le escribió a Goicouría que no estaba autorizado a negociar con Vanderbilt.[154] Esa acción, por supuesto, molestó a Goicouría, pero no tanto como la siguiente noticia que recibió de Nicaragua: Walker había declarado su intención de instituir la esclavitud en ese país.[155] Con eso, Goicouría rompió todos los lazos con Walker. En una larga carta a varios periódicos de Nueva York, Goicouría denunció a Walker, al alegar que el oriundo de Tennessee planeaba extender su gobierno a toda la América Central, reestablecer la esclavitud y de ese modo crear un «despotismo sureño, para contrarrestar a los Estados Unidos».[156] Después de firmar la carta, Goicouría ponía su dirección neoyorquina: 122 East 13th Street (entre las avenidas Tercera y Cuarta), la cuadra de Manhattan que, casi en su totalidad, era propiedad de su familia política, los Mora.

[151] P. J. Chamorro: *El licenciado Jerónimo Pérez*, p. 96.

[152] W. O. Scroggs: «William Walker's Designs on Cuba», p. 198.

[153] «Heading Off a Steamboat Commodore», *New York Times*, 24 de noviembre de 1856, p. 4.

[154] R. E. May: *The Southern Dream of the Caribbean Empire, 1854-1861*, p. 104; y «A Patriot Extinguished», *New York Times*, 22 de noviembre de 1856, p. 4.

[155] T. J. Stiles: *The First Tycoon: The Epic Life of Cornelius Vanderbilt*. Ver Stiles para un relato completo de la implicación de Goicouría con Vanderbilt y Walker.

[156] «Interesting Correspondence–Goicouria and Walker, et al.», *New York Times*, 24 de noviembre de 1856, p. 1.

Después de unos meses, se mudó a Nueva Orleáns, donde vivió unos años y reconstruyó su fortuna.[157] Mientras estuvo allí, intentó negociar otro acuerdo fallido para liberar a Cuba, esta vez con Benito Juárez de México.[158] La Guerra Civil tuvo consecuencias desastrosas para su negocio naviero en Nueva Orleáns, por lo que se trasladó de nuevo a Nueva York, donde el 12 de junio de 1865, su Common Pleas Court le concedió la ciudadanía estadounidense. Él dio la dirección de 127 East 12th Street, en el mismo vecindario de su familia política.[159]

En 1867, Goicouría se mudó con su familia a Río de Janeiro, donde vivía una de sus hijas casadas.[160] Tenía ya cincuenta y siete años, por lo que se podría pensar que este retiro a Brasil sería el final de su historia. Pero Domingo de Goicouría reaparecería solo un año después en Nueva York para involucrarse en un nuevo capítulo del activismo separatista. Aún no había cumplido la predicción que su padre Valentín le había hecho años antes, cuando Domingo se obsesionó con liberar a Cuba de España: «Los españoles te aborrecen, y un día te van a colgar».[161]

Después de 1857, ni Goicouría ni la Junta estaban activos en el escenario activista de Nueva York. Pero con el crecimiento continuo de la comunidad cubana, también crecían las manifestaciones de un espíritu separatista entre los emigrados. La proliferación de periódicos políticos fue quizás la más evidente de esas manifestaciones. Antes de 1850 solo se habían establecido tres periódicos con orientación política en Nueva York por los cubanos: *El Habanero* de Varela, *El Mensajero Semanal* de Saco y Varela, y el anexionista *La Verdad*. El historiador Enrique López Mesa ha documentado la aparición,

[157] *Conmemoración de Domingo de Goicouría en el trigésimo nono aniversario de su muerte*, p. 33.

[158] J. L. Tamayo: *Centenario del sacrificio*, pp. 9-12.

[159] *New York Petitions for Naturalization.*

[160] *Conmemoración de Domingo de Goicouríaen el trigésimo nono aniversario de su muerte*, p. 35.

[161] Ibíd., p. 17; y M. Á. Carbonell: *Un héroe pintado por sí mismo*, p. 9.

entre 1850 y 1867, de dieciséis publicaciones.[162] La mayoría duraron poco y tenían una frecuencia semanal, quincenal o mensual. Por lo general, surgían como publicaciones oficiales de organizaciones o movimientos de emigrantes que duraban un tiempo limitado y tenían objetivos políticos específicos. Algunas también tenían contenido literario. Pero estos no eran los periódicos de una comunidad étnica o inmigrante. No trataban sobre la vida en un nuevo país; no trataban del mundo del Nueva York cubano. Eran los periódicos de emigrados que intentaban determinar el futuro de su patria. Como señala Rodrigo Lazo, estos periódicos eran textos transnacionales, tanto por su contenido, como por su circulación.[163] Los emigrados escribían para Cuba, así que estas fueron las versiones impresas del movimiento filibustero. Las expediciones estaban destinadas a llevar la lucha armada a la isla. Los periódicos se imprimían y circulaban para llevar a Cuba denuncias del gobierno español, llamados a la revolución y las ideas como la autodeterminación, la democracia, la independencia, la libertad y el progreso.

No había uniformidad en la expresión de esas ideas. Algunos de los periódicos, si no la mayoría, representaban intereses de élite, lo que significaba, por ejemplo, que en la década de 1850 el concepto de libertad no se extendió, explícita o implícitamente, a los esclavos. Por otra parte, al menos un periódico cubano de Nueva York de esa década, *El Mulato*, del que solamente se publicaron trece números en 1854, se dedicó a la causa de la abolición tanto en los Estados Unidos como en Cuba, y criticaba la alianza de muchos emigrados con partidarios de la esclavitud en el sur.[164] Los abolicionistas eran responsables de la publicación de *El Mulato*, en particular Lorenzo Allo, el exalumno de Varela que había visitado a su maestro moribundo en San Agustín.[165] Cuando salió por primera vez, *El Mulato* fue repudiado públicamente por muchos cubanos en Nueva York. Incluso hubo un mitin público para condenarlo. No obstante, la tendencia era a un apoyo creciente a la abolición entre los cubanos. Para la década de 1860, la abolición se

[162] E. López Mesa: *La comunidad cubana de New York: Siglo XIX*, pp. 104-105.
[163] R. Lazo: *Writing to Cuba: Filibustering and Cuban Exiles in the United States*, p. 17.
[164] Ibíd., p. 141. Lazo le dedica un capítulo entero a *El Mulato*.
[165] Ibíd., p. 148.

había convertido en parte de la agenda separatista cubana, especialmente en Nueva York.[166]

Los periódicos representaban una salida para las figuras intelectuales y literarias que se congregaban en esta ciudad y dedicaban su pluma a la causa cubana. Miguel Teurbe Tolón, el poeta y escritor que había colaborado con *La Verdad* y con Narciso López, fue responsable de publicar cuatro periódicos diferentes durante la década de 1850. Cirilo Villaverde, escritor y exiliado que años más tarde, en Nueva York, escribiría la novela cubana más importante del siglo XIX, también colaboró con varios periódicos durante el período anterior a la guerra.[167]

Teurbe Tolón y Lorenzo Allo participaron en la fundación en 1853 de lo que podría considerarse la primera institución cultural cubana en Nueva York, el Ateneo Democrático Cubano, situado en Assembly Hall en 600 Broadway.[168] Se ofrecieron cursos sobre temas como historia cubana, economía política y derecho constitucional estadounidense.

Aparte del trabajo excepcional en Nueva York del padre Varela, ninguna de las primeras organizaciones y publicaciones establecidas por los cubanos en Nueva York se centró en el catolicismo. Por varias razones, principalmente el desarrollo de Cuba como colonia portuaria, la Iglesia nunca tuvo la influencia en la isla que tenía en el resto de América Latina. Cuba ha sido tradicionalmente una sociedad laica.[169] Esto era cierto en especial para los cubanos en Nueva York. Generalmente se pedía a un sacerdote que hiciera una invocación en las reuniones en Nueva York, como lo hizo el padre Valdés en la reunión fundadora de la Junta de 1852, pero no hay evidencia de que

[166] G. E. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, p. 17. Para un análisis detallado de *El Mulato* y la relación entre la causa cubana, el anexionismo, y el movimiento abolicionista, ver N. R. Mirabal: *Suspect Freedoms: The Racial and Sexual Politics of Cubanidad in New York, 1823-1957*, pp. 25-59.

[167] E. López Mesa: *La comunidad cubana de New York: Siglo XIX*, pp. 105-106; y R. Lazo: *Writing to Cuba,* pp. 121-122, 169-191.

[168] E. López Mesa: *La comunidad cubana de New York: Siglo XIX*, pp. 17-18; y R. Lazo: *Writing to Cuba*, p. 127.

[169] L. Pérez: «Cuban Catholics in the United States», pp. 147-157. Presento cinco explicaciones complementarias para la relativa falta de religiosidad y la influencia de la Iglesia en la sociedad cubana.

durante este período hubiera organizaciones o publicaciones católicas. Los cubanos de Nueva York estaban influenciados por la cultura moderna y progresista de la ciudad, y los emigrados tendían a rechazar muchas de las instituciones tradicionales de España. Como vimos en el capítulo 1, incluso los propietarios de las plantaciones se consideraban iluminados.

Por lo tanto, es pertinente que la única organización religiosa establecida por un cubano en Nueva York durante el período anterior a la guerra fuera la Logia Fraternal no. 387, la primera logia masónica de habla hispana en los Estados Unidos. Fue fundada en 1855 por Andrés Cassard, quien llegó a Nueva York como exiliado político de Cuba en 1852, y se hizo francmasón un año después.[170] La Logia no. 387 fue el comienzo de la larga e importante historia de la masonería entre los cubanos neoyorquinos. En 1865 Cassard publicó un periódico, *El Espejo Masónico*.[171]

Los periódicos y las instituciones culturales no fueron, por supuesto, los únicos vehículos para la expresión del activismo emigrado en Nueva York. El período 1855-1867 también vio la celebración de reuniones y manifestaciones, la recaudación de fondos, la creación de organizaciones políticas, e incluso la salida real o la casi salida de una expedición o dos.

Juan Manuel Macías, el partidario de López que se convirtió en comerciante de Nueva York, fue una de las figuras más activas políticamente en la década de 1860. Fue el principal responsable del establecimiento de dos organizaciones dedicadas a reunir a los latinoamericanos en Nueva York comprometidos con la «libertad e independencia para todos los pueblos en el Nuevo Mundo»: la Sociedad Democrática de Amigos de América en 1864; y en 1865, la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico.[172] Macías también se desempeñó como editor de las dos publicaciones afiliadas a esas organizaciones.[173] A principios de 1868, Macías viajó a la República Dominicana para reunirse con el puertorriqueño Ramón Emeterio Betances y el

[170] E. López Mesa: *La comunidad cubana de New York: Siglo XIX*, pp. 18, 67.
[171] Ibíd., p. 67.
[172] Ibíd., p. 21; y J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 63.
[173] E. López Mesa: *La comunidad cubana de New York: Siglo XIX*, pp. 104-105.

dominicano José María Cabral para discutir un plan que Betances había propuesto muchos años antes: la creación de una federación de las Antillas de habla hispana. La iniciativa no avanzó más allá de la etapa de discusión.[174]

Desde 1865 hasta 1867, el separatismo cubano se distrajo brevemente por una iniciativa propuesta por una administración nueva y liberal en Madrid. Los españoles ofrecieron la posibilidad de instituir reformas que les darían a los cubanos un alivio de las opresivas medidas fiscales y arancelarias, así como cierta medida de gobierno interno. Ellos se reunieron en Madrid en una asamblea de dieciséis representantes elegidos en Cuba y cuatro de Puerto Rico para presentar una lista de las reformas propuestas. Muchas élites adoptaron con entusiasmo esta iniciativa reformista, con la esperanza de que España daría a los cubanos suficiente autonomía para gobernar sus propios asuntos, a la vez que mantenían la continuidad económica y evitaban la violencia.

Entre los comisionados electos a la asamblea, llamada la Junta de Información, estuvo José Antonio Saco, antianexionista y colaborador de Varela durante casi cuarenta años en Nueva York. Saco aceptó su puesto con considerable renuencia debido a sus reservas sobre el plan reformista. Otro de los comisionados fue el principal cliente de Moses Taylor, Tomás Terry, elegido en el área de Cienfuegos. El gobierno español nombró a sus propios representantes a la asamblea. Entre ellos se encontraba el viejo rival de Saco en la controversia de 1829 sobre Heredia en las páginas de *El Mensajero Semanal*: el científico español Ramón de la Sagra.[175]

La Junta fue agresiva en sus propuestas y polémica en su debate sobre la abolición. Pero al final, daba igual. El gobierno liberal, mientras tanto, había perdido el poder, y el 16 de abril de 1867, mientras la Junta todavía sesionaba, fue emitido un decreto real dando fin a su trabajo.[176] Los comisionados salieron de Madrid de la misma forma que lo había hecho Varela en 1823, cuando fue allí para promover reformas ante el parlamento español: con las manos vacías y frustrados. En cuarenta y cuatro años, poco había cambiado en la disposición

[174] R. de Armas: «La idea de unión antillana», pp. 141-142.
[175] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 231.
[176] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 160.

del gobierno español hacia la petición de Cuba de cambios en el régimen colonial.

La anexión y el reformismo fracasaron por razones que se originaron no en Nueva York o en La Habana, sino en Washington y Madrid. El presidente James Buchanan había hecho un último intento en 1860 por comprar a Cuba, pero no pudo lograr que el Congreso asignara el dinero.[177] Como señaló el historiador Gerald Poyo, «la política seccional con respecto a la esclavitud en los Estados Unidos hizo que la adquisición de Cuba fuera prácticamente imposible».[178] En Madrid, el gobierno español no solo se negó de manera rotunda a vender a Cuba, sino también rechazó obstinadamente cualquier tentativa de conceder ni un ápice de autonomía a los cubanos.

Con la anexión y el reformismo desacreditados, el movimiento por la autodeterminación cubana se dirigía inexorablemente en una dirección popular, progresista y nacionalista, sin transigir en nada que no fuera la total independencia.[179] Una creciente y diversa comunidad cubana en Nueva York, que ya no estaba dominada por los intereses de la élite de hacendados, acogió esa dirección. Pero los cubanos neoyorquinos sabían, al igual que todos los cubanos, que, a diferencia de la anexión y el reformismo, que podían haberse logrado a través de la negociación, la independencia podía alcanzarse solo a través de la violencia. Recurrir a la violencia ciertamente no era algo nuevo para los separatistas cubanos. Pero lo que estalló en octubre de 1868 fue, sin duda, algo nuevo. En su intención y alcance, no se parecía a nada que se hubiera experimentado antes mediante conspiraciones, expediciones e insurrecciones locales.

Era la guerra. Apareció de manera inesperada, literalmente de la nada, porque no se originó en los lugares habituales. No se fraguó en los salones de reuniones o en las oficinas de periódicos de los emigrados en Nueva York, ni en las plantaciones de azúcar de Matanzas y ni siquiera en las casas habaneras de intelectuales o comerciantes

[177] Ibíd., 120; y J. I. Rodríguez: *Estudio histórico...*, pp. 196-210.
[178] G. E. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, p. 10.
[179] Ibíd., p. 19.

impacientes. Provenía de la alejada zona que se encontraba al este de Cuba, iniciada por terratenientes durante mucho tiempo desatendidos y resentidos, la mayoría de ellos prácticamente desconocidos en La Habana o Matanzas o Nueva York. Pero en 1868, cuando esos orientales decidieron que estaban hartos del régimen colonial y estaban dispuestos a arriesgarlo todo para acabar con él, Cuba y su comunidad emigrada en Nueva York no volverían a ser las mismas.

Parte II
La guerra: 1868-1895

4
La guerra y el éxodo

La situación general de Cuba era grave y desconsoladora. La guerra lo dominaba, lo invadía todo [...] a la antigua calma, al dulce sosiego de la vida campestre, tan agradable en Cuba, había sucedido la horrible tempestad de las pasiones.

EMILIO SOULERE: *Historia de la insurrección de Cuba*, vol. 1, p. 83.

Con honda pena dejamos el país que nos vio nacer, y le dimos nuestro último adiós con lágrimas en los ojos y el dolor en el corazón. Los caros objetos que allí dejábamos, nuestra adorada madre, nuestra familia querida, los amigos de toda la vida, quedaban en la isla, amargada como estaba de grandes perturbaciones, de sangrientos cataclismos.

CARLOS DE SEDANO: *Cuba: Estudios políticos*, p. 380.

MIENTRAS JOSÉ MANUEL MESTRE RECORRÍA las bulliciosas calles de La Habana hasta el Palacio de los Capitanes Generales, se preguntaba por qué lo habían convocado allí para una reunión con el gobernador militar. Sin embargo, tenía la esperanza de que el gobernador anunciara el comienzo de una nueva era en la relación de España con su colonia.[1] Un anuncio tal, sentía Mestre, era justamente lo que se necesitaba. Corría el 24 de octubre de 1868, y él consideraba que la situación política de la isla estaba en un momento crítico, le escribió a un amigo, «y como de la pérdida de la esperanza se va en camino de la desesperación, es de temerse que todo venga a parar en demostraciones de carácter grave y en un rompimiento decisivo».[2]

[1] La mañana del 24 de octubre, Mestre escribió una carta a Miguel Aldama, que estaba en Nueva York, en la cual expresaba sus expectativas sobre la reunión, aunque reconoció no conocer el propósito de esta. (J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, p. 101). A menos que se señale lo contrario, esta biografía de Rodríguez es la fuente de la mayor parte de la información que se presenta aquí sobre Mestre y sobre la reunión del 24 de octubre.

[2] Carta de Mestre a Nicolás Azcárate, 15 de octubre de 1868, reproducida en J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, p. 99.

Mestre tenía treinta y seis años, y era un destacado abogado y profesor habanero. Su ascenso a las clases altas de La Habana no había sido típico. El padre de Mestre, nacido en la región española de Cataluña, no era ni un hacendado ni un comerciante, sino chocolatero, dueño de una modesta fábrica y tienda en la calle Ricla (ahora Muralla), en el corazón de La Habana.[3] Cuando José Manuel tenía solo doce años de edad, su padre murió, y dejó una viuda y cuatro hijos. La tragedia, sin embargo, amplió las oportunidades de Mestre considerablemente, más allá de la fabricación de chocolate. Su tía materna se había casado con un hombre rico y no tenían hijos, por lo que asumió la responsabilidad financiera de la educación de sus sobrinos, y los colocó en las mejores escuelas de la ciudad. Con el tiempo, José Manuel estudió en la Universidad de La Habana, y se graduó de Filosofía y Derecho con honores. Contaron, entre sus profesores y compañeros estudiantes, los pensadores y escritores más destacados de La Habana en aquel momento, como Felipe Poey, Antonio Bachiller y Morales, José Ignacio Rodríguez, Nicolás Azcárate, Enrique Piñeyro, Francisco Fesser y Néstor Ponce de León.[4] Se hizo de una reputación como abogado y académico, juzgó con éxito algunos casos penales de alto perfil, manejó los asuntos legales de muchas de las familias más ricas de la ciudad e impartió lecciones de filosofía en la universidad.

En 1856 Mestre ingresó al clan Alfonso-Aldama-Madan a través del matrimonio. Su esposa, Paulina Alfonso, era la nieta de Gonzalo Alfonso, el suegro de Domingo Aldama, y por lo tanto ella era prima hermana de Miguel Aldama.[5] El biógrafo de Mestre y amigo de toda la vida, José Ignacio Rodríguez, afirmó que, si bien el matrimonio de Mestre lo ayudó mucho en su carrera legal, no lo empujó al negocio azucarero de la familia de su esposa, ni lo apartó de su oposición a la esclavitud. Mestre siguió siendo abogado y académico, además de abolicionista. Rodríguez recordaba la fascinación de Mestre con la *Cabaña del tío Tom* y su interés en que se publicara una traducción libre adaptada al entorno cubano.[6]

[3] C. R. Rodríguez: «José Manuel Mestre», p. 378.
[4] J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, p. 9.
[5] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 3, pp. 9, 13.
[6] J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, pp. 67-69.

La primera incursión de Mestre en la política fue durante el intento reformista de 1867. Apoyó activamente el trabajo de la Junta de Información, que se había establecido para tratar de obtener de Madrid en alguna medida un gobierno interno y de reforma fiscal en Cuba y Puerto Rico. José Morales Lemus, Nicolás Azcárate y José Antonio Echeverría, tres de sus más cercanos amigos, fueron representantes ante la Junta, cuyo trabajo se vio frustrado por la caída del gobierno liberal en España, pero en septiembre de 1868 una revolución destronó a la reina, y llevó al poder a otro gobierno liberal que prometió ampliar los derechos y las libertades a todos los españoles, lo que dio una esperanza renovada a los reformistas cubanos.[7]

Para muchos en La Habana, como Mestre, el nuevo gobierno de Madrid representaba la última esperanza para evitar el «cisma decisivo» que se cernía sobre el horizonte oriental. El 10 de octubre, los terratenientes del valle del río Cauto, con centro en las ciudades de Bayamo y Manzanillo, declararon su independencia, liberaron a sus esclavos, y formaron un ejército y un gobierno. Había comenzado la guerra. Aunque no le habían dicho el motivo de la reunión del 24 de octubre con el gobernador, Mestre esperaba que, en respuesta a esa amenaza, este anunciaría ante miembros prominentes de la sociedad habanera la intención del gobierno español de extender sus reformas liberales a la isla.

Mestre no era el único que no conocía el propósito de la reunión con el gobernador. El anfitrión, el gobernador Francisco Lersundi, tampoco sabía por qué le habían pedido reunirse con un grupo de residentes de La Habana. Y desde luego no tenía órdenes ni intenciones de anunciar reforma alguna en la forma en que Cuba era gobernada. Lersundi era leal a la reina depuesta. De hecho, el gobierno de su majestad lo había nombrado al primer puesto de La Habana solo un año antes, precisamente para sofocar cualquier manifestación de reformismo o separatismo entre los cubanos. Esperaba que el nuevo gobierno liberal lo retirara en cualquier momento, lo que le parecía bien. No le interesaba implementar un plan de reforma para flexibilizar al gobierno colonial. Los reformistas como Mestre esperaban que el gobernador fuera destituido y devuelto a Madrid. Sería una señal

[7] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 271.

de que el nuevo liberalismo de España estaba a punto de extenderse a Cuba. Además, Lersundi era impopular en la colonia. Era un hombre con disposición autoritaria y comportamiento brusco que era intolerante ante cualquier discusión sobre el estado colonial de la isla.

El gobernador Lersundi vivió y trabajó en el mismo magnífico edificio colonial que durante casi un siglo había albergado a sus predecesores. Era conocido entonces, e incluso hoy, como el Palacio de los Capitanes Generales, porque ese era el título oficial de los gobernadores coloniales de España. La gobernación era un puesto militar, lo que reflejaba cómo los españoles administraban su colonia.

Mientras caminaba hacia la reunión a lo largo del pasillo abierto y arqueado que rodea el patio del palacio, el gobernador tenía en su mente, sin duda, extinguir la insurgencia en el este. Una reunión con residentes de La Habana era lo peor que podía haberle sucedido ese sábado por la noche. Por eso es que se sintió muy disgustado cuando entró en la habitación y, en lugar del puñado de visitantes que esperaba, había más de cincuenta personas esperándolo.[8] Se había corrido la voz en La Habana de que el gobernador realizaría una reunión política y que todos los residentes prominentes habían sido invitados. El principal organizador del evento, Apolinar del Rato, un español, realista y partidario de Lersundi, pensó que la reunión sería una buena oportunidad para que el gobernador limara asperezas con los lugareños, tal vez suponiendo que los criollos habaneros como Mestre no apoyaban a sus compatriotas orientales. Los testigos recordaban haber visto la cara de Lersundi contraerse en una expresión de enojo. Inmediatamente, dijo a los visitantes que no esperaba una reunión tan grande y que no le agradaba. Se hizo un silencio incómodo cuando se evidenció que el gobernador no tenía nada que decirle al grupo. Del Rato intentó salvar la situación diciendo que todas esas personas se habían reunido en un momento tan difícil para expresar su solidaridad con las políticas y acciones del gobernador.

Mestre había ido a la reunión para escuchar y no para hablar, pero no podía tolerar la grosera tergiversación de su posición hecha por Del

[8] J. Zaragoza: *Las insurrecciones de Cuba*, pp. 244-246. Zaragoza, un oficial español, probablemente estuvo presente en la reunión. Su relato de esta concuerda en todos los detalles con lo referido por José Ignacio Rodríguez, en su biografía de Mestre, *Vida del doctor José Manuel Mestre,* pp. 111-114.

Rato. Pidió la palabra, y luego de expresar los respetos apropiados al gobernador, Mestre expresó firmemente su esperanza de que las libertades que el nuevo gobierno de Madrid había prometido se extenderían a los cubanos, y que esa era la única forma de garantizar la paz y la prosperidad futuras de la isla. Después de Mestre solo habló otra persona, Juan Modet, un coronel español del cuerpo de ingenieros del ejército colonial, que expresó su apoyo a las palabras de Mestre. Pero no pudo terminar. Lersundi ya había escuchado suficiente. Interrumpió a Modet y declaró terminada la reunión, pero no sin antes decir que «sentía mucho estar viendo que lo habían engañado» esa tarde, y que las opiniones expresadas no eran diferentes de las motivaciones de los insurrectos orientales. Además, dijo que el tiempo para hablar había terminado y que su administración tenía los medios necesarios para castigar a los «rebeldes y agitadores» y sofocar el levantamiento.

No hubo consecuencias inmediatas para Mestre, ni para los demás asistentes, con la excepción del coronel Modet. Los españoles tenían un nivel de tolerancia muy bajo para los cubanos rebeldes, pero, aparentemente, ninguno en absoluto para los suyos. Modet fue retornado a España de inmediato, y su carrera acabada. Lersundi permaneció como gobernador durante casi tres meses más; al final fue sustituido no porque no fuera liberal, sino porque no logró ahogar la rebelión. No hubo reformas.

La breve reunión del 24 de octubre de 1868 fue un punto de inflexión, o más exactamente, un punto de no retorno para los cubanos como José Manuel Mestre. Después de eso, como señaló un historiador, «se sometió a lo inevitable»,[9] y apoyó activamente el movimiento armado iniciado por los orientales, la mayoría de los cuales no conocía personalmente. El «cisma decisivo» que él temía pronto envolvería a la isla, y llevaría a Mestre y a muchos otros cubanos a Nueva York.

El este de Cuba no fue bendecido, o maldecido, por la revolución azucarera que se extendió por la parte occidental de la isla en el siglo XIX. Los ingenios azucareros en Oriente, la provincia más oriental de Cuba, tendían a ser pequeñas empresas, muchas de ellas

[9] C. R. Rodríguez: «José Manuel Mestre: La filosofía en La Habana», p. 386.

todavía molían con tracción animal y tenían pocos esclavos.[10] En 1868, el hombre más rico de toda la región oriental era probablemente Francisco Vicente Aguilera, quien poseía tres modestos ingenios azucareros, que en total solo tenían quinientos esclavos. En Oriente, no hubiera podido acumular su capital, estimado en más de $3 millones, si hubiera dependido únicamente del azúcar y la esclavitud. Poseía más de 9 981 caballerías de tierra dedicadas al café, tabaco y pastoreo de unas treinta y cinco mil cabezas de ganado y cuatro mil caballos. También poseía numerosos edificios y parcelas en varias ciudades de la región, incluidos un teatro y un almacén de productos textiles en Bayamo, donde nació.[11]

Aguilera, en muchos sentidos, era un típico terrateniente del este de Cuba. A diferencia de sus contrapartes occidentales, la élite terrateniente de las provincias de Oriente y Camagüey estaba muy alejada de sus raíces españolas. Eran descendientes de españoles que habían llegado a Cuba en los siglos XVI o XVII como parte de la colonización original de la isla por España. Se establecieron en grandes propiedades rurales, y al paso del tiempo el desarrollo de la isla los ignoró cuando el núcleo de la actividad económica de la colonia se trasladó a La Habana. El puerto en la costa noroeste se convirtió en el centro del comercio español en el Nuevo Mundo y eventualmente, como vimos en el capítulo 1, se volvió el corazón de una revolución azucarera que trajo riqueza sin precedentes a la isla. El auge del comercio y el azúcar creó nuevas élites en La Habana, como los Madan, los Aldama y los Alfonso, la mayoría de los cuales llegaron a fines del siglo XVIII o principios del XIX.

Las élites orientales quedaron estancadas en una economía agrícola más modesta y diversificada, que daba mayor importancia a la producción de ganado, especialmente en el Valle del Cauto, alrededor de las ciudades de Bayamo, Manzanillo y las Tunas, y también en las llanuras de Camagüey, una región vasta y escasamente poblada, ubicada en la zona centro oriental de Cuba, cuyo eje estaba en la ciudad de Puerto Príncipe, nombre curioso para un asentamiento interior. Los orientales habían vivido en relativo aislamiento durante generaciones, se

[10] H. Thomas: *Cuba, or The Pursuit of Freedom*, p. 241.
[11] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 266.

casaban entre ellos y desarrollaron una economía que dependía poco de España. Vendían su carne curada a los ingleses y franceses que tenían muchos esclavos que alimentar en sus plantaciones de azúcar en todo el Caribe. Además, las fincas diversificadas del este utilizaban algunos trabajadores libres y, por tanto, dependían menos de los esclavos que las del oeste.[12]

Aguilera, nacido en 1821, era un cubano de quinta generación cuyos antepasados habían llegado a Bayamo desde las Islas Canarias en el siglo XVII.[13] Las familias de Puerto Príncipe, como los Agramonte, los Miranda y los Varona, tenían historias aún más largas en Cuba, al haber llegado en el siglo XVI.

Las élites orientales habían soportado generaciones de abandono por parte de las autoridades coloniales. Tenían pocos lazos sentimentales o económicos con España. Para ellos, el gobierno colonial solo significaba opresión e impuestos. Sin una gran dependencia de la esclavitud y el azúcar y, por lo tanto, sin un interés económico en la continuación del régimen colonial o esclavo, a los patricios orientales, como Aguilera, las fórmulas anexionistas o reformistas no les servían de nada.[14] Lo único que tenía sentido para ellos era la independencia, y a diferencia de sus cautelosos compatriotas habaneros, que temían las consecuencias de la violencia para sus intereses económicos, los orientales tenían relativamente poco que perder y estaban dispuestos a arriesgarlo todo. El deseo de libertad e independencia era avivado por la educación privilegiada que recibieron Aguilera y sus coetáneos orientales, incluso en los internados en La Habana, y los viajes a Europa y los Estados Unidos, donde habían estado expuestos a ideales liberales y democráticos.[15] A diferencia de la sacarocracia habanera, que eran residentes en la capital y solo visitantes en sus propiedades, las élites orientales vivían principalmente en sus propiedades rurales, así que tenían experiencia en el manejo de caballos, armas y espadas y, por tanto, eran más propensos y estaban mejor preparados para recurrir a un conflicto armado que sus contrapartes occidentales, cuyo activismo separatista siempre se había limitado a iniciativas

[12] A. Ferrer: *Insurgent Cuba*, p. 19.
[13] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, pp. 21-22.
[14] M. Moreno Fraginals: *Cuba/España, España/Cuba*, p. 233.
[15] A. Ferrer: *Insurgent Cuba*, p. 23.

reformistas o al pago de expediciones en las que otros luchaban. Aguilera y sus contemporáneos en el este eran, por tanto, hombres de acción, y para finales de la década de 1860 estaban más que listos para actuar de manera decisiva con respecto a los ultrajes de España.

Las logias masónicas de Bayamo, Manzanillo y Puerto Príncipe constituyeron los instrumentos para organizar la rebelión. La masonería ofreció una alternativa atrayente a los cubanos liberales que consideraban a la iglesia católica como un aliado de los españoles. Las logias secretas también sirvieron para ocultar las reuniones clandestinas que fraguaron la unidad de varios centros de agitación de la región en un movimiento revolucionario.[16] Aguilera, ya en sus cuarenta años, era el Venerable Maestro de la Logia Estrella Tropical no. 19, en Bayamo. Otro oriundo de Bayamo, Carlos Manuel de Céspedes, dirigió la Logia Buena Fe. En Puerto Príncipe, la Logia Tínima no. 16 (llamada así por un río en el área) reunió a algunas de las figuras más prominentes de la sociedad de Camagüey, incluidos Salvador Cisneros Betancourt, Bernabé Varona e Ignacio Agramonte.[17]

Fue Céspedes quien proporcionó la chispa para la rebelión armada. Abogado que había adquirido un modesto ingenio azucarero de su hermano, dirigió la mayoría de las reuniones clandestinas que condujeron al levantamiento. Hombre de personalidad impulsiva y excelente jinete y esgrimista, Céspedes había estudiado en La Habana, España, Alemania e Italia. De vuelta a Bayamo, fue encarcelado varias veces por su conocida oposición al dominio español, y finalmente fue expulsado de la ciudad y se instaló en la cercana Manzanillo.[18]

Debido a su naturaleza impaciente, o tal vez porque temía que los españoles estuvieran a punto de descubrir la conspiración, Céspedes declaró el comienzo de la guerra antes que Aguilera y los demás estuvieran listos. El 10 de octubre de 1868, en su ingenio azucarero, liberó a sus esclavos y proclamó el comienzo de una guerra que duraría diez años. Todos los demás centros de oposición se vieron obligados a actuar. Céspedes emitió un manifiesto que había sido redactado

[16] P. D. Camacho: *Aguilera: El precursor sin gloria*, p. 26; y L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, pp. 264-265.

[17] E. Torres-Cuevas: «Vicente Antonio de Castro, el Gran Oriente de Cuba y las Antillas y la ruptura del 68», pp. 168-172.

[18] L. Torres Hernández: «Céspedes y el 10 de octubre», pp. 94-95.

conjuntamente con los demás líderes, donde declaraba la independencia y se nombraba a sí mismo el principal oficial militar.[19]

Al principio, las autoridades españolas en La Habana minimizaron la rebelión. El proespañol *Diario de la Marina* la caracterizó como una «cuadrilla insignificante», y que «se han apresurado a enviar fuerzas para ahogar instantáneamente a ese aborto, que tiene tanto de ridículo como de insensato y de criminal».[20] Pero las fuerzas de Céspedes crecían rápidamente, incrementadas con agricultores blancos, así como con esclavos y negros libres.[21] Carecían de uniformes y armas adecuadas, pero lograron algunas victorias tempranas, principalmente la captura de Bayamo, que se rindió a las fuerzas rebeldes el 22 de octubre.[22] A finales de mes, Céspedes tenía casi diez mil hombres bajo su mando.[23] El levantamiento se extendió aún más cuando los camagüeyanos, encabezados por Ignacio Agramonte y Salvador Cisneros Betancourt, se unieron al levantamiento en noviembre.

El gobernador Lersundi y su gobierno militar no estaban preparados para lidiar con la rebelión. Solo había alrededor de siete mil tropas españolas regulares en la isla.[24] El gobernador rápidamente se movió para activar y ampliar el número de *voluntarios*, un cuerpo paramilitar de leales al régimen que estaban dispuestos a defender las propiedades españolas con ferocidad, reafirmar el control colonial sin piedad y poner a los cubanos rebeldes en su lugar. Con el apoyo financiero de algunos de los españoles ricos de la isla, se reclutaron más voluntarios en España, con promesas de gratificaciones una vez que la rebelión fuera derrotada.[25] Pero en diciembre, la rebelión todavía estaba en su apogeo y Lersundi fue finalmente llamado a Madrid. Uno de los legados de Lersundi fue dejar una fuerza de al menos treinta y cinco mil voluntarios en toda la isla.[26] Fue un legado lamentable. Los nuevos

[19] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 171.
[20] *Diario de la Marina*, 15 de octubre de 1868, p. 2.
[21] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 174.
[22] E. Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón*, p. 5.
[23] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 174.
[24] Ibíd., p. 176.
[25] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 286.
[26] A. W. Quiroz: «Loyalist Overkill: The Socioeconomic Cost of "Repressing" the Separatist Insurrection in Cuba, 1868-1878», p. 266.

reclutas tendían a ser jóvenes, pobres, sin educación e imbuidos de un ferviente patriotismo y odio hacia los cubanos rebeldes. Constituían un «elemento antisocial y provocador», según un historiador.[27]

El primero en cosechar el legado de Lersundi fue su sustituto, el general Domingo Dulce, un hombre cercano al nuevo gobierno liberal en Madrid. Fue enviado a Cuba con instrucciones de intentar un enfoque conciliador hacia la rebelión. Cuando llegó a La Habana el 4 de enero de 1869, recibió una recepción fría de los voluntarios y otros elementos leales de la ciudad. Dulce emitió de inmediato dos proclamas a las que se opusieron con vehemencia aquellos que favorecían una represión enérgica contra los insurgentes. En una proclamó la libertad de expresión y de prensa, excepto en los temas de la iglesia y la esclavitud. En la segunda ofreció una amnistía general a los rebeldes, para perdonarles cualquier delito contra la vida y la propiedad si se desarmaban en cuarenta días.[28]

La reacción a las medidas de conciliación fue rápida e intransigente. Un grupo de prominentes ciudadanos españoles de Santiago de Cuba envió una carta violenta al gobernador, exigiendo que «las graves enfermedades se combaten con remedios heroicos, no con paliativos» y argumentando que «los hombres honrados jamás pueden transigir con el crimen».[29] Emilio Soulere, un diplomático español en La Habana que apoyó las medidas de Dulce, señaló en sus memorias que nunca antes nadie había cuestionado la autoridad de un capitán general con un «lenguaje tan inconveniente».[30]

Los voluntarios se volvieron frenéticos, provocaron varios episodios violentos en La Habana contra los que eran percibidos como simpatizantes de los insurrectos y desencadenaron una ola de terrorismo en toda la ciudad que costó la vida incluso de mujeres y niños.[31] Sus partidarios entre la élite española de la ciudad llevaron a cabo una virulenta campaña de prensa con la intención de desacreditar a Dulce,

[27] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 296.

[28] R. de Montaud: *La restauración en Cuba*, pp. 13-14.

[29] Reimpreso en E. Soulere: *Historia de la insurrección de Cuba, 1869-1879*, vol. 1, pp. 60-63.

[30] E. Soulere: *Historia de la insurrección de Cuba, 1869-1879*, p. 63.

[31] F. J. Ponte Domínguez: *Historia de la Guerra de los Diez Años*, pp. 159-163; y L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, pp. 296-297.

y muchos ricos, fieles al régimen, financiaron el reclutamiento y los salarios de más voluntarios.[32] Con mayor número de voluntarios que de tropas regulares, el acosado gobernador estaba bajo asedio en su propio palacio. Su situación se volvió insostenible cuando Céspedes rechazó la oferta de amnistía y prometió seguir luchando.

Rechazado por los insurgentes, a Dulce no le quedó más remedio que hacer un cambio radical y apaciguar a los voluntarios y sus partidarios. Madrid lo autorizó a emitir dos edictos represivos el 12 de febrero. Uno restablecía los controles sobre la expresión política, especialmente la prensa. El otro describió lo que, en adelante, se considerarían actos de traición para ser juzgados por los tribunales militares. Estos incluían rebelión, conspiración, sedición, albergar o apoyar a rebeldes y criminales, expresiones subversivas cualesquiera, reunión o asociación política y alteraciones del orden público.[33] Las medidas represivas aumentaron vertiginosamente a ambos lados del conflicto. En los campos de batalla, se dio la orden de llevar a cabo ejecuciones sin juicios. En sus memorias, el general español Antonio Peláez rememoró las órdenes que recibió directamente de Dulce:

> Las instrucciones que recibí del General en Jefe [Dulce] no fueron nada suaves: todo cabecilla, fusilado: toda persona que con medios naturales e influencia moral contribuyese al fomento y sostén de la insurrección [...] fusilado [...]. Verbalmente se me ordenó que todo médico, abogado, escribano y maestro de escuela que se aprehendiese con los insurrectos, fuese fusilado en el acto [...] ordené que todo rebelde, que se cogiese prisionero en el acto de una acción, ó en la persecución, fuese fusilado.[34]

Como presidente de la recién proclamada República de Cuba en Armas, Céspedes respondió con sus propias órdenes, emitidas como edicto desde su cuartel general:

> Todo prisionero que haya tomado las armas en clase de voluntario contra la república, será irremisiblemente pasado por las armas

[32] Á. M. Fernández: *España y Cuba, 1868-1898*, pp. 136-137.
[33] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, pp. 300-301.
[34] Citado en C. M. Trelles y Govín: *Biblioteca histórica cubana*, vol. 1, p. 333.

> [...] la actual guerra de independencia no reconoce neutrales entre los habitantes de la isla, pues el que no está con nosotros se considera enemigo y será juzgado y castigado según convenga [...] todo el que hiciere algún servicio voluntario al gobierno español será pasado por las armas inmediatamente después de su aprehensión.[35]

En La Habana y otras ciudades, los voluntarios se dedicaron a aplicar las nuevas medidas represivas con saña. Doscientos cincuenta hombres, en su mayoría profesionales y miembros de las clases altas y medias, cayeron en una redada y fueron encarcelados. Madrid autorizó a Dulce a deportarlos a la colonia española de Fernando Poo, una pequeña isla en el Golfo de Guinea que ahora se llama Bioko, frente a las costas del actual Camerún en África Occidental. Los doscientos cincuenta fueron desterrados de Cuba el mismo día, lo que creó una escena dramática que probablemente tenía la intención de generar temor en los residentes de La Habana. Los hombres habían sido encarcelados en la fortaleza de Cabaña, situada en un acantilado al otro lado de la bahía de la ciudad. El 21 de marzo de 1869, marcharon por la pasarela exterior que se extendía en espiral desde la fortaleza hasta la bahía, a plena vista de la multitud que se había congregado al otro lado de esta en el borde de la costa de la ciudad o en los techos de las casas.[36] Muchos en la multitud eran familiares de los prisioneros, que esperaban vislumbrar una última vez a sus seres queridos antes de que fueran llevados a bordo del *San Francisco de Borja* para el largo viaje a Fernando Poo.

Toda la escena fue captada por un artista en dos dibujos publicados en *Harper's Weekly* (fig. 4.1 y 4.2).[37] Los prisioneros y los observadores fueron representados muy bien vestidos. Las mujeres llevaban vestidos finos, sombreros y sombrillas. Puede que no haya sido una exageración del artista. Entre los prisioneros había diecisiete que tenían propiedades, cincuenta y dos empleados, nueve abogados, tres brókeres, dos banqueros, siete administradores de plantaciones de azúcar,

[35] Citado en E. Soulere: *Historia de la insurrección de Cuba, 1869-1879*, p. 96.
[36] J. B. Saluvet: *Los deportados a Fernando Póo*, p. 6.
[37] «The Cuban Revolution», *Harper's Weekly*, 10 de abril de 1869, pp. 225 y 232.

tres dentistas, siete maestros, cuatro farmacéuticos, cuatro ingenieros, tres jueces de paz, seis médicos, un arquitecto, cinco maestros azucareros, cuatro topógrafos, el presidente de una compañía de gas e incluso «un pintor de la historia».[38]

Figura 4.1. Los prisioneros escoltados desde la fortaleza de La Cabaña hasta el barco *San Francisco de Borja* en la bahía de La Habana para deportarlos a la isla colonia de Fernando Poo. (Fuente: *Harper's Weekly*, 10 de abril de 1869, p. 225).

[38] [J. I. Rodríguez]: *The Book of Blood*, 1871 ed., pp. 38-39. También había estudiantes, tabaqueros, un sastre, carpinteros, clérigos, zapateros y varias otras ocupaciones.

Figura 4.2. «Escena en los techos de las casas de La Habana durante el embarque» de los deportados a Fernando Poo. (Fuente: *Harper's Weekly*, 10 de abril de 1869, p. 232).

Creyendo que la insurrección era apoyada financieramente por muchos cubanos acaudalados, el 1ro. de abril Dulce decretó un embargo de todos los bienes y activos de los cubanos rebeldes, deportados o exiliados, lo que se extendió más tarde a casi cualquier propietario cuya lealtad fuera sospechosa y que no viviera en su finca. El embargo imposibilitó que los dueños de propiedades pudieran vivir de los activos que tenían en la isla. Se estableció una comisión para implementar el edicto e identificar a los cubanos que estarían sujetos a sus disposiciones. Finalmente, les embargaron sus propiedades a casi cuatro mil cubanos. El historiador Leví Marrero identificó por nombre a más de dos mil.[39] El edicto original en abril nombraba dieciséis, entre ellos José María Mora y otros dos Mora. También aparecía en la lista original José Manuel Mestre.[40]

[39] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, pp. 322-338.

[40] J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, p. 11.

El cisma decisivo que Mestre temía había sucedido ya, con una rapidez e intensidad que nadie podía haber previsto. Hasta ese momento, los cubanos habían formado parte de la sociedad colonial española a pesar de las promesas incumplidas de mayor autonomía, los enconados resentimientos, los conflictos, las expediciones y las conspiraciones que habían creado tensiones entre cubanos y españoles desde la época del padre Varela. Los cubanos, incluso, habían ocupado puestos administrativos en el gobierno colonial. Cuando miembros destacados de la sociedad habanera eran convocados al Palacio de los Capitanes Generales, como lo fueron el 24 de octubre de 1868, los cubanos, como Mestre, formaban parte de la reunión. Pero en los pocos meses que siguieron a esa reunión, todo cambió, y el cisma de 1868-1869 tendría consecuencias que perdurarían por el resto del siglo, consecuencias que ayudaron a conformar el Nueva York cubano.

El impacto más visible para Nueva York de los acontecimientos de 1868-1869 fue un éxodo de élites y profesionales que empequeñeció las migraciones anteriores de cubanos a la ciudad. Familias enteras se iban de la isla sin saber cuándo y si, alguna vez, regresarían.

El cisma de 1868-1869 también sirvió para acrecentar el papel de Nueva York como el escenario más importante para el activismo separatista de los emigrados. Con una guerra intensa en Cuba, ese activismo resultaba más urgente, ya que el apoyo externo a los rebeldes se convirtió en un factor crítico en la lucha. El volumen y la intensidad de las actividades de los emigrantes cubanos en Nueva York se incrementaron sustancialmente y convirtieron a los cubanos en elementos más visibles en el panorama de la ciudad.

El cisma dejó otro legado menos visible pero profundo. Los acontecimientos de 1868-1869 sirvieron para instalar en la cultura política cubana el valor y la práctica de la intransigencia. La incapacidad o la negación a considerar un acuerdo mutuamente ventajoso, a conciliar, se considera generalmente un rasgo cultural negativo, o al menos poco práctico, en las sociedades con sistemas políticos civiles y democráticos, especialmente parlamentarios. Sin embargo, al menos hasta 1868, los españoles llevaban el lastre de una cultura política centenaria formada por una historia virtualmente ininterrumpida de

absolutismo, en la cual la intransigencia se convirtió en parte del estilo de gobierno y del discurso político.[41]

Lejos de ser vista como un rasgo negativo, la intransigencia se convirtió en una virtud en la cultura política española. La negociación, el diálogo y ceder ante cualquier demanda de la oposición eran vistos como signos de debilidad y deshonor. Al lidiar con la amenaza planteada por los insurgentes cubanos, aquellos que buscaban preservar la «integridad nacional» apoyaron explícitamente la intransigencia. En un libro publicado en Madrid en 1872, que abogaba por una línea dura en el tratamiento de la rebelión, el brigadier José María Velasco del ejército español no mostraba remordimiento alguno por su intransigencia: «Aceptamos de buen grado el título de *intransigentes* si se nos quiere dar, porque en efecto, lo somos contra toda tendencia a la separación o desmembración del territorio».[42]

El brigadier Velasco sigue para mostrar uno de los corolarios de la intransigencia: la intolerancia hacia aquellos dentro del propio campo que favorecieran cualquier cosa que no fuera la inflexibilidad y una mano firme en el trato con el enemigo. En referencia a esos españoles

> que critican a los defensores de la integridad nacional [...] mientras no ven que en los rebeldes es la regla general y constante de conducta el incendio, el robo y el asesinato, con refinamiento de crueldad y de befa, tenemos derecho para sospechar, aunque con dolor, que no sea equivocación sino subvención, lo que los impele a favorecer a los insurrectos y para pedir que sean considerados como cómplices de la traición y juzgados como tales.[43]

Juan de Almansa y Tavira, un español leal al régimen en La Habana, escribió un folleto que le dedicó a uno de los cabecillas de los voluntarios. Después de criticar severamente a «unos cuantos renegados que intentan secundar los infames manejos de los que han convertido

[41] Para un análisis de los contextos culturales y religiosos de la intransigencia española, vea el siguiente ensayo de un jesuita español: J. M. de Alejandro: «Sobre la intransigencia», pp. 16, 25.

[42] J. M. Velasco: *La guerra de Cuba: Causas de su duración y medios de terminarla y asegurar su pacificación*, p. 82.

[43] Ibíd., p. 83.

a esta Isla en campo de desolación y exterminio», Almansa y Tavira lanza una espantosa amenaza: «Los españoles que están en Cuba podrán ser vencidos, cedidos o vendidos jamás: Cuba será española o la abandonaremos convertida en cenizas».[44]

Para febrero de 1869, la intransigencia y la intolerancia habían llegado a dominar el clima político a ambos lados del cisma. Los españoles en Cuba que estaban horrorizados por la represión y el fanatismo de los voluntarios encontraban cada vez más difícil tener un espacio político en el que influir sobre lo que veían como un desastroso revés para los intereses de España. Incluso el gobernador tuvo que ceder ante la presión de las fuerzas del extremismo. Soulere, el diplomático español, escribió que «[...] nosotros que representábamos un gobierno regular, un orden de cosas establecidas, una administración, un ejército disciplinado, podíamos acaso descender de nuestro puesto para mancharnos con indignas represalias?» no podíamos descender al nivel de «[...] los impacientes, aquellos que en todos los partidos son capaces por un exceso de celo de comprometer los intereses más sagrados, empezaban ya a comprometer también allí la santidad de nuestra causa».[45]

Del lado cubano, figuras tan destacadas, como José Manuel Mestre, quien hasta última hora había tenido esperanzas de evitar la violencia, se vieron obligadas a cruzar el Rubicón y apoyar la insurrección. Décadas de alegatos y demandas de generaciones de cubanos, desde la fallida misión de Varela a las cortes españolas en 1823, no habían dado lugar a ningún cambio en la situación colonial de Cuba. Las soluciones pacíficas, incluida la compra de la isla, fueron rechazadas indignadamente por el gobierno español sin la más mínima consideración. El terrorismo de los voluntarios, las detenciones y deportaciones masivas y el embargo de propiedades constituyeron el tiro de gracia para cualquier intento de resolver pacíficamente la situación de la isla. Entre los cubanos, habría poca tolerancia en lo adelante para aquellos que favorecieran la negociación o la pacificación. El enfoque de los terratenientes orientales se convirtió en la única estrategia, incluso para los cautelosos habaneros: era independencia o nada, y la independencia

[44] J. de Almansa y Tavira: *La revolución de Cuba y el elemento español*, p. 21.
[45] E. Soulere: *Historia de la insurrección de Cuba, 1869-1879*, pp. 63-64.

tenían que arrebatársela a los españoles. La intransigencia y la intolerancia se habían convertido ahora en virtudes cubanas.

No se puede subestimar la importancia de esas dos características en la conformación del activismo de los emigrados cubanos durante el resto del siglo. Los cubanos en Nueva York se hicieron conocidos por su irreconciliable e incesante lucha por la independencia. Veremos cómo la intolerancia llevó a divisiones políticas amargas entre los cubanos neoyorquinos.

Justo Zaragoza fue un funcionario colonial español que lamentó los abusos y las «lamentables indiscreciones [...] por exceso de celo o falta de inteligencia, por ciertas autoridades subalternas encargadas de interpretar las disposiciones superiores».[46] En sus memorias observó que en esas primeras semanas de 1869 el resultado más evidente del terrorismo de los voluntarios y las medidas represivas de la administración de Dulce fue «presenciándose entonces el espectáculo de una emigración tan considerable y vertiginosa, que hubo días en que se disputaron los pasajes con violencias, y se llenaron hasta las bodegas los numerosos buques que salían de La Habana [...]».[47]

Las familias de toda la isla, según Zaragoza, llegaban a La Habana preparadas para navegar en el siguiente barco. Él estimó que, de febrero a septiembre de 1869, dos o tres mil familias se iban cada mes.[48] Como secretario del gobierno colonial, estaba en condiciones de saberlo: su oficina estaba encargada de la emisión de pasaportes. Durante la última semana de enero de 1869, firmó personalmente los pasaportes de 299 familias.[49]

Las personas se iban hacia donde pudieran reservar pasaje, pero sin duda Nueva York era el destino preferido. Los acontecimientos en Cuba, especialmente las deportaciones y el embargo, habían sido dirigidos contra familias de élite, muchas de las cuales, como se ha demostrado, tenían conexiones comerciales y financieras anteriores

[46] J. Zaragoza: *Las insurrecciones de Cuba: Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo*, p. 374.
[47] Ídem.
[48] Ídem.
[49] Ibíd., p. 774.

con Nueva York y probablemente habían visitado o incluso vivido en la ciudad antes. Además, era en Nueva York donde muchas de esas familias tenían cuentas en casas mercantiles, una consideración esencial si sus propiedades en Cuba habían sido embargadas. Los que no tenían tales cuentas rápidamente intentaron establecerlas. El 13 de febrero de 1869, Antonio de la Fuente escribió desde La Habana a Moses Taylor and Company en nombre de un amigo, Manuel B. Moré, que «deseaba colocar bajo el control de una casa totalmente confiable algunos fondos para ocuparse de los gastos de su familia en caso de que las circunstancias anormales en esta isla hagan que sea aconsejable salir de aquí temporalmente». De la Fuente, presumiblemente un cliente de Taylor, indicó que Moré no tenía la suerte de tener relaciones o conexiones en Nueva York.[50]

Los barcos de pasajeros de La Habana a Nueva York que durante años transportaron estadounidenses y cubanos ahora llegaban a los muelles de Manhattan abarrotados con familias cubanas. El año 1869 estableció un récord en el número de pasajeros cubanos y españoles que desembarcaron en Nueva York desde los puertos de la isla.[51] Marzo fue el mes más atareado. Fue el cuatro de ese mes que el barco *Eagle* llegó de La Habana con 171 pasajeros, el mayor número en un solo viaje desde Cuba ese año. El *Eagle*, que durante años realizó viajes quincenales regulares a La Habana, normalmente transportaba unos cincuenta pasajeros.

Algunas entradas en el manifiesto del *Eagle* ya eran nombres conocidos entre los cubanos neoyorquinos.[52] Había, por ejemplo, siete Moras a bordo, incluido Fausto, el mismo individuo que en 1859 se había hecho ciudadano estadounidense. Vivía con sus parientes en la calle 13 y se había unido a la empresa comercial de la familia en el bajo Manhattan. La naturaleza transnacional de muchas élites significaba que una vez más viajaban a Nueva York, como lo habían hecho

[50] Carta de Antonio de la Fuente a Moses Taylor and Company, 13 de febrero de 1869, caja 78, Moses Taylor Papers. Al parecer Moses Taylor and Company pudo ayudar a Moré, ya que los registros de la compañía indican que desde 1869 hasta 1881 fue un cliente que envió remesas regulares a su cuenta y le pidió a Taylor que invirtiera los fondos en los Estados Unidos.

[51] *New York Passenger Lists, 1851-1891.*

[52] Ídem.

muchas veces antes. Esta vez, sin embargo, partían de la isla esencialmente como refugiados políticos sin tener idea de cuándo o si podrían regresar.

Una familia en el *Eagle* no tenía planes de regresar. Carlos de Sedano, su esposa Teresa y sus tres hijos pequeños no se quedaron mucho tiempo en Nueva York. Navegaban hacia España. Sedano era emblemático de las complejas lealtades e identidades en la época del cisma de 1868-1869. Nació en Cuba, en una familia que se había establecido en la isla a mediados del siglo XVIII.[53] Sin embargo, los Sedano aparentemente nunca abandonaron su identidad como españoles. «No hemos sido nunca otra cosa que amantes del país que nos vio nacer y de la nacionalidad española», escribió.[54] Fue una de las voces influyentes que abogó por reformas en Cuba, desde la perspectiva de un español que apoyaba el movimiento liberal y quería que las libertades instituidas por el nuevo gobierno de Madrid se extendieran a la isla.[55] También vio las reformas como una manera de evitar movimientos separatistas, a los que se opuso. Para Sedano, la insurrección y la intransigencia fueron acontecimientos devastadores que lo llevaron a abandonar Cuba y huir a lo que él consideraba su verdadero hogar:

> [...] resolvimos no ocuparnos de política cubana, porque la nuestra, que lo era de paz y conciliación, de unión y de templanza, no podía encontrar eco entre los intransigentes de uno y otro bando, que todo creían resolverlo por medio del odio y de la sangre [...] lejos de aquella atmósfera comprimida por las pasiones y los odios [...] viviremos en España, y llamándonos con orgullo y sin hipocresía españoles, porque dignamente lo hemos sido y lo seremos siempre.[56]

Él y su familia permanecieron en Nueva York antes de navegar a España justo el tiempo necesario para darse cuenta de que la intransigencia y la intolerancia que habían dejado en Cuba tenían eco en Nueva York entre los emigrados. Desanimado porque los cubanos en esta ciudad se habían declarado «en abierta hostilidad contra España

[53] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 2, pp. 361-363.
[54] C. de Sedano: *Cuba: Estudios políticos*, p. 383.
[55] J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, p. 82
[56] C. de Sedano: *Cuba: Estudios políticos*, p. 381.

[...] vicioso proceder de hombres políticos que se llaman liberales [...] se imaginaron capaces de imponer su política a todos sus compatriotas, sujetarlos a su criterio y reducirlos a una dictadura».[57] Sedano afirmó que en Nueva York le instaron a unirse al movimiento separatista con enfoques que iban desde las súplicas hasta las amenazas y las provocaciones.

El *Eagle* también llevó a Nueva York a una docena de miembros de la familia Valdés-Fauli, encabezada por José Valdés-Fauli, un abogado que meses antes había participado en reuniones con Mestre y otros para promover la agenda reformista en La Habana.[58] Valdés- Fauli había servido no solo como director de la Sociedad Económica de Amigos del País, una de las organizaciones culturales más importantes de la isla, sino también como rector de la Universidad de La Habana.[59] La familia Valdés-Fauli, a bordo del *Eagle*, también incluía miembros de la familia de la esposa de José en segundas nupcias, los Chappotín.[60] Como señaló Zaragoza, grandes familias extendidas llenaban la mayor parte de los barcos que salían de La Habana.[61] Los Valdés-Fauli constituían un caso típico de la clase social de muchos de los emigrantes: cubanos de clase alta con actividad en los círculos académicos, intelectuales y profesionales que formaron el núcleo del movimiento reformista de la capital y, por lo tanto, estaban expuestos y fueron blanco de la represión.

Otra familia que llegó a Nueva York exactamente un mes antes que los Valdés-Fauli ofrece el mejor ejemplo de cómo el clima en la isla impactó a la intelectualidad cubana. En 1868, probablemente había pocas figuras intelectuales y académicas en Cuba de la talla de Antonio Bachiller y Morales (fig. 4.3). Tenía cincuenta y seis años ya, era profesor titular en la Universidad de La Habana y decano de su Departamento de Filosofía.[62] Formado como abogado, dio lecciones

[57] Ibíd., p. 383.

[58] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 217.

[59] E. Roldán Oliarte: *Cuba en la mano*, p. 1026.

[60] *New York Passenger Lists, 1851-1891*; y F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 6, p. 175.

[61] J. Zaragoza: *Las insurrecciones de Cuba: Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo*, p. 374.

[62] F. Calcagno: *Diccionario biográfico cubano*, p. 93.

y escribió sobre una amplia gama de temas, desde derecho y filosofía hasta agricultura y arqueología. Bachiller también ocupó varios puestos en el sector público, incluido el de concejal de la ciudad de La Habana, en un momento en que los cubanos participaban en el gobierno colonial.[63] Ayudó a fundar una serie de revistas académicas y tuvo participación activa en prácticamente todas las organizaciones intelectuales de la isla, incluida la Sociedad Económica de Amigos del País dirigida por José Valdés-Fauli. En 1847, mientras aún vivía en La Habana, se hizo miembro de la Sociedad Histórica de Nueva York.[64]

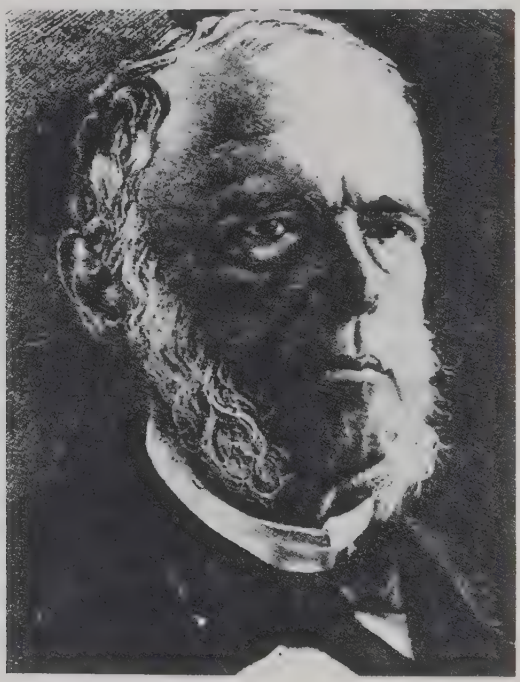


Figura 4.3. Antonio Bachiller y Morales. (Fuente: Colección de Patrimonio Cubano de la Universidad de Miami. Biblioteca Colecciones Digitales, <www.merrick.library.miami.edu>).

[63] F. Peraza Sarausa: *Diccionario biográfico cubano*, vol. 1, p. 30.
[64] F. Calcagno: *Diccionario biográfico cubano*, p. 93.

Generacionalmente, sirvió de puente entre los primeros intelectuales como Varela, Saco, y Luz y Caballero, y una generación más joven de pensadores, como José Manuel Mestre, que se matricularon en la Universidad de La Habana en la década de 1840. Fue mentor de muchos estudiantes que formarían el núcleo del movimiento reformista de La Habana. Fue Bachiller quien expuso a Mestre y a los demás a las últimas corrientes del pensamiento filosófico europeo, en especial la alemana. Tradicionalmente organizaba veladas intelectuales y políticas en su casa en la calle San Miguel en La Habana, y esto despertó las sospechas de los voluntarios, que en ocasiones proferían amenazas desde la calle y golpeaban su puerta. Tras percatarse de que su arresto era inminente, se apresuró a abandonar el país.[65]

El 4 de febrero de 1869, Bachiller y Morales llegó a Nueva York a bordo del *Columbia*.[66] Estaba acompañado por su esposa y cinco de sus seis hijos sobrevivientes, de edades comprendidas entre los veinte y los veintisiete años, un yerno, tres nietos y cuatro sobrinos. Los sobrinos eran hijos de su hermano Gabriel, que había muerto cuatro años antes.[67]

Ese viaje del *Columbia* también llevó a Nueva York a otra destacada figura del reformismo cubano que, al igual que Mestre, no tuvo otra opción que no fuera apoyar la rebelión. José Morales Lemus había sido uno de los miembros más activos de la malograda Junta de Información que se reunió en Madrid en 1867. Al año siguiente cumplió sesenta años. La mayor parte de su vida la había dedicado a la profesión jurídica, primero como empleado y luego como abogado

[65] R. de Castro y Bachiller: *Don Antonio Bachiller y Morales*, pp. 41-42.

[66] *New York Passenger Lists, 1851-1891.*

[67] Ídem; y F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 3, pp. 64-65. El hijo mayor de Bachiller, Alfredo, había muerto el año anterior de tuberculosis. También en el grupo de Bachiller a bordo del *Columbia* había dos adolescentes con el apellido Bachiller, cuya relación con la familia se desconoce. Castro y Bachiller también señaló que un muchacho sirviente llamado Ambrosio, quien había sido recogido por la familia, estaba a bordo del *Columbia*, pero que no aparecía en el manifiesto de la nave. (R. de Castro y Bachiller: *Don Antonio Bachiller y Morales*, p. 42). La comitiva de Bachiller a bordo del *Columbia*, por tanto, pudo haber tenido hasta dieciocho personas.

en La Habana.[68] Ayudó a su colega más joven, Mestre, a establecer su bufete propio. Ambos eran hombres de origen humilde que se habían elevado a la cima de los círculos jurídicos e intelectuales de la ciudad mediante una combinación del trabajo arduo y una verdadera suerte. A diferencia de muchos de sus asociados, no nacieron en cuna de oro. Especialmente, Morales Lemus, que nació en el pequeño pueblo costero de Gibara, al este de Cuba, hijo de una mujer de Islas Canarias cuyo esposo la abandonó poco después de dar a luz. Igual que le sucedió a Mestre, un pariente con recursos se hizo cargo de su educación y trasladó la familia a La Habana, donde Morales Lemus recibió una excelente educación. Años más tarde, la buena fortuna le sonrió de nuevo cuando un hombre rico que no tenía familia, de quien el joven Morales Lemus había sido asistente, murió y lo nombró su único heredero. Ese dinero inesperado le permitió completar sus estudios jurídicos, formar una familia y establecer un bufete muy exitoso.

Aparte de su participación en la Junta de Información, la contribución política más importante de Morales Lemus en Cuba fue el papel principal que desempeñó en la fundación en 1863 de *El Siglo*, un periódico de La Habana que, a pesar de la vigilancia constante de los censores españoles, logró establecerse como la voz de los reformistas, e imprimir las opiniones de algunos de los principales intelectuales cubanos de la época.

Morales Lemus asistió a la fatídica reunión con el gobernador Lersundi.[69] Después de la cual, como sucedió a todos los cubanos prominentes con una historia de activismo en favor del cambio en el régimen colonial, su vida dio un giro dramático. El constante hostigamiento de los voluntarios y la posibilidad de encarcelamiento y deportación lo llevaron a abordar el *Columbia*. Un mes después, su amigo y protegido José Manuel Mestre se reunió con él en Nueva York.[70] El nombre de José Morales Lemus figuraba entre los dieciséis del edic-

[68] A menos que se indique lo contrario, la información presentada aquí sobre Morales Lemus proviene de la biografía de Enrique Piñeyro: *Morales Lemus y la revolución de Cuba.*

[69] J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, p. 113.

[70] No he podido encontrar la entrada de Mestre en las *New York Passenger Lists*, pero José Ignacio Rodríguez, que conocía bien a Mestre, afirma que, el 13 de marzo de 1869, embarcó en La Habana hacia Nueva York. (J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, p. 123).

to de Dulce del 1ro. de abril que embargaba las propiedades de los enemigos del Estado español, al igual que el de Mestre. De hecho, el nombre de José Morales Lemus era el primero en la lista.[71]

La lista de familias acomodadas y personas destacadas que aparecen en los manifiestos de los barcos que salieron de los puertos cubanos a Nueva York durante 1869 es interminable.[72] Más miembros del clan Mora llegaron a Nueva York en dos viajes separados del *Morro Castle* durante julio y agosto. La gran familia Angarica-De la Rúa, de importantes masones, llegó en dos grupos, uno desembarcó en Nueva York del *Morro Castle* el 13 de marzo, y el otro, del *Columbia* el 27 de abril. Una semana antes, el 21 de abril, el *Morro Castle* había llevado a Nueva York a siete miembros de la familia Madan, así como a nueve miembros de la familia Govín. El jefe de la familia Govín, Félix, ya había llegado con su esposa el 15 de abril en el *Eagle*. Más miembros de esta familia viajaron meses después, en agosto, a bordo del *Missouri*. El manifiesto del *Columbia*, que llegó a Nueva York el 2 de septiembre, registró tres grandes familias encabezadas por comerciantes. En la siguiente salida del *Columbia* desde La Habana, que llegó a Manhattan el 25 de septiembre, este transportó un gran contingente de la familia Socarrás-Duque de Estrada, de Puerto Príncipe, la mayoría mujeres y niños, así como varios sirvientes.[73] El mes siguiente, el *Morro Castle* llevó a Nueva York al conocido educador y escritor Francisco Calcagno.[74]

Las familias no eran selectivas con respecto a los barcos que abordaban, zarpaban en cualquier barco que las sacara de Cuba. Los que partían de otras ciudades portuarias que no fuera La Habana con frecuencia tenían que reservar pasajes en buques de carga que solo tenían alojamiento limitado para pasajeros. Los miembros de la familia Portuondo, por ejemplo, estaban entre los trece pasajeros que llegaron a Nueva York el 6 de mayo a bordo del *Burnbrae* desde Santiago de Cuba. Al día siguiente, la familia Boitel desembarcó del *Lizzie* en la parte baja de Manhattan, con solo diez pasajeros, la mayoría de ellos miembros de la familia. El joven Fidel Pierra, que luego desempeñaría

[71] J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, p. 11.

[72] Aquí todas las referencias a barcos y pasajeros están tomadas de las *New York Passenger Lists, 1851-1891*, anteriormente citadas.

[73] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 6, pp. 330-332.

[74] E. Roldán Oliarte (ed): *Cuba en la mano*, pp. 833-834.

un papel en la política de la emigración, se encontraba entre los diez pasajeros que llegaron el 16 de abril desde Guantánamo a bordo del *Blanche*.

Muchas personas y familias que al final se establecieron en Nueva York no necesariamente llegaron allí de manera directa desde Cuba. Esto fue así, por supuesto, en el caso de los prisioneros deportados a Fernando Poo a bordo del *San Francisco de Borja*. No se quedaron mucho tiempo en la pequeña isla en el Golfo de Guinea. No era una colonia penal, por lo que los deportados no fueron confinados, y una vez allí, organizaron su traslado a Europa y los Estados Unidos.[75] La mayor parte de ellos salió de Fernando Poo en un barco fletado por el gobierno español, que, cediendo a las críticas internacionales sobre la deportación, indultó a los prisioneros y los transportó a España.[76]

Desde Europa, algunos de los deportados se dirigieron a Nueva York. Entre ellos estaba Carlos del Castillo, un banquero de sesenta y un años, oriental, que en la década de 1850 era director de una caja de ahorros en La Habana y había hecho ingeniosos arreglos para el financiamiento de varias rebeliones y conspiraciones contra los españoles.[77] A partir de entonces, Del Castillo desempeñó un papel trascendental en la política separatista de los emigrados durante años. Al igual que muchos otros cubanos que llegaban a la ciudad, vivía cómodamente en Nueva York con los ahorros que de manera prudente había construido durante años mediante remesas a Moses Taylor and Company. A pesar de perder sus propiedades en Cuba, muchos cubanos de Nueva York estaban lejos de ser exiliados sin dinero.

Moses Taylor and Company también tenía una cuenta de Miguel Aldama. Hacia 1868, Aldama, a la edad de cuarenta y ocho años, se había convertido en uno de los hombres más ricos e influyentes de Cuba. Habían pasado más de veinte años desde el suicidio de su hermano Gonzalo en Nueva York, y casi los mismos años desde que él y su padre organizaran en el Palacio Aldama la reunión del anexionista

[75] Dos de las varias memorias escritas sobre la odisea de los deportados a Fernando Poo son J. B. Saluvet: *Los deportados de Fernando Póo en 1869*, y F. J. Balmaseda: *Los confinados á Fernando Póo é impresiones de un viaje a Guinea*.

[76] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 380.

[77] Ibíd., p. 201.

Club de La Habana con John L. O'Sullivan y Moses Yale Beach (véase capítulo 2).

Miguel se había quedado a cargo de las operaciones comerciales de la familia de su anciano padre, don Domingo, el astuto inmigrante que se había casado con la hija de su jefe, Gonzalo Alfonso. Los Aldama eran dueños exclusivos de dos ingenios azucareros, el Armonía y el Santa Rosa, además de ser copropietarios de varios otros.[78] En el Santa Rosa era donde a Miguel le gustaba pasar su tiempo cuando no estaba en La Habana o en Nueva York. Compraba la última tecnología para sus ingenios e introdujo en Cuba un arado a vapor.[79] Junto con los Alfonso, los Aldama poseían uno de los mayores depósitos de azúcar en el puerto de Matanzas.[80] El clan Alfonso-Aldama también tenía muchas otras propiedades agrícolas, dedicadas principalmente a la producción de ganado, y tenían participación mayoritaria en los principales ferrocarriles en el occidente de Cuba.[81] Miguel mismo manejaba uno de los más grandes, el Camino de Hierros de La Habana. La familia también tenía inversiones en instituciones financieras y compañías de seguros.[82]

Mientras que gran parte de la riqueza de Miguel había sido creada por don Domingo, que comenzó capitalizando los recursos y contactos de su suegro, Miguel amplió enormemente sus intereses comerciales al aprovechar también las conexiones familiares e integrar aún más la riqueza de su padre con la de la familia de su madre. Miguel se convirtió en la figura más importante del clan Alfonso-Aldama, una posición reforzada por una serie de matrimonios consanguíneos que eran típicos de las familias de la élite de la época.[83] Una de las hermanas de Miguel, María de los Dolores *(Lola)*, se casó con uno de sus primos hermanos, José Luis Alfonso y García, sobrino de su madre

[78] A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, p. 50.

[79] J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, p. 8.

[80] M. Moreno Fraginals: *El ingenio*, vol. 1, p. 243.

[81] O. Zanetti Lecuona y A. García Álvarez: *Caminos para el azúcar*, p. 119; y J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, p. 8.

[82] J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, p. 8.

[83] La información genealógica presentada aquí sobre los Aldama se encuentra en el volumen 1 de F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, pp. 29-30. La información sobre los Alfonso es del volumen 3, pp. 8-17.

(y la de Miguel). Más tarde, una de las hijas de Miguel, Florinda, se casó con otro Alfonso, Cristóbal Alfonso y Madan, un pariente de Cristóbal Madan y también sobrino de la madre de Miguel. Florinda, en otras palabras, se casó con un primo hermano de su padre, Miguel. Ese matrimonio representó otro vínculo más entre las tres familias acaudaladas, los Alfonso, los Aldama y los Madan.

Otra de las hermanas de Miguel Aldama, Rosa, se casó con Domingo del Monte y Aponte. Del Monte, originario de Venezuela, fue un director principal del ferrocarril de Cárdenas y esencial en la expansión del control de la familia Alfonso-Aldama sobre los ferrocarriles occidentales.[84] Sin embargo, a del Monte se le recuerda en primer lugar por su carrera literaria.[85] El hijo de Domingo y Rosa, Leonardo del Monte, se casó con una de las hijas de Miguel Aldama en otro matrimonio más de primos hermanos. Esa hija llevaba el nombre de su tía Rosa, que se convirtió en su suegra. Leonardo del Monte siguiendo los pasos de su padre, tuvo una carrera literaria y académica. Formó parte de los círculos intelectuales de La Habana que incluían a Bachiller y Morales, Valdés-Fauli, Morales Lemus, Mestre y otros. A través de Leonardo y Mestre, Aldama mantuvo una estrecha relación con los académicos e intelectuales cubanos que habían formado el núcleo del movimiento reformista. Como se señaló anteriormente, la prima hermana de Miguel, Paulina Alfonso y Poey, se había casado con José Manuel Mestre. Además, uno de los amigos más cercanos de Aldama era José Antonio Echeverría, un poeta y educador de Matanzas que había sido miembro de la Junta de Información y era miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País. Aldama también era un viejo amigo de José Antonio Saco.[86]

En 1868, por lo tanto, había pocos cubanos tan sobresalientes como Miguel Aldama. Dirigía una de las familias más ricas de la isla y también ejercía influencia sobre el grupo de intelectuales y académicos de La Habana que lideraron el movimiento reformista, ayudando ocasionalmente a financiar algunas de sus actividades, entre las que se incluye el establecimiento del periódico reformista *El Siglo*, del cual

[84] O. Zanetti Lecuona y A. García Álvarez: *Caminos para el azúcar*, pp. 117-119.
[85] E. Roldán Oliarte (ed.): *Cuba en la mano*, pp. 861-862.
[86] A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, p. 14.

fue el principal contribuyente financiero.[87] Sin embargo, a pesar de su riqueza e influencia, Miguel Aldama fue incapaz de evitar la crisis de 1868-1869. Como la mayoría de los cubanos, fue arrastrado a su paso.

Durante el verano de 1868, cuando Céspedes y los demás orientales estaban planeando su rebelión armada, Aldama estaba de vacaciones en Saratoga. Él y la mayoría de su familia, incluido su padre, Domingo, su hija soltera Leonor, su yerno (y sobrino) Leonardo del Monte y los hijos pequeños de Leonardo llegaron a Manhattan el 11 de agosto a bordo del *Columbia*.[88] El 26 de agosto le escribió una nota a Moses Taylor and Company informándole a la casa mercantil de South Street que en unos días saldría de Saratoga a las cataratas del Niágara y solicitando que le enviara cualquier correspondencia llegada desde La Habana, así como $400 de su cuenta antes de su partida.[89]

De Nueva York, Aldama viajó a Europa.[90] Si sus amigos y asociados de la élite habanera tenían escasa idea de lo que estaba a punto de suceder en el este de Cuba, Aldama estaba aún más desorientado. Cuando Céspedes declaró el comienzo de la guerra el 10 de octubre, Aldama probablemente estaba en un barco en el Atlántico regresando a Nueva York. Tras su regreso a Manhattan recibió una carta de su pariente José Manuel Mestre en La Habana, fechada el 24 de octubre, el mismo día de la reunión con el gobernador Lersundi en el palacio. Si Aldama había subestimado la gravedad de la situación en la isla, la carta de Mestre debe haberle causado preocupación: «Reina en el país un sordo descontento, y nunca en mi concepto, se ha encontrado más cerca de una verdadera revolución social y socialista [...]. Este Gobierno ha hecho todo lo posible para que el país comprenda que nada tiene que esperar de las libertades españolas, y que hemos de seguir bajo la ominosa tutela del Espíritu Santo metropolitano».[91]

[87] J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, pp. 15-16; y A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, p. 83.

[88] *New York Passenger Lists, 1851-1891*. Aunque la mayor parte de su familia se encontraba en el *Columbia*, Miguel Aldama no aparece en el manifiesto, por lo que puede haber viajado por separado, probablemente con anterioridad.

[89] Carta de Miguel Aldama a Moses Taylor and Company, 26 de agosto de 1868, caja 305, Moses Taylor Papers.

[90] J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, p. 100.

[91] Carta de Mestre a Aldama, reproducida en J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, pp. 100-101.

Mestre siguió describiendo a los insurgentes orientales como «los impacientes que sospechan otro engaño más». Cuando escribió la carta, a horas de la reunión en el palacio, Mestre todavía albergaba la esperanza de que los orientales efectivamente se habían impacientado y la violencia podría evitarse, como le escribió a Aldama: «Lersundi nos cita hoy a varios de los *amigos* para una reunión en su casa. Ya veremos lo que resulta y le contaré».[92]

Como ya sabemos, la reunión destruyó toda esperanza de paz, y Aldama apresuró su regreso a La Habana. Tan pronto como llegó recibió una carta, nada menos que de don Carlos de Borbón, el pretendiente carlista al trono español que aprovechó la destitución de la reina Isabel para actuar como monarca durante el régimen liberal. En la carta, fechada el 31 de octubre, don Carlos se dirigió a Aldama en un tono familiar y le ofreció el cargo de gobernador civil de Cuba, «ayúdale [a Lersundi] con tus influencias, con tus relaciones [...] que deben ayudar a desarrollar la riqueza y el bienestar moral de ese país con gran contento y provecho de la metrópoli».[93] Fue un intento de enrolar a Aldama para que asumiera un papel de figura decorativa como parte del esfuerzo por apaciguar al país. Aldama quedó tan desconcertado por la carta que fue a ver a Lersundi para verificar su autenticidad. El gobernador se la confirmó.

La respuesta de Aldama a don Carlos decía mucho acerca de ese momento histórico crucial. Solo pocas semanas antes, Aldama podía haber agradecido la oportunidad para tratar de influir sobre Madrid para que reformara su relación con la isla y así evitar la violencia, su objetivo durante mucho tiempo y el de las élites de La Habana cercanas a él. Pero rechazó la oferta de don Carlos en una carta, fechada el 7 de diciembre, que mostraba hasta donde los reformistas habían sido presionados a aceptar lo inevitable de la solución de los orientales:

> La oferta que hacéis [...] hubiera hallado acogida antes de ahora en una población que siempre ha aspirado a la autonomía del país, como medio de armonizar la unión a la metrópoli con su propia conservación y prosperidad. *Desgraciadamente las circunstancias han*

[92] Ibíd., p. 101.

[93] Carta de Carlos de Borbón a Aldama, reproducida en J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, pp. 16-17.

cambiado; y fatigados los unos, desengañados los otros, exasperados muchos y descontentos todos, una parte considerable de los habitantes se ha lanzado a la pelea, y busca en el éxito de las armas la libertad y las garantías, que no ha podido obtener a fuerza de resignación en treinta años de sufrimientos.[94]

Aldama terminó la carta diciendo que estaba cumpliendo con su deber «de no ocultar la verdad, en un momento en que *la patria* espera *que todos sus hijos la proclamen*».[95]

Toda La Habana se enteró de la negativa de Aldama y del contenido y tono de su carta. Las fuerzas partidarias de España, especialmente Lersundi, no estaban complacidas.[96] A diferencia de algunos de los mayores terratenientes de Cuba, Aldama se había retirado del campo de los leales al régimen.

Aldama continuó con su vida y sus negocios como siempre, mientras que a la vez se preparaba para lo inevitable. Pocos días después de la carta a don Carlos, le escribió a Moses Taylor and Company, agradeciéndoles que «[...] no pierden de vista mis intereses» e indagando sobre la «colocación» de algunos de sus fondos. También les hizo saber que encontró que la situación en la isla era mucho peor de lo que esperaba, pero que la cosecha de azúcar estaba en marcha, aunque no podía predecir, dadas las circunstancias, si se recogería toda.[97] Después de Navidad, volvió a escribir a Taylor en nombre de su amigo José Antonio Echeverría, el poeta y exmiembro de la Junta de Información, señalando que Echeverría «desea colocar algunos fondos en esa ciudad», fondos que se remitían a la empresa en el mismo viaje que la carta. Aldama le pidió a la empresa «que ustedes les den el empleo que juzguen más seguro y conveniente [...]». Como referencia, Aldama mencionó que Echeverría lo había acompañado a Nueva

[94] Carta de Aldama a Carlos de Borbón, reproducida en J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, pp. 17-18. Las cursivas para dar énfasis están en la versión de Llaverías.

[95] Ibíd.

[96] J. Llaverías: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*, p. 18; y E. Piñeyro: *Morales Lemus*, p. 73.

[97] Carta de Miguel Aldama a Moses Taylor and Company, 18 de diciembre de 1868, caja 305, Moses Taylor Papers.

York en su viaje del verano y que había presentado a Echeverría y Moses Taylor personalmente.[98] Aldama y sus amigos no perdían tiempo organizando su salida a Nueva York.

Aldama, sin duda, acogió con beneplácito la llegada en enero de 1869 de Domingo Dulce como gobernador militar. Conocía bien a Dulce por el mandato anterior del general como gobernador, cuando se ganó la reputación de administrador liberal. Sin embargo, como hemos visto, Dulce tenía poco control sobre los voluntarios, que estaban ansiosos por mostrar su desafío a las políticas iniciales de apaciguamiento del gobernador. Aldama era un blanco perfecto: un poderoso amigo de Dulce que había criticado públicamente las políticas españolas y se negaba a unirse al gobierno. El 24 de enero, menos de un mes después de la llegada de Dulce, los voluntarios pertenecientes al Tercer y Quinto Batallón forzaron su entrada al Palacio Aldama y saquearon y robaron, rajaron pinturas con sus espadas, rompieron espejos, dañaron muebles, rasgaron cortinas, destruyeron armarios, y se llevaron los objetos de valor en su interior. Finalmente fueron dispersados por tropas regulares enviadas por el general Dulce. La familia no estaba en la casa, ya que era domingo y pasaban el fin de semana en el ingenio Santa Rosa.[99]

Aunque Dulce le aconsejó a Aldama que se fuera de Cuba, este permaneció en la isla durante varios meses, más que la mayoría de sus colegas, aparentemente porque su esposa, Hilaria Fonts, había sufrido un derrame cerebral y no podía viajar.[100] Quizás por la importancia de Aldama y su relación con el gobernador, no estuvo entre los arrestados y deportados a Fernando Poo. Pero el propio Dulce no se quedaría

[98] Carta de Miguel Aldama a Moses Taylor and Company, 26 de diciembre de 1868, caja 305, Moses Taylor Papers, Una hoja de contabilidad de 1872 en los Moses Taylor Papers muestra una entrada de $25 000 a nombre de José Antonio Echeverría. Ledger Sheet, 1 de mayo de 1872, caja 79.

[99] A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, pp. 89-90. César García del Pino afirma que la casa de Leonardo del Monte, adyacente al palacio de Aldama, fue la saqueada, no la residencia de Aldama. C. García del Pino: «La Habana en los días de Yara», p. 172.

[100] En una carta enviada a José Manuel Mestre el 21 de abril de 1869, José Antonio Echeverría indica que Aldama «no puede viajar a ninguna parte» ya que Hilaria estaba en cama postrada por un derrame cerebral. Contenedor 61, Documentos de José Ignacio Rodríguez, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

mucho tiempo en La Habana. Con mala salud y todavía impopular entre los leales, fue reemplazado como gobernador y el 2 de junio partió hacia Madrid, donde murió poco después.

Aldama salió de La Habana un mes antes que Dulce a bordo del *Morro Castle*, que llegó a Nueva York el 10 de mayo. Es probable que haya salido clandestinamente, porque su nombre no aparece en la lista de pasajeros, que sí incluye a la mayor parte de su familia, incluso sus hijas, su padre Domingo, y su yerno y sobrino Leonardo del Monte.[101]

Una vez que Aldama partió, el gobierno español rápidamente embargó todas sus propiedades de acuerdo con el decreto que había sido emitido en abril por el gobernador Dulce. Dado el monto de sus posesiones en Cuba, fue un duro golpe económico, pero Aldama había anticipado esta contingencia. Un historiador, citando una fuente cercana a Aldama, indicó que pudo haber tenido hasta $700 000 en activos en Nueva York al momento de su migración.[102] Una hoja de contabilidad de 1872 en los Moses Taylor Papers tiene una entrada de $100 000 a nombre de Miguel Aldama.[103]

No hay mejor resumen de las consecuencias de la crisis de 1868-1869 que la sentencia dictada por un tribunal militar español en 1870.[104] Más de cincuenta cubanos fueron condenados a ejecución por garrote público por su papel en la rebelión, incluso aquellos que la apoyaron desde el extranjero. Muy pocas de las sentencias podrían aplicarse de inmediato, ya que prácticamente ninguno de los condenados vivía en La Habana o en cualquier otra ciudad o pueblo de Cuba donde los

[101] *New York Passenger Lists, 1851-1891.* Hay muchos Aldama en el manifiesto y no todos los nombres son legibles. D. Abad: «Las emigraciones cubanas», p. 154, afirma que Aldama se fue en junio, pero no da la fuente. La mejor evidencia de que Aldama, de hecho, había abordado el *Morro Castle* el 2 de mayo es una carta del 20 de mayo de José Antonio Echeverría en La Habana a José Manuel Mestre en Nueva York, en la cual se lee, «estoy seguro que recibiste con satisfacción la llegada de Miguel y su familia». Contenedor 61, José Ignacio Rodríguez Documentos.

[102] D. Abad: «Las emigraciones cubanas», p. 176.

[103] Ledger Sheet, May 1, 1872, caja 79, Moses Taylor Papers.

[104] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, 318; y J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, pp. 34-35.

españoles pudieran aprehenderlos. La mayoría de los incluidos estaba en los campos de batalla de la isla, y al parecer el resto estaba en Nueva York. Miguel Aldama, Leonardo del Monte, José Manuel Mestre, José Morales Lemus, José María Mora, Antonio Mora y Carlos del Castillo fueron solo algunos de los neoyorquinos a los que el garrote les apretaría el cuello si pisaban Cuba. No quedaban activistas o reformistas en La Habana. Las élites económicas, intelectuales y académicas que durante mucho tiempo habían formado el núcleo impulsor de la anexión, la autonomía o la autodeterminación ahora se encontraban en Nueva York.

La guerra se extendería hasta 1878. Durante esos años, muchos más cubanos buscarían refugio en Nueva York, incluso algunos de los orientales que habían estado en el campo de batalla, o sus viudas e hijos. El año 1870 inauguró la década más turbulenta en la historia del Nueva York cubano. La guerra en Cuba resonaba en las calles de la ciudad.

5
El Nueva York cubano en la década de 1870

Los que salían huyendo de Cuba fuéronse agrupando en distintas localidades [...]. Nueva York fue el más importante, tanto por el número de emigrados, como por estar ahí los de mayor capital y representación.

ENRIQUE COLLAZO: *Desde Yara hasta el Zanjón*, p. 149.

J. W. Robertson, un empadronador del censo de los Estados Unidos asignado al Decimoséptimo Distrito Electoral de Manhattan, realizaba una enumeración bastante rutinaria en la casa de José María Mora el 24 de junio de 1870, hasta que llegó a la pregunta sobre ocupación. La respuesta que recibió no fue nada rutinaria y probablemente Robertson jamás la había escuchado: «refugiado cubano», respondió el hombre de cincuenta y ocho años sentado frente a él.[1]

José María Mora no siempre se había considerado un refugiado. Ya en 1859 (véase el capítulo 3), él y su hermano Antonio Máximo, y su hijo José Antonio estaban haciendo negocios como comisionistas en el bajo Manhattan. Eran los días en que muchos cubanos neoyorquinos viajaban libremente entre los muelles de Manhattan y La Habana; atendían sus negocios, educaban a sus hijos y compraban en Nueva York, e incluso mantenían residencias en ambas ciudades. Para 1860, los Mora habían realizado importantes inversiones en bienes raíces en Manhattan y alquilaban casas a sus compatriotas, lo que dio lugar a un

[1] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Seventeenth Ward, Eleventh District. La ciudad de Nueva New York cuestionó los resultados de este censo y posteriormente se realizó un segundo conteo a principios de 1871. Ancestry.com ha unido los registros, y ha mantenido duplicados solamente en aquellos casos en los que las personas cambiaron de residencia entre los dos conteos, mudándose entre dos distritos de enumeración. Hice un gran esfuerzo por conciliar los registros duplicados y no contar las familias dos veces.

vecindario cubano en las calles 12 y 13, entre las avenidas Segunda y Cuarta.

Pero cuando ese viernes de 1870 Robertson acudió al vecindario para hacer su trabajo de enumerador, todo había cambiado para los Mora. José María y su hermano Antonio Máximo estaban entre aquellos cuyas propiedades y bienes en Cuba habían sido embargados por las autoridades españolas, y los dos hermanos estaban también en la lista de los condenados *in absentia* a ser ejecutados si regresaban a la isla.[2] José María Mora había vuelto a ser un comerciante e inversionista en Nueva York, pero cuando el entrevistador le preguntó su ocupación, expresó su identidad, no su ocupación, una identidad que ahora lo definía, forjada por la guerra y el destierro: refugiado.

A José María Mora se le unieron en Nueva York muchos otros de su clase social que habían estado de una u otra forma activos en los círculos reformistas o separatistas, especialmente en La Habana o Matanzas. En 1870, la mayoría de los orientales independentistas estaban en el campo de batalla. Pero, como vimos en el capítulo anterior, en el occidente, y especialmente en La Habana, la élite reformista que había sido arrastrada al conflicto no tuvo más alternativa que irse. Eran hacendados, comerciantes, intelectuales, abogados y profesionales que de repente se encontraban en peligro por las medidas represivas del gobierno colonial español y el terrorismo desatado por los voluntarios en la capital. Algunos, incluso, habían sido sacados de sus hogares y enviados a la fuerza a Fernando Poo. Como en el caso de Mora, el destino preferido era Nueva York, una ciudad que muchos habían frecuentado a lo largo de los años y donde habían establecido hogares y acumulado activos.

El censo de los Estados Unidos de 1870 captó la salida de los más prominentes miembros de la élite reformista de La Habana y aquellos

[2] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 329; y J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, p. 35. José María Mora pudo haber estado entre los deportados a Fernando Poo a bordo del *San Francisco de Borja*. Saluvet recoge un José M. Mora en su lista de deportados: *Los deportados a Fernando Póo*, p. 6. Sin embargo, otra fuente da el nombre como José Manuel Mora. [J. I. Rodríguez] (ed.): *The Book of Blood*, p. 37.

que gravitaban en torno a los intereses financieros del occidente de Cuba, especialmente el azúcar y los ferrocarriles. La tabla 5.1 presenta los cubanos prominentes empadronados en 1870 en Manhattan y Brooklyn.

Prácticamente todos los hacendados, las elites comerciales, los reformistas y activistas mencionados en los capítulos 3 y 4 llegaron a Nueva York en 1870 y fueron empadronados en el censo de ese año: Miguel Aldama y su sobrino y yerno Leonardo del Monte, José Morales Lemus, José Manuel Mestre, Carlos del Castillo, Antonio Bachiller y Morales, Félix Govín, los Mora y Juan Manuel Macías.

La tabla también incluye otros nombres, entre ellos Enrique Piñeyro, un joven escritor y educador que había sido alumno de José de la Luz y Caballero, y de Mestre, y que formaba parte del círculo intelectual de la élite reformista de La Habana.[3] Hijo de un profesor nacido en España y latinista en la Universidad de La Habana, Piñeyro publicaba en el diario *El Siglo*, la voz principal de los reformistas, así como en la *Revista Habanera*, fundada por el poeta Juan Clemente Zenea.[4] Estas asociaciones y actividades lo convirtieron en blanco de las autoridades españolas, y se marchó a Nueva York en 1869. Su nombre fue agregado posteriormente a la lista de cubanos cuyas propiedades fueron embargadas.[5]

Tabla 5.1 Cubanos prominentes que residen en la ciudad de Nueva York, 1870

Nombre	*Edad*	*Dirección*
Enrique Piñeyro	28	9º Distrito Electoral, 9º Distrito de Enumeración (160 W. 14th St., esquina a 7ª)
Carlos del Castillo	68	15º Distrito Electoral, 8º Distrito de Enumeración

[3] G. Cancela: *Enrique Piñeyro: su vida y su obra*, p. 44.
[4] A. Iraizoz y de Villar: *Enrique Piñeyro: su vida y sus obras*, pp. 10-14.
[5] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 330.

Nombre	*Edad*	*Dirección*
Juan Manuel Macías	40	15° Distrito Electoral, 10° Distrito de Enumeración
Francisco Fesser	34	16° Distrito Electoral, 7° Distrito de Enumeración
Hilario Cisneros Francisco Javier Cisneros	44 34	16° Distrito Electoral, 13° Distrito de Enumeración (406 W. 22nd St., entre 9ª y 10ª)
José Manuel Mestre	38	16° Distrito Electoral, 13° Distrito de Enumeración (135 W.21st St., entre 6ª y 7ª)
José María Mora	58	17° Distrito Electoral, 4° Distrito de Enumeración (217 E. 12th St., entre 2ª y 3ª)
Antonio Máximo Mora	50	17° Distrito Electoral, 4° Distrito de Enumeración (220 E. 12th St., entre 2ª y 3ª)
José Antonio Mora	38	17° Distrito Electoral, 4° Distrito de Enumeración (235 E. 13th St., entre 2ª y 3ª)
Cristóbal Madan	60	18° Distrito Electoral, 22° Distrito de Enumeración (234 Séptima Avenida)
Miguel Aldama	50	19° Distrito Electoral, 7° Distrito de Enumeración (43 W. 47th St.)
Leonardo del Monte	31	19° Distrito Electoral, 7° Distrito de Enumeración (31 W. 47th St.)
Juan Jová	35	19° Distrito Electoral, 13° Distrito de Enumeración
Joaquín G. de Angarica José G. de Angarica	80 72	20° Distrito Electoral, 9° Distrito de Enumeración (308 W. 27th St.).

Félix Fuentes	36	20° Distrito Electoral, 12° Distrito de Enumeración (316 W. 27th St.)
Félix Govín	55	21° Distrito Electoral, 14° Distrito de Enumeración (54 W. 37th St.)
José R. Simoni Amalia Simoni [de Agramonte] Matilde Simoni [de Agramonte]	60 25 24	22° Distrito Electoral, 8° Distrito de Enumeración
José Morales Lemus	60	Brooklyn, 21° Distrito Electoral
Antonio Bachiller y Morales	59	Brooklyn, 21° Distrito Electoral
Néstor Ponce de León	33	Brooklyn, 21° Distrito Electoral
José Gabriel del Castillo	46	Brooklyn, 7° Distrito Electoral

Fuentes: Los nombres, las edades, los distritos electorales y los distritos de enumeración provienen de la Oficina del Censo de los Estados Unidos: *1870 United States Federal Census, New York City and Kings County*, a los que se accede a través de <www.ancestry.com>. Algunas direcciones proceden del censo en aquellos casos en que el empadronador tomó nota de la dirección al margen de la planilla. Otras direcciones se tomaron del *Trow's New York City Directory, 1870-71*, pero solo en aquellos casos en que la entrada del Directorio Trow coincidía con la entrada del distrito electoral y de distrito de enumeración del censo.

En la ciudad, Piñeyro se mudó a la misma casa de huéspedes donde vivía Luis Felipe Mantilla, un colega y exalumno de su padre.[6] Mantilla, de treinta y siete años, señaló su ocupación como «profesor de idiomas», mientras que Piñeyro lo hizo como «secretario, Legación

[6] G. Cancela: *Enrique Piñeyro: su vida y su obra*, p. 50; y U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Ninth Ward, Ninth District.

cubana», el puesto al que había sido designado por Morales Lemus, quien en ese momento estaba a cargo de representar al gobierno de Céspedes en los Estados Unidos.[7] La casa de huéspedes, en la esquina de la calle 14 y avenida Séptima, estaba dirigida por una mujer italiana, Emilia Cuppia. Era una casa de lujo con un personal de cinco sirvientes, todas mujeres nacidas en Irlanda. Además de Piñeyro, Mantilla y la familia Cuppia, había otros diez huéspedes, todos latinoamericanos, incluidos cuatro comerciantes (dos cubanos, un peruano y un venezolano), y un tal Antonio Hernández, que declaró su ocupación como «ministro de Venezuela». También vivían en la pensión Simón Camacho y su familia. Camacho fue el escritor venezolano que años antes había relatado la boda de Santa Cruz de Oviedo-Bartlett y otros acontecimientos de Nueva York para lectores latinoamericanos. En el censo de 1870, Camacho declaró su ocupación como «cónsul de Honduras».

Francisco Fesser, miembro de una prominente familia de banqueros de La Habana, también figura en la tabla 5.1.[8] Formó parte del círculo íntimo de los reformistas de La Habana, y participó desde 1866 en reuniones preparativas para el trabajo de la Junta de Información.[9] Ese activismo le valió un lugar no solo en la lista de los cubanos cuyas propiedades y activos fueron embargados, sino también en la lista de los condenados a muerte *in absentia*.[10] Fesser en 1870 vivía con su esposa Rosa en West 20 Street, y fue uno de los pocos cubanos en Nueva York que divulgó sus ingresos al empadronador, al declarar sus activos inmobiliarios en $50 000 y su propiedad personal en $3 000, al parecer, suficiente para tener dos sirvientas irlandesas.[11]

Los hermanos Cisneros, Hilario y Francisco Javier, vivían en West 22nd Street en Manhattan, cerca de la familia Mestre. La espo-

[7] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Ninth Ward, Ninth District.

[8] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 319.

[9] Carta de José Antonio Echeverría a José Manuel Mestre, 14 de junio de 1866, contenedor 61, José Ignacio Rodríguez Papers. La carta contiene el listado del grupo de reformistas, incluyendo a Fesser, que periódicamente se reunía en la casa de José Ricardo O'Farrill, una de las principales figuras del grupo.

[10] Ibíd., p. 326; y J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, p. 35.

[11] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Sixteenth Ward, Seventh District.

sa de Hilario, Mariana, y su joven hija María Concepción vivían con ellos, así como su hermano Juan (médico), varios otros miembros de la familia y cinco sirvientes domésticos.[12] Aunque Hilario había ejercido leyes en La Habana y se había convertido en parte de la red reformista de la ciudad con sus colegas Mestre y Morales Lemus, los Cisneros nacieron en Santiago de Cuba, donde su familia había vivido desde mediados del siglo XVII y su padre había ocupado varios puestos de importancia en el sistema judicial local.[13]

Hilario asistió a la infame y definitoria reunión del 24 de octubre de 1868 con el capitán general Lersundi, que selló el destino de los reformistas.[14] Después de eso, apoyó la independencia y los españoles tomaron nota de ello, embargaron su propiedad y lo condenaron a muerte.[15] El mismo destino tuvo Francisco Javier, excepto que, por ser propenso a la acción, resultó un caso más convincente para sancionarlo que su hermano mayor. Francisco Javier fue el organizador, en noviembre de 1868, de un abortado intento de insurrección armada en el occidente de Cuba en apoyo a la sublevación oriental.[16] Ante el encarcelamiento o algo peor, se fue a Nueva York, donde se convirtió en el hombre clave en los esfuerzos de los emigrados para organizar expediciones destinadas a llevar hombres y armas a Céspedes en Cuba. Desde diciembre de 1868 hasta el 9 de julio de 1870, fecha en que el empadronador del censo lo encontró en la casa de su hermano, había organizado cinco expediciones, la mayoría de las cuales no llegarían a la isla. La más exitosa, sin embargo, fue la que condujo a bordo del *Perrit*, un barco comprado por José María Mora, que partió hacia la Bahía de Nipe, en la costa nororiental de Cuba, en mayo de 1869, con 250 hombres y un depósito considerable de armas y municiones,

[12] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Sixteenth Ward, Thirteenth District.

[13] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, pp. 115-118.

[14] J. Zaragoza: *Las insurrecciones en Cuba: Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo*, vol. 2, p. 245.

[15] R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1, p. 149; L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 325; y J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, p. 35.

[16] F. Ponte Domínguez: *Historia de la Guerra de los Diez Años*, p. 140.

que Cisneros entregó personalmente al ejército de la República de Cuba.[17]

A diferencia de la mayoría de los cubanos en Nueva York, Juan Jacinto Jová no era ni de La Habana ni de oriente, sino de la región central de la isla. Los Jová eran de origen catalán y, aunque en Cuba se establecieron originalmente en Santa Clara, donde nació Juan Jacinto en 1837, sus propiedades azucareras estaban en Cienfuegos, en la costa centro-sur.[18] De joven, Juan Jacinto viajó mucho por Europa y los Estados Unidos, para graduarse finalmente de la Escuela de Minas de la Universidad de Columbia como ingeniero civil. Se quedó en Nueva York para fungir como representante comercial de su familia, importar azúcar y venderla en la ciudad, y también para comprar los equipos más recientes para las operaciones azucareras de la familia en Cienfuegos. El matrimonio y la guerra de 1868 lo hicieron quedarse en Nueva York permanentemente. Ese año se casó con Marie Gabrielle Vatable en la Iglesia de San Vicente de Paul en Manhattan. Ella procedía de una importante familia francesa que se había establecido en Nueva York luego de abandonar Guadalupe cuando allí se abolió la esclavitud. En Nueva York, los Vatables se dedicaron al comercio del azúcar. Así fue como Juan Jacinto conoció a la familia y a Marie Gabrielle. Aunque Juan Jacinto Jová no había estado con anterioridad involucrado en actividades separatistas, eventualmente participaría de manera activa en la política de la emigración. En 1870, él y Marie Gabrielle ya tenían una hija pequeña y vivían en el Decimonoveno Distrito Electoral con dos sirvientas irlandesas. Jová declaró su ocupación como «comerciante naviero» y le dio al empadronador la cifra de $100 000 como valor de sus propiedades inmobiliarias y $6 000 como valor de su patrimonio personal.

Félix Fuentes fue un activista destacado en La Habana, a pesar de ello lo sacaron de su casa en marzo de 1869 y lo deportaron ceremoniosamente a Fernando Poo junto con otros 250 residentes de la capital.[19]

[17] F. J. Cisneros: *Relación documentada de cinco expediciones*, p. 16; R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, p. 282; y E. Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón*, pp. 150-151.

[18] Toda la información de la historia de la familia Jova presentada aquí es de Joseph John Jova: «The Jová Family of Sitges, Cuba, and the United States», escrito no publicado, 1977.

[19] J. B. Saluvet: *Los desterrados a Fernando Póo*, p. 13; y [J. I. Rodríguez] (ed.): *The Book of Blood*, p. 36.

Pudo escapar de esa isla y establecerse en Nueva York, donde, sin dudas, había colocado fondos sustanciales. Aunque sus propiedades y bienes en Cuba fueron sometidos al embargo español, cuando el enumerador lo encontró, apenas un año después de su deportación, se había recuperado bien, vivía en los West 20 y tantos, con su esposa, tres hijos y varios sirvientes domésticos, y tenía una oficina en 75 Broadway.[20]

El Vigesimoprimer Distrito Electoral de Brooklyn, la parte norte de lo que ahora es Bedford-Stuyvesant, fue en 1870 el hogar de dos de los miembros más sobresalientes y principales del grupo reformista de La Habana: José Morales Lemus y Antonio Bachiller y Morales.[21] Allí vivía Morales Lemus con su esposa, varios familiares y dos sirvientes. Bachiller y Morales se estableció temporalmente en Brooklyn rodeado de su gran familia. En su casa vivían su esposa, Carlota Govín, y sus hijas solteras, María de Jesús, de veinticuatro años, y Adela, de veintiuno, así como su hija Carlota y su esposo, José Morales, un abogado, y la hija de tres meses de ambos, María. Al lado vivían un médico, Juan Landeta, su madre y su hermana. Landeta pronto se casaría con Adela, la hija de Bachiller. En la misma calle de Brooklyn vivía otra de las hijas de Bachiller, Antonia, casada con Néstor Ponce de León, un abogado. Tenían cuatro niños pequeños de entre dos y ocho años de edad. La hija mayor de Bachiller y Morales, María Teresa, también vivía en Brooklyn con su marido José Gabriel del Castillo y sus cuatro hijos, no muy alejada del resto de la familia, en el Séptimo Distrito Electoral en el área conocida ahora como Clinton Hill, cerca del Instituto Pratt.[22]

[20] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Twentieth Ward, Twelfth District; y *Trow's New York City Directory, 1870-71*. En ambos censos de los Estados Unidos, el de 1870 y el de 1880, aparece Félix Fuentes y su familia entera identificados como blancos. Por tanto, no está claro si este es el mismo Félix Fuentes a quien Mirabal identifica como un «revolucionario afrocubano». N. R. Mirabal: *Suspect Freedoms: The Racial and Sexual Politics of Cubanidad in New York, 1823-1957*, p. 73.

[21] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, City of Brooklyn*, Twenty-First Ward.

[22] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, City of Brooklyn*, Seventh Ward. Mi interpretación de la información en el formulario del censo proviene de consultar a R. de Castro y Bachiller: *Don Antonio Bachiller y Morales*; y F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 3, pp. 63-64.

Antonio Bachiller y Morales había depositado fondos con Moses Taylor en Nueva York antes de llegar a la ciudad. El futuro yerno de Bachiller y Morales, el doctor Landeta, también había depositado dinero con Moses Taylor. Los cuatro hogares de los Bachiller en Brooklyn tenían un total combinado de diez sirvientes, seis de los cuales eran negros nacidos en Cuba, incluido «un pequeño sirviente de 9 años (Ambrosio) en su casa nacido y que la esposa no quiso abandonar» cuando partieron de la isla. Él permaneció con la familia Bachiller hasta su muerte en 1895.[23]

El yerno de Bachiller, Néstor Ponce de León, había sido miembro activo del grupo reformista en La Habana, no solo por su suegro, sino también por sus conexiones como abogado con Mestre y Morales Lemus. A Néstor, a su suegro y a su cuñado, José Gabriel del Castillo, les embargaron sus propiedades, pero de los tres, el único que además ameritó la pena de muerte fue Néstor.[24] Aunque en 1870 le dijo al empadronador del censo que era abogado, Néstor no ejercía derecho en Nueva York, sino que vivía de su verdadera vocación: bibliófilo. Estableció una librería y una papelería en Broadway que se mantuvo como un elemento habitual de la comunidad de emigrados de la ciudad durante muchos años.

El clan Bachiller y Morales en Brooklyn habría sido aún más grande si no hubiera sido por las circunstancias que, sin duda, pesaban mucho sobre el patriarca mientras se adaptaba a la vida en un nuevo país. Además de cinco hijas, Antonio Bachiller y Morales tuvo dos hijos. El mayor, Alfredo, murió en 1867 de tuberculosis a la edad de veinticinco años, poco antes de que la familia abandonara la isla.[25] Su otro hijo, Antonio, salió de Cuba con la familia a bordo del *Columbia* en febrero de 1869, pero solo tres meses después se unió a una expedición a la isla, donde se convirtió en capitán del ejército de la República de Cuba, y no estaba en Brooklyn en julio de 1870 para ser incluido en el registro censal de la familia.[26]

[23] R. de Castro y Bachiller: *Don Antonio Bachiller y Morales*, p. 42.

[24] L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, pp. 323, 330, 334; y J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, p. 34.

[25] J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, p. 40; y F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 3, p. 64.

[26] R. de Castro y Bachiller: *Don Antonio Bachiller y Morales*, p. 44.

En Manhattan, la vida de los Aldama era similar a la del clan Bachiller y Morales en Brooklyn. Miguel Aldama vivía en West 47th Street, justo al oeste de la Quinta Avenida (ahora el corazón del distrito de joyería y diamantes), rodeado de tres de sus hijas casadas y sus familias. Compartían la casa con él y su esposa, Hilaria Fonts, su hija María de los Dolores y el esposo, Isaac Carrillo, abogado y educador. En la misma cuadra vivían Leonardo del Monte y su esposa Rosa, hija de Miguel. Como se señaló en el capítulo 4, Leonardo no solo era el yerno de Miguel, sino también su sobrino. También en esa cuadra vivía otra hija de los Aldama, Florinda, casada con el primo de Miguel, Cristóbal Alfonso y Madan. El clan Aldama tenía un acompañamiento bastante grande de sirvientes, y aunque algunos eran negros cubanos, la mayoría eran mujeres irlandesas. Al igual que Antonio Bachiller y Morales, Miguel Aldama también cargaba su dolor a cuestas. Cuatro años antes, en 1864, había muerto su único hijo, Domingo.

Aunque en 1870 las élites de La Habana, especialmente el grupo reformista, tendían a predominar entre los cubanos destacados de Nueva York, el censo de ese año también captó el comienzo de lo que sería un fenómeno creciente durante los años restantes de la guerra: la llegada a la ciudad de familias orientales cuyos hombres estaban en los campos de batalla o, en algunos casos, ya habían muerto. El ejemplo más dramático fue la familia de José Ramón Simoni, un médico de sesenta años que según el censo vivía en el Vigesimosegundo Distrito Electoral, en la avenida Sexta, justo al sur del Parque Central.[27] Simoni era de Puerto Príncipe (Camagüey), donde la aristocracia terrateniente se había unido a sus vecinos al oriente en el levantamiento del mes de octubre de 1868. Vivían con el doctor Simoni en Nueva York: su esposa Manuela, de cincuenta años, su hijo José Ramón, de veintidós, y la sobrina de Manuela, Victoria Ginferrer, de dieciséis. También en el hogar estaban las dos hijas casadas de Simoni con sus hijos. La mayor, Amalia, de veinticinco años, tenía un hijo, Ignacio Ernesto, y estaba embarazada del segundo. La otra hija, Matilde, de veinticuatro años, tenía un hijo de dos años, Arístides.[28] Los dos yernos del doctor

[27] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Twenty-Second Ward, Eighth District.

[28] Los Simoni fueron empadronados por primera vez el 4 de enero de 1871, dentro del recuento del censo de 1870. Amalia dio a luz a su hija Herminia en Nueva

Simoni estaban en Cuba. Amalia estaba casada con Ignacio Agramonte, un joven patricio, que, sin cumplir aún los treinta años de edad, había llevado a los camagüeyanos a la guerra y con el grado de mayor general era su principal líder militar. Miembro de una de las familias más antiguas y respetadas de Camagüey, Ignacio había sido educado en Europa y obtuvo un título de abogado en la Universidad de La Habana. Fue uno de los autores de la constitución del gobierno en armas. La otra hija del doctor Simoni, Matilde, estaba casada con un primo de Ignacio, Eduardo Agramonte, también combatiente en Camagüey y miembro del gabinete de Céspedes.[29] No es necesario decir que los primos Agramonte estaban entre los que encabezaban la lista de las personas que debían ser ejecutadas en caso de ser capturados.[30] El doctor Simoni no estaba en ninguna lista, pero sin duda salió de Cuba temiendo por la seguridad de sus hijas y nietos.

Los Simoni no fueron los únicos miembros de la familia de Ignacio Agramonte obligados a refugiarse en Nueva York. El censo de 1870 encontró a su madre, María Filomena Loynaz, de cuarenta y seis años, viviendo con su cuñada, la tía de Ignacio, Mercedes Agramonte, de cuarenta y cinco, y el hermano de Ignacio, Enrique, de veinticinco, en 104 West 20th Street, entre las avenidas Sexta y Séptima, en el Decimosexto Distrito Electoral. También había cuatro adolescentes en la casa, probablemente sobrinos y sobrinas de María Filomena.[31]

York el 20 de febrero de 1871. F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, pp. 13-14. Los Simoni probablemente no estaban en Nueva York cuando se hizo el primer conteo de 1870 en el Vigesimosegundo Distrito Electoral a fines de junio y principios de julio de 1870. La señora Simoni y su hijo José Ramón llegaron a Nueva York desde La Habana el 9 de agosto de 1870, a bordo de un buque de carga, el *Rapidan (New York Passenger Lists, 1851-1891)*. No pude encontrar el registro de llegada del doctor Simoni ni de sus hijas, todos pudieron haber salido clandestinamente a bordo del *Rapidan* u otro barco al mismo tiempo que la señora Simoni.

[29] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, pp. 12-13; R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, pp. 89-90, 256-257; y L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, p. 304.

[30] J. Llaverías: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*, p. 34.

[31] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Sixteenth Ward, Fourteenth District; y F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, p. 13.

Los domicilios de los Simoni y los Agramonte en Nueva York eran representativos de las condiciones económicas de las élites orientales en la ciudad, muy diferentes en comparación con sus compatriotas occidentales. Como se ha señalado repetidamente, los últimos tenían conexiones de negocios y personales con Nueva York de larga duración, originadas en el comercio que se desarrolló con el auge de la producción de azúcar en las provincias occidentales de La Habana y Matanzas. Por el contrario, la riqueza de la aristocracia terrateniente de la región oriental, como los Agramonte, se basaba en una economía agrícola más diversificada, arraigada en la producción de ganado y, por tanto, no era probable que participaran en el comercio con Nueva York. Estaban aislados económica y geográficamente, y fuera del flujo de ese comercio. No fue sino hasta principios del siglo XX, por ejemplo, que se construyó una línea de ferrocarril que unía las mitades oriental y occidental de la isla. Los orientales no tenían dinero esperándolos en Nueva York cuando se sintieron obligados a abandonar el país. Ninguna de las familias orientales conocidas, por ejemplo, tenía cuentas con Moses Taylor and Company.[32] Aunque las familias destacadas del occidente, casi sin excepción, tenían sirvientes en la ciudad, negros cubanos o irlandesas, los Simoni y los Agramonte vivían en lo que parece que fueron casas de huéspedes sin sirvientes.

El censo de 1870 registra la reaparición en Nueva York de Cristóbal Madan. El viejo neoyorquino y anexionista, el adolescente que en 1823 saludó a Varela y a Heredia cuando llegaron a Nueva York, ya tenía sesenta años cuando el empadronador de dicho lo encontró a él y a su hijo Cristóbal, de treinta y cinco años, viviendo en el Decimoctavo Distrito Electoral.[33] En 1850, la última vez que el censo de los Estados Unidos había enumerado a Madan, también vivía en el Decimoctavo Distrito Electoral, cerca de Madison Square en una casa

[32] Las cajas 78 y 79 de los Moses Taylor Papers contienen archivos para cada uno de los clientes de la firma en Cuba, incluidos los libros contables que registran las cuentas a nombre de esos clientes. La única persona de Puerto Príncipe que aparece en esos registros es un tal José Miguel Montejo y Hernández, propietario del ingenio azucarero La Fernandina. La única excepción en Oriente fue Reigadas, Caragol and Company, exportadores en Manzanillo.

[33] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Eighteenth Ward, Second District.

grande y suficientemente suntuosa para acomodar a sus seis hijos, su segunda esposa Mary O'Sullivan y un contingente de sirvientes y sus hijos (véase el capítulo 2).

No se sabe qué sucedió con Madan en los años posteriores a 1852, cuando fue condenado a exilio forzado en España por su papel en el movimiento anexionista. Ni él ni ningún miembro de su familia inmediata fueron censados en Nueva York en 1860. Su esposa, Mary O'Sullivan, murió en 1867.[34] En algún momento debe haber conseguido un perdón y vuelto a Cuba desde España para retomar el control de las plantaciones de azúcar de su familia en Matanzas y para abrir un bufete de abogados en La Habana. Sabemos sobre el bufete de abogados porque a principios de 1869 contrató como empleado de esa oficina a un niño de dieciséis años que se estaba metiendo en problemas con las autoridades por escribir textos rebeldes: José Martí.[35]

El 21 de abril de 1869, siete familiares de Madan llegaron a Nueva York desde La Habana en el *Morro Castle*, entre ellos su hijo Cristóbal, pero el anciano Madan no aparecía en la lista de pasajeros.[36] Aunque no hay constancia de ello, es probable que Cristóbal se haya ido de Cuba más o menos en el mismo momento, huyendo del terror y la persecución encabezada por Dulce y los voluntarios. El 12 de mayo, sin duda, se encontraba en Nueva York cuando su hija con Mary O'Sullivan, María de los Dolores, se casó con un marqués español, José Francisco Pedroso, en la Iglesia de San Francisco Javier, en West 16th Street.[37]

Menos de tres meses después de la boda, el gobernador Dulce embargó las propiedades y los activos de Madan. Este protestó alegando que no había hecho nada para merecer las sanciones; como ciudadano estadounidense apeló a Washington para que intercediera en su nombre ante el gobierno español, sin éxito.[38] Por improbable que pueda parecer para un neoyorquino durante tantos años, Madan aparentemente no tenía fondos sustanciales en la ciudad. Como no

[34] Marquis of Ruvigny and Raineval: *The Jacobite Peerage: Baronetage, Knightage and Grants of Honour*, p. 144.

[35] C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 102.

[36] *New York Passenger Lists, 1851-1891.*

[37] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 5, p. 166.

[38] *New York Times*, 12 de agosto de 1869, p. 4.

había estado políticamente activo, no había previsto las sanciones. Pero vivir en el extranjero y tener asociaciones cuestionables eran motivos suficientes para garantizar la aplicación del embargo. Tal vez fue un castigo por sus transgresiones políticas pasadas, o tal vez solo fue un capricho. Al fin y al cabo, embargaron las propiedades de más de cuatro mil cubanos, la mayoría sobre la base de pretextos endebles. Los historiadores han argumentado que lo que comenzó como una medida estratégica en tiempos de guerra, rápidamente degeneró en abusos, corrupción y un robo masivo de propiedades por parte de los españoles.[39]

El embargo aparentemente tuvo un efecto drástico en las finanzas de Madan. Las condiciones en que Cristóbal y su hijo vivían en 1870 eran muy diferentes de los muy cómodos arreglos de vida registrados en el censo de 1850. En julio de 1870, él y su hijo Cristóbal residían en la casa del general Zachariah Deas y su esposa. El general Deas era de Carolina del Sur y había prestado servicio en el ejército confederado. Después de la Guerra Civil, Deas se estableció en Nueva York y regresó, con mucho éxito, a la misma ocupación que tenía en Mobile antes de la guerra: corredor de algodón.[40] Solo cinco meses después de ser empadronados en la casa de Deas, los Madan fueron incluidos en el recuento del censo, viviendo en una casa de huéspedes en 234 Fourth Avenue, en el Vigesimosegundo Distrito de Enumeración del Decimoctavo Distrito Electoral. Julián, uno de los dos hijos de Madan con Mary O'Sullivan, de veinticinco años, se reunió allí con su padre y su hermano Cristóbal. Parece que era una casa de huéspedes modesta, con relativamente pocos sirvientes.[41]

Durante años, a partir de entonces, Madan se dedicó a recuperar sus propiedades embargadas, emprendió acciones legales y llevó su caso ante una comisión de arbitraje establecida por los Estados Unidos para adjudicar las demandas de ciudadanos estadounidenses

[39] A. W. Quiroz: «Implicit Costs of Empire», p. 496; y R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, p. 222.

[40] «Gen. Z. C. Deas», *New York Times*, 7 de marzo de 1882, p. 2.

[41] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Eighteenth Ward, Twenty-Second District.

contra España.[42] Quizás por esta razón no se vio involucrado en la política revolucionaria de la emigración a pesar de sus muchas conexiones con la elite de La Habana residente en la ciudad. Esto queda claro en la correspondencia de Madan, a partir de 1869 y hasta 1871, con su amigo y compañero neoyorquino José Manuel Mestre, sobre asuntos no relacionados con las actividades políticas de este en nombre de la independencia cubana.[43] Más bien, las cartas tratan sobre las solicitudes de Mestre para que Madan usara sus contactos con funcionarios de la ciudad y con la diócesis de Nueva York para resolver problemas de varios cubanos necesitados. En un caso, Mestre llamó la atención de Madan sobre la difícil situación de una niña cubana abandonada en el condado de Westchester, y Madan inmediatamente solicitó la ayuda del presidente de la Society for the Protection of Destitute Roman Catholic Children (Sociedad para la Protección de Niños Católicos Romanos Desamparados) y también del director de la Escuela del Sagrado Corazón, en Manhattan. El 20 de noviembre de 1871, Madan vivía en otra dirección, 30 West 47th Street, cuando escribió una carta en inglés a un conocido suyo, J. Nicholson, comisionado de organizaciones benéficas públicas, para solicitar una cita para Ana Betancourt de González, «Una mujer desafortunadamente puesta a prueba», escribió Madan, «traída a este país por la ruina de Puerto Príncipe en la isla de Cuba». Continúa explicando que «ella ha colocado a sus hijas donde se ganan la vida honestamente y es la persona de quien le hablé ayer que desea enviar a su hijo ingobernable a una institución donde sea atendido todo el tiempo y mejorar en la medida que sus condiciones económicas y sus circunstancias lo demanden».[44]

En carta aparte, Madan le notificó a la señora Betancourt su cita con Nicholson en la Oficina de Caridad Pública (Office of Public

[42] John Bassett Moore: *History and Digest of the International Arbitrations*, vol. 3, pp. 2638-2642.

[43] Las cartas se encuentran en el contenedor 61 de los José Ignacio Rodríguez Papers en la División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso. Rodríguez había sido estudiante de Mestre y como administrador de sus bienes adquirió todos los archivos de Mestre tras su muerte en 1886.

[44] Carta de Cristóbal Madan a J. Nicholson, 20 de noviembre de 1871, contenedor 61, José Ignacio Rodríguez Papers.

Charities) en calle 11 y avenida Tercera, y le sugirió que la mejor opción para su hijo, de doce años, era la «escuela de niños» en Randalls. Island, sin duda refiriéndose a la casa de refugio (House of Refuge), un reformatorio público situado allí.[45]

Había pasado medio siglo desde que Madan había prestado servicio por primera vez como «cónsul de la República» no oficial en Nueva York, como lo llamó Heredia, el adolescente que recibía el correo y consiguió alojamiento en el centro de Manhattan para el poeta y para el padre Varela. A pesar de haber pasado casi cinco décadas, de su exilio forzado en España y la perspectiva de ruina económica, Cristóbal Madan, evidentemente, seguía siendo el cubano más informado y mejor conectado en Nueva York, la persona a quien acudían los recién llegados de Cuba en busca de ayuda, mientras se abrían paso en una ciudad nueva e intimidante. Y había más y más recién llegados cubanos en Nueva York.

Los bien conocidos cubanos enumerados en la tabla 5.1 trajeron de la isla su prominencia en asuntos políticos e intelectuales, y se hicieron visibles en la ciudad durante la década de 1870 por su activismo político. Pero esas élites destacadas representaban solo una fracción de todos los cubanos que vivían en Nueva York. Cuando se realizó el censo de 1870, la población nacida en Cuba en lo que ahora son los cinco condados había superado las 2 700 personas, más de cuatro veces su tamaño en el censo de 1860.[46] Alrededor del ochenta y ocho por ciento vivía en Manhattan. La mayoría de esos casi tres mil

[45] Gerard R. Wolfe: «Randalls Island», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*, p. 985.

[46] Se llegó a esta cifra a partir de la tabulación manual de los formularios del censo recuperados mediante una búsqueda usando el lugar de nacimiento del U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Seventeenth Ward, Eleventh District. Esta cifra es mayor que los 1 565 que la Oficina del Censo de los Estados Unidos reportó en su informe impreso de 1872 como la población de Manhattan y Brooklyn nacida en Cuba. U. S. Bureau of the Census: *The Statistics of the Population of the United States*, vol. 1 of *Ninth Census, June 1, 1870*, p. 388. Si bien mi cifra puede estar un poco aumentada por los posibles duplicados ocasionados por el recuento de 1870, se hizo todo lo posible por mi parte y por Ancestry.com para eliminar esos duplicados, que, en cualquier caso, incluyen solamente a las personas que cambiaron su lugar de residencia en los cinco meses entre los dos conteos.

neoyorquinos son desconocidos para la historia. Eran hombres, mujeres y niños que por innumerables razones se fueron de Cuba, y en Nueva York no se preocuparon mucho por los conceptos abstractos de la independencia y la soberanía, sino en dar forma a sus vidas en una ciudad que ahora llamaban hogar, un lugar que podía ser prometedor, emocionante y aterrador.

El estallido de la guerra en 1868 fue responsable de acelerar el patrón de décadas de migración cubana a Nueva York. Los terratenientes ricos, los comerciantes prósperos, los profesionales progresistas y los intelectuales liberales no fueron los únicos atrapados en la ola de abuso, violencia y anarquía que comenzó a propagarse en Cuba en 1868. Fue una guerra en la que todos se vieron obligados a elegir bandos, y no era necesario estar condenado a muerte, ni tener sus propiedades embargadas para sentirse amenazado por el alcance y la intensidad de las fuerzas que se habían desatado en la isla.

Una medida de los efectos de la guerra fue la significativa presencia de mujeres y niños entre los cubanos en Nueva York. Las revueltas políticas que obligan a las personas a abandonar sus países, usualmente producen flujos migratorios con un número bastante grande de familias, en comparación con las migraciones laborales, que generalmente consisten casi exclusivamente de hombres solos. En 1870, poco más del cuarenta por ciento de los neoyorquinos nacidos en Cuba eran de sexo femenino, y los menores de dieciocho años representaban más de la cuarta parte de la población, una proporción bastante alta teniendo en cuenta que incluía solo los niños nacidos en Cuba y no aquellos nacidos en Nueva York de padres cubanos.

Pero la guerra no era la única responsable del rápido crecimiento de la población cubana en Nueva York. Durante la década de 1860, estaba en pleno apogeo la tendencia que había comenzado en la década anterior, descrita en el capítulo 3: Nueva York como un centro para la manufactura de tabacos hechos con hojas Clear Havana. La creciente popularidad de las hojas cubanas ayudó en gran medida a expandir la industria del tabaco de la ciudad. En las décadas de 1860 y 1870, Nueva York tenía ampliamente más establecimientos relacionados con el tabaco que cualquier otra ciudad de los Estados Unidos, y se convirtió, como señalaron Burrows y Wallace, en «la capi-

tal de la industria del tabaco de América del Norte».[47] Un directorio de 1867 de fabricantes, importadores, y comerciantes de tabaco contenía 1 309 entradas para Manhattan y 166 para Brooklyn.[48]

Otro directorio publicado ese mismo año tenía datos para Manhattan similares, pero más específicos: 899 distribuidores y fabricantes de tabacos, 170 almacenes y comisionistas, y 206 adicionales identificados más ampliamente como distribuidores y fabricantes de tabaco. También había una serie de industrias auxiliares, como la fabricación de cajas de tabaco, papel de aluminio para tabaco, y las nuevas prensas y otras máquinas utilizadas para fabricar tabacos.[49]

Hacia 1870, la industria del tabaco de Nueva York estaba inmersa en un auge explosivo, en la medida en que se multiplicaban los establecimientos de tabaco en la ciudad.[50] Un directorio detallado de la industria del tabaco publicado en 1872 enumeró 1 486 fabricantes de tabacos (excluyendo comerciantes e importadores) en Manhattan, y 406 en Brooklyn. También se producía tabaco en Astoria, Jamaica y Long Island City.[51]

Un cálculo estimaba en 2 800 el número de trabajadores del tabaco en la ciudad, la mayoría de ellos inmigrantes alemanes judíos, el grupo con mayor responsabilidad en el crecimiento de la industria del tabaco en Nueva York.[52] Los alemanes, checos y húngaros establecieron la Unión Internacional de Tabaqueros (Cigar Makers International Union) en 1864.[53] La industria en expansión, sin embargo, comenzó a atraer a fabricantes de tabacos de Cuba, sobre todo porque las condiciones de la isla se deterioraban rápidamente con el advenimiento de la guerra. Por otra parte, los tabaqueros cubanos disfrutaban de una cierta distinción o caché, porque los tabacos hechos a partir de hojas Clear Havana se convirtieron en los más caros y más buscados en la ciudad.

47 E. G. Burrows y M. Wallace: *Gotham*, p. 742.
48 *The Universal Tobacco Dealers Directory*.
49 *Directory of Tobacco Men in the United States*.
50 D. Schneider: *Trade Unions and Community*, pp. 55-56.
51 *A Directory of the Tobacco Trade*.
52 D. Schneider: *Trade Unions and Community*, p. 54.
53 R. Mendel: «Cigar Makers' International Union», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*, p. 224.

Thomas J. Rayner, por ejemplo, propietario de la fábrica de tabacos Smoke en 102 Liberty Street, anunciaba que sus puros estaban «fabricados por obreros CUBANOS, TOTALMENTE CON TABACO DE LA HABANA iguales en calidad, estilo, y fragancia» a los tabacos fabricados en La Habana, pero a precios más razonables que el producto importado.[54]

La distinción, por supuesto, no necesariamente se traducía en buena paga, en especial porque los tabaqueros cubanos en Nueva York, al menos inicialmente, no formaban parte del movimiento sindical organizado que habían iniciado sus colegas europeos. Pero lo que sí es cierto es que cada vez más cubanos tabaqueros llegaban a Nueva York.

La tabla 5.2 presenta las ocupaciones de los 913 cubanos en la ciudad que declararon una ocupación en 1870. Más de un tercio informó que trabajaban en una actividad relacionada con el tabaco, la mayoría de ellos como tabaqueros. En general, las ocupaciones relacionadas con el tabaco representaban el grupo más grande entre los cubanos en lo que hoy son los cinco condados, e incluso esa cifra bien podría subestimar la importancia del empleo relacionado con el tabaco, ya que solo incluye a aquellos que informaron explícitamente que estaban involucrados en esta ocupación. Otros que simplemente declararon «comerciante» o «ventas» también pueden haber estado involucrados en el negocio del tabaco, pero no respondieron específicamente.

En general, los datos de la tabla 5.2 señalan una comunidad con una estratificación dicotómica. Los tabaqueros, como hábiles artesanos, representaban la única clase media numéricamente significativa. Es revelador que las dos categorías mayores después de los tabaqueros eran, de un lado, los profesionales y los comerciantes (de tabaco y no tabaco combinados), y, del otro, los no calificados, una categoría en la que predominaban los empleados domésticos. De hecho, había más sirvientes domésticos que personas en toda la categoría administrativa y de ventas. Las cifras de la tabla 5.2, sin duda, subestiman el número de cubanos en los niveles socioeconómicos altos, ya que muchos de los trabajadores autónomos en el comercio o con sustanciales cuentas financieras eran menos propensos a reportar una ocupación. Entre los

[54] *The Universal Tobacco Dealers Directory*, s. p.

cubanos que aparecen en la tabla 5.1, Aldama, los hermanos Mora y Carlos del Castillo, por nombrar solamente algunos, no informaron su ocupación y, por tanto, no están incluidos en esta tabla.

Tabla 5.2. Ocupaciones declaradas en la ciudad de Nueva York por la población nacida en Cuba, 1870

Ocupación	*Número*	*Por ciento*
Total que declara alguna ocupación	913	100
Comerciantes, excepto tabaco (por ejemplo, mayoristas, importadores)	72	7,9
Agentes financieros y brókers (por ejemplo, seguros, bienes raíces, acciones)	19	2,1
Profesionales	116	12,7
Médicos	*41*	
Abogados	*19*	
Artistas	13	1,4
Empleados y ventas, excepto tabaco	96	10,5
Artesanos y trabajadores semicalificados, excepto tabaco	78	8,6
Ocupaciones relacionadas con el tabaco.	308	33,7
Tabaqueros y empacadores de tabaco	*230*	
Comercio de tabaco, mayorista y minorista	*78*	
Hospedaje, restaurante y servicios personales	53	5,8
Camareros y cocineros	*33*	
Sin calificación	118	12,9
Sirvientes domésticos	*96*	
Otras	40	4,4

Fuente: U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City and Kings County*, consultado a través de <www.ancestry.com>.

La naturaleza estratificada de la comunidad se ve con más claridad cuando miramos el género y el color de la piel. Aunque las mujeres, como se señaló anteriormente, en 1870 estaban bien representadas entre los cubanos en Nueva York, no puede decirse lo mismo de los no blancos. Menos del nueve por ciento de la población de los cinco condados nacida en Cuba fue clasificada en el censo como «negra», «mulata» o «de color». Entre los no blancos, hay casi tantas mujeres como hombres. Sin embargo, los hombres y las mujeres, los blancos y los no blancos no se dividen equitativamente entre las diferentes categorías ocupacionales. Los hombres blancos casi exclusivamente correspondían a aquellos en el campo profesional, de negocios, de cuello blanco, los artesanos (incluyendo tabaqueros), e incluso las ocupaciones semicalificadas. En contraste, los hombres no blancos representaban el ochenta y cinco por ciento de todos los camareros y cocineros, mientras que las mujeres de ambas razas representaban más de las tres cuartas partes de todos los empleados domésticos.

Las mujeres no blancas se encontraban casi exclusivamente en actividades de servicio poco calificadas, con más del noventa y cuatro por ciento como empleadas domésticas o lavanderas. Solo dos cubanas no blancas en Nueva York no estaban en la categoría de no calificadas: una costurera y una peluquera. La mayor parte de los hombres no blancos eran empleados como camareros, cocineros, sirvientes domésticos, lavaplatos, cocheros, trabajadores y porteros. Había unos pocos artesanos no blancos: ocho tabaqueros, dos toneleros, un zapatero y un carpintero. También había cuatro marineros no blancos nacidos en Cuba que vivían en el Sexto Distrito Electoral, dos de ellos en la Colored Seamans Boardinghouse (Casa de Huéspedes para marineros de color). Las únicas mujeres blancas profesionales eran dos maestras. Tres mujeres blancas eran dependientas o vendedoras y ocho eran costureras.

Que las mujeres y los no blancos estuvieran al final de la distribución ocupacional cubana de Nueva York no debería sorprender, especialmente entre los migrantes de una colonia española donde, en 1870, todavía se practicaba la esclavitud. Sin embargo, la estructura social de la comunidad tuvo implicaciones para los patrones de asentamiento de los cubanos en la ciudad. Los sirvientes domésticos, las lavanderas, los cocheros, los camareros y los cocineros vivían,

por supuesto, no solo en las mismas áreas de la ciudad, sino también en las mismas casas de las clases sociales a las que servían. Dado el número relativamente grande de élites, comerciantes y profesionales entre los cubanos, no es sorprendente que las categorías a ambos extremos de la estructura ocupacional vivieran en las áreas exclusivas de la ciudad. Hubo una concentración de cubanos en lo que en ese momento eran las zonas residenciales de moda más lujosas. Los distritos electorales con más cubanos eran el Decimoquinto y el Decimoséptimo, donde vivía más de la cuarta parte de los cubanos de la ciudad. El primero rodea Washington Square y el otro está justo al este a partir de Fourth (Lafayette) Avenue hasta Tompkins Square. Un treinta y cinco por ciento adicional de todos los cubanos vivía justo al norte de esos dos distritos electorales, en los distritos Decimosexto, Decimoctavo, Vigésimo y Vigesimoprimero, los cuatro que abarcan todo Manhattan entre las calles 14 y 40. Algunos cubanos también comenzaron a asentarse en las nuevas áreas periféricas de élite al norte de la 40, especialmente en el Decimonoveno Distrito, a lo largo de la Quinta Avenida, el área que se convertiría en el Upper East Side.

En contraste con los patrones de asentamiento de las élites y sus sirvientes, la tendencia entre los tabaqueros cubanos era vivir donde trabajaban, es decir, un poco más al centro, conforme al patrón de los neoyorquinos de clase trabajadora. Como señalan los historiadores Burrows y Wallace, «la mayor parte de la clase trabajadora, que aún no podía pagar el transporte público, tenía que vivir cerca de sus trabajos».[55] De hecho, los tabaqueros tendían a trabajar en la casa, como señalan Burrows y Wallace.[56]

Solo treinta y uno (menos del quince por ciento) de los 209 tabaqueros nacidos en Cuba que vivían en Manhattan residían al norte de la calle 14. Ninguno vivía en el Decimosexto Distrito Electoral, donde se habían establecido muchos cubanos prominentes. Los distritos electorales con mayor concentración de tabaqueros eran el Octavo, Decimocuarto y las partes meridionales de los distritos Decimoquinto y Decimoséptimo, en las partes central y occidental de Manhattan que rodean inmediatamente a la calle Houston y el sur

[55] E. G. Burrows and M. Wallace: *Gotham*, p. 991.
[56] Ídem.

de la calle Canal, áreas que ahora se conocen como SoHo, Little Italy, NoLita, Bowery y el área del Village al sur de Washington Square. Era allí donde se ubicaban muchos de los negocios relacionados con el tabaco en la ciudad.[57]

Una familia de tabaqueros cubanos que vivía en el Octavo Distrito (ahora SoHo) fue la excepción al patrón de estratificación racial y de género. Aunque el noventa y seis por ciento de todos los tabaqueros cubanos en la ciudad eran hombres blancos, en la casa en 102 Prince Street, entre Mercer y Green, vivía una familia de tabaqueros cubanos negros, incluida una mujer de cuarenta años, que indicó que ella estaba empleada en esa actividad. Lo que también es digno de mencionar acerca de esta familia es que aparentemente eran huéspedes en una casa con inmigrantes europeos blancos, tal vez judíos. Una familia estaba encabezada por un modisto alemán, Charles Haupt, y otra familia en la casa era la de Max Goldstine, un sastre polaco, y su esposa alemana Anna. El hecho de que la casa estaba racialmente integrada debe haberle parecido al empadronador del censo como muy inusual, ya que no solo escribió con claridad «C» (o sea de «color») en la columna racial para los cubanos, sino que también garabateó «(Nigro)» diagonalmente delante de sus nombres, tal vez para asegurarse de que su supervisor no creyera que había cometido un error por descuido al registrar el color de la piel.[58]

Muchos tabaqueros cubanos estaban empleados, sin duda, en fábricas de tabaco que presumían de producir tabacos hechos por artesanos cubanos. Pero muchos también trabajaban por su cuenta, y establecían una tienda donde vivían con varios miembros de la familia, o incluso personas no relacionadas que se dedicaban al oficio, mientras que otros se dedicaban a la venta del producto. Un negocio de fabricación de tabacos en casa era tradicional entre alemanes, checos y húngaros en Nueva York, en gran parte porque prácticamente no necesitaban capital para comenzar. En sus memorias, Morton R. Edwin, que

[57] *A Directory of the Tobacco Trade of the United States*, pp. 122-143.

[58] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Eighth Ward, Twenty-First District. El apellido de la familia cubana es ilegible en el registro del censo. Considerar que las familias europeas eran judías es solamente una conjetura basada en sus lugares de origen y apellidos, puesto que el censo de los Estados Unidos no recoge la filiación religiosa.

pasó toda la vida en el negocio del tabaco en Nueva York, recordaba cómo su familia prosperó cuando, con $125 que habían logrado reunir, compró una pequeña fábrica y tienda al por menor, donde la familia vivía, hacía tabacos y los vendía.[59]

Una extensión lógica del concepto de la pequeña casa-fábrica de tabaco fue la fábrica de vecindad, un negocio mayor donde vivía un número considerable de tabaqueros y ejercían su oficio. El arreglo habitual era que un fabricante arrendara o subarrendara apartamentos en un edificio a los tabaqueros y sus familias. El arrendador proporcionaba las hojas de tabaco y los trabajadores hacían los tabacos en sus apartamentos y luego los vendían al arrendador por un precio fijo que estaba muy por debajo de lo que recibían los trabajadores regulares de las fábricas.[60] Estas fábricas viviendas no se generalizaron en la ciudad hasta finales de la década de 1870, momento en que su abolición se convirtió en una prioridad de la Unión Internacional de Tabaqueros.[61]

El censo de 1870 muestra que el empleo en fábricas de vecindad era, al menos en ese momento, poco frecuente entre los tabaqueros cubanos, que tendían a vivir en hogares pequeños donde probablemente tenían una fábrica familiar o en casas de huéspedes mixtas en términos de su composición ocupacional. Una posible excepción, y bastante extraordinaria, fue una gran casa de huéspedes en el Octavo Distrito de Enumeración del Decimoquinto Distrito Electoral. Llevaban la casa tres hombres y una mujer que aparentemente estaban relacionados entre sí. Dos de los hombres eran hermanos belgas y el otro era francés. La mujer era suiza y estaba relacionada con los hermanos. Casi todos los huéspedes (con la excepción de un puñado de europeos) eran hombres blancos cubanos, un total de treinta y dos, todos ellos en ocupaciones relacionadas con el tabaco. Diecisiete eran tabaqueros y el resto se indica que o bien eran «comerciantes de tabaco» o simplemente estaban «en el negocio del tabaco». Esta casa en particular tenía toda la apariencia de ser una casa-fábrica diversificada

[59] M. R. Edwin: *Half a Century with Tobacco*, p. 84.

[60] D. Schneider: *Trade Unions and Community: The German Working Class in New York City, 1870-1900*, p. 59.

[61] *A Statement of Manufacturers in Opposition to the Proposed Act Abolishing the Manufacture of Cigars in Tenement Houses in the City of New York*, pp. 1-23; y E. G. Burrows y M. Wallace: *Gotham*, p. 1102.

no solo con tabaqueros, sino también con los que procuraban las hojas y vendían el producto terminado, probablemente como vendedores ambulantes. Otra prueba de que era una vecindad y no una casa de huéspedes como tal era que para una casa tan grande solo había dos sirvientes irlandeses residentes, mucho menos de la cantidad necesaria para proporcionar servicios personales de limpieza a tantos huéspedes.

Sin embargo, los cubanos acaudalados, como todos los neoyorquinos ricos, no tenían que vivir donde trabajaban. Podían permitirse los viajes en carruajes alquilados y carruajes personales que los llevaban de sus negocios del centro a residencias en los barrios elegantes más al norte de la calle 14, donde sus sirvientes, generalmente mujeres irlandesas o cubanos negros, vivían con ellos.

Los Mora fueron el mejor ejemplo. Mientras que tenían sus oficinas mercantiles en el centro financiero del bajo Manhattan (Fausto Mora en 50 Exchange Place y José Antonio Mora en 29 Broadway), todos los Mora vivían mucho más al norte, donde habían estado haciendo inversiones en bienes raíces desde la década de 1850. Como se señaló anteriormente, el que poseyeran un número sustancial de propiedades en y alrededor de las calles 12 y 13, entre las avenidas Segunda y Cuarta, condujo a que muchos miembros de su familia extendida se establecieran en esa área, así como otros cubanos que les rentaban o que pudieron haber seguido su iniciativa y también compraron propiedades allí. En 1870 la influencia de los Mora en la creación de una especie de enclave cubano en ese barrio era evidente. Esas manzanas formaban parte de los Distritos de Enumeración Cuarto y Decimoprimero del Decimoséptimo Distrito Electoral, precisamente los dos distritos que en 1870 tenían el mayor número de personas nacidas en Cuba en toda la ciudad. Y esos cubanos estaban a ambos extremos de la escala ocupacional: comerciantes, y otras élites y sus sirvientes. Los hogares de los Mora (y había varios) tipificaron esa dicotomía, ya que trajeron con ellos a los sirvientes que tenían en Cuba, muchos de los cuales, sin duda, habían sido esclavos domésticos.

En la casa de Antonio Máximo Mora en 220 East 12th Street, entre las avenidas Segunda y Tercera, además de la familia vivían dos sirvientes domésticos «de color» y ambos compartían el apellido de la familia: Victoriana Mora, de treinta años, nacida en Cuba, y Julio

Mora, de cuarenta y cinco, cuyo lugar de nacimiento fue anotado como «África». En 235 East 13th Street, que quizás compartía el patio trasero con la casa de Antonio Máximo, José Antonio Mora, su esposa Josefa y sus seis hijos eran atendidos por tres irlandesas y por Pancho Mora, un sirviente doméstico «de color» de treinta y siete años, nacido en Cuba.

La familia de José María Mora en 217 East 12th Street, justo al otro lado de la calle de la casa de su hermano Antonio Máximo, tenía dos sirvientes domésticos de unos veinte años, Federico (un cocinero) y Felipe, ambos nacidos en China. A partir de 1847, comenzaron a llegar a Cuba trabajadores chinos «coolie» bajo contratos de servicio para compensar el declive de la trata de esclavos africanos.[62] Hacia 1870, más de 107 000 chinos habían llegado a Cuba a través de La Habana y habían sido vendidos como sirvientes por contrato.[63] Por lo general, adoptaban o se les daban nombres españoles y los apellidos de sus empleadores.

Aunque los sirvientes chinos de los Mora estaban empleados en el servicio doméstico, la mayoría de los chinos en Cuba trabajaban en la agricultura en condiciones no muy distintas de las de los esclavos africanos. Un decreto real de 1860 ordenó que después de expirar su contrato, los trabajadores chinos tuvieran que renovarlo o abandonar la isla en dos meses.[64] Dado el nivel de tráfico de barcos entre La Habana y Manhattan, muchos de los que decidieron irse de Cuba probablemente lo hicieron a través de Nueva York. El 5 de julio de 1870, por ejemplo, el barco de vapor *De Soto* llegó a la ciudad desde La Habana con doce hombres de unos veinte años que viajaban en el entrepuente y tenían nombres españoles, pero que declararon a China como su país de origen y su destino final.[65] No es posible conocer cuántos chinos de Cuba se quedaron en Nueva York como obreros libres, ya que aparecerían en el censo como nacidos en China, al igual que otros inmigrantes chinos en la ciudad. Sabemos de Federico y Felipe Mora porque formaban parte del hogar de José María Mora. Sin embargo, es interesante que cuando se volvió a enumerar a la familia

[62] J. Baltar Rodríguez: *Los chinos de Cuba: Apuntes etnográficos*, p. 13.
[63] Ibíd., p. 20.
[64] Cuba Commission: *A Hidden History of the Chinese in Cuba*, p. 81.
[65] *New York Passenger Lists, 1851-1891.*

Mora en enero de 1871 en el recuento del censo, Felipe ya no aparece en la casa, quizás después de haber explorado opciones de empleo más atractivas en la ciudad.

Los Mora ciertamente no estaban solos entre las familias de élite que trajeron sirvientes de Cuba. Como se señaló anteriormente, el clan Bachiller en Brooklyn tenía seis sirvientes negros nacidos en la isla que vivían en sus casas. También en Brooklyn, José Morales Lemus tenía un hombre negro cubano de veintidós años que figuraba como sirviente doméstico en su hogar. Aunque Miguel Aldama solo tenía sirvientes irlandeses en su casa, en la calle 47, su hija Rosa y su esposo Leonardo del Monte tenían, además de sirvientes irlandeses e ingleses, una cubana negra y un camarero nacido en China. En el Vigesimoprimer Distrito Electoral, Félix Govín empleaba a Manuela Díaz, una cubana negra de diecinueve años.

En el Decimoquinto Distrito Electoral de Manhattan, José y Josefina Reyes y sus seis hijos contaron con los servicios de dos mujeres negras nacidas en Cuba de unos veinte años. Evaristo y Teresa Ramírez, Martín Cárdenas y Pucha Socorro eran todos criados negros de origen cubano en la casa de Hilario y Francisco Javier Cisneros en el West 22nd Street, en el Decimosexto Distrito Electoral. En la avenida Cuarta, a una cuadra del enclave de los Mora en el Decimoséptimo Distrito Electoral, Fernando Romero, un hombre blanco de sesenta años, nacido en Cuba, dirigía una pensión completamente cubana que incluía un médico y su familia. Tenía la ayuda de dos coterráneas negras de unos cincuenta años, Agustina Romero y María Escavel.[66] En el Decimonoveno Distrito Electoral, una gran casa cubana multifamiliar con un comerciante de tabaco, un médico, sus respectivas esposas y ocho hijos también incluía a cinco sirvientes negros nacidos en Cuba, quienes estaban identificados en el censo solo por sus nombres de pila.[67] Juan Toscano, su esposa y seis hijos mayores, todos nacidos en la isla y que vivieron en la calle 45 entre las avenidas Segunda y Tercera, eran servidos por Dolores (sin apellido), una mujer negra de

[66] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Seventeenth Ward, Fourth District.

[67] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census, New York City*, Nineteenth Ward, Eighth District.

treinta y cinco años también cubana de nacimiento, y por Joaquín (también sin apellido), originario de China. En el hogar había tres niños negros nacidos en Cuba con edades entre cuatro y diez años, presumiblemente hijos de Dolores. Félix Fuentes, el comerciante que había sido deportado a Fernando Poo, tenía tres mujeres negras nacidas en La Habana que trabajaban como sirvientas en su casa, además de un hombre chino de veinticinco años llamado Domingo (sin apellido).

El ejemplo más evidente de la transferencia del legado de la esclavitud desde Cuba a Nueva York fue la casa de Ricardo del Prado, un corredor de azúcar de treinta y tres años que vivía en el Decimotercer Distrito de Enumeración del Vigesimosegundo Distrito Electoral con su esposa Carolina, de veinte años, ambos nacidos en Cuba. Además de tener dos sirvientas nacidas en los Estados Unidos, la familia del Prado incluía a Ela Elavonda, una cubana negra de veinticinco años cuya ocupación aparece como «enfermera». Los del Prado tenían dos hijas, también nacidas en Cuba: Carolina, de dos años, y América, un bebé de dos meses. En el Manhattan posterior a la Guerra Civil, todavía había al menos una mujer negra que era nodriza de una niña blanca.

Aunque la mayor parte de los cubanos no blancos que eran sirvientes en Nueva York probablemente llegaron a la ciudad con sus empleadores o antiguos amos, muchos de ellos, sin duda, hicieron lo que hizo Felipe Mora después de llegar con los Mora: en efecto, se «emanciparon», al buscar trabajos en que fueran tratados y pagados como trabajadores libres, sin condiciones de empleo establecidas bajo esclavitud o servidumbre por contrato. La señora A. J. Black, una mujer blanca de Massachusetts, empleó a dos cubanos negros, un camarero y un cocinero, así como a dos cubanas negras como sirvientas en su casa de huéspedes en el Decimoctavo Distrito Electoral. La casa de huéspedes atendía principalmente a huéspedes cubanos e incluía un abogado, un médico y las familias de dos hermanos, Rafael y Juan Zayas, quienes declararon su ocupación como «granjeros». Emilia Rodríguez y Jane Cardoso, cubanas negras de veintitantos años, estaban empleadas como sirvientas domésticas en la casa del pintor Thomas Hicks, de cuarenta y seis años, y su esposa Angie, de treinta y cinco. Hicks, nacido en Pensilvania, era mejor conocido por sus retratos y era miembro

de la Academia Nacional de Diseño de Manhattan. James Watson Webb, de sesenta y ocho años, editor de periódicos de Nueva York y exministro de los Estados Unidos en Brasil, empleó a un cubano negro de dieciséis años como su cochero.

Hay varios ejemplos en el censo de 1870 de negros nacidos en Cuba que pueden haber dejado el servicio doméstico en favor del autoempleo. Dos cubanas negras en el Vigesimosegundo Distrito Electoral (sus nombres son ilegibles) compartían su casa propia y se ganaban la vida lavando ropa. En West 30th Street, tres costureras cubanas negras, todas emparentadas, vivían en un hogar multifamiliar con negros nacidos en los Estados Unidos con ocupaciones como lavandera, camarero y deshollinador.

El conflicto en la isla no solo trajo cubanos a Manhattan. Residentes extranjeros en Cuba también se unieron a la corriente migratoria a Nueva York. Es difícil estimar su número, ya que aparecerían en el censo de los Estados Unidos como personas nacidas en sus respectivos países, como sucedía con los trabajadores chinos en Cuba. Sin embargo, William Adams y su esposa Carmen son un claro ejemplo de cómo el flujo de personas de Cuba aumentó la población de la ciudad más allá de los nacidos en Cuba. Carmen era venezolana y William era un comerciante de azúcar nacido en Virginia. Pero sus siete hijos, de edades comprendidas entre los seis y los veinte años, nacieron en Cuba. En 1870, su casa en el Noveno Distrito Electoral de Brooklyn, el área directamente al norte y al este de Prospect Park, también incluía a tres sirvientes negros de origen cubano, dos mujeres y un hombre.

Una sola familia representaba más de la mitad de los treinta residentes cubanos de Staten Island en 1870. Esteban Rodríguez y su esposa Dolores, de cuarenta y nueve años y nacidos en Cuba, vivían en Castleton con sus doce hijos, todos nacidos en Cuba y de edades comprendidas entre cinco y veintitrés años. También en el hogar había dos sirvientas cubanas negras, Felipa Díaz, de cincuenta años, y Margarita Rodríguez, de veinticinco, así como Catalina, la hija de tres años de Margarita. Rodríguez dio su ocupación como «pintor», pero o era pintor de brocha gorda o un artista cuya obra todavía está por descubrir.

Eso no era cierto de otros pintores cubanos que vivían en Nueva York. Algunos de los artistas más conocidos de Cuba formaron parte del éxodo que siguió al estallido de la guerra. El principal de ellos fue el pintor Federico Martínez, originario de Santiago de Cuba, que a los cuarenta y dos años ya era uno de los retratistas más conocidos de la isla. En el momento del censo de 1870 vivía solo en una vivienda multifamiliar en Quinta Avenida 82 (esquina a calle 14). Refirió su ocupación como «artista en pintura al óleo», al igual que otros tres residentes no cubanos de la casa. Martínez había hecho provisiones para su migración a Nueva York: tenía una cuenta con Moses Taylor y Company.[68] Tres de sus retratos cuelgan en la actualidad en la colección cubana permanente del Museo de Bellas Artes en La Habana. Uno de ellos fue pintado en Nueva York en 1881, un retrato de la niña María Wilson y Mijares.[69]

Menos conocido que Martínez era el paisajista Louis Boudat, de treinta y cinco años, también nacido en Santiago de Cuba. En 1870 vivía con su esposa Lucinda, nacida en América del Sur, y sus hijas Hortense y Aletha, en una pensión en 7 Bank Street, en el West Village. A diferencia de Martínez, Boudat no se quedó mucho tiempo en Nueva York. Se mudó a Perú, donde pasó el resto de su vida.[70]

Otro pintor nacido en Santiago de Cuba, Guillermo Collazo, mucho más joven que Martínez y que Boudat, vivía en Nueva York, adonde, cuando era adolescente, fue enviado por su padre en 1869 para evitar ser encarcelado en Cuba por su activismo contra el dominio español en la isla.[71] Collazo era estudiante de Martínez en Santiago de Cuba, y más tarde sería conocido por sus interiores, retratos y paisajes de ensueño. Sin embargo, no aparece en el censo de 1870, a pesar de la evidencia de que vivió en Nueva York antes de regresar a Cuba

[68] Carta de Federico Martínez a W. N. Adams, 25 de julio de 1870, caja 307, Moses Taylor Papers.

[69] Visita del autor a la Colección de Arte Cubano del Museo Nacional de Bellas Artes, La Habana, 15 de diciembre de 2002; y *Colección de arte cubano* (La Habana: Museo Nacional de Bellas Artes, 2001), pp. 54-55.

[70] Comunicación electrónica de Ramón Cernuda con el autor, 4 de noviembre de 2007. En 1992, uno de los cuadros de Boudat, una vista de La Habana, pintado en 1864, fue vendido en una subasta de Sotheby.

[71] E. López Mesa: *La comunidad cubana de Nueva York: Siglo XIX*, p. 28.

a mediados de la década de 1880. Una de sus pinturas está en el Museo de Bellas Artes de La Habana. Murió en París en 1896.[72]

Hubo dos músicos cubanos que llegaron a Nueva York como parte del éxodo de 1868-1869, Emilio Agramonte y Pablo Desvernine. Ambos permanecieron en la ciudad durante muchos años y desarrollaron la mayor parte de sus carreras allí. Agramonte, el menor de los dos, era de Camagüey, pero no estaba emparentado con los Agramonte Ignacio y Eduardo que estaban en el campo de batalla. Emilio se educó como abogado en España, pero estudió canto y piano en Italia.[73] En Nueva York fue principalmente profesor de música y organizador de conciertos y corales en diversas agrupaciones musicales que fundó en la ciudad. En 1870, a la edad de veinticinco años, vivía en el Decimoquinto Distrito Electoral, con su esposa y tres hijas en una casa de huéspedes, que también hospedaba a otros miembros de la familia Agramonte y a José Godoy y su familia, todos nacidos en Cuba. Tanto Emilio Agramonte como Godoy declararon su ocupación como «pianista». Pablo Desvernine tenía vínculos ancestrales con la música y con Nueva York. Su madre fue Adelaida Victoria Legras y Menard, una pianista que había nacido en Nueva York y en 1820 se casó en La Habana con un inmigrante francés llamado Pierre Desvernine, un matemático y químico de Bordeaux.[74] Cuando su hijo Pablo llegó a Nueva York desde su Habana natal, con unos cuarenta años, ya había estudiado y realizado giras en Europa, donde fue reconocido como pianista de concierto.[75] En Nueva York no solo fue intérprete, sino que también impartía clases particulares de piano. Uno de sus alumnos fue el joven Edward MacDowell, que se convirtió en uno de los pianistas estadounidenses más talentosos y representativos de su generación.[76] En 1870, Desvernine y su esposa, Liboria Carolina, vivían en la calle 33 entre las avenidas Segunda y Tercera con sus seis niños. También en la casa vivían el hermano menor de Pablo, Pedro Eugenio, su esposa

[72] *Colección de arte cubano*, pp. 56-57; y Departamento de Educación del Museo Nacional: *Pintores cubanos*, p. 54.

[73] E. Roldán Oliarte (ed.): *Cuba en la mano: Enciclopedia popular ilustrada*, p. 790.

[74] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 7, p. 132.

[75] E. Roldán Oliarte (ed.): *Cuba en la mano: Enciclopedia popular ilustrada*, p. 863.

[76] Ídem; y «Edward Alexander MacDowell»: *Music Encyclopedia*, <www.tribalsmile.com>.

Elena, sus cinco hijos y cuatro sirvientas irlandesas. Ni Pablo ni su hermano informaron una ocupación.

Al menos un destacado científico cubano vivía en Nueva York en 1870. Andrés Poey había seguido los pasos de su padre, Felipe Poey, un naturalista con reputación internacional como zoólogo que estudió la fauna de Cuba, especialmente especies únicas de peces y mariposas. Andrés, sin embargo, era físico, meteorólogo y geógrafo, y dejó una obra ecléctica. Escribió sobre la historia de los huracanes en el Caribe y el Atlántico Norte, publicó el primer atlas para su uso en las escuelas primarias cubanas, creó una nomenclatura de las nubes, fue responsable de establecer el primer observatorio meteorológico de Cuba e incluso incursionó en la arqueología y en la aplicación de la electricidad a la medicina.[77] Aunque la mayor parte de su tiempo fuera de la isla la pasó en París, ocasionalmente colaboró con colegas y dio clases en Nueva York, donde el censo de 1870 lo encontró viviendo solo en una pensión de lujo en el Decimoséptimo Distrito Electoral con profesionales y comerciantes nacidos en los Estados Unidos. Declaró su ocupación como «astrónomo». Probablemente estuvo en Nueva York de paso por asuntos relacionados con su profesión, ya que Poey tenía esposa y dos hijos en La Habana.[78] No todos los cubanos en Nueva York eran exiliados, desterrados de la isla. El tráfico de barcos entre Manhattan y los puertos cubanos continuó en los años posteriores a 1868 a pesar de la guerra, y aquellas personas que no estaban bajo amenaza de persecución en la isla iban y venían libremente, como lo habían hecho muchos cubanos durante décadas.

El censo de 1870 mostró un aumento en la tendencia de largo tiempo de educar a niños cubanos en los internados de Nueva York. La crisis en Cuba y el éxodo de familias multiplicaron el número de cubanos que ingresaban en escuelas privadas de la ciudad. Con mucho, la escuela con el mayor número de estudiantes cubanos era la Academia del Sagrado Corazón en el Decimosegundo Distrito Electoral, alrededor de West 130th Street en lo que entonces era el bucólico poblado

[77] F. Peraza Sarausa: *Diccionario biográfico cubano*, vol. 4, p. 86; y «Andrés Poey Aguirre. Resultados de la ciencia en Cuba: Científicos relevantes», <www.resultados.redciencia.cu>.

[78] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 5, p. 230.

de Manhattanville. El Sagrado Corazón de Jesús era una orden establecida en Francia por la hermana Madeleine Sophie Barat principalmente dedicada a educar mujeres jóvenes de clase alta. La escuela de Nueva York fue la primera escuela del Sagrado Corazón establecida en el hemisferio occidental. En 1870 había veintiséis niñas nacidas en Cuba de edades entre diez y veinte años matriculadas e internadas en la escuela. El Sagrado Corazón también tenía cuatro monjas cubanas en su convento.

La gran presencia cubana en esta escuela de Manhattanville era el resultado de los vínculos del Sagrado Corazón con la isla, un ejemplo más de las muchas conexiones entre Cuba y Nueva York que se habían establecido durante décadas y que trajo a tantos cubanos a las puertas de la ciudad, en especial durante la guerra de 1868. La escuela del Sagrado Corazón en La Habana había sido fundada en 1858 por hermanas de la escuela de Manhattanville, que habían viajado a la isla desde Nueva York siguiendo instrucciones de la hermana Barat para establecer una escuela allí.[79] La escuela de La Habana formó parte del Vicariato Norteamericano de la orden, o provincia, que tenía a Nueva York como su sede y centro administrativo. La hermana Aloysa Hardey, nacida en Maryland, la madre superiora en Nueva York, fundó la escuela de La Habana y tenía la responsabilidad de supervisarla.

En 1860, con la escuela de La Habana funcionando con casi cien alumnas, solo había tres estudiantes cubanas en la escuela de Nueva York. Pero el conflicto de 1868 lo cambió todo. El éxodo de la élite de La Habana a Nueva York significó que la escuela en Manhattanville comenzó a inscribir e internar a las estudiantes habaneras desplazadas. Entre las veintiséis muchachas cubanas en la escuela en 1870, había muchas con apellidos prominentes, incluidas dos Madan. El convento de Manhattanville también recibió a monjas cubanas que fueron obligadas a irse. Las autoridades españolas, e incluso la jerarquía de la Iglesia, consideraron a las monjas del Sagrado Corazón como una «orden extranjera». Cerraron un orfelinato y un asilo que la orden tenía en Sancti Spíritus. El censo de 1870 encontró a una exdirecto-

[79] Toda la información presentada aquí sobre la historia del Sagrado Corazón en Cuba está tomada de R. Pérez: *Religiosas del Sagrado Corazón en Cuba*, pp. 26-56.

ra de la escuela de La Habana, la hermana Rosa de Abreu, entre las monjas que vivían en Manhattanville.

El Sagrado Corazón no era el único internado en el Decimosegundo Distrito Electoral, una zona rural en aquel momento y un lugar popular para situar escuelas. Casi todas las escuelas allí tenían estudiantes cubanos. Dos escuelas que se llamaban ambas French School tenían cada una once estudiantes nacidos en Cuba. Una de esas escuelas, en el Decimoctavo Distrito Electoral, tenía exclusivamente muchachos adolescentes; la otra, en el Primer Distrito Electoral, era mixta y tenía alumnos de entre cinco y diecinueve años, y una maestra de origen cubano, Inés Socarrás. Cerca del Sagrado Corazón, la Christian Brothers School tenía un alumno cubano de catorce años entre sus pupilos internos.

Había otros tipos de instituciones de «internado» en el Decimosegundo Distrito Electoral con internos cubanos. Felipe Rosable, de seis años, se encontraba entre los niños del New York Colored Asylum (Asilo de Nueva York para personas de color), que se había mudado a la calle 143 y avenida Amsterdam después de haber sido incendiado durante los disturbios por el servicio militar obligatorio en 1863.[80] Tres hombres y dos mujeres, todos nacidos en Cuba, la mayoría de alrededor de treinta años, eran reclusos en el Bloomingdale Insane Asylum (manicomio de Bloomingdale). También en el Decimosegundo Distrito Electoral, había dos cubanos, un hombre y una mujer, internados en el complejo de hospitales y asilos de la ciudad en la isla de Ward.

Otros asilos en Manhattan también albergaban a cubanos. Carmen Suárez, de trece años, vivía en el Roman Catholic Orphan Asylum en el decimocuarto barrio. Las hermanas Arteaga, Consuelo, de ocho años, y Clementa, de cinco, estaban en el Protestant Episcopal Orphan Asylum (Asilo Episcopal Protestante para Huérfanos) en el Upper East Side. En ese mismo barrio, en la isla de Blackwell (ahora Roosevelt), seis cubanos eran pacientes en el hospital de caridad, dos cubanos eran médicos internos, y otro era auxiliar de enfermería. En el manicomio en Blackwell's había seis cubanos, incluido Félix Sánchez,

[80] M. Sappol: «Colored Orphan Asylum», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*, p. 256.

condenado once años antes por el asesinato de su suegro (véase el capítulo 3). También fue internado allí un hombre blanco cubano de veinticinco años cuyo nombre aparece como «John Doe».

Al igual que muchos neoyorquinos, los cubanos de clase media y trabajadora, especialmente los que no tenían familia, solían vivir en casas de huéspedes. Muchas casas eran pequeñas y otras muy grandes, con alojamientos y servicios que variaban mucho según el precio y, por tanto, el nivel socioeconómico. Algunas casi eran cómodos hoteles residenciales, mientras que, en el otro extremo, algunas eran solo un poco mejores que las viviendas. No estaban necesariamente segregadas por origen nacional. Algunas pensiones tenían huéspedes casi exclusivamente cubanos, mientras que en otros los cubanos compartían habitaciones con personas de diversas nacionalidades. Sin embargo, casi sin excepción, las casas de huéspedes estaban segregadas según el color de la piel. La casa de huéspedes propiedad de la familia Pierce, de origen neoyorquino, en la calle 12 entre Broadway y University Place era una casa bastante exclusiva. Once cubanos, todos hombres blancos solteros, incluido un ingeniero civil, un agente naviero y un empleado de oficina, vivían en la casa con al menos otros veinte huéspedes, la mayoría de ellos hombres blancos nacidos en los Estados Unidos. Eran atendidos por seis criadas irlandesas.

Más al centro, en lo que hoy es SoHo, Sarah Mann, una viuda afroamericana de Tennessee, dirigía una pensión en 103 Laurens (ahora West Broadway) con veintitrés huéspedes, todos negros y la mayoría de ellos solteros nacidos en los Estados Unidos que no estaban relacionados entre sí. Solo había cinco mujeres, tres de ellas costureras. Los hombres también tenían ocupaciones semicalificadas, como yesero, marinero y cocinero. Había cuatro cubanos: un tabaquero, un camarero y dos toneleros. La casa aparentemente no tenía sirvientes.

También en SoHo, en el Tercer Distrito de Enumeración del Octavo Distrito Electoral, había una casa administrada por una mujer prusiana de cuarenta y cuatro años, Sophia Bloom, que señaló su ocupación como ama de casa e indicó que el valor de su patrimonio personal ascendía a $1 500. Sus cinco huéspedes eran todas mujeres blancas de poco más de veinte años, nacidas en Inglaterra, Massachusetts, las Antillas, Nueva York, y una, Emma Deveau, nacida en Cuba. En el espacio para la «ocupación», el enumerador colocó solo

una *P* mayúscula para cada una de las mujeres jóvenes, información que debe haber deducido, ya que no es probable que las «internas» de Madame Bloom declararan una ocupación.

Los resultados del censo estadounidense de 1870 dibujan una imagen del Nueva York cubano en un momento crítico de su desarrollo. La guerra en Cuba había comenzado apenas un año antes, pero en ese corto período de tiempo Nueva York había visto un flujo de personas desde la isla sin precedentes en la ya larga historia de la migración cubana a la ciudad. Era solo el principio. La guerra en Cuba se convirtió en un conflicto prolongado que duraría hasta 1878, cuando los insurgentes y el gobierno español llegaron a un acuerdo para ponerle fin. Durante los años que duró la guerra, Nueva York recibió las víctimas del conflicto: veteranos recién salidos de los campos de batalla, viudas e hijos de quienes dejaron sus vidas en esos campos de batalla, aquellos en riesgo de ser ejecutados o encarcelados y muchos otros a quienes simplemente se les hacía difícil vivir en un país destrozado por la guerra, con una economía en ruinas y un futuro incierto. Y también hubo aquellos que no estaban obligados a abandonar la isla, pero que simplemente buscaban expandir sus horizontes en una ciudad moderna. Para los tabaqueros, las perspectivas de empleo eran mejores en el centro de Manhattan que en una isla devastada por la guerra.

Fue a mediados de la década de 1870 que el Nueva York cubano alcanzaría su pico demográfico. Esos también fueron los años, como veremos en el próximo capítulo, del activismo más intenso en nombre del separatismo cubano. Todo ello sucediendo dentro del contexto más amplio del Nueva York posterior a la Guerra Civil, el período que catapultó a la ciudad a la vanguardia de la era moderna.

El final de la guerra de Cuba en 1878 hizo posible que muchos regresaran a la isla, ya que el acuerdo que puso fin al conflicto prometía una amnistía para aquellos que habían sido condenados desde 1868 por «delitos políticos».[81] Como veremos, el censo de 1880 muestra un poco menos de personas nacidas en Cuba en la ciudad que los enumerados en 1870. La década de 1870 fue, por tanto, la década en la que

[81] F. Portuondo: *Historia de Cuba, 1492-1898*, pp. 465-466.

el Nueva York cubano alcanzó un intenso crecimiento demográfico, económico y, sobre todo, político. Ni siquiera en la década anterior a la independencia, la década de 1890, habría en Nueva York tal concentración de élites económicas, intelectuales y políticas de Cuba, ni el activismo separatista alcanzaría la intensidad y la acritud evidentes entre los emigrantes durante la guerra de 1868-1878.

La vitalidad económica de la comunidad cubana, sin duda, se vio obstaculizada por el Pánico de 1873, que obligó a las empresas y los bancos a cerrar y aumentó el desempleo en la ciudad.[82] Aun así, el Nueva York cubano mostró signos de vitalidad. La revista *El Ateneo*, iniciada en 1874 por el escritor y crítico literario cubano Juan Ignacio de Armas y Céspedes, estaba llena de publicidad dirigida a consumidores de habla hispana en la ciudad y en todo el continente americano. Con oficinas e instalaciones de impresión ubicadas en 31 Park Row, la revista se mantuvo alejada de los temas políticos, y se anunciaba como una «revista española ilustrada mensual de literatura, arte y ciencia popular que circula en México, América Central, las Antillas, California, Nuevo México y las ciudades principales de los Estados Unidos». Prometía a los anunciantes que *El Ateneo* «satisface una necesidad sentida por la población hispanoamericana de este continente», el editor «con gusto brindará cualquier información deseada con respecto a los mercados hispanoamericanos, sin costo». También ofrecía que «los anuncios serán traducidos sin costo adicional, garantizándose una traducción correcta en todos los casos».[83]

Muchas empresas de Nueva York, que sufrieron un desplome en las ventas durante la depresión, aparentemente consideraron que valía la pena intentar llegar al mercado hispanoamericano. Fabricantes de mesas de billar, cafeteras, máquinas de coser, máquinas de vapor, imprentas, tónicos para el cabello, monturas, cajas fuertes de hierro, revólveres Colt, carruajes, incluso locomotoras, colocaron anuncios (en español) en *El Ateneo*, al igual que los bancos, las compañías de seguros de vida, hoteles, líneas de barcos de vapor, refinerías de manteca de cerdo y vendedores minoristas de zapatos de mujer, sombreros de hombre, libros de texto, enciclopedias y papelería.

[82] S. Beckert: *The Monied Metropolis: New York City and Consolidation of the American Bourgeoise, 1850-1896*, p. 207.

[83] *El Ateneo* 5, no. 26 (septiembre de 1876), s. p.

Las empresas de propiedad española y cubana en la ciudad también se anunciaban en *El Ateneo*. El restaurante Ambos Mundos, propiedad de F. Pont, en 13 Cedar Street (previamente en 4 Liberty Street), prometía a los clientes un servicio superior y un menú profusamente variado de platos españoles «al estilo de Cuba».[84] Néstor Ponce de León, el yerno de Antonio Bachiller y Morales, anunciaba su librería en 40-42 Broadway con una lista de los títulos más vendidos.[85] También en *El Ateneo*, Luis Felipe Mantilla, mencionado anteriormente en este capítulo como un compañero de hospedaje de Simón Camacho y Enrique Piñeyro, anunciaba varios libros de texto en español que había escrito o editado. Mantilla, oriundo de Cuba, que se identificó en el anuncio como profesor de Lengua y Literatura Española en la Universidad de Nueva York, cita en el anuncio varias críticas favorables de sus libros y remite a los compradores interesados a las oficinas de su imprenta en 140 Grand Street.[86] El hijo de José María Mora, también llamado José María, con unos veinte años de edad y que aspiraba a fotógrafo retratista, anunciaba en la contracubierta de la revista su estudio, ubicado en 707 Broadway.[87] El St. Louis School en West 42nd Street se anunciaba en *El Ateneo* como «El Colegio de San Luis», afirmando ser «la única escuela francesa católica selecta en esta ciudad». Fundada en 1869, ofreció instrucción a nivel de primaria en inglés, francés, alemán y latín, y una clase especial en particular para niños provenientes de hogares de habla hispana.[88]

Además de los anuncios, por supuesto, en *El Ateneo* había artículos, la mayoría de ellos probablemente escritos por el propio De Armas, que tenía treinta y tres años y provenía de una prominente familia camagüeyana.[89] Con una creciente reputación como hombre de letras, De Armas ofrecería regularmente sus recomendaciones a los lectores sobre las principales obras de la literatura mundial que debían leer y también publicaba poesía original y ficción de los contribuyentes.[90]

[84] Ídem.
[85] *El Ateneo* 1, no. 2 (agosto de 1874), s. p., reverso de la portada.
[86] Ibíd., contraportada.
[87] *El Ateneo* 5, no. 26 (septiembre de 1876), s. p.
[88] *El Ateneo* 1, no. 2 (agosto de 1874), s. p., reverso de la portada.
[89] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 2, p. 39.
[90] *El Ateneo* 4, no. 21 (marzo de 1876), s. p.

En la edición de septiembre de 1876 mencionó, por ejemplo, las descripciones poéticas de William Cullen Bryant sobre el sombrío clima de otoño de Nueva York, y añadió que el otoño aun así es un alivio de los veranos insoportablemente calientes de la ciudad.[91] De Armas se lamenta: «En verdad que es triste ver decaer el arte dramático de tal modo en la primera ciudad del continente americano». El caso en cuestión, según él, es la obra que se representaba en el teatro Booth, *Sardanapalus*, una tragedia de Byron, de quien escribe De Armas: «como poeta es admirable; como dramaturgo detestable». En su opinión la obra estaba mal actuada y mal organizada. Dirigió críticas, igualmente severas, a las obras que se presentaban en Niblo's Garden y en el Teatro de la Quinta Avenida.[92]

En la edición de diciembre de 1875 de *El Ateneo*, De Armas incluyó una pequeña biografía y un dibujo de Ignacio Cervantes, el joven pianista y compositor cubano que, junto con José White, un violinista que era también compositor, acababa de terminar una muy aclamada gira de concierto por los Estados Unidos. En Nueva York, Cervantes y White ofrecieron dos conciertos en Steinway Hall el 19 y 21 de octubre de 1875.[93] Cervantes ha sido descrito como «el músico más importante del siglo XIX cubano».[94] Tanto él como White tuvieron que salir de Cuba cuando se descubrió que las ganancias de uno de sus conciertos en la isla habían sido donadas a la causa de la independencia.[95] Aunque Cervantes permaneció en Nueva York durante cuatro años, White se fue a París, pero no sin antes haber actuado dos veces durante la temporada de 1875-1876 como solista invitado de la Filarmónica de Nueva York bajo la dirección de Theodore Thomas.[96] Nacido en Matanzas en 1835 y de ascendencia africana, White había estudiado en París durante su juventud, a instancias del pianista y compositor estadounidense Louis Moreau Gottschalk. Los dos se conocieron en Matanzas en el primer concierto público de White en 1854.[97] A White

[91] *El Ateneo* 5, no. 26 (septiembre de 1876), p. 54.
[92] Ibíd., pp. 54-55.
[93] «Miscellaneous Concerts», *New York Times*, 17 de octubre de 1875, p. 6.
[94] A. Carpentier: *La música en Cuba*, p. 167.
[95] E. López Mesa: *La comunidad cubana de Nueva York: Siglo XIX*, p. 28.
[96] J. Wright: «Violinist José White in Paris, 1855-1875», p. 213.
[97] Ibíd., p. 214.

se le conoce mejor por haber compuesto *La bella cubana*, una habanera que se ha mantenido como una de las composiciones más emblemáticas de la Cuba del siglo XIX.

En la edición de septiembre de 1876 de *El Ateneo*, De Armas ridiculizó todas las predicciones frenéticas de la prensa sobre un cataclismo inminente cuando el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos se preparaba para volar las rocas submarinas que amenazaban el movimiento marítimo en Hell Gate, el estrecho entre Astoria y Ward's Island.[98] La explosión «fue presenciada por casi un tercio de la población de Nueva York, y oída, si hemos de decir la verdad, por nadie», escribió De Armas.[99]

Ese mismo año, se develaron dos estatuas en la ciudad, y De Armas las reseñó. La estatua de Lafayette en Union Square hecha por Bertholdi la encontró de «mérito mediano [...] haciendo frente a la estatua de Washington que se haya en el mismo lugar, en actitud de ofrecerle su espada».[100] De Armas se muestra más entusiasmado con el proyecto pendiente del escultor, el coloso en la bahía que permitirá a los neoyorquinos sentirse orgullosos de tener «una de las más notables maravillas del mundo moderno». La otra estatua develada ese año fue la de William Seward en Madison Square, de la que De Armas señaló que fue: «otra estatua de bronce con que se ha venido a aumentar el pequeño número de monumentos que posee esta ciudad [...]».[101]

La estatua de Seward también fue objeto de un ensayo de Enrique Piñeyro, otro cubano neoyorquino que escribió sobre lo que vio en la ciudad durante la década de 1870. Desde un punto de vista artístico, la estatua, escribió Piñeyro, es «es mala, muy mala [...] si nos la imaginamos poniéndose de pie, tendría trece pies de altura». Piñeyro también encontró poco usual que el escultor eligiera representar a Seward con las piernas cruzadas, una pose poco favorecedora, en su opinión. Acostumbrado a las esculturas de mármol en Europa y en Cuba, Piñeyro comentó que el bronce se usa en todas las estatuas de Nueva

[98] G. R. Wolfe: «Hell Gate», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*, p. 538.

[99] *El Ateneo* 5, no. 26 (septiembre de 1876), p. 55.

[100] Ibíd., p. 54.

[101] Ídem.

York porque es más barato que el mármol y porque se adapta mejor al carácter de la «era metálica».[102]

Pero Piñeyro dedicó la mayor parte del ensayo a la vida de Seward, lo que le dio la oportunidad de comentar sobre las instituciones políticas de los Estados Unidos en la era posterior a la Guerra Civil. Criticó las convenciones de nominación de los partidos políticos, que «no fueron previstas por los fundadores de la república» y que en Chicago en 1860 sirvió para negarle a Seward la nominación republicana a favor de Abraham Lincoln.[103] El artículo sobre Seward es parte de todo un libro de ensayos escritos por Piñeyro sobre los Estados Unidos en la década de 1870, inspirado, escribió en el prólogo, en un agradable paseo otoñal por el Cementerio Green-Wood de Brooklyn. El volumen fue publicado en 1880 en la imprenta de Thompson y Moreau en 51-53 Maiden Lane. En el artículo central de la obra, «Los Estados Unidos en 1875», Piñeyro relató sus amplias observaciones en un viaje realizado durante ese año por todo el país. Lamentó la tragedia de la Guerra Civil y lo que consideró el desastroso legado de la Reconstrucción, pero al final elogió la afirmación del principio de igualdad.[104] Señaló la difícil situación de los nativos americanos y el trato pésimo a los trabajadores chinos en el oeste, y no tuvo reservas en su crítica al mormonismo, llamó a José Smith «un charlatán», cuestionó la justificación para establecer una «secta» tal y arremetió contra su aprobación de la poligamia.[105] Al final, elogia a los Estados Unidos y los etiqueta de nación «triunfante», y expone las razones por las cuales el sistema estadounidense es exitoso y merece ser imitado.[106]

Para 1874, Antonio Bachiller y Morales y su familia se habían mudado de Brooklyn a Manhattan. Cuando Antonio y su esposa, Carlota Govín, se hicieron ciudadanos de los Estados Unidos el 22 de abril de ese año, dieron su dirección como 275 West 22 Street, en la misma

[102] E. Piñeyro: *Estudios y conferencias de historia y literatura*, pp. 247-248.
[103] Ibíd., p. 250.
[104] Ibíd., p. 69.
[105] Ibíd., pp. 71, 73-74.
[106] Ibíd., pp. 76-77.

vecindad que José Manuel Mestre y los hermanos Cisneros.[107] Sus hijas casadas y yernos vivían cerca.[108] Fue en su casa de Manhattan donde la familia Bachiller organizó una cena para Guillermo Prieto, un intelectual mexicano, escritor y viejo amigo de Antonio.[109] En su diario en tres volúmenes del viaje que realizó a través de los Estados Unidos a mediados de la década de 1870, Prieto describió la cena en la casa de los Bachiller como una velada familiar a la que asistieron varias hijas de Antonio y dos de sus yernos, el doctor Juan Landeta y Néstor Ponce de León, el dueño de la librería.[110] Fue una tarde elegante, recuerda Prieto cálidamente, con Bachiller y Morales guiando cortésmente una conversación animada durante una comida de sopa, un asado y dos postres: una tortilla dulce flameada y una tarta de azúcar. También se sirvió un buen vino de Borgoña.

Prieto consideró digno de mención que, en la casa de Bachiller, las mujeres eran tan propensas a expresar sus opiniones en la mesa como los hombres. Los temas abarcaron desde las damas de Nueva York (que es probable que estén de un lado para otro todo el día y no en la casa y por eso gastan todo su dinero en ropa y no en sus hogares), los esposos estadounidenses (excluyendo los borrachos, tienden a ser fieles, dedicados a sus familias y pacientes con sus hijos), el dólar todopoderoso (los americanos lo adoran y no solo saben cómo ganarlo, sino también cómo gastarlo), la familia estadounidense (no es necesariamente malo que el sistema legal de los Estados Unidos a diferencia de la ley española, permita desheredar a los hijos), y las curiosas costumbres de los vacacionistas acaudalados en Saratoga (los manantiales minerales no son tan populares como los eventos sociales en los hoteles). La tarde concluyó con una niña precoz (probablemente una de las nietas de Bachiller) recitando el largo poema «El desterrado», escrito en 1855

[107] *New York Petitions for Naturalization.*

[108] Cuando la hija de Bachiller, María de Jesús, se hizo ciudadana de los Estados Unidos ese mismo año, dio su dirección como 314 West 32 Street. En 1878 Adela también se hizo ciudadana y dio su dirección como 237 West 23 Street. *New York Petitions for Naturalization.*

[109] Para obtener más información sobre Prieto, y especialmente su viaje a los Estados Unidos, consulte K. Silva Gruesz: *Ambassadors of Culture: The Transamerican Origin of Latino Writing*, pp. 196-204.

[110] G. Prieto: *Viaje a los Estados Unidos*, vol. 3, pp. 293-306.

en Nueva York por un poeta de Santiago de Cuba, Pedro Santacilia.[111] El poema se había convertido en una especie de himno lírico para los exiliados de la guerra. Un poema triste y nostálgico, la última estrofa cuenta cómo un exiliado cubano, al recordar el río Cauto de su isla natal, lloró al contemplar una tarde las «aguas claras» del Hudson.[112] La noche terminó con una nota silenciosa y sombría, escribió Prieto, mientras: «Hubo un momento de silencio: pasó sollozando en el horizonte de nuestras almas, la memoria de la patria».[113]

Antonio Bachiller y Morales tenía más de sesenta años en 1874. Tenía una cuenta con Moses Taylor y sus hijas se habían casado con profesionales exitosos. Exiliado y perdido su bufete, su puesto de profesor, su amplio hogar y su excelente biblioteca, podría haberse retirado fácilmente en su nueva ciudad de habla inglesa. Pero Bachiller era un intelectual inquieto. En la década de 1880, cuando José Martí frecuentaba la Biblioteca Astor en Lafayette Place, le contaron sobre el «Señor cubano» que una década antes siempre se podía encontrar en la misma silla de cuero en la sala de lectura, consultando los libros de la biblioteca.[114]

Gran parte de la investigación que Bachiller y Morales realizó en la Biblioteca Astor fue para una guía que estaba escribiendo sobre Nueva York y sus alrededores. La *Guía de la ciudad de Nueva York y sus alrededores* (fig. 5.1) fue publicada en 1876 por su yerno Néstor Ponce de León.[115] A diferencia de algunos de sus predecesores, esta no es una guía convencional. No ofrece divertidos consejos prácticos a los turistas. De hecho, no es realmente una guía. Es una descripción detallada del área de Nueva York escrita por un intelectual, dirigida al visitante o residente hispanohablante interesado en la historia, cultura e instituciones de la ciudad. Sus 238 páginas están llenas de observaciones, datos, figuras e ilustraciones. Aunque, por supuesto, Bachiller y Morales usó en gran medida fuentes publicadas en inglés, especialmente para los datos que presentó sobre la demografía e infraestructura de la ciudad, el alcance, la profundidad y los detalles que compiló

[111] E. López Mesa: *La comunidad cubana de Nueva York: Siglo XIX*, p. 20.
[112] Ibíd., p. 117.
[113] G. Prieto: *Viaje a los Estados Unidos*, p. 306.
[114] José Martí: «Antonio Bachiller y Morales», *El Avisador Hispano-Americano*, 24 de enero de 1889, reimpreso en J. Martí: *Obras completas*, vol. 5, p. 149.
[115] A. Bachiller y Morales: *Guía de la ciudad de Nueva York y sus alrededores*.

GUIA

DE

LA CIUDAD DE NUEVA YORK

Y SUS ALREDEDORES

POR

A. B. M.

(SEGUNDA EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA.)

NEW YORK.

IMPRENTA I LIBRERIA DE N. PONCE DE LEON.

40 Y 42 BROADWAY.

1876.

Figura 5.1. Portada de la guía de 1876 de Antonio Bachiller y Morales sobre la ciudad de Nueva York. (Fuente: Fotografía del libro en la colección de la Biblioteca Pública de Nueva York).

y describió en este libro pueden haber superado cualquier otro libro sobre Nueva York en cualquier idioma aparecido durante este período. Entretejió los hechos y las cifras en un texto que muestra un dominio de la historia de la ciudad y su importancia. Empezó el libro, acertadamente, con el río Hudson, trazando un paralelo entre la navegación del *Half Moon* hacia la bahía y otro viaje trascendental en el Hudson, el «Fulton's Folly», el barco de vapor *Clermont*, «él [Robert Fulton] inventó el medio de hacer innecesario el viento para la navegación».[116]

[116] Ibíd., p. 3.

Después de una breve historia de la ciudad, Bachiller y Morales describe cada punto de referencia y vecindario en detalle. Señaló, por ejemplo, la infame historia de Five Points, que le dio la oportunidad de mencionar el trabajo que hiciera el padre Varela décadas antes entre los pobres, especialmente los irlandeses. Él predijo que antes de fin de siglo, la totalidad de la isla de Manhattan se cubriría de edificios y que se ampliaría aún más con el uso de puentes y transbordadores.

Bachiller y Morales dedicó un capítulo entero al Parque Central y elogió su naturaleza democrática al atraer familias de todas las clases sociales: «Lo mismo los que ruedan magníficos coches, que los que se dirigen a pie con sus familias, disfrutan de los dones del cielo que la civilización y un gobierno entendido pone al alcance de los vecinos, sin distinción de clase alguna».[117] Después de describir cada uno de los parques de la ciudad, dedicó una buena parte del libro a las sociedades e instituciones caritativas de la ciudad, que según él constituían algunas de las características más singulares y loables de Nueva York: «no es posible que en ninguna otra parte del mundo haya más instituciones benéficas».[118] Esto lo atribuyó a la diversidad étnica y religiosa de la ciudad, ya que cada grupo o credo busca establecer centros para ayudar a sus propios miembros, además de las instituciones públicas disponibles para todos. También describió cada iglesia, templo, museo e institución financiera. Bachiller y Morales incluyó un extenso índice de referencia fácil e insertó al final (sin atribución) una versión traducida del «Wilson's Street and Avenue Directory of the City of New York» (un callejero de la ciudad de Nueva York), que aparecía anualmente como un apéndice[119] del *Trow's New York City Directory*. Más que una guía, la *Guía de la ciudad de Nueva York* es un inventario con comentarios de la ciudad a mediados de la década de 1870.

La guerra en Cuba no interrumpió el flujo de personas y bienes hacia y desde la isla. Mientras muchos exiliados enfrentaban graves consecuencias si regresaban a su país y, por lo tanto, no tenían más opción

[117] Ibíd., p. 26.
[118] Ibíd., p. 37.
[119] Ibíd., pp. 206-236.

que permanecer en Nueva York, otros eran libres de ir y venir, como los cubanos habían hecho durante mucho tiempo a bordo de los numerosos barcos que regularmente brindaban servicios entre los puertos cubanos y los muelles de Manhattan. Los lazos históricos transnacionales que unían a Cuba y Nueva York permanecieron en gran medida intactos a pesar del intenso conflicto en la isla. No hay mejor ejemplo de la fuerza sostenida de esos lazos transnacionales que el extraño ardid del «secuestro» de José Holgado y Cruces, y los billetes de lotería de La Habana.

La historia comienza el 8 de marzo de 1876, con la aparente desaparición del señor Holgado en la esquina de 4th Street y Lafayette Place. La policía fue avisada sobre la desaparición por el vicecónsul español en la ciudad, Daniel de Rafarte, quien fue a la jefatura de policía para informar lo que le habían dicho algunos asociados de Holgado, es decir, que la víctima había estado parada en la esquina cuando dos hombres de habla inglesa lo obligaron a subir a un carruaje y rápidamente se alejaron. Holgado tenía supuestamente alrededor de $30 000 en monedas de oro españolas en su posesión en ese momento, lo que había traído de Cuba solo unos días antes.[120]

Tan pronto como la prensa comenzó a reportar la historia, fue evidente para los neoyorquinos que había algún misterio o incluso engaño detrás de la desaparición de Holgado. Las cosas no eran lo que parecían. El día después de las historias iniciales en la prensa sobre el incidente, se supo que Holgado no era rico y que lo que tenía en sus bolsillos no era dinero, sino un gran alijo de billetes de lotería de La Habana «de color rojo». Además, uno de los asociados de Holgado, el señor Moren, de quien se informó primero que era su primo, no estaba relacionado con él.[121] Comenzaron a surgir informes de que Holgado había sido visto por última vez saliendo por sí mismo en compañía de algunos hombres de habla hispana en las cercanías del Hotel Español, en 21 East 4th Street, donde se comunicó que estaba hospedado.[122] El consulado español contrató a un investigador privado, ofreció

[120] «A Wealthy Cuban Kidnapped», *New York Times*, 9 de marzo de 1876, p. 5.
[121] «The Kidnapping of Don Holgado», *New York Times*, 10 de marzo de 1876, p. 5.
[122] «The Don Holgado Mystery», *New York Times*, 11 de marzo de 1876, p. 2.

una recompensa y difundió ampliamente la información que habían proporcionado los asociados de Holgado, incluido el detalle de que este tenía en su posesión una gran cantidad de billetes de lotería de La Habana «de color rojo».[123]

Casi una semana después de su «desaparición», Holgado fue hallado en un hotel del centro. James Betts, el propietario del Eastern Hotel, en la esquina de Whitehall y South, lo había identificado a partir de los informes de prensa e indicó que Holgado y dos asociados se habían hospedado allí bajo nombres ficticios desde dos días antes de la presunta desaparición. Betts también informó que Holgado se había recluido en el hotel el día en que su supuesto secuestro fue reportado por primera vez en la prensa. Como esperaba reclamar la recompensa, Betts había convocado a funcionarios del consulado español, y no a la policía. Los funcionarios llegaron al Eastern Hotel y se llevaron a Holgado antes de que llegaran la policía y la prensa.[124]

Después de interrogar a Holgado y comprobar que estaba a salvo, el vicecónsul español se distanció categóricamente de todo el asunto y puso fin a la participación del consulado. Holgado se reunió con sus asociados en la ciudad, mientras la policía examinaba aún más el misterio, y la prensa se quedó preguntándose qué era lo que había acontecido.[125] Menos de una semana después, la policía de Nueva York detuvo, con una orden de La Habana, a Augusto Moren, uno de los asociados de Holgado, acusado de estafar a una tal Gerona Fernández por $31 000 que ella le dio con el propósito de comprar billetes de lotería. Se creía que Holgado estaba implicado en la estafa, pero aparentemente ya había abandonado la ciudad.[126]

La explicación del asunto ofrecida a los desconcertados neoyorquinos por el *New York Times* decía mucho sobre los lazos entre la ciudad y Cuba, subrayando que esos lazos no siempre involucraban comercio legítimo o comerciantes escrupulosos: «Todo el mundo sabe que existe una lotería del Gobierno que se realiza regularmente a interva-

[123] «The Kidnapping Mystery», *New York Times*, 14 de marzo de 1876, p. 7.

[124] «The Missing Cuban Found», *New York Times*, 15 de marzo de 1876, p. 5.

[125] «Senor Holgado's Disappearance Unexplained», *New York Times*, 16 de marzo de 1876, p. 5; y «The Case of Senor Jose Holgado», *New York Times*, 17 de marzo de 1876, p. 5.

[126] «The Holgado Mystery Explained», *New York Times*, 23 de marzo de 1876, p. 8.

los frecuentes en La Habana, y que los billetes, que supuestamente son emitidos por los gerentes de esta lotería, están a la venta en esta ciudad».[127]

El *Times* continuó señalando que en Nueva York se imprimen billetes falsificados y se ofrecen «a la venta como billetes legítimos importados de La Habana», lo que ha dado lugar a una «triste falta de confianza pública en los supuestos billetes de la Lotería de la Habana que se venden en esta ciudad».[128] Dada esa falta de confianza, concluyó el *Times*, «[...] si un español con una gran cantidad de billetes de la Lotería de La Habana, de color rojo, llegara a la ciudad; si secuestradores inteligentes certificaran la autenticidad de esos billetes secuestrando al español para robárselos; y si los billetes fueran posteriormente recuperados y puestos a la venta, serían comprados con un buen nivel de confianza».[129]

El *Times* se sintió engañado al actuar como un cómplice involuntario de todo el plan y extrajo esta lección:

> No se puede esperar que la prensa, la policía y las autoridades de la ciudad en el futuro anunciennuevamente el negocio de la Lotería de La Habana y el principal resultado del affaire Holgado será un rechazo total por parte de todo el mundo a mostrar el más mínimo interés en el destino del próximo español o cubano que desaparezca en la calle Cuarta o cualquier otra calle con billetes de la Lotería de la Habana de color rojo en el bolsillo.[130]

Meses después, Betts, el propietario del Eastern Hotel que había identificado a Holgado como uno de sus huéspedes, presentó una demanda en la corte de distrito de los Estados Unidos contra el gobierno de España, alegando que su consulado en Nueva York no le había pagado la recompensa total ($2 000 en oro) que había ofrecido a cambio de información sobre el paradero de Holgado.[131]

[127] «A Mystery Solved», *New York Times*, 16 de marzo de 1876, p. 4.
[128] Ídem.
[129] Ídem.
[130] Ídem.
[131] «The Mysterious Cuban», *New York Times*, 14 de octubre de 1876, p. 4.

Las maquinaciones de estafadores de La Habana formaron parte de la textura del paisaje del Nueva York cubano en la década de 1870, la década durante la cual el número de cubanos en la ciudad creció dramáticamente. Había élites e intelectuales, exiliados, inmigrantes y visitantes. Había artistas pintando sus lienzos y músicos tocando sus instrumentos. Había cubanos blancos, afrocubanos y cubanos chinos, hombres y mujeres. Había torcedores de tabacos que practicaban su oficio y esclavos domésticos que en un nuevo país todavía servían a sus amos blancos en las mansiones de la zona de los ricos. Algunos cubanos neoyorquinos, como Bachiller y Morales, se dedicaron a actividades intelectuales, otros se dedicaron a ganar dinero honestamente a través de su trabajo o perspicacia, y otros, como Holgado, se involucraron en planes deshonestos.

Pero durante la mayor parte de la década, el Nueva York cubano estuvo empañado por la guerra. La guerra tenía lugar en Cuba, pero también en Nueva York, donde las familias lloraron por sus seres queridos perdidos o desaparecidos, y donde la intensidad de las actividades separatistas de los emigrados alcanzó un tono caldeado, lo que resultó, de manera más prominente, en fisuras profundas y agrias dèntro de la comunidad, que fueron fatales para la causa de la independencia.

6
Librando una guerra en Cuba... y en Nueva York

15 de enero de 1872

Sr. José Manuel Mestre

Muy Sr. mío y apreciado compatriota,

Voy a Cuba. Mi pedido a V. es una carabina Remington con una canana y quinientos tiros. Si su voluntad y las facultades de V. le permiten darme más, mayor será mi gratitud. Manifiésteme, el día de esta semana, el lugar y la hora en que debo ir a buscar dichos efectos. Su S. S.
MELCHOR AGÜERO
41 W. 16th St.[1]

J. FUSSELL & CO., Distribuidores mayoristas y minoristas de helados, 284 Fulton Street. Cuba debe ser nuestra. Queremos azúcar barato. ¿Qué dice usted, señor Grant?

Anuncio, *Brooklyn Daily Eagle*, 1869.[2]

Los neoyorquinos que se encontraban en los alrededores del City Hall Park en la tarde del 11 de octubre de 1869, deben haberse preguntado a que se debía toda la conmoción. Una ráfaga de disparos saludó el izado de una bandera desconocida en el mástil del parque. Se desplegaron más banderas a los lados de un balcón del Ayuntamiento repleto de dignatarios cuando un cañón de latón disparó cien balas y una banda empezó a tocar *Hail Columbia*.[3] La escena se volvió espeluznante

1 Carta de Melchor Agüero a José Manuel Mestre, 15 de enero de 1872, caja 63, José Ignacio Rodríguez Papers.
2 «Ice Cream a Specialty», *Brooklyn Daily Eagle*, 16 de abril de 1869, p. 2.
3 «Cuban Independence», *New York Times*, 12 de octubre de 1869, p. 8.

cuando el cañón se disparó prematuramente y a uno de los hombres que lo cargaba, Theodore Munn, le llevó el brazo derecho.[4] A Munn, que residía en Goerick y 3rd Street y probablemente era irlandés, el *New York Herald* sarcásticamente lo llamó un «mártir cubano».[5]

Las banderas que se desplegaron ese día en el City Hall Park eran banderas cubanas. El desafortunado hombre había perdido el brazo durante la celebración de lo que el *New York Times* llamó «el aniversario del cuatro de julio cubano».[6] Fue un evento organizado por funcionarios de la ciudad para demostrar el apoyo que la causa cubana disfrutaba entre los líderes de Nueva York, incluso el alcalde Oakey Hall.

Había transcurrido un año tumultuoso desde aquel día de octubre de 1868 cuando Carlos Manuel de Céspedes emitió el llamado a la independencia que inició la guerra. El primer aniversario de la fecha exacta, 10 de octubre, cayó en domingo, por lo que las fiestas de Manhattan estaban programadas para el siguiente día. La ceremonia fue dispuesta al final de la tarde por respeto al funeral del expresidente Franklin Pierce esa mañana en New Hampshire.

Esa noche, una gran cantidad de público llenó el Instituto Cooper para escuchar a varios oradores cubanos y estadounidenses apoyar la independencia de Cuba. El salón estaba adornado con banderas estadounidenses y cubanas, así como las imágenes de los principales líderes de la revolución: Céspedes, Aguilera y Agramonte.[7] Los emotivos discursos fueron interrumpidos por frecuentes y entusiastas aplausos, y el *New York Herald* caracterizó el evento como un «acontecimiento brillante».[8]

En ningún otro lugar se celebró el primer aniversario del comienzo de la guerra en Cuba con más fanfarria que en Nueva York. Muchos cubanos prominentes vivían ahora en la ciudad. Y era apropiado que la bandera cubana regresara a Manhattan. Habían pasado veinte años desde que el original de las banderas que ondeaban durante esa celebración de aniversario fuera diseñado y cosido en una pensión de la

[4] «Viva Cuba», *New York Herald*, 12 de octubre de 1869, p. 3.
[5] Ídem.
[6] «Cuban Independence», *New York Times*.
[7] Ídem.
[8] «Viva Cuba», *New York Herald*.

ciudad y desplegado por vez primera en Nassau y Fulton, literalmente a un tiro de piedra del City Hall Park (ver capítulo 2). Era –y sigue siendo– una bandera roja, blanca y azul con una estrella solitaria, una creación y un símbolo de la era anexionista, cuando los emigrados cubanos intentaron, entre otras cosas, persuadir a los presidentes estadounidenses de que Cuba fuera comprada a España. El presidente Pierce, cuyo funeral se celebró el mismo día de la celebración del aniversario, había hecho una oferta que Madrid rechazó rotundamente (véase el capítulo 3). En un giro del destino, esa bandera anexionista hecha en Nueva York fue adoptada como el símbolo del beligerante movimiento de independencia lanzado por Céspedes.[9] Fue un movimiento que surgió con la ferviente convicción de que décadas de frustración y aspiraciones no satisfechas estaban cerca de terminar. Pero en ese primer aniversario en 1869, el movimiento por la independencia se encontraba en una encrucijada crítica y el final de la lucha por la nacionalidad cubana no estaba a la vista.

Nadie estaba más consciente de los desafíos que enfrentaba el esfuerzo de independencia de los cubanos que el hombre que presidió los discursos en el Instituto Cooper: José Morales Lemus. Los últimos dos años habían constituido el período más agitado, posiblemente frustrante y ciertamente peligroso de su vida. Ya con sus sesenta años, había editado en La Habana el periódico reformista *El Siglo* y había dirigido la delegación cubana a las reuniones de la Junta de Información en Madrid, donde exponía ante la corona, en vano, las preocupaciones de la élite reformista de La Habana. Una vez que estalló la guerra en el este de Cuba, estuvo entre los que se alejaron de la reunión con el general Lersundi convencidos de que apoyar la rebelión era la única opción que les quedaba. Dirigió la recién formada

[9] Céspedes desplegó una bandera diferente cuando proclamó la independencia desde su ingenio azucarero, pero, irónicamente, fue la bandera anexionista, en gran medida por su historia como símbolo de la rebelión contra España, la que se vio favorecida por los camagüeyanos y se adoptó en 1869 como la bandera oficial de las fuerzas rebeldes por la Asamblea Constituyente. L. Marrero: *Azúcar, ilustración y conciencia*, pp. 307, 381.

Junta Revolucionaria de La Habana, establecida por la que había sido la élite reformista con el propósito de apoyar a la insurgencia. El 24 de enero de 1869, la casa de Morales Lemus fue allanada y saqueada por los voluntarios.[10] La semana siguiente salió clandestinamente a Nueva York a bordo del *Columbia*.

Morales Lemus llegó a Nueva York y encontró a los emigrados cubanos de la ciudad ya activos en nombre de la revolución. Menos de un mes después del alzamiento de Céspedes, un grupo de cubanos se reunieron en 54 Bond Street para formar un comité de recaudación de fondos para adquirir armas y enviarlas a los insurgentes en la isla.[11] El comité estaba formado, en parte, por cubanos residentes en Nueva York que habían estado viviendo allí desde el período anexionista, pero también contaba con la participación de recién llegados, como el profesor de idiomas Luis Mantilla, quien fue elegido secretario del grupo. Muchos de sus miembros, incluido el puertorriqueño José Bassora, habían formado parte de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico establecida años antes en Nueva York por Juan Manuel Macías (ver capítulo 3).

El comité de Nueva York rápidamente estableció vínculos con la Junta Revolucionaria de La Habana, el grupo encabezado por Morales Lemus semanas antes de su partida de la isla. En diciembre de 1868, Francisco Javier Cisneros, hermano de Hilario, había llegado a la ciudad como enviado del grupo de La Habana para ayudar a organizar el trabajo del comité de Nueva York.[12] Francisco Javier había adquirido notoriedad como hombre de acción después de su audaz, aunque fallido intento, de liderar un levantamiento en el occidente de Cuba en apoyo de los insurgentes orientales. Las instrucciones de la Junta de La Habana fueron «comprar armas y todo lo demás necesario, a gran escala, para que pueda allí dirigir todas las operaciones».[13] No había duda en cuanto a la misión de Cisneros: equipar expediciones de hombres y armas que consiguieran llegar al ejército de Céspedes. Cisneros podía contar con fuertes remesas del grupo de La Habana a

[10] E. Piñeyro: *Morales Lemus y la revolución de Cuba: Estudio histórico*, p. 81.
[11] J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 67.
[12] R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1, p. 340.
[13] F. J. Cisneros: *Relación documentada de cinco expediciones*, p. 6.

través del mismo conducto que sus miembros habían usado durante décadas para enviar dinero a Nueva York: Moses Taylor and Company.[14] En otro capítulo de su larga historia en el Cuba Trade, la casa mercantil de South Street se había convertido en el banco para el dinero de los insurgentes en Nueva York.

Cisneros no perdió tiempo. Solo tres días después de la llegada de Morales Lemus a Nueva York, el 4 de febrero de 1869, salió la primera de las cinco expediciones organizadas por Cisneros con la partida del barco de vapor *Henry Burden* de Jacksonville. En Rum Key en las Bahamas se le unió otro barco, el *Mary Lowell*, que estaba cargado con armamento, y luego ambos siguieron a Ragged Key, una de las islas Bahamas más cercana a Cuba. Hubo que detener la misión por problemas mecánicos, y dos barcos españoles capturaron el *Mary Lowell* antes de que pudiera llegar a Cuba, aunque Cisneros pudo rescatar y guardar la mayor parte de su carga.

Dos meses después, el 4 de mayo, Cisneros despachó su expedición más exitosa, la del *Perrit*, un barco fletado en Nueva York por José María Mora que atracó en la bahía de Nipe en la costa noreste de Cuba, y pudo descargar los hombres y las armas. El *Perrit* llevaba casi doscientos hombres, la mayoría cubanos, incluidos Antonio Bachiller y Govín, el único hijo sobreviviente de Bachiller y Morales, y también Federico Mora, un miembro joven de la familia Mora.[15] Que los cubanos fueran mayoría en la fuerza expedicionaria del *Perrit* constituyó una notable excepción al patrón establecido años atrás cuando Narciso López organizó expediciones que fueron apoyadas financieramente por anexionistas cubanos y del sur de los Estados Unidos, y consistieron principalmente en mercenarios y aventureros, muchos de ellos veteranos estadounidenses de la Guerra de México y emigrantes europeos que vivían en Nueva York.

Pero la revolución que Céspedes proclamó en 1868 tenía una base de apoyo entre los cubanos mucho más amplia que la que tuvo el movimiento anexionista. En la medida que el éxodo de la isla acrecentaba las comunidades cubanas en los Estados Unidos, especialmente en Nueva York, había cubanos disponibles y dispuestos a unirse a las

[14] D. Poey Baró: *La entrada de los aldamistas en la Guerra de los Diez Años*, p. 24.
[15] F. J. Cisneros: *Relación documentada de cinco expediciones*, p. 67.

expediciones para luchar en Cuba. Aun así, casi ochenta de los expedicionarios a bordo del *Perrit* no eran cubanos, la mayoría eran estadounidenses, hombres dispuestos a participar en la aventura de ayudar a la causa cubana contra los españoles. El más destacado de ellos fue el general Thomas Jordan, de Virginia, graduado en West Point, quien se había distinguido en la batalla de Shiloh y había prestado servicio como jefe de gabinete del general P. G. T. Beauregard.[16]

Cisneros no solo llegó y descargó el *Perrit*, también continuó por tierra con la expedición hasta que entregó personalmente los hombres y las armas en la sede de la insurgencia en Guáimaro.[17] Después de dejar al mando al general Jordan, Cisneros regresó a Nueva York, a través de Jamaica, para organizar otras expediciones.

Morales Lemus llegó a Nueva York con una misión. Solo un par de semanas antes de su partida de la isla, la Junta que dirigió en La Habana envió una comunicación al comité en Nueva York informándole que Morales Lemus saldría de la capital cubana para esa ciudad y que a su llegada el comité debía entregarle el liderazgo del grupo.[18] La Junta de La Habana estaba dando pasos para su inevitable traslado a Nueva York, dada la persecución que enfrentaba en Cuba. José Valiente, miembro del comité de Nueva York y desde mucho tiempo antes residente de la ciudad, respondió en nombre de su grupo que ellos se sentirían muy complacidos de ponerse bajo la dirección del representante de La Habana.[19]

La Junta de La Habana también solicitó autorización a Céspedes para representar al movimiento en los Estados Unidos. A pesar de que hasta ese momento Valiente había estado encargado de esta función, Céspedes consideraba a Morales Lemus y sus colaboradores mejor dotados, debido a su posición social y experiencia, para promover la causa de la revolución internacionalmente. De inmediato otorgó la representación del movimiento en los Estados Unidos al grupo de La Habana.

Puesto que, en última instancia, Céspedes era el legítimo líder del movimiento, y debido a que el comité de Nueva York ya había esta-

[16] E. Herrera Cudello: *Thomas Jordan al servicio de la independencia de Cuba, 1869-1871.*
[17] F. J. Cisneros: *Relación documentada de cinco expediciones*, p. 16.
[18] D. Poey Baró: *La entrada de los aldamistas en la Guerra de los Diez Años*, p. 65.
[19] Ídem.

do recibiendo apoyo material de la Junta de La Habana, canalizado a través de Cisneros, para el trabajo de organizar expediciones, no resultó sorprendente que Valiente y su comité no dudaran en subordinarse al recién llegado Morales Lemus. Fue el primer paso del grupo de La Habana para asumir el liderazgo de los emigrados de Nueva York, mientras que cada vez más de sus miembros llegaban a la ciudad. La élite reformista de La Habana logró transformarse en Nueva York en los representantes de la revolución armada iniciada por los orientales, una revolución que los reformistas habían intentado evitar durante mucho tiempo, pero que no les quedó más remedio que aceptar como la única opción. En Nueva York hubo quienes al principio no confiaron en el liderazgo de Morales Lemus, porque sospechaban que el grupo habanero en el fondo seguía siendo reformista e impulsado por sus intereses económicos, no comprometido con la lucha armada por la independencia total y dispuestos a llegar a un acuerdo con los españoles que traicionaría los objetivos del levantamiento liderado por Céspedes. Las acciones iniciales de Morales Lemus en Nueva York parecían confirmar sus sospechas.

Al llegar a la ciudad, Morales Lemus inició un proceso de institucionalización del liderazgo de los emigrados de tal manera que colocó a sus colaboradores de La Habana recién llegados en posiciones clave, mientras que excluía a los cubanos neoyorquinos que tenían una larga historia de activismo en la ciudad. A mediados de 1869, Morales Lemus había reorganizado a los emigrados en lo que se conoció como la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico (Central Republican Junta of Cuba and Puerto Rico), que evocaba el nombre del antiguo grupo de Nueva York, pero dejaba de lado a muchos de los que habían sido sus miembros, especialmente a José Valiente, José María Mora, Plutarco González y Agustín Arango. La Junta que ahora encabezaba Morales Lemus incluía a su protegido José Manuel Mestre, Francisco Fesser, Hilario Cisneros, Néstor Ponce de León (yerno de Antonio Bachiller y Morales) y otros miembros del grupo de La Habana que habían llegado a Nueva York hacía pocos meses.[20] Eventualmente, otros miembros de ese grupo y amigos cercanos de Morales Lemus, como José Antonio Echeverría y Enrique Piñeyro, también

[20] Ibíd., pp. 72-84

ocuparían cargos en posiciones de liderazgo, este último como secretario.[21] La Junta estableció su sede en 71 Broadway.

Aunque la asunción del liderazgo de los emigrados por el grupo de La Habana fue criticada por muchos, Morales Lemus fue investido con un manto de legitimidad por Céspedes, especialmente después de abril de 1869, cuando los insurgentes se constituyeron en un gobierno, con una constitución y con Céspedes como presidente. Luego, el nuevo gobierno insurgente otorgó a Morales Lemus el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos, encargado con la responsabilidad de «obtener no solo el reconocimiento de la independencia de la isla, sino todos los auxilios morales y materiales que condujesen a librar a Cuba del dominio español y llevasen a rápido término de la guerra».[22]

Enviar hombres y armas a Cuba constituyó, sin duda, una función importante de la recién formada Junta de Nueva York, y Morales Lemus continuó facilitando la tarea de Cisneros en la preparación de expediciones. Pero darle a Morales Lemus un título de alto nivel como representante del gobierno insurgente en los Estados Unidos fue una clara señal del gobierno de Céspedes de que la prioridad de Morales Lemus debía ser obtener el apoyo de Washington.[23] No hay otra explicación para que Céspedes favoreciera a Morales Lemus y su grupo como líderes de los emigrados. No eran hombres con antecedentes de reclutar soldados, comprar armas y organizar empresas militares. Eran terratenientes, abogados, comerciantes e inversionistas en ferrocarriles que habían intentado durante mucho tiempo, aunque sin éxito, negociar con el gobierno español para liberalizar el régimen colonial. Y Morales Lemus era probablemente el más experimentado del grupo en esas negociaciones, ya que fue el hombre clave del lado cubano en la desafortunada Junta de Información de 1867, el «canto de cisne» de los reformistas. Desde el comienzo de la rebelión, Céspedes había puesto un gran empeño en obtener el apoyo de los Estados Unidos para la causa de la independencia de Cuba.[24]

[21] R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1, pp. 346-347.

[22] E. Piñeyro: *Morales Lemus y la revolución de Cuba: Estudio histórico*, p. 90.

[23] José Ignacio Rodríguez: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba á los Estados Unidos de América*, p. 224; y R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1, p. 346.

[24] R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1, p. 339.

En la primavera de 1869, las perspectivas de ese apoyo parecían excelentes. En marzo, Ulysses S. Grant asumió la presidencia de los Estados Unidos, y su nuevo secretario de guerra era un conocido partidario de la causa cubana, amigo de Grant y exayudante de campo, John Rawlins.[25] Grant y Rawlins, como militares y veteranos de la Guerra Civil, estaban predispuestos a apoyar a los rebeldes cubanos, especialmente como una forma de ajustar cuentas con el gobierno español por su apoyo a la Confederación durante la guerra.[26]

Antes de su nombramiento como diplomático oficial por el nuevo gobierno de Céspedes, Morales Lemus se acercó a la administración de Grant. Según el secretario de Morales Lemus, Enrique Piñeyro, Grant recibió a Morales Lemus en la Casa Blanca y le comunicó al cubano un mensaje inequívoco de esperanza sobre el apoyo de los Estados Unidos: «sosteneos un poco tiempo», según los informes, le dijo a Morales Lemus, «y obtendréis aún más de lo que esperáis».[27] También del Congreso de los Estados Unidos se recibieron palabras de apoyo. El 9 de abril, el día antes de que los rebeldes cubanos

[25] C. Masó: *Historia de Cuba*, p. 257.

[26] R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1, p. 348.

[27] E. Piñeyro: *Morales Lemus y la revolución de Cuba: Estudio histórico*, pp. 87-88. Piñeyro, quien fuera secretario de la Junta, es la fuente original utilizada para la reunión entre Grant y Morales Lemus. Varios historiadores cubanos han repetido posteriormente la rememoración de Piñeyro sobre la reunión. Sin embargo, no existe ninguna mención de la reunión por parte de los historiadores estadounidenses. El biógrafo de Hamilton Fish, Allan Nevins, escribió que, en uno de los primeros encuentros del gabinete de Grant, surgió la cuestión de la representación de Morales Lemus y que se acordó que era necesario tener precaución. A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, pp. 125, 182. Fish anotó en su diario que, cuando se reunió de manera extraoficial con Morales Lemus el 24 de marzo, se negó rotundamente a la solicitud del cubano de organizar una reunión con el presidente, pero indicó que Morales Lemus era libre de reunirse con Grant durante sus audiencias públicas diarias, en las que cualquier persona, como individuo, podía acercarse al presidente y exponer sus preocupaciones. Le advirtió a Morales Lemus, no obstante, no presentarse ante Grant de ninguna forma oficial (Microfilm reel 3, contenedor 280, Hamilton Fish Papers, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso). Si la reunión tuvo lugar fue probablemente en esos términos, y no, como algunos han asumido, como una reunión en la cual Grant «recibió» o concedió una audiencia a Morales Lemus en su papel oficial.

promulgaran su constitución en Guáimaro, la Cámara de Representantes de los Estados Unidos aprobó una resolución, por una votación de 98 a 25, que reconocía la independencia de la isla y pedía al gobierno de los Estados Unidos que proporcionara apoyo moral y material para liberar a Cuba del yugo español.[28] Pero no todos en Washington estaban convencidos de que los Estados Unidos debían apoyar a los rebeldes. Morales Lemus descubrió que el nuevo secretario de Estado de Grant se mostraba reticente a que su gobierno reconociera y ayudara a la rebelión cubana contra España.

Hamilton Fish nació en Stuyvesant Street en Manhattan, descendiente, por parte de su madre, de Pedro Stuyvesant.[29] En 1869, cuando Grant le ofreció el puesto más alto en el Departamento de Estado, Fish ya tenía sesenta años y había prestado servicio como miembro del Congreso, senador y gobernador de Nueva York. Era el presidente de la Sociedad Histórica de Nueva York y le aguardaba una jubilación tranquila en la residencia campestre que había adquirido en Garrison-non-Hudson, al otro lado del río de West Point.[30] Un hombre templado por su experiencia en el servicio público, especialmente en los debates y las conciliaciones de los congresos anteriores a la guerra, tenía una naturaleza moderadora y cautelosa, adecuada para la diplomacia y representaba una voz razonable en el gabinete de Grant. Muy al principio de su mandato como secretario de Estado, Fish se dio cuenta de que uno de sus papeles más importantes en la nueva administración era equilibrar lo que consideraba la impulsividad de Grant.[31]

De todos los problemas que enfrentó Fish como secretario de Estado, el «más desafiante y perturbador», según su biógrafo Allan Nevins, fue Cuba.[32] La opinión pública estadounidense y la prensa simpatizaban con la causa rebelde. Sin embargo, la experiencia de Fish lo predisponía a oponerse a cualquier participación estadounidense en

[28] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 200.
[29] A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, p. 3.
[30] Ibíd., p. 92.
[31] Ibíd., pp. 129-30.
[32] Ibíd., p. 176.

Cuba. En 1855, cuando estaba en el Senado de los Estados Unidos, hizo un viaje a la isla y, aunque quedó cautivado por su belleza y encanto, llegó a la conclusión de que Cuba era un lugar completamente ajeno con una élite terrateniente atrincherada, un pueblo que nunca podría ser absorbido por los Estados Unidos. Cuando pasó a ser miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, desalentó cualquier propuesta de adquirir a Cuba arrebatándola al control español.[33] Además, Fish tenía dudas sobre los líderes de los emigrados de Nueva York, dudando de su disposición a sacrificarse realmente por su causa, dados sus orígenes de élite y el estilo de vida de muchos de ellos en la ciudad. Nevins, su biógrafo, lo expresó así: «Fish decididamente sospechaba de la Junta de Nueva York. Sabía que estos dirigentes cubanos –algunos cuidándose de mantenerse a mil millas del frente de batalla y de encontrarse con el odiado español en Union Square, con un sastre a un lado, una lavandera al otro y Delmonico's detrás– estaban conspirando constantemente para violar nuestras leyes de neutralidad».[34]

Incluso si como secretario de Estado Fish hubiera echado a un lado sus prejuicios con respecto a la participación de los Estados Unidos en Cuba, el hecho era que reconocer y apoyar la beligerancia cubana habría colocado a los Estados Unidos en una posición insostenible. Los cubanos, en efecto, estaban violando las leyes de neutralidad de los Estados Unidos. Además, para Fish, la cuestión de Cuba estaba inmersa en un conjunto mucho más amplio y mucho más importante de asuntos referentes a la relación de los Estados Unidos con Europa en el período posterior a la Guerra Civil. En el centro de esos asuntos estaba un buque de guerra de los confederados hundido que se convirtió en la principal preocupación de Fish en cuanto asumió el cargo.

El *Alabama* era un vapor construido en Liverpool y cuya botadura fue el 29 de julio de 1862. Había sido comisionado por los Estados Confederados de América y entregado en secreto a su armada a pesar de las fuertes objeciones de Washington al gobierno británico. El *Alabama* infligió grandes pérdidas a los navíos de la Unión. Solo en su primer año capturó cuarenta y ocho barcos mercantes del norte. Finalmente, fue

[33] Ibíd., pp. 47-48.
[34] Ibíd., pp. 181-182.

hundido por el *USS Kearsarge* frente a la costa de Cherburgo el 19 de junio de 1864.[35]

Después de la guerra, las pérdidas causadas por *Alabama* se convirtieron en el punto álgido de las reclamaciones y recriminaciones de los Estados Unidos contra los británicos por las muchas maneras en las que apoyaron y ayudaron a armar a la Confederación. La opinión predominante en los Estados Unidos era que las acciones de Gran Bretaña habían prolongado la guerra. Como señaló el historiador Adrian Cook, «Los Estados Unidos se sintieron traicionados, insultados y heridos. En ningún momento desde el final de la Guerra de 1812 las relaciones angloamericanas habían sido peores que al final de la Guerra Civil».[36]

La administración de Grant buscó agresivamente indemnización del gobierno de Londres por las pérdidas causadas por el *Alabama* y otros buques confederados construidos en Gran Bretaña. Esta era una prioridad para Fish, y el Tratado de Washington resultante, firmado en 1871, que preveía la conciliación de las reclamaciones por un tribunal internacional de arbitraje, se consideraba un triunfo de la diplomacia y quizás su mayor logro como secretario de Estado.[37] Londres no solo terminó pagando $15,5 millones en oro como indemnización, sino que el tratado condujo a una mejoría en las relaciones con Gran Bretaña, un objetivo importante para Fish. En ese contexto, reconocer al gobierno insurgente cubano y dotarlo de apoyo material le parecía a Fish una evidente contradicción que habría debilitado las reclamaciones estadounidenses contra los británicos.[38] Los Estados Unidos mantenían buenas relaciones con España, y Fish percibía el apoyo a los rebeldes cubanos análogo al apoyo británico a la Confederación. El 24 de marzo de 1869, cuando se reunió con Morales Lemus en Washington, Fish mantuvo al cubano a distancia, insistiendo en que la reunión no era oficial (una conversación entre caballeros), y no aceptó ningún documento que Morales Lemus le ofreciera, para que no se fuera a interpretar como una señal de que los Estados Unidos estaban dispuestos a

[35] A. Cook: *The Alabama Claims: American Politics and Anglo-American Relations, 1865-1872*, p. 15.

[36] Ibíd., p. 185

[37] C. Cushing: *The Treaty of Washington: Its Negotiation, Execution, and the Discussions Relating Thereto*, p. 9.

[38] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 203.

reconocer al gobierno de Céspedes.[39] Fish escribió en su diario que le dijo a Morales Lemus que «cualesquiera que sean nuestras simpatías con un pueblo [...] que lucha por un gobierno más liberal, no debe apartarnos de nuestro deber con otros gobiernos amigos».[40]

A pesar de la predisposición de Grant para ayudar a los rebeldes y la insistencia de Rawlins en ello, Fish pudo convencer al presidente para que no perdiera de vista el panorama más amplio y abandonara su apoyo a los insurgentes cubanos. En un momento dado, Grant incluso había firmado una proclama que reconocía oficialmente el derecho de los cubanos a la beligerancia que envió a Fish, quien simplemente la archivó y la dejó morir sin jamás hacerla pública.[41]

El 20 de junio de 1869, Fish convocó a Morales Lemus a su casa en Washington y le informó que no se reconocería al gobierno de Céspedes ni el derecho de los cubanos a la beligerancia y, por tanto, no se apoyaría a la insurgencia. Pero tenía un plan alternativo que presentó a Morales Lemus que ya había sido aprobado por Grant y el gabinete.[42] El plan consistía en que los Estados Unidos entablaran negociaciones con España con el fin de asegurar la independencia cubana. Específicamente comprendía: (1) el reconocimiento español de la independencia de Cuba; (2) el pago de Cuba a España de una indemnización por la pérdida de ingresos asociada con el abandono de la isla (una cifra luego fijada en $100 millones, la misma cifra que ofreciera el presidente Polk años antes, con pago garantizado por el gobierno de los Estados Unidos); (3) la abolición de la esclavitud; y (4) un armisticio durante las negociaciones.[43] Morales Lemus estaba decepcionado, pero firmó la propuesta.[44] El antiguo reformista, que no había logrado obtener concesiones de los españoles solo dos años antes durante las reuniones de la Junta de Información en Madrid, estaba escéptico del

[39] A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, p. 182.

[40] Microfilm reel 3, contenedor 280, Hamilton Fish Papers.

[41] W. F. Johnson: *The History of Cuba*, vol. 3, pp. 202-204.

[42] A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, p. 193.

[43] Ibíd., p. 193; y J. I. Rodríguez: *Estudio histórico...*, p. 228.

[44] A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, p. 194.

éxito de un plan para negociar el futuro de Cuba con el gobierno de Madrid.[45]

El escepticismo de Morales Lemus resultó justificado. El gobierno español inicialmente expresó interés en la propuesta, pero prolongó las negociaciones durante tres meses y al final formuló una respuesta que, tanto por su contenido como por su lenguaje, era inaceptable para Fish.[46] Fue, según Piñeyro, una «insultante y sarcástica contestación», que, entre otras cosas, reclamaba que «de ese modo podrán los Estados Unidos demostrar sus simpatías y buena voluntad hacia España [...] que aconsejase a los miembros de la Junta Cubana de Nueva York, completamente indignos, por cierto, de la hospitalidad que recibían, que no fomentasen la insurrección».[47] El 28 de septiembre, Fish retiró su ofrecimiento de negociación.[48] Había fallado la única propuesta que él estaba dispuesto a efectuar para que los Estados Unidos desempeñaran un papel en el cambio del estado de la isla. La misión de Morales Lemus en Washington ya había sufrido un revés un par de semanas antes con la muerte de Rawlins, el aliado más fuerte de los emigrados en el gabinete de Grant.

El fracaso de los esfuerzos de cabildeo de Morales Lemus fue un punto de inflexión en el activismo de los emigrados en nombre de los insurgentes cubanos. Sin perspectivas de apoyo de los Estados Unidos, el esfuerzo de cabildeo fue abandonado y el papel de los neoyorquinos se redujo a apoyar el esfuerzo militar en Cuba a través de la recaudación de fondos y el envío de armas y hombres a la isla. Ese propósito favorecía a los hombres de acción, no a las élites bien conectadas, por lo que la legitimidad de Morales Lemus y su grupo como líderes del movimiento de emigrados era cuestionable ahora. El respaldo de Céspedes a Morales Lemus y su grupo se basó en su valor como representantes en Washington. Aquellos en Nueva York que habían resen-

[45] R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1, p. 368.

[46] Las tortuosas negociaciones que tuvieron lugar implicaron al ministro de los Estados Unidos enviado a Madrid, Daniel E. Sickles, un neoyorquino y veterano de la Guerra Civil con un pasado accidentado y de cuestionable reputación. Para detalles sobre esas negociaciones, ver R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1, pp. 370-384; y E. Piñeyro: *Morales Lemus y la revolución de Cuba: Estudio histórico*, pp. 101-128.

[47] E. Piñeyro: *Morales Lemus y la revolución de Cuba: Estudio histórico*, p. 123.

[48] José Ignacio Rodríguez: *Estudio histórico...*, p. 229.

tido su toma del liderazgo de los emigrados ahora intensificaron sus críticas, especialmente porque los viejos reformistas habían confirmado las peores sospechas que se tenían sobre ellos cuando aceptaron el plan de Fish para negociar con España. Los críticos de Morales Lemus percibían cualquier negociación como una disposición a conformarse con menos de lo que se planteaba la rebelión: la independencia total.

Apenas había fracasado su misión diplomática cuando Morales Lemus presidió el evento del aniversario en el Instituto Cooper la noche del 11 de octubre. Menos de un mes después renunció al cargo superior de la Junta de Nueva York, y se lo entregó al hombre que, por su influencia económica, era el líder natural de la élite reformista: Miguel Aldama.[49] Morales Lemus se mantuvo activo en las actividades de los emigrados, especialmente en las reuniones y a través de la correspondencia con sus amigos como José Manuel Mestre.[50] Pero al final una dolencia intestinal lo mantuvo confinado en su casa de la avenida Bedford 369 en Brooklyn.[51] El 28 de junio de 1870, tres semanas después de ser enumerado en el censo de los Estados Unidos, Morales Lemus murió a la edad de sesenta y dos años. Está enterrado en el Cementerio Green-Wood.

Miguel Aldama (fig. 6.1) había llegado a Nueva York en mayo de 1869, algo más tarde que el resto del grupo de La Habana (véase el capítulo 4). Hasta el momento de la renuncia de Morales Lemus no había asumido ninguna posición en la Junta, quizás porque prefería no inmiscuirse en el esfuerzo diplomático que ya estaba en marcha.

El ascenso de Aldama a la presidencia de una Junta recién reestructurada en noviembre de 1869 no contribuyó a superar las crecientes divisiones entre los cubanos neoyorquinos, más bien todo lo contrario. Su riqueza y su comportamiento aristocrático lo convirtieron en un blanco mayor que Morales Lemus para aquellos en Nueva York que

[49] D. Poey Baró: *La entrada de los aldamistas en la Guerra de los Diez Años*, p. 93.

[50] Más de veinte cartas de Morales Lemus a Mestre escritas durante 1870 se encuentran en el contenedor 61 de los José Ignacio Rodríguez Papers.

[51] C. Ripoll: «Morales Lemus y la beligerancia cubana hace un siglo», prefacio a la edición de 1970 de E. Piñeyro: *Morales Lemus y la revolución de Cuba: Estudio histórico*, p. xx.

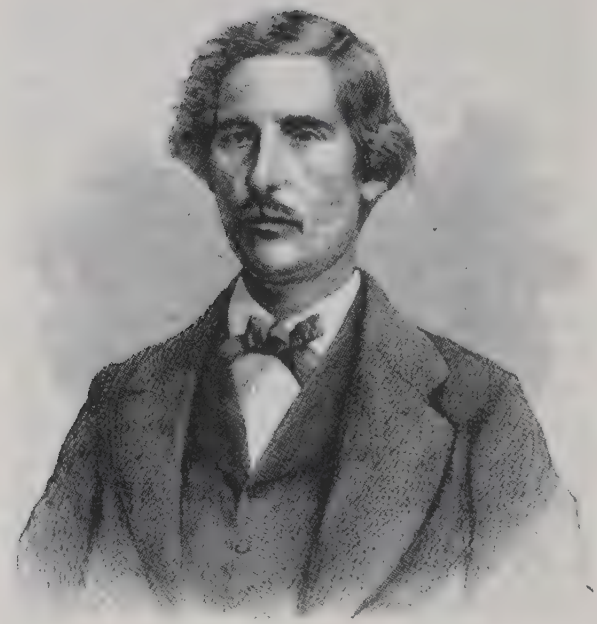


Figura 6.1. Miguel Aldama. (Fuente: *Harper's Weekly*, 4 de diciembre de 1869, p. 769).

desconfiaban de las acciones y las motivaciones del grupo reformista. Además, la nueva Junta bajo Aldama todavía estaba dominada por el grupo habanero recién llegado, el cual Morales Lemus había colocado en posiciones clave. José Manuel Mestre, el protegido de Morales Lemus y pariente de Aldama, fue a quien le asignaron las funciones diplomáticas que Morales Lemus había ejercido como ministro en los Estados Unidos, pero nombrado como «comisionado de la República».[52] José Antonio Echeverría también fue nombrado para actuar, si fuera necesario, en lugar de Mestre. Aldama, como líder, tenía el título de Agente General de la República de Cuba. En lo adelante, tanto los contemporáneos como los historiadores se referirán a los reformistas en Nueva York como los *aldamistas*.

[52] D. Poey Baró: *La entrada de los aldamistas en la Guerra de los Diez Años*, pp. 94-95; y J. I. Rodríguez: *Vida del doctor José Manuel Mestre*, p. 154.

Un matrimonio que había residido en Nueva York desde los tiempos de Narciso López y los anexionistas fue la punta de lanza de los ataques contra los aldamistas: Cirilo Villaverde (fig. 6.2) y Emilia Casanova. Villaverde era un escritor y educador, oriundo de Pinar del Río, históricamente una provincia rural al oeste de La Habana. En 1848 fue encarcelado por colaborar con las expediciones de López, y al año siguiente escapó a Nueva York, donde se desempeñó como secretario de este y escribió para *La Verdad*, el periódico anexionista. Villaverde vivió por un tiempo en Filadelfia, donde en 1854 a la edad de cuarenta y dos años se casó con Emilia Casanova, veinte años más joven, hija de un terrateniente español de Cárdenas, una ciudad portuaria en la región de Matanzas. Al año siguiente, la pareja se mudó a Nueva York, donde Villaverde impartía clases de español en escuelas privadas y también daba clases privadas. Durante unos años, a partir de 1864, mantuvieron una escuela en Weehawken, Nueva Jersey, al otro lado del Hudson, a la vez que se tornaban activos en actividades separatistas.[53]

En julio de 1869, Villaverde redactó un escrito extenso y cuidadosamente apostillado titulado *Cuba's Revolution as Seen From New York (La Revolución cubana vista desde Nueva York)*, con la intención de que fuera un informe no solicitado a Céspedes sobre lo que estaba sucediendo entre los emigrados en la ciudad, en especial lo que Villaverde consideraba las transgresiones y equivocaciones de la Junta de Morales Lemus. En noviembre de ese año, después de la renuncia de Morales Lemus y el ascenso de Aldama a la presidencia de la Junta, Villaverde imprimió y distribuyó ampliamente una versión revisada de su informe entre los cubanos en Nueva York.[54] Contenía una sarta de acusaciones contra Morales Lemus y la Junta, comenzando con la forma en que el grupo, en opinión de Villaverde, usurpó el papel de liderazgo entre los emigrados al afirmar falazmente que representaban al gobierno de Céspedes antes de que la Asamblea otorgara dicha representación desde Cuba. Al señalar que casi todos los miembros de la Junta eran abogados de La Habana, Villaverde argumentó que otros con una historia más larga de activismo separatista en los

[53] I. Álvarez: *Acerca de Cirilo Villaverde*, pp. 417-418; y C. Villaverde: «Autobiografías», en Ana Cairo Ballester (ed.): *Letras: Cultura en Cuba*, vol. 4, p. 7.

[54] C. Villaverde: *La Revolución de Cuba vista desde Nueva York.*

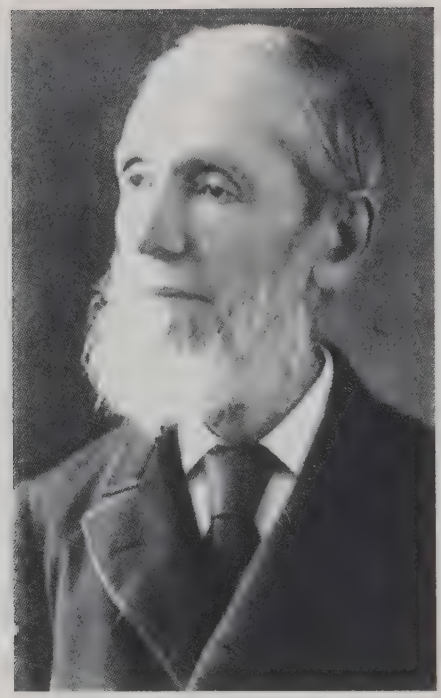


Figura 6.2. Cirilo Villaverde. (Fuente: Roberto Méndez Martínez: «La casa de dementes vista por Cirilo Villaverde», *Hotel Telégrafo* [blog], 14 de enero de 2016, <www.hoteltelegrafo.blogspot.com>).

Estados Unidos fueron apartados a favor de aquellos con poca experiencia política: «La amistad los reunió en La Habana y naturalmente con más franqueza se continuó aquí la unión. Pájaros de la misma pluma vuelan juntos [...]».[55] Villaverde también afirmó que el nuevo grupo de La Habana intentaba controlar y monopolizar todas las actividades revolucionarias en Nueva York, y luego lo echó a perder todo por su incompetencia y falta de dedicación. Morales Lemus fue criticado especialmente por aceptar la propuesta de Fish de negociar con España, que, Villaverde argumentó, era algo que Morales Lemus no estaba autorizado para hacer y que respondía a la avidez del grupo de

[55] Ibíd., p. 12.

La Habana por negociar la independencia de Cuba y poner el destino de la isla en manos de la administración de Grant.[56]

El informe fue uno de los primeros ataques implacables que los cubanos neoyorquinos dirigirían contra los aldamistas. Los ataques de Villaverde fueron suficientemente cáusticos, pero la pluma verdaderamente mordaz en el matrimonio Villaverde-Casanova no era la suya.

Emilia Casanova (fig. 6.3) era una de dieciséis hijos nacidos de una mujer cubana, Petronia Rodríguez, y un inmigrante de las Islas Canarias, Inocencio Casanova.[57] Inocencio poseía bastante tierra en Matanzas, pero sufrió grandes pérdidas cuando un huracán azotó la zona. Cuando Emilia era muy joven, la familia Casanova se mudó a Cárdenas. Allí mostró desde muy temprano lo que uno de sus biógrafos llamó «un carácter voluntarioso».[58] La familia Casanova con frecuencia se vio trastornada por su terquedad en la consecución de sus proyectos y caprichos. Su personalidad coincidía con su apariencia. A los doce años tenía, según un biógrafo, el desarrollo físico de una joven de quince años, y su condición física le daba un aspecto vigoroso que coincidía con su comportamiento obstinado.[59]

El momento determinante para Emilia Casanova llegó el 19 de mayo de 1850, cuando abrió la ventana de su habitación para ver, por primera vez, la bandera cubana que Narciso López había enarbolado sobre la plaza principal de Cárdenas durante su breve ocupación de la ciudad.[60] La expedición de López finalmente fracasó, pero marcó a Emilia Casanova para siempre. A los dieciocho años había encontrado un propósito en su vida y una forma de canalizar su pasión y energía: la independencia cubana. La epifanía de la joven Emilia sería un gran

[56] Ibíd., pp. 23-32.

[57] L. Horrego Estruch: *Emilia Casanova: La vehemencia del separatismo*, p. 8.

[58] Ibíd., p. 9.

[59] [C. Villaverde]: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*, p. 8. No se cita ningún autor, pero está ampliamente aceptado que el autor es su marido, Cirilo Villaverde. C. M. Trelles: *Bibliografía cubana del siglo XIX*, vol. 7, p. 214; y A. Cairo: «Emilia Casanova y la dignidad de la mujer cubana», en L. Campuzano (ed.): *Mujeres latinoamericanas: Historia y cultura, siglos XVI al XIX*, p. 232. Cairo también afirma que la fecha de publicación de este libro no es 1874, sino 1884.

[60] [C. Villaverde]: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*, p. 9; y L. Horrego Estruch: *Emilia Casanova: La vehemencia del separatismo*, pp. 12-15.

dolor de cabeza para su padre, quien, a pesar de no ser partidario del separatismo cubano, descubrió que su familia estaba bajo un escrutinio creciente por parte de las autoridades por las críticas públicas de su hija al dominio español.

Figura 6.3. Emilia Casanova. (Fuente: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde, escritos por un contemporáneo* [Nueva York, 1874], División de Investigación General, Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden).

En el verano de 1852, Inocencio Casanova decidió que era mejor mudar a su familia temporalmente a los Estados Unidos, donde, después de visitar Nueva York, las cataratas del Niágara, Saratoga y Albany, se establecieron en Filadelfia.[61] Fue allí en 1854 que Emilia Casanova con veintidós años de edad, conoció y se casó con Villaverde, quien le impresionó por su vida de sacrificio en nombre del separatismo cubano. Emilia y Cirilo se quedaron en los Estados Unidos y se mudaron

[61] L. Horrego Estruch: *Emilia Casanova: La vehemencia del separatismo*, p. 19.

a Nueva York cuando la familia de ella regresó a Cuba. Finalmente tuvieron tres hijos, de los cuales su única hija murió antes de su séptimo cumpleaños.[62]

A lo largo de la década de 1860, la pareja siguió activa en la política de los emigrados en Nueva York. Estuvieron involucrados en la creación de la Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico en 1866.[63] En 1867, Emilia, previendo la guerra inminente, convenció a su padre para que liquidara sus activos en Cuba y se mudara de forma permanente a Nueva York. Inocencio compró la antigua mansión Leggett por $150 000, situada en Oak Point, en lo que ahora es el área de Hunts Point en el Bronx.[64] Originalmente, parte de la propiedad de la familia del escritor y reformista político William Leggett, la casa había sido renovada en su totalidad por un rico tendero de Nueva York llamado Benjamin Whitlock, quien construyó bodegas debajo de la casa para almacenar vino. Whitlock perdió la mayor parte de su fortuna con la caída del comercio de algodón durante la Guerra Civil, y la casa estaba cerrada cuando los Casanovas la compraron en noviembre de 1867.[65] Cuando estalló la guerra al año siguiente, la casa se convirtió en un foco de actividad militante en la zona de Nueva York. Al favorecer la acción por encima de la negociación, Emilia Casanova ayudó a organizar unas cuantas expediciones para llevar hombres y armas a Céspedes, a quien fue fervientemente leal. Las bodegas de la mansión se convirtieron en depósitos de armas, rifles, pólvora y municiones. Su ubicación relativamente aislada y cerca de la costa la hacía ideal para el contrabando discreto de municiones al East River o al Long Island Sound para su envío a Cuba.[66] Los vecinos estaban conscientes de las actividades secretas que se realizaban, y años después, cuando los Casanova se mudaron y quedó desierta, la casa conservaba

[62] Ibíd., p. 26.

[63] Ibíd., p. 25.

[64] S. Jenkins: *The Story of the Bronx: From the Purchase Made by Dutch from the Indians in 1639 to the Present Day*, pp. 387-388.

[65] Ibíd., p. 387; y S. Wilentz: «William Leggett», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*, p. 662.

[66] S. Jenkins: *The Story of the Bronx: From the Purchase Made by Dutch from the Indians in 1639 to the Present Day*, p. 388; y L. Horrego Estruch: *Emilia Casanova: La vehemencia del separatismo*, p. 26.

una misteriosa reputación. Como Stephen Jenkins, un historiador del Bronx, escribió en 1912: «Las visitas de los hombres de piel oscura y aspecto misterioso cesaron y la casa quedó desierta; mientras las murmuraciones sobre espías españoles asesinados y de fantasmas y de ruidos extraños e inexplicables en la casa vacía llenaban el vecindario [...]. Se contaban tantas historias extrañas sobre la vieja mansión que su demolición fue seguida con vivo interés».[67]

Además de ayudar a aprovisionar las expediciones del Bronx, Casanova viajaba a Manhattan casi a diario para preparar eventos de recaudación de fondos. En enero de 1869 creó la organización Liga de las Hijas de Cuba para movilizar a las damas cubanas de la ciudad en apoyo de los insurgentes. También fungía como su plataforma política. La Liga fue la primera asociación política establecida por una mujer cubana.[68] En marzo, la Liga patrocinó una representación teatral que recaudó casi $4 000 para la causa cubana.[69] Casanova también fue una prolífica escritora de cartas, y se mantenía en contacto con sus compatriotas, especialmente las mujeres, que vivían en diferentes partes del mundo, escribiendo incluso a generales cubanos en el campo de batalla, y solicitando apoyo para la causa de la independencia de los miembros del Congreso de los Estados Unidos y de los líderes mundiales, incluido Giuseppe Garibaldi, quien en realidad respondió con una carta cordial de apoyo a los oprimidos en todas partes.[70] Según consta, se reunió con Grant y Fish en más de una ocasión.[71]

Desde el principio, Emilia Casanova y Cirilo Villaverde estaban en desacuerdo con Morales Lemus y la Junta. El conflicto, al menos inicialmente, surgió del resentimiento que ambos debieron sentir al ser ignorados, después de años de activismo en Nueva York, por el recién llegado grupo de La Habana en su intento por monopolizar todas las actividades políticas de emigrantes en la ciudad. En su infor-

[67] S. Jenkins: *The Story of the Bronx: From the Purchase Made by Dutch from the Indians in 1639 to the Present Day*, p. 388.

[68] T. Prados Torreiras: *Mambisas: Rebel Women in Nineteenth-Century-Cuba*, p. 77.

[69] [C. Villaverde]: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*, p. 15.

[70] Ibíd., pp. 58-60.

[71] Ibíd., p. 17. Las reuniones con Grant probablemente se realizaron bajo las mismas condiciones que las de Morales Lemus, o sea, durante las audiencias públicas en la Casa Blanca.

me a Céspedes, Villaverde sostuvo que Morales Lemus hizo todo lo posible para controlar el liderazgo y las finanzas de la Liga de las Hijas de Cuba, hasta el punto de alentar la creación de un grupo de mujeres rivales subordinado a la Junta.[72] En ese mismo informe, Villaverde también mencionó que había dirigido una carta a Morales Lemus señalando la necesidad de nombrar a un representante de los insurgentes en Londres y que estaba solicitando la designación. Villaverde nunca recibió respuesta.[73]

Villaverde y Casanova no fueron los únicos detractores de la Junta. Carlos del Castillo, el banquero de La Habana y cliente de Moses Taylor que había sido deportado a Fernando Poo, también fue crítico de los aldamistas.[74] En 1870, su primo, José Gabriel del Castillo, comenzó a publicar en Nueva York el periódico *El Demócrata*, que estaba usualmente lleno de escritos contra la Junta. Con anterioridad, los aldamistas habían establecido su propio periódico, *La Revolución*, también impreso en Nueva York y dirigido por Néstor Ponce de León y Enrique Piñeyro.[75]

Dos sucesos en 1870 terminaron de ensanchar acérrima y definitivamente la brecha entre los aldamistas y sus detractores en Nueva York. El primero involucró a un general cubano depuesto; el segundo, a un poeta.

El general Manuel de Quesada y Loynaz era de una familia camagüeyana que se había establecido por primera vez en la isla a principios del siglo XVII.[76] En abril de 1869, con la adopción de la Constitución y el establecimiento de la República de Cuba, la Asamblea Cubana (el nuevo el cuerpo legislativo del gobierno) eligió a Céspedes como presidente y nombró a De Quesada comandante en jefe del Ejército.[77] Casi inmediatamente después, las relaciones entre la Asamblea y su principal oficial militar comenzaron a deteriorarse. El general De Quesada

[72] C. Villaverde: *La Revolución de Cuba vista desde New York*, pp. 9-12.
[73] Ibíd., p. 21.
[74] R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 2, p. 86.
[75] E. López Mesa: *La comunidad cubana de New York: Siglo XIX*, p. 105.
[76] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 6, pp. 263, 276.
[77] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 193.

tenía un carácter autoritario y rechazó cualquier supervisión de su mando por parte de la Asamblea.[78] Esta juzgó que estaba actuando como un dictador militar sin rendir cuentas ante el gobierno, y el 22 de diciembre de 1869 lo relevó de sus deberes y en su lugar nombró al general Thomas Jordan, el exconfederado que había llegado a Cuba en la expedición del *Perrit*.[79]

La remoción de De Quesada de su mando por parte de la Asamblea colocó al presidente Céspedes en una posición incómoda. Solo unas pocas semanas antes, el 4 de noviembre, Céspedes, viudo, se había casado con la hermana de De Quesada, Ana, en Camagüey.[80] Después de la destitución de De Quesada, Céspedes, sin consultar a la Asamblea o incluso a su propio gabinete, le dio a su cuñado la asignación de ir a Nueva York y recaudar fondos para apoyar la revolución. La medida no le pareció bien a la Asamblea y marcó el comienzo del deterioro en la relación entre Céspedes y el cuerpo legislativo de los insurgentes.[81]

De Quesada llegó a Nueva York el 1ro. de marzo de 1870 con instrucciones de Céspedes para recaudar dinero y organizar expediciones. Como este lo había nombrado sin la aprobación de la Asamblea, De Quesada no era el representante oficial de la República de Cuba en los Estados Unidos. Esa designación aún le correspondía a Aldama. La llegada de De Quesada a Nueva York no fue vista favorablemente por los aldamistas, quienes vieron la asignación del general como una indicación de que Céspedes ya no tenía plena confianza en ellos. El grupo de La Habana no solo había fracasado en su misión diplomática, sino que no había tenido mucho éxito en la organización de expediciones. Céspedes bien pudo haber comenzado a escuchar las críticas de los detractores de la Junta. Esos detractores, especialmente Emilia Casanova, dieron la bienvenida a De Quesada con los brazos abiertos y vieron al general como un hombre de acción que había sido enviado por Céspedes para poner a los aldamistas en su lugar y proveer un liderazgo efectivo a los emigrados.

Tan pronto como llegó a Nueva York, De Quesada se reunió con Aldama, Mestre y Echeverría y les presentó un ambicioso plan para

[78] E. Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón*, p. 20.
[79] R. Guerra y Sánchez: *La Guerra de los Diez Años*, vol. 1, p. 403.
[80] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 6, p. 276.
[81] C. M. Céspedes y Quesada: *Manuel de Quesada y Loynaz*, pp. 101-102.

recaudar dinero y organizar una gran fuerza expedicionaria. La desconfianza de la Junta con respecto a su misión, así como los informes que les llegaron de los miembros de la Asamblea sobre el carácter autoritario del general, predispusieron a los aldamistas a abstenerse de apoyar el plan.[82] La reticencia de la Junta llevó a De Quesada a proceder por su cuenta, incluso llegó a establecer una cuenta con Moses Taylor, administrada por Carlos del Castillo, para recaudar fondos y comprar armamento.[83] Contrariamente a los deseos de Céspedes, De Quesada y la Junta tomaron caminos separados.

La división en las filas de los emigrados empeoró cuando Aldama, posiblemente como un desaire a De Quesada, organizó una colecta para comprar una espada grabada como muestra de agradecimiento al general Jordan, el sustituto de De Quesada en Cuba.[84] Emilia Casanova se indignó. Movilizó a las Hijas de la Liga de Cuba para comprarle a De Quesada una espada grabada propia, que le presentó en un evento que organizó en Irving Hall el 29 de junio de 1870.[85]

A partir de entonces, la facción opuesta a los aldamistas se conocería como los *quesadistas*. Se desenvainaron espadas rivales grabadas, que simbolizaban las líneas de batalla entre las dos facciones de emigrados en Nueva York.

Pero nada despertó más pasión y recriminaciones entre los emigra-dos que la infortunada misión en la isla de un poeta de gran prestigio que vivía en Nueva York, Juan Clemente Zenea. Zenea era un revolucionario comprometido con una larga historia de activismo militante contra

[82] Ibíd., p. 103.

[83] R. Guerra y Sánchez: *La Guerra de los Diez Años*, vol. 2, pp. 86-87. La caja 307 de Moses Taylor Papers contiene recibos de numerosos reembolsos al general De Quesada de esta cuenta administrada por Carlos del Castillo, que incluyen un recibo presentado por De Quesada para un pago a Johnson Brothers, «almacén de toda clase de materiales dentales e instrumentos», en 812 Broadway, con fecha 1ro. de noviembre de 1871 por, entre otras cosas, «4 juegos de dientes de encías blancos a $2,80 cada uno, y 4 juegos de dientes blancos lisos sencillos a $1,68 cada uno».

[84] [C. Villaverde]: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*, pp. 20-21.

[85] L. Horrego Estruch: *Emilia Casanova: La vehemencia del separatismo*, p. 38.

el dominio español en Cuba, y a fines de la década de 1850 se vio obligado a huir de la isla hacia Nueva York. En 1859 publicó un libro sobre sus experiencias como exiliado con el título *Far From the Homeland: Memoirs of a Young Poet*,[86] seguido dos años más tarde por un ensayo de gran alcance sobre las tendencias en la literatura estadounidense.[87] También dedicó un poema al Cementerio Green-Wood en Brooklyn, donde, escribió, deseaba «descansar en paz».

La trágica historia de Zenea comienza a principios de agosto de 1870, con la llegada a Nueva York desde Madrid de su amigo Nicolás Azcárate, un hombre con una tradición de miembro cabal del grupo reformista de La Habana. Abogado afable, con una presencia distinguida, había colaborado con *El Siglo*, había prestado servicio en la Junta de Información y se había casado con un miembro de la familia de banqueros Fesser.[88] Sin embargo, a diferencia de sus colegas, Azcárate no se avergonzaba de seguir siendo un reformista que se oponía a la guerra. Aun así, su apoyo a las reformas mereció la ira de los voluntarios y tuvo que huir a España. En Madrid fundó un periódico en el que abogó por la abolición de la esclavitud, el fin de las hostilidades en la isla y la implementación de las reformas liberales que siempre había defendido para que Cuba obtuviera autonomía sin dejar de ser parte de España.[89] Obviamente, su posición lo convirtió en blanco de virulentos ataques desde ambos extremos: los españoles de línea dura y los revolucionarios cubanos.[90]

Por su agenda política y sus conexiones personales en los niveles más altos del gobierno español, al llegar Azcárate a Nueva York fue recibido por el rumor de que era portador de una oferta de negociación del gobierno español para Céspedes. Los rumores, incluso, llegaron a la prensa neoyorquina, y Azcárate se vio obligado a enviar una nota a la New York Associated Press que negaba rotundamente que su viaje tuviera algún propósito político: «Mientras, como cubano, lamento que haya un malentendido entre muchos de mis compatriotas y la Espa-

[86] E. López Mesa: *La comunidad cubana de New York: Siglo XIX*, pp. 27-28.
[87] Ibíd., p. 118.
[88] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 2, pp. 75-76.
[89] M. Sanguily: *Nobles memorias*, pp. 137-138.
[90] R. Guerra y Sánchez: *La Guerra de los Diez Años*, vol. 2, pp. 101, 108.

ña moderna que mantiene en Cuba una guerra cruel y desastrosa [...]. No soy portador de ninguna misión, cualquiera sea».[91]

Pero sí lo era. Azcárate se reunió con Aldama, Mestre y Echeverría para obtener su colaboración para comunicar a Céspedes una oferta del gobierno español que tenía tres puntos principales: (1) un alto al fuego inmediato, (2) la disolución de los voluntarios y (3) la autonomía (no la independencia) para la isla.[92] Zenea accedió a ir a Cuba y llevar personalmente la oferta a Céspedes. El poeta llevaba consigo un salvoconducto firmado por el ministro español en Washington, Mauricio López Roberts, que le garantizaba el paso seguro por las zonas de la isla ocupadas por los españoles para poder reunirse con Céspedes.[93]

Zenea llegó al campamento de Céspedes. No existe un registro confiable de lo que los dos hombres hablaron.[94] El único resultado conocido de la reunión es que Céspedes le pidió a Zenea que escoltara a su esposa fuera de Cuba y a Nueva York por su seguridad. Zenea, por supuesto, estuvo de acuerdo, pero antes de que Ana de Quesada y él pudieran salir de la isla fueron interceptados cerca de la costa por una tropa española, que los llevó a La Habana bajo custodia. Ana de Quesada fue liberada poco después y se le permitió partir a Nueva York. Pero Zenea fue encarcelado, acusado de traición y finalmente ejecutado en la fortaleza de La Cabaña.[95] No pudo cumplir su deseo de ser enterrado en Green-Wood.

No sabemos qué mensaje, si lo había, traía Zenea de Céspedes, ni sabemos con certeza por qué el salvoconducto de Zenea no fue

[91] «Cuban Affairs: A Letter from Mr. Azcárate», *New York Times*, 28 de agosto de 1870, p. 1.

[92] R. Guerra y Sánchez: *La Guerra de los Diez Años*, p. 119.

[93] Ibíd., p. 116.

[94] La misión de Zenea continúa despertando especulación y controversia entre los historiadores, con algunos escritores que condenan al poeta y otros lo defienden. Ver E. Piñeyro: *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea*; A. L. Valverde: *Juan Clemente Zenea: Su proceso de 1871*; C. Vitier: *Rescate de Zenea*; S. Chaple: «Para una comprensión mejor de Zenea», pp. 68-69; y P. Estrade: «El puñado de oro de la traición de Zenea», pp. 93-100.

[95] R. Guerra y Sánchez: *La Guerra de los Diez Años*, pp. 116, 119, 131; y «The Fate of Zenea», *New York Times*, 2 de septiembre de 1871, p. 2.

respetado por los españoles.[96] Lo que sí sabemos es que una vez que todo el plan se conoció, cayó como una bomba entre los cubanos neoyorquinos. Para los quesadistas, los aldamistas habían sido sorprendidos con las manos en la masa haciendo lo que siempre se sospechó de ellos: negociar para poner fin a la guerra y continuar el dominio español en Cuba para salvar sus propiedades en la isla.

Encabezaba la protesta Emilia Casanova, por supuesto. *El Demócrata* imprimió una declaración firmada por ella a nombre de la Liga de las Hijas de Cuba, en la que Zenea fue declarado traidor por haber sido comisionado por Azcárate para llevar a cabo una misión «con el dañado propósito de engañar al presidente Céspedes, descorazonar a los patriotas a fin de hacerles desistir del empeño de liberar a Cuba por la fuerza de las armas».[97] Casanova continuó, en lo que el historiador Juan Casasús llamó «una explosión de ira incalificable», para pedir a todos los cubanos que condenaran a Zenea «a perpetua infamia y a execración general» y que «Aldama y Mestre son de considerarse cómplices principales en la negra traición de Zenea [...] y que como tales cómplices no merecen la confianza de los patriotas cubanos».[98]

Aunque en el pasado la Junta se había abstenido de respònder a los ataques de Casanova, la virulencia de las acusaciones llevó a Aldama, Mestre y Echeverría a emitir una respuesta en forma de un documento impreso de trece páginas titulado «Los comisionados y el agente general de la República de Cuba en los Estados Unidos, a los

[96] La explicación de Ramiro Guerra y Sánchez sobre la ejecución de Zenea se basa en las divisiones entre los que detentaban el poder en La Habana y en Madrid, con los voluntarios y otros intransigentes que presionaban al gobernador Valmaseda para ejecutar a Zenea y no honrar lo que consideraban una iniciativa traidora por parte de elementos liberales dentro del gobierno de Madrid. R. Guerra y Sánchez: *La Guerra de los Diez Años,* vol. 2, pp. 116-131.

[97] J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 110; y Miguel de Aldama, J. A. Echeverría y J. M. Mestre: «Los comisionados y el agente general de la República de Cuba en los Estados Unidos, a los cubanos» (Nueva York, 1871), p. 3.

[98] J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 110; [C. Villaverde]: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*, pp. 123-124; y «The Daughters of Cuba», *New York Times*, 5 de febrero de 1871, p. 5. Cuando Casanova escribió esas palabras, Zenea no había sido ejecutado todavía.

cubanos».[99] Si bien reconocen que tenían conocimiento de la misión de Azcárate y tuvieron contacto con Zenea en relación con su viaje a Cuba, los miembros de la Junta negaron haber apoyado la iniciativa de negociación, aduciendo como prueba un documento en el que le habían comunicado a Azcárate que la propuesta española no contenía nada nuevo más allá de lo que ya había sido rechazado en numerosas ocasiones por el gobierno de Madrid, y que la posibilidad de negociar por algo menos que la independencia era inaceptable.[100] Aldama y sus colegas también abordaron la fuente de las «insinuaciones bastardas» contra ellos con más que un tono de sexismo: «Para que fuese más dolorosa la herida, se ha puesto el arma en manos que por el sexo a que pertenecen, deberían estar más prontas a verter bálsamo sobre las llagas de la patria que a asestar golpes funestos».[101]

Los golpes de Emilia Casanova en realidad habían impactado profundamente. A pesar del desmentido de la Junta, era probable que a la mayoría de los cubanos neoyorquinos no les parecieron convincentes los argumentos de los aldamistas de que, aunque tenían conocimiento de la misión de Zenea, no la apoyaban. La debacle de Zenea llegó en un momento particularmente difícil para la vida de Aldama. Solo unos meses antes, su padre, Domingo, que lo había acompañado a Nueva York, había muerto. La esposa de Miguel, Hilaria Fonts, permanecía enferma después de sufrir un derrame cerebral, y murió en abril de 1871.[102] Aldama los enterró a ambos en un mausoleo que compró cerca de la entrada principal del Cementerio Green-Wood en Brooklyn.

Finalmente, Miguel Aldama presentó su renuncia a Céspedes como agente general de la República. De hecho, la Junta dejó de existir. Pero esto no fue suficiente para satisfacer a Casanova, quien durante años continuó despotricando contra los aldamistas, acusándolos de haber participado en casi todos los contratiempos sufridos por la revolución. Incluso, su encomiástico biógrafo tuvo que reconocer que ella

[99] M. de Aldama, J. A. Echeverría y J. M. Mestre: «Los comisionados y el agente general de la República de Cuba en los Estados Unidos».
[100] Ibíd., pp. 10-11.
[101] Ibíd., pp. 2-3.
[102] A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, pp. 99-100.

«tuvo sus equivocaciones por esa cualidad que la situaba en los extremos [...] su temperamento la arrastraba por los agitados cauces de la parcialidad».[103] Ella no tuvo reparos en usar el sarcasmo y el ridículo. Siempre se refirió a Aldama como *el Benemérito*. En un escrito impreso de 1874 de la Liga de las Hijas de Cuba, extremadamente incendiario y firmado por ella, se refiere a la «notoria ineptitud del "benemérito"» y califica su servicio a la causa de la independencia como «una absurda pretensión». Y sigue: «si el "benemérito" Aldama no quiere, no puede, o no sabe ser útil a la patria común, debe echarse a un lado y no estorbar. [...] el "benemérito" Aldama y sus ayudantes, no solo no hacen nada de provecho, sino que se oponen a que otros lo hagan».[104]

Muchos quesadistas compartieron la intensa aversión personal que Casanova evidentemente sentía por Aldama y su grupo, una aversión que iba más allá de las simples rivalidades políticas. Los documentos de Carlos del Castillo, que forman parte de los archivos de Moses Taylor and Company, contienen, tanto parte de la correspondencia interna, como impresos que distribuyó el grupo quesadista entre los cubanos en Nueva York.[105] Parte de la correspondencia y los impresos, estaban sin firmar e incluso en código que usaba secuencias numéricas para encubrir los nombres de los colaboradores (fig. 6.4).[106] Pero no había moderación alguna en el lenguaje y el tono utilizados con referencia a los aldamistas. En una carta anónima, escrita en una letra muy pequeña y cuidadosa, se hace referencia a Aldama, «el excomerciante de Chinos, maniquí sin entendimiento»; y a Mestre, «trepador por excelencia, retranquero consumado». Ni siquiera el fallecido Morales Lemus[107] se salvó: «se fue para el furo y murió de cagalera cuando hubo de hacer patente su nulidad».

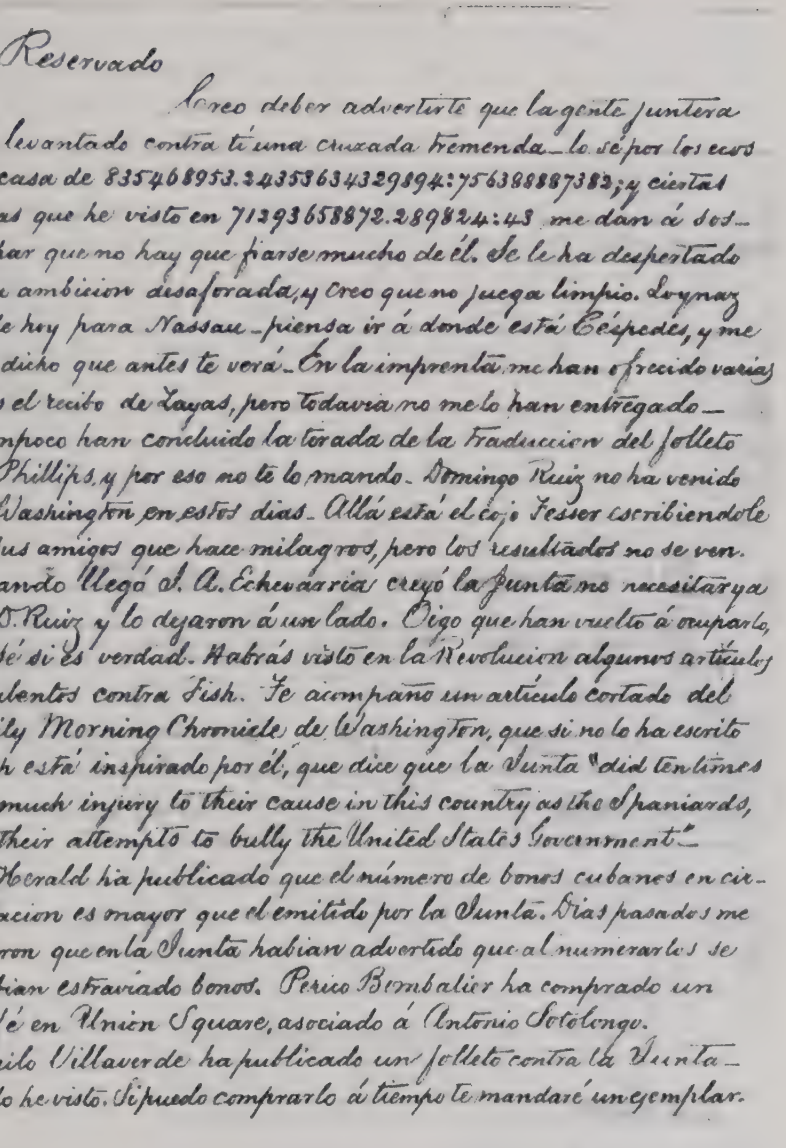
[103] L. Horrego Estruch: *Emilia Casanova: La vehemencia del separatismo*, p. 37.

[104] Emilia C. de Villaverde: «La Liga de las Hijas de Cuba a los cubanos» (Nueva York, 29 de septiembre de 1874), pp. 4-5.

[105] Moses Taylor and Company era el apoderado del patrimonio de Del Castillo. La mayoría de sus documentos están incluidos indiscriminadamente entre los documentos comerciales de Cuba de la compañía, principalmente en los contenedores 305, 306 y 307, Biblioteca Pública de Nueva York. Véanse también las cartas de Cirilo Villaverde a José G. del Castillo en Ana Cairo: «Epistolario de Villaverde», en A. Cairo Ballester: *Letras: Cultura en Cuba*, vol. 4, pp. 106-149.

[106] «Reservado», carta anónima, sin fecha, contenedor 306, Moses Taylor Papers.

[107] Carta anónima, sin fecha, contenedor 306, Moses Taylor Papers.



Reservado

Creo deber advertirte que la gente juntera ha levantado contra tí una cruzada tremenda — lo sé por los ecos de casa de 835468953.24353634329894:756388887382; y ciertas cosas que he visto en 71293658872.289824:43 me dan á sospechar que no hay que fiarse mucho de él. Se le ha despertado una ambicion desaforada, y creo que no juega limpio. Loynaz sale hoy para Nassau — piensa ir á donde está Céspedes, y me ha dicho que antes te verá — En la imprenta me han ofrecido varias veces el recibo de Zayas, pero todavia no me lo han entregado — Tampoco han concluido la tirada de la traduccion del folleto de Phillips, y por eso no te lo mando — Domingo Ruiz no ha venido de Washington en estos dias — Allá está el cojo Tesser escribiendole á sus amigos que hace milagros, pero los resultados no se ven. Cuando llegó J. A. Echevarria creyó la Junta no necesitar ya á D. Ruiz y lo dejaron á un lado. Oigo que han vuelto á ocuparlo, no sé si es verdad. Habrás visto en la Revolucion algunos artículos virulentos contra Fish. Te acompaño un artículo cortado del Daily Morning Chronicle de Washington, que si no lo ha escrito Fish está inspirado por él, que dice que la Junta "did ten times as much injury to their cause in this country as the Spaniards, by their attempts to bully the United States Government" — El Herald ha publicado que el número de bonos cubanos en circulacion es mayor que el emitido por la Junta. Dias pasados me dijeron que en la Junta habian advertido que al numerarlos se habian estraviado bonos. Perico Bombalier ha comprado un Café en Union Square, asociado á Antonio Sotolongo. Cirilo Villaverde ha publicado un folleto contra la Junta — No lo he visto. Si puedo comprarlo á tiempo te mandaré un ejemplar.

Figura 6.4. Mensaje escrito parcialmente en código enviado por un quesadista a otro en Nueva York, subrayando el grado de desconfianza que existía entre los emigrados. (Fuente: Moses Taylor Papers, División de Archivos y Manuscritos de la Biblioteca Pública de Nueva York).

Sin duda, el resentimiento hacia los aldamistas estaba muy justificado por varios motivos: su arbitraria toma del liderazgo en Nueva York, su negativa a cooperar con el general De Quesada, su presunto papel en el asunto de Zenea, y sus fracasos en la diplomacia y el avituallamiento de expediciones. Pero el nivel de la diatriba dirigida contra ellos por Casanova y sus asociados tenía una causa más profunda, y pueden encontrarse pistas directas sobre la causa a través de los escritos del grupo quesadista. En una carta escrita por José Gabriel del Castillo a su primo Carlos del Castillo encontramos la siguiente descripción: «Los Señores que componían la Junta, los hombres que se creen representantes de Cuba y pretenden gobernarnos por que se figuran que valen más que nosotros [...] a los que viven en la abundancia, a los que tienen caudales depositados en los bancos, a los que pasean en coche y hacen alarde de lujo en las temporadas de Saratoga sin acordarse de los sufrimientos de los que están peleando por su libertad».[108]

En una carta dirigida a un amigo en Charleston, Carolina del Sur, Emilia Casanova, como lo hiciera en numerosas ocasiones, también expresó esa misma opinión basada en una visión clasista: «Me preguntan Vds. quién es Aldama, y yo les contesto únicamente que no es de los nuestros. Primeramente, porque su caudal pertenece a la aristocracia del dinero y en segundo lugar, por su educación, hábitos y roce al partido conservador, el cual acepta, no quiere la revolución pues está seguro [de] que con su triunfo entrará a gobernar a Cuba libre e independiente el pueblo, la democracia».[109]

A Casanova le gustaba usar otro apodo sarcástico, con el cual se burlaba del estilo de vida de los aldamistas: *pasteleros*, es decir, aquellos que comen pastelería fina, que es lo que supuestamente hacían mientras paseaban por la ciudad en sus carruajes.[110]

Como vimos en capítulos anteriores, los miembros del grupo de La Habana vendieron durante muchos años su azúcar en Nueva York y

[108] Carta de José Gabriel del Castillo a Carlos del Castillo, sin fecha, contenedor 305, Moses Taylor Papers.

[109] [C. Villaverde]: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*, p. 109.

[110] En los papeles de Carlos del Castillo hay una hoja impresa con un poema escrito de forma anónima para burlarse de los aldamistas que comienza, «Señores, vamos a no comer más pasteles». «Invitación de los firmantes», contenedor 308, Moses Taylor Papers

mantenían cuentas considerables en la ciudad con empresas financieras como Moses Taylor, lo que les permitió disfrutar de un exilio de lujo, incluso traer sus exesclavos domésticos y sirvientes contratados para mantener un estilo de vida que no suele asociarse con refugiados. Pero para otros, como los Villaverde-Casanova, que habían sido residentes de la ciudad durante largo tiempo, pero nunca habían sido suficientemente ricos para sobrevivir a los efectos económicos de la guerra y la separación de sus fuentes de ingresos en la isla, la vida en Nueva York suponía privaciones. También fue así para los orientales que empezaron a llegar desde la zona de guerra sin ninguna conexión financiera previa con Nueva York y, por tanto, sin una fuente apreciable de fondos en la ciudad.

Estas marcadas diferencias económicas condujeron a profundos resentimientos, en especial porque los aldamistas, que presumían ser los líderes de los emigrados y los representantes de la República insurgente, no estaban haciendo lo que los orientales y otros habían hecho: arriesgar su vida y sacrificarlo todo por alcanzar la independencia cubana. Esto reforzaba la sospecha de que los miembros del grupo habanero seguían siendo reformistas y no estaban completamente comprometidos con el éxito de la revolución, siempre protegiendo sus intereses económicos. Un historiador, Dionisio Poey Baró, ha sugerido, incluso, que los aldamistas eran menos entusiastas en su apoyo a la lucha armada en la isla porque no querían que la guerra se extendiera hacia occidente, donde estaban sus propiedades embargadas que ellos esperaban recuperar.[111] José Gabriel del Castillo dijo eso mismo en una carta a su primo Carlos: «Cuando los jefes de la insurrección, después del Grito de Yara, se lanzaron a la pelea, comprometiendo vida y familia y cuanto poseían, los trepadores de La Habana, que son los que componen la Junta de New-York, hicieron cuanto pudieron para impedir que el departamento occidental se sublevase».[112]

Era inevitable que el faccionalismo en Nueva York asumiera el carácter de un conflicto de clase a medida que el grupo de La Habana era desafiado cada vez más por los emigrados revolucionarios de mucho tiempo y los recién llegados de los campos de batalla.[113]

[111] D. Poey Baró: *La entrada de los aldamistas en la Guerra de los Diez Años*, pp. 97-99.

[112] Carta de José Gabriel del Castillo a Carlos del Castillo, sin fecha, contenedor 305, Moses Taylor Papers

[113] D. Poey Baró: *La entrada de los aldamistas en la Guerra de los Diez Años*, pp. 97-99.

Cualesquiera que fueran sus motivos, no hay duda de que los aldamistas, en especial su líder, no fueron un ejemplo de autosacrificio por la causa. Mientras se desempeñaba como agente general de la República, Aldama estaba enfrascado en invertir una fortuna en la construcción de una enorme refinería de azúcar en el litoral de Brooklyn.[114] La refinería de azúcar fue nombrada Santa Rosa, igual que el ingenio azucarero de Aldama embargado en Cuba. Se construyó en 1873 y se alzaba por encima de todos los otros edificios del área de Red Hook. Tenía una chimenea de cuarenta y tres metros de altura rodeada de un complejo de edificios, de los cuales el más alto era la casa de filtros, que se elevaba diez pisos, o treinta y siete metros. Toda la propiedad ocupaba un terreno de sesenta y uno por treinta y ocho metros con acceso directo al Atlántico, y estaba conectada con el Buttermilk Channel y el puerto de Nueva York. El costo de su construcción se estimó en medio millón de dólares.[115] Después de su terminación, el *Brooklyn Daily Eagle* la calificó como «una de las más grandes y mejores refinerías de azúcar» en Brooklyn y Manhattan.[116] Aldama estaba haciendo esta inversión tan visible en un momento en que el dinero para preparar expediciones era cada vez más escaso.

Emilia Casanova no dejó que las prioridades de Aldama quedaran inadvertidas: «[...] el cacareado patriotismo del "benemérito" Aldama es tan chico que viviendo, como vive, en la opulencia, no hace ni el más mínimo sacrificio para remediar las necesidades de los soldados de la patria, que carecen hasta de los más preciso [...] y si quiere mantenerse en la prominente posición en que por nuestra desgracia se ve colocado –debe contribuir ampliamente con su dinero, que es lo único que de él se puede esperar».[117]

Aunque la amarga división entre aldamistas y quesadistas obstaculizó la capacidad de la comunidad para apoyar la guerra en Cuba,

[114] «New Buildings: The Santa Rosa Refinery», *Brooklyn Daily Eagle*, 13 de octubre de 1873, p. 4. La refinería estaba situada en avenida Hamilton, justo después de donde termina calle Unión, y quedaba contra el Indian Wharf. Ya no hay calles en la zona. El sitio es parte de un gran lote para almacenar contenedores de barcos, directamente encima del túnel Brooklyn-Battery.

[115] Ídem.

[116] «Along Shore: A Glance at the Water Front», *Brooklyn Daily Eagle*, 6 de agosto de 1875, p. 3.

[117] C. Villaverde: «La Liga de las Hijas de Cuba», p. 5.

también significó una descentralización o fragmentación en los diversos esfuerzos separatistas, con la consiguiente proliferación en el número y tipo de actividades que se realizaban en Nueva York en nombre de la independencia cubana. Había periódicos rivales que representaban a las diferentes facciones, incluso uno pro español, *La Crónica*, y continuamente reñían unos con otros.[118] Había eventos para recaudar fondos, tales como bazares y conciertos, realizados por organizaciones en competencia. En solo dos meses de 1869, por ejemplo, se celebraron tres eventos benéficos diferentes por la causa cubana en Manhattan. Uno fue el concierto del 9 de marzo organizado por Emilia Casanova y la Liga de las Hijas de Cuba.[119] Otro concierto benéfico, «para el alivio de los enfermos y heridos del ejército patriota de Cuba», se celebró en Irving Hall el 20 de marzo ante un «público amplio y de moda» y contó con actuaciones musicales, recitaciones y un emotivo discurso patriótico por un señor R. J. de Córdova.[120] En abril, se organizó un bazar de tres días en Apollo Hall, en Broadway y la calle 28, para vender joyas donadas, piezas de arte, muebles para el hogar e incluso un caballo. Fue patrocinado por la Junta Patriótica de Mujeres Cubanas, una organización rival de la Liga de Casanova.[121]

Los mítines con discursos fervientes en apoyo a la causa cubana recaudaban dinero cobrando la entrada o haciendo colectas. Algunos de estos eventos fueron organizados por cubanos, otros por simpatizantes estadounidenses, pero su función principal era demostrar que muchos neoyorquinos prominentes apoyaban un papel mayor de los Estados Unidos en la ayuda a los rebeldes. Un evento en Steinway Hall, el 25 de marzo de 1869, incluyó tales luminarias de Nueva York como el escritor y poeta William Cullen Bryant, Charles Dana del *New York Sun*, Henry Ward Beecher, hermano de Harriet, y un pastor presbiteriano y abolicionista, James Gordon Bennett del *New York Herald*, el destacado abogado litigante John K. Porter, fundador de *Harper's Weekly* y Harper Brothers; Fletcher Harper Jr. y Simeon Leland,

[118] L. A. Argüelles: «Prensa cubana de la emigración en la Guerra de los Diez Años», pp. 27-36.

[119] [C. Villaverde]: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*, p. 42.

[120] «Amusements», *New York Times*, 23 de marzo de 1869, p. 5.

[121] «Gran Bazar», *La Revolución*, 28 de abril de 1869, p. 4.

el hotelero de Manhattan.[122] Solo un mes después, muchas de esas mismas personas celebraron otro «mitin de masas», como se le llamó, en el Cooper Institute para «expresar su simpatía por los patriotas cubanos que ahora luchan heroicamente contra la opresión y la barbarie españolas».[123] En esa ocasión se les unió el alcalde Oakey Hall. Solo unos días antes, la Junta de Concejales de la Ciudad de Nueva York había aprobado una resolución que ordenaba al alcalde que «recordara al Gobierno de los Estados Unidos, en nombre de la Corporación de la Ciudad de Nueva York, prestar toda la asistencia en su potestad a la causa de los patriotas en Cuba».[124]

En 1869 y 1870, muchos cubanos en Nueva York se dedicaron a obtener ese apoyo de destacados estadounidenses en nombre de una política de los Estados Unidos favorable hacia la revolución. Juan Manuel Macías, en apariencia actuando independientemente de la Junta, reunió una larga lista de gobernadores, miembros del Congreso y otros estadounidenses prominentes, y formó una organización llamada la Liga Cubana de los Estados Unidos, con un comité ejecutivo compuesto principalmente por exgenerales de la Guerra Civil.[125] José Manuel Mestre se convirtió en miembro de la American Foreign Anti-Slavery Society, liderada por el reverendo Henry Highland Garnet, con oficinas en 102 West 3rd Street.[126]

El movimiento posterior a la Guerra Civil para abolir la esclavitud en otros países representó un terreno fértil para la obtención de apoyo a la causa cubana, por la expectativa de que una victoria de los rebeldes llevaría a la abolición de la esclavitud en la isla. Casi todos los diarios de Nueva York cubrieron una reunión de afroamericanos celebrada en el Instituto Cooper el 13 de diciembre de 1872, en apoyo de la independencia de Cuba, que al unísono se hizo eco de los elogios del *New York Sun* por la buena voluntad de los «residentes de color» de la

[122] «Meeting in Favor of Cuban Independence», *New York Times*, 23 de marzo de 1869, p. 5.

[123] «Cuba and Liberty!», *La Revolución*, 28 de abril de 1869, p. 4.

[124] «City Government», *New York Times*, 14 de abril de 1869, p. 12.

[125] J. M. Macías: *Cuba in Revolution: A Statement of Facts* (London: Hole and Company, 1871), p. 38.

[126] Factura de las cuotas de los miembros de la American Foreign Anti-Slavery Society para José Manuel Mestre, del 12 de octubre de 1877, contenedor 64, José Ignacio Rodríguez Papers.

ciudad a «por fin [...] asumir la carga de sus hermanos en Cuba».[127] El *New York Herald* señaló la presencia en la reunión de algunos cubanos «de lo que podemos inferir que están detrás de este movimiento».[128] Un simpatizante español, José Ferrer de Couto, editor de *El Cronista*, entregó volantes en la reunión que señalaban que muchos de los miembros de la Junta cubana eran dueños de esclavos. Los oradores le respondieron que *El Cronista*, que circulaba en Cuba, publicaba anuncios para la venta de esclavos.[129] Muchos de los asistentes posteriormente formaron el Cuban Anti-Slavery Committee, con oficinas en 62 Bowery, que emitió un informe impreso que incluye los textos de las intervenciones en el evento, así como la declaración del grupo, que condena el dominio español en Cuba y pide al gobierno de los Estados Unidos dar un reconocimiento favorable a la insurrección cubana.[130]

El informe del Cuban Anti-Slavery Committee fue solo uno de los muchos documentos impresos en inglés que aparecieron en Nueva York con el propósito de crear un clima favorable a la independencia cubana. La campaña para inclinar los corazones y las mentes de los estadounidenses hacia el lado de los insurgentes mantuvo las imprentas de la ciudad ocupadas. En 1870, por ejemplo, la Junta cubana editó un folleto de treinta y una páginas titulado «Datos sobre Cuba», que ofrecía un resumen estadístico de los recursos y la infraestructura cubanos, su comercio con los Estados Unidos, los daños causados por la guerra y el presunto saqueo de la isla por parte de los españoles. El libro también dio cuenta favorable de los avances de los revolucionarios en el campo de batalla y la obstinación de los españoles en la defensa de su colonia, e incluso incluye una copia de la Constitución aprobada por los rebeldes en Guáimaro. Fue impreso en la imprenta del *Sun* en Printing House Square.[131]

[127] «Sympathy for the Cuban Patriots», *New York Sun*, 10 de diciembre de 1872, p. 2. Véase también «Slavery in Cuba», *New York Evening Mail*, 13 de diciembre de 1872, p. 2.

[128] «Spain and Cuba–The Freedmen of the United States Rising to the Main Question», *New York Herald*, 15 de diciembre de 1872, p. 8.

[129] Ídem.

[130] Cuban Anti-Slavery Committee, «Slavery in Cuba: A Report of the Proceedings of the Meeting Held at Cooper Institute» (New York, 1872).

[131] New York Cuban Junta: «Facts about Cuba» (New York, 1870).

José de Armas y Céspedes, el hermano del editor de *El Ateneo*, Juan Ignacio (ver capítulo 5), preparó varios escritos políticos que imprimió en Nueva York los cuales criticaban la reticencia de la administración de Grant para reconocer y apoyar a los insurgentes. En uno de ellos, redactado en forma de diario en 1869, atacó la lógica de que el llevar adelante los reclamos contra Gran Bretaña por el *Alabama* impedía a los estadounidenses reconocer a «los patriotas de Cuba [...] aunque profesasen las mismas ideas y los principios defendidos por los Estados Unidos».[132] En un ensayo posterior, también impreso en Nueva York en inglés, De Armas esbozó el argumento de que la insurrección y el gobierno que la representaba cumplían todos los requerimientos para el reconocimiento por los Estados Unidos.[133]

Pero quizás el más persuasivo, y, sin duda, el más dramático de todos los escritos impresos en Nueva York en nombre de la causa cubana fue *The Book of Blood*. Publicado anónimamente, pero en gran parte la obra de José Ignacio Rodríguez, la primera edición (1871) fue impresa (con el título en letras rojas) por «M. M. Zarzamendi, Translator & Printer, en 40 & 42 Broadway».[134] Es un inventario de los crímenes cometidos por los españoles en Cuba entre octubre de 1868 y diciembre de 1870, dispuestos cronológicamente día a día. En él se enumeran 1 828 nombres de personas ejecutadas, asesinadas, desaparecidas y detenidas. También contiene una lista de 2 650 prisioneros; y otra, de los deportados de la isla. Una edición posterior, impresa en 1873 por la librería e imprenta de Nueva York de Néstor Ponce de León, actualizó las cifras hasta el 10 de noviembre de 1873.[135] El número de muertes, desapariciones y arrestos aumentó a casi tres mil, y la cuenta de reclusos a más de cuatro mil quinientos.

The Book of Blood fue uno de los más resaltados logros del activismo de los emigrados durante este período. La comunidad cubana en Nueva York durante la década de 1870 era rica, no solo en términos de opulencia, sino también en sus recursos intelectuales. Publicaciones

[132] José de Armas y Céspedes: «The Cuban Revolution: Notes from the Diary of a Cuban» (New York, 1869), pp. 11-12.

[133] José de Armas y Céspedes: «Position of the United States on the Cuban Question: To the Congress and the Press of the United States» (New York, 1872).

[134] [J. I. Rodríguez]: *The Book of Blood*, 1871 ed.

[135] [J. I. Rodríguez]: *The Book of Blood*, 1873 ed.

como *The Book of Blood* fueron el resultado de una utilización óptima de esos recursos en la lucha para influir en la opinión pública estadounidense en favor de la causa cubana. La tragedia que retrató de manera tan elocuente la debacle de la guerra en Cuba contrastaba marcadamente con el faccionalismo mezquino y destructivo que sirvió para socavar los mejores esfuerzos de los cubanos neoyorquinos para actuar en la situación en su tierra natal.

Estas actividades de los emigrados cubanos y sus simpatizantes sirvieron para dar a la causa cubana una visibilidad que era difícil desconocer. La prensa de Nueva York, especialmente el *Herald*, siguió de cerca todos los sucesos relacionados con Cuba. Los residentes de la ciudad se mantenían bien informados sobre el progreso de la guerra, así como los acontecimientos en Washington con respecto al conflicto y las declaraciones y acciones de los emigrados en Nueva York. Los mítines de masas, los discursos, los bazares, las publicaciones y los relatos en la prensa, si bien fueron diseñados para recaudar dinero y presionar a la administración de Grant para que apoyara la revolución, no eran actividades ilegales. Sin embargo, la organización y el avituallamiento de expediciones, y el entrenamiento de los hombres para luchar en Cuba estaban indudablemente en contra de la ley, y, sin embargo, en los primeros días de la guerra estas actividades se llevaban a cabo en Nueva York tan visiblemente como los mítines y la recaudación de fondos. La prensa contenía informes de las salidas inminentes de hombres y barcos a Cuba. Grupos de cubanos armados marchaban en la ciudad formando parte de desfiles o procesiones. En una gran marcha realizada en memoria de los líderes de la Comuna de París, que contaba con guardias de Garibaldi y una «sección de color», todos portando pañuelos rojos, había unos veinte cubanos con «su bandera nacional y los estandartes de los Lanceros camagüeyanos», marchando desde el Instituto Cooper por el Bowery.[136] Un grupo que se hacía llamar Batallón de Cazadores Hatuey marchó en varias ocasiones en 1869 desde Washington Square hasta la Quinta Avenida, y luego a la Cuarta Avenida hasta llegar a Union Square, todo el tiempo en formación militar con su jefe gritando órdenes de mando en español. Fueron recibidos por simpatizantes y también por quienes

[136] «The Communist Parade», *New York Times*, 18 de diciembre de 1871, p. 8.

los abuchearon, burlándose de ellos y ridiculizando su largo paso marcial.[137] *Harper* publicó un boceto que mostraba a casi cincuenta hombres portando armas y en formación en una gran sala adornada con banderas cubanas, con el título «Salón de entrenamiento cubano en la ciudad de Nueva York» (fig. 6.5).[138]

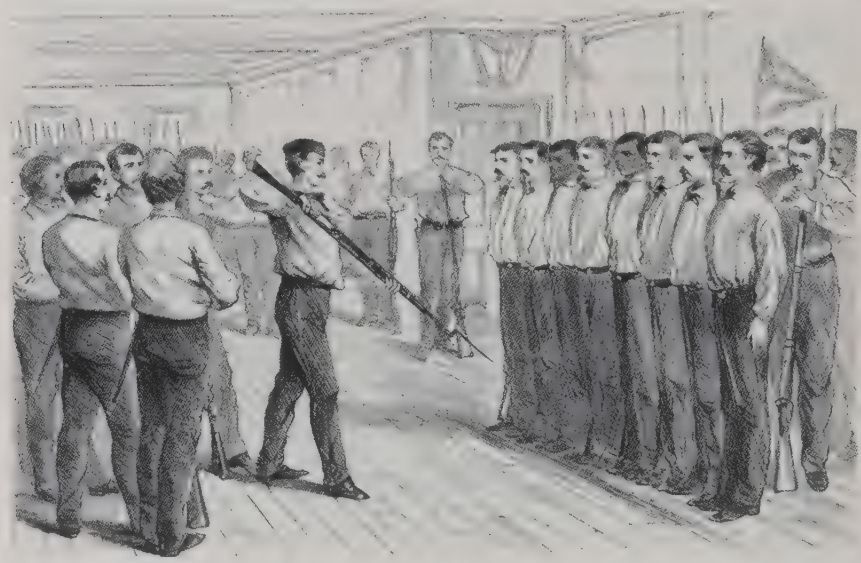


Figura 6.5. «Salón de entrenamiento cubano en la ciudad de Nueva York». (Fuente: *Harper's Weekly*, 24 de abril de 1869, p. 269).

Esas exhibiciones muy públicas de las actividades paramilitares cubanas en la ciudad más grande de los Estados Unidos sirvieron para despertar la ira del ministro español en Washington, Mauricio López Roberts, quien asiduamente llamaba al secretario de Estado Fish para exigir que los Estados Unidos estuvieran a la altura de sus obligaciones por el tratado con España y aplicara eficazmente sus leyes de neutralidad. Ciertamente, los Estados Unidos no estuvieron tomando medidas enérgicas contra estas actividades durante los primeros dos

[137] Nicolás Arnao: «La expedición del vapor *Lillian*, por un expedicionario», manuscrito mecanografiado, New York, septiembre de 1869, p. 2, Juan Arnao Collection, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

[138] *Harper's Weekly*, 24 de abril de 1869, p. 269.

años de la guerra, sin duda, debido a la popularidad de la causa cubana entre los estadounidenses. En junio de 1869, José Morales Lemus, José Bassora, José María Mora, Francisco Fesser y otros tres fueron arrestados en Manhattan con una orden emitida por un juez federal en respuesta a una denuncia presentada por López Roberts que alegaba violaciones de las leyes de neutralidad de los Estados Unidos. Pero después de pagar la fianza, los cubanos fueron liberados y el caso nunca llegó a ir a juicio.[139]

Al luchar contra los activistas cubanos en Nueva York, el ministro López Roberts no solo se basaba en la visibilidad de sus actividades. El gobierno español había contratado los servicios de la Agencia de Detectives Pinkerton, que a su vez reclutó informantes dentro de la comunidad. Néstor Ponce de León, el librero y yerno de Antonio Bachiller y Morales, dejó un diario que detallaba las actividades encubiertas que llamaron la atención de la Junta cubana de octubre a diciembre de 1870. Según las anotaciones en el diario, la Junta se enteró de algunas de esas actividades porque dos de los Pinkerton estaban vendiéndoles a Aldama y Echeverría la inteligencia que iban reuniendo para los españoles. El diario, que no se publicó hasta 1985 en La Habana, ofrece una visión fascinante de las intrigas, los peligros e incluso las banalidades del espionaje internacional en las calles de Nueva York.[140]

No queda claro hasta qué punto la inteligencia que los españoles reunían dañó las campañas militares de los cubanos. Las expediciones a la isla enfrentaron tantos obstáculos para su éxito que solo una fracción de ellas llegó en realidad a la isla y cumplió su misión. Las divisiones dentro de las filas de los emigrados impidieron la preparación de una expedición grande y bien equipada. Cada grupo, o incluso individuo, dependía de recursos limitados. Puesto que la inversión importante tenía que hacerse en el cargamento, que, a fin de cuentas, era la contribución al esfuerzo de guerra en la isla, hubo que hacer recortes en el flete de los barcos. En consecuencia, para las expediciones se fletaban buques viejos o desvencijados, y muchos presentaron

[139] J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, pp. 80-81; y «Cuban Junta Arrested», *New York Times*, 18 de junio de 1869, p. 1.

[140] N. Ponce de León: «Noticias confidenciales, New York, 1870 y 1871», en N. Sarabia: *Noticias confidenciales sobre Cuba*, pp. 17-71.

problemas mecánicos antes de llegar a Cuba. Los barcos también eran vulnerables al clima y podían ser capturados cuando se acercaban a la isla por los buques navales españoles más veloces. Los barcos de la Marina estadounidense en ocasiones abordaron y confiscaron los buques cerca de la costa de los Estados Unidos, actuando por exigencias e inteligencia del gobierno español.

De las cinco expediciones organizadas por Francisco Javier Cisneros en nombre de la Junta en 1869 y 1870, solo una, la del *Perrit*, llegó a Cuba.[141] Pero Cisneros no fue el único que organizaba expediciones durante los primeros dos años de la guerra. Otros, incluida Emilia Casanova de su casa en el Bronx, y el general Manuel de Quesada se dedicaron también a reclutar hombres, comprar armas y fletar barcos. Aunque muchas fracasaron, las que tuvieron éxito resultaron las acciones más exitosas de los exiliados cubanos en apoyo de la insurgencia. Durante los primeros años de la guerra, esas expediciones constituyeron valiosas inyecciones de hombres y suministros en una campaña militar que dependía en gran medida del apoyo material del extranjero. Solamente el *Perrit* llevó a Cuba cuatro mil rifles Springfield, cientos de rifles y carabinas Remington, miles de rondas de municiones, así como revólveres y fundas, tapas de percusión de cañón, granadas de tiempo, machetes y espadas, y muchos otros tipos de armamentos.[142] Un historiador estimó que, durante los primeros tres años de la guerra, los emigrados enviaron a Cuba más de veinticuatro mil armas, muchos cañones y millones de rondas de municiones.[143]

Los activistas cubanos en Nueva York tuvieron pocos problemas para conseguir esos suministros. En Manhattan, posterior a la Guerra Civil, uno podía abastecer un arsenal con lo que estaba pública y abiertamente a la venta. El principal proveedor, que estaba muy feliz de hacer negocios con cualquiera de las diferentes facciones del exilio, era Charles H. Pond, cuya tienda en 179 Broadway tenía «retrocargadores Remington, repetidores Winchester, pistolas Gatling, municiones, equipos y artefactos militares».[144] Cisneros fue uno de sus

[141] F. J. Cisneros: *Relación documentada de cinco expediciones*, pp. 3-31.

[142] Ibíd., pp. 54-57.

[143] J. E. Casasús: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, p. 67.

[144] Factura, Charles H. Pond, 20 de diciembre de 1871, caja 306 Moses Taylor Papers.

clientes, aunque no siempre quedó satisfecho. En un informe contable a la Junta, señaló que en un envío de Pond faltaban once revólveres Spencer y que Pond cobraba ochenta centavos por cada funda, mucho más de los treinta y cinco centavos que Cisneros había pagado anteriormente en otro lugar.[145] A pesar de ello, la tienda de Pond en Broadway continuó avituallando las expediciones a Cuba durante la guerra. Como muestra una de las facturas de Pond, el general Manuel de Quesada realizó una compra de dos mil rifles Enfield, así como cajas de cartuchos, bayonetas y municiones el 20 de diciembre de 1871, que casi llegó a $10 000. La factura se pagó de la cuenta que Carlos del Castillo administraba para De Quesada en la firma Moses Taylor.[146] Pond también hizo negocios con la Junta. En junio de 1869, Francisco Fesser, en nombre de la Junta, compró armas y municiones a Pond por un total de $30 000. La mitad de esa cantidad debía pagarse a Pond en cuatro meses y la otra mitad en seis meses, todo sin intereses.[147]

José María Mora fue un rico cubano neoyorquino que contribuyó generosamente al avituallamiento de las expediciones. A veces actuando en concierto con la Junta, y otras veces de manera independiente, asumió el papel de fletar muchos de los barcos que llevaron a los hombres y las armas a Cuba. Pero de todas las expediciones que ayudó a financiar, la más conocida fue la del *Lillian*, una expedición representativa de las tribulaciones de las empresas militares a Cuba enviadas por los emigrados de Nueva York.

El reclutamiento de hombres para el *Lillian* comenzó con la siguiente nota en la edición del 18 de junio de 1869 del *New York Times* bajo el título «Reclutamiento para cubanos en Brooklyn»: «Se ha abierto una oficina en 347 Fulton Street, enfrente al Ayuntamiento, donde se enlistan diariamente una gran cantidad de reclutas para Cuba. La compañía está siendo organizada por un caballero con experiencia militar, que también participó en la expedición de Nicaragua dirigida

[145] F. J. Cisneros: *Relación documentada de cinco expediciones*, p. 26.

[146] Factura, Charles H. Pond, 20 de diciembre de 1871, caja 306, Moses Taylor Papers.

[147] Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, declaración manuscrita, contenedor 63, José Ignacio Rodríguez Papers.

por Walker, y probablemente estará lista para partir el domingo, cuando se hayan alistado unos 200 hombres».[148]

No era posible confundir la identidad del caballero: Domingo de Goicouría había regresado. A los cincuenta y nueve años de edad, y con la larga barba que había prometido no recortar hasta que Cuba estuviera libre del control español, dejó la casa de su hija en Brasil tan pronto como recibió la noticia de que la guerra había estallado. Acompañado por su hijo Valentín, Goicouría llegó a Nueva York listo para asumir el mando de la expedición que Mora, su cuñado, estaba organizando.[149]

Tardó unos meses finalizar todos los arreglos para la partida del *Lillian*. Mientras tanto, Valentín se fue en el *Perrit* como ayudante del general Jordan.[150] Finalmente, una noche de septiembre de 1869, unos cuatrocientos hombres se reunieron en un muelle del Hudson, en la calle 33, para abordar un gran barco de vapor, casualmente, llamado *Alabama*. Todo se hizo bajo el manto de la noche, mientras los hombres se acurrucaban en la bodega de carga en un intento por mantener toda la operación en secreto. Un participante señaló, sin embargo, que estaba lejos de ser un secreto y que el Departamento de Policía de Nueva York había desplegado varios oficiales en el muelle, algunos de los cuales le dieron instrucciones útiles a los aspirantes a revolucionarios que se habían perdido en las calles del West Side de Manhattan en su camino al barco.[151]

El *Alabama* navegó hasta Fernandina Beach, justo al norte de Jacksonville, Florida, donde los hombres desembarcaron y abordaron un tren a Cedar Key, en la costa del Golfo de Florida. Después de varios días, Domingo de Goicouría llegó al cayo con su personal, que incluía oficiales extranjeros, algunos de ellos polacos. Poco tiempo después, el *Lillian* entró en el puerto en Cedar Key, con un cargamento de cuatro mil rifles y municiones. Los 407 hombres que esperaban allí, incluido Goicouría, abordaron el barco y partieron hacia Cuba.[152] A pesar de una

[148] «Recruiting for Cubans in Brooklyn», *New York Times*, 18 de junio de 1869, p. 1.

[149] Jorge L. Tamayo: *Centenario del sacrificio de Domingo Goicouría*, p. 12.

[150] F. J. Cisneros: *Relación documentada de cinco expediciones*, p. 69.

[151] N. Arnao: «La expedición del vapor *Lillian*...», p. 4.

[152] Ídem.

planificación tan detallada y cuidadosa, el barco no transportaba suficiente cantidad de carbón para llegar a la costa noreste de Cuba y tuvo que atracar en Bahamas, donde las autoridades británicas confiscaron el barco y detuvieron a los hombres.[153] La expedición del *Lillian*, como tantas otras, se había terminado antes de tocar tierra cubana. Goicouría fue liberado por los británicos unos días después y en Nassau abordó el *Columbia*, que se detuvo allí después de partir de La Habana rumbo a Nueva York. Llegó a la ciudad el 17 de diciembre. En la lista de pasajeros del Columbia aparecía como «Gnrl. Goicuira».[154]

En Nueva York, Goicouría recibió la noticia de que su hijo Valentín había muerto en combate. Más decidido que nunca a entrar en la lucha, y con su inclinación hacia la audacia, reunió a treinta y tres hombres y zarpó hacia Cuba en una goleta. Esta vez llegó a la isla y fue tierra adentro para encontrarse con Céspedes, quien le dio la misión de conseguir el apoyo de Benito Juárez en México, a quien Goicouría conocía bien. Se embarcó nuevamente hacia la costa mexicana cuando fue interceptado por un cañonero español, tomado prisionero y transportado a La Habana. Le hicieron un juicio sumario y lo condenaron a muerte.[155]

Según los informes, Goicouría fue desafiante hasta el final, como si abrazara su destino y cumpliera con la predicción, que su padre había hecho muchos años antes, de que los españoles lo odiaban y algún día lo ahorcarían. Pero no iban a ejecutarlo con la horca, sino con el garrote vil. Goicouría exigió ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento como correspondía a un prisionero de guerra, pero las autoridades españolas se negaron.[156] El 7 de mayo de 1870, fue muerto por el garrote en la fortaleza del Príncipe en La Habana. Su ejecución fue ampliamente informada por la prensa de Nueva York (fig. 6.6).[157]

153 E. Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón*, p. 153.

154 *New York Passenger Lists, 1851-1891.*

155 J. L. Tamayo: *Centenario del sacrificio de Domingo de Goicouría*, p. 13.

156 *Conmemoración de Domingo de Goicouría*, p. 46.

157 «South and Central America», *Harper's New Monthly Magazine*, julio de 1870, p. 314; y «Execution of General Goicouría», *New York Times*, 8 de mayo de 1870, p. 1.

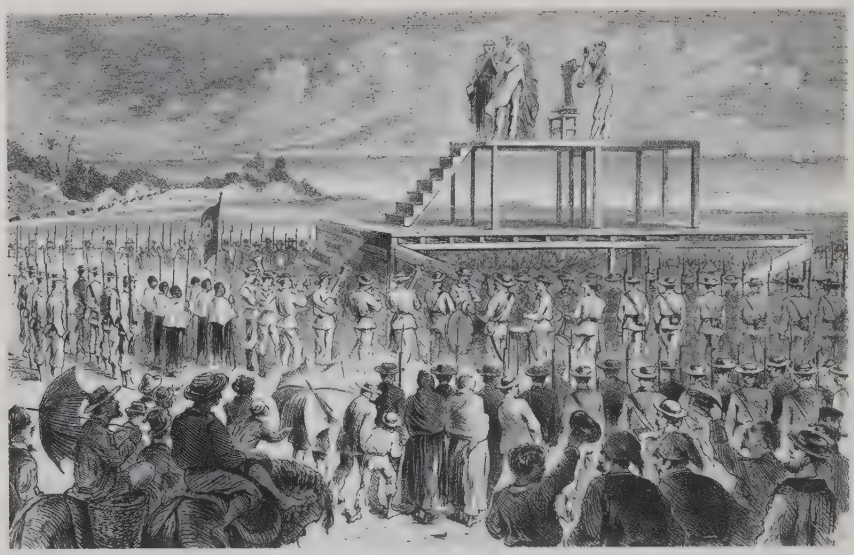


Figura 6.6. Ejecución de Goicouría, La Habana, 7 de mayo de 1870. (Fuente: Colección de Arte e Imagen, Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden).

Hamilton Fish lamentó la ejecución de Goicouría, quien era ciudadano estadounidense naturalizado. Le había advertido al ministro López Roberts que cuando se trataba de la pérdida de vidas estadounidenses, el gobierno español tenía que «andar con cuidado».[158] No importaba cuál fuera su resultado, las expediciones a Cuba constituían un problema grave para el secretario de Estado de los Estados Unidos, especialmente dada la manera desembozada en que se organizaban en suelo estadounidense. Si las incursiones en Cuba tenían éxito en ayudar a los rebeldes, entonces eran claras violaciones de la ley estadounidense e intensificaban la presión española sobre Washington. Si, por otro lado, fallaban y los españoles tenían éxito en aplastarlas, había una pérdida de vidas, incluso vidas estadounidenses, con lo que lidiar. Era una situación que no era posible ganar y que Fish estaba ansioso por resolver.

Una vez que su oferta de negociación con los españoles fracasó y el mayor aliado de los cubanos en el gabinete, el secretario de Guerra

[158] A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, p. 187.

Rawlins, murió, Fish dio rienda suelta a sus esfuerzos para evitar que la situación cubana pusiera más en peligro objetivos de la política exterior, que, desde su perspectiva, eran más importantes que la soberanía de Cuba. A pesar de la popularidad de la causa cubana entre muchos estadounidenses, incluso los principales miembros del Congreso, Fish estaba aún más decidido que nunca a evitar pelear con España (fig. 6.7). No solo las reclamaciones del *Alabama* aún estaban pendientes, sino que un conflicto con España podría haber tenido consecuencias para la vida y las propiedades de los estadounidenses en Cuba, así como para las navieras de los Estados Unidos. También estaba interesado en alentar el movimiento de reforma en España, ya que el gobierno liberal allí estaba considerando la emancipación gradual de los esclavos, al menos en Puerto Rico.[159] Además, como lo muestra el diario de Fish, el ministro español en Washington, Mauricio López Roberts, era habitual en la oficina de Fish, proveyendo evidencias y protestando con insistencia por las acciones de los emigrados cubanos que estaban violando las leyes de neutralidad de los Estados Unidos al organizar y lanzar expediciones desde ese país.[160] Fish tuvo que convencer a Grant de que la no interferencia en el conflicto cubano no era suficiente, y que el gobierno de los Estados Unidos necesitaba distanciarse más explícitamente de los rebeldes cubanos y reprimir las expediciones organizadas desde territorio estadounidense.

El resultado de los esfuerzos de Fish fue el mensaje en fuertes términos que el presidente envió al Congreso el 13 de junio de 1870. Según el historiador Allan Nevins, dicho mensaje fue «uno de los más talentosos [...] de todos los documentos estatales firmados por Grant durante su Presidencia».[161] Fue redactado elegantemente, de forma comprensible, basado en la historia, inequívoco y representaba una mala noticia para los insurgentes cubanos. Tras lamentar la «barbarie» de los actos cometidos por ambas partes en el conflicto, el presidente argumentó que no había ninguna base en el derecho internacional para el reconocimiento de la beligerancia de los rebeldes, ya que el conflicto en Cuba «parece limitarse a un irregular sistema de hostilidades» que no se podría llamar guerra y los insurgentes

[159] Ibíd., pp. 344-345.

[160] Contenedor 280, microfilm reel 3, Hamilton Fish Papers.

[161] A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, p. 359.

no tenían tomada una ciudad o pueblo, y no contaban con «organización para recolectar o recibir impuestos».[162] Bajo estas condiciones, el reconocimiento del derecho de beligerancia de los insurgentes «es una demostración gratuita de apoyo moral a la rebelión» que podría tener consecuencias para el comercio de los Estados Unidos.[163]

El mensaje del presidente tuvo profundas implicaciones para la causa de la independencia cubana. Una fue frenar lo que había sido hasta ese momento un creciente movimiento en el Congreso que favorecía la intervención en Cuba. De hecho, el mensaje pretendía ser una respuesta a ese movimiento. Solo tres días después de que el Congreso recibió la declaración de Grant, en gran medida como resultado de su capacidad de persuasión, la Cámara de Representantes derrotó abrumadoramente una resolución que instaba a otorgar derechos beligerantes a los cubanos.[164]

En segundo lugar, las palabras del presidente representaron un duro golpe para la capacidad de los emigrados cubanos de recaudar fondos en los Estados Unidos, especialmente a través de la venta de bonos que Morales Lemus había emitido en 1869 en nombre de Carlos Manuel de Céspedes y la República de Cuba (fig. 6.8). Impresos en Nueva York en varias denominaciones, los bonos comenzarían a pagar un interés del siete por ciento, que se acumularía semestralmente, después de que se cumpliera una de las siguientes condiciones: la ratificación de un tratado de paz entre la República de Cuba y el gobierno de España, el derrocamiento de la autoridad española en la isla, o el reconocimiento por parte del gobierno de los Estados Unidos de la independencia política de Cuba.[165] La declaración del presidente redujo la probabilidad de que se cumpliera alguna de esas condiciones, lo que convirtió a los bonos en una inversión demasiado arriesgada.

[162] «Message of the President to Congress», *New York Times*, 14 de junio de 1870, p. 1.

[163] Ídem.

[164] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 218.

[165] Hay una gran cantidad de bonos en el contenedor 64 de los José Ignacio Rodríguez Papers. Los términos de los bonos presentados aquí se toman de su reverso. Los bonos fueron probablemente impresos en la American Bank Note Company, 142 Broadway. En la caja 307 de Moses Taylor Papers hay un memorándum de la compañía para Carlos del Castillo que proporciona un costo estimado y las especificaciones para la impresión de dos conjuntos de bonos.

Figura 6.7. Caricatura que muestra al secretario de Estado Hamilton Fish (a la derecha) y el senador Charles Sumner después de negarse a apoyar la insurgencia contra los españoles, dejando a la «Pobre Cuba» en la estacada. (Fuente: Colección de impresión, Miriam e Ira D. Wallach División de Arte, Grabados y Fotografías, Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden).

La mayoría de los bonos, sin embargo, no se vendieron. En realidad, la Junta los entregó a personas en posiciones que les permitieran influir en la política sobre Cuba, sobre todo, miembros del Congreso. El descubrimiento de que, incluso, el secretario de guerra Rawlins, un firme defensor de los cubanos, había recibido estos bonos fue un escándalo. El uso de los bonos, esencialmente como soborno, fue una fuente de considerable irritación para Fish y, sin duda, sirvió para aumentar su antipatía hacia la Junta de Nueva York. En un momento dado, Fish instó al Departamento de Justicia para que considerara acusar a Morales Lemus y a otros cubanos por cargos de soborno.[166] La influencia corruptora de los bonos se mencionó en el mensaje del presidente del 13 de junio: «El hecho de hacer que su valor esté sujeto enteramente a la acción de este Gobierno es tema para una reflexión seria».[167] Tal atención al tema perjudicó a los bonos y los hizo menos deseables para los inversores.

Figura 6.8. Un bono de quinientos pesos emitido en 1869 por la Agencia de la República de Cuba en Nueva York, firmado por José Morales Lemus, José Bassora y Francisco Fesser. (Fuente: José Ignacio Rodríguez Papers, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso).

[166] A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, p. 352.
[167] «Message of the President to Congress», *New York Times*.

Pero tal vez el mayor impacto de la declaración del presidente fue afirmar inequívocamente la oposición del gobierno de los Estados Unidos a la organización de expediciones armadas a Cuba en territorio estadounidense por estadounidenses y cubanos: «No se puede tolerar que ciudadanos individuales mal orientados hagan la guerra según sus propios caprichos, pasiones e intereses, o simpatías extranjeras; [...] a los agentes de gobiernos extranjeros, reconocidos o no, no se les puede permitir abusar de nuestra hospitalidad usurpando la función de alistar o avituallar fuerzas militares o navales dentro de nuestro territorio».[168]

Las credenciales de Fish como historiador quedaron expuestas en la redacción de la declaración. Argumentó la oposición irrefutable a tales empresas militares privadas en una tradición de neutralidad que había sido reafirmada consistentemente por todos los presidentes de los Estados Unidos, desde el mandato de Thomas Jefferson como secretario de Estado. En lo adelante, habría poca tolerancia para las empresas paramilitares emprendidas desde los Estados Unidos. En una orden ejecutiva posterior, Grant instó a todas las agencias del gobierno de Estados Unidos, civiles o militares, a aprisionar, juzgar y sancionar a cualquier persona que estuviera violando la ley de neutralidad estadounidense.[169]

El destino de la causa de los emigrados en Washington, como es obvio, había caído mucho y rápidamente desde la toma de posesión del presidente Grant, cuando el apoyo de los Estados Unidos parecía asegurado. En ese mensaje presidencial del 13 de junio de 1870, Fish reservó las palabras más duras para los líderes de la emigración: «Se ha hecho notable exhibición de las grandes cantidades de cubanos que escapan de la isla y evitan los riesgos de guerra, congregándose en este país a una distancia segura de la escena del peligro y se esfuerzan por hacer la guerra desde nuestras propias costas, instando a nuestra gente a la lucha que ellos evitan, y para embrollar a este Gobierno en complicaciones y posibles hostilidades con España».[170]

[168] Ídem.
[169] J. I. Rodríguez: *Estudio histórico...*, pp. 231-232.
[170] «Message of the President to Congress», *New York Times*.

Esas palabras fueron emitidas exactamente dos semanas antes de la muerte de José Morales Lemus, para quien debieron haber sido un amargo remate para su fallida misión de lograr el apoyo de Estados Unidos. Como escribió Carlos Ripoll un siglo más tarde, «¿Qué necesidad tenía el gobierno de los Estados Unidos de calumniar a los cubanos?».[171] En el contexto de un mensaje presidencial al Congreso, eran, sin duda, palabras gratuitas, en especial inmediatamente después de la ejecución de Goicouría, quien dio un ejemplo de cómo al menos algunos cubanos en los Estados Unidos estaban dispuestos a sacrificar sus vidas en los campos de batalla de la isla. Dada la disposición moderada y conciliadora de Fish, solo queda suponer que al secretario de Estado estadounidense se le había agotado la paciencia con las actividades de los emigrados cubanos, actividades que consideraba contrarias a los intereses de ese país.[172]

La implementación de una política estadounidense hostil a los intereses de los revolucionarios fue un revés decisivo para la causa de la independencia cubana. En 1871, siguiendo el mensaje del presidente Grant del 13 de junio de 1870, y su posterior orden ejecutiva, a medida que el gobierno de los Estados Unidos se volvía más agresivo en su aplicación, el número de expediciones comenzó a disminuir. Los potenciales patrocinadores financieros en los Estados Unidos evitaron poner dinero en empresas militares que en lo adelante serían perseguidas y procesadas por la administración de Grant. A esta imagen de deterioro se añadía la irreconciliable acritud entre los aldamistas y los quesadistas. La desunión disminuyó la capacidad de la comunidad de emigrados para recaudar fondos y equipar expediciones. Las tensiones de clase entre las facciones exiliadas aumentaron por los reveses que la revolución comenzó a enfrentar en 1870, lo que llevó a la comprensión entre los emigrados de que la guerra no se ganaría fácil o rápidamente. Esos reveses ocurrieron en los campos de batalla cubanos, en

[171] C. Ripoll: «Morales Lemus y la beligerancia cubana hace un siglo», p. xix.

[172] Por su extraordinario papel en transformar a la administración de Grant contra el reconocimiento de la beligerancia cubana y favorable a una aplicación rigurosa de las leyes de neutralidad, Fish ha sido considerado por muchos historiadores cubanos como un verdadero villano. Para el mejor ejemplo, ver H. Portell Vilá: *Historia de Cuba*, vol. 2, pp. 296-326.

Nueva York y en Washington, y tuvieron el efecto de reemplazar el entusiasmo inicial que había recibido la declaración de independencia de Céspedes con una sensación de frustración. Después de repetidos fracasos, las expediciones comenzaron a agotar los fondos de los partidarios más comprometidos dentro del Nueva York cubano. Para José María Mora, por ejemplo, el *Lillian* marcó el final de su respaldo a las expediciones ya que se tambaleaba al borde de la bancarrota. En una de sus cartas a su hija Amalia, escrita antes de zarpar hacia Cuba por última vez, Domingo de Goicouría compartió con ella el destino que le había sucedido a la familia de su madre, los Mora: «[...] será horrible lo que le pasará en New York entre la familia, porque José María, Antonio y otros se quedarán sin tener ni con lo suficiente para vivir en un "tenement-house". El primero ya vende las prendas para vivir, pero eso no alcanza para seis meses más. Fausto y Arango están arruinados».[173]

La familia Goicouría-Mora fue, al menos, una familia de cubanos neoyorquinos que lo arriesgaron todo por la revolución. Aunque muchos en la comunidad no hicieron semejantes sacrificios, y se mantuvieron lejos de los campos de batalla, invirtiendo en propiedades inmobiliarias en Manhattan y refinerías de azúcar en Brooklyn, y participando en luchas internas amargas y destructivas; claramente Fish en su caracterización de los activistas emigrados cubanos había generalizado injustamente.

En el verano de 1871, en medio del deterioro del capital político de los emigrados, Nueva York sería testigo de la llegada de Cuba de un hombre que ejemplificaría el ideal de autosacrificio por la patria.

A pesar de la creciente hostilidad de Washington hacia la causa cubana y a pesar de la acritud que prevalecía en Nueva York entre las diferentes facciones del exilio, Céspedes continuó creyendo en la importancia del apoyo de la emigración a la insurgencia y por tanto persistió en que su gobierno mantuviera una representación oficial en Nueva York

[173] M. Á. Carbonell: *Un héroe pintado por sí mismo*, p. 45. «Tenement-house» está entre comillas y en inglés en el original.

después de la renuncia de Aldama, Mestre y Echeverría de sus respectivos cargos en la Agencia de la República de Cuba. Con esa finalidad, y en un esfuerzo por mantenerse por encima del amargo faccionalismo de los exiliados, Céspedes envió a Nueva York como representante de su gobierno a un hombre de credenciales impecables que fue muy respetado por todos: el vicepresidente de la República, Francisco Vicente Aguilera (fig. 6.9).

Figura 6.9. Francisco Vicente Aguilera. (Fuente: Cuban Heritage Collection, Colecciones digitales de la Biblioteca de la Universidad de Miami).

Aguilera fue el líder de los insurgentes en Bayamo y uno de los organizadores originales del levantamiento de 1868. Fue probablemente el hombre más rico del oriente cubano. En la guerra lo perdió todo, y a los cincuenta años, después de casi tres años en el campo de batalla, Céspedes le confió la delicada misión de recomponer los platos rotos

dejados por la pelea entre aldamistas y quesadistas, y restaurar la vitalidad y la eficacia del apoyo de los emigrados a la revolución. En su decreto que nombraba a Aguilera y al ministro de Relaciones Exteriores de la República, Ramón Céspedes, como representantes del gobierno insurgente, el presidente Céspedes señalaba «que depongan el espíritu de partido, que lastimosamente los tiene divididos; cuya funesta escisión difícilmente explicable acarrea un mal a la Patria de muchísima trascendencia», y específicamente encargó a Aguilera y Ramón Céspedes, que «procuren por todos medios conciliatorios armonizar los ánimos y voluntades de los Cubanos residentes en la Confederación Americana, a fin de que de concierto todos, se consagren al feliz y pronto éxito de la revolución del país».[174] Además, los nuevos representantes fueron específicamente encargados de canalizar esa armonía hacia una recaudación de fondos efectiva.[175]

Aunque la llegada de Aguilera a Manhattan el 12 de agosto de 1871 insufló aire fresco en la viciada atmósfera de la política de la emigración en Nueva York, sabía muy bien que «armonizar los ánimos y voluntades de los Cubanos residentes en la Confederación Americana» era una tarea monumental. Su hijo, Eladio, quien lo acompañó a Nueva York, escribió años más tarde en una biografía de su padre lo que esperaba Aguilera a su llegada a la ciudad:

> Era tal el ensañamiento de las pasiones que esta división había engendrado, que si en Cuba ardía una guerra de exterminio entre cubanos y españoles, en el extranjero ardía otra menos encarnizada y fiera entre los propios cubanos [...]. En Cuba se necesitaron cuatro siglos de tiranía de opresión y de vejamen, para fomentar ese sentimiento de odio al opresor; en el extranjero bastó poco más de un año de ambiciones por el manejo de los intereses de la patria, de rivalidad por figurar, de disputas por merecimientos

[174] «Decreto firmado por Carlos Manuel de Céspedes, 17 de julio de 1871», en M. Cruz (ed.): *Francisco Vicente Aguilera: Epistolario*, pp. 33-35. Aparentemente Ramón Céspedes no era un pariente cercano del presidente Céspedes, ni hay evidencia de relación alguna entre este Ramón Céspedes y el Ramón de Céspedes, que había sido uno de los encargados a Moses Taylor en Cold Spring unos quince años antes (ver capítulo 1).

[175] Ibíd., p. 35.

mezquinos y de soberbia, para desarrollar ese mismo odio de cubano a cubano.[176]

A diferencia del general Manuel de Quesada, quien contribuyó a los cismas dentro de la comunidad, Aguilera logró mantenerse por encima de las disputas, enfocado en su misión. Puesto que era uno de los fundadores de la revolución con experiencia en el campo de batalla, los cubanos neoyorquinos lo saludaron con reverencia, y Emilia Casanova y sus compañeros quesadistas no tuvieron más remedio que respetar a Aguilera y mostrarle deferencia. Todavía restañando sus heridas por los amargos ataques que los llevaron a renunciar, los aldamistas, sin duda, acogieron con beneplácito la llegada y el liderazgo de Aguilera, a pesar del hecho de que podría esperarse que era con este grupo que Aguilera se enfrentaría más. Después de sacrificar su riqueza y estilo de vida a la revolución, y encontrarse viviendo austeramente en Nueva York, Aguilera podría haber reaccionado con resentimiento, al igual que Casanova y su grupo, al hecho de que Aldama y los demás conservaran su riqueza, al estilo en que vivían en la ciudad y a los escasos resultados de su mandato como agentes oficiales de la República.

Pero Aguilera no tenía una naturaleza rencorosa, y sabía muy bien que ya se había sacrificado demasiado, especialmente en el campo de batalla, para comprometer su misión en Nueva York por pequeñeces. Esa misión era unir a los emigrados y recaudar dinero, no aumentar las divisiones. Por otra parte, a nivel personal el patricio bayamés educado en La Habana, sin duda, tenía más en común con las élites que componían el grupo aldamista que con la gente un poco menos refinada que componía la facción de los belicosos quesadistas, que actuaban con semejante falta de urbanidad en su discurso público.

La transición entre los representantes de la República de Cuba entrantes y salientes fue, en apariencia, fluida y cortés. En una reunión celebrada el 12 de octubre en la casa de Leonardo del Monte en West 47th Street, Aldama y Mestre se reunieron con Aguilera y Ramón Céspedes y les entregaron todos los archivos de la República de Cuba en los Estados Unidos, incluidos los registros de casi $10 millones

[176] E. Aguilera Rojas: *Francisco V. Aguilera y la revolución de Cuba de 1868*, p. 66.

en bonos de la República, de los cuales solo $1,4 millones se habían emitido y aproximadamente $1,2 millones todavía estaban en manos de los vendedores. Aguilera y Ramón Céspedes encontraron todo en orden superficialmente y acusaron recibo de los archivos y bonos.[177] En realidad, Aguilera quedó impactado al descubrir que literalmente no había registro de contabilidad de los fondos de la agencia y se lo solicitó a Aldama, quien resintió la solicitud. Esto sirvió para enfriar las relaciones entre los dos, pero fue una disputa que se mantuvo discretamente en la correspondencia entre los dos hombres.[178]

A pesar de las cordiales relaciones de Aguilera con los aldamistas durante el resto de sus años en Nueva York, cada vez estaba más consciente de que el grupo de habaneros de élite carecía de la voluntad de sacrificarlo todo, como había hecho él, por la causa de una Cuba independiente. Años más tarde, en 1875, Aguilera le escribió a un compañero oriental, Tomás Estrada Palma, esta triste conclusión: «Nuestra falta absoluta de conocimientos de los hombres de Occidente, ha causado grandes e irreparables perjuicios a nuestra Revolución».[179]

En cuanto a los quesadistas, Aguilera rechazó los repetidos intentos de atraerlo al faccionalismo de la política de los emigrados en Nueva York. José Gabriel del Castillo, por ejemplo, escribió a Aguilera una larga y enredada carta en la que exponía una letanía de acusaciones y quejas contra los aldamistas.[180] Aguilera no iba a permitir que lo distrajeran y la ignoró. Sin embargo, le resultó mucho más difícil ignorar a la irascible Emilia Casanova, como se evidencia en un incidente en 1872, relatado en la biografía de él escrita por su hijo y en el diario que Aguilera mantuvo durante sus años en Nueva York.

Parece que Casanova había reunido a varias señoras cubanas en la casa de Manhattan que compartía con su esposo, Cirilo Villaverde, y había enviado una invitación urgente a Aguilera para que se uniera a ellas. Aguilera se encontraba en un momento crítico en su manejo del desastre financiero que había heredado de Aldama y Mestre, y se dio

[177] Documento escrito sin título y sin fecha, contenedor 64, José Ignacio Rodríguez Papers.

[178] P. D. Camacho: *Aguilera: El precursor sin gloria,* p. 91.

[179] Citado en O. Céspedes Argote (ed.): *Diario de Francisco Vicente Aguilera*, p. 27.

[180] Carta de José Gabriel del Castillo a Aguilera y Ramón Céspedes, 15 de octubre de 1871, en M. Cruz (ed.): *Francisco Vicente Aguilera*, pp. 70-78.

cuenta de que Casanova lo estaba atrayendo a una reunión diseñada para influir en sus decisiones sobre el asunto. Rechazó repetidamente la invitación, incluso fingiendo enfermedad, pero Casanova persistió, hasta el punto de ofrecer enviar un carruaje para que lo recogiera. Después de que se negó rotundamente, su hijo Eladio resumió la evaluación de su padre sobre la negativa: «Aguilera que conocía el temperamento nervioso de la señora de Villaverde, dijo que ese incidente iba a dar lugar á que dicha señora se molestase y los juzgara con injusticia».[181] Pero en su diario, Aguilera expresó ese sentimiento en un lenguaje más pintoresco: «Calcúlese los sapos y culebras que echará esa Sra. contra nosotros».[182]

Aguilera se sumergió en su trabajo en Nueva York, solicitó contribuciones personalmente a través de una extensa correspondencia con posibles donantes en todos los Estados Unidos, planeó expediciones, otorgó entrevistas y emitió declaraciones a la prensa.[183] El 10 de octubre de 1871, en ocasión del tercer aniversario del levantamiento de Céspedes, emitió una «Declaración de Independencia» dirigida al pueblo de los Estados Unidos pidiendo su apoyo a la independencia de Cuba.[184] Menos de dos meses después, Aguilera y Ramón Céspedes imprimieron y distribuyeron en Nueva York un documento de cincuenta y cuatro páginas en inglés que llamaba la atención del pueblo estadounidense sobre las disposiciones a favor de la abolición en la constitución cubana, el progreso de la guerra en Cuba y las adversidades que enfrentaban las fuerzas rebeldes, y el terror y la anarquía provocados por los voluntarios en Cuba. El documento terminaba con un llamado a dar la «mano amiga» del pueblo «de esta gran Unión» a un pueblo que aspira «a un lugar entre los pueblos libres de América».[185] Aguilera realizó toda esta actividad mientras vivía en

[181] E. Aguilera Rojas: *Francisco V. Aguilera y la revolución de Cuba de 1868*, p. 207.

[182] O. Céspedes Argote (ed.): *Diario y correspondencia de Francisco Vicente Aguilera*, vol. 2, p. 15.

[183] La extensión de sus actividades se evidencia en su diario (ibíd.) y en su correspondencia durante este período. M. Cruz (ed.): *Francisco Vicente Aguilera*, pp. 36-94.

[184] F. V. Aguilera: «Cuba al pueblo americano: Declaración de independencia», en M. Cruz (ed.): *Francisco Vicente Aguilera*, pp. 60-67.

[185] Francisco Vicente Aguilera y Ramón Céspedes: «Notes about Cuba» (New York, 1872).

Nueva York de una magra asignación de su cuenta como agente de la República.[186]

A pesar de su inalterable dedicación a cumplir su misión, Aguilera había llegado a Nueva York demasiado tarde para ser eficaz. El gobierno de los Estados Unidos ya estaba firmemente en contra de cualquier reconocimiento de la beligerancia cubana y perseguía con seriedad las violaciones de las leyes de neutralidad por parte de los exiliados que organizaban expediciones. El tesoro de la agencia cubana en los Estados Unidos estaba agotado, y las perspectivas de reponerlo eran casi inalcanzables. Las fuentes de fondos se estaban agotando. Como Aguilera le escribió a un amigo de Nueva York: «No hay ofrecimientos de dinero por parte de los que hasta ahora han acostumbrado presentarlos».[187] Y no logró ningún avance en la reconciliación de las diferentes facciones, que se mantuvieron tan ríspidamente divididas como siempre. Por el contrario, al final, el propio Aguilera fue víctima de las luchas internas del Nueva York cubano. El general De Quesada, a través de su hermana Ana, que ahora vivía en la ciudad, estaba socavando la posición de Aguilera con el esposo de Ana, el presidente Céspedes.

Frustrado por la situación en Nueva York, Aguilera reunió el dinero para irse a París en una misión de recaudación de fondos entre los cubanos que vivían allí. Después de algunas vicisitudes, incluso se quedó sin dinero para pagar su habitación de hotel, obtuvo algunas contribuciones sustanciales que pensó utilizar en la expedición que había estado organizando durante mucho tiempo.[188]

Aguilera todavía estaba en París a principios de 1873, el año que selló el destino de la revolución cubana. El más trágico y devastador de los acontecimientos de ese año fue la muerte, en mayo, del mayor general Ignacio Agramonte, asesinado por un disparo en la cabeza en medio de una batalla en las llanuras de su natal Camagüey.[189] Su

[186] P. D. Camacho: *Aguilera: El precursor sin gloria*, p. 91.

[187] Carta de Vicente Aguilera a Manuel Rojas, 29 de agosto de 1871, en M. Cruz (ed.): *Francisco Vicente Aguilera*, p. 43.

[188] P. D. Camacho: *Aguilera*, pp. 103, 116-117.

[189] C. Márquez Sterling: *Ignacio Agramonte, el bayardo de la revolución cubana*, p. 255; y J. E. Casasús: *Vida militar de Ignacio Agramonte*, p. 83.

viuda, Amalia Simoni, recibió la noticia en su casa en Mérida, México. Su padre, el doctor José Ramón Simoni, había reubicado a su familia allí desde Nueva York, donde habían vivido después de salir de Cuba (véase el capítulo 5).[190] En el momento de la muerte de su esposo, los dos hijos de Amalia, Ignacio Ernesto y Herminia, tenían cuatro y dos años de edad, respectivamente. También vivían en Mérida con el doctor Simoni su otra hija, Matilde, y su hijo de cinco años, Arístides. Matilde se había casado con el primo de Ignacio, Eduardo, también combatiente en Camagüey.

Cinco meses después de la muerte de Ignacio Agramonte, Carlos del Castillo, quien en ese momento se desempeñaba como representante de la República de Cuba en Nueva York, recibió una carta del doctor Simoni en Mérida, agradeciendo a Del Castillo por enviarle el despacho oficial del general Manuel Sanguily que detallaba las circunstancias de la muerte de Ignacio. La viuda lo valoró mucho, escribió Simoni. En una escalofriante posdata a la carta, Simoni solicita a Del Castillo el envío del despacho de la batalla de San José del Chorrillo, que tuvo lugar en 1872. «La viuda de Eduardo Agramonte espera de su amistosa eficacia el parte de la acción de San José del Chorrillo del año 1872, cuando venga a su poder», escribió.[191] Las trágicas consecuencias de la guerra en Cuba devastaron a una familia en Mérida, donde el doctor Simoni se encontró con dos hijas viudas y tres nietos sin padre.

Cuando Aguilera regresó a Nueva York a bordo del barco de vapor *St. Laurent* desde Le Havre el 26 de marzo de 1873, ya no era el agente general de la República de Cuba.[192] Las intrigas del general De Quesada con el presidente habían resultado fructíferas y Céspedes abolió la Agencia General que Aguilera representaba. En su lugar estableció algo que se llamó Agencia Confidencial. La medida se realizó con el pretexto de desplazar el énfasis de la agencia lejos de lo que

[190] Carta de Ignacio Agramonte a Amalia Simoni, en Dirección de Cultura: *Ignacio Agramonte y Loynaz*, pp. 171-172.

[191] Carta de José R. Simoni a Carlos del Castillo, caja 35, Moses Taylor Papers.

[192] «The Cuban Contest», *New York Herald*, 27 de marzo de 1873, p. 3.

había resultado ser un esfuerzo inútil, el cabildeo en Washington, hacia la misión más encubierta de preparar expediciones. Los nuevos «agentes confidenciales» nombrados fueron el general De Quesada, su simpatizante Carlos del Castillo y el inversionista inmobiliario de Nueva York, Félix Govín.[193]

El hijo de Aguilera, Eladio, quien se desempeñó como su secretario, escribió años más tarde que su padre no estaba tan decepcionado con su destitución como asombrado por el completo desatino de la medida de Céspedes. «Pensó Aguilera que Carlos Manuel de Céspedes se había vuelto loco», escribió Eladio.[194] Es probable que las designaciones atizaran aún más las llamas de la desunión en Nueva York; además, razonó Aguilera, la medida colocaba a Céspedes en una situación política precaria debido a la antipatía de la Asamblea hacia De Quesada. De hecho se hizo evidente que Céspedes tenía problemas políticos cuando en mayo Aguilera recibió una carta de Salvador Cisneros Betancourt, que encabezaba la Asamblea de la República de Cuba, instándole como vicepresidente a volver inmediatamente a Cuba, «para que si era necesario ocupase la Presidencia de la República».[195] Aguilera declinó, diciendo que se había comprometido a preparar una expedición, pero instó a Cisneros Betancourt y a la Asamblea a que actuaran según su conciencia y en el mejor interés para el futuro de Cuba.[196] Aparentemente, incluso a Aguilera se le hacía difícil defender a Céspedes. El presidente había perdido la confianza de muchos de sus generales, incluidos Calixto García y Máximo Gómez, y la Asamblea lo consideró dictatorial y arbitrario en sus decisiones. El nombramiento de su cuñado para la Agencia Confidencial fue la gota que colmó la copa. Aun así, dada la talla de Céspedes como fundador de la revolución, la Asamblea luchó durante meses con el problema, hasta el 28 de octubre de 1873, cuando votó por unanimidad para destituir al presidente de su cargo.[197]

[193] Carta de Miguel Bravo y Senties a Ramón Céspedes y Francisco V. Aguilera, en M. Cruz (ed.): *Francisco Vicente Aguilera*, pp. 95-99.

[194] E. Aguilera Rojas: *Francisco V. Aguilera y la revolución de Cuba de 1868*, vol. 1, p. 387.

[195] R. Guerra y Sánchez: *La Guerra de los Diez Años*, pp. 212-213.

[196] Ibíd., p. 213.

[197] Ídem.

En ausencia de Aguilera, Cisneros Betancourt, como jefe de la Asamblea, asumió la presidencia de la República. Apenas un mes después, el nuevo presidente envió una carta a José Manuel Mestre en Nueva York anunciándole la eliminación de la Agencia Confidencial y los nombramientos de Aldama, Mestre y Echeverría para sus antiguos cargos, el primero como agente general y los dos últimos como los comisionados diplomáticos, de este modo «volver las cosas de afuera a su primitivo ser, suprimiendo la malhadada Agencia confidencial», escribió Cisneros Betancourt.[198] Mestre rechazó el nombramiento, pero Aldama y Echeverría aceptaron.

Huelga decir que la medida precipitó otro torbellino de diatribas de Emilia Casanova, quien calificó la eliminación de Céspedes como una «grotesca farsa» de la Asamblea. Renovó con mayor fervor aun sus ataques a los aldamistas.[199]

A medida que 1873 se acercaba a su fin, la revolución cubana dentro y fuera de la isla estaba en completa desorganización, su destino prácticamente sellado. Los tres hombres que habían sido venerados como los fundadores de la revolución ya no estaban en la escena: Céspedes depuesto, Agramonte muerto y Aguilera en Nueva York. El gobierno de la República quedó en gran medida en manos de don nadies, hombres sin la legitimidad de la experiencia en el campo de batalla. El ejército carecía de una dirección central; cada líder militar operaba como cacique en su propia región de operaciones. El liderazgo de los emigrados, hondamente dividido, parecía participar en un juego de sillas musicales con pocas perspectivas de hacer algo para ayudar a los rebeldes. Y el fatídico año 1873 aún no había terminado.

El 31 de octubre, en algún lugar de las aguas entre Jamaica y el sureste de Cuba, el buque de guerra español *Tornado*, después de una larga persecución, se adelantó y abordó el *Virginius*, un barco de vapor con ruedas laterales. Ambas naves habían sido construidas en 1864 en el mismo astillero escocés para el mismo cliente: la Armada Confederada. De los dos, solo el *Virginius*, originalmente llamado *Virgin*, participó

[198] Carta de Salvador Cisneros Betancourt a José Manuel Mestre, 22 de noviembre de 1873, contenedor 64, José Ignacio Rodríguez Papers.

[199] E. Casanova de Villaverde: «La Liga de las Hijas de Cuba a los cubanos», p. 2.

en alguna acción para evadir el bloqueo naval durante la Guerra Civil, haciendo viajes entre Mobile y La Habana. Mientras que el *Tornado*, una corbeta, fue adquirido por la Armada española después de la guerra, el *Virgin* pasó por varios propietarios estadounidenses antes de ser comprado en 1870 en el astillero Washington Navy Yard por un tal John F. Patterson, quien en realidad era un representante del general Manuel de Quesada y de José María Mora. Los $9 800 utilizados para comprarlo provenían de fondos recaudados en Nueva York por emigrantes cubanos, especialmente Mora.[200]

Después de un cambio de nombre y una revisión en el puerto de Nueva York, el *Virginius* volvió a participar en una especie de evasión de bloqueo, llevando ilegalmente hombres y armamentos a Cuba. Había adquirido suficiente reputación con los españoles como barco «forajido» para surgir incluso en las quejas que el ministro español López Roberts le presentó a Hamilton Fish.

En el viaje a Cuba en que el *Tornado* lo alcanzó, el *Virginius* se detuvo en Kingston y Port au Prince, donde el barco recogió hombres y suministros que habían llegado en barcos enviados desde Nueva York. El comandante de las tropas a bordo era el general Bernabé Varona (alias *Bembeta*), un joven temerario que a pesar de su edad ya había acumulado muchas distinciones en el campo de batalla. También estaban a bordo Agustín Santa Rosa, un residente de Nueva York, Pedro de Céspedes, el hermano del presidente, y William Ryan, un veterano de la Guerra Civil nacido en Irlanda que ascendió al rango de teniente en un regimiento de infantería de Nueva York, pero que se ascendió él mismo a general cuando se inscribió en la aventura de liberar a Cuba. La tripulación estaba dirigida por el capitán Joseph Fry, también aventurero y graduado de la Academia Naval de los Estados Unidos que se unió a la Confederación y después de la guerra no pudo conseguir un puesto en la marina mercante. El *Virginius* llevaba un total de 155 hombres a Cuba y enarbolaba la bandera de los Estados Unidos.[201]

Cuando zarpó de Haití hacia Cuba, los españoles ya sabían el paradero del *Virginius*. Después de su captura por el *Tornado*, y de pisotear la

[200] R. H. Bradford: *The* Virginius *Affair*, pp. 25-26. La mayor parte de la información presentada aquí sobre el incidente del *Virginius* es de esta fuente, a menos que se indique lo contrario.

[201] H. Portell Vilá: *Historia de Cuba*, vol. 2, p. 428.

bandera estadounidense en el alcázar del *Virginius*, tanto el barco como los hombres a bordo fueron llevados a Santiago de Cuba. En cinco días, y a pesar de los frenéticos esfuerzos del vicecónsul estadounidense en esa ciudad, que hacía todo lo posible en ausencia del cónsul, Varona, Pedro de Céspedes, Ryan y Jesús del Sol, también veterano del conflicto cubano, fueron vendados, arrodillados y ejecutados por un pelotón de fusilamiento. Tres días después, luego de un juicio sumario por un tribunal naval, el capitán Fry y treinta y cinco miembros de la tripulación, casi todos estadounidenses o británicos, fueron ejecutados. El 8 de noviembre, doce hombres más fueron ejecutados, con lo que el total de la masacre llegó a cincuenta y dos hombres.[202] El número habría sido aún mayor si no hubiera sido por la intervención de varios cónsules europeos en la ciudad, especialmente el británico, que intervino cuando supo que varios prisioneros eran súbditos de su país.

La protesta en los Estados Unidos por la masacre del *Virginius* y la profanación de la bandera estadounidense hicieron que Hamilton Fish enfrentara, como nunca antes, la perspectiva muy real de una guerra con España. Se celebraron mítines masivos en Nueva York, en el Masonic Hall y en la Cooper Union, así como en otras ciudades de los Estados Unidos, para expresar indignación por los asesinatos, denunciar a España y pedir una respuesta adecuada de los Estados Unidos.[203] Al final, el furor se calmó, en especial después de conocerse que el *Virginius* no estaba enarbolando la bandera estadounidense legalmente. Fish negoció un acuerdo que pedía a España que devolviera a los sobrevivientes encarcelados y al barco, así como pagar indemnizaciones, cuyo monto sería negociado en fecha posterior.[204] Al final, la prensa elogió el manejo de la crisis por Fish y el secretario se felicitó a sí mismo por haber evitado una guerra.[205]

[202] W. F. Johnson: *The History of Cuba*, vol. 3, pp. 278-283.

[203] «Cuba Libre», *New York Tribune*, 10 de noviembre de 1873, p. 7.

[204] H. Portell-Vilá: *Historia de Cuba*, vol. 2, p. 444; W. Fletcher Johnson: *The History of Cuba*, vol. 3, p. 283; y P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 246. En marzo de 1875, los españoles pagaron una indemnización de $80 000 para cubrir todas las reclamaciones derivadas de sus acciones en el asunto del *Virginius*.

[205] A. Nevins: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1, pp. 691-694.

Los sobrevivientes del *Virginius* fueron llevados directamente desde Santiago a Nueva York a bordo del barco estadounidense *Juniata*, que llegó al muelle de Castle Garden en el Battery el 28 de diciembre. El *Times* informó que la mayoría de los 103 sobrevivientes eran hombres muy jóvenes, una mezcla de cubanos, estadounidenses y británicos, y había una mezcla de negros y blancos. Al día siguiente, para celebrar su regreso a salvo, miembros de la comunidad cubana de Nueva York, dirigida por Hilario Cisneros, los llevaron a cenar a un restaurante cubano en 76 Pine Street.[206]

El 26 de diciembre, cuando el *Virginius* averiado regresaba a Nueva York, se hundió cerca de Cape Fear en Carolina del Norte hasta el fondo del Atlántico. Fue un final apropiado para un año de tanto desastre para la causa de la independencia cubana. El *Virginius* fue la última expedición de alguna importancia que se envió a ayudar a los insurgentes cubanos durante la Guerra de los Diez Años. Su trágico desenlace aceleró la disminución en la cantidad de estas empresas organizadas y enviadas posteriormente por los emigrados en Nueva York. El asunto del *Virginius* casi arrastró a los Estados Unidos a una guerra. Desde la perspectiva de Hamilton Fish, los cubanos habían demostrado una vez más ser un impedimento problemático, incluso peligroso, para las relaciones pacíficas con España. La causa cubana ahora sí realmente no tenía nada que esperar de Washington en términos de apoyo.[207]

La guerra se prolongó hasta 1878. Sus últimos años resultaron ser tristes y luctuosos para los cubanos en Nueva York, un período interminable de malas noticias.

Para Ana de Quesada (fig. 6.10), Nueva York fue un trago amargo. Ella había querido quedarse en Cuba para acompañar a su esposo, el presidente Céspedes, pero por su seguridad, él le pidió que se fuera a Nueva York con el poeta Zenea. Sufrió la terrible experiencia de ser detenida e interrogada en La Habana antes de que se le permitiera abordar el *Ciudad de Mérida* a Nueva York, adonde llegó el 16 de enero

[206] «The Arrival of the Vessel», *New York Times*, 29 de diciembre de 1873, p. 1; y «The Virginius Prisoners», *New York Times*, 30 de diciembre de 1873, p. 5.

[207] P. S. Foner: *A History of Cuba and Its Relation with United States*, vol. 2, p. 247.

de 1871.[208] Siete meses después dio a luz en la ciudad a mellizos, un niño y una niña, Carlos Manuel y Gloria.[209]

Figura 6.10. Ana de Quesada. (Fuente: Colección Cuban Heritage, Colecciones Digitales de la Biblioteca de la Universidad de Miami, <www.merrick.library.miami.edu>).

Una de sus primeras direcciones en Nueva York fue 113 East 14th Street. Ella vivía en la ciudad con un subsidio de la República de Cuba, que era irregular en su desembolso o insuficiente, porque en abril de 1872 le informó a Aguilera, en su calidad de representante del gobierno de su esposo, que su casera exigía que ella se mudara de las dos habitaciones que alquilaba a menos que consiguiera doscien-

[208] «Passenger Arrived», *New York Times*, 17 de enero de 1871, p. 8.
[209] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 3, p. 120.

tos dólares. Aguilera obtuvo de algún modo el dinero.[210] Finalmente, sin embargo, las sustituciones en el liderazgo de los emigrados pusieron fin a la asignación, y la señora Céspedes tuvo que depender de la generosidad de Carlos del Castillo, un pariente lejano y amigo cercano del presidente Céspedes y elegido por ella padrino de su hijo Carlos Manuel. El apoyo de Del Castillo se prestaba a través de su cuenta con Moses Taylor.[211] Ana se carteó con Del Castillo y le contó sobre sus dificultades para adaptarse a la vida en Nueva York con escasos recursos. Ella no podía pagar una escuela privada, escribió, y por eso educó a Gloria en su casa porque «la escuela pública que está cerca de donde vivimos es concurrida de la peor clase de niños, sucios, de mala educación y mal lenguaje y consecuencia forzosa enfermos».[212]

Como si sus problemas económicos no fueran suficientes, la señora Céspedes enfrentó constantes presiones para que tomara partido en las continuas disputas entre las diferentes facciones de emigrados. Su versión de lo que ocurrió durante la misión de Zenea fue utilizada por los quesadistas para atacar el papel desempeñado por los aldamistas en el asunto y fue una consideración importante en las renuncias de Aldama, Mestre y Echeverría. Su hermano, el general De Quesada, como se señaló anteriormente, utilizó luego su influencia y la correspondencia con su esposo para socavar la posición de Aguilera en Nueva York.

Los mellizos aún no tenían tres años cuando Ana de Quesada recibió la devastadora noticia de que su esposo había sido asesinado en Cuba. Fue especialmente difícil aceptar las circunstancias en que sucedió su muerte. Una vez que fue depuesto por la Asamblea, se convirtió en un civil y no se tomaron medidas para protegerlo. No se le asignó un comando ni se le proporcionó un servicio de seguridad. Se retiró con algunos amigos y parientes a una aldea aislada en las montañas del este de Cuba, mientras esperaba la oportunidad

[210] P. D. Camacho: *Aguilera: el precursor sin gloria*, pp. 91, 96.

[211] En la caja 307 de Moses Taylor Papers, hay lotes de recibos firmados por Ana de Quesada por fondos retirados de la cuenta de Carlos del Castillo, la mayoría de ellos por la cantidad de cincuenta dólares y fechados el primero de mes, a partir de febrero 1874 hasta abril de 1878.

[212] Carta de Ana de Quesada a Carlos del Castillo, 11 de enero de 1878, caja 305, Moses Taylor Papers.

de abandonar el país y reunirse con su esposa en Nueva York.[213] Por el valor simbólico de su captura o muerte, los españoles estaban buscándolo, y no les llevó mucho tiempo conocer su paradero. El 27 de febrero de 1874, una tropa española descendió sobre el escondite. Según los informes, Céspedes fue asesinado después de descargar su revólver contra los soldados que se aproximaban.[214]

Las malas noticias también alcanzaron a la familia de Antonio Bachiller y Morales en Nueva York. Antonio hijo, que había salido de la casa familiar en Brooklyn para ir a Cuba en la expedición del *Perrit*, fue asesinado en un ataque por sorpresa de los españoles en un centro médico rebelde. Era el último hijo sobreviviente de Antonio. Años antes, su otro hijo, Alfredo, había muerto de tuberculosis en Cuba.[215] La familia Bachiller y Morales permaneció en Nueva York durante la guerra, años en los cuales Antonio padre escribió su guía de la ciudad de Nueva York (véase el capítulo 5).

Francisco Vicente Aguilera permaneció en Nueva York, persistía en sus esfuerzos por enviar ayuda a los rebeldes en Cuba. Hizo todo lo posible para recaudar dinero, incluso organizó una demostración benéfica de billar en Tammany Hall con los mejores jugadores de la ciudad.[216] Hizo excelentes contactos con las élites de Nueva York y la prensa lo buscaba para que comentara sobre eventos relacionados con Cuba.[217] Organizó y dirigió varias expediciones, pero ninguna tuvo éxito y se vio obligado a regresar a Nueva York.[218] Las expediciones lo debilitaron considerablemente, en gran medida porque sufría de mareo severo. El general soportó dificultades financieras en la ciudad,

[213] R. Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, vol. 2, pp. 223-224.
[214] E. Leal Spengler: *Carlos Manuel de Céspedes*, p. 1.
[215] R. de Castro y Bachiller: *Don Antonio Bachiller y Morales*, pp. 40, 44.
[216] «Billiard Entertainment in Aid of the Cubans», *New York Times*, 3 de marzo de 1875, p. 10.
[217] «The Cuban Contest», *New York Herald*, 27 de marzo de 1873, p. 3.
[218] K. Valdés: «Francisco Vicente Aguilera: A Man Devoted to Revolution», *Granma Weekly Review*, 6 de marzo de 1977, p. 2.

el clima frío no le convenía y tenía episodios recurrentes de fiebre. En 1876, a Aguilera le diagnosticaron un cáncer de garganta. Para entonces vivía en 223 West 30th Street con la mayoría de sus diez hijos, que habían logrado salir de Cuba.[219] Fue allí donde murió el 22 de febrero de 1877, a la edad de cincuenta y cinco años. Los periódicos *Times*, *Herald*, *Sun*, *World*, *Tribune* y *Evening Post* publicaron largas notas necrológicas.[220] Tanto el *Herald* como el *Tribune* proporcionaron detalles sobre las horribles circunstancias de su muerte. Al parecer, en las etapas finales de su enfermedad, Aguilera no podía respirar mientras estaba sentado o reclinado, de modo que hasta el final estuvo parado y paseándose por su habitación cuando finalmente se desplomó muerto en los brazos de sus hijas.

El funeral de Francisco Aguilera fue el más elaborado y concurrido de todas las exequias celebradas en el Nueva York cubano antes o desde entonces. Parecía un funeral de Estado y era un testimonio no solo del respeto que Aguilera evocaba y las relaciones que desarrolló en la ciudad, sino también de la popularidad que la causa cubana todavía disfrutaba en Nueva York, independientemente de las políticas de Washington. Después de colocar el cuerpo en un ataúd en el salón de la casa de la calle 30 para que los amigos pudieran presentar sus respetos, lo transfirieron a la Sala del Gobernador en el Ayuntamiento. Allí se colocó en un ataúd de palisandro montado en plata sobre un catafalco de terciopelo negro, donde permaneció en capilla ardiente todo el día. De acuerdo con el *New York World* «miles de cubanos, españoles y

[219] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 1, p. 23. No queda claro si la esposa de Aguilera, Ana Manuela Kindelán y Sánchez Griñán, estaba con él en Nueva York. Ella no se menciona en los obituarios. Nueve de los hijos son de doña Ana. Francisco Eladio, el mayor de sus hijos y mencionado anteriormente como su secretario y biógrafo, era hijo de una mujer con la que Aguilera no se casó.

[220] «Obituary: Francisco Vicente Aguilera», *New York Times*, 24 de febrero de 1877, p. 5; «Obituary: Francisco Vicente Aguilera, Vice President of the Cuban Republic», *New York Herald*, 24 de febrero de 1877, p. 10; «Francesco [sic] V. Aguilera», *New York World*, 25 de febrero de 1877, p. 8; «Francisco Vicente Aguilera», *New York Sun*, 25 de febrero de 1877, p. 2; «Obituary: Francisco Vicente Aguilera», *New York Daily Tribune*, 26 de febrero de 1877, p. 5; y «The Late General Aguilera», *New York Evening Post*, 26 de febrero de 1877, p. 4.

personas de otras nacionalidades», desfilaron frente al ataúd.[221] El *New York Herald* señaló que era «la primera vez en la historia que el cuerpo de un extranjero había sido velado en el Ayuntamiento de Nueva York y no es pequeño el elogio a la República de Cuba en dificultades».[222]

Tanto la bandera cubana como la estadounidense ondearon a media asta en la cúpula del edificio.[223] Había un estado de ánimo muy diferente al de la otra ocasión, casi siete años antes, cuando la bandera cubana ondeó sobre el Ayuntamiento para celebrar el primer aniversario de la revolución, cuando aún existía optimismo por la causa de Cuba.

A la mañana siguiente, el ataúd se colocó en un coche fúnebre, y seguido por un cortejo de carruajes, algunos de ellos con el alcalde y otros dignatarios de la ciudad, subieron por Broadway, al oeste en la calle Canal, y finalmente por la Quinta Avenida a la iglesia de San Francisco Javier, una iglesia jesuita que todavía se encuentra en la calle 16 entre las avenidas Quinta y Sexta.[224] Después de celebrarse una misa de réquiem cantada, mientras se sacaba el ataúd de la iglesia con el coche fúnebre a la espera, dos bandas de músicos separadas, una cubana y la otra mexicana, se ofrecieron a tocar música fúnebre durante la procesión al cementerio. Juan Manuel Macías, quien estuvo a cargo de organizar el funeral, declinó cortésmente.[225] Pero Macías aceptó otra solicitud: «Un grupo muy grande de hombres cubanos de color, algunos de ellos ex esclavos, insistieron en su privilegio y derecho de llevar el cuerpo en sus hombros al cementerio».[226] Los hombres procedieron a levantar sobre sus hombros el ataúd de quien había liberado a sus esclavos en Cuba. Encabezaban la procesión, ahora sin coche fúnebre, y el cuerpo de Aguilera fue llevado hasta el East Village, avanzando lentamente por la calle 14 hasta la avenida Segunda y luego hacia la calle 2 hasta una bóveda temporal en el Cementerio Marble donde el cuerpo debía «permanecer hasta que pudiera ser llevado a Cuba»,

[221] «Lying in State», *New York World*, 26 de febrero de 1877, p. 8.
[222] «Aguilera's Burial», *New York Herald*, 27 de febrero de 1877, p. 5.
[223] «The Aguilera Obsequies», *New York Herald*, 26 de febrero de 1877, p. 3; y «The Dead Cuban General», *New York Times*, 26 de febrero de 1877, p. 8.
[224] «The Aguilera Obsequies», *New York Herald*.
[225] «Aguilera's Burial», *New York Herald*.
[226] Ídem.

informó el *Evening Post.*[227] Apenas es posible imaginar la curiosidad que la procesión debe haber despertado entre los neoyorquinos cuando vieron pasar un ataúd cargado por un contingente de hombres negros y seguido por carruajes llenos de dignatarios de la ciudad y otras personas blancas finamente ataviadas.

Miguel Aldama y José Antonio Echeverría, que todavía eran los agentes de la República de Cuba, velaron el féretro y se hicieron muy presentes durante todos los eventos funerarios. También asistieron Néstor Ponce de León, Hilario Cisneros y muchos otros activistas cubanos. Los americanos asistentes incluyeron a Charles Dana, editor del *Sun*, y los generales Charles K. Graham y Martin T. McMahon, el coronel Ethan Allen, veteranos de la Guerra Civil de Nueva York que habían devenido amigos de Aguilera. Ana de Quesada encabezó una delegación de mujeres que trajeron una gran corona de flores blancas.[228] Varias organizaciones, como la Liga Cubana de los Estados Unidos, enviaron delegaciones. Sin embargo, la Liga de las Hijas de Cuba no estaba entre ellas, ni Emilia Casanova, Cirilo Villaverde, Carlos del Castillo, José Gabriel del Castillo o Félix Govín aparecieron en ninguna de las listas de asistentes incluidas en los largos reportajes de prensa sobre el funeral.

El 10 de febrero de 1878, casi un año después de la muerte de Aguilera, representantes de los insurgentes cubanos y del gobierno español se reunieron en una granja abandonada en Camagüey para firmar un acuerdo para poner fin oficialmente a la guerra.[229] La lucha continuó por varias semanas más, ya que varios comandantes rebeldes se negaron a reconocer el acuerdo. La guerra, que duró diez años, costó innumerables vidas y representó las aspiraciones largamente pospuestas de los cubanos de liberarse del dominio español había terminado sin cumplir su objetivo.

Conocido como el Pacto del Zanjón, el acuerdo contenía pocas concesiones importantes de los españoles. Fue aceptado por los cubanos

[227] «The Late General Aguilera», *New York Evening Post.*
[228] «Aguilera's Burial», *New York Herald.*
[229] Louis A. Pérez Jr.: *Cuba between Empires*, p. 4.

porque, como señaló el historiador Louis A. Pérez Jr., era «el acuerdo más honorable a través del cual salir de una causa irremediablemente condenada al fracaso».[230] Como parte del acuerdo, los españoles prometieron instituir una serie de reformas en la manera en que se gobernaba la isla y perdonar a cualquiera que hubiera cometido delitos políticos desde 1868 o hubiera sido condenado por tales delitos, independientemente de si vivía dentro o fuera de la isla. El pacto también garantizaba la libertad a todos los esclavos y trabajadores contratados que se habían unido al Ejército Rebelde.[231]

La concesión de la amnistía por parte de los españoles significó que los cubanos neoyorquinos pudieran regresar a la isla, y muchos lo hicieron. Aunque el Pacto del Zanjón no mencionaba la disposición de las propiedades embargadas; muchos de los que regresaron lo hicieron con la esperanza de recuperar lo que habían perdido. Pero para aquellos cubanos neoyorquinos que eran obreros, tabaqueros, exesclavos y sirvientes contratados, trabajadores domésticos e incluso algunos inversionistas inmobiliarios y profesionales, la vida en Nueva York había significado nuevas oportunidades para mejorar sus vidas. No tenían nada que recuperar y nada que ganar al regresar a una Cuba devastada por la guerra.

Aún más, otros no regresaron porque no podían soportar hacerlo. Los que habían sufrido grandes pérdidas personales por el ideal de una Cuba libre no podían volver a vivir bajo el dominio español como si nada hubiera sucedido, como si no hubieran ocurrido diez años de tragedias devastadoras. Ese fue el caso de la viuda de Carlos Manuel de Céspedes, quien un mes después de la firma del pacto escribió lo siguiente en una carta a Carlos del Castillo:

> En cuanto a mí, ya tengo aceptado todo lo que pueda sucederme [...] pero someter los hijos de Carlos Manuel de Céspedes al yugo de los españoles y a la traición e infamia de los cubanos *¡jamás!* Primero nos moriremos de miseria en un país extranjero que residir llena de comodidades (como me han propuesto en estos días) en una tierra donde se han cometido tantos crímenes –¡no y mil veces no! Mi alma es muy fuerte para rebajarse a echarle una

[230] Ídem.

[231] H. Pichardo (ed.): *Documentos para la historia de Cuba*, vol. 1, pp. 403-404.

mancha al grande hombre de Cuba– grande por su *idea* y grande por su *martirio*.[232]

Ana de Quesada permaneció en Nueva York, donde crio a sus dos hijos. Ella seguía convencida de que su esposo había sido una víctima no de los españoles, sino de aquellos a quienes consideraba cubanos ingratos que lo traicionaron y luego lo abandonaron para que lo mataran.[233] Sus amargas palabras constituyen un epitafio sombrío para una guerra que aparentemente no había logrado nada excepto dejar un rastro de víctimas y cicatrices no solo en Cuba, sino también en Nueva York: «Y aunque siento un desprecio inaudito por la mayoría de los cubanos, y un odio irreconciliable por casi todos [...] es mi destino ser esposa y viuda del que se inmoló por el pueblo más miserable de la tierra».[234]

[232] Carta de Ana de Quesada a Carlos del Castillo, 12 de marzo de 1878, caja 305, Moses Taylor Papers. El énfasis es del original.

[233] En una carta, se refirió a Salvador Cisneros Betancourt –quien reemplazó a Céspedes como presidente–, como «el gran asesino de Carlos Manuel», y en la otra llama traidor al general Máximo Gómez. Cartas de Ana de Quesada a Carlos del Castillo, 8 de marzo de 1878 y 1ro. de marzo de 1878, caja 305, Moses Taylor Papers.

[234] Carta de Ana de Quesada a Carlos del Castillo, 27 de junio de 1878, caja 305, Moses Taylor Papers.

7
Las secuelas de la guerra y una comunidad cambiante

Los señores feudales cubanos que se lanzaron a la incierta aventura de independizar la Isla del despotismo español, no sólo vieron frustrados esos ideales en 1878, sino además se encontraron totalmente privados de sus preeminencias económicas, desplazados como terratenientes, muertos unos y arruinados los otros.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING: *13 conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana de 1895*, p. 15.

«CUENTA EL CHISME», reportó el *New York Times,* «que los regalos eran muchos y valiosos, pero que no estaban en exhibición».[1] Sin embargo, lo que sí estaba en exhibición en la boda de Leonor Aldama en una tarde de la primavera de 1879 era la posición social de su familia después de una década de residencia continua en Nueva York. Durante esa década se había librado y perdido una guerra por la independencia de Cuba. Pero apenas un año después de que el Pacto del Zanjón hubiera sellado el destino de ese largo y amargo conflicto, la posición del clan Aldama-Alfonso-Del Monte en la sociedad neoyorquina daba la impresión de no verse disminuida.

Leonor, la hija menor de Miguel Aldama, se casó con Joaquín Mier, un diplomático colombiano. La boda tuvo lugar en la abarrotada iglesia católica de St. Stephen, en la calle 28 entre Lexington y Tercera.[2] Fue oficiada por el cardenal John McCloskey y un séquito de más de una docena de sacerdotes, y asistida por cinco damas de honor y ocho edecanes. Entre ellos estaban María Mestre, hija de José Manuel Mestre, y el adolescente Leonardo del Monte (hijo), sobrino de la novia. Miguel Aldama, viudo en ese momento, entregó a la novia y organizó una recepción después de la boda para unos cuatrocientos

[1] «Married by the Cardinal», *New York Times*, 17 de abril de 1879, p. 5.

[2] La iglesia ahora se llama Our Lady of the Scapular and St. Stephen y la dirección de la oficina es 29th Street.

invitados en su casa en West 47th Street. La casa, comunicó el *Times*, «era una pérgola de flores y helechos».[3] Pocos días después, los recién casados partieron a una luna de miel en Europa a bordo de un barco de vapor de la línea White Star.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, a Miguel Aldama le fue difícil pagar los gastos de la boda y la luna de miel de su hija. Sus finanzas habían estado cayendo en picada durante varios años. Cuando terminó la guerra en 1878, podía haber regresado a Cuba, como lo hicieron muchos de sus compatriotas, para intentar recuperar sus propiedades embargadas, pero, en cambio, decidió quedarse en Nueva York para tratar de resucitar su refinería de azúcar de Brooklyn y su fortuna allí.

La construcción de la refinería de azúcar de Santa Rosa en Brooklyn había requerido la mayor parte del dinero que había sacado de Cuba y depositado en su cuenta con Moses Taylor. Con sus propiedades en la isla embargadas por los españoles al comienzo de la guerra, le era imposible reponer ese capital. La refinería nunca entró en pleno funcionamiento, ya que requería ulteriores inversiones que él no podía permitirse.[4] Para febrero de 1875, la refinería inactiva ya había acumulado una deuda de más de $120 000. Aldama había usado todo su crédito para comprar turbinas a un fabricante de Filadelfia en un esfuerzo inútil por iniciar en ella la producción. Hasta Moses Taylor dudaba en extenderle más crédito. El negocio de comestibles que su sobrino y yerno Leonardo del Monte había establecido en Nueva York con una inversión de $100 000 de Miguel quebró.[5]

La situación financiera de Aldama era tan crítica que uno de sus yernos, Isaac Carrillo, un abogado que también vivía en Nueva York y estaba casado con la segunda hija de Miguel, María de los Dolores *(Lola)*, tomó medidas para asegurar la «posición» de su esposa al reclamar una parte de lo que había sido la fortuna familiar al momento de la muerte de la esposa de Aldama, Hilaria Fonts, quien había fallecido unos años antes. Al afirmar que el dinero, alrededor de $6 000, era la herencia legítima de Lola, Carrillo dio lugar a un amargo conflicto con

[3] «Married by the Cardinal», *New York Times*, 17 de abril de 1879, p. 5

[4] «Acquired by a New Company», *New York Times*, 22 de agosto de 1889, p. 8.

[5] A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, pp. 123-127. La mayoría de las referencias a las finanzas de Aldama en este trabajo proceden del diario inédito de Isaac Carrillo, uno de los yernos de Aldama consultado por Álvarez Pedroso.

su suegro, lo que angustió mucho a Aldama, quien temía que la disputa pudiera hacerse pública y amenazar la posición social de la familia, que Miguel quería mantener. Nacido en la riqueza, el vástago del fabulosamente rico clan Alfonso-Aldama en Cuba, Miguel, no podía adaptarse a una vida de dificultades financieras e hizo lo que pudo para mantener un calendario social en Nueva York. Gastar lo poco que le quedaba en la boda de su hija era, sin duda, importante para mantener la apariencia de prosperidad. Incluso organizó un lujoso banquete en la ciudad en honor al general Antonio Maceo, que finalmente había depuesto las armas en Cuba después de protestar el Pacto del Zanjón. Pero tuvo que incumplir una promesa de $15 000 que le había hecho a Maceo como contribución a la renovación del esfuerzo de guerra.[6]

En 1885, seis años después de la boda, Miguel Aldama estaba literalmente sin un céntimo. Su único recurso era regresar a la isla para reclamar sus propiedades embargadas. Pero dada la experiencia de otros cubanos neoyorquinos de su clase social que regresaron inmediatamente después de la guerra para tratar de recuperar sus propiedades, las posibilidades de Aldama de reconstruir su fortuna en Cuba eran escasas. Con sus riquezas arraigadas en el azúcar y los ferrocarriles, los antiguos reformistas de La Habana que habían huido a Nueva York, al inicio de la guerra también habían visto disminuir sus cuentas financieras en la ciudad durante el conflicto. Ellos abrigaban la ilusión de que, con el final del conflicto, los españoles les devolverían sus propiedades embargadas o, al menos, recibirían una compensación por ellas. Pero eso no sucedió. El Pacto del Zanjón proporcionó una amnistía para los exiliados que regresaron, no compensación por el embargo, así que España no se sentía comprometida a devolver propiedades a quienes consideraba enemigos del gobierno colonial. Las reparaciones que se hicieron fueron limitadas y selectivas. Algunos hacendados, Cristóbal Madan y Máximo Mora, entre ellos, emplearían el resto de sus vidas y el dinero que les quedaba en prolongados litigios que buscaban una indemnización de España.

Aun si hubieran recuperado sus propiedades, la clase de los hacendados habría enfrentado enormes desafíos para que volvieran a ser productivas. La guerra había causado una destrucción generalizada en

[6] A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama*, p. 130.

la isla, la infraestructura era un desastre, y España buscó aliviar su deuda de guerra aumentando los impuestos sobre casi todo, incluso la tierra, las ventas y los alimentos y productos manufacturados importados.[7] Y eso no era lo peor para los hacendados. En 1884 los precios del azúcar cayeron a un mínimo histórico, en parte por la depresión que había comenzado el año anterior, pero también a causa de la llegada de una producción a gran escala de azúcar de remolacha de Europa. Dos años después, un decreto real que abolió la esclavitud dio un golpe final a los hacendados.

La desaparición de la clase de los hacendados azucareros tuvo un impacto duradero en el Nueva York cubano. Los orígenes mismos de la comunidad, como hemos visto, estaban vinculados al comercio del azúcar, y aquellos que vendían su azúcar en la ciudad ocuparon un lugar destacado entre los residentes o viajeros cubanos de Nueva York. El flujo constante de élites entre la isla y la ciudad, en la medida que los hacendados y los comerciantes de azúcar iban a Nueva York a vivir, a vacacionar y a gastar el dinero que habían depositado en sus cuentas en las casas mercantiles sirvió para crear la imagen de los cubanos como extranjeros prósperos, incluso aristocráticos, entre la mayoría de los neoyorquinos.

Eso cambió después de 1878, cuando el Nueva York cubano adquirió un carácter más proletario con el regreso a la isla de muchas élites y la caída de las fortunas del comercio del azúcar. El flujo de retorno a la isla no se limitó a los hacendados ansiosos por reclamar su propiedad. Hubo algunos intelectuales como Antonio Bachiller y Morales, que no poseían propiedades azucareras, sino que simplemente aprovecharon la disposición de amnistía del Pacto del Zanjón para regresar y pasar el resto de sus vidas en su país natal.

No todas las élites, por supuesto, regresaron. En general, aquellos que habían invertido en Nueva York el dinero que habían traído de Cuba se quedaron en la ciudad. En este capítulo veremos a dos familias prominentes, los Govín y los Angarica, que permanecieron en Nueva York y vivieron de sus importantes inversiones inmobiliarias en Manhattan.

También permanecieron en Nueva York los muchos cubanos de clase trabajadora y pobres que habían abandonado un país devastado

[7] L. A. Pérez Jr.: *Cuba Between Empires*, p. 20.

por la guerra y encontraron una vida mejor en Nueva York. Esto fue ciertamente así en el caso de los sirvientes y exesclavos que habían emigrado con sus patrones y amos. Y también era cierto para los artesanos y trabajadores, especialmente los torcedores de tabaco, quienes tenían pocas oportunidades esperándolos en Cuba.

Los resultados del censo decenal de Estados Unidos de 1880 reflejan el regreso de muchos cubanos a la isla y el comienzo de la tendencia hacia un Nueva York cubano más proletario. El número total de personas nacidas en Cuba enumeradas en lo que ahora son los cinco distritos de la ciudad fue de aproximadamente 2 100, una disminución de más de seiscientas personas respecto al censo de 1870. Si bien el número total de profesionales cubanos en la ciudad disminuyó en más del veinte por ciento, el número de tabaqueros aumentó de 226 en 1870 a casi cuatrocientos. También hubo aumento en las categorías de artesanos, trabajadores semicalificados y oficinistas.

La tendencia hacia la proletarización del Nueva York cubano también se manifestaba en un aumento de la población no blanca. Si bien el número de cubanos blancos en la ciudad disminuyó, el número de no blancos aumentó ligeramente. En 1870, los no blancos eran solo alrededor del nueve por ciento de todos los cubanos en Nueva York, pero en 1880 esa proporción aumentó al doce por ciento. El aumento, sin embargo, fue mucho más notable entre los torcedores de tabaco. En 1870 solo había nueve cubanos no blancos enumerados como tabaqueros, apenas el cuatro por ciento de todos los cubanos en esa ocupación. Sin embargo, una década después, uno de cada cinco fabricantes de tabacos cubanos no era blanco, y su número aumentó a setenta y seis.

Los tabaqueros no blancos tendían a vivir en casas racialmente segregadas concentradas en ciertas secciones de la ciudad, a diferencia del patrón residencial de los no blancos que eran camareros, cocineros, lavanderas y sirvientes, y que vivían en los hogares o en los vecindarios de la ciudad donde ellos proporcionaban esos servicios. Un grupo notable de afrocubanos, la mayoría de ellos tabaqueros, estaba en la manzana delimitada por Minetta Lane, West 3rd Street, Sixth Avenue y la calle MacDougal. Solo en esa manzana vivían diecisiete cubanos no blancos en siete pensiones diferentes, la mayoría de ellos en Minetta. Once de los cubanos eran tabaqueros, nueve

hombres y dos mujeres. Casi todas las pensiones tenían solo residentes no blancos (cubanos y no cubanos), con la excepción de una casa de huéspedes familiar predominantemente de blancos nacidos en los Estados Unidos en 122 West 3rd Street, donde un matrimonio de «mulatos» nacidos en Cuba, un camarero y una cocinera, vivía con sus hijos pequeños nacidos en Nueva York y la madre cubana del hombre. Sin embargo, esa casa de huéspedes racialmente mixta fue la excepción. Las otras casas en esa manzana eran exclusivamente blancas, lo que indica la continuación del patrón observado en el capítulo 5 con respecto al color de la piel y la residencia en Nueva York: mientras que muchos vecindarios no estaban segregados, las pensiones individuales casi siempre eran racialmente homogéneas. Esto significaba que los cubanos de clase trabajadora en Nueva York tenían más probabilidades de convivir con los de su propia raza que con compatriotas cubanos de una raza diferente.

Otro ejemplo de cómo los cubanos, en general, se ajustaban a las normas de segregación racial de la ciudad lo constituyó el enclave negro ubicado en las calles 32 y 33 entre las avenidas Sexta y Séptima. Quince cubanos no blancos vivían en lo que era casi exclusivamente un barrio negro. Entre los cubanos había cuatro torcedores de tabaco, tres sirvientes, un sastre, dos lavanderas y un pastelero. Ningún cubano blanco vivía en ese barrio.

Los tabaqueros, las costureras y los toneleros representaban el peldaño superior de la escalera ocupacional de los cubanos neoyorquinos no blancos. El patrón de estratificación racial observado en 1870 continuó en 1880. Solo un puñado de no blancos ejercían una ocupación profesional, comercial o de cuello blanco. La mayoría de los no blancos eran sirvientes, lavanderas, cocineros, camareros y porteros. Incluso había un «mulato» nacido en Cuba de dieciséis años en el Newsboys Lodging House (albergue para muchachos repartidores de periódicos) en 9 Duane Street, que albergaba a más de cien niños sin hogar, la mayoría de ellos blancos.[8] Sin embargo, el joven cubano no era un repartidor de periódicos, sino un limpiabotas.

[8] Para obtener información general sobre las casas de muchachos repartidores de periódicos, ver M. Touba: «Newsboys», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*, pp. 807-808. Para una novela de la época que muestra la vida

El censo de 1880 encontró a dos de los negros cubanos que tres años antes habían cargado el ataúd de Aguilera de la misa funeraria al Cementerio Marble. Ambos eran torcedores de tabaco. Ramón Romay, de treinta y cinco años, vivía con su esposa no cubana, Sarah, en los 40 West, mientras que Antonio Vidal, de cuarenta años, vivía con su esposa Cecilia en una casa de huéspedes en 127 West 27th Street.[9] Esa casa de huéspedes fue otra excepción al patrón de segregación racial. Los Vidal y otro tabaquero cubano no blanco y su familia vivían con varias familias no cubanas de clase trabajadora, todos blancos.

Al otro lado de la calle West 27th enfrente de los Vidal, en el número 128, había una casa de huéspedes que fue escenario de un asesinato el cual, en muchos sentidos, recordaba el caso de Félix Sánchez veinticinco años antes. Al igual que el crimen de Sánchez, el asesinato en la calle 27 puso de manifiesto las difíciles confluencias de raza, nacionalidad, crimen y justicia en la ciudad de Nueva York.

Algo después de las diez en punto de la noche del 20 de junio de 1884, muchos de los residentes de una atestada casa de viviendas predominantemente negra en 128 West 27th Street corrieron escaleras arriba del edificio después de escuchar una serie de disparos provenientes del cuarto piso. Vieron lo que el *New York Herald* describió como un «mulato con la cabeza descubierta» y con una pistola y gritando en un idioma extranjero. El hombre bajó corriendo las escaleras, siguió más allá de la multitud y salió a la calle, donde desapareció. Arriba, en una habitación, yacía el cuerpo de una «mujer bonita de color» llamada María Williams, cuyo esposo, Munroe Williams, estaba de pie sobre ella, temblando. Le habían atravesado el corazón.[10]

Más tarde esa noche, el detective James Price del Vigésimo Noveno Precinto, basándose en la información que obtuvo de los

---

en Nueva York de los muchachos sin hogar y los refugios que los albergaban, ver H. Alger (jr.): *Ragged Dick*.

[9] Los dos estuvieron entre los portadores no oficiales del féretro de Aguilera identificados por su hijo. E. Aguilera Rojas: *Francisco V. Aguilera y la revolución de Cuba de 1868*.

[10] «Shot through the Heart», *New York Herald*, 21 de junio de 1884, p. 3.

vecinos de la señora Williams, estaba vigilando una «casa de huéspedes cubanos» en 70 Spring Street cuando su sospechoso entró en el edificio. Lo siguió, pero no lo encontró en el piso superior, donde había varios cubanos jugando a las cartas. El detective se subió al techo a través de la ventana abierta de un dormitorio, y allí estaba el hombre que buscaba, tratando de escapar. Después de resbalar sobre el techo de tejas y casi caer del edificio, Price detuvo al hombre y lo llevó a la estación del precinto, donde fue encerrado hasta ser encausado al día siguiente ante el tribunal Jefferson Market Police Court.[11]

El sospechoso de asesinato fue identificado como Miguel Chacón, un tabaquero cubano de veinte años que había estado viviendo en la ciudad durante tres años. Los informes de la prensa rápidamente rectificaron la descripción anterior de él como un «mulato». El *New York Times* describió a Chacón como «de mediana estatura [...] y negro como el ébano», mientras que el periodista del *New York Herald* lo encontró «fuerte [...] y muy oscuro».[12] Las siguientes historias en la prensa describieron a Chacón como «negro como el carbón», «un etíope corpulento» y con una tez «lo más negro que es posible describir».[13]

La víctima, María Williams, era una mujer cubana «de color» que estaba casada con un camarero «de color» no cubano llamado Munroe Williams.[14] Los Williams habían estado casados durante casi siete años cuando se separaron y el marido aceptó varios trabajos temporales fuera de la ciudad, principalmente en Virginia y Connecticut. En el momento de su separación, casi seis meses antes del asesinato, los Williams tenían alquilado todo el cuarto piso de la casa en la calle 27, vivían en una de las habitaciones y alquilaban las otras seis a huéspe-

[11] «The Cuban Murderer», *New York Times*, 22 de junio de 1884, p. 14; y «Deadly Peril on a Roof», *New York Herald*, 22 de junio de 1884, p. 12.

[12] «Deadly Peril on a Roof», *New York Herald.*

[13] «Shot by Her Paramour», *New York Times*, 22 de noviembre de 1884, p. 5; «Trying a Negro Murderer», *New York Herald*, 25 de noviembre de 1884, p. 5; y «Miguel Chacón's crime», *New York Times*, 4 de julio de 1886, p. 3.

[14] «Miguel Chacun's [sic] Great Crime», *New York Herald*, 26 de noviembre de 1884, p. 4; y «Chacon Pays the Last Penalty», *New York Herald*, 10 de julio de 1886, p. 6.

des. María continuó el negocio de la casa de huéspedes después de la partida de su esposo.[15]

Uno de los huéspedes era Miguel Chacón, y él y María se involucraron sentimentalmente y empezaron a vivir como pareja en la casa de huéspedes; Chacón incluso compró muebles para las habitaciones y la cocina. Seis meses después de la separación, y sin haber enviado dinero a su esposa durante su ausencia, Munroe Williams decidió regresar y María le pidió a Miguel que se mudara.

El día del asesinato, Chacón regresó varias veces a la casa de huéspedes para recoger sus pertenencias. En el juicio, todos los testigos declararon que era un día tenso. Munroe Williams ya se había mudado a la casa y los dos hombres discutieron fuertemente en la cocina. Chacón sostuvo en su juicio que el esposo lo había amenazado con un cuchillo. Cuando el cubano regresó por última vez esa noche, traía un arma. En el pasillo del cuarto piso, él y Munroe discutieron nuevamente y Chacón disparó tres tiros en la dirección donde se encontraban Munroe y María. Uno de los disparos atravesó el corazón de María, y la mató instantáneamente.

Como Chacón había llevado una pistola a la casa de huéspedes, el fiscal del distrito lo acusó de asesinato en primer grado. Cinco meses después, Chacón fue juzgado en el New York Court of General Sessions. El juicio fue cubierto por todos los periódicos importantes de la ciudad. Un triángulo romántico que llevó a la muerte de la mujer fue una historia sensacional, aún más convincente por una cierta simpatía que surgió hacia el acusado. Durante el juicio, el esposo, que había abandonado a su esposa durante meses, parecía distante e indiferente al relatar los detalles del crimen. Chacón, por otro lado, había estado apoyando financieramente a la víctima durante esos meses, y durante el juicio parecía angustiado y arrepentido. En un momento de su testimonio, su abogado le preguntó si tenía la intención de dispararle a María cuando regresó a la casa de huéspedes, a lo que respondió a través de un intérprete: «No señor; yo la amaba».[16]

[15] Además de los reportajes de prensa, los detalles del caso pueden encontrarse en la transcripción del juicio de Chacón: Court of Appeals: *The People of the State of New York against Miguel Chacon*.

[16] Ibíd., p. 104.

El juicio duró tres días, y después de tres horas de deliberaciones, el jurado emitió un veredicto de culpabilidad. El periodista del *New York Times* señaló que Chacón «tomó el resultado con frialdad, y no pareció importarle qué dirección tomaba el veredicto».[17] El periodista del *Herald* observó que el condenado estaba «impasible».[18] Solo tres días después, se trasmitió la sentencia: muerte por ahorcamiento. El prisionero fue enviado a la prisión de la ciudad The Tombs (Las Tumbas), donde, según notó el *New York Herald*, fue puesto en la misma celda que cuatro años antes había ocupado Pietro Balbo, un joven inmigrante italiano ejecutado por asesinar a su esposa en un ataque de celos, un caso que también llamó la atención de los neoyorquinos.[19]

La ejecución se retrasó por las apelaciones. Unos doscientos ciudadanos, encabezados por un tal Antonio González, enviaron una petición al gobernador David Hill solicitando que se conmutara la sentencia a cadena perpetua, aduciendo que el asesinato había sido un accidente, el resultado de una disputa entre rivales y no un crimen premeditado que mereciera la ejecución.[20] La petición fue rechazada, así como todas las apelaciones legales, y la ejecución se fijó para el 9 de julio de 1886, dos años después del asesinato de María Williams.[21]

La cobertura de prensa en los días previos a la ejecución simpatizaba abiertamente con Chacón y criticaba la sentencia de muerte. Se dio amplia cobertura al intento de Chacón de cortarse las muñecas con una navaja el 30 de junio y la posterior vigilancia por riesgo de suicidio impuesta por los funcionarios de la prisión. «Knife better than the rope» (Cuchillo mejor que la soga) fue el titular del *Herald*.[22] El *New York Times* publicó un detallado reportaje sobre el caso basado en entrevistas a Chacón, el carcelero y los abogados involucrados en

[17] «Chacon Guilty of Murder», *New York Times*, 26 de noviembre de 1884, p. 5.

[18] «Miguel Chacun's [sic] Great Crime», *New York Herald*.

[19] «To Be Hanged on January 16», *New York Herald*, 29 de noviembre de 1884, p. 6.

[20] «Asking Chacon's Life», *New York Herald*, 30 de junio de 1886, p. 3.

[21] «A Life for a Life», *New York Herald*, 18 de mayo de 1886, p. 9.

[22] «Knife Better Than the Rope», *New York Herald*, 1ro. de julio de 1886, p. 9; y «Chacon's Knife Cut», *New York Herald*, 2 de julio de 1886, p. 9.

el caso.[23] El artículo repetía la afirmación de que Chacón se sintió amenazado por el marido de María y había actuado en defensa propia, pero que en el último instante María entró en la línea de fuego. Los abogados entrevistados por el *Times* expresaron su «gran asombro» por el resultado del juicio. El escritor del *Times* argumentó que «la incapacidad de Chacón para lidiar con el idioma inglés y el hecho de que no tenía amigos para interceder por él pesó mucho en su contra en el juicio». El guarda de la prisión de The Tombs, Finn, dijo que «Chacón nunca le ha ocasionado problemas a él o a los guardianes, sino que se ha comportado como debe hacerlo un joven bien intencionado e inteligente».[24] El director fue aún más lejos en su apoyo a Chacón cuando le dijo al *Times* que «el hecho de que sea un extranjero sin amigos es la razón por la que no puede salvarse. Un hombre con influencia [...] ciertamente, podría haber logrado que conmutaran su sentencia si se conocieran todos los hechos».[25] El guarda Finn, según el *Times*, «no está ansioso por ver construir el cadalso».[26]

El *Daily Tribune* también publicó un reportaje que simpatizaba con Chacón, repitió su explicación del crimen e incluso señaló que el detective Price, que originalmente arrestó a Chacón, había visitado al prisionero.[27] Otros visitantes a la celda del condenado incluyeron reporteros, un sacerdote, quien ofició una misa y dio la comunión a Chacón, dos monjas y Ramón Rubiera, identificado como el editor del periódico en español *La República* y secretario de la Confederación Nacional de Tabaqueros Cubanos.[28] Ahora ya no había esperanza para Chacón: el gobernador había anunciado que no intervendría para salvar su vida.[29] Todos los principales periódicos de la ciudad relataron

[23] «Miguel Chacon's Crime, How He Has Come to Be under Sentence of Death», *New York Times*, 4 de julio de 1886, p. 3.

[24] Ídem.

[25] «Chacon Resigned to His Fate», *New York Times*, 5 de julio de 1886, p. 8.

[26] Ídem.

[27] «Chacon's Last Hope Gone», *New York Daily Tribune*, 7 de julio de 1886, p. 8.

[28] «Two Days More for Chacon», *New York Times*, 7 de julio de 1886, p. 8; «Chacon's Last Hope Gone», *New York Daily Tribune*, 7 de julio de 1886, p. 8; «Chacon Still Unmoved», *New York Daily Tribune*, 8 de julio de 1886; y «Has Become Very Devout», *New York Times*, 8 de julio de 1886, p. 8.

[29] «Chacon Must Die», *New York Times*, 6 de julio de 1886, p. 1.

en detalle las actividades y el estado de ánimo del prisionero durante las veinticuatro horas previas a la ejecución; el *New York Sun* colocó la historia en la primera plana.[30]

Había catorce reporteros presentes en la mañana del 9 de julio de 1886, cuando Chacón, con un traje de prisión negro, camisa blanca y corbata negra, fue llevado desde su celda a la horca erigida en un patio en el lado de The Tombs de la calle Elm.[31] A pesar de una considerable presencia policial, desplegada precisamente para mantener a los curiosos a distancia, los espectadores llenaron las calles, y los vecinos de la prisión colmaron las ventanas que daban al patio para tener una mejor vista de la ejecución.[32] Después de la caída, a las siete y cuarenta y cinco de la mañana, Chacón tardó unos tres minutos en morir.[33] El cuerpo fue reclamado por su tío de avanzada edad, Manuel López, quien el día anterior le había dicho al sacerdote encargado del prisionero que no tenía dinero para pagar el funeral. El sacerdote, el padre Byrnes, le aseguró que la Iglesia se encargaría del entierro, y él y López acompañaron al coche fúnebre que llevaba el cuerpo al Cementerio Calvary, el cementerio diocesano de Queens.[34]

En los relatos que aparecieron ese día, la mayoría de los reporteros escribieron notas que simpatizaban con la historia de Chacón, con la excepción del reportero del *Sun*, que terminó su reportaje con el siguiente párrafo: «Miguel Chacón era un negro ignorante, nacido en Cuba hace veintiún años. Llegó a Nueva York hace seis años y trabajó en su oficio de tabaquero [...]. El anciano capitán Finley dijo que este era el trigésimo séptimo ahorcamiento en The Tombs desde 1850 [...]. Ayer

[30] «Chacon's Last Night», *New York Times*, 9 de julio de 1886, p. 2; «Not Far from the Gallows», *New York World*, 9 de julio de 1886, p. 8; «Chacon Ready to Die», *New York Herald*, 9 de julio de 1886, p. 3; «Chacon Must Die To-Day», *New York Sun*, 9 de julio de 1886, p. 1; y «Chacon Ready for Death», *New York Daily Tribune*, 9 de julio de 1886, p. 8.

[31] «Chacon Pays the Penalty», *New York Times*, 10 de julio de 1886, p. 8; «Chacon Hanged Decently», *New York Sun*, 10 de julio de 1886, p. 1; y «Chacon Must Die To-Day», *New York Sun*.

[32] «Chacon Pays the Penalty», *New York World*, 10 de julio de 1886, p. 8.

[33] «Miguel Chacon Hanged», *New York Daily Tribune*, 10 de julio de 1886, p. 8.

[34] «Chacon Ready for Death», *New York Daily Tribune*; «Chacon Pays the Last Penalty», *New York Herald*, 10 de julio de 1886, p. 6; y «Miguel Chacon Hanged», *New York Daily Tribune*, 10 de julio de 1886, p. 8.

se utilizó un peso más pesado que anteriormente. Se halló que funciona muy bien. Las posibilidades de estrangulamiento son menores con un peso pesado».[35]

Al igual que Gonzalo Aldama, que se suicidó en 1845, y Félix Sánchez, que fue internado en un manicomio durante el resto de su vida, la historia de Miguel Chacón en Nueva York terminó trágicamente, como, sin duda, también terminó la historia de muchos otros cubanos que llegaron a la ciudad con la esperanza de vivir como no podían hacerlo en Cuba. Otros también encontrarían un destino similar a medida que el Nueva York cubano se transformaba en la década de 1880 en una comunidad más permanente y diversa, ya que muchos miembros de las élites habían regresado a la isla para tratar de reclamar sus propiedades.

Félix Govín y Pinto y su hermano José estaban entre los cubanos que vivían en Nueva York y que en 1871 presentaron demandas contra el gobierno español por la confiscación de sus propiedades durante la guerra.[36] Los Govín eran descendientes de inmigrantes franceses que se establecieron en La Habana a principios del siglo XVIII; venían de Villefranche-sur-Mer, al este de Niza, y posteriormente aprovecharon la revolución azucarera para adquirir propiedades en la región de Matanzas.[37] Como era típico de la élite hacendada de la isla, la familia tenía una larga historia de contacto con la ciudad donde vendían su azúcar, como lo demuestran sus apariciones repetidas en las listas de pasajeros de barcos que llegaban a Manhattan desde Cuba. El 22 de marzo de 1853, por ejemplo, Félix Govín y sus hijos, Benigno y Félix, llegaron a la ciudad a bordo del *Crescent City* desde La Habana.[38] También sabemos que visitó Nueva York en 1865 y nuevamente en 1866 con su hermano José.[39] En 1867, antes de que comenzara la guerra, José se convirtió en ciudadano estadounidense, al igual que

[35] «Chacón Hanged Decently», *New York Sun.*

[36] «The American and Spanish Claims», *New York Times*, 5 de junio de 1871, p. 1.

[37] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 2, pp. 185-192.

[38] «Arrival of the Crescent City», *New York Times*, 22 de marzo de 1853, p. 6.

[39] «Passengers Arrived», *New York Times*, 6 de noviembre de 1865, p. 8; y «Passengers Sailed», *New York Times*, 30 de agosto de 1866, p. 5.

la hija de Félix, Luciana.[40] El hermano menor de Félix, Rafael, que aparentemente había sido enviado a Nueva York mucho antes para manejar los asuntos comerciales de la familia, se hizo ciudadano estadounidense en 1858.[41]

Los Govín, por lo tanto, siguieron el patrón de tantos hacendados azucareros cubanos que vivían vidas transnacionales, y consideraban a Nueva York como su segunda casa, viajaban allí repetidamente e incluso establecían residencias en la ciudad. También eran típicos de su clase en que el estallido de la guerra en 1868 resultó en una migración mucho más definitiva de familias enteras desde Cuba y una presencia más permanente en Nueva York. Félix y su esposa aparecen en la lista de pasajeros del *Eagle*, que llegó a Nueva York el 15 de abril de 1869, en pleno apogeo del éxodo de las élites de Cuba. Un gran número de los Govín, incluido José, llegaron a la semana siguiente, el 21 de abril, a bordo del *Morro Castle*.[42]

Sin embargo, a diferencia de muchos de los otros hacendados azucareros en Nueva York, Félix Govín no regresó a Cuba después de la guerra para intentar recuperar sus propiedades. Sus esfuerzos legales para obtener compensación continuaron, pero desde Nueva York, donde acumuló una fortuna considerable con inversiones inmobiliarias. Tal vez anticipando la debacle en la industria azucarera, o porque se daba cuenta de la inutilidad de los reclamos contra España, decidió quedarse donde sus activos quizás habían excedido el valor de las propiedades de su familia en Cuba. Mientras que muchos otros cubanos neoyorquinos consumieron durante la guerra sus cuentas en las casas mercantiles, Govín compraba propiedades rentables en Manhattan, inversiones que resultaron mucho más seguras que la empresa de refinería de Aldama en Brooklyn. Al final de la guerra, Govín era posiblemente el cubano más rico de Nueva York.

Debido a una disputa legal sobre su testamento, existe un excelente historial de las propiedades inmobiliarias de Félix Govín en la ciudad. Cuando Félix murió, en mayo de 1891, el valor de su patrimonio se estimó según reportes de prensa entre $400 000 y $600 000.[43]

[40] *New York Petitions for Naturalization.*

[41] Ídem.

[42] *New York Passenger Lists, 1851-1891.*

[43] «At Law for a Big Estate», *New York Times*, 1ro. de julio de 1891, p. 8.

Esa demostró ser una estimación por lo bajo. Él hizo un testamento en 1881 y luego lo modificó en 1887 después de la muerte de su esposa Mercedes. El testamento enmendado dejaba el patrimonio completo, después del pago de ciertas obligaciones, a sus herederos (y los de Mercedes). Un tercio fue para su hija Luciana, otro tercio para uno de sus hijos y otro tercio para los hijos de otro de sus hijos. Sin embargo, el testamento estipulaba un pago de $20 000 y una casa en la ciudad para cada uno de los tres hijos de una mujer llamada Luz Díaz.[44] La mujer se presentó después de la muerte de Félix y obtuvo representación legal para objetar el testamento, alegando que ella era Luz Díaz Govín, viuda de Félix, y por tanto tenía derecho a un tercio del patrimonio. Los hijos de Govín con Mercedes, encabezados por Luciana, la mayor, respondieron con una petición de sucesión, y rechazaron la afirmación de que Luz alguna vez había estado casada con su padre.

El hecho de que Félix Govín tenía una relación e hijos con Luz Díaz, se infiere no solo del testamento, sino también por el censo de 1870, que enumeró a Félix en dos hogares, ambos en el Vigésimo Primer Distrito de Enumeración. En uno aparece enumerado con su esposa, Mercedes, y varios de sus nietos. Su edad se informó como cincuenta y cuatro años. En el otro hogar, su edad aparecía como cincuenta y cinco años y los otros miembros del hogar eran Luz Díaz Govín, de veintiocho años de edad, y tres hijos, dos niñas y un niño, con edades comprendidas entre uno y siete años, todos con apellido Govín, y todos nacidos en Cuba. El nombre del niño aparece como Félix.[45]

En el censo de 1880, Félix Govín se enumeró en una sola casa, en la misma dirección de 1870, 54 West 37th Street, en el Vigésimo Primer Distrito de Enumeración, con su esposa Mercedes, su hija Luciana y su esposo, Ramón Miranda (un médico), así como las tres hijas de Luciana. También en el hogar vivían su nuera, también llamada Mercedes, y sus tres hijos con Félix, el hijo de Govín, que no figuraba en el hogar y ya había fallecido.[46] Presumiblemente, esos tres nietos son los que heredaron un tercio de la propiedad de su abuelo, ya que

[44] Ídem.

[45] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census*.

[46] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census*.

el otro hijo de Félix padre, Benigno, todavía estaba vivo y, de hecho, se hizo ciudadano estadounidense en Nueva York en 1877, y dio su dirección como 54 West 37th Street en el formulario de naturalización.[47]

Luz Díaz también vivía todavía en el Vigésimo Primer Distrito de Enumeración en 1880 con sus tres hijos, que ahora tenían entre diez y diecisiete años. Ya ninguno de ellos, incluido Luz, llevan el Govín en sus nombres. Luz informó que ella era la jefa del hogar, y su estado civil aparece como «viuda». Sin embargo, su formulario del censo tiene un elemento adicional de información que estuvo disponible por primera vez en 1880: el lugar de nacimiento de los padres de los encuestados. Aunque Luz aparece en 1870 y 1880 como «blanca», informó que mientras su madre nació en Cuba, el lugar de nacimiento de su padre era África, un dato que, colocado en el contexto del siglo XIX, arroja una luz diferente sobre la naturaleza de su relación con Félix Govín, un hacendado, una relación que evidentemente comenzó en Cuba, ya que los hijos de Luz nacieron allí.[48]

El 10 de agosto de 1891, casi tres meses después de la muerte de Félix Govín, el administrador transitorio de su patrimonio designado por el tribunal, Frederick Lewis, convocó a todas las partes en disputa sobre el testamento en las bóvedas de la Mercantile Safe Deposit Company en 120 Broadway para presenciar la apertura de la caja que Félix tenía allí. Los abogados de Luz Díaz habían argumentado con éxito, por encima de las objeciones de Luciana Govín, que ellos y Luz deberían estar presentes para la apertura de la caja, ya que Luz alegó que vio personalmente a Félix colocar su certificado de matrimonio en la caja poco después de casarse después de morir Mercedes. Lewis abrió la caja y no encontró papel alguno que certificara un matrimonio entre Félix y Luz, lo que llevó a esta a decirle al periodista del *Times* que creía que el documento había sido «extraído de la caja de una forma u otra».[49] Lo que sí encontró Lewis, y mantuvo en la caja para su posterior disposición, fueron unos $600 000 en acciones y bonos, hallazgo que sirvió para revisar al alza en una buena cantidad la esti-

[47] *New York Petitions for Naturalization.*

[48] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census.*

[49] «At Law for a Big Estate», *New York Times.*

mación del valor del patrimonio de Félix, ya que se sabía que poseía una considerable cantidad de bienes raíces en la ciudad.[50]

Esas propiedades inmobiliarias se detallaron en la demanda que Luz Díaz, usando el nombre Luz Díaz Govín, presentó en la Corte Suprema del Condado de Nueva York el 3 de septiembre de 1891, contra los herederos del patrimonio: Luciana y su hermano Benigno, y sus sobrinos, los hijos de Félix (hijo). La demanda pide a los demandados que rindan cuentas de todas las «rentas y ganancias» que se estaban recibiendo de al menos veintiuna propiedades en el patrimonio de Félix, y reclamaba un tercio del valor anual de las ganancias de estas. Catorce de las propiedades estaban agrupadas en el área de la ciudad donde Govín había vivido con Mercedes y sus hijos: al lado oeste de Manhattan entre las calles 23 y 38, y las avenidas Sexta y Décima. Las otras se encontraban dispersas por toda la ciudad, desde Centre Street al centro de la ciudad y llegaban tan lejos como la zona residencial en 59 y Lexington, incluyendo una propiedad en St. Mark's Place.[51]

El hecho de que Luz no haya podido presentar ninguna prueba de un matrimonio con Félix, así como el hecho de que sus hijos, asumidos como ilegítimos según la ley, fueron «generosamente recordados en el testamento» (como informó el *Times*) con $20 000 y una casa para cada uno, debilitó su caso para impugnar el testamento.[52] Dos meses después de presentar la demanda, ella la retiró y el testamento fue declarado válido y entró en el tribunal de sucesión en el Surrogate Court. Ella le dijo al reportero del *Times* que tomaría medidas para establecer su derecho a la dote, o sea, al soporte vitalicio como viuda de los ingresos de las propiedades de Félix.[53] No existe constancia de que haya proseguido con tal acción o de que alguna vez recibió

[50] «The Contract Missing», *New York Times*, 16 de agosto de 1891, p. 12.

[51] Luz Díaz Govín, Demandante, v. Luciana Govín de Miranda *[et al.]*: Demandados, presentada por los abogados de la demandante, Donohue, Newcombe y Cardozo, en la Supreme Court of New York County, Ciudad de Nueva York, 3 de septiembre de 1891, Old Records Division, New York County Courts, números de referencia: 1891 # G-44 a 1891 # G-64.

[52] «At Law for a Big Estate», *New York Times.*

[53] «City and Suburban News», *New York Times,* 22 de noviembre de 1891, p. 3.

dinero del patrimonio, excepto lo que le fue otorgado a sus hijos en el testamento.

Aunque Félix Govín había intentado obtener una restitución o compensación por parte de los españoles por la pérdida de sus propiedades en Cuba, la guerra lo llevó a realizar algunas inversiones permanentes en el suelo rocoso de Manhattan. Pudo haber regresado a la isla después de la guerra, pero decidió quedarse donde había amasado una fortuna sustancial. Félix, Mercedes y Luciana están enterrados en el Cementerio Green-Wood en Brooklyn.[54]

El caso de Govín fue característico de la transición que experimentó el Nueva York cubano como resultado del conflicto de 1868-1878. Antes de la guerra, la fuente de riqueza de las élites cubanas estaba en Cuba, como hacendados o importadores de productos agrícolas, especialmente azúcar, producidos en la isla. Viajaban con frecuencia entre La Habana y Nueva York e incluso mantenían casas en Manhattan. La guerra obligó a un movimiento más permanente a Nueva York y también destruyó su fuente de riqueza en Cuba. Algunos simplemente esperaron a que la guerra terminara para poder regresar a la isla, pero otros desarrollaron su vida en su nueva ciudad, e invirtieron su dinero (como lo hizo Govín) o su trabajo (como lo hicieron los torcedores de tabaco) con un interés permanente en Nueva York. De ahora en adelante, la presencia cubana en Nueva York sería más estable, con generaciones posteriores de cubanos que consideraban a la ciudad su hogar y planeaban entierros en el Cementerio Green-Wood.

Enterrada no lejos de los Govín en el Cementerio Green-Wood, se encuentra otra familia que se instaló permanentemente en Nueva York después de abandonar la isla en 1869 a raíz del conflicto. Su parcela de enterramiento es más imponente que la de los Govín: tiene una estructura esculpida en piedra de nueve pies de altura con una figura pensativa vestida con una túnica y colocada sobre un pedestal. La parte frontal del pedestal presenta de manera sobresaliente el símbolo masón de una escuadra y un compás con la letra *G* en el centro. A cada lado del pedestal hay representaciones talladas de la

[54] «Green-Wood Cemetery», <www.green-wood.com>.

palma real cubana. Es la tumba de Joaquín García Angarica, y está rodeada por las de su familia y descendientes, algunos de ellos sepultados bien entrado el siglo XX, todos comparten espacio en la parcela funeraria de la Logia Masónica Estrella de Cuba.

Joaquín ya tenía más de setenta años cuando salió de Cuba durante el éxodo de 1869, acompañado por su numerosa familia a bordo del *Morro Castle*, que llegó a Nueva York el 13 de marzo.[55] También trajo consigo a un «sirviente doméstico» negro y dos chinos, que aparecen con el apellido Angarica en el censo de 1870. Toda la familia, en 308 West 27th Street, incluía veintiuna personas, entre ellas dos empleadas domésticas adicionales, ambas irlandesas. La familia se amplió a través del matrimonio de una de las hijas de Joaquín, Lutgarda, con un hombre con el apellido de la Rúa. Muchos de los miembros de la familia tenían ese apellido.[56] Joaquín tuvo varias hijas, pero aparentemente solo dos hijos, uno de ellos, José, que no tenía hijos propios. Los herederos de Joaquín fueron los muchos hijos de sus hijas y yernos.

Joaquín y José aparecen ante la Comisión Conjunta de los Estados Unidos y España como demandantes en 1871 en relación con la pérdida de propiedades en Cuba.[57] Poseían propiedades en Matanzas, en el área de Colón. Pero ya en 1853, Joaquín se convirtió en ciudadano de los Estados Unidos, dando como su domicilio otra casa en la calle 27, prueba de su larga conexión con la ciudad, y tal vez una señal de que había comenzado a comprar bienes raíces en Manhattan, mucho antes de que empezara la guerra en 1868.[58] Unos años después de ser enumerado en 1870, Joaquín residía en 332 West 38th Street, mientras que José vivía en 320 West 23rd Street.[59] Otra evidencia de sus inversiones en bienes raíces es que durante muchos años después de la muerte de Joaquín y José, en 1878, Lutgarda y otros herederos estuvieron involucrados en transacciones de bienes inmuebles de la propiedad de Joaquín, algunas de las cuales tuvieron lugar

[55] *New York Passenger Lists, 1851-1891.*

[56] U. S. Bureau of the Census: *1870 United States Federal Census.*

[57] «The American and Spanish Claims», *New York Times*, 5 de junio de 1871, p. 1.

[58] *New York Petitions for Naturalization.*

[59] «Joaquin G. De Angarica», *New York Times*, 6 de marzo de 1878, p. 4; y «Burial of An Eminent Mason», *New York Times*, 18 de noviembre de 1878, p. 8.

hasta 1902.[60] Pero el legado que dejaron Joaquín y José García Angarica en Nueva York radica principalmente en su participación en las logias masónicas. El anciano García Angarica había sido un masón de toda la vida en Cuba, pero debido a su avanzada edad fue menos activo en Nueva York que José, quien se unió a la City Lodge no. 408 inmediatamente después de su llegada. Tres años después, logró reunir a los masones cubanos de la ciudad para formar la Logia Estrella de Cuba, donde se desempeñó como Maestro hasta su muerte prematura en 1878 a los cuarenta años, solo ocho meses después de la muerte de su padre.[61] Al momento de su muerte, José había alcanzado el trigésimo segundo grado, Príncipe Sublime del Real Secreto, el segundo nivel más alto dentro de la jerarquía de la masonería. Su funeral estuvo cargado de rituales masones.[62]

El hecho de que José García Angarica pudiera establecer la Logia Estrella de Cuba da fe de la continuada importancia de la masonería entre los cubanos en Nueva York. Como se señaló en el capítulo 3, un cubano, Andrés Cassard, en 1855 estableció la Logia Fraternal no. 387 en Nueva York, la primera logia en idioma español en los Estados Unidos. Sin duda, el conflicto de 1868 sirvió para incrementar las filas de los masones entre los cubanos en la ciudad, dada la importancia de los masones entre los orientales que iniciaron el conflicto (ver capítulo 4).

Los restos de diez Mora y varios miembros de su familia política están enterrados en una gran parcela familiar en Green-Wood. El primero fue enterrado antes de comenzar la guerra, en 1865, y el último en 1943, lo que demuestra la larga presencia de la familia en la ciudad.[63] Pero José María Mora, quien enfrentó la ruina financiera debido a su generoso apoyo para el equipamiento de las expediciones durante la guerra (ver capítulo 6) no está enterrado en Green-Wood, ni aparece

[60] «Joaquin G. De Angarica», *New York Times*, 6 de marzo de 1878, p. 4; y «Burial of An Eminent Mason», *New York Times*, 18 de noviembre de 1878, p. 8.

[61] «Funeral of Joaquín G. De Angarica», *New York Times*, 7 de marzo de 1878, p. 8; y «Burial of an Eminent Mason», *New York Times*.

[62] «Burial of an Eminent Mason», *New York Times*.

[63] «Green-Wood Cemetery», <www.green-wood.com>.

entre los enumerados en Nueva York en el censo de 1880.[64] Aparentemente, su situación financiera lo obligó a él y a la mayoría de los miembros de su familia inmediata, a salir de Nueva York. Sabemos por informes periodísticos que murió en Río de Janeiro en 1892, donde vivían dos de sus hijos, Isabel y Enrique. Otros dos hijos, María Josefa y Alberto, vivían en Europa al momento de la muerte de José María.[65] Pero sus dos hijos mayores, José María y José Manuel, permanecieron en Nueva York. En 1880, cuando ambos tenían treinta y tantos años, el censo los encontró viviendo como huéspedes en una casa en 38 West 28th Street, lejos del antiguo vecindario en las calles East 12th y 13th, donde los Mora habían estado comprando bienes raíces desde la década de 1850. El hecho de que su padre haya quedado arruinado es sugerido no solo por su condición de huéspedes, sino también por el hecho de que aparentemente no vivían de activos heredados, sino de la profesión que informaron en el censo de 1880: fotógrafos. Los hermanos Mora tenían un estudio fotográfico muy popular en 707 Broadway. Entre sus clientes estaban el presidente Chester Arthur y William Cullen Bryant.[66]

Algunos miembros del clan Mora aún conservaban después de la guerra una cierta solvencia financiera que les permitió continuar residiendo en el antiguo vecindario. Según el censo de 1880, Antonio Máximo Mora y José Antonio Mora todavía vivían en las mismas casas que en 1870: el primero en 220 East 12th Street, y José Antonio, su esposa Josefina y sus hijos en 235 East 13th Street.

No resulta sorprendente que Cirilo Villaverde y Emilia Casanova no regresaran a Cuba después de la guerra. El matrimonio militante, que había sido tan destacado durante la guerra como pesadilla de los aldamistas y los principales voceros de una posición intransigente frente al colonialismo español (véase el capítulo 6), habían vivido en Nueva

[64] Ver en el capítulo 7 un extracto de una carta que Domingo Goicouría envió a su hija sobre el estado de ruina de las finanzas de su cuñado, después de que José María Mora financió la fallida expedición del *Lillian*.

[65] «To Contest for the Mora Claim», *New York Daily Tribune*, 3 de agosto de 1895, p. 7.

[66] «Vanderbilt's New House», *New York Times*, 8 de marzo de 1882, p. 2.

York desde la época anexionista, cuando Cirilo tuvo que salir de la isla debido a su papel en las expediciones de Narciso López. El censo de 1880 encontró que Cirilo y Emilia, de sesenta y cuarenta y cinco años, respectivamente, vivían en 46 East 126th Street, enfrente del padre de Emilia, Inocencio, que vivía en el número 49. Ambas casas adosadas en Harlem todavía se mantienen en pie. Inocencio, que había sido propietario de una plantación en Matanzas, tenía ya setenta y cuatro años en 1880, y su hogar era grande, compuesto por su esposa y siete hijos (hermanos de Emilia), de edades entre quince y treinta y ocho años. También en el hogar había dos sirvientes negros: Antonio Bosaga, de cuarenta y ocho años, un cocinero nacido en África, y José Díaz, de treinta, un camarero nacido en Cuba.

Cirilo y Emilia vivían con sus dos hijos, un huésped adolescente nacido en la isla y dos sirvientas irlandesas. Su hijo mayor, que tenía veintiún años en 1880, se llamaba Narciso (sin duda por el expedicionario López) y su ocupación se informó como «empleado del ferrocarril». Al año siguiente, sin embargo, el joven Villaverde se dedicaba a editar un periódico mensual en español titulado *El Espejo*. Con oficinas en 4 Cedar Street, la publicación enumeraba en su cabecera el amplio alcance de sus contenidos: «Ciencias, Artes, Literatura, Industria, Instrucción, Comercio, etc.» y Narciso era identificado como su «Editor y Propietario».[67]

El Espejo no estaba ciertamente en la tradición de los periódicos separatistas cubanos que aparecieron durante la guerra. Estaba desprovisto de política o controversia. Sus veinticuatro páginas estaban dedicadas tanto a artículos como a publicidad que exhibía productos manufacturados en los Estados Unidos. Estaba dirigido a lectores importadores en toda América Latina y España. Cada número incluía una lista, generalmente en la página 9, de los casi cien «agentes» de *El Espejo* ubicados en México, América Central, América del Sur y las Antillas, especialmente Cuba. Presumiblemente, estos agentes facilitarían las compras de los productos presentados. El periódico también publicaba un directorio con la información de contacto de todas las empresas cuyos productos aparecían en ese número. En-

[67] La colección más completa de *El Espejo* que se pueda encontrar está probablemente en la Biblioteca Pública de Nueva York, aunque incluso sus ejemplares están incompletos. El registro de la biblioteca indica que *El Espejo* se publicó entre el 1ro. de noviembre de 1881 y el 1ro. de octubre de 1885.

tre las empresas y productos anunciados se encontraban cortadoras de heno de la empresa Victor Mower en el valle de Hudson; la George Forbes Company en Massachusetts, fabricante de ruedas para carretas y carruajes; gatos neumáticos manufacturados por Joyce, Cridland and Company de Dayton, Ohio; máquinas de coser de la National Sewing Machine Company en Pearl Street; y también de la ciudad de Nueva York, en Liberty Street, los «seguros ascensores hidráulicos a vapor» de los Otis Brothers. Se publicaban anuncios por fabricantes de una amplia gama de productos: coches de bebé, órganos, mangueras, muebles, de ferretería, corsés, carretillas y hasta vagones de ferrocarril. Si bien la mayoría de esos productos aparecieron en los anuncios, *El Espejo* también publicó largos artículos sobre nuevas tecnologías científicas e industriales (por ejemplo, el «procesamiento de iridio»), productos innovadores, así como noticias económicas y comerciales, como el Acuerdo Comercial México-EE. UU. en 1883. También hubo artículos ocasionales de interés general con un enfoque internacional: «Hormigas militares del Amazonas» o «Expediciones alemanas en África».

A juzgar por los anuncios, parece que *El Espejo* fue un éxito comercial, sin embargo dejó de publicarse a finales de 1885, tal vez víctima de ese éxito. En algunos de los últimos números, los «Hermanos Villaverde» (Narciso y su hermano menor, Enrique) anunciaron, en inglés y en español, a sus «amigos y clientes» que habían abierto, también en 4 Cedar Street, una «casa de comisiones en conexión con *El Espejo* y están preparados para llenar a PRECIOS REDUCIDOS cualquiera pedido que se les haga. Se solicita correspondencia. Todas las preguntas se responden alegremente».[68] Parece que Narciso y Enrique decidieron que gracias a *El Espejo* se hallaban en una posición que permitía ganar más dinero con las ventas comisionistas que con la publicación de un periódico.

Pero el artículo más importante desde el punto de vista histórico que se imprimió en *El Espejo* fue un anuncio que notificaba la impresión y publicación, por parte del propio *El Espejo*, de una novela de seiscientas páginas de «costumbres cubanas» titulada *Cecilia Valdés ó La Loma del Ángel* (fig. 7.1). El anuncio se reimprimió en cada número de *El Espejo* hasta su desaparición en 1885. El autor de la novela era el padre de Narciso, Cirilo Villaverde.

[68] Anuncio: *El Espejo*, 1ro. de agosto de 1885, p. 10.

Cecilia Valdés

Ó

LA LOMA DEL ANGEL.

NOVELA

DE COSTUMBRES CUBANAS

—POR—

CIRILO VILLAVERDE.

IMPRENTA DE EL ESPEJO, NUEVA YORK, AÑO DE 1883.

Esta novela es del género histórico, no ya solo por la multitud de hechos y de noticias verdaderas de que está sembrada, sino tambien por el retrato á la pluma de varios caractéres públicos de la Isla de Cuba que en ella figuran mas ó menos prominentemente. Forma un volúmen en 8vo de 600 páginas, impreso con lujo y elegancia, en buen papel y tipos nuevos de fácil lectúra. Va adornada de varios fotograbados intercalados en el texto á modo de viñetas. La cubierta lleva un grabado alusivo á la naturaleza de Cuba. La obra está dedicada á las cubanas, y tiene un sabor político marcado, característico de la época (1812–1831) y del teatro (la Habana) en que se supone ocurrieron los sucesos.

VENDESE EN

La imprenta de EL ESPEJO á . . . . $1 el ejem.

Figura 7.1. Anuncio de *Cecilia Valdés ó La Loma del Ángel*, de Cirilo Villaverde. (Fuente: *El Espejo*, abril de 1883, p. 2).

La publicación de *Cecilia Valdés* en Nueva York es uno de los principales ejemplos de cómo la ciudad se había convertido en el siglo XIX en el escenario principal fuera de Cuba para el desarrollo de la historia política, sociocultural e intelectual cubana. La novela de Villaverde no es una novela cualquiera, sino que es considerada, como lo expresó un erudito contemporáneo de la literatura cubana, como «la novela más importante escrita en la Cuba del siglo XIX y quizás una de las obras más importantes en América Latina durante ese período».[69] Otro académico cubano juzga la obra como «nuestro más representativo mito literario. Es el equivalente, para la literatura cubana, de lo que es el *Quijote* para la literatura española, lo que es *Hamlet* para la literatura inglesa, y *Fausto*, para la literatura alemana».[70]

Cecilia Valdés fue un proyecto literario largamente postergado. Villaverde publicó por primera vez un cuento corto de dos partes con ese título en La Habana en 1839. En el prólogo de la edición «definitiva» de 1882, Villaverde etiqueta la publicación anterior como el «primer volumen» de la obra, uno al que no volvió hasta que estaba acercándose el fin de la Guerra de los Diez Años:

> En ningún sentido puede decirse con verdad que he empleado cuarenta años en la composición de la novela. Cuando me resolví concluirla, habrá dos ó tres años, lo más que he podido hacer ha sido despachar un capítulo, con muchas interrupciones, cada quince días, á veces cada mes, trabajando algunas horas entre semana y todo el día los domingos.[71]

Villaverde explica al lector en el prólogo que en esos cuarenta años había estado ocupado en otras cosas, inicialmente con otros proyectos literarios, pero una vez que había sido encarcelado en Cuba y exiliado, «troqué mis gustos literarios por más altos pensamientos: pasé del mundo de las ilusiones al mundo de las realidades [...] para tomar parte en las empresas del hombre libre en tierra libre».[72] Él refiere esas empresas: fungir como secretario de Narciso López, editar el

[69] W. Luis: «*Cecilia Valdés*», p. 15.
[70] E. Entralgo, citado en ibíd.
[71] C. Villaverde: «Prólogo», en *Cecilia Valdés*, p. xi.
[72] Ibíd., p. viii.

periódico anexionista *La Verdad*, redactar innumerables escritos políticos y participar en las intensas actividades a las que él y su esposa Emilia se dedicaron durante la guerra, incluidas «las escenas tumultuosas de los emigrados cubanos [...] especialmente en Nueva York», una referencia a la hostil batalla de la pareja con los aldamistas (ver capítulo 6).[73]

En su libro de 2005 *Writing to Cuba*, Rodrigo Lazo argumenta que la decisión de Villaverde de retomar la inconclusa *Cecilia* después de cuarenta años solo puede entenderse después de la derrota del movimiento de independencia: «Villaverde se sacudió el polvo y regresó a la novela para montar un ataque de retaguardia contra el enemigo [...] *Cecilia Valdés* es un intento de apoderarse de la nación en un momento en que a Villaverde le parece que la batalla militar con España por la isla se ha perdido».[74] El lector se entera de que la novela fue escrita en Nueva York solo por la referencia en el final del prólogo: «Nueva York, mayo de 1879». De lo contrario, no hay indicios de que haya sido escrita por un emigrado cubano que había pasado la mayor parte de su vida fuera de la isla. Como tal, argumenta Lazo, la novela parte de la tradición de los textos transnacionales en los que el intento es recuperar la patria perdida con una visión de emigrante, es decir, desde un lugar fuera de Cuba: «El texto de la novela [...] no reconoce abiertamente que la visión de Cuba que tiene *Cecilia Valdés* se desvía por Nueva York [...] *Cecilia Valdés* puede posicionarse como una novela exclusivamente de Cuba, la máxima ficción nacionalista».[75]

Quizás es por esa visión estrictamente «cubana» que la novela ha perdurado en el imaginario de la isla.

Cecilia Valdés se sitúa en La Habana entre 1812 y 1831, un momento y un lugar que Villaverde puede evocar de sus recuerdos de la isla. Ha sido considerada por muchos como una novela contra la esclavitud, pero es mucho más que eso. Sin duda, hay descripciones gráficas de los horrores del régimen de esclavitud, que reflejan la conversión de Villaverde al abolicionismo después de compartir los intereses del movimiento anexionista pro esclavitud, pero el autor está más inte-

[73] Ibíd., p. x.
[74] R. Lazo: *Writing to Cuba: Filibustering and Cuban Exiles*, p. 180.
[75] Ibíd., p. 184.

resado en recuperar a la gente, la cultura, las convenciones y las costumbres de la patria, mientras relega el colonialismo a un segundo plano, de hecho, reclamándole la nación a los españoles. «En esta novela, Cuba no es una colonia española, sino que es su propio lugar», escribe Lazo. «El colonialismo representa una de las muchas partes de la imagen y no define el tema político».[76]

El personaje principal es una hermosa mulata nacida de un enlace extramarital entre su padre, un detestable y moralmente corrupto propietario de una plantación, y una mulata libre. La piel clara de Cecilia le permite codearse con la aristocracia de La Habana, en la que espera entrar por matrimonio valiéndose de su extraordinaria belleza y encanto. Ella es cortejada y finalmente seducida por un joven y malcriado aristócrata, Leonardo Gamboa, cuyo padre, Cándido, es (sin que la pareja lo sepa) nada menos que el padre de Cecilia. Por supuesto, el medio hermano de Cecilia, Leonardo, no cumple su promesa de casarse con ella y, en cambio, se casa con una muchacha blanca de una familia apropiada de clase alta, como se esperaba que hiciera. Cecilia es abandonada con una bebé nacida de la relación con Leonardo, y la implicación es que el ciclo de explotación racial, de clase y sexual comienza de nuevo.

Pero si bien la historia de amor de «telenovela», como Lazo la describe acertadamente, apoya la narración, se ve eclipsada a propósito por la narración histórica mucho más amplia sobre Cuba que Villaverde se propuso escribir en su intento de capturar la historia social de la nación.[77] De manera reveladora, el anuncio de la novela en *El Espejo* no la vende como una historia de amor (quizás una etiqueta más comercializable), ni siquiera como una novela contra la esclavitud, sino como una «novela del género histórico, no ya solo por la multitud de hechos y de noticias verdaderas de que está sembrada, sino también por el retrato a la pluma de varios caractéres [sic] públicos de la Isla de Cuba que en ella figuran más o menos prominentemente».[78]

La característica más destacada de la descripción de Villaverde de los personajes de la novela es el desprecio obvio, casi al borde de la

[76] Ibíd., p. 179.

[77] Ibíd., p. 181; y E. Rodríguez Herrera: «Estudio crítico preliminar de *Cecilia Valdés*», en C. Villaverde: *Cecilia Valdés*, p. lxvii.

[78] Anuncio: *El Espejo*, abril de 1883, p. 4.

repulsión, por el comportamiento de los aristocráticos propietarios de plantaciones, especialmente Cándido y Leonardo Gamboa. La novela está llena de incidentes («confrontaciones» como los llama Salvador Bueno) en los que los esclavos son tratados de manera inhumana y las personas libres de una clase inferior son tratadas con desdén e incluso humilladas por una arrogante sacarocracia habanera.[79] Las élites de La Habana son representadas por Villaverde con evidente desprecio, como personajes frívolos y despreciables.

Salvador Bueno, al comparar la edición de 1882 con su precursora de 1839, argumenta que la versión anterior más corta es mucho menos crítica con la esclavitud y los dueños de esclavos que la novela que se publicó décadas más tarde en Nueva York: «En esta versión definitiva [1882], los rasgos realistas son más firmes [...] la visión social que ofrece es más crítica y la cuestión esclavista queda insertada en el amplio mural histórico que se despliega ante los lectores».[80] William Luis es más directo al comparar las dos versiones: «Solo la versión de 1882 puede considerarse una novela contra la esclavitud».[81]

¿Qué experiencias durante las décadas que vivió Villaverde en Nueva York después de la publicación de la versión original de *Cecilia* pueden haberlo llevado a adoptar una visión más severa y crítica de todo el sistema social que se basaba en la esclavitud? Las respuestas dadas por los estudiosos de la literatura descansan casi invariablemente en las grandes tendencias históricas que, sin duda, influyeron en Villaverde: la desaparición del movimiento anexionista proesclavista, las preocupaciones en relación con una «africanización» de Cuba y el posible surgimiento de rebeliones de esclavos, la Guerra Civil de los Estados Unidos y el número creciente de abolicionistas, incluyendo a Emilia.[82]

[79] S. Bueno: «Esclavitud y relaciones interraciales», p. 529.

[80] Ibíd., p. 526. He confiado en el análisis de Bueno ya que no tengo acceso al texto de 1839, p. 5.

[81] W. Luis: «*Cecilia Valdés*: The Emergence of an Antislavery Novel» p. 15.

[82] Ver, por ejemplo, C. T. Schulenburg: «*Cecilia Valdés*: The Search for a Cuban Discursive Control», p. 115; y R. Lazo: *Writing to Cuba: Filibustering and Cuban Exiles in the United States*, pp. 176-177.

Los análisis macrohistóricos del viraje de Villaverde hacia una postura más crítica contra la esclavitud son ciertamente válidos, pero una explicación que contribuye a su descripción condenatoria de la élite esclavista de La Habana en la obra de 1882 también se puede encontrar en su entorno más inmediato en Nueva York: Las contundentes batallas que él y especialmente Emilia libraron en la ciudad con los principales representantes de esa misma clase durante la guerra. El capítulo 6 detalla el conflicto con Aldama, Lemus, Mestre y los otros líderes de la élite azucarera habanera que emigraron después del estallido de la guerra y rápidamente se establecieron, para disgusto de los emigrados de larga duración en la ciudad, como los representantes de los insurgentes. Fue un conflicto muy amargo y personal con evidentes dimensiones de clase social, ya que los propietarios azucareros exiliados vivían lujosamente de las fortunas que habían depositado en las casas mercantiles de South Street, mientras los «verdaderos» militantes de la causa de la independencia (como se veían a sí mismos Villaverde y Casanova) tenían dificultades económicas. Los cáusticos escritos de Emilia Casanova evidenciaron un fuerte resentimiento fundamentado en diferencias de clase social. Emilia estaba convencida, al igual que su esposo, que la falta de compromiso de los ricos habaneros con el esfuerzo de la guerra había condenado a la causa de la independencia.

Cuando la derrota se hizo inevitable, y Villaverde decidió tomar prestada la frase de Lazo de «desempolvarse» y, tal vez aún más intencionadamente, restañar sus heridas, retomó el inconcluso manuscrito de *Cecilia*. No sería razonable esperar que sus prolongados enfrentamientos con los aldamistas en Nueva York no hubieran influido en la manera en que caracterizó a los Gamboa de la década de 1830. Incluso se podría ir tan lejos como para especular que la oportunidad de golpear a los habaneros propietarios de plantaciones puede haber sido un factor en su decisión de revisar y terminar el manuscrito. La trama de *Cecilia*, que esbozó en 1839, era el vehículo perfecto para eso. Este argumento se ve reforzado por el reconocimiento de Villaverde en el prólogo de que su esposa fue consultada «capítulo tras capítulo» según él los concluía, y que el libro refleja su consejo y sus sugerencias

sobre el desarrollo de los caracteres, el lenguaje y el estilo, y el «tono general».[83] Hay críticos que creen que Emilia fue coautora. Y en ese matrimonio, como hemos visto, la pluma más incisiva era la de Emilia.

Durante los muchos años que vivieron en Nueva York, Cirilo Villaverde y Emilia Casanova siempre parecían estar al borde de la inseguridad financiera. Nunca superaron su estatus económico inferior en comparación con sus compatriotas más ricos de la clase de dueños de plantaciones. Mantener un nivel de vida respetable en la ciudad, que incluía tener un par de sirvientes, parecía ser difícil. En cada censo en el que fueron enumerados, la composición de su hogar siempre incluía a uno o más huéspedes, aparentemente una fuente de ingresos de la que dependían. La publicación de *Cecilia Valdés* no trajo aparejado nada parecido a una ganancia de ingresos. Menos de dos años después de que la novela saliera de la imprenta de *El Espejo*, la pareja vivía no en Harlem, sino en una dirección donde habían residido con anterioridad, 39 West 24th Street, aparentemente para tratar de hacerse de un negocio de casa de huéspedes más ambicioso. Contrataron a «una dama criolla» con el nombre de Elizabeth Story como administradora, pero terminaron teniendo un altercado con ella que requirió intervención policial y una comparecencia ante el tribunal, e incluso llegó a la página 8 del *Times*.[84] Según el informe, los Villaverde le pagaban a Story 1 500 dólares al año por administrar la casa y proporcionar «comida» a la pareja. Pero, informó el *Times*, «el establecimiento no estaba dirigido de forma que complaciese a la señora Villaverde, y la semana pasada hubo una gran disputa en la mesa porque los Villaverde se quejaron de la comida».[85] Según se reportó, Story golpeó a Casanova y «la empujó en la entrada de la casa y la insultó», lo que resultó en que se formularan cargos contra la administradora contratada por «conducta desordenada, asalto y agresión».[86] El asunto se resolvió en el tribunal, y los Villaverde le pagaron a Story 300 dólares «para sacarla de la casa», después de que ella prometió «no volver a molestarlos».[87]

[83] C. Villaverde: «Prólogo», p. xiv.
[84] «Could Not Stand the Board», *New York Times*, 13 de noviembre de 1884, p. 8.
[85] Ídem.
[86] Ídem.
[87] Ídem.

Ana de Quesada, la viuda de Carlos Manuel de Céspedes, se mantuvo fiel a su amarga promesa de no regresar a Cuba. El censo de 1880 la encontró viviendo en el Hotel Victoria en la calle 27 entre Broadway y Quinta Avenida con sus hijos mellizos, Carlos y Gloria.[88] Se convirtió en ciudadana estadounidense el 30 de diciembre de 1881.[89] La viuda de Ignacio Agramonte, Amalia Simoni, también vivía en Nueva York en 1880, al regresar de Mérida, Yucatán, donde en 1873 había recibido la noticia de la muerte de su esposo en un campo de batalla cubano. Simoni vivía en 360 West 45th Street con sus dos hijos, Ignacio Ernesto y Herminia.[90] Cuando solicitó un pasaporte estadounidense en octubre de 1881, ya era una ciudadana estadounidense naturalizada.[91] Las viudas de los dos generales más venerados de la guerra se mantuvieron en Nueva York.

El 27 de marzo de 1888, el *New York Times*, en la página 3, envió un breve despacho desde La Habana, que señalaba la salida de la capital cubana del vapor *City of Washington* el día anterior, con destino a Nueva York, con los restos de Miguel Aldama. El «comerciante adinerado de La Habana y en algún momento líder de los revolucionarios en Cuba», como lo describió el periódico, falleció el 15 de marzo.[92] Su biógrafo señaló que Aldama no pudo reconstruir su fortuna y murió en la más «absoluta pobreza» como huésped en la casa de un amigo en La Habana. Salomé Malagamba, un antiguo esclavo a quien Aldama había liberado años antes, comunicó las últimas palabras de su antiguo dueño: «En tierra esclava no me entierren, pongan mis huesos en tierra libre».[93] Había un lugar de entierro disponible para él en esa tierra libre: el mausoleo que había construido años antes cerca de la entrada principal del Cementerio Green-Wood en Brooklyn para enterrar a su padre Domingo y su esposa Hilaria (fig. 7.2).

[88] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census*.
[89] *New York Petitions for Naturalization.*
[90] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census*.
[91] «Miguel Aldama's Remains», *New York Times*, 27 de marzo de 1888, p. 3.
[92] *U. S. Passport Applications, 1795-1925.*
[93] A. Álvarez Pedroso: *Miguel de Aldama,* p. 130.

Figura 7.2. El mausoleo de Aldama en el Cementerio Green-Wood, Brooklyn. (Fuente: Fotografía del autor).

El regreso del cuerpo de Miguel Aldama a Nueva York fue un final apropiado para la década de 1880, una década que marcó un punto de inflexión en la historia del Nueva York cubano. A raíz de una guerra desastrosa, las élites terratenientes que habían encabezado el éxodo a esta ciudad se encontraron, al igual que Aldama, en la ruina financiera, muchos de ellos regresaron a la isla, y fueron reemplazados en la ciudad por un número creciente de torcedores de tabaco, dando al Nueva York cubano una composición más diversa y proletaria. Algunas élites, como Félix Govín y los Angarica, que habían invertido su dinero en bienes raíces en Nueva York, optaron por permanecer en la ciudad, al igual que las viudas de la guerra y los separatistas comprometidos que no podían imaginarse el regreso a la isla. Los torcedores de

tabaco y otros trabajadores fueron en gran medida a Nueva York para quedarse. Todos le dieron a la comunidad un carácter más permanente que se apartó del patrón de migración circular que había marcado la presencia de la élite antes de la guerra. Con una relativa paz en Cuba, el nivel de activismo político era mucho menos evidente y el volumen de la retórica política se redujo significativamente.

El Nueva York cubano en la década de 1880 contenía las semillas de los importantes acontecimientos que afectarían fundamentalmente el futuro de la comunidad en la década siguiente. Uno de ellos fue la pérdida, a principios de la década de 1890, de la primacía de Nueva York entre las comunidades cubanas en los Estados Unidos. Esa sería asumida por un asentamiento advenedizo en las afueras de Tampa, Florida, donde, a partir de 1886, una comunidad entera de tabaqueros surgió alrededor de las grandes fábricas de tabaco establecidas allí por fabricantes cubanos y españoles de este producto. Fue Ybor City el asentamiento fundado por su homónimo, el fabricante de tabacos Vicente Martínez Ybor.

Aunque nació en España, Martínez Ybor se unió a otros fabricantes de tabacos de La Habana al trasladar sus fábricas a Cayo Hueso después del estallido de la guerra en 1868. Durante la década de 1870 y hasta la de 1880, Martínez Ybor fabricó su marca Príncipe de Gales en su fábrica en Cayo Hueso, mientras que su residencia principal y su oficina de distribución estaban, en Nueva York. Tenía ya sesenta años cuando el censo de 1880 lo encontró viviendo en 218 East 14th Street con su segunda esposa, Mercedes (de treinta y ocho años) y siete de sus hijos, con edades comprendidas entre uno y treinta y ocho años (los cinco más jóvenes con Mercedes). El hogar también incluía al tío de Martínez Ybor, una sirvienta nacida en México y una cocinera negra nacida en Cuba.[94]

[94] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census.* Según Westfall, Ybor tenía dos hijas mayores que vivían en La Habana; y en 1880 su esposa, Mercedes, todavía estaba embarazada, lo que elevó a diez el total de hijos que Martínez Ybor procreó. L. G. Westfall: «Don Vicente Martínez Ybor», p. 159.

El patio trasero de la casa de Martínez Ybor en la calle 14 colindaba con el patio de la casa que daba a la calle 13, en el número 219. En el enclave de los Mora, esa casa estaba ocupada en 1880 por Eduardo Manrara, de treinta y siete años, nacido en Cuba, que enumeró su ocupación como «comerciante de tabaco». Vivía allí con su esposa, Matilda, de treinta y dos años, también nacida en la isla, y su hija y cuatro hijos pequeños. Los dos hijos mayores nacieron en La Florida y el resto en Nueva York. También había dos sirvientes en el hogar: una joven de origen irlandés y un hombre negro de origen cubano.

Manrara no era solo el vecino de Martínez Ybor; era su socio minoritario y su mano derecha, y desempeñó un papel fundamental en persuadir a su asociado mayor para que trasladara su fábrica de Cayo Hueso a las afueras de Tampa. Manrara viajaba con frecuencia entre Nueva York y la fábrica en Cayo Hueso, y tuvo la oportunidad de conocer el poblado de Tampa y la excelente bahía desde la cual invariablemente abordaba la goleta para el último tramo de su viaje al Cayo.[95] Martínez Ybor y Manrara habían estado buscando durante mucho tiempo trasladar su fábrica de Cayo Hueso a un lugar que resultara menos vulnerable a lo que, según la perspectiva de ellos, estaba afectando a Nueva York y, finalmente, al Cayo: un movimiento laboral organizado que había sido provocado por la huelga de 1877 en Nueva York, la cual resultó en la creación de la Cigar Makers International Union. En agosto de 1885, otra huelga paralizó las fábricas de Cayo Hueso, y Martínez Ybor y Manrara se convencieron aún más de que debían trasladarse a un área relativamente aislada y crear una «ciudad de la empresa», una fórmula que había demostrado ser exitosa en otras industrias para limitar la influencia de los sindicatos laborales.[96]

Los propietarios de la marca Príncipe de Gales no fueron los únicos fabricantes de tabaco que buscaban escapar de los sindicatos. Ignacio Haya y Serafín Sánchez, propietarios de una de las fábricas de tabaco más grandes de Nueva York, también estaban buscando trasladarse a climas más cálidos para evitar a los organizadores laborales. Su fábrica, La Flor de Sánchez y Haya, estaba ubicada en

[95] J. Rivero Muñiz: «Los cubanos en Tampa», p. 13.
[96] L. Pérez: «Cuban Catholics in the United States», p. 168.

130 Maiden Lane, literalmente a la vuelta de la esquina de 190 Pearl Street, las oficinas de Martínez Ybor y Manrara.[97] Tanto Haya como Sánchez eran, al igual que Martínez Ybor, emigrantes de Cuba nacidos en España, que habían tenido fábricas de tabaco en La Habana. En 1880, Ignacio Haya, de treinta y ocho años, vivía con su esposa, Fannie, nacida en Nueva York, en una lujosa casa de huéspedes en 57 West 39th Street, mientras que Serafín Sánchez, de cuarenta años, vivía en 165 Bergen Street en Brooklyn con su esposa Regina y cuatro hijos pequeños.[98]

Por lo tanto, fue en Nueva York donde los cuatro colegas y amigos, Martínez Ybor, Manrara, Haya y Sánchez, urdieron el plan para crear y desarrollar una ciudad enteramente de la compañía en la tierra que compraron al noreste de Tampa. Se llamaba Ybor City, y el primer tabaco que se produjo allí salió de las manos de un torcedor de tabaco en la nueva fábrica de La Flor de Sánchez y Haya el 26 de marzo de 1886.[99] La cercana fábrica de Príncipe de Gales comenzó a producir unos días después. Le siguieron otros fabricantes y surgieron fábricas de tabaco, al igual que casas para los trabajadores. En mayo de 1886, la Ybor City Land and Improvement Company de Martínez Ybor había construido ochenta y nueve casas, y casi terminado un hotel. De este modo, los empresarios inmigrantes crearon una comunidad entera, emplearon trabajadores inmigrantes y procesaron tabaco en rama importado.

En los últimos años del siglo XIX, Ybor City se convirtió en la principal comunidad cubana en los Estados Unidos. El censo decenal estadounidense de 1900 encontró 3 533 personas nacidas en Cuba que residían en Hillsborough County, el condado en el que se halla Tampa.[100] Fue la mayor concentración de personas nacidas en Cuba en los Estados Unidos ese año, que superaba a la de Nueva York.[101]

[97] *New York, New York, City Directory, 1879, U. S. City Directories, 1822-1995*, <Ancestry.com>.

[98] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census.*

[99] L. Pérez: «Cuban Catholics in the United States», p. 168.

[100] Adicionalmente, 963 personas que vivían en el condado de Hillsborough ese año habían nacido en España.

[101] L. Pérez: «Cuban Catholics in the United States», pp. 168-169.

El Nueva York cubano en la década de 1880 no solo sembró las semillas de una floreciente comunidad de fabricación de tabacos en la Florida, sino que también preparó el escenario para la próxima ronda de lucha separatista cubana. El tercer día de esa década, el 3 de enero de 1880, José Martí, protagonista del impulso definitivo por la independencia de Cuba en la década de 1890, llegó a Nueva York. El Nueva York de la década de 1880 iba a ser el lugar y el momento en el cual nutrió y pulió sus considerables talentos intelectuales y políticos que mostraría cuando se propuso organizar desde esa ciudad el movimiento definitivo para la independencia de Cuba.

8
José Martí, neoyorquino

Lo que te interesa es saber si puedes hallar en N. York medio de vivir. A mi juicio esto depende sólo de cosas que supongo que dominas: la lengua de la tierra, y tu voluntad [...] y la voluntad es necesaria, para entrar con toda ella en esta vida de rebaño que hacen aquí los trabajadores de la ciudad –sólo que es un rebaño de reyes.

José Martí: carta a Gabriel de Zéndegui, 21 de octubre de 1882.[1]

En una noche fría de enero de 1895, José Martí caminó enérgicamente al restaurante Delmonico's de la calle 26 y Quinta Avenida para celebrar su cumpleaños. Era lunes, el vigésimo octavo día del mes, exactamente cuarenta y dos años después de su nacimiento en una modesta casa de La Habana. Mientras entraba al restaurante, su mente estaba en los acontecimientos que había puesto en marcha y que a veces parecían abrumarlo. Pero ver a cuatro amigos leales que lo esperaban en una mesa de la esquina ayudó a ponerlo de humor para celebrar. Después de todo, era su cumpleaños y era su restaurante favorito de Nueva York. Una vez escribió sobre Delmonico's que «todo es servido y preparado allí con distinción suprema: en ricas servilletas las botellas húmedas, en fuentes elegantes manjares selectos, en leves cristales perfumados vinos, en platos argentados panecillos suaves».[2] La cena de aquel enero por la noche le proporcionó una distracción muy necesaria de lo que Martí tenía que hacer al día siguiente: redactar la orden para comenzar una guerra. Al examinar el menú, reconoció muchas de las ofertas exclusivas de Delmonico's: pato de cabeza roja asado, pechuga de pollo a la Lorenzo, tortuga de agua dulce al estilo Baltimore,

[1] J. Martí: «Carta a Gabriel de Zéndegui, 21 de octubre de 1882», en J. Martí *Obras completas*, vol. 20, p. 303. En todas las referencias posteriores a las *Obras completas* aparecen abreviadas como *OC*.

[2] J. Martí: «Noticias de los Estados Unidos», *La Opinión Nacional* (Caracas), 1ro. de octubre de 1881, en *OC*, vol. 9, p. 43.

filete de res con aceitunas rellenas, timbales Renacimiento, sopa clara de tortuga verde, melocotones (o peras) à la Richelieu, y «pastelería fina».[3]

En cierto modo, era el mismo hombre que quince años antes, en otro frío día de enero, había llegado a Nueva York con una mezcla de asombro e inquietud hacia la gran ciudad y con un compromiso inquebrantable con el futuro de su tierra natal. Pero en otros sentidos era un hombre muy diferente, y Nueva York tenía mucho que ver en ello.

Martí es la figura más importante de la historia cubana, y pasó la mayor parte de su vida adulta en Nueva York. Poco después de su llegada en 1880, escribió que en Nueva York «uno puede respirar libremente» y «sentirse orgulloso de su especie».[4] La ciudad le aportó experiencias que no podría haber hallado en ningún otro lugar, experiencias que le permitieron desarrollarse política e intelectualmente y en lo personal, e hicieron posible que agudizara su visión del mundo y su estrategia para lograr una Cuba independiente. Fue en Nueva York donde hizo sus mejores escritos y se ganó la vida con ellos. Fue en Nueva York donde logró lo que ningún otro emigrado cubano había podido hacer: construir un movimiento civil unificado que llevara una lucha armada sostenible a Cuba. Y fue en Nueva York donde estuvo expuesto a lo mejor y lo peor que la ciudad más importante del mundo, la que se encontraba a la vanguardia de la modernidad urbana, tenía para ofrecer.

El manifiesto del *S. S. France* enumera 192 pasajeros que abordaron en Le Havre y llegaron a Nueva York el 3 de enero de 1880. El pasajero número 30 es el «Sr. Martí» (fig. 8.1), un «abogado» de veintiséis años, ciudadano español, que viajó en segunda clase.[5] Con su llegada a Nueva York culminó un viaje europeo de tres meses que no había

[3] Estos platos aparecen con mayor frecuencia en los menús de Delmonico's de enero de 1895 que se encuentran en la Menu Collection, Rare Books, Biblioteca Pública de Nueva York.

[4] J. Martí: «Impresiones en América (por un español recién llegado)», *Hora* 2, no. 1 (10 de julio de 1880), p. 164.

[5] *Passenger Lists of Vessels Arriving at New York, 1820-1897*, rollo 422, del 2 de enero al 24 de febrero de 1880, nos. de lista 1-190.

emprendido voluntariamente. Detenido en La Habana en septiembre de 1879 por sus actividades en nombre de la independencia de Cuba, fue deportado por las autoridades españolas y colocado en un barco con destino a España, dejando atrás a su esposa e hijo.

Desde el momento en que llegó a la capital española, Martí supo que su destino estaba en otro sitio. Entre sus muchas actividades en Madrid, la principal fue el estudio «tenaz» del idioma inglés, una señal de adónde tenía intención de dirigirse.[6] Violando sus órdenes de deportación, se fue a París, donde permaneció el tiempo suficiente para visitar nuevamente sus personas y lugares favoritos: el astrónomo y escritor Camille Flammarion, los salones frecuentados por Víctor Hugo y Sarah Bernhardt (conoció a esta última), y la paz contemplativa del Cementerio Père-Lachaise.[7] Al acercarse la Navidad, se dirigió a Le Havre y abordó el *France* con destino a Nueva York.

Figura 8.1. José Martí. (Fuente: *Cuba y América*, 15 de mayo de 1897, p. 1).

[6] C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 333.
[7] Ibíd., pp. 336-337.

Solo cinco días después de llegar a Nueva York, Martí envió una carta a un amigo en La Habana, Miguel Viondi, pidiéndole que hiciera los arreglos necesarios para que su esposa e hijo pudieran reunirse con él en Nueva York lo antes posible. Su plan había sido pedirle ese favor a Viondi en abril, «luego de haber echado alguna raíz en esta tierra» y que pudiera mantener a su familia. Pero después de solo unos días en Nueva York, se convenció de que en la ciudad encontraría oportunidades: «aquí vislumbro campo, y viviré».[8]

Durante los días después de su llegada, Martí vivió con un viejo amigo, Miguel Fernández Ledesma.[9] Pero pronto tomó una habitación en la pensión de Carmen Mantilla, 49 East 29th Street.[10] Nacida en Santiago de Cuba como Carmen Miyares, la casera de treinta y un años de Martí era la cálida y vivaz madre de tres hijos pequeños. Su esposo, Manuel Mantilla, era un comerciante que también había nacido en la isla.

La casa de los Mantilla, y especialmente Carmen, le brindaron a Martí un cálido refugio de la ciudad fría y desconocida. Allí pudo encontrar el idioma, los sonidos, la comida y el ambiente de su patria ausente y vivir una apariencia de vida familiar que había anhelado desde su partida de La Habana. El modo encantador de Carmen, su sonrisa fácil y su seguridad en sí misma atrajeron a Martí, especialmente al llegar febrero cuando él prefería el calor de la pensión a las calles heladas.[11]

[8] J. Martí: «A Miguel F. Viondi, Nueva York, 8 de enero de 1880», en *OC*, vol. 20, p. 281.

[9] Miguel Fernández Ledesma, de cuarenta y seis años, vivía con su esposa, Angela, su hija Carolina y su sobrina Virginia en 337 West 31 Street. U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census, New York City*, Distrito de Enumeración no. 354, p. 31.

[10] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census, New York City*, Distrito de Enumeración no. 280, p. 24. La edad de Carmen que aparece en el censo es incorrecta: veinte nueve años. Nydia Sarabia, quien al parecer investigó en los archivos de Santiago de Cuba, indica que Carmen nació el 7 de octubre de 1848, con lo cual tendría treinta y un años al momento del censo de1880. N. Sarabia: *La patriota del silencio*, p. 14.

[11] C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 342; y G. de Quesada y Miranda: *Martí, hombre*.

Mientras esperaba la llegada de su familia, Martí buscó trabajo en las editoriales e imprentas grandes y pequeñas de la ciudad, con la esperanza de sacar provecho de lo que percibía como su mayor recurso: talento para la palabra escrita. Pero la búsqueda de trabajo no le impidió sumergirse inmediatamente en el mundo de la política separatista de los cubanos. Y no había un mejor lugar para eso que Nueva York, otra razón por la cual la ciudad resultaba tan atractiva para él. En Cuba estaba en marcha un movimiento insurgente, financiado en gran parte por el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, la organización que Martí había representado oficialmente en La Habana hasta su deportación. El Nueva York cubano era un hervidero por la expectativa de que el veterano líder militar Calixto García pronto abandonaría la ciudad para encabezar una tropa expedicionaria que activaría la lucha armada en la isla.

El general García fue una de las figuras militares legendarias de la larga guerra de 1868. Fijó su residencia en Nueva York en 360 West 45th Street, donde su familia permaneció durante la mayor parte de los años en que el general estuvo en Cuba, ya sea en la lucha contra los españoles o en una de sus prisiones.[12] La participación de García en el conflicto de 1868 terminó en septiembre de 1874 con uno de los episodios más singulares de esa guerra. Sorprendido e irremediablemente rodeado por tropas españolas en su campamento en el este de Cuba, se negó a ser hecho prisionero. Colocó su revólver de alto

[12] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census, New York City,* Distrito de Enumeración no. 464, p. 24. La planilla del censo fue llenada el 8 de junio de 1880, y muestra que la familia García era una de catorce familias, incluyendo otras dos familias cubanas, que vivían en el no. 360. Los miembros de la familia García se enumeraron exactamente como se indica a continuación: Calisto [sic], blanco, hombre, de cuarenta años de edad, casado, nacido en Cuba, comerciante e importador de azúcar; Isabella, esposa, blanca, mujer, de treinta y cinco años de edad, casada, nacida en Cuba, ama de casa; los hijos, nacidos en Cuba, todos asisten a la escuela: Leonora, hija, de diecisiete años; Calisteo, hijo, de quince años; Charles G., hijo, de trece años; y Justin, hijo, de once; hay un bebé varón, Cecil de cuatro meses de edad, nacido en Nueva York; y Anna Cabreda, de cincuenta y nueve años, viuda, nacida en Cuba, suegra. Probablemente Calixto no solo no se encontraba totalmente ocupado como comerciante e importador, sino que hasta enumerarlo en la casa haya sido un ardid. El 8 de junio el general estaba en Cuba en medio de una campaña militar que se perdía.

calibre debajo de la barbilla y disparó. La bala salió por la frente. Logró recuperarse y fue enviado a una prisión en España durante el resto de la guerra.[13] Tras su liberación en 1878 regresó a Nueva York, donde, sin dejarse disuadir por su terrible experiencia, organizaba otra campaña militar en el momento en que Martí llegó a la ciudad.

Martí se unió a la dirección del Comité Revolucionario y se reunió con García. El 24 de enero de 1880, en Steck Hall, en la calle 14, Martí pronunció un discurso de dos horas ante una gran reunión de sus compatriotas, y los exhortó a asumir la causa de una Cuba soberana. Fue una súplica emotiva para reivindicar los sacrificios de aquellos que dieron su vida durante la última gran guerra por la independencia.[14] Su elocuencia impresionó profundamente al público, incluido el general, y lo convirtió en una figura conocida entre los emigrantes de Nueva York.

Esas primeras semanas en esta ciudad fueron emocionantes para Martí. Alentado por las posibilidades que le ofrecía, trabajó sin descanso para asegurar tres cosas: su independencia económica personal, el éxito de la expedición de García y que su familia se le uniera en Nueva York. Diez meses después, podía atribuirse un éxito limitado en su primer objetivo, pero sus esperanzas de lograr los otros dos se habían desvanecido por completo, y esos dos fracasos lo perseguirían durante el resto de sus años en la ciudad.

La expedición de García salió por la costa de Nueva Jersey en mayo de 1880, pero menos de tres meses después de desembarcar en Cuba, la campaña concluyó. La falta de unidad entre los emigrados, la mala planificación, los pocos recursos y un apoyo limitado dentro de la isla condenaron el esfuerzo al fracaso.[15] García fue nuevamente encarcelado y deportado a España. Fue un fracaso desalentador para la comunidad de emigrados y Martí, que habían trabajado duro en Nueva York para movilizar los recursos para equipar la expedición.

Al mismo tiempo que Martí ayudaba a poner en marcha la expedición de García y luchaba por mantenerse económicamente por medio de sus escritos, enfrentaba un desafío mucho mayor en su propia casa.

[13] J. J. E. Casasús: *Calixto García*, pp. 108-111.

[14] J. Martí: «Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880», *OC*, vol. 4, pp. 183-211.

[15] Louis A. Pérez Jr.: *Cuba Between Empires*, p. 12.

En marzo de 1880, su esposa, Carmen Zayas-Bazán, llegó a Nueva York con su hijo de dieciséis meses.[16] La familia se mudó de la pensión de los Mantilla a un pequeño departamento en Brooklyn que se convertiría en el escenario de un amargo conflicto matrimonial.[17] A diferencia de Carmen Mantilla, a quien un biógrafo de Martí describió como una mujer «fuerte, humilde y desprendida», Carmen, la esposa, fue caracterizada como «exaltada, altiva y egoísta».[18]

Martí acogió a su familia en Nueva York con la expectativa de que sería como su ancla en la misión que él consideraba que estaba destinado a cumplir para su país. Carmen, sin embargo, fue a esa ciudad con la intención de llevarse a su esposo de regreso a Cuba para que se convirtiera en un abogado respetable y atendiera sus obligaciones domésticas. Fue un conflicto irreconciliable que se desarrolló noche tras noche durante meses en el departamento de Brooklyn. La austeridad financiera impuesta por los limitados ingresos de Martí como ensayista ocasional para el semanario *The Hour* y para el periódico *The Sun* alimentaba la crisis matrimonial. Peor aún, desde el punto de vista de Carmen, su esposo ni siquiera estaba totalmente comprometido con ganarse la vida en Nueva York. Él se ocupaba de recaudar dinero para la expedición de García y del trabajo del Comité Revolucionario.

[16] «Passengers Arrived», *New York Times*, 4 de marzo de 1880, p. 8.

[17] Muchas fuentes afirman que Martí se mudó a Brooklyn con su esposa e hijo, pero ninguna proporciona una dirección. Ni el censo de 1880, ni los directorios de la ciudad tienen un registro de él en Brooklyn. El 5 de junio, cuando se enumeró la casa de huéspedes de los Mantilla en East 29th Street (ver nota 10 más arriba), Martí y su familia no están enumerados entre los que vivían allí. He descubierto, sin embargo, un registro en el censo de 1880 de un J. Martí: enumerado el 8 de junio como huésped en una casa de huéspedes grande administrada por Henry y Emma Beers en 345 Fourth Avenue en Manhattan, a menos de cuatro cuadras de la casa de huéspedes de los Mantilla. Su edad aparece como treinta años (Martí en realidad tenía veintisiete) y aparece como soltero, nacido en Cuba, sin ocupación, y no hay ningún familiar de él en la casa. Puesto que todo indica que la esposa y el hijo de Martí estuvieron en Nueva York ininterrumpidamente entre marzo y octubre, este registro de un José Martí en la Cuarta Avenida en junio es un enigma. U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census, New York City*, Distrito de Enumeración no. 277, p. 20.

[18] C. Ripoll: *La vida íntima y secreta de José Martí*, p. 151.

El eventual fracaso de la expedición reforzó el argumento de Carmen de que las actividades patrióticas de Martí eran inútiles, basadas en ilusiones que lo mantenían alejado de sus verdaderas obligaciones como esposo y padre.

Con el tiempo, las expectativas en conflicto de la pareja crearon un abismo amargo entre los dos. En octubre de 1880, en medio de una serie de recriminaciones, Carmen Zayas-Bazán y su hijo regresaron a Cuba. Martí había hecho una elección entre patria y familia que resultaría inquebrantable en los años siguientes. Los intentos fallidos de reconciliación llevaron a Carmen a Nueva York dos veces, en 1882 y 1891. Su último regreso a La Habana resultó ser definitivo.

El 28 de noviembre de 1880, Carmen Mantilla dio a luz una hija, María, la niña que muchos creen que Martí había engendrado poco después de su llegada a Nueva York y mientras esperaba la llegada de su esposa e hijo.[19]

Quizás hubiera otro lugar donde las cosas le fueran mejor, un lugar donde pudiera trabajar por la independencia de Cuba, mantenerse a sí mismo y donde su esposa pudiera estar más cómoda que en un austero departamento de Brooklyn. El 8 de enero de 1881, casi èxactamente un año después de llegar a Nueva York, Martí se fue a Venezuela. Dos días antes había sido el padrino en el bautizo de María Mantilla en la Iglesia de San Patricio en Brooklyn.

Martí pasó siete meses en Venezuela. Con respecto a su escritura, fue un período productivo de su vida. Vendió historias y ensayos, e incluso publicó dos números de un periódico que fundó, la *Revista Venezolana*. Sin embargo, si esperó utilizar a Caracas como base para las actividades políticas en nombre de la independencia cubana, pronto se dio cuenta de que estaba lejos de ser el lugar ideal. Estaba muy alejado de los centros tradicionales de activismo de los emigrados. Además, Venezuela era gobernada por un autócrata, Antonio Guzmán Blanco,

[19] Para dos puntos de vista opuestos sobre si María era hija de Martí, ver C. Ripoll: *La vida íntima y secreta de José Martí*, pp. 179-180; y J. M. Oviedo: *La niña de New York*, pp. 62-63. En última instancia, por supuesto, este es un tema que permanecerá inconcluso. Márquez Sterling llegó a la conclusión más justa: «Un virtuoso lo condenaría; un juez imparcial pediría todos los elementos del caso para fallarlo en consecuencia». C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 351.

que desalentaba cualquier disidencia, algo que Martí descubrió cuando escribió un emotivo elogio para un escritor y amigo venezolano, Cecilio Acosta, que era crítico del régimen. Martí fue convocado al palacio presidencial, reprendido y presionado para que se fuera. No, en Venezuela no se podía «respirar libremente», mucho menos organizar un movimiento político dentro de una gran comunidad de compatriotas. En otras palabras, Caracas no era Nueva York. El 28 de julio de 1881, Martí abordó el barco de vapor *Claudius* en La Guaira, con destino a la ciudad que tenía tantos malos recuerdos personales para él, pero que reconoció era el mejor lugar para realizar sus objetivos. Para el 11 de agosto, nuevamente caminaba por las aceras de Manhattan.[20]

El fracaso de la expedición de García le había enseñado a Martí que una revolución exitosa no podía improvisarse con muy poco dinero. La nacionalidad cubana no se obtendría de manera fácil, rápida ni barata. Se necesitaría mucho más que equipar una expedición militar y ponerla en camino. La campaña de 1880 y el costoso y prolongado conflicto de 1868-1878 habían fracasado debido a las divisiones y por falta de organización política dentro del movimiento separatista.[21] En 1882 Martí escribió que había rechazado «toda tentativa de alardes inoficiosos y pueriles, y toda demostración ridícula de un poder y entusiasmo ridículo, aguardando en calma aparente los sucesos que no habían de tardar en presentarse, y que eran necesarios para producir al cabo en Cuba [...] una revolución seria, compacta e imponente».[22] «Mover un país, por pequeño que sea, es obra de gigantes», continuó,

[20] No queda claro donde vivió inmediatamente después de regresar a la ciudad. Sin embargo, en tres cartas que escribió el 1ro. de diciembre de 1881, pone su dirección como 459 Kent Avenue, Brooklyn. J. Martí: «Cartas a Enrique José Varona, a Gabriel de Zéndegui, y a Nicolás Azcárate, 1ro. de diciembre de 1881», en *OC*, vol. 20, pp. 290-292.

[21] L. A. Pérez Jr.: *Cuba Between Empires*, p. 13. Al escribir en 1893 la valoración de Martí sobre los resultados de la Guerra de los Diez Años, fue que se perdió «sólo por falta de preparación y de unidad». J. Martí: «Las elecciones del 10 de abril», *Patria*, 16 de abril de 1893, en *OC*, vol. 2, p. 296.

[22] J. Martí: «Al General Máximo Gómez, 20 de julio de 1882», en *OC*, vol. 1, p. 167.

«y quien no se sienta gigante de amor, o de valor, o de pensamiento, o de paciencia, no debe emprenderla».[23]

Martí se estaba preparando para esta tarea y en 1881 se dio cuenta de que se necesitaría paciencia y muchos sacrificios, incluido el sacrificio máximo. Él no contemplaba el martirio «inútil» de los patriotas que habían luchado en las guerras anteriores, sino el martirio al servicio de una lucha claramente definida y bien planeada «digna de tal sacrificio».[24]

Uno de esos sacrificios fue la decisión de vivir sin su familia. Martí hubiera preferido tenerlos a su lado, donde ellos le podrían dar fuerzas en la difícil misión que se había propuesto. A lo largo de sus escritos, existen numerosas alusiones al valor de tener una esposa solidaria, con referencias envidiosas a hombres cuyas esposas se comprometieron a ayudarles a realizar sus ideales. La más transparente de esas alusiones está en un artículo que dedicó casi por completo a Emily Roebling, la esposa de Washington Roebling, el constructor del Puente de Brooklyn. Durante la construcción, el señor Roebling quedó discapacitado y fue confinado a su departamento de Brooklyn. Durante años, la señora Roebling trabajó incansablemente, supervisando el trabajo y comunicando las instrucciones precisas de su esposo a los equipos de construcción. En reconocimiento a su contribución, fue seleccionada para ser la primera persona en cruzar el puente. Martí la elogió: «Pero de estas hazañas [...] ninguna le vale más que la de haber mantenido a buen temple, en su trémulo cuerpo, el alma de su esposo egregio. Construir: he ahí la gran labor del hombre –consolar, que es dar fuerzas para construir: he ahí la gran labor de las mujeres».[25]

Para Martí, Carmen Zayas-Bazán no fue una esposa solidaria. Ella no lo ayudaría a construir una Cuba nueva. Su negativa a vivir en Nueva York y su insistencia en que él regresara a Cuba colocaron a Martí en una situación que era imposible resolver de forma que se salvara el matrimonio. Se había comprometido cada vez más con la causa de una Cuba independiente, y su experiencia en Venezuela reafirmó su

[23] Ibíd., pp. 167-168.

[24] J. Martí: «Al General Máximo Gómez, 16 de diciembre de 1887», en *OC*, vol. 1, p. 217.

[25] J. Martí: «Dos damas norteamericanas», *La América*, junio de 1883, en *OC*, vol. 13, p. 252.

convicción inicial de que Nueva York era el mejor lugar para trabajar hacia ese fin. La ciudad en aquel momento tenía la mayor emigración cubana en el mundo, su pujante industria editorial ofrecía muchas oportunidades para ganarse la vida y era un lugar en que uno se podía involucrar libremente en actividades políticas. Para Martí, regresar a Cuba significaba abandonar su visión de su país y ejercer el derecho, una profesión que había estudiado, pero que despreciaba.[26] Por tanto, en última instancia, la elección de la patria sobre la familia no fue realmente una elección, pero sus consecuencias fueron brutales. Pesó mucho sobre Martí por el resto de su vida, aunque sirvió para reafirmar su sentido de la misión.

La elección de Martí significaba vivir solo en una ciudad que podía ser fría, inhóspita y francamente desagradable. Para 1880, Nueva York fue la primera ciudad estadounidense en alcanzar un millón de habitantes. La mitad de esa población, en su mayoría inmigrantes, estaba en el Lower East Side, donde ocurrían el setenta por ciento de las muertes de la ciudad. Los neoyorquinos de clase media vivían en viviendas colectivas, especialmente casas de huéspedes. Incluso los neoyorquinos pudientes contribuyeron al hacinamiento, al vivir en casas de piedra que, a pesar del lujo, por lo general ocupaban más del noventa por ciento de sus parcelas.[27] El auge del ferrocarril dio lugar a caóticas escenas públicas de codicia, en la medida que el frenético comercio de la Bolsa de Nueva York se esparcía por las calles contiguas del centro.[28] Los caballos, las carretas y los peatones obstruían Manhattan. En 1881, un ingeniero sanitario observó que «los 40 000 caballos en la ciudad producen 400 toneladas diarias de

[26] En realidad, Martí no creía que si él regresaba a Cuba podría asentarse y llevar la vida tranquila de un abogado y hombre de familia: «Los males públicos, que en otros pueblos que no sean los míos, no tengo un derecho directo a mejorar, en mi tierra me pesan como propios, y son para mí un deber remediarlos: allí toda bofetada me sonaría en la cara: allí toda indignidad me tendría siempre en pie para dominarla o contenerla». El resultado sería un conflicto, añadía, entre sus deberes públicos y privados, por lo que es el «respeto a mi familia lo que me obliga a una ausencia que ellos creen que prolongo en daño suyo». J. Martí: «A Manuel Mercado, 22 de abril de 1886», en *OC*, vol. 20, p. 91.

[27] J. Trager: *The New York Chronology*, p. 194.

[28] E. G. Burrows y M. Wallace: *Gotham*, p. 1041.

estiércol, 20 000 galones de orina y casi 200 cadáveres. El olor de los excrementos de caballo está por todas partes, penetra en las casas en forma de estiércol seco que cae en los bajos de los pantalones y en los pliegues de las faldas».[29] La década de 1880 también traería algunos de los inviernos más fríos en la historia de Nueva York, que culminaron en la legendaria tormenta de nieve de 1888.[30] Al emerger de ese período definitorio a principios de la década y enfrentar la vida en Nueva York sin su familia, Martí miró hacia el futuro que había elegido con una mezcla de determinación y temor: «Ese es mi camino. Tengo fe y gozo en eso. Todo me ata a New York [...]. Todo me ata a esta copa de veneno».[31]

El general Máximo Gómez ya era un veterano experimentado en la lucha por la independencia cuando llegó a Nueva York en el otoño de 1884. Dominicano de nacimiento, había luchado larga y duramente durante la extenuante guerra de 1868-1878, pero el fracaso en el logro de la victoria no había hecho que renunciara a la lucha. En agosto de 1884 dejó su hogar en Honduras y se encaminó a las comunidades cubanas en los Estados Unidos para evaluar el interés en renovar el conflicto armado contra España.

Estaba acompañado en ese viaje por otra figura legendaria de la gran guerra: el general Antonio Maceo. De ascendencia africana, Maceo representaba el desafío contra el dominio español. Había denunciado el pacto que había puesto fin a la guerra en 1878, y prometió seguir luchando. Finalmente, se vio obligado a irse de Cuba y retirarse de manera temporal, como lo había hecho Gómez, a América Central.

En 1884, los dos venerados generales estaban ansiosos por volver a la batalla. Su viaje los llevaría a Nueva Orleáns, Cayo Hueso y Nueva York, donde esperaban recaudar dinero de los cubanos ricos expatriados para una nueva campaña militar. Sus escasos recursos se agotaron

[29] Cor. George E. Waring Jr., citado en J. Trager: *The New York Chronology*, p. 194.

[30] Martí escribió una crónica detallada de la tormenta de nieve de 1888. J. Martí: «Nueva York bajo la nieve», *La Nación*, 27 de abril de 1888, en *OC*, vol. 11, pp. 417-422.

[31] J. Martí: «Carta a Manuel Mercado, no. 45, 1886», en *OC*, vol. 20, p. 90.

en Nueva Orleáns y apenas tenían dinero para comer. Gómez escribió en su diario: «Solamente parece que los infelices son los dispuestos a ayudar la revolución de Cuba; ni un hombre de los cubanos pudientes que residen aquí se ha acercado a mí».[32] Pudieron continuar su viaje solo porque recibieron una oportuna contribución del presidente de Honduras.

Sus espíritus se animaron por la recepción entusiasta que recibieron de los tabacaleros en Cayo Hueso. Gómez escribió en ese momento que es en Cayo Hueso «donde existe el mejor de los centros de emigración de cubanos».[33] Finalmente, los residentes del pequeño cayo, tanto ricos como pobres, contribuyeron con $40 000 para la iniciativa revolucionaria de los generales.[34]

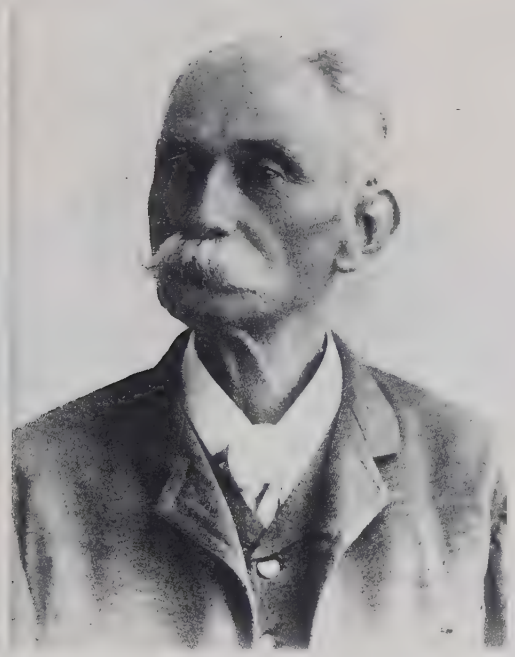


Figura 8.2. General Máximo Gómez. (Fuente: *Cuba y América,* 15 de diciembre de 1897, p. 1).

[32] M. Gómez: *Diario de campaña*, p. 179.
[33] Ibíd., p. 180.
[34] E. Hernández y Pérez: *El período revolucionario de 1879 a 1895,* p. 34.

Cuando Gómez y Maceo llegaron a Nueva York el 1ro. de octubre, tenían muchas razones para estar optimistas. Incluso antes de salir de Honduras, nada más y nada menos que Félix Govín –el cubano acaudalado, que fue tratado en el capítulo 6– les había prometido $200 000. Govín había prometido la mitad de ese monto de su propio dinero y tenía otros dos amigos dispuestos a poner el resto del dinero.[35]

A su llegada, los generales fueron directamente al hotel propiedad de *madame* Marie Griffou, ubicado en 19 West 9th Street.[36] Aunque en realidad era una pequeña posada o casa de huéspedes, tenía una venerable tradición de acoger insurgentes cubanos y cónclaves revolucionarios. Los cubanos, siempre suspicaces de los esfuerzos de vigilancia del gobierno español, preferían la intimidad del hotel y su ubicación discreta en un barrio residencial a los grandes hoteles de Manhattan, situados en áreas de mucho tráfico. Madame Griffou, nacida en Francia, era una anfitriona especialmente complaciente con sus huéspedes cubanos. Ella había vivido en Cuba antes de llegar a Nueva York y

[35] Ibíd., p. 21.

[36] Todas las biografías de Martí y todas las otras fuentes secundarias consultadas ubican el hotel en East 9th Street. Este es un error que ha sido repetido constantemente después de que el doctor Eusebio Hernández y Pérez, testigo de los acontecimientos de 1884, puso esa dirección en sus memorias, escritas en 1914 (*El período revolucionario de 1879 a 1895*, p. 29). Las planillas de los censos de 1870, 1880 y 1900 enumeran a *madame* Griffou, su familia y huéspedes en la dirección de 19-21 West 9th Street, no East. Los directorios de la ciudad registran la casa de huéspedes de *madame* Griffou en 19 West 9th Street. Desde 1880 hasta su cierre en 1907, el hotel fue escenario de un suicidio, un asesinato-suicidio, dos muertes naturales repentinas y un arresto por contrabando. Todos los artículos periodísticos que informan sobre esos sucesos dan la dirección del hotel como 19 West 9th Street. De 1894 a 1902, el hotel anunciaba su restaurante en los periódicos, dando su ubicación en 19 West 9th Street. Curiosamente, tanto el 21 West como el 21 East en 9th Street son edificios de ese período que aún permanecen en pie. El del oeste es una estructura que incluye los nos. 19, 21 y 23, que concuerdan con los múltiples números que aparecen para el hotel en los censos de la época. También es la estructura que, a diferencia de su contraparte en el lado este de la Quinta Avenida, parece adecuada para un hotel y restorán. De hecho, el edificio albergó hasta hace poco un restorán. La importancia de tener la dirección correcta es que el Hotel Griffou es el único edificio de Manhattan de importancia en la vida de Martí que sobrevive hasta nuestros días.

siempre empleó cubanos en su hotel. Clementine, su hija nacida en Nueva York, se casó con Marcos Morales, un cubano que trabajaba en la industria tabacalera de la ciudad.[37] A diferencia de muchos otros hoteles de Nueva York, el Hotel Griffou acogía huéspedes de todo el amplio espectro de tipos raciales cubanos. El general Maceo se había hospedado allí en una visita previa a esa ciudad.[38]

Figura 8.3. General Antonio Maceo. (Fuente: *Frank Leslie's Popular Monthly*, agosto de 1896, p. 129).

[37] U. S. Bureau of the Census: *1880 United States Federal Census, New York City*, Distrito de Enumeración no. 174, p. 2.

[38] E. Hernández y Pérez: *El período revolucionario de 1879-1895*, p. 29. En dos notas escritas por Maceo durante su estancia en Nueva York, fechadas el 30 de mayo y el 16 de junio de 1878, y dirigidas a José Manuel Mestre, Maceo le pide a este reunirse con él en «19 y 21 W. calle 9» y en «19 Oeste calle 9», una señal de dónde estaba alojado y también más evidencia sobre la ubicación del hotel en el lado oeste de la Quinta Avenida. A. Maceo: «Notas para José Manuel Mestre, 30 de mayo y 16 de junio de 1878», contenedor 63, José Ignacio Rodríguez Papers.

Los generales y su pequeña comitiva permanecieron en Nueva York y en el Hotel Griffou durante todo el mes de octubre. Ni siquiera en los viejos tiempos, durante la guerra, el pequeño hotel había visto tanta actividad insurgente. La buena señora debe haberse visto abrumada de que su hotel se llenara de espeso humo de tabaco procedente del flujo constante de visitantes que venían a ver a los generales.[39] Martí se encontraba entre los visitantes, aunque estaba reacio a participar en la nueva iniciativa. Por haber aprendido una lección de paciencia, tenía dudas de que fuera el momento oportuno para el esfuerzo. Pero probablemente fue convencido de participar por el doctor Eusebio Hernández y Pérez, médico y asistente principal de Gómez durante el viaje. Hernández y Pérez tuvo el gesto de pasarle un cable a Martí desde Honduras con antelación a la visita de Nueva York porque el médico sabía, como escribió después, que «Martí estaba un tanto retraído desde 1880, en que fracasó la revolución dirigida por Calixto».[40]

Pero un neoyorquino se demoró en pasar por el Hotel para rendir sus respetos a los generales. Félix Govín, el esperado benefactor, fue, por supuesto, la primera persona a quien Gómez y Maceo notificaron su llegada y le pedían reunirse con él lo antes posible. Pero pasaban los días y no llegaba ninguna noticia del hombre de negocios. Finalmente, Govín les dio la noticia a Gómez y Maceo: no habría contribución, ni un centavo, ni de él, ni de sus amigos. Govín se excusó diciendo que el momento no era bueno, ya que estaba envuelto en una delicada negociación con el gobierno español sobre la restitución de los bienes que le habían sido confiscados en Cuba durante la última guerra.[41]

[39] J. Castellanos: *24 de febrero de 1895: Un programa vigente*, p. 129.

[40] E. Hernández y Pérez: *El período revolucionario de 1879-1895*, p. 28.

[41] Ibíd., 30. Félix Govín y su hermano José estaban entre los cubanos reportados como ciudadanos estadounidenses que habían presentado reclamaciones contra el gobierno español por sus propiedades presuntamente confiscadas o embargadas durante la última guerra. Ver «The American and Spanish Claims», *New York Times*, 5 de junio de 1871, p. 1. Ver el capítulo 7 para obtener más información sobre la familia Govín. Mañach atribuye un doble motivo al ofrecimiento original de apoyo de Govín, argumentando que era un movimiento calculado para presionar a los españoles para resolver sus reclamaciones de manera satisfactoria. «Govín había jugado con dos barajas», escribió Mañach. (J. Mañach: *Martí el apóstol*, p. 161).

Los generales, especialmente Gómez, estaban furiosos. Los $200 000 prometidos por Govín habrían sido casi suficientes para poner en marcha toda la revolución y era una de las razones por las que salieron de sus hogares en Centroamérica y viajaron a los Estados Unidos. Govín les había hecho perder el tiempo y, peor aún, había herido su orgullo. Allí estaban en Nueva York dos líderes militares con cicatrices de la guerra que habían sostenido durante diez años en el campo cubano, ofreciendo sacrificarse de nuevo y alzarse en armas. Y, sin embargo, estaban siendo desairados por la comunidad más rica de emigrados, una comunidad «exiliada» que supuestamente valoraba la liberación de la patria.

El 10 de octubre, Gómez fue recibido calurosamente en un gran mitin de cubanos en el Tammany Hall para celebrar el aniversario del comienzo de la guerra de 1868.[42] El general, escribió un reportero del *Herald*, habló «breve y concisamente de las esperanzas y los temores de la causa de ellos», mientras que Martí pronunció «un discurso muy florido y elocuente que fue muy aplaudido».[43] Se recaudó algún dinero de pequeñas donaciones solicitadas al público, pero serían necesarias contribuciones mayores para iniciar la revolución.

Gómez decidió enviar notas personales a los más de veinte cubanos neoyorquinos más ricos pidiendo su apoyo financiero. Solo uno respondió, con cincuenta dólares. Gómez escribió en su diario: «He sufrido aquí en New York lo que no esperaba [...]. Mi decepción ha sido tristísima porque sólo los cubanos pobres son los dispuestos al sacrificio [...]. He empezado de nuevo a saborear gotas amargas, pero yo seguiré mi camino sin miedo ni contemplaciones».[44]

Eso fue precisamente lo que hizo. Con el dinero recaudado hasta ese momento, especialmente en Cayo Hueso, Gómez y Maceo siguieron adelante con la organización del movimiento. Celebraron reuniones en el Hotel Griffou con sus partidarios, elaboraron un plan y emitieron órdenes para crear en los Estados Unidos, México y América Central varios centros de actividad revolucionaria que debían equipar expediciones y enviarlas a Cuba de manera coordinada.[45] Los dos

[42] C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 433.
[43] «Yara's Sons», *New York Herald*, 11 de octubre de 1884, p. 5.
[44] M. Gómez: *Diario de campaña*, p. 183.
[45] J. L. Franco: *Antonio Maceo: Apuntes para una historia de su vida*, pp. 270-271.

generales eran, por encima de todo, militares y estaban organizando el movimiento con precisión y disciplina. Dentro de ese esquema, a Martí le asignaron acompañar a Maceo a México.

El 18 de octubre, Martí fue al Hotel Griffou para una reunión privada que había solicitado con Gómez y Maceo. Esperaba discutir los planes para la insurrección. Lo que encontró fue muy diferente. En el pequeño hotel de *madame* Griffou en la calle 9 se realizó ese sábado una de las reuniones más decisivas y controvertidas en la historia de Cuba entre los tres íconos de esa historia.[46]

Martí tenía algunas dudas sobre el plan y su misión en México, por lo que comenzó la reunión haciendo sugerencias sobre cómo podría mejorarse la estrategia de los generales. Gómez, con una bañadera esperándolo en una habitación contigua y un alto nivel de frustración con toda la comunidad de Nueva York, se encontró frente a un poeta y escritor, una persona civil de la mitad de su edad, que le decía cómo dirigir su campaña. «Se permitía», escribió Gómez más tarde, «hacerme muchas indicaciones inusitadas que no tenían razón de ser, y que no correspondían hacerlas al que se le confía la dirección de un asunto».[47] Cuando Martí comenzó a hablar sobre lo que planeaba hacer en México, Gómez ya no pudo soportarlo: «Vea, Martí», interrumpió con tono áspero, «limítese Vd. a lo que digan las instrucciones, y lo demás el general Maceo hará lo que deba hacerse». Y con ello, tomó su toalla y fue a bañarse.[48]

Martí quedó atónito. Maceo inmediatamente intentó dar explicaciones que pensó suavizarían la brusquedad de las palabras de su camarada: el viejo estaba acostumbrado a dar órdenes; es peligroso tener una campaña militar con demasiados jefes; los jefes están acostumbrados a ser obedecidos sin cuestionamiento, y así sucesivamente.[49] Martí no dijo nada. Las explicaciones de Maceo solo empeoraron

[46] Los detalles de esta reunión se vuelven a contar en todas las biografías de Martí y en otras obras. Sus fuentes originales son Eusebio Hernández y Pérez *(El período revolucionario*, p. 31), que aparentemente fue testigo de la reunión, y el propio Gómez, que escribió sus recuerdos de la reunión detrás de la carta que Martí le envió dos días después. Las notas de Gómez son reproducidas por José L. Franco en su biografía, *Antonio Maceo...*, pp. 272-273.

[47] J. L. Franco: *Antonio Maceo: Apuntes para un historia de su vida*, p. 273.

[48] Ídem.

[49] J. Castellanos: *24 de febrero de 1895: Un programa vigente*, p. 132.

las cosas. Cuando Gómez regresó de bañarse, Martí se levantó y se despidió de manera respetuosa, y salió bruscamente, cerrando la puerta tras de sí. Maceo se volvió hacia Gómez y le dijo: «Este hombre, General, va disgustado con nosotros». «Tal vez», contestó el viejo soldado.[50]

Maceo tenía razón, aunque «disgustado» ni se acercaba a describir cómo se sentía Martí. Se tomó dos días para serenarse antes de escribirle una carta a Gómez en la que se retiraba de toda participación en la revolución planeada. La carta se convirtió en la declaración de principios de Martí sobre la necesidad de un movimiento revolucionario civil de base amplia. «Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento».[51] Él argumentó sobre la importancia de «conciliar todas las labores, voluntades y los elementos que han de hacer posible la lucha armada».[52] Sus palabras más mordaces fueron dirigidas hacia lo que él veía como las tendencias dictatoriales de Gómez:

> ¿Qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General? ¿Los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él?[53]

También le hizo saber a Gómez que las explicaciones de Maceo eran aún más preocupantes: «quiso [...] darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Ud.».[54]

Gómez no respondió a la carta, pero escribió en su diario que había recibido una carta «insultante» de Martí. Gómez anotó para sí que Martí era aparentemente uno de los que «temen «a la dictadura» y

[50] J. L. Franco: *Antonio Maceo: Apuntes para una historia de su vida*, p. 273.
[51] J. Martí: «Al general Máximo Gómez, 20 de octubre de 1884», en *OC*, vol. 1, p. 177.
[52] Ibíd., p. 178.
[53] Ídem.
[54] Ídem.

que la acusación de autoritarismo era solo un pretexto para que Martí pudiera renunciar a una revolución en la que no se le había permitido jugar un papel importante.[55] Ocho meses después de la reunión, y aparentemente todavía indignado por las palabras de Martí, Gómez escribió en su diario: «[Hay] escasez de varonil resolución –pues hasta se le teme a la Dictadura revolucionaria; ¿se podrá dar mayor candidez o más afeminado modo de pensar? ¿Acaso se puede citar una revolución en el mundo que no tenga su Dictadura?[56]

Un mes después de llegar, Gómez se fue del hotel de *madame* Griffou y de Nueva York sintiendo una profunda antipatía por la comunidad de emigrados de la ciudad y, especialmente, por Martí. Menos de tres meses después, escribió desde Nueva Orleáns una carta a Juan Arnao, un antiguo amigo y residente de Nueva York, que resumía su experiencia en la ciudad. Describió a Nueva York como «siempre flojo» y lamentó «El tiempo que los cubanos de New York me han hecho perder y aun el dinero, mío propio, que tontamente he gastado ilusionado creyendo que trataba con hombres que estaban dispuestos a hacer algo por la Patria».

Reservó sus palabras más duras para Martí:

> [Martí] no es hombre que puede pisar en ninguna esfera sin la pretensión de dominar y al tomarme el pulso se dijo para sus adentros «con este viejo soldado es imposible hacer eso [...] que hace poco caso de los oradores y los poetas y lo que solicita es pólvora y balas y hombres que vayan con él a los campos de mi patria a matar a sus tiranos».
>
> [...] ese joven, a quien es preciso dejar tranquilo que ya iremos a luchar por hacerle patria para sus hijos. No nos ocupemos más de esas pequeñeces que nada influyen en los destinos de los pueblos. Yo sigo adelante, y a un lado los estorbos [...].[57]

[55] M. Gómez: *Diario de campaña*, p. 183.

[56] Ibíd., p. 196. El uso de mayúsculas en la palabra «Dictadura» es de Gómez.

[57] M. Gómez: «Carta a Juan Arnao, 20 de enero de 1885», Colección de Manuscritos de Juan y Nicolás Arnao, División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso.

El incidente en la casa de *madame* Griffou tuvo serias consecuencias para la lucha por la independencia.[58] El hombre destinado a diseñar el movimiento civil que llevaría con éxito la revolución a Cuba se había alejado, de una manera aparentemente irreconciliable, de los líderes militares más venerados de la causa separatista. Durante el resto de la década de 1880, la lucha por la independencia sufrió por el desafortunado desencuentro del mes de octubre 1884.[59] El plan de Gómez y Maceo no pudo materializarse, en gran medida, por las razones que Martí había previsto: la falta de recursos y la ausencia de una amplia base de apoyo.[60] Los generales se retiraron de nuevo a sus hogares en Centroamérica.

Martí también se retiró, como lo había hecho antes, de participar activamente en algún movimiento.[61] La visita de los generales y el incidente en el Hotel Griffou habían sido aun otra experiencia formativa, que le dejó dos lecciones. Una era que el movimiento de independencia tenía que ser civil, inspirado en ideales democráticos e incorporar los mismos principios sobre los cuales se construiría una nueva nación. Los líderes militares serían reclutados por ese movimiento para liderar la lucha, pero Martí concebía la lucha como mucho más que derrotar a los españoles. Se trataba de construir una nación, no solo de ganar una guerra. Y como se dio cuenta en la reunión del Griffou, la nación que él se imaginaba no era una que pudiera construirse «como se manda un campamento».

[58] E. Martínez Estrada: *Martí revolucionario*, p. 190.

[59] Por ejemplo, iniciativas posteriores de Maceo, que no había perdido del todo la confianza en la comunidad de Nueva York, se encontró con el «problema» de Martí. En una carta redactada de manera elíptica escrita en junio de 1885 a Juan Arnao en Nueva York, Maceo le solicitó que él mediara para pedir la colaboración de una organización que Martí preside en Nueva York: «No necesitaré traer a colación hechos que deben permanecer en la indiferencia y el olvido [...] concretarme solamente a solicitar de U. su más decidida cooperación a fin de que, si se presentare algún obstáculo [...] interponga su influencia y su valer [...] emplear a la vez para el Sr. Martí, la consideración que tan merecidamente disfruta, a fin de que se separe todo elemento personal que tienda a obstruir la marcha regular a que debe aspirarse en tan dedicado asunto». A. Maceo: «Carta a Juan Arnao, 5 de junio de 1885», Colección de Manuscritos de Juan y Nicolás Arnao.

[60] J. Castellanos: *24 de febrero de 1895: Un programa vigente*, p. 149.

[61] E. Martínez Estrada: *Martí revolucionario*, p. 190.

La otra lección fue el hecho hoy considerado común de que el capital es cauteloso, incluso cobarde. Muchos emigrados acaudalados todavía sufrían las consecuencias del embargo español de 1869 y habían aprendido a ser timoratos para involucrarse en causas separatistas. Martí se dio cuenta entonces de que los fondos para el movimiento tendrían que venir de las bases de las comunidades de emigrados cubanos, aquellos que no tenían nada que perder al prestar su apoyo. Esta toma de conciencia influyó en la estrategia de recaudación de fondos que usaría más adelante, una que resonaba de manera cercana con sus instintos democráticos y su afinidad por los menos poderosos de la sociedad.

Aunque continuó escribiendo en nombre de la independencia y apoyando a las organizaciones separatistas en Nueva York, pasaron más de siete años después del incidente del Griffou antes de que Martí se dedicara por completo a la causa de la independencia. En esos siete años de relativa tranquilidad, él fue principalmente un neoyorquino dedicado a ganarse la vida y disfrutar de las incomparables experiencias culturales, sociales y recreativas que ofrecía una ciudad que se adentraba en el mundo moderno.

El símil de la copa de veneno que Martí evocó para caracterizar su futuro en Nueva York fue, sin duda, producto de uno de sus momentos más sombríos. El hecho es que, poco después de regresar de Venezuela en 1881, se entusiasmaba de nuevo con la agitación y las posibilidades de la ciudad, la cual reconoció como el lugar donde necesitaba estar a pesar de todas sus dificultades.

En el frente doméstico, no terminó tan solo como había pensado cuando su familia se fue a Cuba. Para julio de 1881, si no antes, Martí había regresado a la casa de huéspedes de Carmen Mantilla, que se había mudado a 324 Classon Avenue en Brooklyn.[62] A principios de 1885, Manuel Mantilla murió, dejando a Carmen viuda con cuatro hijos que tenían entre quince y cinco años. Hay pocas dudas, incluso

[62] Martí puso la dirección en varias cartas que escribió para informar su dirección postal a sus corresponsales. La primera carta con la dirección fue para Vidal Morales el 8 de julio de 1881. *OC*, vol. 20, pp. 296-297. El edificio ya no está en pie. El lugar es un patio de recreo de la escuela adyacente.

entre los biógrafos más discretos de Martí, de que durante el resto de sus días en Nueva York asumió los roles de esposo y padre en la casa de los Mantilla, y que prestó especial atención a la educación de la más joven, María.[63]

A pesar de encontrar cierta medida de vida familiar, Martí siguió siendo, en muchos sentidos, una figura solitaria en Nueva York.[64] En el ámbito político, estaba alejado de gran parte del liderazgo tradicional de emigrados debido a su separación de Gómez y Maceo. Intelectualmente, no estaba rodeado por una dinámica comunidad literaria de compatriotas que fueran sus iguales o con quienes tuviera mucho en común.[65] Nunca dejó pasar la oportunidad de reunirse o asistir a una conferencia de alguna figura intelectual prominente de su tiempo, que resultaba estar en Nueva York.

Sin embargo, la soledad no impide que uno viva una vida plena en Nueva York. La retirada de Martí de la participación en movimientos revolucionarios organizados duró hasta 1891 y le dio la oportunidad de vivir como un neoyorquino cabal. Afirmar que era un neoyorquino de ninguna manera contradice el hecho de que Martí siempre fue un extraño, un extranjero, en los Estados Unidos. Entonces, como ahora, ser neoyorquino es una identidad «supranacional», un producto del alcance y el carácter internacional de la ciudad, y la marginalidad y lo extranjero forman parte de esa identidad. Y Martí dio todos los indicios de que era, de hecho, un neoyorquino, que se sentía parte de la ciudad, se deleitaba con sus ofertas culturales, intelectuales y recreativas, llevaba a los niños Mantilla al Central Park, se maravilló por la apertura del Brooklyn Bridge, disfrutaba de las ofertas culinarias de

[63] Carlos Ripoll, el más destacado exponente de la opinión de que Martí no tuvo relaciones íntimas con Carmen Mantilla en 1880 y, por tanto, no podría haber sido el padre de María, sin embargo, reconoce que la relación después de la muerte del esposo de Carmen era íntima y que Martí ayudó a criar a los hijos de Carmen. Sin embargo, como era de esperar en aquel momento, la pareja siempre fue discreta; Martí mantenía una habitación separada en la pensión, según el testimonio, citado por Ripoll, de una amiga de infancia de María que vivía cerca de la casa de los Mantilla en 1893, cuando estaba ubicada en 121 West 61st Street. C. Ripoll: *La vida íntima y secreta de José Martí*, p. 165.

[64] E. Martínez Estrada: *Martí revolucionario*, p. 253.

[65] R. Esténger: «Esbozo de Martí», en *Memoria del Congreso de Escritores Martianos, del 20 al 27 de febrero de 1953*, p. 99.

Delmonico's y las atracciones de Coney Island, así como del extraordinario espectáculo organizado por P. T. Barnum en el Madison Square Garden.

Pero él hizo mucho más que, simplemente, disfrutar Nueva York: también escribió sobre la ciudad. Las crónicas de Martí sobre la vida en los Estados Unidos, especialmente en Nueva York, fueron una importante fuente de ingresos para él como colaborador habitual de periódicos en América Latina. Entre 1881 y 1891 escribió más de 250 crónicas y ensayos sobre eventos políticos, sociales y económicos estadounidenses, muchos de ellos en la ciudad. Por lo general, eran ensayos largos en forma de una carta dirigida al editor y que trataban una variedad de temas. Prácticamente todas las crónicas se publicaron en tres periódicos latinoamericanos para los cuales se desempeñó como corresponsal en Nueva York: *La Opinión* de Caracas, *El Partido Liberal* de Ciudad de México y *La Nación* de Buenos Aires. Han sido recopiladas como las *Escenas norteamericanas* y representan cinco volúmenes de las obras completas de Martí.[66]

Las *Escenas* constituyen una colección extraordinaria de crónicas que se encuentran entre los relatos más valiosos de la vida en los Estados Unidos, y especialmente en Nueva York, durante esos años críticos de finales del siglo XIX. Roberto González Echevarría considera las crónicas de América del Norte como el «mayor éxito literario» de Martí.[67] Quizás porque solo una parte de las *Escenas* ha sido traducida, en gran medida no ha sido apreciado su lugar entre las crónicas más destacadas de la historia de la ciudad.[68] Sin embargo, como veremos, su impacto en las tendencias literarias latinoamericanas es ampliamente reconocido.

[66] Las *Escenas norteamericanas* constituyen los volúmenes 9 a 12 de las *Obras completas*, mientras que el volumen 13 contiene escritos sobre tendencias y eventos literarios y artísticos de los Estados Unidos.

[67] R. González Echevarría: «José Martí: An Introduction», p. xviii.

[68] Los escritos de Martí sobre Nueva York no solo no han recibido la atención que merecen en los Estados Unidos, sino que su lugar entre los residentes prominentes de Nueva York en gran medida también ha sido pasado por alto. En un libro que enumera los cien neoyorquinos más prominentes de todos los tiempos, aparecen solo dos latinoamericanos, Tito Puente y Diego Rivera, y el último era realmente un visitante en la ciudad. (J. Holmes: *100 New Yorkers: A Guide to Illustrious Live and Locations*).

Las *Escenas* incluyen informes y reflexiones sobre el sistema político estadounidense, los procesos y candidatos electorales, la corrupción en el gobierno municipal, la vida opulenta de las familias más ricas de Nueva York, los barrios pobres, las tormentas de nieve, las sequías y los incendios en Manhattan, la prensa de Nueva York, el día de Acción de Gracias y la Semana Santa, los presidentes de los Estados Unidos, el patinaje sobre hielo, el poeta Whitman y el boxeador Sullivan, las ferias industriales y agrícolas, las huelgas laborales, los trenes elevados, los deportes, Buffalo Bill, el Salvaje Oeste y las tribulaciones de los indios, las escuelas y los teatros de Nueva York, el sufragio femenino, los sudamericanos y los afroamericanos, Coney Island y la Bolsa de Valores. Hay crónicas que abordan acontecimientos históricos: las inauguraciones del puente de Brooklyn y la Estatua de la Libertad, la llegada de la luz eléctrica, la visita de Oscar Wilde, la boda del presidente Cleveland, el terremoto de Charleston y el centenario de Washington Irving. El asesinato del presidente Garfield y el encarcelamiento, juicio y ejecución de su asesino Charles Guiteau fueron objeto de varios ensayos durante meses. La inmigración y la diversidad étnica de Nueva York fueron temas recurrentes, con ensayos sobre el barrio chino, los irlandeses, los húngaros y otros grupos. Hubo reflexiones por la muerte de notables: el presidente Grant, Karl Marx, Emerson, Longfellow, Samuel Tilden e incluso Jesse James, entre otros. El valor principal de las *Escenas norteamericanas* no se basa solamente en su extraordinaria variedad y alcance, ni siquiera en su estilo, que puede parecer a los lectores modernos como obsoleto, ornamentado, incluso barroco. Lo más notable de las *Escenas* es, como ha señalado Susana Rotker, la excepcional «mirada» de Martí como cubano en Nueva York.[69] Las *Escenas* no son meras descripciones, ni Martí fue un periodista. Si bien escribió ricos pasajes descriptivos, fue más allá y proporcionó a sus lectores en América Latina sus interpretaciones y juicios sobre el coloso emergente del norte. Hay implícita en las *Escenas* y a veces explícita, una valoración de la idoneidad del modelo estadounidense para el resto del hemisferio. Esa dimensión evaluativa de las *Escenas* da como resultado una narrativa con una tensión constante entre elogio y crítica, admiración y condena, lo que ha lleva-

[69] S. Rotker: *The American Chronicles*, pp. 84-85.

do a interpretaciones muy divergentes entre los estudiosos de Martí en cuanto a su «verdadera» visión de los Estados Unidos. Algunos lo han visto como uno de los primeros en denunciar el imperialismo estadounidense y la amenaza que representaba para América Latina, mientras otros han resaltado su admiración por las instituciones de este país.[70]

Pero en última instancia, el interés de Martí no fue juzgar a los Estados Unidos. Al escribir como un forastero, no se veía en un papel de adepto o detractor en una sociedad que no era la suya. Nunca abandonó su «mirada» como un latinoamericano involucrado en el proceso de construcción de su propia nación. Las *Escenas*, aparte de darle ingresos a Martí, tenían el propósito de comunicar a los latinoamericanos las lecciones que estaba aprendiendo sobre el drama social, político y económico de los Estados Unidos a fines del siglo XIX. Nueva York le dio un asiento de primera fila en ese drama, y él utilizó su posición estratégica para contribuir al desarrollo de una identidad latinoamericana moderna y a un sentido de propósito nacional. Como señala Rotker, Martí escribe como el «pequeño sujeto colonial» que vive como «exiliado en una ciudad que no es la suya»:

> Sin embargo, como admirador *y* crítico de la sociedad sobre la que escribe, intenta reformular el sentido tradicional del *nosotros* y el *ellos* para construirse una identidad inclusiva, un «nosotros latinoamericano». Además, en las *Escenas norteamericanas*, el sitio de la mirada ha sido desviado: la mirada se centra en Nueva York (un modelo relativo y, al mismo tiempo, una amenaza), no en la cuestión apremiante de la relación colonial de Cuba con España.[71]

A pesar del ojo crítico que Martí proyecta sobre Nueva York y los Estados Unidos, muestra un interés genuino en ver triunfar el modelo estadounidense. Pero para él, el éxito no estaba dado por el expansionismo o por el crecimiento frenético de la riqueza personal. Más bien,

[70] O. Montero: *José Martí: An Introduction*, p. 9; y R. Rojas: *José Martí: la invención de Cuba*, pp. 49-50.

[71] S. Rotker: «José Martí and the United States», pp. 17-18.

el modelo tendría éxito solo si el progreso significaba mayor justicia social y rechazo del materialismo.

Martí consideraba que ese progreso estaba constantemente en peligro de ser descarrilado. Un ejemplo es su perspectiva, sin duda decepcionante para muchos de sus lectores modernos, sobre la inmigración. La veía como parte de un proceso más amplio de influencia europea que, según argumentó, amenazaba con socavar los «nobles orígenes» de la nación estadounidense. Esos orígenes estaban en una lucha colonial que Martí admiraba mucho, porque había sido llevada a cabo por hombres progresistas que habían roto con las tradiciones europeas opresivas y establecido una nación libre regida por instituciones y valores modernos. Los europeos que se amontonaban en Nueva York a fines del siglo XIX traían consigo «sus odios, sus heridas, sus úlceras morales», junto con un «ávido deseo de dinero».[72]

Vistas más de un siglo después, las opiniones negativas de Martí sobre los inmigrantes en los Estados Unidos, que comenzó a expresar a principio de sus años en Nueva York, no coinciden con el tono progresista de gran parte de su pensamiento social y político. Sin embargo, más que cualquier otra cosa, esos puntos de vista reflejaban su percepción de que el modelo estadounidense era un experimento frágil, uno que podía corromperse fácilmente por influencias europeas retrógradas.

Ese punto se evidencia sobre todo en una *Escena* bastante poco conocida, pero reveladora, publicada en 1885 en *La Nación*.[73] En ella, Martí comentó a sus lectores argentinos sobre la fama en Nueva York de monseñor Thomas J. Capel, un prelado católico inglés

[72] J. M. Kirk: *José Martí, Mentor of the Cuban Nation*, p. 49. Las palabras de Martí citadas están en el texto de Kirk. Incluso en uno de sus primeros escritos conocidos publicados en Nueva York, Martí expresa una impresión negativa de los inmigrantes de la ciudad, y se refiere a ellos como una «sedienta población extranjera que no debe ser confundida con el verdadero pueblo americano», y «una vulgar tormenta [...] que trae en la fuerza y posibilidades de riqueza, lo que carece de altura intelectual, y profundidad moral». J. Martí: «Impresiones de América», p. 165. Es de destacar que a pesar de que Martí estaba, por así decirlo, recién salido del barco, se refiere a los inmigrantes en tercera persona, una óptica de los cubanos exiliados que tiende a persistir hasta hoy día.

[73] J. Martí: «Cartas», *La Nación*, 20 de marzo de 1885, en *OC*, vol. 10, pp. 155-164.

notorio como orador inspirador. Tradicionalista que había pasado algún tiempo en Roma y, según los informes, era cercano al papa Pío IX, el monseñor llegó a Nueva York en julio de 1883 para una larga estadía en los Estados Unidos, con la intención de causar un impacto en la escena religiosa del país.[74] La prensa neoyorquina que cubrió cada uno de sus movimientos exaltaba su fervorosa oratoria, carisma y buena apariencia.[75]

Para Martí, sin embargo, el monseñor era una «magnífica zorra».[76] La *Escena* que criticaba a Capel probablemente estaba motivada por los reportes de prensa sobre un sermón que el prelado pronunció el 23 de noviembre de 1884, en la abarrotada Iglesia de San Vicente Ferrer en el Upper East Side. Capel ofreció un enfoque revisionista de la Inquisición, el cual alegaba que «cumplió con su deber como el padre que salvaría a sus hijos de la iniquidad». Además, Capel dijo, la Inquisición todavía está viva en el Vaticano como una «institución modélica», y concluyó que «el siglo decimonono se parece bastante a veinte siglos atrás».[77]

Martí quedó consternado por la recepción acrítica que Nueva York dio al mensaje del monseñor, como está claro en el párrafo inicial del pasaje que Martí dedica a atacar a Capel:

> Eco de Europa ha parecido en estos días últimos New York; y se delinea ya a los ojos de todos una pregunta que desde hace mucho se hacen los de mirada previsora: ¿este país tan preparado por la naturaleza y la fortuna para ser original y bueno, será definitivamente una voz genuina y formidable [...] que eche adelante por el mundo, y lo lleve a vías nuevas, o, sin fuerzas para depurar y transformar la invasión que a un tiempo lo trastorna y lo fecunda, será al cabo un mero eco?[78]

Obviamente, Martí creía en la promesa de la modernidad y estaba preocupado por la influencia de los anacronismos europeos. Pero

[74] «Arrival of Mgr. Capel», *New York Times*, 31 de julio de 1883, p. 8.

[75] Ídem.

[76] J. Martí: «Cartas», *La Nación*, 27 de enero de 1884, en *OC*, vol. 9, p. 493. Las palabras de Martí fueron «magnífica zorra».

[77] «Aim of the Inquisition», *New York Times*, 24 de noviembre de 1884, p. 1.

[78] J. Martí: «Cartas», *La Nación*, 20 de marzo de 1885, p. 155.

también estaba decepcionado porque la promesa estadounidense no se estuviera cumpliendo, corrompida como estaba, por los excesos materiales, las injusticias sociales y la alienación del espíritu humano.[79] Esa ambivalencia entre desilusión en el presente y fe en el futuro es la fuente del movimiento del *modernismo* en América Latina.[80] Rompiendo las tradiciones literarias y artísticas españolas, y alejados de las clases burguesas en ascenso en sus propias sociedades, los *modernistas* dieron la bienvenida a la era moderna en América Latina, pero pidieron una mayor subjetividad y espiritualidad frente a la racionalización y el materialismo.[81]

Los escritos de Martí desde Nueva York, y especialmente las *Escenas*, se consideran textos precursores esenciales del movimiento *modernista.*[82] Escritas por un latinoamericano que vivía en el corazón del país que había reemplazado a Europa como la fuente de lo moderno, desde la cultura hasta la maquinaria, las *Escenas* gozaron de enorme popularidad a través de México, Centro y Sudamérica.[83] Entre sus ávidos y «hechizados» lectores se encontraba un joven poeta nicaragüense, Rubén Darío, cuyo pequeño libro *Azul*, publicado por primera vez en 1888, se considera un hito fundador del *modernismo*.[84] Las *Escenas* calaron hondo entre los intelectuales y escritores que se identificaron con el rechazo de Martí a las tradiciones y los anacronismos europeos, su creencia en la promesa de la modernidad, y su visión crítica y ambivalente de los Estados Unidos como modelo y como amenaza. La mirada de Martí como cubano neoyorquino fue, por tanto, un elemento crucial en el impacto de sus escritos sobre el movimiento modernista.

El lugar que ocupan las *Escenas* en los anales del modernismo latinoamericano no debe impedirnos disfrutar, a otro nivel, esas *Escenas* que

[79] J. M. Kirk: *José Martí, Mentor of the Cuban Nation*, p. 48.

[80] S. Rotker: *The American Chronicles*, p. 7.

[81] Ídem; y R. González Echevarría: «José Martí: An Introduction», p. xvi.

[82] I. A. Schulman: «Modernismo/Modernidad: metamorfosis de un concepto», p. 20.

[83] R. González Echevarría: «José Martí: una introducción», pp. xviii-xix; y R. Rojas: *José Martí: la invención de Cuba*, p. 33.

[84] I. A. Schulman: «Modernismo/Modernidad: metamorfosis de un concepto», p. 20.

observan de forma original la vida en Nueva York y ofrecen una ventana al Martí neoyorquino. Esto es más evidente en aquellas *Escenas* en las que muestra fascinación por la capacidad ilimitada de la ciudad para divertir y entretener.

Martí tenía predilección por el espectáculo de Barnum, que menciona varias veces en sus escritos. Llamó a Barnum un «hombre de genio»: «La tierra, que da dolores, da a quien los alivia. El que descubre medios de atraer y distraer a los demás –es un benefactor de los hombres. La alegría es el vino del espíritu».[85] Para Martí, el «hipódromo de Barnum» en Madison Square era el lugar de espectáculos fantásticos, que describió en 1887 con entusiasmo infantil:

> Sus carros de relumbrón, sus desmelenados aurigas, sus gladiadores, embadurnados de albayalde para parecer estatuas clásicas, sus caballos que danzan en la cuerda floja, sus mujeres que se descuelgan por la caballera de lo más alto del circo, sus elefantes que bailan lanceros y fungen de payasos, cuando no se cansa alguno de que le moleste a su novia el domador, y echa puerta adentro, seguido de la manada enfurecida, derribando con ímpetu terrible músicos y danzantes, y moviendo en los establos, a que sirven de techo los asientos, un ruido como volcanes.[86]

A partir de 1891, Martí se dedicó exclusivamente a la tarea de crear una revolución y prácticamente dejó de escribir sobre Nueva York. Pero incluso en sus comprometidos últimos años en Nueva York, rara vez dejó pasar una oportunidad de permitir que la ciudad lo divirtiera.

En abril de 1894 organizó el regreso a Nueva York del general Máximo Gómez, el anciano, pero aún respetado, líder militar con el que Martí había tenido una desagradable disputa en el hotel de *madame* Griffou. Gómez regresaba a Nueva York por invitación de Martí. El joven poeta y orador advenedizo que tanto molestara al general diez años antes encabezaba ahora un movimiento civil unificado preparado para llevar la revolución a Cuba. Dispuesto a pasar por alto ese desacuerdo anterior, Martí esperaba persuadir al general para que

[85] J. Martí: «El mastodonte», *La América*, septiembre de 1883, en *OC*, vol. 8, p. 409.

[86] J. Martí: «Gran exposición de ganado», *La Nación*, 2 de julio de 1887, en *OC*, vol. 13, pp. 490-491.

liderara la campaña militar, y Gómez estaba dispuesto a ser convencido. Dados sus conflictos pasados, Martí se daba cuenta de que era importante establecer una buena relación personal con el general, y con ese fin empleó la ayuda de su atracción favorita de Nueva York. Un día, durante la estadía de Gómez en esa ciudad, Martí escribió una nota para su asistente, el joven abogado Gonzalo de Quesada, excusándose por no poder asistir a un evento esa noche porque, escribió, «esta noche llevo al General al Barnum».[87]

El lente de la historia lo convierte en una vista extraordinaria: el arquitecto más importante de la nación cubana y su figura militar más venerada, ambos íconos, sentados juntos disfrutando del «Mayor espectáculo del Mundo». Esa primavera de 1894 la atracción destacada de Barnum & Bailey fue un par de grandes chimpancés, «Chiko y su novia Johanna», entrenados para un acto que era una parodia de la dicha y la agonía de la vida matrimonial humana.[88] A juzgar por el anuncio en el *New York Times*, el circo de tres plataformas en Madison Square esa temporada estuvo espectacular: «Animales salvajes y domesticados que se presentan a la vez, [...] ochenta actos de circo maravillosos, [...] dos manadas de elefantes, dos manadas de camellos, [...] veinte animales payasos y veinte payasos pantomímicos, [...] un verdadero campamento cosaco, [...] gente salvaje, nativos de todas partes de piel negra y morena, [...] veraz, moral, instructivo e histórico».[89]

Fue verdaderamente histórico el vínculo que el escritor y el general consolidaron en esos pocos días en Nueva York. La velada en Barnum fue parte de la estrategia de Martí para ganarse la confianza del guerrero con personalidad arisca, pero indispensable, que podía ser un jugador esencial en el movimiento revolucionario que Martí había estado reuniendo desde 1891.

[87] J. Martí: «Nota para Gonzalo de Quesada», en *OC*, vol. 3, p. 130.

[88] «Mr. Chiko and Mrs. Johanna», *New York Times*, 15 de abril de 1894, p. 9. Márquez Sterling afirma que Martí hizo un escrito sobre los dos chimpancés, pero no he sido capaz de encontrarlo en las *Obras completas*. C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 621.

[89] Anuncio, *New York Times*, 2 de abril de 1894, p. 7.

Durante años, Martí había sido paciente para cumplir su destino. La historia y la experiencia le habían enseñado que la independencia de Cuba no se ganaría de la noche a la mañana y sin sacrificio. Esperaba el momento adecuado para dedicarse a trabajar por la unidad y los recursos necesarios para llevar la revolución a Cuba.

No queda claro por qué en 1891 Martí pensó que había llegado el momento de comenzar el largo camino hacia la revolución. No hubo un acontecimiento político particular o una combinación de fuerzas económicas y sociales que lo convirtieran en el momento propicio para lanzar un movimiento de independencia. De hecho, muchos en Nueva York sentían que el momento era incorrecto.[90] Quizás a Martí simplemente se le acabó la paciencia. O tal vez sus circunstancias personales lo empujaron al punto de no retorno, el punto del cual no habría vuelta atrás a su vida como neoyorquino.

Fue en ese mismo año, en agosto, que Carmen Zayas-Bazán abandonó Nueva York y a Martí por última vez. Fue una partida amarga, mucho más hostil que las anteriores. No hubo despedidas. Aprovechando un corto viaje que Martí hizo fuera de la ciudad, Carmen se marchó bruscamente a La Habana sin su conocimiento, llevándose a su hijo. López, en su biografía de Martí, argumenta que el punto de inflexión para Carmen pudo haber sido la publicación durante esos días de los *Versos sencillos*, una colección de poemas que incluía algunos versos que revelaban su desesperación por las «heridas» que ella le había infligido.[91] Márquez Sterling, por otro lado, señala elípticamen-

[90] L. A. Pérez Jr.: «Meditaciones sobre Martí», Occasional Paper no. 1, Latin American and Caribbean Studies, Universidad del Sur de Florida, primavera de 2001, p. 9. José Ignacio Rodríguez, un cubano neoyorquino y comprometido anexionista, escribió en 1900 que, a principios de 1892, cuando había prosperidad en Cuba y nadie pensaba en otra cosa que en ampliar las libertades políticas y económicas por vías constitucionales y pacíficas, el movimiento revolucionario de Martí «apareció de repente, como por encanto». (J. I. Rodríguez: *Estudio histórico...*, p. 278). Gerald E. Poyo no está de acuerdo y cita crisis sociales y económicas que condujeron a una creciente insatisfacción en la isla, lo que la hizo madurar para la revolución. De hecho, Poyo argumenta que las comunidades de la Florida ya se estaban movilizando para la revolución y que Martí fue influenciado para comenzar su movimiento después de sus visitas allí. (G. E. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, p. 96).

[91] A. J. López: *José Martí: A Revolutionary Life*, p. 250.

te que, si bien Carmen nunca pudo reconciliarse con las decisiones políticas de su esposo, durante esta visita «interviene otro género más íntimo de inconformidad», lo que implica que puede haber confirmado lo que ya sospechaba y la mayoría de los cubanos en Nueva York sabían: que Martí y Carmen Mantilla vivían como pareja.[92]

En su repentina partida, la alentó Enrique Trujillo, un hombre que había sido un colaborador cercano de Martí, pero con quien comenzó a tener diferencias políticas. Carmen le pidió a Trujillo que la acompañara al consulado español en Manhattan, donde solicitó y recibió permiso para regresar a Cuba sin el consentimiento de su esposo, de conformidad con la ley española.[93] Cuando Martí regresó a la ciudad, encontró que ella se había ido y se enteró del papel de Trujillo en su partida, y nunca lo perdonó. La grieta con Trujillo no fue intrascendente. Este dirigía un periódico en Nueva York y siguió siendo una espina durante el resto de la vida de Martí en la ciudad.[94]

La ira que Martí sintió por lo que consideraba la traición de Carmen al abandonarlo se manifestó en su relación con Trujillo. Aunque Martí siempre trató de conciliar sus diferencias con sus compatriotas en aras de la unidad política, después de la partida de Carmen ni siquiera soportaba estar en la misma habitación con Trujillo sin perder la compostura. La profunda pérdida emocional que sufrió ese verano, en especial la separación de su hijo, sin duda le causó mayor impaciencia por retomar de inmediato la agenda que aparentemente justificaba esa separación y su continua residencia en Nueva York: cumplir su objetivo de liberar a Cuba.

[92] C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 533.

[93] Ídem.

[94] Enrique Trujillo era el editor de *El Porvenir*, en cierto sentido un periódico rival de *Patria*. Ya distanciado de Martí, Trujillo estuvo entre los pocos que se opuso a lo que él consideraba como las «irregularidades» en la forma en que se estableció el PRC y como Martí asumió su liderazgo. (A. J. López: *José Martí: A Revolutionary Life*, p. 261). Un año después de la muerte de Martí, Trujillo publicó en Nueva York sus notas y recuerdos de las actividades de los emigrados revolucionarios entre 1880 y 1895. Allí se refiere a Martí en términos muy positivos y no hace mención alguna de su conflicto personal con él. (E. Trujillo: *Apuntes históricos*).

Apenas dos meses después de que Carmen y su hijo se fueran, la noche del 10 de octubre de 1891, Martí subió al podio en Hardman Hall en la Quinta Avenida y calle 19 como si estuviera montando un caballo para liderar una carga contra los españoles. «¡Venimos a caballo!», anunció a un auditorio de más de seiscientos de sus compatriotas que se habían reunido para conmemorar otro aniversario del comienzo del conflicto de 1868: «La cincha se la hemos puesto ya [...] y la silla se la vamos a poner, y los jinetes [...]. ¡La miseria cría magníficos jinetes!». El público vitoreó al final de su discurso cuando regresó a la analogía con la equitación: «¡Éntrese nuestro caballo por el invasor y espántelo y derrótelo!».[95]

Fue el discurso más enérgico que Martí había pronunciado hasta ese momento, un llamado a las armas por parte de un hombre impaciente y frustrado. Aunque le dijo a su auditorio ese sábado por la noche que la caballería correría silenciosamente, «por donde no la oye andar el enemigo», el enemigo sí oyó.[96] El cónsul español en Nueva York pudo leer todo eso al día siguiente, incluso antes de recibir el informe de los agentes de Pinkerton contratados por su gobierno para seguir a Martí. El evento, especialmente el discurso de Martí, fue cubierto por el *Sun*, el *Daily Tribune* y el *Times*.[97] De hecho, el artículo del *Times*, que identificaba a Martí como el «cónsul argentino en Nueva York», probablemente dio pie a la respuesta del cónsul español.[98] Era cierto. Durante varios años, Martí había complementado sus ingresos manejando asuntos consulares en Nueva York no solo para Argentina, sino también para Uruguay. Aprovechando esa identificación pública del estatus diplomático de Martí, el cónsul español, así como los españoles simpatizantes en la ciudad, protestaron ante Vicente G. Quesada, el ministro argentino en Washington, de que un

[95] J. Martí: «Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1891», en *OC*, vol. 4, pp. 259, 266.

[96] Ibíd., p. 259.

[97] «Cubans Celebrate Their Struggle for Independence», *New York Sun*, 11 de octubre de 1891, p. 4; «Today's News», *New York Daily Tribune*, 11 de octubre de 1891, p. 6; y «Cuba's Independence Day Celebrated by a Gathering of Her. and Daughters», *New York Times*, 11 de octubre de 1891, p. 4.

[98] «Cuba's Independence Day», *New York Times*.

representante oficial de su república se dedicara a actividades subversivas contra el gobierno español.[99]

Martí se movió rápidamente para distender una crisis que, para él, era una simple distracción. Presentó su renuncia como cónsul en una carta de agradecimiento a Quesada, indicando su deseo de ahorrarle al gobierno del ministro cualquier «controversia ingrata» que surgiera de su propia obligación de «luchar para obtener para mi patria lo mismo que los padres de la patria argentina obtuvieron a su hora para su país».[100] Martí también renunció rápidamente como cónsul de Uruguay y como presidente de la Sociedad Literaria, una organización cultural de Nueva York. Como dijo uno de sus biógrafos: «Ahora se sentía más expedito para trabajar por Cuba».[101] Otro biógrafo escribió que «ha quemado las naves».[102] Por el contrario: se liberó para equipar los barcos que pondrían en marcha la revolución. Se estaba despojando de su vida neoyorquina para poder concentrarse en lo que siempre había considerado su misión y destino. Ya no tendría paciencia. Después de este momento, su vida adquirió un enfoque intenso, casi frenético. Ahora era Martí el revolucionario, no Martí el neoyorquino.

Aproximadamente un mes después se encontraba entre los tabacaleros de Ybor City en la Florida, la comunidad fundada por Vicente Martínez Ybor y otros fabricantes de tabacos solo cinco años antes (ver capítulo 7). En 1891, Ybor City ya tenía más cubanos que Cayo

[99] «Consul General Marti Is Out», *New York Herald*, 20 de octubre de 1891, p. 7; y «Signor Marti Has Resigned», *New York Sun*, 20 de octubre de 1891, p. 7.

[100] J. Martí: «Al Ministro de la Argentina, Nueva York, 17 de octubre de 1891», en *OC*, vol. 1, p. 266. Vicente Quesada aceptó la renuncia con «muchísima pena». C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 534. Amigo de Martí, el ministro argentino en Washington era intelectual, escritor y bibliófilo. En sus excursiones periódicas a Nueva York, recordó años más tarde: «Invitaba á veces con frecuencia al malogrado cubano Martí, en los numerosos y muy buenos restaurants de aquella populosa y rica ciudad». Quesada también compartió con Martí la afición por el espectáculo de Barnum en Madison Square. V. G. Quesada: *Recuerdos de mi vida diplomática: Misión en Estados Unidos, 1885-1892*, pp. 47-49, 53.

[101] C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 534.

[102] J. Mañach: *Martí el apóstol*, p. 188.

Hueso, un centro mucho más antiguo de manufactura de tabacos en la Florida.[103]

Ir a Tampa, y eventualmente a Cayo Hueso, reflejaba una estrategia que Martí había planeado para construir el movimiento. Ajeno a los círculos establecidos del separatismo de los emigrados, especialmente después de sus altercados con Gómez y Maceo, Martí pasó por alto el liderazgo tradicional en Nueva York y se dirigió directamente a los cubanos de clase trabajadora. Sabía que sería bien recibido por los artesanos de tabacos políticamente conscientes, cuya insatisfacción con el dominio español en Cuba les llevó a abandonar la isla.[104] Aunque el objetivo final de Martí era unir a todos los sectores de la comunidad de emigrados cubanos, incluyendo la élite neoyorquina y los viejos líderes militares, él construiría esa unidad desde abajo hacia arriba, comenzando por la base.[105] La experiencia le había enseñado que el viejo liderazgo estaba fraccionado y las élites económicas eran cautelosas con su dinero.

Al llegar a Tampa el 25 de noviembre, aceptando la invitación de un club patriótico, Martí sabía que de alguna manera necesitaba vencer la desconfianza que los tabaqueros de la Florida sentían hacia los cubanos de Nueva York. La distancia tradicional entre las dos comunidades fue en gran medida un fenómeno de clase: los neoyorquinos eran vistos en Tampa y Cayo Hueso como intelectuales, comerciantes y élites que siempre hablaron mucho sobre la independencia, pero al final no hicieron nada por Cuba.[106] Martí enfrentó esta situación con su mayor recurso: su facilidad de palabra. En Tampa, el 26 y 27 de noviembre, pronunció lo que posiblemente sean sus dos discursos más memorables, cada uno en torno a un tema con el que quería impresionar a su auditorio. El primero fue sobre la necesidad de la unidad y es conocido por su frase final: «Con todos y para el bien de todos».[107] Al día siguiente pronunció su discurso de «Los pinos

[103] L. Pérez: «De Nueva York a Miami», p. 18.

[104] L. A. Pérez Jr.: «Introducción» a L. A. Pérez Jr. (ed.): *José Martí in the United States: The Florida Experience* (Tempe: Arizona State University Center for Latin American Studies, 1995), p. 3.

[105] O. Castañeda: *Martí, los tabaqueros y la revolución de 1895*, p. 22.

[106] G. E. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, pp. 96-97.

[107] J. Martí: «Discurso en el Liceo Cubano, Tampa, 26 de noviembre de 1891», en *OC*, vol. 4, p. 267.

nuevos», un llamado a una renovación generacional en el liderazgo de la causa separatista. Les recordó a los tabaqueros su deber con la patria al decirles que las altas palmas reales blancas de Cuba son «novias que esperan», y concluyó describiendo lo que había visto desde la ventana de su tren mientras viajaba hacia Tampa: «Rompió de pronto el sol sobre un claro del bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos: ¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!».[108]

Los discursos, especialmente el primero, «tuvieron un efecto electrizante».[109] Según un biógrafo, la «táctica oratoria» de Martí había cumplido el propósito de despertar a su auditorio con una «orden de movilización»: «Las primeras filas del público se adelantaron hacia el escenario, donde Martí se veía estrujado por los abrazos. En pie sobre las sillas, las mujeres agitaban sombreros, guantes, pañuelos [...]. Se lloraba, se reía. Multiplicábanse los vivas».[110]

El día de Navidad de 1891, Martí pronunció otro apasionado llamado a la revolución, esta vez en Cayo Hueso, donde había sido invitado por los líderes de esa comunidad después de que supieron de sus discursos en Tampa.[111] Un año después, cuando 1892 llegaba a su fin, la febril actividad de Martí había producido resultados extraordinarios, y creado un movimiento revolucionario con tres componentes: (1) un partido debidamente constituido, el Partido Revolucionario Cubano (PRC), con estatutos, oficiales electos y un conjunto de bases ideológicas escritas; (2) *Patria*, un periódico semanal editado en Nueva York que sirvió como la voz oficial del PRC; y (3) una red de clubes locales, distribuidos por todos los Estados Unidos, América Latina y Europa, que respondían a las directivas del partido, elegían a los oficiales del partido y tenían como actividad principal la recaudación de fondos.

Era la organización civil que Martí siempre había concebido: inclusiva, participativa y democrática, estructurada para lograr la unidad que siempre había sido tan difícil de alcanzar entre los emigrados.

[108] J. Martí: «Discurso en la conmemoración del 27 de noviembre de 1871, en Tampa, 27 de noviembre de 1891», en *OC*, vol. 4, p. 286.

[109] L. A. Pérez Jr.: «Introducción», en *José Martí in the United States*, p. 3.

[110] J. Mañach: *Martí el apóstol*, p. 192.

[111] J. Martí: «Discurso en Cayo Hueso, 25 de diciembre de 1891», en *OC*, vol. 4, pp. 287-290.

Centrada en un partido político, obviamente representaba más que una rebelión contra los españoles. También había sido concebida como la base para la constitución de un gobierno en una Cuba independiente. Después de creada la base organizativa para el movimiento, Martí ahora tenía que hacerla funcionar como el vehículo para la revolución. Resultaría ser, como había previsto años antes, «una tarea para gigantes».

La tarea consistía en escribir cartas y viajar incesantemente para atraer a los emigrantes de todas partes al redil de la organización y recaudar dinero para financiar la insurgencia. La correspondencia política de Martí después de 1891 es tan voluminosa que representa un tomo significativo en sus obras completas. Comenzando con sus viajes a la Florida en 1891, viajó casi constantemente hasta su partida definitiva de Nueva York en 1895. Principalmente fue a las comunidades de la Florida, que seguían siendo la base más sólida del PRC. Pero también realizó viajes extensos a Centroamérica y el Caribe, y cortas travesías a clubes de emigrantes en Filadelfia y Nueva Orleáns. Esto, en un hombre que, después de regresar a la ciudad desde Venezuela en 1881, no había viajado fuera de la región de Nueva York hasta que fue a Tampa en 1891.[112]

A medida que la organización se fortalecía en recursos humanos y financieros, Martí ganaba mayor legitimidad como líder indiscutible del movimiento separatista. Esta estatura le permitió convencer a los escépticos, como los líderes militares y al menos algunos de las élites económicas, para apoyarlo y unirse al movimiento. Pero también lo convirtió en blanco de críticas y ataques por parte de aquellos (especialmente Enrique Trujillo) que, por razones ideológicas o personales, veían su liderazgo con recelo.[113] Al final, esos críticos no importaron. Martí fue capaz de lograr lo que no se había hecho en toda la larga historia del separatismo cubano en Nueva York: organizar un movimiento civil unificado que encabezara una insurgencia sostenible en Cuba. Aunque fue un escritor influyente, se debe en gran medida a sus logros como organizador político que haya ocupado la posición más alta en el panteón de los héroes nacionales cubanos.

[112] Instituto Cubano: *Atlas histórico biográfico José Martí*, p. 97; y E. Martínez Estrada: *Martí revolucionario*, pp. 224-229.

[113] C. Almodóvar Muñoz: «Martí en la mirilla de: Trujillo, José I. Rodríguez y Collazo», pp. 115-134.

Pero organizar la revolución fue una proeza tan compleja y frágil que hasta el momento final podía haber fallado; y, de hecho, casi lo hizo. En los últimos días de 1894, Martí tenía tres barcos equipados con hombres y armas listos para zarpar hacia Cuba desde la playa Fernandina, cerca de Jacksonville, en la Florida. La expedición había sido coordinada e incluía desembarcos simultáneos en Cuba de los líderes militares, guiados por Gómez. Pero la traición de uno de los colaboradores y las incesantes actividades de los Pinkertons (que, como agentes del gobierno español, habían sido la pesadilla de Martí durante mucho tiempo) alertaron al gobierno de los Estados Unidos de la violación de su Ley de Neutralidad, y los buques fueron confiscados antes de que pudieran zarpar hacia Cuba.[114]

A través de maniobras legales, el movimiento recuperó algunas de las armas y municiones, pero los frutos de años de recaudación de fondos de Martí se perdieron, así como el elemento de sorpresa. Los españoles se quedaron asombrados por la magnitud y la organización del movimiento y comenzaron a prepararse para un alzamiento.[115] Por primera vez, los más cercanos colaboradores de Martí lo vieron actuar en una forma desesperada, incluso irracional.[116] No sería fácil reunir el dinero necesario para equipar nuevamente una fuerza expedicionaria comparable. Lo que quedó en la tesorería del PRC no era suficiente. Pero en un giro del destino, una neoyorquina se ofreció y puso el resto del dinero. Fue Luciana Govín, la hija de Félix Govín, el emigrado adinerado que en 1884 incumplió su ofrecimiento de apoyar al general Gómez y para ese momento ya había fallecido. Félix Govín le había dejado a su hija una herencia considerable, la mayor parte en inversiones de bienes raíces en Manhattan (ver capítulo 7).[117] Luciana Govín le entregó a Martí un cheque en blanco y le dijo que podía utilizar hasta $100 000, casualmente la misma cantidad que su padre había prometido personalmente a Gómez diez años antes.[118]

Una nueva expedición se organizó rápidamente, y esperaba la orden de Martí para proceder. La responsabilidad de dar esa orden

[114] C. Márquez Sterling: *Martí, maestro y apóstol*, p. 646.

[115] Ídem.

[116] J. Mañach: *Martí el apóstol*, p. 232.

[117] Consulte el capítulo 7 para obtener más detalles sobre la disputada herencia de Govín.

[118] C. Rodríguez Expósito: *Dr. Ramón L. Miranda, médico de Martí*, p. 36.

pesaba mucho sobre Martí cuando entró a Delmonico's en la noche del 28 de enero de 1895 para celebrar su último cumpleaños.

Durante una visita a Cayo Hueso en 1893, Martí se cortó el pelo en l a casa de la familia Figueredo. El barbero le dijo que tenía «cuatro o cinco» canas que podrían eliminarse, si lo deseaba. Martí dijo que no: «Son tan pocas que no me pesan y no hay peligro de que aumenten porque el destino no va a permitir que vengan otras más a hacerles compañía».[119]

Fue esa sensación de destino fatal lo que hizo que la cena de cumpleaños en Delmonico's fuera una ocasión agridulce para Martí. Para él era mucho más que una celebración de cumpleaños. Disfrutar de una noche de alta cocina exquisita era una buena forma de despedirse de una ciudad que se había convertido en parte de él y que sabía que nunca volvería a ver.

El día después de la cena, el 29 de enero, Martí redactó y firmó la orden para comenzar el levantamiento en la isla. Gonzalo de Quesada, uno de los comensales en el Delmonico's, llevó la orden a Cayo Hueso, donde, según la leyenda, fue enrollada en un tabaco, llevada a la isla y entregada personalmente al representante de Martí en La Habana, Juan Gualberto Gómez.[120]

El 30 de enero fue el último día de Martí en Nueva York. Desde su regreso de Jacksonville se había quedado en 116 West 64th Street, la casa de Luciana Govín y su esposo, el doctor Ramón L. Miranda, médico de Martí y un invitado a la cena en el Delmonico's. Martí mantenía un perfil discreto para no alertar a los agentes de Pinkerton de que el levantamiento estaba en marcha.

En ese último día en Nueva York, Martí halló el momento para despedirse apresuradamente de la familia Baralt, que también vivía en West 64th Street, en el número 135. Blanche Baralt escribió años más tarde que ese día Martí llegó disculpándose a la casa de su familia, por no hacer una visita más larga, ya que no disponía de más tiempo. Después de decir que solo Dios sabía cuándo volvería a verlos, «salió en la mañana helada como una flecha».[121] Días después, Blanche y su cuñada descubrieron un extraño abrigo marrón de invierno que colgaba en el guardarropa del vestíbulo de su casa. Al buscar en los bolsillos, descubrieron que era el abrigo de Martí, dejado allí ese

[119] B. Figueredo: «Cuatro anécdotas de la vida de Martí», p. 201.
[120] M. Deulofeu: *Martí, Cayo Hueso y Tampa*, p. 292.
[121] B. Z. de Baralt: *El Martí que yo conocí*, pp. 62-63.

último día porque, concluyó Baralt, estaba muy preocupado por su inminente partida.[122] Sin duda. Pero poco después de salir de la casa de los Baralt, el frío aire de enero debe haberle recordado que había dejado el abrigo. Pudiera ser que se haya vuelto momentáneamente para recuperarlo, pero entonces se dio cuenta de que nunca más lo necesitaría. Finalmente regresaba a Cuba.

La despedida más desgarradora de ese último día de Nueva York, sin duda, tuvo lugar en la casa de los Mantilla. Dos días después, a bordo del *S. S. Athos* de la línea Atlas, el vapor que lo alejaba de Nueva York, Martí escribió una carta en papel del barco a «Mi niña querida», María, de catorce años (fig. 8.4): «Tu carita de angustia está todavía delante de mí y el dolor de tu último beso». Le pidió que recuperara el *Larousse* de la casa de Gonzalo de Quesada y le pidiera prestado a Blanche Baralt su copia de la *Mitología* de Bulfinch para que ella pudiera buscar «Athos» y «Atlas». Firmó la carta, «tu Martí».[123]

Figura 8.4. María Mantilla. (Fuente: Colección Cuban Heritage, Colecciones Digitales de la Biblioteca de la Universidad de Miami, <www.merrick.library.miami.edu>).

[122] Ibíd., p. 63.

[123] J. Martí: «Carta a María Mantilla, 2 de febrero de 1895», en *OC*, vol. 20, pp. 212-213.

El 19 de mayo, Carmen Mantilla y sus hijos recibieron otra carta de Martí, una que había sido escrita más de un mes antes en el campo cubano. En ella, les decía que llevaba en todo momento una foto de María en el pecho, al lado de su corazón.[124] El día en que Carmen recibió la carta en Nueva York, Martí fue alcanzado por una ráfaga mortal de balas españolas. El momento ha sido capturado en la estatua ecuestre de él en la Sexta Avenida y Central Park South, en la ciudad que había significado tanto para él.

[124] J. Martí: «Carta a Carmen Mantilla y sus hijos, 16 de abril de 1895», en *OC*, vol. 20, p. 225.

Epílogo

El único cubano preparado para afrontar política y culturalmente el viraje histórico del 98 era el mismo cuya muerte en combate tres años antes [...] había facilitado aquel viraje.

CINTIO VITIER: «Martí en el 98 de ayer y de hoy», p. 104.

Aquí, falta, señores, una voz ¡ay! una voz:
de ese sinsonte cubano,
de ese mártir hermano
que Martí se llamó.
Martí no debió de morir ¡ay! de morir.
si fuera el maestro y el guía,
otro gallo cantaría,
la patria se salvaría
y Cuba sería feliz.
Popular canción cubana, principios del siglo XX.[1]

Edward H. Boyer, director de la Grammar School no. 87 en el Upper West Side de Manhattan, expresó al reportero del *New York Herald:* «¿qué puede hacer un director cuando la gente lo felicita al visitar su escuela? ¿Debe rechazarlos si duda de sus opiniones?».[2] El director se encontraba en una situación difícil ese día a principios de junio de 1897. Su jefe, el superintendente de escuelas, estaba molesto con la decisión de Boyer, tomada el día anterior, de permitir la entrada a la escuela de un grupo de visitantes extranjeros muy tendenciosos que trataron de «captar la simpatía de nuestros niños», según el superintendente John Jasper.[3] «Nuestros hijos son enviados a la

[1] Letra de Emilio Villillo, adaptada a una melodía popular cubana. Fuente: C. Díaz Ayala: «Aquí falta, señores, una voz», *El Nuevo Herald*, 12 de febrero de 2009, <www.elnuevoherald.com>. Le agradezco a Emilio Cueto por señalarme que ya se ha establecido que Villillo plagió la canción, originalmente compuesta por José Tereso Valdés por amor y con letra diferente. Al sustituir la letra de Tereso Valdés con esta que hace referencia a Martí se llevó el crédito por toda la composición.

[2] «Cuban Callers Criticised», *New York Herald*, 12 de junio de 1897, p. 7.

[3] Ídem.

escuela para aprender a leer, a escribir, aritmética, historia y geografía», arremetió Jasper, «pero no política internacional o partidismo. [...] Es una cuestión que se debe investigar muy cuidadosamente si el director permite algo así en su escuela».[4]

El superintendente estaba reaccionando a una noticia del *Herald* de que «varios miembros de la Junta Cubana» habían aparecido por la escuela primaria el 10 de junio y se les había permitido dar una charla a los jóvenes sobre los abusos y las atrocidades de los españoles contra el pueblo cubano y sobre la necesidad de una acción del presidente de los Estados Unidos contra España.[5] Fue, según lo describió el titular del *Herald*, una «invasión» de una escuela pública por una delegación de no menos de siete miembros del Partido Revolucionario Cubano (PRC), que incluía su dirigencia principal: Tomás Estrada Palma, el general Julio Sanguily, Benjamín Guerra y Henry Lincoln Zayas. Este último pronunció el discurso contra España a los estudiantes y aparentemente lo hizo de manera muy convincente, ya que al final de la presentación de los cubanos, «cuando el director preguntó si había algún alumno cuyos padres habían venido de España», informó el *Herald*, «Los muchachos silbaron vigorosamente».[6]

El incidente de la escuela primaria es representativo de la agresividad con la que el liderazgo del PRC en Nueva York presentó la causa de la independencia cubana ante una amplia gama de auditorios públicos y privados en un intento por obtener el apoyo de los Estados Unidos para una guerra que estaba perdiendo fuerza en la isla. Fue Martí quien fundó el PRC como instrumento de control civil sobre el movimiento de independencia. Fue Martí quien puso en marcha esa guerra desde Nueva York y luego se colocó en las primeras filas de su ejército rebelde, lo que condujo a su muerte en un campo de batalla cubano el 19 de mayo de 1895. Pero la muerte de Martí implicó un cambio dramático y funesto en la estrategia que había preparado para el movimiento.

[4] Ídem.

[5] «Cubans Invade a Public School», *New York Herald*, 11 de junio de 1897, p. 7.

[6] Ídem.

Los hombres que heredaron el liderazgo del PRC fueron Tomás Estrada Palma y Gonzalo de Quesada. Neoyorquinos de larga data, eran hombres cuyos antecedentes e instintos los llevaron a apoyar el decreciente esfuerzo de guerra recurriendo a la misma fórmula que habían utilizado las generaciones de emigrados cubanos en Nueva York desde la época de los anexionistas: buscando agresivamente la participación de los Estados Unidos en la causa de la independencia cubana. Era un enfoque que Martí, mostrando una previsión extraordinaria, había rechazado explícitamente, rompiendo con más de medio siglo de activismo emigrado. Para Martí, llamar la atención del público, la prensa y el gobierno estadounidenses sobre la causa cubana era peligroso. Su preocupación constante era que los Estados Unidos entraran en el conflicto y acabaran con sus esperanzas de soberanía cubana. Y la soberanía, en última instancia, constituía el objetivo final de todo el movimiento.

En su última carta a su amigo Manuel Mercado, escribió Martí en el campamento de Dos Ríos la noche antes de su muerte,

> En silencio ha tenido que ser, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión a los imperialistas de allá y los españoles, el camino [...] de la anexión de los pueblos de Nuestra América, al norte revuelto y brutal que los desprecia [...]. Viví en el monstruo y le conozco las entrañas.[7]

Sin embargo, Estrada Palma, De Quesada y los otros líderes del PRC en Nueva York se alejaron por completo de la estrategia de Martí de no despertar el interés de los Estados Unidos. En su lugar, libraron una intensa campaña de relaciones públicas para solicitar apoyo a la causa de la independencia a cualquier persona que quisiera escuchar, incluso niños de edad escolar en Manhattan. Al hacerlo, pusieron la causa cubana, como señaló el historiador Gerald Poyo, en «el camino

[7] J. Martí: «Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895», en *OC*, vol. 20, pp. 161-164.

hacia una soberanía comprometida».[8] Era un camino que conduciría a la peor pesadilla de Martí.

Tomás Estrada Palma (fig. E.1) era de Bayamo, pariente y amigo cercano de Francisco Vicente Aguilera. Intensamente involucrado en el esfuerzo de guerra iniciado en 1868 por sus compañeros orientales, Estrada Palma fue arrestado en 1877 y deportado a una prisión en Cádiz. Cuando terminó la guerra en 1878, fue liberado y se dirigió a Nueva York, donde eventualmente se desempeñó como director de una escuela para niños en el Valle de Hudson, a unas cincuenta millas al norte de la ciudad de Nueva York. Participó en las actividades del PRC en la ciudad y consolidó una estrecha relación con Martí, quien veía a Estrada Palma como una figura muy admirada por los cubanos en Nueva York y que representaba un vínculo simbólico con la guerra de independencia anterior. Sin embargo, Yoel Cordoví Núñez argumenta que, a pesar del respeto de Martí por Estrada Palma, nunca le asignó al director algún papel de liderazgo real dentro del PRC. En lugar de ello prefería consultar las decisiones importantes con Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, tesorero y secretario del partido, respectivamente.[9]

Pero quizás fue la estatura simbólica de Estrada Palma dentro de la comunidad de Nueva York lo que llevó a Martí, poco antes de su partida a Cuba, a ungir a Estrada Palma como su sucesor en Nueva York, pidiéndole que «cuidara el partido», según una fuente.[10] Estrada Palma bien podía ser la figura, razonó Martí, que con mayor probabilidad mantuviera al partido unido en su ausencia. Cuando Martí murió, Estrada Palma lo sucedió como líder del PRC. Guerra y De Quesada se le unieron en la dirección del partido. Los nuevos líderes del PRC estaban cortados por la misma tijera que los líderes tradicionales que habían controlado durante mucho tiempo el activismo emigrado desde el anexionismo: miembros de la élite y las clases medias que

[8] G. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, p. 112.

[9] Y. Cordoví Núñez: *La emigración cubana en los Estados Unidos: Estructuras directivas y corrientes de pensamiento. 1895-1898*, p. 10.

[10] C. Márquez Sterling: *Don Tomás (Biografía de una época)*, p. 215.

querían evitar una guerra destructiva y que veían con recelo una revolución social. Estaban especialmente preocupados por las estrategias de tierra arrasada de los líderes militares en Cuba y la posibilidad de un gobierno de un *caudillo* apoyado por las masas, especialmente los negros, en lugar de un proceso de independencia que entregara una Cuba libre, como dijo Gerald Poyo, a las clases «responsables».[11]

Figura E.1. Tomás Estrada Palma. (Fuente: Print Collection, Miriam e Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs. Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden).

Estrada Palma y los demás, por tanto, estaban predispuestos a solicitar de forma activa, incluso agresiva, la intervención de los Estados Unidos en la guerra, creyendo que el conflicto no podría ganarse sin la ayuda de Washington y que el futuro de Cuba estaba inevitablemente

[11] Ibíd., p. 117.

ligado a los Estados Unidos. Por ello, se resistieron a cualquier esfuerzo para evitar la guerra por parte de la administración McKinley, una guerra que prometía ser breve una vez que los Estados Unidos se involucraran, evitándole a Cuba mayor devastación por lo que había resultado ser un costoso y prolongado conflicto. John Offner argumenta que «Estados Unidos trató de encontrar una solución pacífica a la guerra cubano-española que estaba en un punto muerto, pero los nacionalistas cubanos fueron inflexibles».[12]

La nueva dirigencia del PRC no solo traicionaría el principio de Martí de mantener a los Estados Unidos fuera del conflicto, sino que tampoco replicaría lo que Lillian Guerra ha llamado el mayor reclamo de Martí: el discurso de la unidad social.[13] En el momento de la creación del PRC, ya había separaciones entre los emigrados cubanos, especialmente con respecto a raza y clase. Como Mirabal ha argumentado, Martí buscó «mantener la unidad a toda costa», minimizando los problemas raciales y laborales.[14] Su éxito en la promoción de ese discurso de unidad era evidente por el apoyo y la lealtad de afrocubanos, puertorriqueños y cubanos de clase trabajadora, cuyas prioridades eran eliminar el racismo y luchar por la justicia laboral. Martí logró convencerlos de dejar a un lado esas preocupaciones y luchar por el nacimiento de una república con justicia e igualdad para todos.[15]

La muerte de Martí y la ascensión de Estrada Palma al liderazgo del PRC asestaron un duro golpe a la unidad que Martí había construido tan estratégicamente atravesando las líneas raciales, de clase y de nacionalidad. Los nuevos líderes eran todos neoyorquinos que suscribieron la agenda nacionalista de Martí, pero estaban menos comprometidos con la ideología social que había guiado su creación de un movimiento revolucionario inclusivo y popular que tanto se

[12] J. L. Offner: *An Unwanted War: The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba 1895-1898*, p. ix.

[13] L. Guerra: *The Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early Twentieth-Century Cuba*, p. 6.

[14] N. R. Mirabal: *Suspect Freedoms: The Racial and Sexual Politics of Cubanidad in New York, 1823-1957*, p. 131.

[15] L. Guerra: *The Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early Twentieth-Century Cuba*, p. 6; y N. R. Mirabal: *Suspect Freedoms: The Racial and Sexual Politics of Cubanidad in New York, 1823-1957*, p. 110.

había hecho sentir en los afrocubanos y los cubanos de clase trabajadora, especialmente aquellos de las comunidades de tabaqueros de la Florida. «Los líderes del PRC en Nueva York adoptaron un nacionalismo moderado», argumentó Poyo, «que concebía una república de Cuba liberal inspirada en los Estados Unidos».[16] Los afrocubanos y los cubanos de clase trabajadora inmediatamente desconfiaron de la nueva dirigencia. Para ellos, el modelo estadounidense y el fantasma del control estadounidense de Cuba no era la república que Martí les había prometido. La unidad del movimiento revolucionario estaba en crisis.

La figura que mejor representa la ruptura ideológica con la dirigencia del PRC es Rafael Serra (fig. E.2), un afrocubano fabricante de tabacos, intelectual y activista. Nacido en 1858 en La Habana de negros libertos, Serra se involucró desde joven en actividades separatistas y finalmente abandonó la isla en 1880; primero se dirigió a Cayo Hueso y luego a Nueva York.[17] Continuó su activismo en la ciudad, escribiendo ensayos políticos y sociales, y participó en varias organizaciones que lo pusieron en contacto con Martí. El 10 de octubre de 1888, Serra se convirtió en ciudadano estadounidense. Para ello proporcionó su ocupación como «fabricante de tabacos» y su dirección como 52 Sixth Avenue.[18]

Uno de los logros más importantes de Serra fue el establecimiento en 1890 de La Liga, una institución educativa cita en 74 West 3rd Street, justo al sur de Washington Square, ubicada a conveniencia cerca de los barrios predominantemente de clase trabajadora que ahora se conocen como West Village y SoHo, donde vivían muchos tabaqueros.[19] La Liga era un centro comunitario destinado principalmente a elevar el nivel educativo y la conciencia política de los cubanos y puertorriqueños de clase trabajadora, en especial de los hombres de color, a través de clases y conferencias.[20] Martí y Serra figuraron entre

[16] G. Poyo: *«With All, and for the Good of All»*, pp. 116-117.
[17] P. Deschamps Chapeaux: *Rafael Serra y Montalvo*, p. 41.
[18] *New York Petitions for Naturalization.*
[19] P. Deschamps Chapeaux: *Rafael Serra y Montalvo*, p. 52.
[20] P. N. González Veranes: *La personalidad de Rafael Serra*, pp. 16-24. Para una completa descripción del objetivo y las actividades de La Liga, ver N. R. Mirabal: *Suspect Freedoms: The Racial and Sexual Politics of Cubanidad in New York, 1823-1957*, pp. 113-118.

los cofundadores de la institución, e impartían clases allí.[21] Probablemente fue en la Liga donde estos hombres desarrollaron una estrecha relación de trabajo que hizo que Serra confiara en Martí como líder de todos los cubanos.

Figura E.2. Rafael Serra. (Fuente: Manuscripts, Archives and Rare Books Division, Centro Schomburg para la investigación de la Cultura Negra, Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden).

A pesar de su desconfianza en la nueva dirigencia del PRC después de la muerte de Martí, Serra no la criticó directamente, y mantuvo una relación cordial con Estrada Palma y los demás.[22] En cambio, lanzó una intensa campaña para reafirmar los principios martianos de sobe-

[21] L. Despradel: *Rafael Serra: Álbum político.*

[22] N. R. Mirabal: *Suspect Freedoms: The Racial and Sexual Politics of Cubanidad in New York, 1823-1957*, p. 134.

ranía, justicia y una nación para todos los cubanos. Su vehículo principal fue una publicación periódica de «interés biográfico, político, literario y general» que estableció a mediados de 1896 y cuyo título revela su intención: *La Doctrina de Martí*. En sus páginas, Serra y otros colaboradores de *La Doctrina* se presentaban como los verdaderos custodios de la ideología que se suponía que debía guiar al PRC: la vida ejemplar de Martí, sus enseñanzas y sus esfuerzos para unir y extender la justicia a todos los cubanos:

> Nos enseñó el ilustre Martí, que un pueblo compuesto de distintos elementos vivos y maniatados por un mismo yugo, deben estar sinceramente unidos y representados por igual en todas las capacidades contributivas a la creación del país. Porque los que como cubanos servimos para entrar en la compartición del sacrificio, como cubanos hemos de estar también en la compartición del beneficio.[23]

Sobre el tema de la soberanía, Serra se mantuvo firme en su oposición a los esfuerzos de Estrada Palma y los líderes del PRC por conquistar el interés de los Estados Unidos en el conflicto cubano. Como señaló Deschamps Chapeaux, «los cubanos de piel oscura [...] que sufren de la discriminación latente en el Sur, saben y proclaman, que la libertad de Cuba es, en palabras de Serra, un duelo a muerte que no tiene otra solución que el triunfo o la tumba».[24] Como escribió Serra en el número del 15 de enero de 1897 de *La Doctrina de Martí*: «Cuba Yankee? ¡Jamás! Contra España hoy, y contra todo el que nos quiera arrebatar la Independencia después».[25]

Los recordatorios hechos por Serra del principio martiano de soberanía sin compromiso fueron ignorados por Estrada Palma, quien en abril de 1896 ya había enviado a Gonzalo de Quesada a Washington como representante del PRC ante el gobierno de los Estados Unidos.[26]

[23] Rafael Serra y Montalvo, escrito en el número del 25 de julio de 1896, de *La Doctrina de Martí*, citado en P. Deschamps Chapeaux: *Rafael Serra y Montalvo*, p. 116.

[24] P. Deschamps Chapeaux: *Rafael Serra y Montalvo*, p. 138.

[25] Citado en ibíd., p. 139.

[26] Partido Revolucionario Cubano: *La Revolución del 95*, vol. 4, p. 35; y M. M. True: «Revolutionaries in Exile...», p. 301.

Quesada era miembro de la misma fraternidad universitaria nacional que el secretario de Estado John Hay, y trató de aprovecharse de eso para lograr acceso a Hay. Encabezaba las cartas a Hay con las palabras «Querido hermano».[27] El intenso esfuerzo de cabildeo estaba en marcha y recordaba a la agencia Lemus-Aldama casi treinta años antes. La dirigencia del PRC (la Junta Cubana, como se le conoce comúnmente) presionaba al Congreso y se centró sobre todo en la prensa de Nueva York, buscando constantemente oportunidades de cobertura de sus declaraciones o actividades.[28] El incidente en la escuela primaria del Upper West Side mostró cuán ubicuo e indiscriminado se había convertido ese esfuerzo de cabildeo.

Tempranamente, en septiembre de 1895, el PRC había establecido un «Press Bureau» (su nombre aparecía exactamente así, en inglés, en el presupuesto del partido).[29] El buró fue creado por Fidel Pierra (fig. E.3), un exitoso hombre de negocios cubano, cuya actividad en el PRC comenzó después de la muerte de Martí. Pierra medía el éxito de su oficina por la cantidad de noticias y editoriales que podía colocar en la prensa estadounidense. Por ejemplo, en marzo de 1896 informaba que sus palabras habían aparecido en el *Boston Herald* y en el *Shipping and Commercial List*. Este último, dijo, inspiró un editorial en el *New York Sun*.[30] De hecho, en una carta a Estrada Palma presumió que, desde el establecimiento de la oficina, él había escrito personalmente o como escritor fantasma el equivalente de cientos de páginas que aparecieron en la prensa estadounidense en relación con todos los aspectos de la «civilización cubana» y los recursos naturales, obviamente con la intención de aumentar el interés de los posibles inversores estadounidenses en la isla. Pierra también afirmó que estaba financiando personalmente muchas de las actividades del Press Bureau, gastando $22 de su propio dinero por cada dólar asignado a la oficina por la tesorería del PRC.[31]

[27] G. de Quesada y Miranda: *Documentos históricos: Archivo de Gonzalo de Quesada*, pp. 285-286. La fraternidad era la Theta Delta Chi. Los dos hombres, por supuesto, no se conocían durante sus días universitarios. Hay se graduó de Brown en 1858 y Quesada del City College de Nueva York treinta años después.

[28] G. W. Auxier: «The Propaganda Activities of the Cuban Junta», pp. 292-293.

[29] Partido Revolucionario Cubano: *La Revolución del 95*, vol. 5, p. 8.

[30] Ibíd., vol. 3, p. 237.

[31] Ibíd., pp. 235-237.

Figura E.3. Fidel Pierra. (Fuente: *Cuba y América*, 1ro. de septiembre de 1897, p. 1).

La campaña publicitaria de Pierra para empujar a los Estados Unidos a la guerra, sin embargo, no fue comparable al impacto de un comunicado decisivo, y discutiblemente imprudente, que la dirigencia del PRC dio a conocer a principios de 1898: la infame «carta de Lôme». Escrita por el ministro español en Washington, Enrique Dupuy de Lôme, a un amigo en La Habana contenía algunas referencias ofensivas a la persona de McKinley, así como observaciones peyorativas sobre los Estados Unidos. La carta cayó en manos de un simpatizante cubano, que se la pasó a los líderes del PRC en Nueva York.[32] Su contenido era explosivo, no obstante, la dirección del PRC decidió pasar por alto toda discreción y, sin duda, el dictamen de silencio de Martí, y lo divulgó en el *Journal* de William Randolph Hearst,

[32] J. E. Wisan: *The Cuban Crisis as Reflected in the New York Press*, pp. 380-381.

posiblemente el periódico más incendiario de la prensa sensacionalista de Nueva York. Hearst lo colocó en la primera plana de la edición del 9 de febrero de 1898 del *Journal* con el título «El peor insulto a los Estados Unidos en su historia».[33] Enardeció aún más la prensa a favor de la guerra, y creó un clima patriotero que todavía reverberaba cuando, seis días después, el acorazado *Maine* voló en el puerto de La Habana. El historiador John Offner especuló sobre cuán diferente se podrían haber desarrollado los acontecimientos posteriores si la dirigencia cubana en Nueva York hubiera decidido ocultar la carta de Lôme.[34]

Pero los líderes del PRC no lo hicieron, y el resto es historia, literalmente, sobre la que se ha escrito de manera extensa: la entrada de los Estados Unidos en la guerra, una ocupación militar estadounidense de la isla, la Enmienda Platt y una soberanía mediatizada que duró más de medio siglo y sirvió para instalar en la conciencia histórica de los cubanos el ideal aparentemente inalcanzable de una nación soberana.[35]

Los líderes del PRC lograron lo que el fundador de su movimiento siempre había temido. Los acontecimientos que se desarrollaron en 1898 causaron que el veterano general Máximo Gómez notara la ausencia crítica de Martí: «Es un momento difícil, el más difícil después que se inició la Revolución. Ahora Martí hubiera podido servir a la Patria; *este era su momento*».[36]

Apenas un mes después de la muerte de Martí, el 24 de junio de 1895, Carmen Zayas-Bazán llegó a Nueva York procedente de La Habana a bordo del *City of Washington* con su hijo de dieciséis años, José Francisco. Un periodista del *New York Herald* intentó entrevistar a la viuda de Martí, pero ella se excusó alegando que estaba cansada del viaje.[37] Cuatro días antes, el *Herald* informó que Carmen había obte-

[33] H. W. Morgan: «The Delome Letter: A New Appraisal», p. 38.

[34] J. L. Offner: *An Unwanted War*, p. 227.

[35] Para un tratamiento magistral de la función de la historia y la búsqueda de la soberanía, véase L. Pérez Jr.: *The Structure of Cuban History*.

[36] Máximo Gómez, citado en C. Vitier: «Martí en el 98 de ayer y de hoy», p. 104.

[37] «Marti's Widow Here», *New York Herald*, 25 de junio de 1895, p. 3.

nido en La Habana copias certificadas del certificado de defunción y declaraciones juradas que confirmaban la identificación del cuerpo de Martí y que «estos serán presentados a una compañía de seguros de vida en Nueva York, que tenía un seguro de Martí».[38] Cuando el periodista finalmente pudo entrevistarla, la señora Martí estaba «ansiosa por negar el informe» de que ella había ido a Nueva York en relación con cualquier dinero del seguro. «Cualquier informe de este tipo», dijo, «era completamente falso».[39]

Si, de hecho, Carmen Zayas-Bazán no fue a Nueva York para cobrar una póliza de seguro de vida, entonces este viaje poco después de la muerte de su esposo es desconcertante. Ella detestaba Nueva York. No tenía familia allí. Sus viajes anteriores a la ciudad habían estado marcados por amargos cruces de palabras con su esposo por la negativa de este a regresar a Cuba y asumir sus obligaciones domésticas. Martí, a su vez, resentía su falta de apoyo a lo que él consideraba su misión en la vida. Había perdido a su esposo en Nueva York y es difícil imaginar que regresaría a la ciudad tan pronto después de su muerte a menos que tuviera algún negocio importante allí.

En Nueva York, Carmen se quedó con Enrique Trujillo y su familia en West 39th Street. Trujillo había sido enemigo de Martí en Nueva York y había ayudado a Carmen a abandonar la ciudad en 1891 sin el conocimiento de Martí (ver capítulo 8). Un asunto al que Carmen dedicó su atención en Nueva York fue a recuperar los archivos de su esposo. Le escribió a Estrada Palma en septiembre solicitando la llave de la oficina de Martí en Front Street. Ella le dijo a Estrada Palma que Gonzalo de Quesada le había comunicado que debido a que el alquiler de la oficina estaba vencido, no se podían retirar bienes personales. Pocos días después recibió la llave y se desanimó al encontrar, como le escribió a Estrada Palma el 19 de septiembre, solo libros en la oficina, «ni la correspondencia particular de mi esposo, ni sus obras inéditas, ni esa multitud de borradores y apuntes que revelan la labor constante de un hombre pensador están allí; todos los cajones han sido abiertos y cuidadosamente vaciados; no queda huella alguna que revele la vida intelectual de aquella vasta inteligencia».[40] Pidió ayuda a Estrada

[38] «Rebel Guerillas Routed», *New York Herald*, 20 de junio de 1895, p. 10.
[39] «Senora Marti Here for Rest»,*New York Herald*, 25 de junio de 1895, p. 5.
[40] Partido Revolucionario Cubano: *La Revolución del 95*, vol. 1, pp. 291-292.

Palma para conseguir los documentos y amenazó con estar «dispuesta a ir tan lejos como el caso lo requiera para recuperar lo que ella veía como el legado de su hijo».[41] No hay constancia de la respuesta de Estrada Palma. Sabemos que Gonzalo de Quesada se apropió de los documentos, posiblemente con la cooperación de Carmen Mantilla, porque el archivo finalmente salió a la luz como parte de una edición temprana de las obras de Martí editadas por el hijo de Quesada.[42]

Carmen Zayas-Bazán no regresó a La Habana con los papeles de su esposo, pero probablemente sí regresó con el dinero del seguro. Martí siempre estuvo convencido de que viviría muy poco. También se sentía culpable de que su hijo estuviera creciendo sin su padre. A esas condiciones personales se añade un factor del contexto neoyorquino: en la década de 1890, el negocio de los seguros de vida estaba en auge. Las principales empresas con sede en la ciudad, como New York Life y Metropolitan Life, ya tenían un numeroso personal de ventas y estaban asegurando la vida de un número sin precedentes de neoyorquinos. En 1890, por ejemplo, solo New York Life tuvo ventas por $159 millones.[43] Habría sido sorprendente que Martí no se hubiera asegurado antes de partir hacia los campos de batalla cubanos.

Dos años después de la muerte de su padre, el hijo de Carmen, José Francisco, poco después de cumplir los dieciocho años, se alistó en el ejército rebelde cubano. Alcanzó el rango de capitán y más tarde ocupó varios puestos militares y gubernamentales en la República de Cuba.[44] José Francisco y su madre vivieron en La Habana el resto de sus vidas. Carmen falleció en 1928 y su hijo en 1945.

Carmen Miyares de Mantilla, la mujer cercana a Martí durante sus años en Nueva York, permaneció en la ciudad hasta su muerte. Ella mantuvo correspondencia con Gonzalo de Quesada, en la que le expresaba su interés en ver avanzar la publicación de las obras completas de

[41] Ídem.

[42] O. R. Costa: «Prólogo: Sobre Gonzalo de Quesada y Miranda y su biografía de Martí», en G. de Quesada y Miranda: *Martí, hombre*, p. viii.

[43] J. Bradley: «New York Life Insurance Company», en K. T. Jackson (ed.): *The Encyclopedia of New York City*, p. 836.

[44] F. X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*, vol. 4, p. 412.

Martí, y también le escribió a Tomás Estrada Palma para pedirle apoyo financiero del PRC para la madre de Martí enferma en La Habana, con quien estaba en contacto.[45] Ella mantuvo la misma ocupación que había llevado a Martí hasta su puerta cuando llegó a Nueva York en 1880: dirigir una casa de huéspedes. Durante un tiempo, a principios del siglo xx, Carmen manejaba un lugar grande de hospedaje que atendía a los huéspedes de verano en Liberty, Nueva York, en el Valle del Hudson.[46] En 1916 compró una casa en el 185 West 74th Street en Manhattan, donde murió de neumonía el 17 de abril de 1925, justo antes de cumplir setenta y siete años. Está enterrada en el cementerio Woodlawn en el Bronx.[47] Una evaluación de su patrimonio después de su muerte arrojó activos brutos de $15 610, casi todo en bienes raíces.[48]

María Mantilla, la hija menor de Carmen y presunta hija de Martí, se casó con un oficial militar del ejército rebelde cubano, César Romero, y tuvo cuatro hijos, uno de ellos el actor de Hollywood César Romero. María murió en Los Ángeles en 1962 a la edad de ochenta y dos años. Algunos de los obituarios publicados en los periódicos del sur de California incluyen «Martí» como uno de sus apellidos.[49]

Cirilo Villaverde murió en Nueva York en 1894 a los ochenta y dos años, once años después de la publicación de su novela *Cecilia Valdés*. Su muerte de ninguna forma disminuyó el apasionado activismo que su viuda había demostrado durante casi medio siglo de residencia de la pareja en Nueva York. Emilia Casanova era conocida entre los cubanos de esta ciudad, incluso temida por algunos, por su intransigente militancia por la causa de una Cuba libre. Habían pasado casi treinta años desde que había sido la pesadilla de los *aldamistas*, a quienes destripó con su pluma por lo que consideraba su falta de compromiso

[45] N. Sarabia: *La patriota del silencio*, pp. 75-80.

[46] Ibíd., p. 79.

[47] «Real Estate Transfers», *New York Times*, 11 de junio de 1916, p. xx9; y «Obituary 1», *New York Times*, 19 de abril de 1925, E7.

[48] «Estates Appraised», *New York Times*, 30 de junio de 1925, p. 20.

[49] N. Sarabia: *La patriota del silencio*, p. 88.

con la independencia cubana, mientras ella y Cirilo usaban la casa de su padre en Hunts Point en el Bronx para almacenar y contrabandear armas a Cuba (ver capítulo 6).

Tras la muerte de Cirilo, Emilia viajó brevemente a La Habana para enterrar a su esposo en la necrópolis de Colón, pero regresó a Nueva York, donde permaneció, como antes, lista para apoyar, no solo con palabras, sino también con armas, la nueva guerra contra el control de la isla por los españoles. En agosto de 1895 le envió una carta al nuevo jefe del PRC, Tomás Estrada Palma, ofreciendo entregarle en Nueva York una bandera cubana para que «se enarbole en los campos de Cuba», además de seis carabinas Winchester y dos mil balas de 44 milímetros, agregando, «Prometo a Vd. que cada vez que me sea posible, pondré a sus órdenes un número más crecido aún de carabinas para sostener la 'Guerrilla de Villaverde', y esperando que estos guerrilleros pasearán mi bandera triunfante de un extremo a otro de la redimida Cuba».[50]

Estrada Palma expresó su agradecimiento en su respuesta y le aseguró que le pediría al general Máximo Gómez que nombrara a una tropa del ejército en honor de su esposo.[51]

Solo dos años después de enviar ese mensaje a Estrada Palma y mientras Cuba todavía era una colonia española, Emilia Casanova, la incansable, aunque controversial, luchadora por la independencia, murió en Nueva York. Era veinte años más joven que Cirilo, pero le sobrevivió solo tres años. Fue enterrada en el Cementerio de Saint Raymond en el Bronx. No fue sino hasta 1944 que su hijo Narciso cumplió el deseo de ella de ser enterrada junto a su esposo en La Habana.[52]

Ana de Quesada cumplió la promesa que había hecho en 1874 de jamás regresar a Cuba después de la muerte de su esposo Carlos Manuel de Céspedes. Ella murió en París. Su hijo, también llamado Carlos Manuel, que nació poco después de la llegada de su madre a Nueva

[50] Partido Revolucionario Cubano: *La Revolución del 95*, vol. 1, p. 224.
[51] Ibíd., p. 225.
[52] L. Horrego Estruch: *Emilia Casanova: La vehemencia del separatismo*, p. 58.

York en 1871, fue nombrado por Estrada Palma líder titular de una expedición que llevaba el nombre de su padre y que desembarcó en Cuba el 28 de octubre de 1895. El joven Céspedes estaba ansioso por estar a la altura del legado patriótico de su padre, pero Estrada Palma estaba preocupado por la «inexperiencia del joven en nuestro tipo de guerra» y le confió a un veterano, el capitán José López, el mando real de la expedición y la seguridad del hijo del patriota hasta que la tropa pudiera ser entregada en Cuba al general Antonio Maceo.[53] Después de la guerra, el joven Céspedes entró en la vida política en Cuba; fue miembro de la Cámara de Representantes y más tarde ejerció como embajador cubano en Washington. Mientras estaba en ese puesto diplomático, se casó en Nueva York con una mujer de origen italiano en una ceremonia celebrada en el Ayuntamiento y oficiada por el alcalde John Purroy Mitchel.[54] En 1933 fungió durante menos de un mes como presidente provisional de Cuba.

Después de recibir la trágica noticia en 1873 de la muerte de sus esposos, Ignacio y Eduardo Agramonte, en los campos de batalla cubanos, las hermanas Amalia y Matilde Simoni regresaron a Nueva York desde Mérida con sus hijos. Amalia se convirtió en ciudadana estadounidense el 13 de junio de 1881, y señaló su ocupación como «dama» y su dirección como 360 West 45th Street.[55] Su hijo Ignacio Ernesto se hizo ciudadano mucho más tarde, en 1893, a los veinticuatro años, y mencionó su ocupación como «ingeniero civil».[56]

Blanche Baralt, en sus memorias de 1945 sobre sus días de juventud en el Nueva York de las décadas de 1880 y 1890, recuerda con cariño a las hermanas Simoni y sus hijos, y destaca especialmente la alegría de la familia por la graduación de Arístides, el hijo de Matilde, del Columbia University College of Physicians and Surgeons. Matilde se volvió a casar y tuvo tres hijos más, todas niñas.[57]

[53] Partido Revolucionario Cubano: *La Revolución del 95*, vol. 2, pp. 52-54.
[54] «Cuban Minister Weds», *New York Times*, 26 de febrero de 1915, p. 9.
[55] *New York Petitions for Naturalization.*
[56] Ídem.
[57] B. Z. Baralt: *El Martí que yo conocí*, pp. 202-203.

Amalia Simoni, la viuda de Ignacio, nunca se volvió a casar. Durante el tiempo que vivió en Nueva York como viuda, ella y sus dos hijos se mantuvieron parcialmente utilizando sus talentos como soprano entrenada. En 1875, el *New York Commercial Advertiser* anunció su primer concierto público con una nota que decía:

> La Sra. Amalia Simoni, viuda del general Ignacio Agramonte [...] ha visto todas sus propiedades confiscadas por el gobierno español; y para mantenerse, la noble dama se ve obligada a aprovechar su excelente educación musical. Entra con entusiasmo en la carrera artística y en los aficionados de Nueva York [...]. Una cantante notable, a quien las necesidades del exilio traen ante el público estadounidense [...] dará un concierto en DeGarmo Hall, Fifth Avenue y Fourteenth Street.[58]

Amalia regresó a vivir a Cuba en 1892, un suceso registrado en *Patria* por José Martí. Después de vivir en Camagüey durante muchos años, se mudó a La Habana para vivir en el barrio habanero de El Vedado con su hija Herminia y sus nietos. Murió allí en 1918, cuarenta y cinco años después de la muerte de Ignacio, y fue entèrrada en la necrópolis de Colón el 24 de enero, declarado por el presidente Mario García Menocal como día de luto nacional.

En el entierro, su sobrino Arístides, un médico con una ilustre reputación establecida por su importante papel en el esfuerzo conjunto de los Estados Unidos y Cuba para erradicar la fiebre amarilla en Cuba, agradeció a la multitud reunida en la tumba por acompañar «hasta este sagrado lugar los despojos mortales de la que fue ejemplar compañera del más valiente, más aguerrido y temerario soldado de nuestras libertades, del héroe inmarcesible de Jimaguayú, el mayor Ignacio Agramonte».[59]

Calixto García era técnicamente un prófugo de la justicia estadounidense cuando llegó a Nueva York el 21 de noviembre de 1898 desde La Habana a bordo del vapor *Seguranca*. Dos años antes, el general

[58] *New York Commercial Advertiser*, 15 de enero de 1875, reproducción facsímil en R. Méndez Martínez y A. M. Pérez Pino: *Amalia Simoni: Una vida oculta*, p. 154.

[59] R. Méndez Martínez y A. M. Pérez Pino: *Amalia Simoni: Una vida oculta*, p. 222.

había salido de los Estados Unidos en una expedición para unirse a los combates en Cuba, burlando una fianza de tres mil dólares impuesta por las autoridades federales por violar las leyes de neutralidad de los Estados Unidos. «Estoy listo para ser juzgado», dijo en tono de broma a la prensa al desembarcar del *Seguranca* esa tarde nublada de Nueva York, pero pasó sin dificultades por la aduana sin que hubiera un oficial a la vista para arrestarlo.[60] El gobierno de los Estados Unidos, al igual que la prensa, lo recibía como jefe de una comisión designada por la Asamblea cubana, un cuerpo compuesto por delegados de los treinta y un cuerpos del ejército de liberación cubano. La guerra había concluido y los españoles se habían rendido a los Estados Unidos, que en menos de dos meses debía asumir oficialmente el control de Cuba. La Asamblea había ordenado a la comisión de García que se reuniera con el presidente McKinley y determinara las intenciones del gobierno de los Estados Unidos con relación a Cuba.[61] A medida que cuatro siglos de colonialismo español llegaban a su fin, García y tantos otros en la Asamblea, que habían dedicado su vida entera a poner fin al dominio español en Cuba, no tenían idea de lo que le deparaba el futuro a su país. El general estaba profundamente preocupado porque el ideal por el que había luchado durante tantos años, la total independencia de Cuba, ahora se ponía en riesgo por la entrada de los Estados Unidos en la guerra, una preocupación que compartían los principales generales cubanos.[62] En su titubeante inglés expresó un breve mensaje para los periodistas en el muelle de East River: «¡No annexation!». Con ayuda de un intérprete amplió ese mensaje: «El pueblo de Cuba confía en la buena fe de los Estados Unidos. Es necesario que las tropas estadounidenses ocupen la isla hasta que se restablezca el orden, pero no eternamente».[63]

60 «Cuban Commission Here», *New York Times*, 22 de noviembre de 1898, p. 4.

61 J. Llaverías y E. S. Santovenia: *Actas de las Asambleas de los Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*, vol. 5, pp. 45-49.

62 Los archivos de Gonzalo de Quesada, parcialmente publicados en 1965, contienen cartas escritas por los generales Máximo Gómez, Bartolomé Masó y Carlos Roloff en el período de septiembre a diciembre de 1898 en las que expresan su profunda preocupación sobre el futuro de la independencia de Cuba dada la entrada de los Estados Unidos en la guerra. G. de Quesada y Miranda: *Documentos históricos: Archivos de Gonzalo de Quesada*, pp. 487-497.

63 «Cuban Commission Here», *New York Times.*

Los miembros de la comisión pasarían unos días en Nueva York para prepararse para su importante reunión en Washington con el presidente McKinley. Se dispersaron por los hoteles de la ciudad, a excepción del general García, que fue directamente a Harlem a quedarse con su esposa y sus hijos menores. La familia del general había vivido en la ciudad durante muchos años, desde la guerra de 1868, cuando él estaba en los campos de batalla de la isla. En 1880 vivían en West 45th Street, pero en 1898 la familia García se había mudado a la avenida Lenox.[64]

En Harlem, García se preocupó por la frágil salud de su hija Mercedes, de diecisiete años, pero había trabajo por hacer y dificultades con las que lidiar. La comisión se reunió diariamente en la Casa Hoffman, en Broadway y calle 25, lejos de Harlem.[65] Las dificultades aparecieron bajo la forma de un creciente coro de estadounidenses prominentes que pedían la ocupación permanente de Cuba por los Estados Unidos. Para el general, el más inquietante de esos llamamientos se expresó a solo una cuadra de la Casa Hoffman, el 25 de noviembre, en un banquete en el restorán Delmonico's. Provino nada menos que del general William Rufus Shafter, quien, como comandante del quinto cuerpo del ejército de los Estados Unidos, dirigió las fuerzas expedicionarias estadounidenses que habían desembarcado en el oriente de Cuba. En su discurso a los Hijos de la Revolución, el general Shafter dijo, con la abrumadora aprobación de la concurrencia: «La bandera está allí, y espero que allí permanezca para siempre».[66]

El general García se había reunido por primera vez con Shafter cinco meses antes, el 20 de junio, cuando el general estadounidense, junto con el almirante William T. Sampson, que comandaba la flota estadounidense estacionada al este de Cuba, llegó al campamento de García en El Aserradero, cerca de Santiago. Las fuerzas de Shafter, aproximadamente dieciséis mil hombres, todavía estaban en alta mar en los treinta y dos barcos que habían partido de Tampa unos días antes. El propósito de la reunión era coordinar el desembarco del Quinto Cuerpo. El desembarco estaría protegido desde el mar por

[64] Ídem.

[65] «Cubans in Conference», *New York Times*, 24 de noviembre de 1898, p. 3.

[66] «Shafter Tells His Story», *New York Times*, 26 de noviembre de 1898, p. 2.

la flota de Sampson, y desde tierra, por las tropas cubanas al mando de García.

Shafter no impresionó a García. Obeso y sudando profusamente con un uniforme de lana inadecuado para el verano cubano, el general estadounidense rechazaría su opinión sobre muchos detalles de la operación sin tener en cuenta que nunca había pisado el terreno en el que García había estado luchando durante décadas.[67] El general cubano se sintió molesto de tener que ponerse bajo el mando de Shafter, pero esas eran sus órdenes. Como comandante de todas las fuerzas cubanas en oriente, donde los estadounidenses habían decidido desembarcar, sus superiores en el ejército rebelde le habían ordenado que cooperara con las fuerzas estadounidenses y facilitara sus operaciones.[68]

Gracias a las tropas de García, las fuerzas estadounidenses desembarcaron sin tener que enfrentarse a un solo español. A lo largo de la campaña posterior, los cubanos fueron esenciales para el éxito del esfuerzo de guerra de los Estados Unidos.[69] Sin embargo, fue una asociación polémica. Durante el asedio de Santiago, Shafter ordenó que las tropas cubanas debían emplearse para cavar trincheras y transportar suministros con el fin de evitarles estas tareas a los estadounidenses. García protestó.[70]

Cuando los españoles finalmente se rindieron en Santiago, la ciudad más grande de la región oriental, el general García se preparó para negociar los términos de la rendición y la entrada triunfal en la ciudad. Era el día con el cual había soñado durante tantos años de lucha: la ocupación del centro de autoridad española en su región de origen. Pero no llegó ninguna noticia de Shafter. Resultó que el general estadounidense ya había negociado la rendición y ordenó que no se permitiera la entrada de las tropas cubanas a Santiago.

Con incredulidad, García cabalgó al galope hasta el campamento de Shafter para pedirle una explicación. Shafter le informó que los

[67] P. S. Foner: *The Spanish-Cuban-American War*, vol. 2, *1898-1902*, pp. 350-351.

[68] R. Guerra: *La expansión territorial de los Estados Unidos*, p.388.

[69] Para un detallado relato de un testigo presencial sobre la contribución crucial del ejército cubano al éxito de la campaña de Santiago, ver E. Collazo: *Los americanos en Cuba*, pp. 135-217.

[70] P. S. Foner: *The Spanish-Cuban-American War*, vol. 2, *1898-1902*, pp. 350-351.

españoles se habían rendido al ejército de los Estados Unidos y que los cubanos no tenían ningún papel en la rendición, ocupación y administración de la ciudad. El general estadounidense no disipó el rumor de que temía que las tropas de García participaran en violentas represalias contra los españoles.

Indignado, García regresó a su campamento y escribió una larga carta a Shafter, denunciando la exclusión de sus tropas de la rendición y ocupación de Santiago, y recordándole al estadounidense el apoyo incondicional de los cubanos durante la campaña. Refiriéndose a la alegación de posibles represalias violentas por parte de sus tropas, García escribió:

> Permítame usted protestar contra la más ligera sombra de semejante pensamiento, por que no somos un pueblo salvaje [...] formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fue el Ejército de sus antepasados en su guerra noble por la independencia de los Estados Unidos de América; pero a semejanza de los héroes de Saratoga y de Yorktown, respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía.

El general concluyó con una declaración de sus intenciones:

> Siento profundamente no poder cumplir por más tiempo las órdenes de mi gobierno, habiendo hecho hoy ante el general en jefe del ejército cubano, mayor general Máximo Gómez, la formal renuncia de mi cargo como general en jefe de esta sección de nuestro ejército [...] me he retirado con todas mis fuerzas a Jiguaní.
> Soy respetuosamente de usted,
> Calixto García[71]

El mismo día de la declaración de Shafter en Nueva York contra la independencia de Cuba, García fue al Hotel de la Quinta Avenida, en la calle 23, para reunirse con un miembro de la comisión que estaba alojado allí. Cuando ingresaba al hotel, se encontró frente a frente con William Shafter. Había reporteros presentes, y la prensa esta-

[71] El texto de la carta completa puede verse en E. Collazo: *Los americanos en Cuba*, pp. 220-222.

dounidense había criticado la manera irrespetuosa en que Shafter lo había tratado en junio. Era la oportunidad perfecta para conseguir una revancha al pasar junto a Shafter y negarse a saludarlo o decirle palabra alguna. O tal vez amonestar al general por su declaración perjudicial a la soberanía cubana. Pero el general Calixto García era un caballero, representaba a su ejército y a su pueblo, y estaba en una misión crítica en este país. El periodista del *New York Times*, que presenció la escena, describió lo sucedido:

> Hubo una interesante reunión de dos personajes notables en el corredor del Hotel Fifth Avenue en las primeras horas de la noche anterior. El general Shafter estaba a punto de salir del hotel y estaba casi en la puerta, cuando el general García se bajó de un carruaje y entró en el edificio. El general Shafter y el general García se reconocieron casi simultáneamente y se saludaron. Luego se dieron la mano con la mayor cordialidad y durante varios minutos entablaron una conversación amistosa. Era la primera vez que los dos generales se reunían después de sus desagradables relaciones durante el asedio de Santiago.[72]

Esa misma noche del encuentro con Shafter, el viaje de Calixto García a Nueva York dio un giro aún más sombrío. Casi ocho pulgadas de nieve cayeron sobre la ciudad, con vientos superiores a cuarenta millas por hora. El tráfico se paralizó.[73] Al día siguiente, 27 de noviembre, la tormenta se intensificó, se acumularon hasta cerca de diez pulgadas de nieve, hubo vientos de sesenta y cuatro millas por hora, y la temperatura descendió a veinticinco grados Fahrenheit. La ciudad se detuvo cuando las calles quedaron enterradas bajo las profundas nevadas. El *New York Times* la declaró «la tormenta de nieve de noviembre más severa que se haya registrado».[74]

La tormenta le pasó factura al general García. Cuando la comisión abordó el tren hacia Washington en la noche del 30 de noviembre, tenía un fuerte resfriado.[75] Se confinó a su habitación en el Hotel Raleigh, ubicado en la esquina de 12th Street y Pennsylvania Avenue,

[72] «Shafter and García Meet», *New York Times*, 26 de noviembre de 1898, p. 2.
[73] «Effects of the Storm», *New York Times*, 27 de noviembre de 1898, p. 1.
[74] «The Storm's Ravages», *New York Times*, 28 de noviembre de 1898, p. 1.
[75] «Cuba's Commission», *Washington Evening Star*, 1ro. de diciembre de 1898, p. 1.

NW. El 2 de diciembre, un viernes, García subió a un carruaje para el corto viaje a la Casa Blanca. La conexión de Gonzalo de Quesada con el secretario de Estado Hay aparentemente había valido la pena: a los miembros de la comisión se les concedió una cita con el presidente McKinley (fig. E.4).

Figura E.4. Miembros de la comisión cubana encabezada por el general Calixto García posan para el fotógrafo George Prince en Washington, mientras esperan su cita con el presidente William McKinley, diciembre de 1898. De izquierda a derecha: mayor general José Miguel Gómez, teniente coronel José Ramón Villalón, general García, José Antonio González Lanuza y el coronel Manuel Sanguily. (Fuente: *Libro Azul de Cuba*, p. 21).

Los cubanos recibieron una calurosa bienvenida del presidente de los Estados Unidos, pero McKinley limitó la reunión al único tema que él quería resolver con la delegación cubana: la indemnización del ejército rebelde para poder disolverlo. Una vez resuelto el asunto, McKinley terminó la reunión inmediatamente. No hubo discusión sobre la independencia cubana. El futuro político de la isla ni siquiera

se mencionó. Las tropas de García no habían luchado tanto durante tanto tiempo para una liquidación por despido. Habían luchado por la independencia de Cuba, y esa noche de diciembre en Washington ese ideal no le pareció al general que estuviera más cerca que cuando comenzó a luchar por él en 1868.

Otro frente frío entró a la capital. El general se mantuvo en cama en el Raleigh. Llamaron a dos médicos que diagnosticaron neumonía. Los periódicos de Washington informaban diariamente sobre su agravamiento.

En su edición del 12 de diciembre, el *Washington Evening Star* destacó en su portada la llegada a La Habana del 202 Regimiento de Nueva York, las primeras tropas estadounidenses en ocupar la capital.[76] En la página 3, el titular decía: «PATRIOTA CUBANO MUERTO. Fallece el general Calixto García, soldado y estadista».[77]

Sucedió en la mañana del 11 de diciembre, un domingo, en la suite delantera del segundo piso del hotel Raleigh. Las últimas horas del general las había pasado delirando. Llamó a su hija Mercedes. Se informó que entre sus últimos balbuceos le había dado órdenes a su hijo Justo de preparar a los hombres para un ataque sorpresivo a un contingente de tropas españolas que se acercaban.[78]

El cuerpo del general fue llevado a una bóveda temporal en el Cementerio Nacional de Arlington hasta su eventual traslado a La Habana. El armón fue cubierto con las banderas cubana y estadounidense, y tirado por seis caballos en la procesión hasta el cementerio. Los portadores honorarios del féretro incluyeron al secretario de Estado Hay, cuatro senadores estadounidenses y varios comandantes de las fuerzas estadounidenses en Cuba: los generales Nelson Miles, Joseph Wheeler, Henry Lawton y William Ludlow. Otro general estadounidense designado como portador, William R. Shafter, lamentó no poder asistir, citando compromisos previos.[79]

[76] «Troops Land in Havana», *Washington Evening Star*, 12 de diciembre de 1898, p. 1.

[77] «Cuban Patriot Dead», *Washington Evening Star*, 12 de diciembre de 1898, p. 3.

[78] «Gen. Calixto Garcia Dead», *New York Times*, 12 de diciembre de 1898, p. 1.

[79] «Consigned to Rest», *Washington Evening Star*, 13 de diciembre de 1898, p. 3.

El 1ro. de enero de 1899, en el Palacio de los Capitanes Generales, el mismo edificio en La Habana donde a partir de 1776 los gobernadores militares españoles habían administrado a Cuba, los representantes del gobierno de Madrid entregaron la isla a los Estados Unidos de conformidad con el Tratado de París. La bandera estadounidense fue izada y la bandera española arriada, y un nuevo gobernador militar se instaló en el palacio, excepto que esta vez era de los Estados Unidos, el mayor general John R. Brooke, quien en esa ocasión anunció la inauguración del gobierno militar de su país en Cuba.[80] El máximo general del ejército cubano, Máximo Gómez, no estuvo presente.[81]

La ceremonia marcó el final de cuatrocientos años de dominio español en Cuba. El estatus colonial de la isla había condicionado el desarrollo del Nueva York cubano. A lo largo del siglo XIX, la ciudad fue un escenario principal en la lucha separatista. Una vez que los Estados Unidos se hicieron cargo y por último permitió el establecimiento de un gobierno cubano que, a pesar de ello, siguió siendo políticamente dependiente de Washington, la relación entre Nueva York y Cuba fue aún más cercana. Aunque Washington tiraba de los hilos políticos, las corporaciones con sede en Manhattan realizaron enormes inversiones en la isla que definieron a la república cubana, ayudando a mantener durante la primera mitad del siglo XX esas conexiones económicas, sociales y culturales establecidas desde hacía mucho tiempo y que hicieron de Nueva York ese importante «otro» lugar en la conciencia cubana.

[80] P. S. Foner: *The Spanish-Cuban-American War*, vol. 2, p. 424; y «Spain Hauls Down Her Flag in Cuba», *New York Times*, 2 de enero de 1899, p. 1.

[81] P. S. Foner: *The Spanish-Cuban-American War*, vol. 2, p. 424.

Fuentes consultadas

Colecciones de manuscritos

Juan and Nicolás Arnao Collection. División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

Hamilton Fish Papers. División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

Menu Collection. División de Manuscritos, Archivos y Libros Raros, Biblioteca Pública de Nueva York.

Old Records Division. Juzgados del Condado de Nueva York.

José Ignacio Rodríguez Papers. División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

Moses Taylor Papers. División de Manuscritos, Archivos y Libros Raros, Biblioteca Pública de Nueva York.

Colecciones digitales

MARTÍ, JOSÉ: *Obras completas*. Edición en CD-ROM. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2001.

Patria. Edición en CD-ROM. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2010.

Conjuntos de datos de Ancestry.com

Se accedió a los conjuntos de datos que siguen desde diciembre de 2004 hasta mayo de 2017 en Ancestry.com, que combina colecciones

de varias fuentes. La mayoría de las fuentes originales obtenidas de Ancestry.com son de la Administración Nacional de Archivos y Registros (que mantiene los registros históricos del censo decenal), junto con varios otros, como la Iglesia de Jesus Christ of Latter-Day Saints y el Juzgado de Distrito de los Estados Unidos en Nueva York.

New York, 1820-1850 Passenger and Immigration Lists. Información original: *Registry of Vessels Arriving at the Port of New York from Foreign Ports, 1789-1919*. Micropublicación M237, rollos 1-95, Archivo Nacional, Washington, D. C.

New York Passenger Lists, 1851-1891. Información original: *Passenger Lists of Vessels Arriving at New York, 1820-1897*. Micropublicación M237, rollos 95-580, Archivo Nacional, Washington, D. C.

New York Petitions for Naturalization, 1794-1906.

Soundex Index to Petitions for Naturalization Filed in Federal, State, and Local Courts Located in New York City, 1792-1906. National Archives and Records Administration, Northeast Region, New York.

U. S. Bureau of the Census: *1840 United States Federal Census, New York City*.

———: *1850 United States Federal Census, New York City*.

———: *1860 United States Federal Census, New York City*.

———: *1870 United States Federal Census, New York City*.

———: *1880 United States Federal Census, New York City*.

———: *Fourteenth Census of the United States: 1920*.

U. S. Passport Applications, 1795-1925.

Directorios

Directory of Tobacco Men in the United States. New York: C. Pfirshing, 1867.

A Directory of the Tobacco Trade of the United States, Great Britain, and Germany. New York: Tobacco Leaf, 1872.

Trow's New York City Directory. New York: J. H. Trow, 1861, 1871.

The Universal Tobacco Dealers Directory for the Year 1867. New York and Philadelphia: Barrett, 1867.

Periódicos y otras publicaciones seriadas

El Ateneo.
Brooklyn Daily Eagle.
Diario de la Marina.
El Espejo.
Granma Weekly Review.
Harper's New Monthly Magazine.
Harper's Weekly.
El Mercurio de Nueva York.
New York Daily Tribune.
New York Evening Mail.
New York Evening Post.
New York Herald.
New York Sun.
New York Times.
New York World.
El Nuevo Herald.
La Revolución.
Tobacco Circular.
La Verdad.
Washington Evening Star.

Libros y publicaciones en revistas

A Statement of Manufacturers in Opposition to the Proposed Act Abolishing the Manufacture of Cigars in Tenement Houses in the City of New York. New York: S. Hamilton's Son, 1880.

ABAD, DIANA: «Las emigraciones cubanas en la Guerra de los Diez Años», *Santiago* 53 (1984).

AGUILERA ROJAS, ELADIO: *Francisco V. Aguilera y la revolución de Cuba de 1868*. 2 vols. La Habana: La Moderna Poesía, 1909.

ALBIN, MARÍA C.: *Género, poesía y esfera pública: Gertrudis Gómez de Avellaneda y la tradición romántica*. Madrid: Editorial Trotta, 2002.

ALBION, ROBERT GREENHALGH: *The Rise of New York Port*. 2da ed. Nueva York: Scribner's, 1939.

ALEJANDRO, JOSÉ M. DE: «Sobre la intransigencia», *Revista de Occidente 3*, no. 31 (octubre 1965).

ALGER, HORATIO, JR.: *Ragged Dick, or, Street Life in New York with the Boot-Blacks*. Reimpresión de la edición de 1868. Nueva York: Modern Library, 2005.

ALLEN, ESTHER (ed. y trad.): *José Martí: Selected Writings*. Nueva York: Penguin, 2002.

ALMANSA Y TAVIRA, JUAN DE: *La revolución de Cuba y el elemento español*. La Habana: Imprenta y Encuadernación de la Sociedad de Operarios, 1870.

ALMODÓVAR MUÑOZ, CARMEN: «Martí en la mirilla de: Trujillo, José T. Rodríguez y Collazo», en Oscar Loyola Vega (ed.): *Cuba: La revolución de 1895 y el fin del imperio colonial español*, Morelia, México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995.

ÁLVAREZ, IMELDO: *Acerca de Cirilo Villaverde*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1982.

ÁLVAREZ, R., e I. G. GREDIAGA: *Guía de Nueva York para uso de los españoles e hispanoamericanos*. Nueva York: John A. Gray, 1863.

ÁLVAREZ ESTÉVEZ, ROLANDO: *La emigración cubana en Estados Unidos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1986.

ÁLVAREZ PEDROSO, ANTONIO: *Miguel de Aldama*. La Habana: Academia de la Historia de Cuba, 1948.

ANBRINDER, TYLER: *City of Dreams: The 400-Year Epic History of Immigrant New York*. Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2016.

ARAGÓN, UVA DE (ed.): *Repensando a Martí*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1998.

ARGÜELLES, LUIS ÁNGEL: «Prensa cubana de la emigración en la Guerra de los Diez Años», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* 90, nos. 2-3 (abril-septiembre 1999).

ARMAS, RAMÓN DE: «La idea de unión antillana en algunos revolucionarios del siglo XIX», *Anales del Caribe* 4-5 (1984-1985).

AUGIER, ÁNGEL (ed.): *Epistolario de José María Heredia*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2005.

AUXIER, GEORGE W.: «The Propaganda Activities of the Cuban Junta in Precipitating the Spanish-American War, 1895-1898», *Hispanic American Historical Review* 19, no. 3 (agosto 1939).

AZCUY, FANNY: *El Partido Revolucionario y la independencia de Cuba*. La Habana: Molina, 1930.

BACHILLER Y MORALES, ANTONIO: *Guía de la ciudad de Nueva York y sus alrededores*. Nueva York: Imprenta y Librería de N. Ponce de León, 1876.

BAER, WILLIS N.: *The Economic Development of the Cigar Industry in the United States*. Lancaster, PA: Art Printing Company, 1933.

BALMASEDA, FRANCISCO JAVIER: *Los confinados á Fernando Póo é impresiones de un viaje a Guinea*. La Habana: A. M. Lamy, 1899.

BALTAR RODRÍGUEZ, JOSÉ: *Los chinos de Cuba: Apuntes etnográficos*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz, 1997.

BARALT, BLANCA Z. DE: *El Martí que yo conocí*. La Habana: Editorial Trópico, 1945.

BARRETT, WALTER [J. A. SCOVILLE]: *Old Merchants of New York City*, vol. 1. New York: Thomas R. Knox, 1885.

BAYLEY, J. R.: *A Brief Sketch of the Early History of the Catholic Church on the Island of New York*. Reimpresión de 1870 2da ed. Nueva York: United States Catholic Historical Society, 1973.

BECKERT, SVEN: *The Monied Metropolis: New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie, 1850-1896*. Nueva York: Cambridge University Press, 2001.

BENDER, THOMAS: *New York Intellect: A History of Intellectual Life in New York City, from 1750 to the Beginnings of Our Time*. Nueva York: Knopf, 1987.

BENÍTEZ ROJO, ANTONIO: «Azúcar/poder/texto», *Revista Encuentro de la Cultura Cubana* 37-38 (verano-otoño 2005).

BERNSTEIN, HARRY: *Origins of Inter-American Interest, 1700-1812*. Nueva York: Russell and Russell, 1965.

BINDER, FREDERICK M., y DAVID M. REIMERS: *All the Nations under Heaven: An Ethnic and Racial History of New York City*. Nueva York: Columbia University Press, 1995.

BRADFORD, RICHARD H.: *The* Virginius *Affair*. Boulder: Colorado Associated University Press, 1980.

BUENO, SALVADOR: «Esclavitud y relaciones interraciales en *Cecilia Valdés*», en Ana Cairo Ballester (ed.): *Letras: Cultura en Cuba*, vol. 6. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1989.

———: *Figuras cubanas del siglo XIX: Selección*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 2000.

Burrows, Edwin G. y Mike Wallace: *Gotham: A History of New York City to 1898*. Nueva York: Oxford University Press, 1999.

Cairo Ballester, Ana (ed): Letras: Cultura en Cuba. La Haana: Editorial Pueblo y Educación, 1987. «Emilia Casanova y la dignidad de la mujer cubana», en Luisa Campuzano (ed.): *Mujeres latinoamericanas: Historia y cultura, siglos XVI al XIX*, La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 1997.

———: «Estados Unidos y la construcción del pensamiento cubano en el siglo XIX», en Rafael Hernández (ed.): *Mirar el Niágara: Huellas culturales entre Cuba y los Estados Unidos*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2000.

——— (ed.): *Heredia entre cubanos y españoles*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2003.

Calcagno, Francisco: *Diccionario biográfico cubano*. Nueva York: Imprenta y Librería de N. Ponce de León, 1878.

Camacho, Pánfilo D.: *Aguilera: El precursor sin gloria*. La Habana: Dirección de Cultura, 1951.

Camacho, Simón: *Cosas de los Estados Unidos*. Nueva York: Imprenta de El Porvenir, 1864.

Campuzano, Luisa: «Dos viajeras cubanas en los Estados Unidos: La Condesa de Merlin y Gertrudis Gómez de Avellaneda», en Luisa Campuzano (ed.): *Mujeres latinoamericanas: Historia y cultura, siglos XVI al XIX*, vol. 2. La Habana: Ediciones Casa de las Américas, 1997.

Cancela, Gilberto: *Enrique Piñeyro: Su vida y su obra*. Miami: Ediciones Universal, 1977.

Cantero, J. G. y E.: Laplante: *Los ingenios de Cuba*. Leví Marrero (ed.). Madrid: La Moderna Poesía, 1984.

Carbonell, Miguel Ángel: *Un héroe pintado por sí mismo*. La Habana: Editorial Guáimaro, 1939.

Carpentier, Alejo: *La música en Cuba*. Reimpresión de la edición de La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979.

Casasús, Juan J. E.: *Calixto García*. 4ta ed. Miami: La Moderna Poesía, 1981.

———: *La emigración cubana y la independencia de la patria*. La Habana: Editorial Lex, 1953.

———: *Vida militar de Ignacio Agramonte*. 3ra ed. Miami: La Moderna Poesía, 1981.

Castañeda, Orlando: *Martí, los tabaqueros y la revolución de 1895*. La Habana: Comisión Nacional de Propaganda y Defensa del Tabaco Habano, 1940.
Castellanos, Jorge: *24 de febrero de 1895: Un programa vigente*. Miami: Ediciones Universal, 1995.
Castellanos G., Gerardo: *Motivos de Cayo Hueso*. La Habana: Ucar, García, 1935.
Castro y Bachiller Raimundo de: *Don Antonio Bachiller y Morales*. La Habana: Editorial Guerrero, 1939.
Cepero Bonilla, Raúl: *Azúcar y abolición*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1971.
Céspedes Argote, Onoria (ed.): *Diario de Francisco Vicente Aguilera en la emigración (Estados Unidos), 1871-1872*, vol. 1. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2008.
——— (ed.): *Diario y correspondencia de Francisco Vicente Aguilera en la emigración (Estados Unidos), 1872*, vol. 2. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2008.
Céspedes y Quesada, Carlos Manuel de: *Manuel de Quesada y Loynaz*. La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1925.
Chaffin, Tom: *Fatal Glory: Narciso López and the First Clandestine U. S. War against Cuba*. Charlottesville: University Press of Virginia, 1996.
Chamorro, Pedro Joaquín: *El licenciado Jerónimo Pérez*. Managua: Editorial La Prensa, 1939.
Chan, Sucheng (ed.): *Chinese American Transnationalism: The Flow of People, Resources, and Ideas between China and America during the Exclusion Era*. Philadelphia: Temple University Press, 2006.
Chaple, Sergio: «Para una comprensión mejor de Zenea», *Anuario L/L* 7-8 (1976-1977).
Cheung, Mark: *Transfiguration Church: A Church of Immigrants, 1827-1977*. Nueva York: Park, 1977.
Cisneros, Francisco Javier: *Relación documentada de cinco expediciones*. Nueva York: Imprenta de Hallet and Breen, 1870.
Collazo, Enrique: *Los americanos en Cuba*. Reimpresión de la edición de 1905. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1972.
———: *Desde Yara hasta el Zanjón*. Reimpresión de la edición de 1893. La Habana: Instituto del Libro, 1967.

Conmemoración de Domingo de Goicouría en el trigésimo nono aniversario de su muerte. Palma de Mallorca: Tipo-Litografía de Amengual y Muntaner, 1909.

Cook, Adrian: *The Alabama Claims: American Politics and Anglo-American Relations, 1865-1872*. Ithaca: Cornell University Press, 1975.

Cooper, Patricia A.: *Once a Cigar Maker: Men, Women, and Work Culture in American Cigar Factories, 1900-1919*. Urbana: University of Illinois Press, 1987.

Cordoví Núñez, Yoel: *La emigración cubana en los Estados Unidos: Estructuras directivas y corrientes de pensamiento, 1895-1898*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2012.

Court of Appeals: *The People of the State of New York against Miguel Chacon*. Nueva York: C. H. Burgoyne, 1885.

Cova, Antonio Rafael de la: *Cuban Confederate Colonel: The Life of Ambrosio José González*. Columbia: University of South Carolina Press, 2003.

Cruz, Marta (ed.): *Francisco Vicente Aguilera: Epistolario*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974.

Cuba Commission: *A Hidden History of the Chinese in Cuba: The Original English-Language Text of 1876*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993.

Cushing, Caleb: *The Treaty of Washington: Its Negotiation, Execution, and the Discussions Relating Thereto*. Reimpresión de la edición de 1873. Freeport, NY: Books for Libraries, 1970.

Departamento de Educación del Museo Nacional: *Pintores cubanos*. La Habana: Editorial Gente Nueva, 1974.

Deschamps Chapeaux, Pedro: *Rafael Serra y Montalvo, obrero incansable de nuestra independencia*. La Habana: Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1975.

Despradel, Lorenzo: *Rafael Serra: Álbum político*. La Habana: Imprenta El Score, 1906.

Deulofeu, Manuel: *Martí, Cayo Hueso y Tampa: La emigración, notas históricas*. Cienfuegos: Imprenta de Antio Cuevas y Hermano, 1905.

Díaz, Lomberto: *Heredia: Primer romántico hispanoamericano*. Montevideo: Ediciones Géminis, 1973.

Dirección de Cultura (ed.): *Ignacio Agramonte y Loynaz: Patria y mujer*. La Habana: Ministerio de Educación, 1942.

EDWIN, MORTON R.: *Half a Century with Tobacco*. Nueva York: James B. Hall, 1928.
ELY, ROLAND T.: *Comerciantes cubanos del siglo XIX*. 2da ed. La Habana: Editorial Librería Martí, 1961.
———: *Cuando reinaba su majestad el azúcar*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1963.
———: The Old Cuba Trade: Highlights and Case Studies of Cuban-American Interdependence during the Nineteenth Century», *Business History Review* 38, no. 4 (1964).
ERICKSON, ALANA J.: «*Magdalen Societies*», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York*.
ESTÉNGER, RAFAEL: *Heredia, la incomprensión de sí mismo*. La Habana: Editorial Trópico, 1938.
———: «Esbozo de Martí», en Congreso de Escritores Martianos (ed.): *Memoria del Congreso de Escritores Martianos, del 20 al 27 de febrero de 1953*. La Habana: Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, 1953.
ESTRADE, PAUL: «El puñado de oro de la traición de Zenea», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, enero-abril 1978.
FERNÁNDEZ, ÁUREA MATILDE: *España y Cuba, 1868-1898: Revolución burguesa y relaciones coloniales*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1988.
FERNÁNDEZ DE PINEDO ECHEVARRÍA, NADIA: *Las balanzas del comercio exterior de La Habana, 1803-1807*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 1984.
———: *Comercio exterior y fiscalidad: Cuba, 1794-1860*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 1984.
FERRER, ADA: *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.
FIGUEREDO, BERNARDO: «Cuatro anécdotas de la vida de Martí», en *Memoria del Congreso de Escritores Martianos, febrero 20 a 27 de 1953*, editado por Congreso de Escritores Martianos. La Habana: Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, 1953.
FONER, NANCY: *From Ellis Island to JFK: New York's Two Great Waves of Immigration*. New Haven y Nueva York: Yale University Press and Russell Sage Foundation, 2000.
FONER, NANCY, RUBÉN G. RUMBAUT y STEVEN J. GOLD (eds.): *Immigration Research for a New Century: Multidisciplinary Perspectives*. Nueva York: Russell Sage Foundation, 2000.

FONER, PHILIP S.: *A History of Cuba and Its Relations with the United States*, vol. 1, *1492-1845, From the Conquest of Cuba to La Escalera*. Nueva York: International Publishers, 1962.

FONER, PHILIP S.: *A History of Cuba and Its Relations with the United States*, vol. 2, *1845-1895, From the Annexationist Era to the Second War for Independence*. Nueva York: International Publishers, 1963.

———: *The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism*, vol. 2, *1898-1902*. Nueva York: Monthly Review Press, 1972.

FOUNTAIN, ANNE: *José Martí and U. S. Writers*. Gainesville: University Press of Florida, 2003.

FRANCO, JOSÉ L.: *Antonio Maceo: Apuntes para una historia de su vida*, vol. 1. 3ra ed. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

GALLAGHER, THOMAS: *Fire at Sea: The Story of the Morro Castle*. Nueva York: Rinehart, 1959.

GARCERÁN DE VALL, JULIO: *Heredia y la libertad*. Miami: Ediciones Universal, 1978.

GARCÍA DEL PINO, CÉSAR: «La Habana en los días de Yara», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* 69, no. 2 (mayo-agosto 1978).

GARCÍA GALLÓ, GASPAR JORGE: «Martí y los tabaqueros», *Islas* 3, no. 3 (mayo-agosto 1961): 63-69.

GOICURÍA DOMINGO: *Al pueblo de Cuba, olleto impreso*, Nueva York, 20 de septiembre de 1855.

GÓMEZ, MÁXIMO: *Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, 1868-1899*. La Habana: Comisión del Archivo de Máximo Gómez, 1940.

GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS: «A vista del Niágara», en *Biblioteca de autores españoles*, vol. 272, *Obras de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda*, editado por José María Castro y Calvo. Madrid: Ediciones Atlas, 1974.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, ROBERTO: «José Martí: An Introduction», en *José Martí: Selected Writings*, editado y traducido por Esther Allen. Nueva York: Penguin, 2002.

———: *The Pride of Havana: A History of Cuban Baseball*. Nueva York: Oxford University Press, 1999.

GONZÁLEZ VERANES, PEDRO N.: *La personalidad de Rafael Serra y sus relaciones con Martí*. La Habana: Editorial La Verónica, 1943.

GREENBAUM, SUSAN D.: *More Than Black: Afro-Cubans in Tampa*. Gainesville: University Press of Florida, 2002.

GUERRA, LILLIAN: *The Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early Twentieth-Century Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.
GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO: *Manual de historia de Cuba*. La Habana: Cultural, 1938.
———: *Guerra de los Diez Años*, vol. 1. Reimpresión. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1972.
———: *La expansión territorial de los Estados Unidos*. 3ra ed. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
GUERRA Y SÁNCHEZ R., *et al.* (eds.): *Break with the Mother Country*, vol. 4, de *A History of the Cuban Nation*. La Habana: Editorial de la Nación Cubana, 1958.
Guía de Nueva York y los Estados Unidos para uso de españoles y sudamericanos donde se esplica cuanto puede interesar a un viajero. New York: W. & C. T. Barton, 1856.
GUITERAS, EUSEBIO: *Un invierno en Nueva York*. Barcelona: Gorgas, s. f., *ca.* 1885.
HERNÁNDEZ Y PÉREZ, EUSEBIO: *El período revolucionario de 1879 a 1895*. La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1914.
HERNÁNDEZ TRAVIESO, ANTONIO: *El Padre Varela: Biografía del forjador de la conciencia cubana*. Reimpresión de 1949. 2da ed. Miami: Ediciones Universal, 1984.
HERRERA CUDELLO, ELVIS: *Thomas Jordan al servicio de la independencia de Cuba, 1869-1871*. Cienfuegos: Ediciones Mecenas, 2005.
HIRSCHMAN, CHARLES, PHILIP KASINITZ y JOSH DEWIND (eds.): *The Handbook of International Migration: The American Experience*. Nueva York: Russell Sage Foundation, 1999.
HODAS, DANIEL: *The Business Career of Moses Taylor: Merchant, Finance Capitalist, and Industrialist*. Nueva York: New York University Press, 1976.
HODGES, GRAHAM: «Lower East Side», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York*.
HOLMES, JULIA: *100 New Yorkers: A Guide to Illustrious Lives and Locations*. Nueva York: Little Bookroom, 2004.
HOMBERGER, ERIC: *The Historical Atlas of New York City*. Nueva York: Henry Holt, 1994.
HORREGO ESTRUCH, LEOPOLDO: *Emilia Casanova: La vehemencia del separatismo*. La Habana: Academia de la Historia de Cuba, 1951.

Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y Centro de Estudios Martianos (eds.): *Atlas histórico biográfico José Martí*. La Habana: Empresa de Cartografía, 1982.

Iraizoz y de Villar, Antonio: *Enrique Piñeyro: Su vida y sus obras*. La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1922.

Irwin, William: *The New Niagara: Tourism, Technology, and the Landscape of Niagara Falls, 1776-1917*. University Park: Pennsylvania State University Press, 1996.

Jackson, Kenneth T. (ed.): *The Encyclopedia of New York City*. New Haven: Yale University Press, 1995.

Jenkins, Stephen: *The Story of the Bronx: From the Purchase Made by the Dutch from the Indians in 1639 to the Present Day*. Nueva York: Putnam's, 1912.

Johnson, Barbara Ruth: «Origin of the Partido Revolucionario Cubano in Tampa: Martí and the Tobacco Workers», Master's thesis, University of Florida, 1968.

Johnson, Sherry: *The Social Transformation of Eighteenth-Century Cuba*. Gainesville: University Press of Florida, 2001.

Johnson, William Fletcher: *The History of Cuba*, vol. 3. Nueva York: B. F. Buck, 1920.

Kammen, Michael: *Colonial New York: A History*. Nueva York: Scribner's, 1975.

Kimball, Richard Burleigh: *Cuba and the Cubans: Comprising a History of the Island of Cuba, the Present Social, Political, and Economic Condition; Also the Relation to England and the United States*. Nueva York: Putnam, 1850.

Kirk, John M.: *José Martí, Mentor of the Cuban Nation*. Gainesville: University Presses of Florida, 1983.

Knight, Franklin W.: *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*. Madison: University of Wisconsin Press, 1970.

Lazo, Rodrigo: *Writing to Cuba: Filibustering and Cuban Exiles in the United States*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.

Leal Spengler, Eusebio: *Carlos Manuel de Céspedes: El diario perdido*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1994.

Le Riverend Brusone, Julio J.: «Desarrollo económico y social», en Ramiro Guerra y Sánchez, José M. Pérez Cabrera, Juan J. Remos y Emeterio S. Santovenia (eds.): *Historia de la nación cubana*, vol. 2,

Guerras coloniales, conflictos y progresos, desde 1697 hasta 1790. La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana, 1952.
Libro Azul de Cuba. La Habana: Solana, 1917.
Llaverías, Joaquín: *Miguel Aldama, o La dignidad patriótica*. La Habana: Imprenta Molina, 1937.
———: *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados*. La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1941.
Llaverías, Joaquín y Emeterio S. Santovenia (eds.): *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*, vol. 5. La Habana: Academia de la Historia de Cuba, 1932.
Lobo Montalvo, María Luisa: *Havana: History and Architecture of a Romantic City*. Nueva York: Monacelli, 2000.
Lomas, Laura: *Translating Empire: José Martí, Migrant Latino Subjects, and American Modernities*. Durham: Duke University Press, 2008.
López, Alfred J.: *José Martí: A Revolutionary Life*. Austin: University of Texas Press, 2014.
López Mesa, Enrique: *Algunos aspectos culturales de la comunidad cubana de New York durante el siglo xix*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2002.
———: *La comunidad cubana de New York: Siglo xix*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2002.
Luis, William: «*Cecilia Valdés*: The Emergence of an Antislavery Novel», *Afro-Hispanic Review* 3, no. 2 (mayo 1984).
Mañach, Jorge: *Martí el apóstol*. 6ta ed. Madrid: Espasa Calpe, 1975.
Márquez Sterling, Carlos: *Martí, maestro y apóstol*. La Habana: Seoane, Fernández, 1942.
———: *Don Tomás (Biografía de una época)*. La Habana: Editorial Lex, 1953.
———: *Ignacio Agramonte, el bayardo de la revolución cubana*. Reimpresión de la edición de 1936. Miami: Editorial Cubana, 1995.
Marrero, Leví: *Cuba: Economía y sociedad*, vol. 15, *Azúcar, ilustración y conciencia (1763-1868)*. Madrid: Editorial Playor, 1992.
Martí, José: *Todo lo olvida Nueva York en un instante*. Jorge de Jesús Aguirre y María Antonieta Juliá (comps.). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997.

Martínez Estrada, Ezequiel: *Martí revolucionario*. 2da ed. La Habana: Casa de las Américas, 1974.

Masó, Calixto C.: *Historia de Cuba*. 2da ed. Editado por Leonel-Antonio de la Cuesta. Miami: Ediciones Universal, 1976.

May, Robert E.: *The Southern Dream of a Caribbean Empire, 1854-1861*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1973.

McCadden, Joseph, y Helen M. McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*. 2da ed. San Juan, Puerto Rico: Félix Varela Foundation, 1984.

Méndez Martínez, Roberto, y Ana María Pérez Pino: *Amalia Simoni: Una vida oculta*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2009.

Méndez Rodenas, Adriana: *Gender and Nationalism in Colonial Cuba: The Travels of Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlin*. Nashville: Vanderbilt University Press, 1998.

Mirabal, Nancy Raquel: «De aquí, de allá: Race, Empire, and Nation in the Making of Cuban Migrant Communities in New York and Tampa, 1823-1924», defensa de doctorado, University of Michigan, 2001.

———: «"No Country but the One We Must Fight For": The Emergence of an Antillean Nation and Community in New York City, 1860-1901», en Agustín Lao-Montes y Arlene Dávila (ed.): *Mambo Montage: The Latinization of New York*. Nueva York: Columbia University Press, 2001.

———: *Suspect Freedoms: The Racial and Sexual Politics of Cubanidad in New York, 1823-1957*. Nueva York: New York University Press, 2017.

Montero, Oscar: *José Martí: An Introduction*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2004.

Moore, Ernest R.: «José María Heredia in New York, 1824-1825», *Symposium* 5, no. 2 (noviembre 1951).

Moore, John Bassett: *History and Digest of the International Arbitrations to Which the United States Has Been a Party*, vol. 3. Washington, D. C.: Government Printing Office, 1898.

Morales y Morales, Vidal: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, 2 vols. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963.

Moreno Fraginals, Manuel: *Cuba/España, España/Cuba: Historia común*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1995.

———: *El ingenio: Complejo económico social cubano del azúcar*, vol. 1. 2da ed. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978.
———: *The Sugarmill: The Socioeconomic Complex of Sugar in Cuba*. Traducido por Cedric Belfrage. New York: Monthly Review Press, 1976.
MORGAN, H. WAYNE: «The Delome Letter: A New Appraisal», *Historian* 26, no. 1 (noviembre 1963).
MORMINO, GARY R., y GEORGE E. POZZETTA: *The Immigrant World of Ybor City: Italians and Their Latin Neighbors in Tampa, 1885-1985*. Urbana: University of Illinois Press, 1990.
NAVIA, JUAN M.: *An Apostle for the Immigrants: The Exile Years of Father Félix Varela y Morales, 1823-1853*. Salisbury, MD: Factor Press, 2002.
NEVINS, ALLAN: *Hamilton Fish: The Inner History of the Grant Administration*, vol. 1. Rev. ed. Nueva York: Frederick Ungar, 1957.
OFFNER, JOHN L.: *An Unwanted War: The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba 1895-1898*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1992.
OJEDA REYES, FÉLIX: *Peregrinos de la libertad*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992.
OVIEDO, JOSÉ MIGUEL: *La niña de New York: Una revisión histórica de la vida erótica de José Martí*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1989.
PADURA FUENTES, LEONARDO: *José María Heredia: La patria y la vida*. La Habana: Ediciones Unión, 2003.
PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO: *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*. 5 vols. La Habana: Editorial Habanera, 1932-1937.
PERAZA SARAUSA, FERMÍN: *Diccionario biográfico cubano*, vols. 1 y 4. La Habana: Ediciones Anuario Bibliográfico Cubano, 1951.
PÉREZ, LISANDRO: «Cuban Catholics in the United States», en *Puerto Rican and Cuban Catholics in the United States*, editado por Jay P. Dolan y Jaime R. Vidal. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1994.
———: «De Nueva York a Miami: El desarrollo demográfico de las comunidades cubanas en Estados Unidos», *Revista Encuentro de la Cultura Cubana* 15 (invierno 1999-2000).
PÉREZ, LOUIS A., JR.: *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy*. Athens: University of Georgia Press, 1990.
———: *Cuba Between Empires, 1878-1902*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1983.

———: *Cuba: Between Reform and Revolution*. Nueva York: Oxford University Press, 1988.
———: *On Becoming Cuban: Identity, Nationality, and Culture*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.
———: *The Structure of Cuban History: Meanings and Purpose of the Past*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2013.
PÉREZ, RAQUEL: *Religiosas del Sagrado Corazón en Cuba*. San Juan, Puerto Rico: Gráfica Metropolitana, 1997.
PICHARDO, HORTENSIA (ed.): *Documentos para la historia de Cuba*, vol. 1. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1977.
PIÑEYRO, ENRIQUE: *Estudios y conferencias de historia y literatura*. Nueva York: Imprenta de Thompson y Moreau, 1880.
———: *Morales Lemus y la revolución de Cuba: Estudio histórico*. Impreso originalmente en 1871 en Nueva York por M. M. Zarzamendi, Impresor. Reimpreso con Prefacio y Bibliografía por Carlos Ripoll. Nueva York: Unión de Cubanos en el Exilio, 1970.
———: *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea*. Paris: Garnier Hermanos, 1901.
POEY BARÓ, DIONISIO: *La entrada de los aldamistas en la Guerra de los Diez Años*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989.
PONTE DOMÍNGUEZ, FRANCISCO J.: *Historia de la Guerra de los Diez Años*. La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1944.
PORTELL VILÁ, HERMINIO: *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, vol. 1. La Habana: Jesús Montero, 1938.
———: *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, vol. 2. Reimpresión de la edición de 1939. Miami: Mnemosyne, 1969.
———: *Narciso López y su época, 1848-1850*, vol. 2. La Habana: Compañía de Libros y Folletos, 1952.
PORTUONDO, FERNANDO: *Historia de Cuba, 1492-1898*. 6ta ed. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1975.
PORTUONDO ZÚÑIGA, OLGA: *José Antonio Saco: Eternamente polémico*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2005.
POYO, GERALD E.: «Evolution of Cuban Separatist Thought in the Émigré Communities of the United States, 1848-1895», *Hispanic American Historical Review* 66, no. 3 (agosto 1986): 485-507.
———: *«With All, and for the Good of All»: The Emergence of Popular Nationalism in the Cuban Communities of the United States, 1848-1898*. Durham: Duke University Press, 1989.

Prados Torreiras, Teresa: *Mambisas: Rebel Women in Nineteenth-Century Cuba*. Gainesville: University Press of Florida, 2005.
Pratt, Julius W.: «The Origin of "Manifest Destiny"» *American Historical Review* 32, no. 4 (julio 1927).
Preece, Carol Ann Aiken: «Insurgent Guests: The Cuban Revolutionary Party and Its Activities in the United States, 1892-1898», defensa de doctorado, Georgetown University, 1976.
Prieto, Guillermo: *Viaje a los Estados Unidos*, vol. 3. México City: Imprenta del Comercio de Dublan y Chavez, 1878.
Quesada, Gonzalo de: *Páginas escogidas*. La Habana: Instituto del Libro, 1968.
Quesada, Vicente G.: *Recuerdos de mi vida diplomática: Misión en Estados Unidos, 1885-1892*. Buenos Aires: Librería de J. Menéndez, 1904.
Quesada y Miranda, Gonzalo de (ed.): *Documentos históricos: Archivo de Gonzalo de Quesada*. La Habana: Editorial de la Universidad de La Habana, 1965.
———: *Martí, hombre*. Reimpresión de la edición de 1940. La Habana: Seoane, Fernández, 1998.
Quiroz, Alfonso W.: «Implicit Costs of Empire: Bureaucratic Corruption in Nineteenth-Century Cuba», *Journal of Latin American Studies* 35 (2003).
———: «Loyalist Overkill: The Socioeconomic Costs of "Repressing" the Separatist Insurrection in Cuba, 1868-1878», *Hispanic American Historical Review* 78, no. 2 (1998).
Ripoll, Carlos: *La vida íntima y secreta de José Martí*. New York: Editorial Dos Ríos, 1995.
Rivero Muñiz, José: «Los cubanos en Tampa», *Revista Bimestre Cubana* 74 (enero-junio 1958): 5-140.
Rodríguez, Carlos Rafael: «José Manuel Mestre: La filosofía en La Habana», en Ana Cairo Ballester (ed.): *Letras: Cultura en Cuba*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1989.
Rodríguez, José Ignacio: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba á los Estados Unidos de América*. La Habana: Imprenta La Propaganda Literaria, 1900.
———: *Vida del doctor José Manuel Mestre*. La Habana: Imprenta Avisador Comercial, 1909.

———: *Vida del presbítero don Félix Varela*. Reimpresión de la edición de 1878. 2da ed. La Habana: Arellano, 1944.

[Rodríguez, José Ignacio]: *The Book of Blood: An Authentic Record of the Policy Adopted by Modern Spain to Put an End to the War of Independence of Cuba*. Nueva York: M. M. Zarzamendi, traductor e impresor, 1871. Rev. ed., Nueva York: N. Ponce de León, 1873.

Rodríguez, Pedro Pablo: *De las dos Américas: Aproximaciones al pensamiento martiano*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2002.

Rodríguez Expósito, César: *Dr. Ramón L. Miranda, médico de Martí*. La Habana: Academia de la Historia de Cuba, 1962.

Roig de Leuchsenring, Emilio: *La Habana: Apuntes históricos*. La Habana: Oficina del Historiador de la Ciudad, 1939.

———: *13 conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana de 1895*. México: El Colegio de México, 1945.

Rojas, Marta: *El harén de Oviedo*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 2003.

Rojas, Rafael: *José Martí: La invención de Cuba*. Madrid: Editorial Colibrí, 2000.

Roldán de Montaud, Inés: *La restauración en Cuba: El fracaso de un proceso reformista*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.

Roldán Oliarte, Esteban (ed.): *Cuba en la mano: Enciclopedia popular ilustrada*. La Habana: Ucar, García, 1950.

Rotker, Susana: *The American Chronicles of José Martí: Journalism and Modernity in Spanish America*. Hanover, NH: University Press of New England, 2000.

———: «José Martí and the United States: On the Margins of the Gaze», en *Re-Reading José Martí (1853-1895): One Hundred Years Later*, editado por Julio Rodríguez Luis. Albany: State University of New York Press, 1999.

Ruvigny and Raineval, Marquis of: *The Jacobite Peerage: Baronetage, Knightage and Grants of Honour*. Edinburgh: T. C. & E. C. Jack, 1904.

Saco, José Antonio: *Obras: José Antonio Saco*, vol. 1, editado por Eduardo Torres-Cuevas. Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 12. La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea, 2001.

Sagra, Ramón de la: *Cinco meses en los Estados-Unidos de la América del Norte*. París: Imprenta de Pablo Renourad, 1836.

SALUVET, JUAN B.: *Los deportados a Fernando Póo en 1869*. Matanzas: Imprenta Aurora del Yumurí, 1892.

SAMPSON, ROBERT D.: *John L. O'Sullivan and His Times*. Kent: Kent State University Press, 2003.

SANGUILY, MANUEL: *Nobles memorias*. Reimpresión. Miami: International Press of Miami, 1982.

SANTA CRUZ Y MALLÉN, FRANCISCO XAVIER DE: *Historia de familias cubanas*. 7 vols., vols. 1-6, La Habana: Editorial Hércules, 1940-1950; vol. 7, Miami: Ediciones Universal, 1985.

SANTA CRUZ Y MONTALVO, MARÍA DE LAS MERCEDES DE (La Comtesse Merlin): *La Havane*, vol. 1. Paris: Librairie D'Amyot, 1844.

SANTOS, MERCEDES: *Martí a la luz del sol*. Quito: Ediciones La Tierra, 2001.

SANTOVENIA, EMETERIO S.: «Política colonial», en Ramiro Guerra y Sánchez, José M. Pérez Cabrera, Juan J. Remos y Emeterio S. Santovenia (eds.): *Historia de la nación cubana*, vol. 2, *Guerras coloniales, conflictos y progresos, desde 1697 hasta 1790*. La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana, 1952.

SARABIA, NYDIA (ed.): *Noticias confidenciales sobre Cuba*. La Habana: Editorial Política, 1985.

———: *La patriota del silencio: Carmen Miyares*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1990.

SCHNEIDER, DOROTHEE: *Trade Unions and Community: The German Working Class in New York City, 1870-1900*. Urbana: University of Illinois Press, 1994.

SCHULENBURG, CHRIS T.: «*Cecilia Valdés*: The Search for a Cuban Discursive Control», *Afro-Hispanic Review* 27, no. 2 (otoño 2008).

SCHULMAN, IVAN A.: «Modernismo/Modernidad: Metamorfosis de un concepto», en Ivan A. Schulman (ed.): *Nuevos asedios al modernismo*. Madrid: Taurus Ediciones, 1987.

SCROGGS, WILLIAM O.: «William Walker's Designs on Cuba», *Mississippi Valley Historical Review* 1, no. 2 (septiembre 1914).

SEDANO, CARLOS DE: *Cuba: Estudios políticos*. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1873.

SILVA GRUESZ, KIRSTEN: *Ambassadors of Culture: The Transamerican Origins of Latino Writing*. Princeton: Princeton University Press, 2002.

Soulere, Emilio A.: *Historia de la insurrección de Cuba, 1869-1879*, vol. 1. Barcelona: Establecimiento Tipográfico-Editorial de Juan Pons, 1879.
Statistics of the New York Sugar Market for Sixteen Years, 1845 to 1861. New York: Wylie and Wade, 1861.
Steuart, B. W. (ed.): *Passenger Ships Arriving in New York Harbor*, vol. 1, *1820-1850*. Bountiful, UT: Precision Indexing, 1991.
Stiles, T. J.: *The First Tycoon: The Epic Life of Cornelius Vanderbilt*. Nueva York: Knopf, 2009.
Syrett, David: *The Siege and Capture of Havana, 1762*. London: Navy Records Society, 1970.
Tamayo, Jorge L.: *Centenario del sacrificio de Domingo de Goicouría*. La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1970.
Thomas, Hugh: *Cuba, or The Pursuit of Freedom*. Rev. ed. Nueva York: Da Capo, 1998.
Thomas, Lately: *Delmonico's: A Century of Splendor*. Boston: Houghton Mifflin, 1967.
Thrasher, J. S.: «Preliminary Essay», en Alejandro de Humboldt (rev. y trad.): *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. La Habana: Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1960.
Toledo Sande, Luis: *Cesto de llamas: Biografía de José Martí*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1996.
Tornero, Pablo: «El suministro de mano de obra esclava en Cuba: Estado español y oligarquía criolla, 1765-1820», en *Cuba, la perla de las Antillas: Actas de las I jornadas sobre Cuba y su historia*, editado por Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez. Madrid: Ediciones Doce Calles, 1994.
Torres-Cuevas, Eduardo: «José Antonio Saco: La aventura intelectual de una época», en Eduardo Torres-Cuevas (ed.): *José Antonio Saco: Obras*, vol. 1. La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea, 2001.
———: «Vicente Antonio de Castro, el Gran Oriente de Cuba y las Antillas y la ruptura del 68», *Santiago* 32 (diciembre 1978): 168-172.
Torres Hernández, Lázaro: «Céspedes y el 10 de octubre», *Bohemia*, 6 de octubre de 1972.
Touba, M.: «Newsboys», en K. T. Jackson: *The Encyclopedia of New York City*.
Trager, James: *The New York Chronology*. New York: Harper Collins, 2003.

Trelles y Govín, Carlos M.: *Bibliografía cubana del siglo XIX*, vol. 7. Matanzas: Imprenta de Quirós y Estrada, 1914.
———: *Biblioteca histórica cubana*, vol. 1. Matanzas: Imprenta de Juan F. Oliver, 1922.
———: *Matanzas en la independencia de Cuba*. La Habana: Imprenta Avisador Comercial, 1928.
True, Marshall M.: «Revolutionaries in Exile: The Cuban Revolutionary Party, 1891-1898», defensa de doctorado, University of Virginia, 1965.
Trujillo, E[nrique]: *Apuntes históricos*. New York: Tipografía El Porvenir, 1896.
U. S. Bureau of the Census: *The Statistics of the Population of the United States*, vol. 1 of *Ninth Census, June 1*, 1870. Washington: Government Printing Office, 1872.
Urban, C. Stanley: «A Local Study in "Manifest Destiny": New Orleans and the Cuban Question during the López Expedition», tesis de maestría, Louisiana State University, 1938.
Valverde, Antonio L.: *Juan Clemente Zenea: Su proceso de 1871*. La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1927.
Van Rensselaer, (Mrs.) John King (in collaboration with Frederic Van de Water): *The Social Ladder*. Nueva York: Henry Holt, 1924.
Varela, Félix: «Carta del editor de este papel a un amigo», *El Habanero*. Reimpresión de original no fechado. Miami: La Revista Ideal, 1974.
———: *Cartas a Elpidio*, vol. 2, *Superstición*. Reimpresión de la edición de 1838. Miami: Editorial Cubana, 1996.
Velasco, José María: *La guerra de Cuba: Causas de su duración y medios de terminarla y asegurar su pacificación*. Madrid: Imprenta de El Correo Militar, 1872.
Villaverde, Cirilo: *Cecilia Valdés ó La Loma del Ángel*. 1882. Rev. ed., con prólogo y notas. La Habana: Editorial Lex, 1953.
———: *La Revolución de Cuba vista desde New York*. New York: C. Villaverde, 1869.
———: *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villavede*. Nueva York: 1987.
Vitier, Cintio: *Ese sol del mundo moral*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2015.

VITIER, CINTIO: «Martí en el 98 de ayer y de hoy», *Debates Americanos* 4 (julio-diciembre 1997).

———: *Rescate de Zenea*. La Habana: Ediciones Unión, 1987.

WESTFALL, L. GLENN: «Don Vicente Martínez Ybor, the Man and His Empire: Development of the Clear Havana Industry in Cuba and Florida in the Nineteenth Century», defensa de doctorado, University of Florida, 1977.

WISAN, JOSEPH E.: *The Cuban Crisis as Reflected in the New York Press, 1895-1898*. Nueva York: Columbia University Press, 1934.

WRIGHT, JOSEPHINE: «Violinist José White in Paris, 1855-1875», *Black Music Research Journal* 10, no. 2 (otoño 1990).

ZANETTI LECUONA, OSCAR, y ALEJANDRO GARCÍA ÁLVAREZ: *Caminos para el azúcar*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

ZARAGOZA, JUSTO: *Las insurrecciones de Cuba: Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo*, vol. 2. Madrid: Imprenta de Miguel G. Hernández, 1873.

ZÉNDEGUI, GUILLERMO DE: *Ámbito de Martí*. Madrid: Escuela Gráfica Salesiana, 1954.

Índice

Agradecimientos 9

Introducción 13

Parte I Azúcar 1823-1868 33

1 El puerto 35

2 Exiliados, viajeros y anexionistas 63

3 Una comunidad emergente y un activismo creciente 115

Parte II La guerra: 1868-1895 169

4 La guerra y el éxodo 171

5 El Nueva York cubano en la década de 1870 205

6 Librando una guerra en Cuba... y en Nueva York 255

7 Las secuelas de la guerra y una comunidad cambiante 329

8 José Martí, neoyorquino 365

Epílogo 407

Fuentes consultadas 433

Este libro se terminó de imprimir en el mes
de enero de 2020 en Selvi Artes Gráficas,
Beniparrell (Valencia), España.
La presente edición consta de 1.000 ejemplares

Lisandro Pérez (La Habana, 1949). Profesor de Historia y Estudios Latinoamericanos de la John Jay College de la City University of New York. Ha publicado sobre temas relacionados con la presencia cubana en los Estados Unidos. Estableció y dirigió durante doce años el Instituto de Investigaciones Cubanas de la Universidad Internacional de la Florida en Miami. Es coautor, junto con Guillermo Grenier, de *The Legacy of Exile: Cubans in the United States* (2002).

Jurado

FRANCES APARICIO
(Puerto Rico-Estados Unidos)
JOSÉ MANUEL VALENZUELA
(México)
RUBÉN G. RUMBAUT RIERA
(Cuba-Estados Unidos)

ISBN 978-959-260-557-2

casa de las américas